

HISTORIA

DE LA

ANTIGUA Ó BAJA CALIFORNIA.

OBRA POSTUMA

DEL PADRE FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

TRADUCIDA DEL ITALIANO

Por el presbitero don Nicolas Garcia de San Vicente.

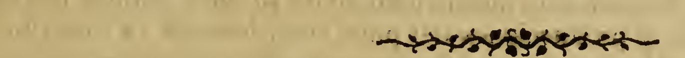


Méjico.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO, EDITOR.

1852.

EL EDITOR.



Concluida en nuestra *Biblioteca* la publicacion de los *Tres Siglos de Méjico* por el padre Cavo, y deseosos de ofrecer á nuestros suscritores otra obra histórica *nacional*, no podiamos vacilar en nuestra eleccion cuando teniamos á la vista la *Historia de la California* escrita por el ilustre jesuíta veracruzano Clavijero.

La fama universal que tan distinguido escritor tiene alcanzada por su *Historia antigua de Méjico*, nos dispensa de formar el elogio de la que ahora ofrecemos á nuestros suscritores. Dejóla inédita el autor á su fallecimiento; pero se publicó en Venecia en 1789 en dos pequeños volúmenes. Las dificultades que halló Clavijero para publicar su grande obra en castellano, las que al fin le obligaron á renunciar á imprimirla en aquella lengua, hicieron sin duda que tambien escribiese en italiano la *Historia de la California*, y nosotros tenemos la satisfaccion de ser los primeros que la presentamos vuelta á su idioma nativo.

Dos traducciones hemos tenido á la vista para elegir la que habia de servirnos de texto. La una de ellas fué trabajada por el presbítero don Nicolás García de San Vicente, tan conocido entre nosotros por sus diversas obras elementales: débese la otra á don Diego Troncoso y Buenvecino, autor tambien de una traduccion inédita de la *Historia antigua de Méjico.*

Después de un detenido exámen de ambas, hemos preferido la del padre San Vicente por mas exacta en lo general y de mejor estilo. A pesar de eso, una cuidadosa revision nos ha hecho descubrir algunos yerros inevitables en trabajos de esta naturaleza, y los hemos hecho desaparecer valiéndonos á veces de interpretaciones mas felices del señor Troncoso. Aprovechamos tambien para insertarlo al fin, un *apéndice* que este añadió á su traduccion, en el que refiere brevemente los progresos de la California desde la expulsion de los jesuítas hasta el año de 1796.

En nota al párrafo IX del libro II, hemos colocado íntegra la licencia ó autorizacion que el virey conde de Moctezuma concedió en 1697 á los padres Salvatierra y Kino para que emprendiesen la sujecion de la California. En este documento, inédito hasta ahora, es de notar la desconfianza de aquel gobierno, que al conceder permiso para la ejecucion, sin gasto alguno por su parte, de una

empresa que los inútiles esfuerzos hechos hasta entonces debian hacerle considerar como imposible, todavía lo otorgaba como una gracia especial y lo rodeaba de restricciones.

No hemos querido copiar el mapa del original italiano, porque como formado en Europa casi de memoria y después de la muerte del autor, no merece confianza: en lugar de él daremos otro de los modernos que ofrezca mayores probabilidades de exactitud.

Estamos persuadidos de que nuestros suscritores verán con agrado que les ofrezcamos obras *nacionales* y que sea una de las primeras esta del padre Clavijero, honra de nuestro país y el primero que osó empeñarse en el confuso laberinto de nuestra historia antigua. No fué ménos feliz en la moderna, y su *Historia de la California* como formada sobre documentos auténticos y relaciones de testigos oculares y fieles, no solo es digna de crédito, sino tambien muy agradable á todo lector. Siguiendo el mismo método de su obra grande, nos da á conocer el clima, terreno y producciones del país, cuya historia va á escribir, y pasando brevemente por las muchas é infructuosas tentativas hechas para colonizar la California antes de la entrada de los jesuítas, se extiende al tratar de los gloriosos trabajos de estos, hasta que vino á ponerles término la expulsion general de 1767. En esta última parte hallará el lector mucho que admirar; y por mas que en estos tiempos de duda y de irreligiosidad haya algunos dispuestos á negar que puedan existir la abnegacion y el sacrificio sin fin humano, nadie podrá dejar de conceder un tributo de admiracion y respeto á aquellos venerables apóstoles que renunciando al mas lisonjero porvenir y muchos de ellos á un presente cómodo y distinguido, corrian desde las cátedras donde brillaba su sabiduría ó desde el claustro donde sus dias se deslizaban tranquilamente, á sepultarse entre salvajes rudos y feroces y á dar por ellos su sangre para hacerles partícipes de los goces de la vida civil y abrirles luego las puertas del cielo. Tan heróicos sacrificios eran producidos por la *caridad* en que se abrasaban aquellos hombres justos; pero desde que se ha querido que la *filantropía* venga á ocupar su lugar, nos han sobrado escritores y nos han faltado misioneros.

¡Qué contraste forma la conducta de los jesuítas de la California en el siglo pasado, con lo que hemos visto en aquellos países en el presente! Aquellas misiones establecidas en terrenos estériles y despoblados, crecian trabajosamente, sufrian mil plagas y solo se sostenian por el impulso incesante de dos virtudes divinas, la *fé* y la *caridad;* raras siempre hasta ese grado en la tierra y cuyas conquistas eran por lo mismo lentas, pero preciosas á los ojos de Dios y de la humanidad. Hoy hemos visto agolparse en aquellas playas como por encanto una numerosa poblacion; hemos visto levantarse del polvo ciudades enteras y convertirse en fértiles provincias los campos yermos y despoblados. ¿Y quién ha hecho esas maravillas? La codicia, la sed de oro que derriba montes y llena precipicios; y la gente acude á millares porque la codicia reina hoy sobre la tierra. ¡Mas ay! El fruto ha de ser semejante al árbol que lo produce, y una pingüe y horrorosa cosecha de crímenes atroces no nos permite dudar del orígen de aquella engañosa prosperidad. ¿Quién habia de esperar sin embargo que las naciones que mas escandalizadas se mostraban de los excesos y de la sed de oro de los españoles del siglo XVI, fueran las primeras en dejarse arrastrar por el mismo camino? Ahí teneis á los anglo-americanos, hipócritas, ensalzadores del trabajo y de la industria, económicos por avaricia, frugales por necesidad, despreciadores del oro porque nunca le habian tenido á su alcance; oidles de-

clamar contra la codicia de los españoles que en sus conquistas solo pedian oro, mofarse de ellos porque se deslumbraban con el brillo del funesto metal y descuidaban los productos mas lentos pero mas seguros de la agricultura y la industria; pues bien, mostradles los ricos *placeres* de la California, tierra de maldicion arrancada al débil por la mas inicua violencia, decidles *allí hay oro* y les vereis arrojarse, correr en pos de aquel tesoro oculto, olvidar patria, familia, amigos, arrostrar toda suerte de peligros, atropellar las reglas mas comunes de la justicia, mancharse con los delitos mas atroces, cegarse, morir con la azada en la mano y morir contentos porque expiraban sobre aquel metal objeto de todas sus ansias. Y luego ¡cómo no reirse cuando predican libertad, felicidad para el mundo entero, creyéndose investidos de la mision divina de propagar su civilizacion por toda la tierra!

Mas dejemos á la Providencia que como sabia retribuya á cada uno el bien ó el mal que hiciere en esta vida. La consideracion de los heróicos esfuerzos que en esta historia se refieren, deberia estimularnos á su imitacion dentro de los límites que tengamos señalados. Bajo este aspecto la *Historia de la California* es un libro moral y edificante, y si se le junta el ser instructivo y agradable, ¿qué otras circunstancias pueden pedir nuestros lectores á los libros que tenemos el gusto de ofrecerles?

Réstanos solo manifestar nuestra gratitud al señor don José María Andrade, propietario de la obra que ahora ofrecemos á nuestros lectores, quien nos la cedió generosamente y tan solo por el gusto de contribuir con ella á la mejora de nuestra Biblioteca.



ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Los editores venecianos que publicaron esta obra por la primera vez en 1789, advierten que habiéndola dejado Clavijero dividida en solos cuatro libros, ellos los subdividieron en párrafos conformándola con el método que el autor observó en la *Historia de Méjico*, para procurar descanso al lector, ayudar su memoria y darle noticia anticipada del contenido de cada párrafo: que en el texto introdujeron la descripcion del pez *mulier*, tomándola sustancialmente de los manuscritos de don Miguel del Barco; y que en una nota colocaron una etimología de la voz California, que en los mismos manuscritos se atribuye á don José Campoi.

En cuanto al mapa, advierten que fué levantado por don Ramon Tarros con presencia de los del padre Consag, publicados en las *Noticias de la California*, y aprovechando los datos qae suministra el autor en esta obra y las noticias verbales de algunos misioneros residentes en Venecia.

En cuanto á las distancias que el autor da á los lugares, especialmente en lo interior de la península, dicen que no deben creerse geográficamente exactas; porque á excepcion de algunas, están fundadas en relaciones de personas, que aunque sinceras, juzgaron por cálculo.

Aquellos editores creen que Clavijero no hubiera dejado de hacer la última advertencia si hubiera podido levantar el mapa. Yo tambien me persuado que si hubiera publicado su Historia ahora que ya tenemos dos Californias, llamadas una *Alta* ó *Nueva* y la otra *Antigua* ó *Baja*, no habria dejado de añadir este segundo distintivo al título de su obra, y por tanto me he tomado la libertad de añadírsele,

PREFACIO DEL AUTOR.

Aunque la antigua California comenzó desde su descubrimiento á adquirir celebridad por la abundancia de perlas que hay en el mar vecino; como apenas eran conocidas sus costas y casi nada se sabia de las costumbres de sus habitantes, no hubo en los dos últimos siglos quien emprendiese escribir su historia. En el presente, después que los jesuítas reconocieron la mayor parte de aquella península y establecieron en ella muchas misiones, escribió su historia en un abultado volúmen el padre Miguel Venegas, jesuíta mejicano, aprovechándose de las cartas de los misioneros, y especialmente de las de los padres Salvatierra, Píccolo y Ugarte, que fueron de los mas célebres y antiguos de la historia manuscrita de Sonora, compuesta por el infatigable padre Kino, del diario del capitan gobernador de la California don Estévan Rodriguez Lorenzo, de las memorias escritas por el erudito padre Segismundo Taraval y de otros documentos originales que habia en los archivos de Méjico. El manuscrito del padre Venegas fué enviado á Madrid al padre Andrés Márcos Burriel, jesuíta erudito y laborioso de la provincia de Toledo y muy conocido por su obra sobre los antiguos pesos y medidas de la misma ciudad. Este después de haber dado mejor forma á aquella historia, limándola y enriqueciéndola con nuevos materiales, que en parte se le mandaron de Méjico y en parte sacó de los archivos de Madrid y tomó de muchos autores; la imprimió en aquella corte el año de 1757, dedicándola al rey católico Fernando VI á nombre de la provincia mejicana. La obra salió á luz con el modesto título de: *Noticias de la California*, porque aquel docto español no creyó tener los materiales necesarios para una historia; pero el traductor inglés, imitado después por el francés y por el holandés, la intituló: *Historia natural y civil de la California* (1), á pesar de no haber en ella nada de historia natural. Posteriormente el padre Jacobo Begert, jesuíta italiano que estuvo diez y siete años de misionero en la California, habiendo regresado á su patria, compuso en lengua alemana y publicó en Munich en 1772 una nueva historia de aquel país, de la cual aunque sabemos que tuvo allí mucha aceptacion, no hemos podido hacer uso, porque no ha llegado á nuestras manos.

En la edicion española no solamente falta la historia natural, sino tambien muchas noticias esenciales, y hay además no pocos errores, aunque inculpables. A todo esto quiso poner remedio la diligencia de los abates don Miguel del Barco y don Lúcas Ventura, hombres muy prácticos en la California, exactos y sincerísimos. El abate del Barco fué allí misionero por el espacio de treinta años y visitó todas aquellas misiones; y aunque no es naturalista de profesion ni las importantes ocupaciones de su ministerio le permi-

(1) *A natural and civil history of California.* London, 1759.

tieron dedicarse al estudio de la naturaleza; sin embargo, siendo muy aficionado á tales observaciones y estando dotado de buen juicio y de crít.ca, pudo observar en el discurso de tantos años, y escribir después lo bastante para dar una idea exacta del terreno, clima. producciones y animales de la California. El abate Ventura fué tambien once años misionero de Loreto y procurador de todas aquellas misiones, y por esta razon estaba bien impuesto en todos los negocios de la península. Ellos, pues, corrigieron los errores de la edicion española, le añadieron el ensayo de historia natural y las noticias que le faltaban, continuando la narracion hasta el año de 1768.

Creyendo yo hacer un servicio al público presentándole una historia verdadera y exacta de la California, me he valido de los citados escritos, omitiendo de la historia española todo lo que ni directa ni indirectamente pertenece á la de aquella península. Aunque he hecho uso de todos los conocimientos que he adquirido con mi estudio é investigaciones y he tomado informes verbales de personas que han estado muchos años en la California; sin embargo, siendo muy fácil que se equivoque el autor que escribe la historia del país en que no ha estado, he hecho que revisen esta obra dos personas de las mas prácticas en aquel país, y la experiencia me ha manifestado que esta diligencia no ha sido superflua.

Si pues el que se ha dedicado con todo esmero á buscar la verdad y ha adquirido tantas noticias del país de que escribe, está expuesto á equivocarse, ¿qué deberá decirse de los que escriben sin tal esmero y sin tales noticias? ¿qué deberá decirse, por ejemplo, de Paw, de Robertson y de otros europeos, que pintan la California con colores que no le convienen, atreviéndose á desmentir la sincera descripcion de los que, habiendo estado tantos años en aquella península, la han observado atentísimamente? Baste saber que la geografía de Lacroix tiene en lo relativo á la California casi tantos errores cuantas líneas; que el Diccionario geográfico portátil de Vosgie tiene nueve muy notables en el breve artículo *California*, y que las *Investigaciones filosóficas* de Paw, en una sola foja empleada en tratar de aquella península, contienen cuarenta y ocho falsedades, que tuve la paciencia de contar entre errores simples, mentiras formales y calumnias temerarias. Disgustaria yo mucho á mis lectores si quisiera especificarlas todas; pero manifestaré algunas para muestra.

I. *El principal animal que allí* (en la California) *se conoce de los que se alimentan de carne, es el tigre poltron, semejante al del Canadá. Hay tambien osos y manadas enteras de bisontes* (1). Pero por desgracia no se han visto en toda la extension de aquella península ni un tigre, ni un oso, ni un bisonte.

II. *En* 1690 *un colono español tenia plantada en las cercanías de San Lúcas una pequeña viña, que prevaleció mejor de lo que él esperaba. Este ensayo inspiró á los misioneros el deseo de tener ellos tambien sus viñas, y uno de ellos llamado Píccolo, que era mas inclinado á la botánica y agricultura, que á las disputas sobre la gracia versátil y eficaz, se encargó de plantarlas; y progresaron de tal manera que á los cuarenta y siete años ya vendian los jesuítas tanto vino, que podian proveer á todo Méjico y aun embarcar muchos barriles para las islas Filipinas, en donde se usaba de él para las misas.* ¡Cuántos errores y falsedades en tan pocas palabras! 1.º En 1690 no habia ningun colono español en la California, ni le hubo sino hasta después de la entrada de los jesuítas en 1697, y mucho menos en las cercanías de San Lúcas, es decir, en la parte mas austral de la península, la cual no fué habitada por ningun español hasta 1730, cuando ya habia muerto el padre Píccolo. 2.º Por mas diligencias que hicieron los misioneros jamás hubo en la parte austral de la California ninguna viña, ni grande ni pequeña, cuyo fruto pudiese dar vino potable. 3.º El padre Píccolo no plantó jamás viña alguna, ni podia Paw hallar otro hombre menos á propósito que aquel buen religioso para la botánica y la agricultura. El primero que hizo esta plantacion fué el padre Juan de Ugarte; pero no movido del ejemplo de aquel español imaginario, sino por haber visto en la península muchas parras silvestres. 4.º No habia vino mas que en cinco ó seis misiones, y todo el que se cosechaba no llegaba á cien cubas, como lo sé bien de los mismos que le fabricaban. ¿Seria esta cantidad suficiente para proveer á Méjico? 5.º Los misioneros no vendian su vino, como es notorio en aquel país. Le usaban para las misas, para la mesa y para los enfermos, y el sobrante se mandaba de regalo á los bienhe-

(1) Paw, *Recherch. Philos. sur les Americans*, part. 2.

chores ó se cambiaba por las provisiones que se recibian de Sinaloa y de Sonora. 6.° Los navegantes de las islas Filipinas no compraban vino en la California, ni se sabe que con tal vino se haya celebrado una misa en aquellas islas, en donde no gastaban ni gastan otro que el de España, que se les envia de Méjico á expensas del real erario.

III. *M. Anson fué el primero que descubrió por una casualidad en fin de* 1744 *que la Compañía era peligrosamente poderosa en aquel rincon del mundo.* ¡Infeliz corte española que para conocer sus intereses en la California, necesitó de ser ilustrada por un corsario inglés que jamás estuvo allí! ¡Infeliz monarquía que se hallaba en estado de temer á cuatro ancianos confinados en aquel rincon del mundo, acompañados de solos sesenta soldados y desprovistos absolutamente de artillería y de fortificaciones! ¡Infeliz rey católico Fernando VI, que aun después de ilustrado por aquel corsario, continuó hasta su muerte protegiendo á los misioneros y favoreciendo con nuevas gracias las misiones! Es una lástima que Paw para hacer ver el poder peligroso de los jesuítas en la California, no hubiese creado en ella un rey semejante al que creó Carvallo en el Paraguay, poniéndole el nombre de Alejandro, el de Federico, ú otro mas regio que el de Nicolás; que no hubiese trasformado aquellos miserables pueblos en ciudades bien amuralladas, y hecho de aquellos sesenta soldados lo menos sesenta mil, convirtiendo en hombres las piedras de California, á ejemplo de Deucalion. Esto lo pudo haber hecho, no solamente sin costo alguno, sino al contrario, con provecho, pues de este modo habrian tenido mejor venta sus *Investigaciones filosóficas.*

IV. *En la California muchas tribus de indios que perseveran en su barbarie, conservan todavía este abuso* [*el de mutilarse los miembros*], *y aun hoy dia se cortan algunas falanges de los dedos en la muerte de sus parientes. Comienzan por las extremidades de un dedo de cada mano, y cortadas estas, siguen después con los otros dedos, y tienen un secreto admirable para curar prontamente aquellas heridas, que en Europa se tendrian por peligrosas* (1). Es ciertamente admirable el talento de Paw para exagerar, alterar y fingir los hechos como le viene á cuento. El leyó en la Historia de la California escrita por el padre Venegas, que cuando alguno de aquellos bárbaros se enfermaba, el guama ó doctor llamado para curarle, entre otros remedios extravagantes hacia una incision en el dedo pequeño de la hija ó hermana del enfermo, para que la sangre gotease sobre el cuerpo de este. Esto, y nada mas, fué lo que leyó en la citada historia, pero le bastó para afirmar todo lo que hemos visto. De una incision en el dedo pequeño para extraer una poca de sangre, hizo una mutilacion en los dedos de ambas manos. Lo que se hacia en la enfermedad para curar al enfermo, quiere él que se haya hecho en la muerte de los parientes en señal de dolor. Lo que el guama ejecutaba en sola la hija ó hermana del enfermo, da él á entender que lo ejecutaban por sí mismos todos los parientes del difunto. Y así como inventó estas peligrosas heridas, inventó tambien aquel secreto admirable para curarlas prontamente, desconocido á los historiadores de la California y aun á los mismos californios. Sabe tambien que las tribus de aquella península que perseveran en su barbarie, conservan todavía este abuso, no obstante que lo ignorasen los misioneros que habitaban en los países vecinos á aquellos bárbaros. Estos son algunos de los muchos errores y falsedades que Paw aventura hablando de la California. En cuanto á sus groseras calumnias contra la venerable memoria del padre Salvatierra, hombre venerado como santo, tanto en la California como en Méjico, y contra otras personas dignas de nuestra estimacion, nos remitimos á los hechos públicos y notorios que se refieren en esta Historia.

Estos mismos hechos desmienten igualmente las aserciones de Robertson, el cual aunque elogia á los jesuítas por haber reducido á la vida civil á los bárbaros californios, pretendo persuadir entre otras cosas, que los mismos jesuítas procuraron desacreditar el clima y el terreno de la California, para ocultar á la corte sus designios y operaciones, y se lisonjea de que en lo de adelante, aumentándose la poblacion, no será contada aquella península entre los desiertos infructuosos y desolados del imperio español (2). Pero diga lo que quiera, la California, á pesar de estos vaticinios políticos, será siempre uno de los distritos mas infructuosos y desolados del imperio español, y sus habitantes serán siempre pocos y miserables.

(1) Rech. Phil. part. 5.
(2) Historia de la América, tom. 4.°, lib. 7.°, págs. 116 y 117, edic. de Florencia.

Dos individuos animados del mismo espíritu que Robertson, dan en cierto escrito el nombre de *riquísima* á la California. Seria de desear que fuesen allá á gozar de aquellas riquezas, y empleasen en favor de aquellas pobres y abandonadas naciones el mismo celo que han desplegado contra los jesuítas.

El abate Raynal al contrario, se muestra mejor informado de las cosas de la California, y habla de ella con mas sinceridad. "Es imposible, dice, que la naturaleza del ter-"reno y la temperatura del aire sean las mismas en un espacio tan grande. Sin embargo, "puede decirse generalmente hablando, que el aire allí es muy seco y caliente, y el terreno "adusto, montuoso, cubierto de piedras y arena, y por consiguiente estéril y poco á pro-"pósito para la labor y para la multiplicacion del ganado (1)." Tratando de la entrada de los jesuítas en aquella península, se explica de esta manera: "Atrajeron á los salvajes "que querian civilizar, llevándoles algunas cosillas que ellos agradecian, algunas vian-"das para que se alimentasen y algunos vestidos que pudiesen agradarles. El odio que "aquellos pueblos profesaban al nombre español, no pudo sobreponerse á estas demostra-"ciones de benevolencia, y correspondieron á ellas cuanto lo permitia su poca sensibili-"dad y su inconstancia. Estos vicios fueron en parte superados por los religiosos, los "cuales se dedicaron á llevar al cabo su proyecto con aquel empeño y aquella constan-"cia propios del cuerpo á que pertenecian. Se convirtieron en carpinteros, albañiles, te-"jedores y agricultores, y por este medio consiguieron dar á conocer á los indios las artes "principales, é inspirarles aficion á ellas hasta cierto grado. Después los congregaron "sucesivamente, etc." Pero debo advertir que este autor no estaba tan bien impuesto en lo que añade acerca de la subsistencia de los californios: "Lo que puede faltarles, dice, "lo adquieren con las perlas que pescan en el golfo y con el vino que venden á la Nueva "España y á las naves de las islas Filipinas." Ni uno ni otro es verdadero. Los californios que solian ocuparse en la pesca de perlas eran poquísimos, y la utilidad que de ella sacaban era tambien tan poca, que no hubiera sido bastante para remediar sus necesidades, si los misioneros no hubieran cuidado de su sustento. En cuanto al vino, no tenian ni una sola gota que vender. Los misioneros, sabiendo bien cuán vehemente es en los americanos la inclinacion á la embriaguez, tuvieron siempre mucho cuidado de no dar á sus neófitos de la California ocasion de contraer aquel vicio, que afortunadamente les era desconocido.

He reunido aquí estos errores para evitar algunas notas, que de otra suerte habrian sido necesarias en la Historia. Y para no convertir este prefacio en apología, he dejado aparte las groseras calumnias de Paw, Robertson y otros autores contra los misioneros de la California, aunque me habria sido muy fácil refutarlas con documentos auténticos y con razones demostrativas. Tambien habria omitido los elogios de algunos misioneros, que se hallarán en esta obra, si no los exigieran las leyes de la historia, la justicia hácia ellos y la fidelidad para con el público; porque ciertamente no sé cómo pueda escribirse la historia imparcial y sincera de cualquier país, sin alabar á aquellos á quienes se debe cuanto bueno hay en él. Si hoy es adorado en casi toda la California el Redentor crucificado, que antes no era conocido en ella; si aquella península en que no se veian mas que salvajes desnudos, desenfrenados y embrutecidos, es ahora habitada por ciudadanos bien educados y de buenas costumbres; si al presente hay templos consagrados á Dios, y poblaciones bien ordenadas en donde antes no habia ni siquiera una cabaña; si aquella tierra antes inculta y cubierta de malezas, se ve ahora cultivada y enriquecida con muchos, útiles y nuevos vegetales, todo se debe al celo infatigable, á la industria activa y á los grandes trabajos de los misioneros, que animados y auxiliados por la divina gracia introdujeron allí la vida social juntamente con la ley cristiana. Celebramos pues la memoria de estos hombres tan beneméritos de la religion y del Estado, con los elogios á que se hicieron acreedores, y que les tributan los mismos pueblos á quienes beneficiaron; y no hacemos aprecio de las invectivas de algunos europeos, que inculpablemente ignoran, ó desfiguran maliciosamente las gloriosas acciones de aquellos misioneros.

Nada mas tendria que decir si estuviera seguro de que la presente Historia habia de leerse en este libro; pero como muchos se contentan con leer las obras que se van publicando en los extractos que de ellas hacen los periodistas, debo advertir que los que se

(3) Hist. filos. y polit., lib. 6.°, c. 22.

fian de semejantes extractos son regularmente engañados por la infidelidad de los mismos periodistas. Podrian citarse muchísimos ejemplos, pero basta el extracto que del tomo I de mi Historia de Méjico hicieron ciertos periodistas florentinos en su *Diario enciclopédico de literatura italiana y ultramontana* número IX; Italia, 1782. He aquí algunos de los principales despropósitos que calumniosamente me atribuyen, sin atender á su propia reputacion, tan necesaria á su principal intento de enriquecer á costa de sus suscritores. Yo refiriéndome al testimonio de Cortés, como testigo ocular, y al de otros historiadores, digo en la página 269 de mi primer tomo, que llevaban la comida al rey Moctezuma *trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles bien ordenados, la presentaban antes que el rey se pusiese á la mesa, y se retiraban luego*, y los periodistas me hacen decir que *le servian la mesa* 30400 pajes. La diferencia es nada menos que de treinta mil.

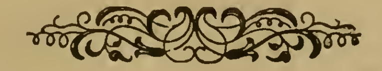
En la página 271 digo que *entre las salas* (del palacio principal de Moctezuma) *habia una tan grande, que segun lo que asegura un testigo ocular y exacto, podrian caber en ella tres mil hombres;* y los periodistas me hacen decir que habia allí una sala tan vasta que podia contener 60000 personas. La diferencia es nada menos que de cincuenta y siete mil. Si los periodistas no hubieran fabricado de propósito una sala capaz de contener sesenta mil personas, no hubieran podido servir en ella la mesa los treinta mil pajes que ellos imaginaron.

Hablando yo de la ropa de mesa y de la batería de cocina del rey Moctezuma, digo en la página 269 apoyado en el testimonio de los otros historiadores de Méjico, que *ninguna de estas cosas le servia mas de una vez, porque luego las daba á alguno de los nobles*, y lo mismo afirmo de los vestidos; pero los periodistas me hacen decir que Moctezuma no comia dos veces de un mismo manjar. Despropósito crasísimo que no ha ocurrido á ninguno de los historiadores de Méjico. Necesitaban sin duda los cocineros mejicanos muchísimo ingenio para variar tanto los platos, y una memoria prodigiosa que tuviese presentes todos los manjares que se habian presentado al rey, para no volver á presentárselos.

En la pág. 286, hablando de varias desgracias acaecidas en los primeros años del siglo XVI, digo que *estas y otras calamidades juntas con la aparicion de un cometa que hubo en aquel mismo tiempo, causaron grande consternacion en aquellos pueblos, y que Moctezuma, muy supersticioso para ver con indiferencia semejantes fenómenos, consultó sobre esto á sus astrólogos, etc.;* y los periodistas me hacen decir que el *cometa de* 1507 *apareció para disponer á los mejicanos á su ruina;* cosa que ni he dicho ni soy capaz de decir.

En la página 288 digo que no es posible adivinar el primer *orígen de aquella tradicion tan universal*, esto es, de la que segun los testimonios uniformes de todos los historiadores de Méjico, habia entre aquellos pueblos acerca de la futura llegada de nuevas gentes que habian de apoderarse de aquellos países; y los periodistas afirman que yo me *esfuerzo en probar que el demonio fué quien anunció tal venida á sus adoradores*, solamente porque añado que el demonio pudo conjeturarla y predecirla á los pueblos dedicados á su culto. Después se explican los periodistas en estos términos: *Es una lástima que en esta historia se hallen tantos ejemplos de supersticion y de credulidad, que acaso la deslucen;* pero esta es una gracia con que quisieron adornar sus caritativas calumnias.

Ellos me hacen decir que la ciudad de Méjico fué fundada en 1335, cuando digo muchas veces y aun lo demuestro en una disertacion, que lo fué en 1325. Además de esto, entre los pocos nombres de personas, naciones y ciudades que citan, se hallan veintidós desfigurados y alterados [1]. Tal es el extracto que aquellos periodistas hicieron del tomo primero de mi historia de Méjico, y tal será verisimilmente el que harán de esta Historia de la California.



(1) De esto mismo y con mas razon se habria quejado el autor si hubiera podido haber á las manos la traduccion que hizo don José Joaquin de Mora, y publicó en Londres Ackerman en 1826, en la cual hubiera visto desfigurados no solo la mayor parte de los nombres mejicanos, sino lo que es mas imperdonable, hasta el nombre español de *Javier* en el frontispicio de la obra.—*E. T.*

HISTORIA

DE LA

ANTIGUA Ó BAJA CALIFORNIA.

LIBRO PRIMERO.

Situacion, terreno, clima, minerales, plantas y animales de la California.—Carácter, vida, religion y usos de los californios antes de su conversion al cristianismo.

§ I.

SITUACION Y NOMBRE DE LA CALIFORNIA, SUS PUERTOS, CABOS E ISLAS EN AMBOS MARES.

La antigua ó Baja Colifornia es una península de la América setentrional, que separándose del continente de la Nueva-España en la embocadura del rio Colorado á los 33° de latitud Norte y 262° de longitud comun, termina en el cabo de San Lucas á los 22° 24' de latitud Norte, y 268° de longitud.[1] Este cabo es el término meridional de la península, el rio Colorado es el térmio oriental, y el puerto de San Diego, situado á los 33° de latitud Norte y hácia los 256° de longitud, puede llamarse término occidental. Al Norte y Noroeste confina con países de naciones bárbaras poco conocidas en las costas y nada en el interior. Al Oeste la baña el mar Pacífico, y al Este el golfo de California, llamado tambien mar Bermejo por su semejanza con el Rojo, y mar de Cortés en honor de aquel famoso conquistador de Méjico, que le hizo descubrir y navegó en él. El largo de la península es de diez grados y su ancho varía desde diez hasta veinte y mas leguas.

El nombre de California fué puesto en el principio á un solo puerto; pero después se fué haciendo extensivo á toda la península, y aun algunos geógrafos se han tomado la libertad de comprender bajo esta denominacion el Nuevo-Méjico, el país de los apaches y otras regiones setentrionales muy distantes de la verdadera California y no pertenecientes á ella. La etimología de este nombre no se sabe; pero se cree que el conquistador Cortés, que preciaba de latino, llamaria al puerto adonde abordó *Callida fornax*, á causa del mucho calor que allí sintió, y que ó él mismo ú otro de los que lo acompañaban, formaria con aquellas voces el nombre de California: si esta conjetura no es verdadera, es al menos verosímil.[1] [2]

1 Acerca de la longitud geográfica de la California, hay mucha variedad entre los geógrafos: yo me fundo en las observaciones hechas por el astrónomo español don Vicente Dos, de que se hace mencion en el suplemento á la Gaceta de Pésaro de 13 de noviembre de 1790, y segun las cuales entre el meridiano de Paris y el de san José, cerca del cabo de San Lucas, hay una diferencia de 7 horas 28 minutos: de esta diferencia se deduce que la longitud de San José y por consecuencia la del cabo de San Lucas, que está situado bajo el mismo meridiano, es de 268°.

1 El famoso corsario Drak llamó á la California *Nue-*

La costa occidental, bañada por el mar Pacífico, comenzando en el cabo de San Lucas se dirige hácia el N. O. y sigue mas allá de la península casi siempre con la misma direccion, acaso hasta la extremidad mas occidental de la América. Las tierras litorales de esta parte de la California son por lo comun áridas, cubiertas de arenales estériles, despobladas y faltas de todo lo necesario para la vida, y hasta de leña y agua. Además, apenas hay puerto en que puedan las embarcaciones ponerse á cubierto de los vientos del N. O., que allí dominan. Los barcos y otros buques menores no pueden abordar á la corta sin riesgo de fracasar en los escollos á causa de las muy gruesas y violentas marejadas. Los puertos mas conocidos de aquella costa son el del Marqués ó de Santiago, el de la Magdalena, el de Año Nuevo, el de San Juan Nepomuceno, el de San Francisco y el de San Diego; y mas allá de la península está en la misma costa el de Monterey á los 37° de latitud N. Los cabos son el de San Lucas, que es el mas mentado, el de Morro Hermoso, el del Engaño, el de Año Nuevo y el del Rey. La costa hasta los 40° se dirige constantemente hácia el N O., de los 40° á los 42° quiebra hácia el N., y desde los 42°, donde se halla el cabo Mendocino, vuelve á tomar su primera direccion. A los 43° está el cabo Blanco de San Sebastian, término de los descubrimientos hechos por los españoles hasta el año de 1770. En este mismo año ó en el siguiente avanzaron, segun se dice, hasta los 55° y aun á los 58°; pero nosotros, no habiendo visto las relaciones de sus viajes, nada podemos decir de sus descubrimientos.

va-Albion en honor de su patria. El padre Scherer, jesuíta aleman, y Mr. de Fer, geógrafo francés, la llamaron *Isla Carolina*, cuyo nombre comenzó á usarse en tiempo de Cárlos II, rey de España, cuando aquella península se creia isla; pero estos y otros nombres se olvidaron pronto y prevaleció el que le puso Cortés.

2 Añadiremos aquí la opinion del docto ex-jesuíta don José Campoi sobre la etimología del nombre *California* ó *Californias* como dicen otros. Este padre cree que el tal nombre se compone de la voz española *cala*, que significa una ensenada pequeña del mar, y de la latina *fornix*, que significa bóveda; porque en el cabo de San Lucas hay una pequeña ensenada, en cuyo lado occidental sobresale una roca agujerada de modo, que en la parte superior de aquel gran agujero se ve formada una bóveda tan perfecta, que parece hecha por el arte. Observando pues Cortés aquella *cala* y aquella bóveda y entendiendo de latin, es verosímil que diese á aquel puerto el nombre de *California* ó *Cala-y-fornix*, hablando medio español y medio latin.

A estas dos conjeturas podriamos añadir otra compuesta de ambas, diciendo que el nombre California se deriva de *cala*, como opina Campoi, y de *fornax*, como opina el autor, á causa de la ensenada y del calor que allí sintió Cortés; y que este pudo haber llamado á aquel lugar *Cala-y-fornax*.

La costa oriental, formada por el golfo, comienza en el cabo de la Porfía, distante mas de diez leguas del de San Lucas, y sigue casi la misma direccion que la otra. Entre estos dos cabos está el puerto de San Bernabé, adonde suelen abordar los navíos de las islas Filipinas. Los puertos del golfo son los de las Palmas, Cerralvo, la Paz, San Cárlos, Loreto, San Bruno, Comondú, la Concepcion, los Angeles, San Luis, la Visitacion y San Felipe de Jesús. Entre Cerralvo y la Paz hay una pequeña península que se extiende hácia el N. y otra entre Comondú y la Concepcion. Los cabos de esta costa, comenzando desde el de la Porfía, son los de Cerralvo, San Lorenzo, el Púlpito, San Marcos, las Vírgenes, San Miguel y San Gabriel. Desde 31° quiebra la costa hácia el N. y mucho mas desde 32°, cuya direccion sigue hasta el rio Colorado, término de la península y del golfo.

Bajando desde la embocadura de este rio hácia el S. E. se hallan las costas de la Pimeria, Sonora, Ostimuri, Sinaloa, Culiacan, Chiametla y Acaponeta, provincias todas de la Nueva-España, hasta llegar al cabo de las Corrientes, situado á 20° 20' lat. N. y casi 270° long. Este cabo y el de San Lucas forman la embocadura del golfo, por la cual se comunica con el mar Pacífico. Siguiendo desde el cabo de las Corrientes la misma direccion S. E. por las costas de las diócesis de Nueva-Galicia, Michoacan y Méjico, se llega al puerto de Acapulco, adonde van á descargar los navíos de las islas Filipinas.

En los dos mares de la California hay innumerables islas, pero por lo comun pequeñas y desiertas. Las mas grandes son en el golfo las de Cerralvo, el Espíritu Santo, San José, el Cármen, el Angel Custodio y el Tiburon, y en el mar Pacífico las de Huamalguá, Cerros, la Ceniza, los Pájaros y Santa Catalina, de las cuales se dirá algo cuando haya oportunidad.

§ II.

TERRENO Y CLIMA.

El aspecto de la California es, generalmente hablando, desagradable y hórrido, y su terreno quebrado, árido, sobre manera pedregoso y arenoso, falto de agua y cubierto de plantas espinosas donde es capaz de producir vegetales, y donde no, de inmensos montones de piedras y de arena. El aire es caliente y seco, y en los dos mares pernicioso á los navegantes, pues cuando se sube á cierta latitud, ocasiona un escorbuto mortal. Los torbellinos que á veces se forman son tan furiosos, que desarraigan los árboles y arrebatan consigo las cabañas. Las lluvias son tan raras, que si en el año caen dos ó tres aguaceros, se tienen por felices los californios. Las fuentes son muy pocas y escasas. En cuanto á rios, no hay ni uno en toda la península, aunque son honrados

con este nombre los dos riachuelos de Mulegé y de San José del Cabo. Este desagua en el puerto de San Bernabé, y aquel, despues de un curso de dos millas escasas, desemboca en el golfo á los 27°. Todos los restantes son arroyos ó torrentes que estando secos todo el año, cuando llueve tienen alguna agua y un curso tan rápido, que todo lo trastornan y llevan la desolacion á los pocos campos que hay allí. El Colorado, aunque es rio grande, como está en la extremidad de la península y separado de ella por altas montañas, casi de nada puede servirle. Este rio, que nace en los países desconocidos del N., aumenta mucho sus aguas con el Gila, rio tambien grande que se le une á los 35°: de allí corre hácia el S. O. hasta los 34°, en donde vuelve á tomar su primera direccion al S. hasta su embocadura, la cual tiene de anchura casi una legua y está interrumpida por tres islotes que dividen el curso de las aguas. En esta extremidad del golfo los buques mayores no pueden acercarse á la embocadura por falta de profundidad, ni los menores pueden pasarla por la fuerza de la corriente y por los grandes árboles que suele traer; y así este rio no podrá ser útil al comercio de la California con los pueblos que habitan en sus dos riberas. Cerca de la embocadura hay dos lagunas de agua rojiza (de la que el rio toma su nombre) y de una calidad cáustica y tan maligna, que tocando cualquier parte del cuerpo, levanta luego ampollas y ocasiona un fuerte ardor que no se quita en algunos dias. Es probable que este efecto sea causado por cierto mineral bituminoso que hay en el fondo de aquellas lagunas y que ha sido observado por los navegantes al levar las anclas. Los rocíos, si fueran abundantes, pudieran, como en el Perú, suplir en la California la falta de lluvias; pero tambien son escasísimos.

Examinando en particular el terreno de la península, hallaremos en él alguna diversidad. En la parte austral desde el cabo de San Lucas hasta los 24° no es tan quebrado, ni son tan raras las fuentes en las cercanías de los montes; pero las costas son muy áridas, y el aire en ellas muy caliente. El país de los guaicuras, situado entre los 24° y 26°, es el menos montuoso, pero al mismo tiempo el mas seco y estéril de toda la California. El de los cochimíes, que desde los 25° se extiende en parte hasta los 33°, es el mas quebrado y pedregoso; pero desde el paralelo de 27° en adelante es el aire mas benigno. Hácia los 30° comienza á sentirse frio, y suele nevar; pero la tierra, aunque menos quebrada y pedregosa, es hasta los 32° muy árida y estéril. En este último paralelo muda el aspecto de la naturaleza, y se ven campiñas con abundantes aguas y mas adornadas de vegetales. El padre Kino, célebre misionero de Sonora, de quien haremos frecuente mencion en esta historia, habiendo vadeado el rio Colorado entre los 34° y 35°, halló en los países situados al O. de aquel rio, hermosas llanuras abundantes de agua, cubiertas de buenos pastos y pobladas de árboles lozanos. Lo mismo dijeron de la costa del mar Pacífico comprendida entre los 34° y 43° los españoles que á principios del siglo pasado fueron á reconocerla de órden del rey católico; mas como estos países están fuera de la península y aun no son habitados por los españoles, son ajenos de nuestro propósito.

§ III.

MONTES, PIEDRAS Y MINERALES.

Los montes de la California forman dos cordilleras, que se extienden por toda la longitud de la península, dejando poco terreno llano. La de la parte meridional ocupa el medio á igual distancia de ambos mares, y en sus montes son tan raras las piedras, que para fabricar es necesario usar de ladrillos. La de la parte setentrional es mas larga que la otra, se acerca mas al golfo que al mar Pacífico, y sus montes son mas altos y escabrosos, y tan pedregosos, que todos los que los ven quedan admirados, pues parece que á mas del diluvio universal de agua hubo en aquella península otro particular de piedras. Entre estos montes hay á los 28° un volcán, para que ni esta calamidad faltase á aquel país infeliz. Este volcán fué descubierto por los misioneros en 1746; pero desde que habitan allí los españoles no ha hecho erupcion alguna ni ha causado ningun temblor.

De la estructura de aquellos montes se infiere que la península estuvo antiguamente cubierta con las aguas del mar. Cerca de Kadakaamang, lugar mediterráneo situado á los 28°, hay un monte de tierra arcillosa, en el cual á la altura perpendicular de mas de 200 piés se ve una capa de conchas marinas que parecen empastadas con la arcilla. El grueso de esta capa es de mas de dos piés, y está situada horizontalmente casi á la mitad de la altura del monte. A distancia de unas tres leguas de aquel lugar se halla en las montañas una gran cantidad de ostras tan desmedidas, que un misionero habiendo llevado á su casa una que descubrió y héchola pesar sin la cubierta ni el animal, le halló veintitrés libras españolas de peso, pues era muy compacta, y tenia cerca de pié y medio de largo, casi nueve pulgadas de ancho y cuatro de grueso. En la California hacen, como en otras partes, muy buena cal de estas ostras. Cerca de Mulegé, lugar situado á los 27° latitud N. y próximo a la playa del golfo, hay un alto monte de piedra muy dura, de la que usan allí para los edificios, y en la cual, bien se corte en la falda del monte ó bien en la cima, se hallan conchas embutidas aun en las partes mas internas, y se ven algunas cavidades que parecen haber estado ocupadas con cuerpos marinos consumidos ya por el tiempo:

esto prueba que aquel monte se formó dentro del mar. Las piedras de esta clase son muy comunes en toda la costa del golfo. A tres leguas de Loreto, pequeña capital de aquella península, en un lugar rodeado de altas montañas, hay tambien una loma formada de conchas, y otra semejante cerca de la mision de San Luis, á mas de diez leguas del mar. Si á estos hechos se añaden los muchos vestigios que allí se descubren de las erupciones del volcán y la multitud de islas de que está rodeada la California, parece que no puede dudarse de las revoluciones hechas en aquel lugar por la naturaleza. Además, es manifiesto que el mar ha decrecido en una y otra costa de la península. Los misioneros jesuítas de Loreto observaron que las aguas en menos de cuarenta años se habian retirado muchos pasos de aquella costa; y este decrecimiento se hace mas palpable en la costa occidental, pues todo el espacio que hay entre el mar y los montes está completamente cubierto de arena litoral, á pesar de que en algunas partes distan estos de aquel mas de diez leguas. Es, pues, cierto que la California tiene hoy mas anchura que antes, y podemos pronosticar con seguridad que esta anchura irá creciendo en lo sucesivo, y acaso algun dia aquella multitud de islas se llegarán á unir con la península.

Entre las piedras de que están llenos los montes de la California, hay pedernal, piedra pómez, piedra de amolar, cristales, yeso, tezontle y otras poco útiles. Se cree que en la parte setentrional hay mármoles; pero hasta hoy no está esto bien averiguado. El cristal de roca se halla, como suele, en piezas exágonas en el distrito de la mision de Santa Gertrudis, bajo el paralelo de 29°. De piedra pómez hay gran cantidad en los alrededores del volcán. El yeso comun abunda en muchos lugares; pero en un montecillo de la isla de San Marcos, situada en el golfo cerca de la playa de Mulegé, se halla un yeso particular cristalizado en piezas trasparentes de cuatro á cinco piés de longitud, cosa de pié y medio de anchura y tres ó cuatro dedos de grueso, el cual calcinado da un blanco excelente y muy fino. Un misionero consiguió hacer de él vidrieras como las que se hacen de alabastro. De tezontle, piedra muy apreciada en la capital de Méjico y cuya descripcion hicimos en la historia antigua de aquel reino, hay muchas canteras en varios lugares de la California. Los habitantes de aquella península numeran entre las piedras la *múcara* y el *rizo*, dos especies de madrépora arrojadas á la playa por las olas del golfo, y de que tambien hacen cal.

En los países estériles suele á veces compensarse la aridez del suelo con la abundancia y riqueza de los minerales; pero en la California no es así. Hasta ahora no se han encontrado en ella mas metales que el oro y la plata, y ambos en corta cantidad. El año de 1748 un sugeto acomodado[1] que habia enriquecido con la pesca de perlas, comenzó á trabajar algunas vetas de plata descubiertas en la parte austral hácia los 23°, y continuó por algunos años, pasando de una á otra mina, sin aumentar considerablemente su capital. Tambien se ha hallado oro en algunas montañas, pero poco. En un monte llamado el Rosario, situado á cosa de 28½°, se descubrieron otras minas de plata; pero su laborío seria siempre dispendioso, por faltar en aquel lugar todo lo necesario, inclusas la leña y el agua. Hay tambien en el distrito de Mulegé un monte de arcilla rojiza que tiene oro, segun la opinion de los inteligentes. Pero sea de esto lo que fuere, lo que hay de cierto es, que á los californios les seria desventajoso que hubiese en su península algo que pudiese atraer á la gente malvada, cual suele ser la que se ocupa en sacar de las entrañas de la tierra aquel precioso metal.

Los otros minerales de la California que merecen alguna mencion, son el azufre, el vitriolo, el ocre y la *tiza*. En la falda del volcán se encuentra gran cantidad de azufre puro, que cualquiera puede recoger sin trabajo, porque se halla en la superficie de la tierra. Le hay tambien á los 28° en la playa del mar Pacífico, y se conoce el lugar de su criadero en el color del terreno, muy distinto de todo el resto. Cavando allí un poco, se encuentra azufre, aunque mezclado con tierra; pero es creible que se hallaria tan puro como el del volcán si se cavase á mayor profundidad.

El vitriolo ó caparrosa se halla en pequeñas cortezas en algunos lugares húmedos del distrito de la mision de Guadalupe, y en otros territorios mas setentrionales. Estas cortezas se formarán acaso del sedimento de la agua, que se satura de caparrosa al pasar por sus criaderos.

En la misma montaña de arcilla rojiza situada cerca de Mulegé, en que se cree que hay oro, se han observado varias vetas de ocre amarillo, del que antes usaban aquellos indios para pintarse el cuerpo. Igualmente se halla en esta montaña la *tiza*, que es una especie de *cerussa nativa*, tierra mineral blanquísima y muy semejante al albayalde. En la California la usan para blanquear los edificios: mas como da un blanco tan intenso que deslumbra, la templan con cola. En Méjico se sirven de ella para pulir las obras de platería.

En cuanto á sales, hay allí sal comun, sal gema y nitro. Estando la California rodeada del mar casi por todas partes, no puede dejar de haber en ella buenas salinas. Y en efecto, hay muchas; pero ninguna es comparable con la de la is-

1 D. Manuel de Ocio, antes soldado del presidio de Loreto, el cual, licenciado de la milicia, se ocupó de tal suerte en la pesca de perla, que llegó á ser casi dueño absoluto de aquel ramo de comercio. Este ha sido el único hombre rico de la California.

la del Cármen situada en el golfo á los 26° frente al puerto de Loreto, del cual dista cuatro leguas. Esta isla, que tiene trece leguas de circunferencia, está toda desierta, y no se alimentan en ella mas que ratones y un gran número de serpientes: en la parte occidental tiene una áspera montaña; pero el terreno de la parte oriental es llano, y en él se halla aquella salina que sin contradiccion es una de las mejores del universo. Comienza á distancia de media legua del mar, y se extiende tanto, que no se alcanza á ver el fin, presentando al observador el espectáculo de una inmensa llanura cubierta de nieve. Su sal es blanquísima, cristalizada y pura, sin mezcla de tierra ni de otros cuerpos extraños. Aunque no es tan dura como la piedra, se necesitan picos para trozarla, y de este modo la dividen en panes cuadrados de un tamaño proporcionado para que cada operario pueda llevar uno de ellos á cuestas. Este trabajo se ejecuta en las primeras y en las últimas horas del dia, porque en las restantes reflectan en ella los rayos del sol con tanta viveza, que deslumbran á los trabajadores. Aunque todas las flotas de Europa acudiesen á cargar sal de aquella salina, jamás podrian agotarla, no solo por su grande extension, sino principalmente porque se reproduce luego la sal que de ella se extrae: apenas pasan siete ú ocho dias después de haberle sacado la cantidad necesaria para cargar un barco, cuando ya la escavacion está llena de nueva sal. Si esta salina estuviera en algun país de la Europa, produciria al soberano que la poseyera una renta mas considerable que la que producen las famosas de Williska en Polonia, en cuya tenebrosa y horrible profundidad se sepultan tantos centenares de esclavos á sacar la sal; mas en el golfo de California no sirve mas que de proveer á los pocos habitantes de aquella península. Aun en el lugar en que Dios la puso pudiera ser mucho mas útil si se excitara la industria de los habitantes de Sinaloa, de Culiacan y de los otros pueblos de la costa; porque siendo allí tan abundante y excelente la pesca, como después diremos, y habiendo toda la sal que se quiera sin que cueste nada, podrian hacer un comercio muy lucrativo de pescado salado con las provincias mediterráneas de la Nueva-España.

Dos criaderos de sal gema se han descubierto en la península: el uno en la costa del mar Pacífico á los 26°, y el otro á los 28 en la llanura perteneciente á la mision de San Ignacio. La sal que de ellos se extrae es semejante en la blancura y pureza á la del Cármen, pero no es tan tersa y reluciente. En el monte del Rosario hay nitro puro, y en varios lugares le hay mezclado con tierra. El llamado por los mejicanos *tequizquitl* y por los españoles de Méjico *tequezquite*, es mas bien la espuma del nitro, de la cual se suelen servir en la Nueva-España, como en Egipto, para hacer la legía de blanquear los lienzos, y para cocer las legumbres, que con este mineral se ponen mas suaves y mas sabrosas.

§ IV.

VEGETALES Y SU DIVISION.

Acaso los aficionados á la historia natural quisieran que al pasar al reino vegetal, clasificáramos las plantas de la California con arreglo á alguno de los sistemas inventados por los naturalistas modernos; pero ni los vegetales de aquella península son tantos que exijan semejante método, ni para seguirle nos bastan las nociones que de ellos tenemos; por tanto nos serviremos de la misma division que adoptamos en la Historia de Méjico, como mas acomodada á la inteligencia de toda clase de personas.

Como la vegetacion es siempre conforme á la calidad del terreno, en la California se dan muy bien aquellas plantas que apetecen un suelo árido y pedregoso, como los pitahayos y nopales. Se ha observado que abundan proporcionalmente mas que en otras partes las plantas espinosas, y que las que son comunes á otros países, son allí ordinariamente mas chicas, y tienen menos grueso el tronco ó tallo, y mas angostas las hojas. Hay tambien muchos árboles que la mayor parte del año están desnudos, motivo por el cual el calor del sol es insoportable á los caminantes, que no hallan sombras donde poder tomar algun descanso. Cuando llueve, se visten aquellos árboles de algun follaje; pero faltándoles luego la humedad, vuelven á quedar sin él.

Hay pues entre las plantas de la California algunas útiles por su fruto, otras por sus hojas ó ramos, otras por su tronco ó tallo, otras por su raíz, y otras finalmente por su jugo ó goma. Las hay tambien nocivas y extravagantes.

§ V.

PLANTAS NATIVAS DE LA CALIFORNIA UTILES POR SU FRUTO.

De las plantas útiles por su fruto, unas son propias de aquella península y otras extranjeras. Entre las primeras merece el principal lugar el pitahayo[1], tanto por lo raro de su forma, como porque les suministra á los miserables californios su principal alimento y el fruto mas delicioso. Dos especies hay de pitahayos, muy diversas entre sí, no solo porque una da el fruto dulce y la otra agridulce, sino tambien porque las plantas tienen diferentes formas.

1 Los franceses llaman esta planta *cirio espinoso* (*cierge épineux*); pero este nombre no conviene mas que á la primera especie, como se verá por su descripcion. Lo mismo decimos del nombre *órgano* que en Méjico dan muchos á las plantas de esta primera especie.

El pitahayo de la primera especie es muy comun en Méjico y en otros países de América, pero en ninguna parte se da tan bien como en la California. De su tronco, que apenas crece un pié, se desprenden hasta diez, doce ó mas de altura unos ramos tan gruesos como el brazo de un hombre, colocados en fila, paralelos y rectos en toda su extension, menos en su nacimiento, en donde los laterales tienen una curvatura proporcionada á su distancia de los del centro. Estos ramos están vestidos de una corteza verde que tira á amarilla, y tienen varias estrías que se extienden en línea recta por toda su longitud y distan entre sí cosa de una pulgada. En vez de hojas, de que carecen absolutamente, están armados de fuertes espinas dispuestas á manera de estrellas, y tan apiñadas, que no se puede tocar ninguna parte de la planta sin herirse. Debajo de la corteza contiene ésta como un dedo de pulpa verde y muy jugosa, y dentro de ella un tubo leñoso lleno de una médula blanquizca, el cual, estando seco, arde bien, y sirve para alumbrar en vez de hacha.

Hácia la extremidad de los ramos brotan hermosas flores blancas manchadas de rojo vivo, pero sin olor, y á estas flores suceden los frutos llamados pitahayas por los españoles, y *tammiá* ó *dammiá* por los californios cochimíes. Este fruto es redondo, del tamaño de un albérchigo grande, y está tambien armado de espinas: al principio es verde, pero cuando se madura se pone rojo ó amarillo. El de corteza roja tiene la pulpa de un hermoso color de sangre, y el de corteza amarilla la tiene blanca, amarilla ó amarillenta. La corteza es algo gruesa, pero blanda y fácil de despegarse, y la pulpa es dulce, suave, refrigerante y sana. Quitándole la corteza, se come juntamente con los granillos de que está llena, los cuales son algo semejantes á los del higo, aunque mas pequeños. La pitahaya roja tiñe la orina de color de sangre, por cuyo motivo algunos forasteros la primera vez que la han comido han entrado en gran cuidado, creyendo tener roto algun vaso.

En la parte austral de la península comienza la cosecha de la pitahaya dulce á principios de junio, y termina á fines de agosto: en la setentrional comienza mas tarde, y su mayor abundancia es en agosto; pero cuando llueve un poco mas de lo acostumbrado, es la cosecha muy escasa ó absolutamente nula, porque no hay planta á que la humedad perjudique mas que al pitahayo.

Para la cosecha usan los californios de una vara ó caña, en cuya extremidad atan fuertemente un hueso delgado y dispuesto en forma de gancho para desprender el fruto de la planta, y una red para cogerle sin que caiga en el suelo. Cogido el fruto, le quitan las espinas con una varita, lo cual se hace fácilmente estando maduro, y le mondan para comerle; y de esta manera van cosechando y comiendo hasta saciarse, llevando á su habitacion lo restante. Durante el tiempo de la cosecha andan todo el dia por los montes y los llanos buscando pitahayas maduras, y esta es para ellos, como después diremos, la estacion mas alegre.

Acabada la cosecha de la pitahaya dulce, sigue la de la agridulce, llamada *tajuá* por los cochimíes, la cual dura los dos meses de setiembre y octubre, y cuando el año es abundante, se coge tambien en noviembre. Los ramos de esta planta son tambien estriados, espinosos y sin hojas; pero las estrías son mas ordinarias, y las espinas mayores, mas tupidas y mas fuertes. Son asimismo rectos y paralelos, como los del *tammiá* ó pitahayo de fruta dulce; pero desde el tronco de su orígen toman diversas direcciones, sin ningun órden ni simetría, y tendiéndose por el suelo echan raíces y forman nuevas plantas; y enlazándose unos con otros, resultan unos matorrales desagradables á la vista é inaccesibles á los animales. Esta planta es diversa de la primera tambien con respecto al lugar donde se da; porque aquella fructifica bien en cualquiera lugar de los montes ó de los llanos con tal que sea árido, y esta no se halla sino en las llanuras cercanas á la playa, y si en los montes se encuentra alguna vez, es absolutamente estéril. La flor del *tajuá* es cordial, blanca y roja y de cuatro á cinco dedos de larga; su fruto, aun mas apreciado que el del pitahayo dulce, es esférico, del tamaño de una naranja, armado tambien de espinas, y rojo interior y exteriormente. Cuando está maduro tiene un sabor agridulce muy agradable, y tiñe la orina de color de sangre lo mismo que el dulce. En Méjico hay tambien de estas pitahayas agridulces, pero inferiores en el sabor á las de la California.

El *gkakil* ó *garambuyo*, como le llaman los españoles, es fruto de otra planta de ramos carnosos, estriados, sin hojas, espinosos y semejantes en la forma á los del pitahayo; pero la planta es mas pequeña, sus estrías mas anchas y sus espinas mas pocas y menores. El fruto, aunque semejante en la figura á la pitahaya, es mucho mas chico, de un rojo mas vivo, y muy inferior en el sabor. Es mas temprano que la pitahaya y se acaba en menor tiempo.

El *cardon*, así llamado por los españoles en aquella península, es una planta gigantesca entre las carnosas estriadas; su tronco es grueso, y los ramos que de él nacen, estriados, espinosos, sin hojas, rectos y paralelos, como los del pitahayo; pero mas altos y mas gruesos, pues crecen hasta la altura de cuarenta piés, y tienen un grueso proporcionado é igual desde su orígen hasta su extremidad. Su estructura es semejante á la de los ramos del pitahayo; mas su corteza es de un verde mas hermoso y no tiene tantas espinas. En la extremidad de los ramos da esta planta su fruto, el cual tiene la figura de una pera y la corteza amarilla, y dentro contiene un humor visco-

so de color rojo muy vivo, y ciertos granillos esféricos, negros, brillantes y del tamaño de los del culantro. Estos granillos son toda la utilidad que los californios sacan de esta planta tan grande. Para comerlos les quitan al sol y al fuego aquella viscosidad, y después los tuestan para preservarlos de la corrupcion y poderlos conservar. Los misioneros hallaron el modo de hacer mas útiles los ramos, pues de un trozo de cosa de dos palmos, machacado, exprimian el jugo, y haciéndole hervir y espumándole hasta cierto grado de condensacion, formaban un balsamo bueno para las heridas y llagas.

La *viznaga* espinosa es otra especie de planta carnosa, estriada, sin hojas y con espinas, y todavía mas singular que todas las restantes de esta clase, pues no solamente carece de hojas, sino tambien de ramos, y consiste puramente en un tronco ó tallo carnoso, jugoso, verde, muy grueso, y de la altura de dos, tres ó cuatro piés. A mas de las pequeñas espinas de que está armada por todas partes, tiene hácia la extremidad otras muy diversas, fuertes, de sustancia ósea, de cuatro ó cinco dedos de longitud, parte blancas y parte rojas, y con una pequeña curvatura en la punta. En la Nueva-España se sirven algunos de estas espinas para limpiarse los dientes[1], y en algunas de las misiones de la California las usaban en lugar de agujas de hacer medias, enderezándoles la punta y adelgazándoles la parte mas gruesa. Entre estas espinas da la viznaga sus bellas flores, teñidas de blanco, rojo y amarillo, á las cuales sucede el fruto, mucho mas pequeño que el del *tammiá*, y lleno, como el del cardo, de humor viscoso y de granillos, que los californios comen preparándolos como los de aquel. En Méjico hacen una buena confitura de la pulpa jugosa de esta viznaga.

El *nopal*, planta bien conocida en Europa, se aparta algun tanto de las que llevamos descritas, porque aunque carece de hojas, sus ramos tienen alguna forma de hojas, y este nombre es el que vulgarmente se les da.[2] En la California habia muchas especies de nopales, pero inferiores á los de Méjico en el tamaño y en la calidad del fruto. De estos llevaron los misioneros á la península varias clases que arraigaron bien en aquel árido terreno. Los californios comen no solamente la pulpa, sino tambien la corteza interior del fruto; y tanto allí como en Méjico se comen cocidas y guisadas las pencas mas tiernas. El nombre que los cochimíes dan á la tuna ó fruto del nopal, es la sola vocal *a*.

Es ciertamente admirable que las plantas de que hemos hablado y otras de que hablaremos después, tengan mas jugo en los lugares áridos que las otras clases de arboles en los húmedos; pero es todavía mas singular que se conserven sin detrimento alguno con poco ó ningun rocío, aunque no les llueva en diez meses ó mas, como suele suceder en la California. Yo creo que estas plantas son mas jugosas porque traspiran menos, y que traspiran menos porque no tienen hojas, pues estas, como fundadamente creen los físicos, son los órganos principales de la traspiracion de los vegetales: puede por tanto conjeturarse que el Criador negó del todo las hojas á aquellas plantas porque las destinaba á vivir en países secos.

El *ciruelo* de la California es muy diverso del verdadero ciruelo, y no recibió de los españoles este nombre sino por la semejanza del fruto. Es de mediana altura, tiene las hojas dentadas, y blanquizca la corteza del tronco y de las ramas, las cuales se extienden horizontalmente mas de lo que parece convenir á la altura del árbol. El fruto, aunque semejante en su color y figura á la ciruela morena, es mas pequeño, áspero al gusto, y bueno solamente para el paladar de aquellos miserables indios, acostumbrados á comer cuanto se les pone delante; pero la almendra contenida dentro del hueso es muy gustosa, y por eso apreciada aun por los españoles. Este arbol es propio de la parte austral y no se halla en otros países de la península.

Anabá es el nombre de una fruta semejante al higo, y del árbol que la produce. Este es grande, la corteza de su tronco y ramas blanquizca como la de la higuera, y su fruto semejante en color y figura á la breva; pero mas chico, menos jugoso y sin aquel sabor dulcísimo de nuestros higos. Sin embargo de esto, los californios le aprecian tanto, que cuando tienen noticia de un anabá con fruta madura, van á buscarle para proveerse, aunque sea á cuatro ó cinco leguas de distancia. La madera del anabá es absolutamente inútil, y sus raíces son generalmente mas anchas que gruesas, porque como vive comunmente entre las peñas, introduce las raíces entre las hendiduras, ó á falta de estas, las extiende sobre las mismas peñas. En Méjico, donde es conocido con el nombre de *zalate*, fructifica mejor y crece mas.

El *medesá* es un árbol grande que no da fruto todos los años, y en los lugares altos casi nunca: su tronco tiene la corteza verde blanquizca, sus hojas son pocas y delgadas, y su fruto semejante al frijol, encerrado en pequeñas vainillas. Este fruto es muy apreciado por los indios, los cuales le mondan y le tuestan para comerle después en el invierno. Los bueyes comen bien las ramas tiernas de este árbol, pero su madera no sirve mas que para leña. En Loreto le dan los indios el nombre de *dipuá*.

El *asigandú* es un arbusto leguminoso que na-

1 No dieron los españoles á esta planta el nombre de *viznaga* sino porque sus espinas óseas sirven de mondadientes como los de la verdadera viznaga; por lo demás, estas dos plantas no tienen entre sí ninguna semejanza.

2 En Méjico se les da generalmente el nombre de *pencas*.—E. T.

ce cerca de los arroyos y torrentes; sus ramas son espinosas, su fruto un poco mayor que el trigo y encerrado en vainillas angostas y de tres á cuatro dedos de largas. Como este fruto es de los primeros que se maduran y como su tiempo es precisamente el de mayor escasez de víveres, le aprovechan los indios, aunque realmente no es comible, y para comerle le tuestan y le reducen á harina, como lo hacen con otras semillas. El hedor que despide cuando se le tuesta es muy desagradable, así como tambien el aliento de los que le comen, el cual se hace insoportable cuando en aquella estacion se reunen en la iglesia ó en otro lugar cerrado.

El *huisache* (nombre tomado del mejicano *huitzaxin*) es un arbusto leguminoso, espinoso y de hojas angostas, que da unas vainillas, las cuales, aunque no sirven para comer, sirven en la California y en Méjico para hacer tinta de escribir, añadiéndoles cierta cantidad de caparrosa. Los bueyes comen bien las ramas tiernas, pero su carne adquiere mal sabor.

La *jojoba* es una de las frutas mas preciosas de la California. La planta que la produce es un arbusto que se da en las áridas faldas de los montes, y sus hojas son oblongas, recortadas, lisas, del tamaño de las de la rosa y de un color verde que tira á gris. El fruto es una baya oblonga, del tamaño de la almendra de una avellana, roja oscura por fuera, blanca por dentro y de un sabor oleoso no desagradable. Este fruto se ha hecho célebre por sus virtudes medicinales, especialmente para curar la supresion de la orina provenida de concreciones flemosas, para facilitar los partos y para las heridas. El aceite que de él se saca es un excelente remedio contra el cáncer, y como por otra parte tiene buen sabor, solian algunos de la California usarle en la ensalada en lugar del de olivas. Esta planta no da fruto todos los años, sino solamente cuando en el invierno cae al menos un aguacero.

La *pimientilla*, llamada así por la semejanza que en su forma y tamaño tiene con la pimienta comun, es la semilla que produce dentro de cierta baya un pequeño arbusto, cuyos tallos son semejantes á los retoños del olivo silvestre, aunque mas chicos. Los indios la comen bien, pero tienen poca.

Cuando llueve mas de lo ordinario, nace en algunos lugares de la península una yerba de muchos tallos, llamada *teddá*, que crece hasta cosa de un pié de altura, y produce unas espigas que contienen ciertos granillos del tamaño de los del anís. Los indios recogen esta semilla, procurando con mucho cuidado que no llegue antes á secarse, para que no se desprenda de la espiga y caiga en el suelo: después de cosechada la tuestan y la reducen á harina para comerla.

La *tedeguá* es una planta que nace en varios lugares de la península, y principalmente en la parte austral, cuando llueve en el estío. Su tallo es como un dedo de grueso y sus hojas grandes y algo semejantes á las de la malva, pero armadas, como las de la ortiga, de espinitas ó pelos que pican cuando se la toca, causando mucho ardor y levantando ampollas en la piel, por cuyo motivo los españoles de la California la llaman *ortiga*, aunque en lo demás es muy diversa de la verdadera ortiga. El fruto que produce tiene buen sabor y es semejante á una almendra, aunque menos ancho.

Estas son las principales plantas útiles por su fruto que producia la California cuando sus habitantes eran del todo bárbaros y salvajes; pero los mismos misioneros que los civilizaron, introdujeron en aquella península juntamente con la religion cristiana y las buenas costumbres, el cultivo de muchísimos vegetales extranjeros mejores que los nativos del país.

§ VI.

PLANTAS EXTRANJERAS.

No han prendido en la California todas las plantas y árboles frutales que de varios lugares de Méjico han sido llevados á aquella península. En los pocos parajes en donde no falta el agua y hay tierra á propósito para la respectiva vegetacion, han prevalecido los olivos, limones, naranjos, albérchigos, granados, higueras, manzanos, guayabos, zapotes amarillos, parras, sandías, melones, calabazas, palmas de dátiles, trigo, maíz, arroz, y varias especies de legumbres, como garbanzos, lentejas, habas y judías, con cuyos frutos se ha remediado mucho la grande miseria de aquellos pueblos. De todas estas plantas ninguna se da tan bien como la higuera y la parra; los higos pasados tienen un sabor exquisito, y el vino que dan las pocas viñas que hay allí, es excelente. Habia tambien, y aun hay parras silvestres; pero en todo mas chicas que las cultivadas, y sus racimos no tienen mas de ocho ó diez granos acerbos que nunca llegan á madurarse. El arroz fructifica bien en la parte austral, en la cual hay cantidad de agua que esta planta requiere. En uno que otro lugar hay aguacates, y en Loreto algunas palmas de coco que han dado bien. Están asimismo provistos aquellos pueblos de pimientos, gitomates y tomates, tres clases de frutos muy apreciados y usados entre los americanos. Se ha observado que el clima de aquella península es muy contrario á las manzanas, peras, piñas, chirimoyas y otras frutas delicadas de Méjico.

En cuanto al trigo, son ciertamente pocos los lugares en que puede cultivarse; pero en ellos no es menos admirable la abundancia de las cosechas que el singular método del cultivo. Se busca primero un terreno labrantío que pueda regarse con frecuencia ó con la agua de alguna fuente vecina, ó con la llovediza reservada en algun

aljibe. Antes de ararle se riega, y después de haberle arado del modo ordinario, se forman en él surcos, pero no rectos como se hacen comunmente, sino tortuosos y undulantes, para que el riego deteniéndose en ellos mayor tiempo, les deje mas humedad. Hechos los surcos, vuelve á regarse la tierra, que casi siempre es muy árida, y después de haberse oreado un poco, se siembra. Para sembrar se emplean dos hombres: el uno va por delante haciendo con la *coa* (instrumento de labranza usado por los antiguos mejicanos) unos hoyos algo largos y poco profundos, distantes entre sí dos ó tres palmos, y colocados en los costados del surco, de modo que no queden uno enfrente de otro: tras de este trabajador va el sembrador con el grano, que toda la noche anterior ha estado en agua; y echando en cada hoyo el número de granos que pide la calidad del terreno, con el pié los cubre ligeramente de tierra. Si esta es buena y está descansada, ó á lo menos bien abonada, no se echan en cada hoyo mas que cuatro ó cinco granos; pero si no, se echan hasta diez ó doce, procurando en todo caso que queden separados, por cuyo motivo se hacen los hoyos mas ó menos grandes, segun la calidad del terreno. Luego que nace la planta, vuelve á regarse la tierra, y se prosigue haciéndolo semanariamente, á no ser que esta tenga por sí alguna humeded, lo que raras veces sucede.

Cada grano sembrado echa comunmente quince, veinte y hasta treinta cañas, en cada una de las cuales brota una espiga; pero si la tierra es fértil, alrededor de la espiga principal nacen seis ú ocho mas chicas. La cosecha corresponde á esta fecundidad, porque en las tierras inferiores rinde á cuarenta, cincuenta ó sesenta por uno, en las medianas y bien cultivadas á ochenta, ciento y ciento veinte, y en las superiores, ó aunque no lo sean si están bien trabajadas y oportunamente abonadas, suele ascender la cosecha á doscientos, y aun trescientos y mas. Un misionero respetable y digno de fe por su conocida sinceridad, á quien somos deudores de casi todos los materiales de este ensayo de historia natural, cuenta en sus manuscritos que habiendo sembrado en un campo de la mision de San Francisco Javier ocho y medio almudes de trigo, cosechó doscientas seis fanegas, esto es, dos mil cuatrocientos setenta y cuatro almudes; y por consiguiente le rindió á trescientos veinte y nueve por uno[1], con la circunstancia de que, segun dice él mismo, una parte de aquel campo era de tierra mala, y lo mas de la cosecha se debió á un giron de tierra superior que hacia como la tercera parte de la sementera.

El trigo que produce varias espigas en cada caña, se llama por este motivo *espiguin*, es algo grueso y aristoso, y da buen pan, aunque no comparable con el que se hace del *candeal*, trigo mas largo, aunque menos grueso que el otro, de arista mas pequeña, y que sin embargo de no dar en cada caña mas que una espiga, rinde lo mismo ó mas que el espiguin, porque matea mucho mas. A pesar de esto se siembra poco candeal en la California, aunque es muy sujeto á la enfermedad conocida, tanto allí como en Méjico, con el nombre mejicano *chahuiztle.*

No es este el único mal á que está expuesto el trigo en aquella península, pues tiene otros enemigos mas perjudiciales, como las *tuzas*, las ardillas, los pájaros, y sobre todo, la langosta. Por otra parte, la misma agua de que se usa para fecundar las sementeras, produce en ellas abundancia de trébol, el cual robando el jugo al trigo, le arruina y pone al labrador en la necesidad de escardar con frecuencia.

Las cosechas de maíz no son proporcionalmente tan abundantes como las de trigo, porque el maíz necesita mas agua y esta es muy escasa en la California. Sin embargo, ordinariamente rinde á doscientos, á doscientos cincuenta, y á veces tambien á cuatrocientos por uno; de modo que cuando no llega á ciento, se reputa miserable la cosecha. Así como el trigo está expuesto al *chahuiztle*, el maíz lo está á cierta especie de rocío, el cual consiste en un humor claro, dulce y viscoso, que aparece en las hojas con tanta abundancia, que goteando en el suelo, deja en él una mancha. Yo creo que este humor es el jugo de la misma planta, extraido fuera de ella por el excesivo calor que relaja demasiado sus fibras, y haciéndole perder aquella sustancia tan necesaria para su vida, la marchita pronto y llega á secarla.

En vista de lo dicho no se extrañaria que, á pesar de la poca poblacion de la California y de la extraordinaria multiplicacion de aquellos granos, sea necesario para proveerse de ellos ocurrir á Sinaloa y á otros países de la Nueva España, pues las tierras labrantías de la península son pocas, el agua muy escasa y muchos los obstáculos que deben vencerse para llegar á levantar una cosecha.

§ VII.

PLANTAS UTILES POR SUS HOJAS Y POR SUS RAMAS.

Pocas son las plantas útiles por sus hojas ó sus ramas. Cerca de los torrentes y aljibes abunda la salvia, y tambien los juncos y estoques, cuyos tallos y raíces comen los californios, y con las hojas hacen esteras desde que se les enseñó á hacerlas. Cuando llueve en el estío abundan las verdolagas; pero de ellas no comen los indios mas que la semilla. El *estafiate*, ó sea el ajenjo de los mejicanos, se da copiosamente en los campos cultivados; pero si nace en ellos, como suele, el trébol, le sofoca con el trigo.

1 Estas cuentas están equivocadas.

El orégano de la California no se parece al verdadero sino un poco en el olor. Es un arbusto que se da en los llanos secos, y crece hasta la altura de casi cuatro piés: sus hojas son chicas y de un verde hermoso, y se usa de ellas en lugar del verdadero orégano para condimentar las viandas. Se dice que es muy sabrosa la carne de las reses que se alimentan con esta planta.

El tabaco nace espontáneamente en varios lugares de aquella península, y los indios se sirven de él para fumar.

Los jesuítas llevaron á ella lechugas, coles, endivia y otras plantas semejantes, que han prevalecido en los lugares donde son cultivadas.

§ VIII.

PLANTAS UTILES POR SU TRONCO Ó TALLO.

De los árboles que suministran madera para fabricar y labrar, ó al menos leña, hay *guaribos*, pinos, encinos, palmas, madroños, álamos y otros pocos; y de las plantas cuyo tallo sirve para comer, ó se aplica á otros usos útiles á la vida, hay *mezcal*, *batamote*, *nombó* y otros en corto número.

El *guaribo*, árbol el mas grande de la California, es tan semejante al álamo, que á primera vista no puede distinguirse de él; sin embargo, es bien diferente en la calidad de la madera, la cual es muy buena para vigas y para toda clase de labor. La desgracia es que este árbol no se halla sino en pocos lugares escabrosos y casi inaccesibles, como sucede tambien con los pinos en la parte austral.

Las palmas rojas de aquellos montes son allí apreciadas por su madera rojiza y fuerte; pero esta es tan delgada, que apenas tiene ocho dedos de diámetro, de suerte que para sacar vigas de la palma es necesario aprovechar el tronco entero con su corteza, la cual es, como en las otras palmas, de color gris. De estas hay á mas de la de cocos y de la de dátiles, otras dos especies, la una de madera blanca, menos fuerte que la roja, y mas fácil de apolillarse, y la otra apenas tiene debajo de la corteza dos ó tres dedos de madera sólida, y dentro de esta una médula ligera y fofa de cuatro dedos de diámetro. Antes que los españoles entrasen en la California habia en ella muchos y hermosos palmares, porque los indios no hacian de ellos ningun uso; pero después que por el trato con los habitantes de Sinaloa aprendieron á comer los retoños de las palmas y los españoles comenzaron á sacar de ellas madera para fabricar, se exterminaron algunos de aquellos palmares. Los retoños son, tanto para los indios como para los españoles, una comida deliciosa; pero al mismo tiempo dispendiosa, porque las palmas se secan luego que se les cortan.

Dos especies de acacias hay en la península, diversas en el tamaño del árbol y en la calidad de su fruto: la de fruto amargo es grande y nativa de la California; la de fruto dulce es mas pequeña y extranjera. Los indios comen este fruto y los animales el otro, del cual, así como tambien de las ramas, gustan mucho los caballos, las ovejas y las cabras. Las dos acacias dan unas vainas largas, tienen el tronco y las ramas tortuosos, su madera es muy dura y pesada, y por lo mismo muy propia para las partes curvas de un navío, y sus retoños, machacados y aplicados á los ojos, se creen eficaces contra la oftalmia. Este árbol abunda en los planíos estrechos que hay entre los montes y la costa del golfo. Los cochimíes le llaman *guatrá*, los mejicanos *mizquitl* y los españoles *mezquite*.

El *palo chino*, así llamado por los españoles no sé por qué, es un árbol nativo de la parte austral de la península, grande y recto; sus hoja; son pequeñas y de un verde que tira á cenicien- to, la corteza de su tronco y ramas gris, y su madera roja y propia para labrarse; pero pierde e color cuando se moja ó con solo el discurso d tiempo. En la parte setentrional hay otro árbl que tambien es conocido con el nombre de *pa chino*, el cual tiene la madera blanca y fácil e apolillarse, y no da ningun fruto comible.

El *gkokio*, llamado palo blanco por los españ- les á causa del color de su corteza, es un árl de mediana altura, poco follaje y muy pocas - mas que se da cerca de los torrentes. Su ma- ra es tambien blanca al principio; pero en lleg- do á cierta edad, la parte mas interna del tro llega á ponerse casi negra y muy fuerte y du. De ella solian hacer los neófitos algunas pies que parecian de ébano, curiosamente trabajas y embutidas de concha.

La *uña de gato* es un árbol leguminoso, cus hojas son chicas y angostas y de color verde q tira á blanco y da su fruto en vainas. Sus - mas están erizadas de espinas curvas semejant á las uñas de los gatos, por cuyo motivo se le d este nombre, con el cual es conocido en todo M jico. La parte mas interna del tronco, ó sea l médula, se pone tambien negra, con algunas lis tas amarillas que la hermosean; y como por otr parte es dura y pesada, hacen de ella piezas tra bajadas á torno. Mas si el árbol se deja crecer hasta cierta edad, se le consume aquella médula de modo que queda hueco.

El *mangle*, aunque no es árbol muy grande, extiende mucho sus ramas horizontalmente, de modo que algunas tocan el suelo. Sus hojas son chicas, oblongas, rocortadas, lisas y de un verde claro muy agradable, y su madera dura, y se usa de ella para remos. Los mangles se dan cerca de las costas, con tal que el terreno no sea arenoso.

El *corcho* es un arbolito que vive en los planíos que hay al pié de los montes, en donde se le ve por lo comun sin hojas; pero á pesar de eso forma un bellísimo ramillete de flores de un color de púrpura muy vivo. Su tronco cuando seco

se vuelve tan ligero y fofo como la corteza del alcornoque, y por eso se le dió el nombre de corcho. Con él forman los indios las balsas en que van á pescar, como después diremos; y sirve tambien en lugar de la corteza del alcornoque, y aun mejor que ella, para tapar botellas y otros vasos.

El *nombó* es un arbusto de tallos largos, rectos, flexibles, de corteza blanquizca y por lo comun desnudos. Solo cuando llueve se visten de unas hojas mas anchas que largas; pero apenas pasa un mes después de la lluvia, cuando vuelven á quedar desnudos. De esta planta no se hace ningun uso en la California; pero podrian ser útiles sus tallos, tanto para hacer cestos como para la tintura, porque contienen un humor de color de sangre que tiñe tan tenazmente los lienzos, que por mucho que se laven no puede quitárseles del todo la mancha. ¿Qué seria si aquel jugo estuviera convenientemente preparado?

Hay otro arbusto (de cuyo nombre no se acuerda el autor de los manuscritos de que nos servimos) semejante al nombó en la flexibilidad de sus tallos y en la carencia de hojas; pero mas útil á los indios, porque hacen de él dos especies de utensilios muy usuales entre ellos, esto es, ciertas conchas y escudillas de que hablaremos después.

El *batamote* es otro arbusto que nace en las orillas de algunos torrentes, y tiene los tallos rectos y de tres ó cuatro piés de longitud, y las hojas largas y agudas, pero muy delicadas y de un verde muy fino. Esta planta es eficaz para restituir el movimiento á los miembros tullidos, bañándolos con el cocimiento de sus tallos, ó dando friegas á las coyunturas con los mismos tallos asados, y poniéndoles después un emplastro de ellos.

En algunas partes se dan cerca de los torrentes cañaveras chicas y del grueso del dedo pequeño, ó cuando mas como el índice, de las cuales escogen las indias las mas delgadas para sus vestidos, como adelante diremos. Esta cañita es en la California la única planta en que se ve el maná, sustancia dulcísima y blanquecina, que los cochimíes llaman *cadesé*, esto es, zumo de caña. El mismo nombre dieron á la azúcar cuando la conocieron y probaron, en lo que se ve que, aunque bárbaros, pensaron acerca del orígen del maná mejor que nuestros antiguos filósofos, que le tuvieron por rocío. Al presente hay en la península cañaveras gruesas llevadas de otros países.

La planta mas apreciada por los indios á causa de su tallo, es el *mezcal*, planta del género de los aloes, semejante al maguey en el modo de echar el tallo y las flores; pero mas pequeña, mas espinosa y de un verde mas intenso. Cuando se le deja crecer echa, como el maguey, un tallo recto, del grueso del brazo de un hombre y de diez á quince piés de largo, y en su extremidad unos racimos de flores amarillas, y después el fruto. Estas flores están llenas de un humor demasiado dulce pero desagradable, y es tanto el que tienen, que los indios recogen una cantidad excesiva de él para alimentarse. El mezcal que ha crecido hasta este punto, no sirve ya mas que para multiplicar las plantas de su especie, produciéndolas, ó de sus raíces ó de su semilla esparcida al rededor; pero los indios no le dejan crecer, sino que luego que las hojas interiores comienzan á separarse del centro, le cortan el tallo cuando tiene apenas dos piés de altura, y reuniendo varios trozos de este porte, los llevan á su habitacion. Hacen después en el suelo un hoyo en el cual encienden lumbre y meten algunas piedras; y cuando la leña se ha consumido y las piedras están inflamadas, ponen entre ellas los trozos de mezcal, los cubren bien con tierra, y los dejan allí hasta pasadas veinticuatro, treinta ó treinta y seis horas. Este modo de cocer el mezcal y otras viandas, llamado por los mejicanos *tlatema*,[1] estaba en uso entre los bárbaros chichimecas desde antes que fuesen sojuzgados por los españoles. Cocido el mezcal de esta manera, adquiere un sabor dulce y agradable, y era el principal alimento de los californios desde octubre hasta abril, tiempo en que son muy escasas las frutas silvestres con que solian alimentarse. No es esta la única utilidad que sacan de aquella planta, pues de sus pencas extraen hilo para hacer aquellas redes que les sirven en lugar de sacos, espuertas y cestos para llevar á cuestas cuanto quieren. Por lo regular no se da el mezcal sino en los montes y colinas; le hay de varias especies, de las cuales algunas tienen el zumo amargo, y otras causan dolor de estómago. Un misionero hizo trasplantar allí mezcales de la Nueva Galicia, que son mas grandes, y mejores que ninguna de las especies, de la California. En algunos lugares de Méjico extraen del mezcal un aguardiente, que aunque á primera vista parece agua natural, es muy fuerte: algunos le toman para embriagarse y otros por medicina, pues se tiene por diurético y bueno para el estómago.

§ IX.

PLANTAS UTILES POR SU RAIZ.

En la California son pocas las plantas útiles por su raíz. Las que allí habia antes de la entrada de los españoles, son el *guacamote*, la *jícama* y el *mezquitillo*.

El *guacamote* ó yuca dulce, llamado *ufuí* por los cochimíes, es una planta sarmentosa, de raíz larga, poco gruesa, fibrosa, amarilla por fuera y blanca interiormente. Esta raíz se come cocida y tiene buen sabor.

La *jícama* es una planta leguminosa y sarmentosa, que tiene las ramillas largas y sutiles, las

1 Actualmente se le da en Méjico el nombre de *barbacoa*, y es muy usado. E. T.

hojas dispuestas de tres en tres en forma de cruz, las flores moradas, la semilla á manera de lentejas encerradas en vainillas negras, y la raíz de la figura y tamaño de una cebolla, aunque en lo demás muy semejante al nabo. Es blanca, jugosa, gustosa, refrigerante y se come siempre cruda. En Méjico es comun la jícama; pero la de la California, aunque mas pequeña, es, en opinion de algunos, mejor.

El *mezquitillo* ó pequeña acacia, es un arbolillo que tiene este nombre porque en la forma de sus ramos y hojas es semejante á la acacia. En la California hacen uso de sus raíces para teñir de color de canela las pieles de ciervo.

Los misioneros han llevado á aquella península *camotes*, cebollas, ajos, nabos, rábanos é hinojo, y todas estas plantas han prevalecido. El camote es una raíz apreciada en la Nueva-España, y de la cual hemos hecho mencion en la Historia antigua de Méjico.

§ X.

PLANTAS UTILES POR SU JUGO Ó GOMA.

Las plantas apreciables por su resina ó goma, ó por su aceite ó jugo, son el copal, el brasil, el árbol de la brea, la higuera infernal, el añil y la caña de azúcar.

El copal es el árbol que produce la goma copal, tan conocida en Europa. Se halla en toda la California, exceptuando los lugares muy pedregosos ó arenosos.

El brasil, que en otros países suele ser un árbol grande, es pequeño en aquella península y no se da sino en la parte austral.

El árbol de la brea, que tambien es pequeño, tiene el tronco verduzco y lleno de excrecencias por la brea que destila, la cual se ve adherida en varias partes de la corteza en forma de pequeñas bolas. Los indios se sirven de esta resina para pegar sus flechas, como después diremos, y la usan preparada con sebo para remendar las vasijas de barro quebradas. Los marineros carenan con ella los buques; pero como es tan poca, no basta para el consumo. El modo de recogerla es rayendo la corteza, cuya operacion debe hacerse antes que llueva, porque si la lluvia es fuerte se la lleva consigo.

La higuera infernal contiene en su fruto un aceite bueno para alumbrar, y tambien útil en la medicina, pues es un purgante muy fuerte y aun peligroso.

En algunos lugares de la parte austral se halla la planta del añil, pero no se hace uso de ella, acaso por ser de poca consideracion. En el mismo rumbo se cultiva en provecho de los indios la caña de azúcar, trasplantada á aquellos lugares por los misioneros.

---

§ XI.

PLANTAS NOCIVAS Y EXTRAVAGANTES.

Entre los pocos vegetales de la California hay algunos nocivos, uno de los cuales es cierto arbolillo llamado por los españoles de aquel país *palo de la flecha*, porque de él sacan los indios habitantes de la costa de Sonora aquel terrible veneno con que emponzoñan sus flechas para hacer mortales las heridas. Los californios, aunque tienen conocimiento de esta mala cualidad de la planta, jamás han abusado de ella.

En la parte austral hay una planta sarmentosa cuyo nombre ignoramos, que tiene las ramas tiernas y fibrosas, y de un sabor acre y fuerte. Los indios las cortan en pedazos de dos ó tres palmos, las ponen á cocer dentro de la ceniza caliente cubriéndolas con tierra para quitarles la acrimonia, y después las comen. Mas parece que este modo de cocerlas no basta para purgarlas de su cualidad cáustica, porque siempre causan un fuerte dolor de estómago, y en la boca y garganta ciertas úlceras que tal vez ocasionan la muerte.

La *hiedra maligna* es una planta que nace en los montes y extiende sus sarmientos enlazándolos con las ramas de los árboles vecinos. Es muy acreedora al nombre de maligna, porque basta tocarla para hincharse y cubrirse de llagas; y aunque este mal tiene fácil remedio, seria acaso mortal si el contacto fuera duradero.

El *guigil* es fruta producida por un arbusto y semejante á la guinda en el tamaño y color aunque mas pequeña. Los indios la comen á pesar de su mal sabor, porque se da en los meses de marzo y abril, cuando no tienen mas alimento que el mezcal. Se ha observado que si las indias comen mucha cuando están criando, se enferman sus hijos de modo que algunos perecen.

En varios lugares de la península hay otro arbusto cuyo fruto es redondo, del tamaño de un garbanzo, y negro cuando está maduro. Los indios se abstienen de comerle porque saben bien que es muy nocivo; pero como sus chiquillos lo ignoran ó nada temen, suelen comerle instigados del hambre ó de la golosina. El efecto que les causa es el de tullirse después de pocos dias, y de aquí les sobrevienen otros accidentes que al fin les quitan la vida; por cuyo motivo han procurado los misioneros exterminar en todas partes aquella planta. Sin embargo, los pericúes comen el fruto sin que les haga daño, quitándole primero la semilla, en la cual, segun ellos dicen, consiste todo el mal. Hay tambien otras varias plantas extravagantes y curiosas á mas de las pitayas, cardos y nopales de que ya hemos hablado.

El *tasajo* es una planta parecida al pitahayo en la configuracion interna de sus ramos, que tambien carecen de hojas y son espinosos; aunque no son extriados, ni tan grandes y gruesos, ni de una pieza como los del pitahayo; sino que cada uno se

compone de varias piezas de tres á cuatro dedos de longitud, y unidas por medio de ciertos pezones de modo que para separarlas basta un viento fuerte ó el tope de un caminante ó de cualquier cuadrúpedo. Estas piezas desprendidas de la mata se conservan verdes por muchos meses, aunque no haya en el suelo ninguna humedad, y si antes de que se saque sobreviene alguna lluvia, echan raíces y forman nuevas plantas. El fruto del tasajo es semejante á la tuna, pero nunca llega á madurarse, y por consiguiente esta planta no es útil á los californios, sino al contrario, perniciosa, porque embaraza los caminos, y solo en algunos lugares en que escasea la leña, se sirven de sus ramas para quemarlas, porque arden bien, aunque se consumen pronto.

Semejante á esta en la estructura de las ramas y tambien sin hojas, hay otra planta llamada *cholla;* pero tan baja que apenas un palmo se levanta del suelo. Sus ramas se entretejen de tal modo que no dejan descubrir el tronco, y están tan cuajadas de espinas que no puede vérseles el color. Las piezas de que se componen á manera de las del tasajo, son menos largas y gruesas que el dedo índice. Cuando por casualidad se pisan estas ramas, no valen las suelas de los zapatos para evitar las picaduras de las espinas, las cuales son difíciles de extraerse.

Mucho mas curioso es otro árbol llamado por los cochimíes *milapá*, que se halla con frecuencia desde los 29 hasta los 31°, y no habia sido visto por los misioneros antes del año de 1751, porque no se habian interiorizado en aquel país; ni es, segun creo, conocido hasta ahora por los naturalistas. Es tan grande que sube perpendicularmente hasta la altura de setenta piés: su tronco, proporcionalmente grueso, no es leñoso, sino blando y jugoso como los ramos del pitahayo y del cardon, sus ramas son ciertas varitas de cosa de pié y medio de longitud, adornadas de pequeñas hojas y con una espina en la extremidad: la direccion de estas ramas no es ni hácia arriba ni horizontal, como ordinariamente se ve en los otros árboles, sino que cuelgan hácia abajo á manera de barba desde el principio hasta la extremidad del tronco, en donde este da unos ramilletes de flores, sin que jamás se le haya visto ningun fruto. Ninguna utilidad se saca de este grande árbol, porque ni seco es bueno para el fuego; sin embargo, en la mision de San Francisco de Borja usaban de él á falta de leña.

Hay tambien otro arbolillo erizado de largas espinas y casi siempre desnudo, por cuyo motivo le dieron los españoles el nombre de *palo Adan.* Cuando llueve, suele echar algunas hojas pequeñas, pero al cabo de un mes vuelve á despojarse de ellas para permanecer desnudo todo el año.

Asimismo llaman los españoles *palo hierro* á otro arbolillo que por su mucha dureza parece mas bien de hierro que de madera, y que además es tortuoso, tanto en su tronco como en sus ramos, los cuales están llenos de espinas, y creciendo horizontalmente llegan á tocar el suelo. La dureza y la tortuosidad de esta madera la hacen absolutamente inútil.

§ XII.

INSECTOS.

Tales son los vegetales dignos de alguna mencion que produce el árido suelo de la California. Pasando ahora de ellos al reino animal, y comenzando por las sustancias sensibles mas pequeñas, hallaremos allí hormigas, arañas, cientopiés, alacranes, grillos, mosquitos de varias especies, polilla, langostas, chicharras, luciérnagas, avispas, cucarachas y diversas clases de gusanos. No hay abejas, ni pulgas, ni chinches, ni niguas.

Entre las arañas se hallan aquellas grandísimas que en Méjico y en otras partes se llaman impropiamente tarántulas; pero jamás han hecho daño en la California, y por tanto es probable que solo por su horrible figura se han tenido por venenosas.

En los mosquitos hay en la playa de Loreto los de aquella especie que en muchos países de América tiene el nombre de *gegen*, los cuales son tan pequeños que apenas se perciben; pero sus picaduras causan un ardor intolerable.

De polilla hay tres especies: la que roe los lienzos de lino, la que roe los de lana y la que pica los libros. La primera es un insecto blanquecino del tamaño de un piojo abultado, pero la cabeza muy grande á proporcion del cuerpo, y muy ligero. Los insectos de esta clase habitan reunidos en ciertas celdillas de lodo que fabrican en las paredes, y cuando roen los vestidos hacen en ellos unas pequeñas bolsas, como las otras clases de polilla. Esta, llamada *comegen*,[1] no roe los lienzos de lana, sino solamente los de lino. La segunda y tercera especies son muy conocidas en Europa. Poco se ha multiplicado la polilla en la California, y parece que ninguna de las tres especies es nativa de aquel país, sino todas extranjeras, trasladadas de Méjico.

Hay dos especies de cucarachas diversas en el tamaño y color, pero semejantes en la figura é inclinaciones. Ambas, aunque raras veces vuelan, tienen alas dobles, son velocísimas, asquerosas y muy perniciosas en las despensas, en donde se comen y ensucian todos los comestibles, con tal que no sean duros, y particularmente las cosas dulces, introduciéndose fácilmente por las mas estrechas hendiduras, á causa de que tienen el cuerpo muy plano. Las de la especie mas gran-

1 *Comixen* es el nombre que los indios de la isla Española daban á ciertos insectos descritos por Oviedo, los cuales roen no solamente la madera, sino tambien las paredes de los edificios; y este nombre alterado se usó después para significar esta otra especie de insectos.

de tienen dos dedos de largas y uno de anchas, y fueron llevadas á la California en los navíos que iban á Loreto del puerto de Matanchel en la Nueva Galicia, donde hay muchas. Las otras son nativas de la península, y tienen la mitad del tamaño de las primeras, pero son mas ágiles. Ambas especies se han multiplicado mucho.

Las avispas de la California son al menos de tres especies. Las de la primera, que son las mas grandes, tienen entre los mejicanos el nombre de *xicotli*, y están descritas en el libro I de nuestra Historia de Méjico. Fabrican una miel dulcísima, pero las picaduras de su aguijon son muy dolorosas. Las de la segunda son aquellas que los zoólogos llaman *Vespae icneumoni*, las cuales, aunque no viven en sociedad, fabrican sus celdillas en las paredes de los edificios. Para fabricarlas toma la avispa un poco de lodo, le amasa, y le fija en la pared por medio de un humor glutinoso que echa por la boca, y de esta manera prosigue trabajando hasta concluir una celdilla. Concluida, pone en ella un huevo, llena todo el resto de pequeñas arañas, que caza con este fin, y cierra con lodo la entrada. Junto á esta celdilla sigue fabricando otras hasta cuatro ó cinco, poniendo en cada una un huevo, y llenando lo demás de arañitas, como en la primera. Este lodo se endurece tanto y queda tan tenazmente adherido á la pared, que no es capaz un hombre de quitarle con los dedos. De cada uno de estos huevos encerrados y fecundados por el calor de la estacion, nace pronto un gusano, el cual á pocos dias se convierte en ninfa, y finalmente en avispa, manteniéndose entre tanto con las arañitas que depositó allí la avispa madre. Luego que los nuevos insectos tienen fortificadas sus alas, abren las celdillas para salir á volar, y dentro de poco comienzan á fabricar y á hacer las mismas operaciones que la madre. De este modo se hacen sucesivamente tres ó cuatro generaciones de mayo á octubre. Las avispas de esta especie ni tienen aguijon ni fabrican miel. Las de la tercera son rubias, mas chicas, están armadas de un fuerte aguijon, cuyas picaduras causan inflamacion y mucho dolor, y aunque no fabrican miel, hacen panales pendientes de las rocas en los lugares que se hallan á cubierto de la lluvia. Los californios gustan mucho de los gusanillos de estos panales, y al cogerlos se ponen muchas veces en peligro de precipitarse trepando por los despeñaderos.

Estos pobres indios se alimentan asimismo de otras dos especies de gusanos parduscos y tan largos y gruesos como el dedo pequeño, que se hallan en ciertas plantas después que llueve. Para comerlos, los cogen con dos dedos uno por uno de la cabeza, y desde allí los van exprimiendo con otros dos hasta la otra extremidad, para sacales las inmundicias del vientre; después los asan y hacen una larga sarta con los que quieren conservar para otro tiempo.

En algunos árboles se hallan tambien ciertos gusanos blancos de dos dedos de longitud y armados de espinas, cuyo contacto causa una picazon que dura algunas horas.

Pero los insectos de la California mas notables, tanto por su extraordinaria multitud como por el gran perjuicio que causan, son las langostas. Como esta plaga no es frecuente en los países habitados por los naturalistas, no se ha tenido todo el tiempo necesario para las observaciones minuciosas y exactas; y así expondré aquí las que por treinta años hizo un misionero hábil y sincero, omitiendo la descripcion de las partes internas y externas de estos insectos, por haberla hecho Bomare con mucha curiosidad y diligencia.[1]

Hay en la California tres especies de langostas semejantes en la forma, pero distintas en el tamaño, en el color y aun en el modo de vivir. La primera, conocida casi en todas partes, es pequeña, vuela poco y salta mucho; la segunda es mas grande y de color constantemente gris. Las dos especies son poco numerosas, y los individuos de ambas convienen en andar dispersos, y por eso se hace de ellos poco aprecio.

Las langostas de la tercera especie, que son mas mentadas y temidas, tienen el cuerpo del tamaño del dedo pequeño, las alas dobles como las otras, aunque mas grandes, y el color vario, segun su estado, como después veremos.

Estas langostas, de las cuales debe entenderse todo lo que vamos á decir, son semejantes á los gusanos de la seda en el modo de unirse para la generacion. Se unen en el estío, y la hembra pone á fines de julio ó á principios de agosto unos huevecillos largos y sutiles, de color amarillo que tira á rojo, unidos entre sí con cierto humor glutinoso, de tal modo que á primera vista parecen un cordon de seda, y colocados en unos pequeños agujeros que hace en el suelo con ciertos apéndices que tiene en la cola. Cada hembra pone de setenta á ochenta huevos y aun mas. Luego que las langostas satisfacen los deseos de la naturaleza, se enflaquecen y mueren, sin que quede viva ni una sola, pero dejan en sus huevos una posteridad muy numerosa.

El nacimiento de las nuevas langostas no tiene tiempo fijo, pues depende de las lluvias, las cuales suelen venir mas temprano ó mas tarde; pero comunmente nacen en setiembre ó á principios de octubre, cuando con las escasas lluvias de la California brota en el campo alguna yerba. Cuando están recien nacidas carecen de alas, tienen las piernas muy largas, son del tamaño de un mosquito, y su color es gris oscuro. Su primer ejercicio es saltar á la yerba vecina, y si no la hay van á buscarla á otra parte, caminando siempre acompañadas todas aquellas que han nacido de una misma madre. Después de haber consumido las hojas de una planta, pasan á otra, y poco

1 Dictionn. d'Hist. Natur. V. Sauteulle.

á poco se les va poniendo el color mas claro y se van uniendo en diferentes familias. Cuando llegan á la mitad de su tamaño, se despojan, como las víboras, de su piel, y quedan perfectamente verdes; y como en este tiempo tienen ya fortificadas las piernas, caminan á mas grandes saltos, formando numerosos ejércitos y talando los campos por donde pasan. A pocos dias vuelven á despojarse de su piel, y entonces despliegan sus cuatro alas, que tenian encerradas debajo de ella, y mudan el color verde en gris oscuro. A los tres meses de edad llegan á colmo, y tornan á mudar el gris en rojo con manchas negras, lo cual, á pesar de su desgraciada forma, les da alguna hermosura. Este color les dura hasta el estío, en cuyo tiempo se ponen amarillas permaneciendo así hasta la muerte. Todo el curso de su vida está reducido á diez meses, en los cuales se despojan dos veces de la piel y cinco veces mudan de color.

Hácia el principio de enero, cuando ya han llegado al término de su crecimiento y están fortificadas sus alas, vuelan como pájaros, y comienzan á llevar por todas partes la desolacion. Sus ejércitos volantes son tan numerosos y forman nubes tan gruesas, que impiden la vista del sol y oscurecen el aire. Se reunen en masas de diez ó doce mil individuos, siguiendo siempre á sus conductores y volando en línea recta ó hácia adelante ó hácia los costados, pero sin retroceder jamás, porque no hay cosa en el mundo que sea capaz de obligarlos á ello. En donde quiera que hacen alto las guias, se para todo el ejército: si esto es acaso en algun bosque, ocupan en él el mismo espacio que en el aire, conservando entre sí el mismo órden y la misma distancia; pero si caen en algun sembrado, como todas quieren comer, se estrechan y se reducen á menor espacio.

Digieren con muchísima prontitud, y por esta causa devoran mucho mas de lo que en atencion á su tamaño pudiera creerse. Cuando asaltan algun bosque, prado ó sementera, no hacen otra cosa que devorar y evacuar, y así en un momento lo destruyen todo, y aun cuando dejan algo, no tarda en ser absolutamente consumido por otro nuevo ejército que luego sobreviene, porque suelen ser muchos, aunque uno solo bastaria para desolar muchos países. Por la noche ni comen ni vuelan estas langostas, sino que descansan amontonándose unas sobre otras en tanto número, que á pesar de su pequeñez suelen encorvar y aun rasgar con su peso las ramas de los árboles.

Esta plaga tan lamentable en los países fértiles, lo es mucho mas en aquella miserable península, en donde los campos y bosques quedan desolados, las yerbas consumidas y los árboles desnudos y en partes descortezados; siguiéndose de aquí la mortandad en los ganados por falta de pastos y la hambre y las enfermedades en los hombres, porque muriendo á un tiempo toda aquella infinita multitud de voraces insectos, infestan el aire con su corrupcion.

Hay algunas plantas respetadas por las langostas, como los melones y sandías, á causa de la aspereza de sus hojas. Los pitahayos están naturalmente defendidos con sus espinas; pero las flores, si las hay, son atacadas por estos insectos, así como tambien los frutos de aquellas plantas si se hienden por su madurez. Del mezcal solo comen las extremidades de las pencas, sin tocar el tallo, del que se alimentan los indios.

Si la California estuviera mas poblada, podrian sus habitantes perseguir estos insectos exterminadores é impedir semejantes estragos, ó destruyendo sus huevos, ó matándolos cuando aun no tienen alas, y mas si cada año algunas centenas de hombres discurriesen con este fin y en cierta estacion por las montañas meridionales, que son la verdadera patria de estos terribles enemigos. Por lo demás, de nada sirven ni las humaredas, ni la gritería, ni alguna otra de las diligencias que suelen practicarse para impedir el daño. En el invierno hallándose las langostas entorpecidas por el frio y no pudiendo volar por las mañanas hasta no haberse calentado algo al sol, acuden los indios y sacudiendo las ramas de los árboles, las hacen caer al suelo y matan muchas con los piés. Un misionero habiendo ofrecido un premio á aquel de sus neófitos que le trajese cierta medida de langostas, reunia diariamente de setenta á ochenta sacos; pero por muchas que se matasen, de nada serviria atendida su infinita multitud.[1] Sin embargo, una sementera corta puede libertarse á lo menos de la mayor parte del daño, si se ocupan muchos con empeño en ahuyentarlas todo el tiempo que tardan en pasar.

Desde el año de 1697 en que los jesuítas comenzaron á trabajar en la conversion de los californios, no hubo langosta en aquel país hasta el de 1722 en que apareció, cesando luego, y volviendo en 1746 y en los tres siguientes sin interrupcion. Después no volvió hasta 1753 y 54, y finalmente en 1765, 66 y 67. Jamás podria aquella desgraciada península reponerse de sus pérdidas si la multiplicacion de las langostas no se frustrase muchas veces por varios motivos. Quedando no pocas ocasiones infecundos sus huevos, se secan por la falta de lluvia, y los pájaros se comen una gran cantidad de ellos. Además

1 Para formar alguna idea de la prodigiosa multiplicacion de las langostas, puede verse lo que refiere Bomare de las que en 1613 hubo en el territorio de Arles, Bocaria y Tarascon, de las cuales, habiendo sido en su mayor parte devoradas por los estorninos, las que sobrevivieron pusieron tantos huevos, que los aldeanos estimulados por el gobierno, cogieron mas de tres mil quintales, parte de los cuales fueron enterrados y parte echados en el Ródano: y habiéndose calculado el número de langostas que deberian haber nacido de ellos en el año siguiente, ascendió á quinientos cincuenta mil millones.

de esto, suele morir en la primavera un número increible de langostas, á causa de ciertos gusanillos que se les engendran en el vientre y las devoran, y por este motivo en los otros años, fuera de los expresados, ó no las ha habido, ó al menos no han sido tantas que pudiesen causar un mal grave.

Antiguamente solian los californios comer con frecuencia las langostas tostadas y pulverizadas, después de haberles quitado las inmundicias del vientre; pero los buenos consejos de los misioneros y la experiencia adquirida en 1722, en que por haber comido muchas les sobrevino una grande enfermedad, han apartado á los mas de esta comida. Sin embargo, algunos continuaron comiéndolas, sintiendo no aprovecharse de lo que tanto abunda cuando otros alimentos son tan escasos.

§ XIII.

REPTILES.

En la California hay pocas especies de reptiles, á saber: lagartijas, ranas, sapos, tortugas y culebras. Entre las especies de lagartijas no sabemos que haya ninguna venenosa; las ranas son muy raras, y los sapos abundan cuando llueve, pero desaparecen del todo cuando la tierra vuelve á secarse. Entre los tortugas, á mas de las terrestres comunes y las de agua dulce, hay otras dos especies de tortugas marinas grandes, una de las cuales es aquella cuya concha se llama carey. Los californios las cogen fácilmente, porque cuando desde sus barquillas ó balsas divisan alguna, se echan al mar, y alcazándola á nado, la vuelcan, y dejándola inhábil para moverse, la van empujando hasta la barquilla, en donde la meten; pero se necesita alguna precaucion para cogerlas, porque muerden fuertemente.

De culebras hay dos géneros, las de cascabel y las que no le tienen; estas son mas pequeñas que aquellas, pero su veneno es mas activo. Al fin de este volúmen daremos un curioso pormenor de las observaciones y experimentos peligrosos hechos en las culebras de la California por un hábil misionero.

§ XIV.

PECES.

Pasando á los animales acuátiles, cuyo carácter se acerca mas al de los reptiles, hallaremos en los mares de la California entre los cetáceos, ballenas, delfines, tiburones, pez espadas y focas. Entre los verdaderos peces, pámpanos de dos especies, pargos tambien de dos especies, palometas, robalos, lizas, meros, dorados, voladores, bagres, sierras, rayas, mantas, cabrillas, curvinas, arenques, sardinas, gallos, agujas, lenguados, sollos, mielgas, platijas, becerros marinos, morenas, puercos, cornudas, caballas, botetos, sábalos, esparallones, ciupas, bonitos, picudas, roncadores y otros muchos. De los crustáceos hay langostas y varias especies de cangrejos. De los testáceos hay almejas, múrices, madreperlas y otras muchas especies de caracoles, conchas y ostras: finalmente, hay tambien diferentes clases de zoofitas, madréporas, miléporas y pulpos. Algunos de los expresados vivientes acuatiles son muy conocidos por los europeos, otros han sido descritos en nuestra historia de Méjico ó en otras historias de América, y por tanto solo diremos aquí lo que en algun modo pueda aumentar los conocimientos en esta parte de la historia natural.

La multitud de ballenas vistas por los navegantes en el angosto espacio de mar que hay entre la península y la isla del Angel Custodio, dió ocasion á que se le llamase *canal de las Ballenas;* pero como no se ha pescado ninguna, no sabemos á qué especie pertenecen; sin embargo, en atencion á lo que de ellas se dice, las creo de la especie llamada *Physalus* por Lineo.

El pez espada de la California parece ser el mismo que Plinio llamó *xiphias* ó *gladius;* por lo menos en ninguno otro puede verificarse lo que de él cuenta aquel antiguo naturalista. Pocos años ha, una de estas bestias fijó de tal suerte su espada en el costado de una balandra anclada en el puerto de Loreto, que queriendo y no pudiendo sacarla, agitó violentamente el buque, hasta que rompiendo su arma con semejantes esfuerzos, se retiró burlada.[1]

La palometa, que como hemos dicho en la historia de Méjico, es uno de los peces mas sabrosos y delicados, es bien conocida por aquellas cuatro ó cinco listas turquíes que tiene atravesadas en el lomo, por cuyo motivo los habitantes de Méjico, en cuyos dos mares es comun, le dan el nombre da *cozamalomichin* ó pez iris. El doctor Hernandez la tiene por el *glaucus* de los antiguos.

El dorado, así llamado porque en el agua parece todo de oro, es muy diverso de la dorada del Mediterráneo. El de la California es mas grande, mas delicado y de la carne mas sabrosa. Es muy comun en los dos mares de Méjico, y

1 *Xiphiam, id est Gladium rostro mucronato esse: ab hoc naves perfossas mergi in Oceano etc. Plin. Histor. Natur. lib. 32. c. 2.*

Bomare da este nombre al pez emperador del mar de la Groenlandia; pero este no tiene su espada en la mandíbula superior, como el pez espada, sino en la parte posterior del cuerpo, ni tampoco la tiene desnuda, como aquel, sino envainada, y por tanto, menos apta para herir. El mismo autor añade que parece que el pez emperador mas bien se sirve de su espada para afirmarse en su curso ó para contener su demasiada agilidad, que para defenderse.

bien conocido por el empeño y furia con que persigue á los peces voladores.[1]

El bagre de la California y de Méjico, muy distinto de aquel á que Lineo dió el mismo nombre y colocó entre las especies de siluros, es un pez sin escamas, con dos pelos grandes y gruesos pendientes del labio inferior, la cola hendida, y seis aletas, entre las cuales una es dorsal grande, dos pectorales, dos debajo del vientre y una pequeña cerca de la cola. Tiene el lomo negro y el vientre blanco, con dos líneas rectas y laterales que separan ambos colores. Su carne es blanca y delicada y la longitud de su cuerpo de uno á tres piés.

El puerco marino de la California y de los dos mares de Méjico, es tambien diverso de los que describen Lineo, Bomare y otros. El californio es escamoso y de figura casi cilíndrica, tiene la cola lunada y la cabeza redonda y comprimida en la parte anterior. Está provisto de dos aletas largas que se extienden desde la mitad del lomo y del vientre hasta la cola. Su carne es gustosa y sana.

Tanto en el mar de la Califonia como en los mares y rios de Méjico, hay dos especies de *sparus* llamadas *moharras* en aquel país, porque en su figura tienen alguna semejanza con unos puñales de este nombre.[2] La moharra blanca, que en el antiguo idioma mejicano se llama *papalomichin* ó pez mariposa, es ancha, de cosa de once pulgadas de longitud, escamosa, espinosa y muy buena para comer. Tiene la cola lunada y siete aletas, dos junto á las agallas, dos junto al vientre, una cerca de la cola, otra chica sobre el espinazo y otra grande que se extiende desde la cabeza hasta la cola. La moharra negra, que en el mismo idioma mejicano se llama *cacalomichin*, esto es, pez cuervo, es toda negra, doblemente mayor que la otra, y tiene la cola circular y seis aletas, dos junto á las agallas, dos debajo del vientre, una grande en el espinazo y una pequeña cerca de la cola. Su lomo está cubierto de gruesas escamas y armado de espinas; pero su carne es tan buena y saludable como la de la blanca.

El roncador se llama así porque cuando está fuera del agua ronca como si estuviera durmiendo. El doctor Hernandez cree que este pez es el *exocœtus* de Plinio; á lo menos lo que de él dice este último le conviene al roncador mas bien que á aquel pez volador á que Lineo y Bomare dan el nombre de *exocœtus*.

La manta, bestia formidable de que se ha hecho mencion en la historia antigua de Méjico, puede considerarse como una especie de raya, y segun me parece, era una verdadera manta el individuo que el padre Labat llamó *raya prodigiosa* y midió en la isla de Guadalupe, una de las Antillas. Su anchura era de doce piés; su longitud desde la hocico hasta el nacimiento de la cola de nueve y medio y su grueso en la mitad del cuerpo, de dos. Su cola tenia quince piés de larga, y su piel, mas gruesa que la de un buey, estaba armada de fuertes espinas á manera de uñas.

En el golfo de California se ha pescado muchas veces el ojon, aquel singular pez plano que describimos en la historia de Méjico y que tiene en medio y en la parte mas elevada del cuerpo un ojo del tamaño del de un buey. A este pez le convendria sin duda el nombre de *boeps* (ojo de buey) mejor que al que con este nombre coloca Lineo en el género *sparus*.

Merece particular mencion el pez llamado *mulier*, visto varias veces en la costa del mar Pacífico y conocido con este nombre por la semejanza que de medio cuerpo arriba tiene con una mujer. Tiene los pechos, el cuello y los ojos muy blancos, lo restante del cuerpo cubierto de escamas lo mismo que los otros peces, y la cola lunada. El padre misionero Arnés al tiempo de fundar la última mision de Santa María, vió muerto un individuo de esta especie en la playa del mar citado; pero como estaba seco y destrozado, no pudo observarle como hubiera querido. La longitud de los que tenemos noticia que han sido vistos, no pasa de dos palmos y su anchura proporcionada á ella.[1]

En la playa del mar Pacífico desde los 27° hasta los 31, hay una increible multitud de conchas univalvas, que se tienen por las mas bellas de cuantas se conocen. Están sombreadas de un lindísimo color de lapislázuli sobre fondo blanco plateado, con cinco pequeños agujeros de un lado.

Tambien hay dos especies particulares de testáceos, que podemos llamar *pulpáreos*, porque participan de la naturaleza de las conchas y de la de los pulpos, si no es que son de aquel género de pulpos que los naturalistas modernos llaman *ceratofiti*. Estos, que tienen el nombre de *hachas* porque tienen en su forma alguna semejanza con el hacha de un leñador, son conchas bivalvas provistas de muchos ramos ó brazos, con los cuales se adhieren tan fuertemente á la tierra, que para desprenderlas no son bastantes las

1 En la enumeracion que de los peces de Méjico hice en el lib. I de la Historia antigua de aquel país, dí el nombre de *dorada* al pez dorado, porque engañado con el nombre los creí idénticos; pero habiendo visto después en Italia la dorada (*orata*), me desengañé.

2 Actualmente se pronuncia en Méjico *mojarra*.—E. T.

1 Mr. de l'Harpo (Comp. de la hist. de los viaj.) hace mencion con este nombre y con el de *douyon* de un pez que se halla en el mar de Filipinas, el cual dice que es semejante á la mujer en los pechos y en el sexo, y que su carne es como la del puerco. En la embocadura del Loira hay tambien otro pez así llamado.—Mr. de Bomar. V. Mulier.

fuerzas de un hombre si antes no se cava el suelo. Se hallan debajo de la arena en la costa del golfo, pero siempre al nivel del mar.

Las llamadas burros son tambiem conchas bivalvas y están igualmente provistas de ramos, pero mas delgados y mucho mas numerosos, con los cuales se adhieren de tal modo al fondo del mar, que no es posible arrancarlas, ó por mejor decir, desarraigarlas, sin el auxilio de algun instrumento de hierro. Se dice que los buzos al pescar la perla corren riesgo de ser cogidos por estos animales cuando estan en el fondo del mar; porque si meten un pié inadvertidamente en alguno de ellos cuando tienen abiertas las conchas, las junta repentinamente y no los deja salir á respirar fuera del agua. Tienen, pues, los buzos tres clases de enemigos terribles, á saber: los burros, los tiburones y las mantas; pero todo lo vence la esperanza del lucro.

Aunque los múrices de la California son muy apreciables, ninguno se ha dedicado hasta ahora á pescarlos y á servirse de su púrpura, porque las perlas han llamado toda la atencion de los pescadores. La abundancia de ellas, que tanto ha contribuido á dar celebridad á aquella península, por otra parte tan miserable, fué mucha en el golfo cerca de la costa oriental de la misma península y junto á las islas adyacentes. Las que se pescaban desde el cabo de San Lucas hasta los 27° eran en general blancas y brillantes, ó como dicen los comerciantes, de buen oriente. Las que se hallaban desde el paralelo citado hácia el N., eran comunmente algo empañadas, y por lo mismo menos apreciadas.

A fines del siglo XVI en que fueron descubiertas estas, digámoslo así, minas marítimas, comenzaron á buscar riquezas en ellas los habitantes de la Nueva-Galicia, Culiacan y Sinaloa, y efectivamente, enriquecieron algunos en los dos siglos pasados; pero por el año de 1736 empezaron á escasear las perlas, de modo que á muchos les era desventajosa la pesca de ellas. En 1740 arrojaron las olas una gran cantidad de madreperlas en la playá desde los 28° adelante: los indios habitantes de aquella costa, que entonces estaban recien convertidos al cristianismo, sabiendo cuánto apreciaban los españoles las perlas, llevaron muchas á los soldados de la mision de San Ignacio, que á la sazon era fronteriza con los gentiles, dándolas en cambio de algunas cositas que estimaban mas porque les eran mas útiles. Don Manuel de Ocio, uno de aquellos soldados y yerno del capitan gobernador de la California, esperando hacer una gran fortuna, pidió su retiro y marchó á la Nueva-Galicia, en donde empleó todo su capital en comprar barcas, pagar buzos y proveerse de todo lo necesario para el buceo de la perla. Con el producto de la que sacó en 1742, hizo mayores preparativos para el año siguente, en el cual obtuvo 127 libras españolas de perlas; pero esta pesca, aunque abundante, no es comparable con la de 1744, que ascendió á 275 libras. Aunque las perlas eran de inferior calidad, como pescadas mas allá de los 28°, enriquecieron pronto á Ocio por su abundancia; pero de entonces acá se ha ido disminuyendo la pesca, en términos de hallarse casi absolutamente abandonada, y los pocos que se han dedicado á ella, apenas han podido sacar los costos, especialmente en estos últimos años en que la economía europea ha introducido en Méjico el uso de las perlas falsas.

El tiempo destinado á esta pesca son los tres meses de julio, agosto y setiembre. Luego que el *armador del buceo*, esto es, aquel á cuyas expensas se hace la pesca, tiene los barcos aprestados y provistos de todo lo necesario, se dirige á la costa oriental de la California y elige en ella un puerto cercano á los *placeres*, es decir, á aquellos lugares en donde abunda la madreperla, con tal que haya en él agua potable. En los tres meses que dura el buceo, van diariamente los barcos con los buzos del puerto á los placeres. La pesca comienza dos horas antes y termina dos horas después del mediodía, porque la posicion perpendicular del sòl aclara mucho el fondo del mar y facilita el hallazgo de las ostras, y por este motivo no se pesca en las restantes horas del dia, ni en las expresadas si el sol está nublado. La profundidad á que descienden los buzos á buscar las ostras, es de ocho, doce, diez y seis, y hasta de veinte y veinticuatro piés, segun su destreza. Se sumergen llevando cada uno una red atada al cuerpo para poner en ella las ostras, y un baston bien aguzado para defenderse de las mantas y para otros usos. Luego que llenan la red ó no pueden contener mas el aliento, vuelven al barco ó á vaciar aquella ó á tomar alguna respiracion, porque es mucha la fatiga que sufren, tanto al sumergirse como al salir. Terminada la pesca del dia, tornan al puerto, en donde se hace la cuenta y particion de las ostras. De los buzos, algunos se contratan por salario y otros no: los primeros no tienen de la pesca mas que el sueldo en que han convenido con el armador; los segundos tienen la mitad de las ostras que pescan, y tanto unos como otros son alimentados por el armador todo el tiempo de la pesca, y deben ser restituidos por él al mismo lugar de donde son llevados.

La distribucion diaria de las ostras se hace del modo siguiente: si el buzo está asalariado, del conjunto de las ostras se toman cuatro para el armador y una para el rey; pero si no lo está, toma el armador la primera y la tercera, el buzo la segunda y la cuarta, y se aparta la quinta para el rey; de este modo van contando y separando hasta concluir el monton, pues el rey católico tiene el quinto de todas las ostras que se pescan. La exaccion de este impuesto ha estado encomendada por el virey de Méjico al capitan gobernador de la California, el cual, no pudiendo hacerla personalmente, delegaba otro que la hiciese efectiva en su nombre, y acabado el tiempo de la pesca,

mandaba á Guadalajara, capital de la Nueva-Galicia, toda la cantidad de perlas perteneciente al real erario, con los correspondientes documentos. Como todos los gobernadores que han tenido esta comision han sido buenos cristianos y hombres muy honrados, se han manejado en ella con suma fidelidad, sin premio alguno y sin mas interés que el de servir á su soberano.

Después de hecha la division se abren las ostras para sacarles las perlas, si las tienen; pues algunas no tienen absolutamente nada, otras tienen una, y suele haber algunas que tienen dos ó mas. Los armadores compran á los buzos las que les han tocado, ó se las cambian por mercancías, que con este fin llevan comunmente consigo los que emprenden la tal pesca.

Las madreperlas son por lo general de cinco pulgadas de longitud, y de tres á cuatro de anchura: su color por defuera es un verde sucio, pero interiormente son hermosas. Las perlas se forman en algunos plieges del cuerpo del animal, aunque no faltan algunas que se hallan adheridas á la superficie interna de la concha, las cuales son llamadas *topos*, y aunque sean grandes y bellas, no tienen estimacion, por razon de tener plana la parte que estaba en contacto con la concha. Las mas apreciadas son las que además de ser grandes, blancas y brillantes, son esféricas ú ovales, y sobre todo las que tienen figura de pera.

§ XV.

AVES.

De las aves de la California tenemos poco que decir, pues aunque hay muchas especies, casi todas son conocidas en Europa, ya por ser comunes á ambos continentes, ya por haber hablado copiosamente de ellas los historiadores de América. De las de rapiña hay buitres, halcones, gavilanes, cuervos y águilas. Los cuervos son muy abundantes y las águilas al contrario, muy raras, y solo se hallan en los montes de la parte austral. Hay tambien muchos zopilotes, aves que describimos en nuestra Historia de Méjico, y que aunque propiamente no son de rapiña, se acercan mucho á esta clase.

De las nocturnas hay buhos, lechuzas, mochuelos, cuclillos y otras cuyos nombres y formas ignoramos.

De las acuátiles, ya de las que viven ordinariamente en el agua, ya de las que en ella buscan su alimento, hay muchísimas especies, señaladamente de las marinas. Las mas conocidas son: patos de varias clases, gansos, pelícanos, gaviotas, garzas reales, fulicas y tijeras. Estas últimas se llaman así porque al volar forman con los piés y las alas la figura de unas tijeras. Lo que en el libro I de la Historia de Méjico dijimos acerca de la admirable providencia de los pelícanos en socorrer á los individuos de su especie inhábiles para buscar su sustento, y de la industria de los indios en aprovecharse de la pesca de estas aves, fué observado por muchos españoles en la isla de San Roque, poco distante de la costa occidental de la California.

De las aves que se solicitan para la mesa hay tórtolas, palomas silvestres y codornicces en abundancia además de otras muchas especies de acuátiles. Los misioneros llevaron de la Nueva-España gallinas, gallipavos y palomas domésticas.

Entre las aves de canto hay ruiseñores, aunque pocos, cenzontlis, calandrias, gorriones, tigrillos, cardenales y otros, los cuales con su dulce y armonioso canto alivian algo la fatiga á los que viajan por aquellos áridos y melancólicos desiertos.

Hay finalmente varias aves apreciables por la belleza de sus plumas, y entre otras, á mas de los expresados cardenales, colibrís ó chupamirtos.

§ XVI.

CUADRÚPEDOS.

Las especies de los cuadrúpedos de la California son, segun se sabe, veintiseis solamente, á saber: bueyes, caballos, asnos, ovejas, cabras, puercos, perros y gatos, todos trasportados de la Nueva-España por la diligencia y á expensas de los misioneros jesuítas; leones, gatos monteses, ciervos, *tajés*, gamuzas, *coyotes*, zorras, tejones, liebres, conejos, nutrias, hediondos, tuzas, ardillas suizas, ardillas palmistas, ratones portasacos y topos. A estas veinticinco especies debe añadirse la de cierta fiera semejante en el color á los leones americanos, aunque menos corpulenta que ellos, llamada impropiamente *onza* por los españoles de la California.

El gato montés, que los indios cochimíes llaman *chimbi*, es mas grande, vigoroso y feroz que el doméstico, pero tiene la cola mas corta. Su atrevimiento es tal que llega á acometer á otros cuadrúpedos mas grandes, y aun á los hombres que andan descuidados por los bosques; pero la especie de estas fieras es poco numerosa.

No así la del *chimbicá* ó leon de California, porque no atreviéndose los californios á matarle á causa de cierto temor supersticioso que le tenian antes de convertirse al cristianismo, se fueron multiplicando los individuos de esta especie con mucho perjuicio de las misiones que después se fundaron, pues hacian estragos en los ganados y tal vez en los hombres, de lo cual se vieron algunos ejemplares trágicos en los últimos años que estuvieron allí los jesuítas. Estos, después de haber hecho á sus neófitos deponer aquel temor, como después diremos, para alentarlos mas, daban en premio un toro al que mataba un chimbicá, cuya práctica observaron todo el tiempo que gobernaron aquellas misiones. El chimbicá es del tamaño de un mastin corpulento, es-

tá armado de fortísimas garras y tiene el mismo color que el leon de Africa, pero sin guedeja. Cuando hace presa en algun animal, le afianza de tal manera que no le suelta aunque se sienta mortalmente herido: luego que puede le degüella, le bebe la sangre, le devora el cuello, y cubre lo restante con hojarasca, para estar viniendo á comer cuando tiene hambre; pero pocas veces consigue su intento, porque los indios hambrientos ó los zopilotes se aprovechan de la presa. Cuando los indios observa que estas aves vuelan reunidas en gran número al rededor de algun lugar, infieren que hay en él algun animal muerto y acuden luego, y si la carne no está del todo corrompida y hedionda, se la llevan á sus casas, ó encienden lumbre allí mismo para asarla. A pesar de ser el chimbicá tan atrevido, huye de los perros, y cuando se ve en riesgo de que estos le den alcance, trepa en algun árbol, y desde allí los mira con ojos amenazadores, pero sin atreverse á bajar hasta que sus perseguidores se retiran; esta es la ocasion oportuna para matarle á balazos. Este animal es el mismo que el *miztli* de los mejicanos, el *pagi* de los chilenos y el *puma* de los peruanos, aunque parezca diverso en algunas cosas.

El coyote es aquel cuadrúpedo que describibimos en la historia de Méjico, y que forma el enlace entre el lobo y la zorra, reuniendo la astucia de esta con la voracidad de aquel, y asemejándose á ambos en la forma.

Los ciervos de la California solo se distinguen de los comunes de la Europa en no tener los cuernos parados perpendicularmente sobre la cabeza, sino inclinados hácia el lomo.

La gamuza, llamada por aquellos indios *amogoquió*, es mas grande, mas ágil y mas veloz que la cabra. Los animales de esta especie se juntan en manadas, y trepan en las rocas con increible facilidad: los hay blancos y negros; su piel es apreciada y su carne buena para comer.

El *tajé* de la California es el *ibex* de Plinio y el *bouquetin* de Bufon. Lo mismo que dice Plinio del ibex,[1] cuentan los californios del tajé, sin haber leido ni aun oido mentar jamás á aquel naturalista; lo cual prueba la verdad de la descripcion de Plinio y la identidad específica de estos animales. En su forma, color y tamaño, es el tajé lo mismo que el *bouquetin*, y su carne es comestible.

El hediondo americano, llamado con tantos nombres en los diversos países del Nuevo Mundo, tiene entre los cochimíes el nombre de *iijú*. Al presente es bien conocido este curioso cuadrúpedo en Europa; mas como algunos misioneros de la California tuvieron oportunidad de observarle con frecuencia en su propio domicilio, podemos darle á conocer mas.

Los hediondos de la California son de aquella espcie de animales pequeños que los mejicanos llaman *conépatl*. El tamaño de su cuerpo sin la cola no pasa de ocho pulgadas, su cabeza es tambin pequeña, y el color de su pelo es en el vientre y piernas blanco; en el lomo, en los costados y en la cola alternado con listas blancas y negras en algunos individuos, y blancas y leonadas en otros. Su cola termina en un hermoso fleco, que parece mas vistoso cuando la erigen, como lo hacen al huir. Se alimentan de escarabajos, cientopiés y otros insectos; pero sobre todo gustan de la sangre y de los huevos de las gallinas, y son por lo mismo los exterminadores de los gallineros. De noche es cuando hacen sus latrocinios, introduciéndose en los gallineros por agujeros mas estrechos que sus cuerpos: las gallinas al sentir al hediondo hacen grande algazara, pero sin moverse de sus lugares; él entonces deguella una ó dos, les chupa la sangre y come algo de la carne. Los hediondos habitan en pequeñas cuevas que hacen entre las peñas, y raras veces se dejan ver si no es en el otoño y al principio del invierno.

El doctor Hernandez dice en su historia natural de Méjico que hieden sobre manera el estiércol y la orina del hediondo, y así se cree comunmente; pero por las repetidas observaciones hechas en la California, consta que estos cuadrúpedos no se han valido ni de uno ni de otro contra sus perseguidores, ni han dejado nunca señales de haberlo hecho. La arma poderosa de que usan constantemente en los grandes riesgos, es aquel viento insoportable que despiden por detrás, el cual condensa tan sensiblemente el aire del rededor, que, como se explica un grave misionero, parece que puede palparse. Todos los cuerpos vecinos quedan de tal manera inficionados con él, que aunque se expongan al aire libre, conservan por largo tiempo el hedor, el cual se propaga á lugares bien distantes. Los perros que han seguido á un hediondo quedan con aquel hedor aturdidos, y sacudiendo fuertemente el hocico, dan muestras de la sensacion desagradable que experimentan.

En la Historia de Méjico describimos aquel curioso cuadrúpedo llamado por Bufon *suizo*, y por los mejicanos *tlalmototli* ó ardilla terrestre, á diferencia de la verdadera ardilla que habita en los árboles. Este hace su cueva debajo de tierra y perjudica las sementeras.

El mismo daño hacen las tuzas, cuadrúpedos del género del topo, pero mas grandes, mas hermosos, y diversos de aquellos tanto en los ojos como en el resto del cuerpo, segun dijimos en la citada Historia.

Es comun en la California otro cuadrúpedo algo semejante á la ardilla en la forma, aunque mas pequeño, pues su grueso es como el de un raton comun, sin embargo de ser doblemente

1 Sunt ibices pernicitatis mirandae, quamquam onerato capite vastis cornibus. . . . In haec se librant, ut tormento aliquo, rotati in petras, potissimum e monte aliquo in alium transilire querentes atque recurssu pernicius quo libuerit exultant. Plin. Hist. Nat. lib. VIII. c. 53.

mas largo. Su cola es peluda como la de la ardilla y su lomo listado de color blanco y oscuro. Este es seguramente el *palmista* de Buffon y el *sicurus palmarum* de Lineo.

El raton de la California, aunque semejante en la forma, color, tamaño y modo de vivir al raton comun, es sin embargo de una especie muy diversa de la comun y de todas las conocidas por los naturalistas. Tiene debajo de cada oreja una membrana en forma de saquillo, que se comunica con la boca, por cuya comunicacion introduce en ella todo lo que coge para llevarlo á su almacen, y por tanto, el daño que estos animalitos hacen en los graneros es mayor que el que podrian hacer atendida solo su pequeñez. Cuando tienen vacías y flojas aquellas membranas, apenas se les echan de ver; pero si los muchachos matan alguno y le soplan por la boca, quedan, con el aire que se les introduce, tan abultadas como un huevo de paloma, y los muchachos reciben grande placer con la vista de aquella ridícula figura.[1]

Aunque el clima de la California no es contrario á los animales trasportados allí de la Nueva-España, su multiplicacion se retarda por la escasez de pastos y por la abundancia de leones. Siendo escasos los pastos es necesario que los caballos, las vacas, las ovejas y las cabras anden paciendo dispersas en diferentes lugares donde hay alguna yerba ó retoños de arbustos, y no pudiendo estar á la vista de sus custodios, son asaltadas por los leones, los cuales matan los potros y becerros, y acaso tambien las yeguas y vacas, y hacen muchos estragos en las ovejas y cabras. Por este motivo se hace preciso traer anualmente de Sinaloa la caballada necesaria para el presidio. Solamente los perros se cree que han degenerado en la California, porque no se les observa aquella aficion que en otros países tienen a sus amos, y los abandonan fácilmente por otro; pero quién sabe si la miseria de los amos es la que obliga á aquellos hambrientos animales á buscar en otra parte su subsistencia.

§ XVII.

HABITANTES, SU LENGUA, ARITMÉTICA Y AÑO.

Poco diferentes de las citadas bestias eran en la manera de vivir los salvajes habitantes de la California. Pero atendiendo á los pocos vestigios de antigüedad que allí han quedado, es facil persuadirse que aquella vasta península estuvo antes habitada por gentes menos bárbaras que las que hallaron en ella los españoles; porque los jesuítas, en los últimos años que estuvieron allí, descubrieron en los montes situados entre los 27 y 28° de latitud, varias cuevas grandes cavadas en piedra viva, y en ellas pintadas figuras de hombres y mujeres decentemente vestidas, y de diferentes especies de animales. Estas pinturas, aunque groseras, representan distintamente los objetos, y los colores que para ellas sirvieron, se echa de ver claramente que fueron tomados de las tierras minerales que hay en los alrededores del volcán de las Vírgenes. Lo que mas admiró á los misioneros fué que aquellos colores hubiesen permanecido en la piedra por tantos siglos sin recibir daño alguno ni del aire ni del agua.

No siendo aquellas pinturas y vestidos propios de las naciones salvajes y embrutecidas que habitaban la California cuando llegaron á ella los españoles, pertenecen sin duda a otra nacion antigua, aunque no sabemos decir cuál fué. Los californios afirman unánimemente que fué una nacion gigantesca venida del Norte. Yo no pretendo que se le dé crédito á esta tradicion; pero ciertamente no puede dudarse que haya habido allí antiguamente algunos hombres de desproporcionada talla, como se infiere de varios huesos humanos exhumados por los misioneros. Entre otros el padre José Rotea, misionero de Kadakaamang, hombre curioso, exacto y sincero, habiendo sabido que en un lugar de su mision llamado ahora San Joaquin, habia un esqueleto gigantesco, mandó cavar, y halló efectivamente todo el espinazo, aunque con las vértebras ya desunidas, una canilla, una costilla, varios dientes, y señaladamente un gran fragmento del cráneo. Pudo haberse hallado todo el esqueleto si un torrente vecino no hubiera corroido el suelo y arrancado de allí algunos huesos. La costilla, aunque no estaba entera, tenia todavía como dos piés de larga. La canilla no pudo medirse, porque se rompió al sacarla. Considerada pues la magnitud del cráneo medido el lugar que ocupaba todo el esqueleto y comparadas sus vértebras con las de un esqueleto comun, se cree que el hombre á quien pertenecieron aquellos huesos tenia casi once piés de altura.

El mismo misionero reconoció algunas de las cuevas mencionadas, de las cuales describe una. Tenia de largo unos 50 piés, de ancho quince y otro tanto de alto y estaba formada á manera de bóveda apoyada sobre el pavimento. Como por la parte de su entrada estaba toda abierta, recibia bastante luz para poder observarse las pinturas de su parte interna y mas alta. En ella estaban representados hombres y mujeres con vestidos semejantes á los de los mejicanos, pero absolutamente descalzos. Los hombres tenian los brazos abiertos y algo levantados, y una de las mujeres estaba con el pelo suelto sobre la espalda y un penacho en la cabeza. Habia tambien varias especies de animales, tanto de los nativos del país como de los extranjeros.

Pero dejando aparte los vestigios de aquella antigua nacion de la cual nada sabemos, hablare-

1 Las dos especies de la ardilla palmista y del raton portasacos, pueden agregarse á las cincuenta y dos de cuadrúpedos americanos que contiene el catálogo que se halla en el tomo 4.° de nuestra Historia de Méjico.

mos de las que hallaron allí los españoles y existen aun en el dia, que son tres en la California cristiana, á saber: los *pericúes*, los *guaicuras* y los *cochimíes*. Los pericúes ocupan la parte austral de la península desde el cabo de San Lúcas hasta los 24.° y las islas adyacentes de Cerralvo, el Espíritu Santo y San José; los guaicuras se establecieron entre el paralelo de 23° 30' y el de 26°, y los cochimíes tomaron la parte setentrional desde los 25° hasta los 33, y algunas islas del mar Pacífico. Cada una de estas tres naciones tenia su lengua propia. A los 33° comienza otra nacion que habla distinta lengua, y hay otras en las márgenes del rio Colorado; pero como son poco conocidas y ajenas de nuestro propósito, nada diremos acerca de ellas.

La lengua pericú ya no existe, y los pocos individuos que han quedado de aquella desgraciada nacion hablan hoy la española. La guaicura tenia tantos dialectos diversos cuantas eran las ramas de la nacion que la hablaba, á saber: guaicuras propiamente dichos, aripas, uchitas, coras é indios de Conchó, llamados después lauretanos por el pueblo de Loreto que se fundó cerca de ellos. La rama de los uchitas y la de los coras se extinguieron; los lauretanos abandonaron su lengua por la española, y los otros restos de aquella nacion conservan la que hablaban antiguamente. Aunque muchísimos de los cochimíes han aprendido el español, se conserva tambien su lengua en cuatro dialectos tan diversos entre sí que al poco versado en ella pueden parecerle lenguas distintas.

La lengua cochimí, que es la mas extendida, es muy difícil, está llena de aspiraciones y tiene algunos modos de pronunciar que no pueden explicarse. No tiene mas nombres numerales que los siguientes: *tepeeg*, uno, *goguó*, dos, *combió*, tres, y *magacubuguá*, cuatro. Para decir cinco se explican los cochimíes así: *Nagannú tejueg ignimel*, esto es, una mano entera. De este número en adelante los mas incultos se confunden y no saben decir mas que: muchos y muchísimos; pero los que tienen algun ingenio siguen la numeracion diciendo: una mano y uno, una mano y dos, etc. Para expresar diez, dicen: *Nagannú ignimbal demuejueg*, esto es, todas las manos: para quince dicen las manos y un pié, y para veinte las manos y los piés, cuyo número es el término de la aritmética cochimí. Los que han aprendido el español saben nuestro modo de contar.

Al dia le dan, á ejemplo de otras naciones, el mismo nombre que al sol, *ibó;* al año le llamen *mejibó*, cuyo nombre significa principalmente la estacion mas alegre y abundante. No dividen el año en meses, sino en seis estaciones: la primera, que es la llamada *mejibó* y la mas alegre porque en ella se coge la cosecha de pitahayas, comprende parte de junio, todo julio y parte de agosto; la segunda, que tambien les es tan grata como la primera por la cosecha de pitahayas agridulces, tunas y otras frutas y semillas que aprecian, se llama *amadá–appi*, y comenzando en agosto, abraza todo setiembre y parte de octubre, en cuyo tiempo reverdecen las plantas con las lluvias que entonces caen, aunque escasas; la tercera tiene el nombre de *amadá–appigalá*, y comprende parte de octubre, todo noviembre y parte de diciembre, tiempo en que la yerba nacida en la estacion anterior empieza á amarillear y secarse; la cuarta, nombrada *majibél*, es la mas fria, y comprende parte de diciembre, todo enero y parte de febrero; la quinta, que se llama *majiben*, comienza en febrero y abraza todo marzo y parte de abril; finalmente, la sexta incluye parte de abril, todo mayo y parte de junio, y se llama *majiiben–maaji*, esto es, la estacion mala, porque para ellos es lo que para otros pueblos el invierno, pues siendo allí entonces mas escasos que nunca los víveres, no tiene aquella pobre gente mas alimento que el *mezcal* y las semillas tostadas recogidas en las otras estaciones; y así la siguiente les es tanto mas grata cuanto mayor es en esta su miseria.

§ XVIII.

ORÍGEN Y CARÁCTER DE LOS CALIFORNIOS.

Acerca del orígen de estos pueblos incultos nada podemos nosotros decir; ni ellos mismos, preguntados por los misioneros, sabian decir otra cosa sino que sus antepasados habian venido de las regiones setentrionales. Esto mismo aseguraban de su orígen los mejicanos y todas las naciones que poblaron el vasto país de Anáhuac; bien que en cuanto á los californios debe creerse aunque no lo dijeran, porque aquella península, rodeada del mar por todas partes, no se comunica con el continente sino por el Norte. Preguntándoseles la ocasion de esta venida, contestaban que habia sido una guerra excitada entre sus antepasados y otro pueblo del Setentrion, en la cual, quedando aquellos vencidos, huyeron hácia el Mediodía y se refugiaron en los montes de la península. Así manifestaban sinceramente su tradicion, sin avergonzarse de confesarse descendientes de aquellos fugitivos. No nos faltan en el antiguo continente, dice un sabio autor, ejemplos de semejante ingenuidad, pues los cartagineses y los romanos, pueblos tan famosos en la antigüedad, se gloriaban de tener su orígen, aquellos de los tirios fugitivos y estos de los troyanos vencidos.

Los californios son sanos, robustos y de buena estatura. Las enfermedades que suelen padecer no provienen de su mala complexion, sino que las contraen ó por contagio, como las viruelas, ó por lo mal sano de los alimentos que usan de ordinario, como ciertas llagas y tumores. El gálico, que se creia enfermedad endémica de la América, no ha sido visto hasta ahora en la California porque ningun extranjero le ha llevado.

En el rostro, cabello, barba y color son seme-

jantes á los pueblos de Méjico. Tienen como ellos el cabello grueso, lacio y negro, la barba escasa, y ningun vello en los brazos, muslos y piernas; la frente estrecha, la nariz un poco gruesa, los dientes blancos, iguales y fuertes; la boca, ojos y orejas regulares, exceptuando á los que se educan en el gentilismo, que desfiguran sus narices y orejas con pendientes que en ellas se ponen por adorno. El color de los que habitan en los lugares mediterráneos es castaño claro; pero los que viven continuamente en los litorales le tienen mas oscuro. Entre ellos son tan raros los deformes como entre los mejicanos. En cuanto á la alma no son distintos de los restantes hijos de Adan. Los que se han criado en las selvas tienen aquellos vicios é imperfecciones que en todos los países son consiguientes á la vida salvaje; son rudos, muy limitados en sus conocimientos por falta de ideas, perezosos por falta de estímulo, inconstantes, precipitados en sus resoluciones y muy inclinados á los juegos y diversiones pueriles por falta de freno; pero por otra parte carecen de ciertos vicios muy comunes entre otros bárbaros y aun en algunos pueblos cultos. La embriaguez, vicio dominante de los americanos, no está en uso entre los californios. No se hurtan unos á otros aquello poco que poseen; no riñen ni tienen contiendas entre sí los parientes, ni los que son de una misma tribu; todo su odio y furor es contra las otras naciones ó tribus con quienes tienen enemistad. Finalmente, no son obstinados y tercos, sino dóciles y fáciles de ser conducidos á lo que se quiere.

De su sencillez pueril tenemos varios ejemplos curiosos. Habiendo hallado algunos indios entre la arena de la playa del mar Pacífico unas tinajas grandes de barro dejadas allí sin duda por los marineros de algun navío de las islas Filipinas, se admiraron, como que jamás habian visto vasijas semejantes, las llevaron á una cueva poco distante de su habitacion ordinaria, y las colocaron allí con las bocas vueltas hácia la entrada á fin de que todos las observasen bien. Después concurrian con frecuencia á verlas, sin dejar de admirar aquellas grandes bocas siempre abiertas, y en sus bailes, en donde imitan los movimientos y voces de los animales, remedaban con sus bocas las de las tinajas. Entre tanto les sobrevino una enfermedad, y no sabiendo qué hacer para librarse de ella, se reunieron en consejo, en el cual, después de una larga deliberacion, el mas autorizado de todos dijo que aquellas tinajas habian sin duda trasmitido la epidemia por sus bocas y que el remedio seria tapárselas bien. Parecióles bueno á todos este dictámen; mas como para ponerle en práctica era necesario acercarse á las tinajas y se creia que esto no podia hacerse sin peligro de muerte, se determinó que algunos jóvenes robustos se acercasen á ellas de espaldas y con manojos de yerbas tapasen aquellas bocas fatales, como efectivamente se hizo. Poco después que los jesuítas empezaron á plantar sus misiones en la California envió un misionero á otro por medio de un indio néofito dos tortas de pan (regalo entonces muy apreciado por la escasez del trigo) con una carta, en que le hablaba de esta remesa. El neófito probó el pan en el camino, y habiéndole gustado le comió todo. Llegado á presencia del misionero á quien era enviado, le entregó la carta, y habiéndosele reclamado el pan, negó haberle recibido, y como no pudiese adivinar quién habia dicho aquello al misionero, se le advirtió que la carta era la que se lo decia, sin embargo de lo cual insistió en su negativa y fué despedido. A poco tiempo volvió á ser enviado al mismo misionero con otro regalo, acompañado tambien de una carta y en el camino cayó en la misma tentacion. Mas como la primera vez habia sido descubierto por la carta, para evitar que esta le viese la metió debajo de una piedra mientras devoraba lo que traia. Habiendo entregado al misionero la carta y siendo con ella convencido nuevamente del hurto, respondió con esta extraña simplicidad: Yo os confieso, padre, que la primera carta os dijo la verdad porque realmente me vió comer el pan; pero esta otra es una embustera en afirmar lo que ciertamente no ha visto.

§ XIX.

ARTES, COMIDAS Y BEBIDAS.

Los californios eran del todo bárbaros y salvajes y no tenian conocimiento de la arquitectura, de la agricultura ni de otras muchas artes útiles á la vida humana. En toda aquella península no se halló una casa ni vestigio de ella, ni tampoco una cabaña, una vasija de barro[1], un instrumento de metal ó un lienzo cualquiera. Sus habitantes se sustentaban con aquellas frutas que se producen espontáneamente ó con los animales que cazaban y pescaban, sin tomarse el trabajo de cultivar la tierra, de sembrar ó de criar animales.

Comian, y aun comen al presente á causa de su miseria, muchas cosas que para nosotros no son comestibles, como raíces y frutas muy amargas ó insípidas, gusanos, arañas, langostas, lagartijas, culebras, gatos y leones y hasta pieles secas. Un perro es para ellos tan apreciable como para nosotros un cabrito. Pero jamás los obligó su hambre á alimentarse de carne humana, y aun se abstuvieron siempre de comer tejon porque les parecia semejante al hombre.

En sus comidas hacen cosas verdaderamente

1 El padre Consag, en el viaje que hizo en 1746 para reconocer toda la costa oriental de la península, halló algunas vasijas de tierra entre algunos gentiles que habitaban en la costa hácia los 31°. Este hecho es una excepcion de lo que hemos dicho arriba; pero sospecho que aquellos gentiles hubieron las tales vasijas de otro pueblo mas setentrional ó de algunos pescadores de perlas.

extrañas. En el tiempo de la cosecha de las pitahayas comen hasta hartarse; mas para volver á usar de ellas después de haberlas comido y digerido, no desechan sus deposiciones, sino que de aquello que antes fué pitahaya separan con indecible paciencia los pequeñísimos granos de la fruta que quedan sin digerirse, los tuestan, los muelen y reducidos á harina los conservan para comerlos después en el invierno. Algunos españoles dan a esta operacion el nombre burlesco de segunda cosecha de pitahayas.

Los bárbaros que habitan en la parte setentrional de la península, han hallado el secreto, ignorado del comun de los mortales, de comer y volver á comer repetidas veces un mismo manjar. Ligan bien con una cuerda un bocado de carne seca y endurecida al sol, y después de haberle mascado un poco le tragan, dejando la cuerda pendiente de la boca: pasados dos ó tres minutos le vuelven á sacar por medio de la cuerda para mascarle de nuevo, y repiten esta operacion tantas veces cuantas son necesarias para consumir aquel bocado ó ablandarle de modo que no pueda ya estar atado. Al extraerle del esófago hacen tal ruido, que á quien nunca les ha oido le parece que van á ahogarse.

Cuando comen de esta manera muchos individuos juntos, lo practican con mayor aparato. Se sientan en el suelo formando un círculo de ocho ó diez personas, toma una de ellas el bocado y le traga, y sacándole fuera después, se le da á otra, y esta á otra; prosiguiendo así por todo el círculo con mucho placer, hasta que el bocado queda consumido. Los españoles que han observado esto se han admirado, y efectivamente, no seria creible si no estuviese atestiguado unánimemente por todos los que han estado en aquel país. Algunos jesuítas que no querian creerlo á pesar de tantas personas graves y sinceras que lo afirmaban, habiendo ido después á la California, lo vieron con sus propios ojos. De entre aquellos indios que han abrazado el cristianismo se ha ido desterrando este modo de comer tan asqueroso y peligroso, en fuerza de las continuas reprensiones de los misioneros.

En sus comidas no usan de ningun condimento. Comen la carne fresca y casi cruda, ó secada en el sol, ó medio asada, ó mas bien quemada: los insectos y las semillas los comen regularmense tostados y molidos, y en cuanto á bebidas no usan mas que de la agua natural.

§ XX.

HABITACIONES, VESTIDOS, ADORNOS Y MENAJE.

Cada tribu, compuesta de varias familias consanguíneas, habita de ordinario junto á alguna fuente, pero sin mas techo que el cielo ni mas cama que el suelo desnudo. Cuando calienta mucho el sol se guarecen debajo de los árboles, y en las noches frias se retiran á las cuevas de los montes. Algunos para dormir fabrican emparrados en forma de cabañas, y otros hacen hoyos ó sepulturas de unos dos piés de profundidad; pero las habitacioncillas mas comunes son ciertos cercados circulares de piedra suelta con cinco piés de diámetro y menos de dos de altura. Dentro de cada una de ellas duerme á cielo descubierto una familia, y estan tan acostumbrados á ello, que á los misioneros les ha costado mucho trabajo hacerlos dormir en las casitas ó cabañas fabricadas con este fin, pues padecen ansias al querer dormir debajo de techo, y les parece que se han de sofocar; pero después se acostumbran y lo hacen de buena gana. En sus habitaciones están siempre junto al fuego, menos en el grande calor del estío, y cada vez que despiertan tienen cuidado de atizarle.

Sus vestidos corresponden á sus habitaciones. El de los hombres no es mas que su propia piel, y lejos de avergonzarse de su desnudez, se admiraban de que les fuese vituperada por los españoles, en cuyo punto no puede ponderarse cuánto tuvieron que sufrir los misioneros. Los primeros californios que por ellos fueron vestidos, parecieron tan ridículos á sus paisanos y fueron tan burlados, que se vieron precisados á dejar sus vestidos. Un misionero vistió dos muchachos domésticos suyos, cortando y cosiendo él mismo los vestidos; mas luego que se presentaron con ellos fueron tratados con tanta burla y excitaron tanto la risa de los otros, que no pudiendo sufrir y no queriendo por otra parte disgustar á su bienhechor, andaban de dia desnudos por los bosques en compañía de sus parientes, y á la noche se presentaban vestidos al misionero. Mas con la frecuencia de sus exhortaciones, con sus beneficios y con no pocos gastos, consiguieron por fin los misioneros cubrir la indecente desnudez de todos sus neófitos.

Las mujeres de la California se portan en este punto de muy distinto modo que los hombres, pues en toda la península se ha visto una que dejase de cubrir su honestidad de algun modo. Las mas bien cubiertas de todas son las pericúes, las cuales llevan dos diferentes géneros de vestido. El primero es un capotillo que les cubre desde los hombros hasta la cintura, y el otro una especie de enaguas compuestas de dos piezas cuadradas, de las cuales una se extiende desde la cintura hasta media pierna, y cubre la parte posterior, y la otra la anterior, extendiéndose desde la cintura hasta las rodillas. Estos vestidos no son de lienzo, sino compuestos de cuerdecillas sueltas y pendientes en gran número, parte de un cordon que se atan al cuello, y parte de otros dos atados en la cintura. Sacan estas cuerdecillas machacando, como se hace con los tallas del cáñamo, las hojas de cierta palma que se cria en aquellos países, las cuales dan un hilo mas blanco que el del cáñamo.

Las guaicuras no usan capotillo; todo su vestido consiste en unas enaguas que se extienden desde la cintura hasta las rodillas ó poco mas abajo, y que por la parte de atrás se componen de cuerdecillas semejantes á las de las pericúes, y por delante de muchas hileras de nudos de carrizos delgados que agujeran con este fin. Acaso usan de los nudos y no de los mismos carrizos, porque aquellos son mas difíciles de romperse. Las cochimíes, que habitan entre los 26° y los 30, tienen el mismo delantal de nudos de cañavera que las guaicuras, y se cubren la parte posterior con una piel de ciervo ó de cualquier otro animal. Las que viven desde los 30° hácia el N., llevan además un capotillo de pieles de nutria, de liebre, de conejo ó de otro animal. Todas aquellas mujeres tenian tanto cuidado de su honestidad y de la de sus hijas, que luego que una de estas nacia la cubrian con aquellas enagüillas, que preparaban desde el tiempo de su preñez, y se escandalizaban mucho cuando veian omitida esta diligencia en las hijas de los soldados españoles.

Cuando los californios no viajan andan absolutamente descalzos; pero para caminar usan el mismo calzado que los indios de Méjico y de otros países de América, el cual consiste en unas suelas de cuero ligadas con correas de modo que solo queda cubierta la planta del pié. Antes hacian estas suelas de cuero de ciervo, mas ahora las hacen ordinariamente del de buey, por ser mas fuerte y mas grueso.

Aunque todos los hombres eran en la California uniformes en su desnudez, se distinguian los de cada nacion en sus diversos adornos. Los pericúes usaban el cabello largo, adornado con perlas y entrelazado con plumas blancas, de tal suerte que desde lejos parecia una peluca. Los guaicuras, al menos los del Conchó, llamados después lauretanos, ceñian su cintura con un bello cinto y su cabeza con una red curiosa á manera de venda, y algunos añaden á esto un collar de figuritas de nácar y de ciertas bayas ensartadas, y manillas y brazaletes de la misma materia. Los pericúes usaron tambien por algun tiempo vendas formadas de ciertos caracolillos blancos y redondos que á primera vista parecian perlas. Las mujeres de esta nacion usaban el cabello largo, suelto y extendido sobre la espalda, y llevaban pendientes del cuello á la cintura muchos hilos de perlas, caracolillos, figuritas de nácar, bayas y canutitos dispuestos vistosamente. Los cochimíes no usaban el cabello largo, sino solo algunas guedejas cortas, ni tampoco se adornaban con perlas, sino con una especie de corona compuesta de muchos pedacillos de nácar pequeños, iguales y ensartados en una cuerda.

El menaje de los californios era tan miserable que todo el de una familia podia ser fácilmente cargado por un muchacho. Consistia en una batea, una escudilla, un palito para encender lumbre, segun el uso de los restantes americanos y de los antiguos pastores de Europa, un hueso agudo que servia de alesna, y dos redes, una en que las mujeres llevaban á cuestas á sus hijos, como después diremos, y la otra en que los hombres recogian en los bosques el mezcali, las pitahayas y otras frutas.

La batea es redonda, algo profunda y varia en su tamaño, aunque por lo comun tiene pié y medio de diámetro. Está hecha con las varas de cierta planta flexible como el mimbre, aplanadas, cortadas á lo largo, unidas un forma espiral comenzando por el centro y atadas fuertemente entre sí con tiras de la misma materia, con lo cual quedan tan estrechamente unidas que contienen agua sin dejar salir una gota. Los pericúes hacen sus bateas ovaladas y compuestas de duelas semejantes á las de los barriles, formadas de la corteza de cierta palma pequeña, de cuatro á cinco dedos de anchas y de unas diez y ocho pulgadas de largo, y atadas entre sí con varitas flexibles como las de los cochimíes. Estas bateas les sirven principalmente á las mujeres para limpiar, y tambien para tostar en ellas las semillas de que se alimentan, para lo cual echan brasas entre las semillas y lo mueven todo junto agitando incesantemente la batea. Los indios que habitan en las márgenes del rio Colorado hacen estas bandejas como las de los cochimíes, pero mucho mas grandes, y se sirven de ellas para trasportar sus cosas de una á otra parte del rio, nadando y empujando con la mano las bandejas, las cuales en aquel país tienen el nombre de *corita*.

La escudilla de los californios, llamada por los cochimíes *addá*, es de la misma materia que las bateas y tan firme y densa como ellas, aunque mas pequeña y semejante en su forma á la copa de un sombrero. Les sirve de plato para comer, de vaso para beber, y á las mujeres de sombrero, y por eso cuando vieron los sombreros de los españoles, les dieron el nombre de *addá*.

§ XXI.

OFICIOS.

Las redes de los californios, tanto las de pesca como las de trasporte, son de hilo sacado de las pencas del mezcali. Las mujeres son las que fabrican estas redes, recomponen las bateas hechas por los hombres y ayudan á estos á recoger las frutas y semillas de que se alimentan, y preparan la comida. Los oficios propios de los hombres son la caza, la pesca y la guerra.

Para la caza usan principalmente del arco y la flecha. El arco es sencillo, de madera elástica endurecida al fuego, mas grueso en el medio que en las extremidades y armado con una cuerda de nervios de ciervo retorcidos, la cual tiene de cuatro á cinco piés de larga, segun el tamaño

del arco. Las flechas son de unos dos piés y medio de longitud y están formadas de dos piezas unidas con la pez del árbol de que hemos hecho mencion en otra parte y ligadas con los nervios delgados del ciervo. La pieza de la punta, que hace la tercera parte de la flecha, es una varilla dura y un poco aguzada, y la otra es una caña con tres plumas de gavilan junto á la muesca. Estas son las flechas de que usan ordinariamente para la caza de los pájaros y cuadrúpedos pequeños; pero para los ciervos, leones y otros animales semejantes, así como para la guerra, arman la punta de pedernal á fin de que las heridas sean mas grandes y las flechas no se desprendan fácilmente del cuerpo.

Para cazar los ciervos usan de un estratagema curiosa. Toma un indio una cabeza de ciervo conservada con este fin, y poniéndosela sobre la suya, se esconde tras de los matorrales, de modo que no se les vea mas que la cabeza postiza, la cual mueve de manera que parezca viva. Los ciervos engañados al verla se acercan, y son fácilmente matados por otros cazadores que los acechan. Para cazar liebres, á mas de los lazos y redes de que usan ordinariamente, se valen los cochimíes de un modo mas sencillo y mas fácil, sin otro instrumento que un palillo curvo de casi pié y medio de longitud. Cuando caminando ven una liebre le arrojan con tal destreza aquel palillo arrastrado sobre el suelo, que va derechamente á romperle las piernas; y de este modo suelen coger muchas sin interrumpir un momento su camino. Es verdaderamente admirable la perspicacia de los californios en reconocer las huellas de los cuadrúpedos para seguirlos y en distinguir á los hombres por las suyas. Si el hombre que ha pasado por el camino es de su tribu é iba descalzo, en la huella conocen infaliblemente quién era. Con la misma facilidad distinguen las flechas de los individuos de su tribu, las cuales por mas semejantes entre sí que parecen á los españoles, son conocidas por los indios en algunas señales casi imperceptibles, y por ellas vienen en conocimiento del dueño de cada una, así como nosotros venimos en conocimiento del escribiente por la forma de letra.

La pesca se hace de dos maneras, ó con redes en los remansos de la marea, ó con horquillas en alta mar. Para pescar de este segundo modo, no usan de otra embarcacion que de una simple balsa compuesta de tres, cinco ó siete leños clavados con estacas y bien atados, de los cuales el de en medio, que sobresale mas por ser mas largo, sirve de proa. La madera de que se hacen estas balsas por ser mas ligera, es la del corcho de que hemos hablado. En cada una de ellas se colocan segun su tamaño dos ó tres hombres y se alejan cuatro ó cinco millas de la costa, sin temor á las elevadas olas del mar Pacífico, las cuales parece que á veces los suben hasta las nubes y á veces los sepultan en el fondo del mar. La pesca mas abundante se hace en el puerto de la Magdalena.

A mas del arco y la flecha usan para la guerra dardos ó lanzas pequeñas, las cuales son bastones aguzados y endurecidos al fuego. Entre los indios que habitan desde los 31° hácia el N. se hallan armas de otra clase para herir de cerca, pero todas de madera. La primera es un mazo formado de una pieza con su mango, semejante en la forma á una veleta; la segunda es á manera de hacha de leñador, tambien de una pieza con el mango, y la tercera tiene la figura de una pequeña cimitarra: en esto se ve que los hombres suelen ser mas ingeniosos para solicitar el mal ajeno que para procurarse sus propias comodidades.

Cuando los californios eran aun gentiles tenian frecuentes guerras, ya entre dos naciones diversas, ya entre dos ó mas tribus de una misma nacion. El motivo solia ser alguna injuria hecha á un particular, ó algun perjuicio causado á una tribu por haber ido otra á pescar, cazar ó recoger fruta en los lugares frecuentados por la primera. Antes de llegar á las manos se dirigian recíprocamente grandes amenazas para amedrentarse. Su modo de combatir era, poco mas ó menos, el mismo que se usa comunmente entre las otras naciones salvajes del mundo, esto es, con aullidos espantosos, con mas furia que valor, y sin órden alguno, á excepcion del que observaban en ponerse sucesivamente á la frente del ejército, cuando á la vanguardia la fatigaba el cansancio ó le faltaban flechas. Al cristianismo deben, entre otros beneficios, el de la paz, y el de la caridad que los ha unido en Jesucristo, haciendo desaparecer del todo sus antiguas discordias.

§ XXII.

FIESTAS Y PREEMINENCIAS.

En tiempo de paz, á mas de ejercitarse en la caza y en la pesca se divertian en bailes, en luchas y en carreras. Hablando de sus bailes, se explica del modo siguiente el padre Salvatierra, célebre fundador de aquellas misiones: "Habiamos " pasado la fiesta de la Natividad del Señor con " mucho consuelo y devocion, tanto por nuestra " parte como por la de los indios, entre los cua- " les intervinieron algunos centenares de catecú- " menos. Los niños cristianos hicieron sus bai- " les, de que tienen mas de treinta clases, todos " figurados, representando la caza, la guerra, la " pesca, sus viajes, sus sepulturas y otras cosas " semejantes. Causaba mucho gusto el ver á un " niñito de tres ó cuatro años que se gloriaba " de hacer su deber en el baile." Hacian estos bailes para celebrar sus matrimonios, el nacimiento de sus hijos, su buen éxito en la caza, en la pesca y en la cosecha de las frutas, ó la victoria alcanzada contra sus enemigos. Estas diversio-

nes no eran ni muy frecuentes ni muy solemnes sino en la alegre estacion de las pitahayas, la cual, como dice el citado misionero, era su carnaval, pues en ella salian fuera de sí de contento. Solian convidar á otras tribus para estas fiestas y desafiarlas á la lucha y á la carrera.

Una de las fiestas mas célebres de los californios era la distribucion de las pieles de ciervo que anualmente hacian los cochimíes. En el dia prefijado se reunian varias tribus confinantes en un lugar determinado, llevando cada uno las pieles de todos los ciervos que habian matado en aquel año. Hacian allí un gran emparrado circular, abrian una calle que terminaba en él, y la entapizaban con todas aquellas pieles. Dentro de la cabaña se les daba á los principales cazadores la caza y fruta que se tenian preparadas, y después de haber comido, fumaban, segun costumbre, tabaco silvestre en cañas. Un *guama*, esto es, uno de sus charlatanes, sentándose en la entrada del emparrado, publicaba con gritos espantosos las alabanzas de los cazadores, y entre tanto los indios corrian por la calle entapizada, y las indias cantaban y bailaban en ella del uno al otro lado. Luego que el *guama* cansado cesaba de gritar, cesaba tambien la carrera. Entonces los principales, saliendo del emparrado, distribuian las pieles entre las mujeres con gran júbilo de todos, y señaladamente de las mismas mujeres, las cuales, no teniendo otra cosa con que cubrir sus espaldas, apreciaban aquellas pieles como un don venido del cielo.

Al oir decir *los principales*, no debe pensarse que entre los californios hubiese alguna superioridad de gobierno ó alguna preeminencia de nobleza. Ni las naciones ni las tribus estaban sujetas á ningun jefe ó superior, ni distinguian aquellos diferentes grados que resultan del nacimiento, de los empleos ó de las riquezas. La uniformidad de la lengua era la única que unia las diversas tribus de cada nacion, y la razon de consanguinidad y de afinidad era la que hacia vivir juntas á las diferentes familias de cada tribu. Entre los californios eran principales aquellos que por su valor ó por su habilidad se daban á temer y á respetar. Estos hacian de generales en la guerra ó de conductores en la pesca y en la caza, y á ellos les dejaban los otros el cuidado de señalar dia y lugar para tales expediciones. Por lo demás no reconocian otra superioridad sino la que por naturaleza tiene cada padre en su respectiva familia.

La autoridad de los maridos era ilimitada, especialmente entre los pericúes, que usaban la poligamia. Tenian cuantas mujeres querian, y tanto mas cuanto que la multitud de ellas, lejos de serles dispendiosa, les era útil, porque sobre las pobres mujeres pesaba la obligacion de buscar la fruta y semillas comestibles para sus maridos, de preparar los alimentos, y de todos los otros oficios domésticos, miéntras aquellos se divertian en bailes ó en otros ejercicios de su gusto. La fortuna de las mujeres dependia del capricho de los maridos, los cuales las repudiaban cuando les parecia, y la que una vez era repudiada, no hallaba fácilmente quien quisiese tomarla por mujer. Así pues, por el temor de verse sujetas á esta desgracia, eran muy solícitas en complacer á sus maridos, y siempre estaban en competencia, procurando llevarles la fruta mas sabrosa y en mayor cantidad. Increible parece que en un país en donde en aquel tiempo el número de mujeres excedia mucho al de los hombres, se haya disminuido de tal suerte, que hoy se ven muchos obligados á permanecer célibes ó á ir á buscar mujer á otra parte, como después diremos. Los pericúes, tanto en este como en otros puntos, fueron los mas desmoralizados, y aun hoy son los menos dóciles y pacíficos.

Entre las otras naciones de aquella península era rara la poligamia, y casi todos se contentaban con una sola mujer. Sus costumbres eran mas honestas, lo que en gran parte dependia de lo penoso de su vida.

§ XXIII.

MATRIMONIOS.

El modo de celebrar los matrimonios no era en todas partes el mismo. Entre los guaicuras el que pretendia casarse enviaba á la jóven una batea de aquellas que se usaban para limpiar y tostar las semillas comestibles; si ella aceptaba, correspondia el obsequio con una red, y en la mutua remision y aceptacion de estos dones consistia el contrato matrimonial. Entre las otras naciones se hacia el convenio después de un gran baile, al que era convidada toda la tribu del que queria casarse. La viuda entre los californios se casaba segun el uso de los hebreos con el hermano ó con el pariente mas próximo del difunto marido. El adulterio cometido sin consentimiento del marido se tenia por grave delito y por una injuria que jamás se dejaba sin venganza, y solia ocasionar guerras sangrientas; pero si los interesados se desafiaban á la lucha ó á la carrera, la mujer del vencido solia ser el premio del vencedor.

El amor que profesaban á sus hijos no era tan tierno que á veces no hiciesen perecer á aquellos á quienes no podian alimentar.[1] Pero luego que los misioneros supieron el motivo de semejante inhumanidad, dispusieron que en la distribucion del sustento diario que se hacia entre los neófitos y catecúmenos, se diese racion doble á las mujeres que la necesitaban por tener hijos. Tambien

1 Era todavía mas bárbara la inhumanidad que se usaba en Polonia en el siglo XIII. Alberto el Grande fué mandado de nuncio á aquel reino para abolir la bárbara costumbre de matar á los niños que nacian imperfectos y á los viejos inválidos. *Fleuri*. Hist. Eccl. lib. 84, año de 1260.

eran muy frecuentes los abortos procurados de intento, especialmente por las mujeres primerizas, porque creian que el primer hijo era de ordinario débil y enfermizo. Esto lo hacian sin embozo alguno, pues el uso ó el ejemplo llegan muchas veces á sofocar los sentimientos de la naturaleza, señaladamente entre las naciones bárbaras.

En la California no estuvo en uso aquella extravagancia comun á muchos pueblos barbaros de ambos continentes, de acostarse el marido en vez de su mujer cuando esta paria.[1] Lo que sí sucedia con frecuencia era, que no llevando aquellas mujeres la cuenta del tiempo de su preñez, solia llegarles el término de ella cuando se hallaban en el bosque recogiendo fruta, y pariendo allí, volvian inmediatamente á su residencia ordinaria á ponerse en reposo.

Como no tenian lienzos con que cubrir á sus hijos, les barnizaban los tiernos cuerpecillos con carbon molido y orina fresca, para defenderlos de algun modo de la intemperie del aire. Y no era este el único uso que hacian de la orina, pues las mujeres se lavaban, y aun se lavan con ella la cara, imitando en parte el ejemplo de los antiguos celtíberos.[2]

Hácia los 31° se halló pocos años ha otro modo mas extravagante de defender á los niños del aire. Hacen en la arena un hoyo proporcionado y le calientan encendiendo fuego dentro de él; le sacan despues el fuego, y cuando se ha entibiado el calor, sepultan al niño hasta el cuello. Los misioneros se han empeñado en extirpar este uso, peligroso por tantos motivos.

Son varios los modos con que las mujeres traen á sus hijos. Las pericúes los traen á cuestas en una batea ovalada, semejante á la que les sirve para limpiar las semillas comestibles, pero mas profunda, á fin de que el niño pueda estar en ella con mas comodidad. En el resto de la California usan para esto las madres de una red que pendiente de la frente llevan sobre la espalda; y para que los tiernos miembros de los niños no se lastimen con los hilos de la red, ponen en ellas yerbas, ó pieles de liebre ó de conejo. En algunas partes acostumbran traer la red pendiente de un baston, que con la mano sostienen sobre un hombro,[3] y cuando quieren dar de mamar al niño clavan en el suelo el baston, dejando colgadas en él la red y la criatura. Cuando este es un poco grande, le lleva la madre en brazos, y cuando tiene ya dos ó tres años le lleva á la espalda teniéndole ella los piés, asiéndose él del pelo de esta. No es raro ver que una madre lleve juntamente con su ajuar un hijo á la espalda, otro en la red y otro mas grande de la mano.

Cuando los niños llegaban á cierta edad, les agujeraban las orejas y el cartílago de la nariz para ponerles pendientes, lo cual se hacia en un gran baile á que asistia toda la parentela, á fin de que el ruido impidiese que se oyera el llanto causado por el dolor de la operacion.

1 Diódoro Sículo hablando en el libro 5 de un pueblo de la Europa, ya culta entonces, dice: Mulieris exixae nulla in puerperio cura geritur, sed maritus ejus velut aeger et corpus male affectum habens, puerperae vice per certos dies decumbit. En la Historia española de la California se asegura que este uso es comun en aquella península; pero esto es falso.

2 Urina totum corpus perluunt, adeoque dentes etiam fricant. Diod. Sic. lib. 5.

3 En la Historia española de la California, se atribuye á todas las mujeres de aquella península la costumbre de llevar á sus hijos en la red pendiente del baston; pero no era así, pues esto solo se usaba en algunos lugares.

§ XXIV.

RELIGION Y DOGMAS.

En cuanto á la religion, artículo esencial en la historia, poco es lo que podemos decir, porque casi no la habia entre los californios. No tenian templos, altares, simulacros, sacerdotes ni sacrificios, y por tanto no se halló entre ellos ningun vestigio de idolatría, ó de culto externo á la Divinidad. Tenian sin embargo alguna idea de un Ser Supremo, creador del mundo, pero tan oscurecida y confusa como en otros pueblos bárbaros, y desfigurada con mil despropósitos, necedades y puerilidades. De sus dogmas y de su supersticion diremos aquí lo que despues de diligentes pesquisas han referido algunos graves y doctos misioneros.

Los pericúes decian que en el cielo habitaba un gran señor, llamado en aquella lengua *Niparaja;* que este habia hecho el cielo, la tierra y el mar, y que podia hacer todo cuanto quisiese. Este señor, añadian, tiene una mujer llamada *Anajicojondi*, y aunque no ha usado de ella por carecer de cuerpo, sin embargo, tiene en ella tres hijos. Uno de estos, llamado *Cuajaip*, fué engendrado por *Anacojondi* en los montes de *Acaragui*, fué verdadero hombre y vivió mucho tiempo entre nuestros mayores para doctrinarlos. Fué poderoso y tuvo mucha gente bajo su mando, porque siempre que queria entraba debajo de la tierra, y de allí sacaba hombres; mas estos ingratos, despreciando tantos beneficios que de él habian recibido, se conjuraron contra él y le mataron, y al darle la muerte le atravesaron la cabeza con un ruedo de espinas. Así explicaban aquellos bárbaros su creencia.

Añadian que en el cielo, el cual está mas poblado que la tierra, hubo en otro tiempo una guerra espantosa, porque un gran personaje de aquel país llamado por unos *Tuparán* y por otros *Bac*, se conjuró con todos los suyos contra el supremo *Niparaja;* pero este, habiendo quedado vencedor en la guerra, despues de haberle quitado á Tuparán las pitahayas y todas las otras frutas deliciosas que tenia, le arrojó del cielo con todos sus

secuaces, le aprisionó en una cueva próxima al mar, y crió las ballenas para que le hiciesen guardia y no le dejasen salir de allí. Decian tambien que Niparaja no queria la guerra, y por lo contrario la apetecia Tuparán; por este motivo los que morian flechados no iban al cielo, sino á la cueva de Tuparán.[1] De estas doctrinas nacieron en el país de los pericúes dos sectas ó facciones opuestas, tanto en sus opiniones como en sus costumbres. Los sectarios de Niparaja eran por lo general graves, circunspectos y dóciles á la razon, y así no fué difícil á los misioneros persuadirlos de las verdades evangélicas, prevaliéndose de sus falsos dogmas. Los que seguian á Tuparán eran embusteros, falsos, inquietos y obstinados en sus errores. Estos decian que las estrellas, las cuales en su concepto eran de metal, habian sido creadas por un númen llamado *Purutahui* y la luna por otro llamado *Cucunumic*.

Los guaicuras, que como hemos dicho, están divididos en varias ramas de diferentes dialectos, decian que hácia el Norte habia un espíritu principal llamado *Guamongo*, el cual mandaba á la tierra las enfermedades, y que antiguamente habia enviado á ella otro espíritu llamado *Gujiaqui*, con el fin de que la visitase en su nombre; que en su viaje por aquella península anduvo sembrando pitahayas y disponiendo los lugares de la pesca hasta una grande peña que hay en la costa oriental junto á un puerto llamado después *Puerto escondido*, en donde se encerró por algun tiempo: que era servido por otros espíritus inferiores, los cuales le llevaban diariamente buenas pitahayas y peces para que comiese, mientras se ocupaba en hacer con los cabellos que sus devotos le presentaban, las capas, de que después hablaremos, para los doctores ó charlatanes de la California; que de allí salió á continuar la visita de la península, y concluida volvió al país setentrional de donde habia venido. Afirmaban tambien los doctores guaicuras que el sol, la luna y los otros astros aparentemente mas grandes, eran hombres y mujeres, los cuales todos los dias al ponerse caian en el mar y salian de él al dia siguiente á nado, y que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltas á encender después de ser apagadas en la agua del mar.[2]

Los cochimíes decian que en el cielo habitaba un gran señor, cuyo nombre en aquella lengua significa *el que vive;* que este, sin concurso de ninguna mujer, tenia un hijo con dos nombres, uno de los cuales significa *el veloz* y el otro *la perfeccion ó término del barro*, y que además habia otro personaje llamado *el que hace señores*. A todos estos tres daban el título de señor; pero preguntados cuántos señores habia, respondian que uno solo, el cual crió el cielo, la tierra, las plantas, los animales, el hombre y la mujer. Decian tambien que habiendo criado el que vive ciertos seres invisibles, se conjuraron estos contra él y se declararon enemigos de los hombres, y que estos espíritus, á quienes llamaban *mentirosos* y *engañadores*, cogian á los hombres cuando morian y los metian debajo de la tierra para que no viesen al Señor que vive.

Los cochimíes, que habitan mas allá de los 30°, hacian mencion de un hombre que en el tiempo antiguo vino del cielo á beneficiar á los hombres, y por esto le llamaban *Tamá ambei ucambi tevichi*, esto es, el hombre venido del cielo; pero no sabian decir qué beneficios habia hecho á los hombres, ni le daban ningun culto. Es verdad que celebraban una fiesta llamada *del hombre venido del cielo;* pero esta, lejos de contener algun acto religioso, se reducia toda á gozar de los placeres comiendo y bailando. Algunos dias antes de la fiesta se les encargaba estrechamente á las mujeres que solicitasen por todas partes las cosas que servian de manjares, para regalar, como ellos decian, á aquel númen que debia venir á visitarlos, y toda esta provision se guardaba en un emparrado construido con este fin. Llegado el dia señalado para la fiesta, escogian un jóven que debia representar el personaje de aquel númen, y le vestian secretamente de pieles después de haberle pintado con varios colores para que no fuese conocido. Este se escondia en algun monte cercano al emparrado, en el cual entraban los hombres á esperarle, quedándose lejos las mujeres y los niños, aunque á vista del emparrado y del monte. El jóven disfrazado, cuando llegaba la hora de dejarse ver, aparecia en la cima del monte y desde allí descendia corriendo velocísimamente hasta el emparrado, en el cual era recibido con mucho júbilo. Allí comian alegremente á costa de las pobres mujeres, que no sabiendo el secreto, quedaban firmemente persuadidas de que era cierto lo que fingian sus embusteros maridos. Acabada la comida se volvia por el mismo camino y desaparecia el pretendido númen.

De un engaño semejante y con el mismo fin se valian los cochimíes en el aniversario de sus muertos. Fingian que estos residian en los países setentrionales, y venian cada año á hacerles una visita. Conviniéndose los hombres en el dia de la tal visita, obligaban á las mujeres aun amenazándolas con enfermedades, á que buscasen en el bosque y en el campo una gran cantidad de víveres para regalar á los difuntos. El dia señalado para el aniversario, los hombres reunidos en un emparrado comian toda aquella provision, mientras las mujeres y los niños, distantes de aquel lugar, lloraban abundantemente la muerte de sus parien-

1 Este dogma de los pericúes era diametralmente opuesto al de los mejicanos, del que hemos hecho mencion en el libro 6.° de la Historia de Méjico, pues estos decian que los que morian en la guerra iban á la casa del sol.

2 Los guaicuras, careciendo de voz propia para significar el cielo, se valian de la voz *notú*, que significa arriba ó en lo alto.

tes, para cuya comida se habian fatigado tanto. Los hombres cuidaban tanto de que aquel misterio estuviese oculto á las mujeres, que un jóven por haberle revelado á su madre, fué muerto inmediatamente por su mismo padre.

No puede dejar de causar admiracion el hallar en los dogmas de los bárbaros californios tantas señales, aunque desfiguradas, de las verdades cristianas. Podria sospecharse que fueron instruidos en ellas por algunos cristianos, porque en los cincuenta años que precedieron á la entrada de los jesuítas en la península, abordaron á ella muchas embarcaciones de Méjico y de otras partes; pero ninguno permaneció allí el tiempo necesario para aprender alguna de aquellas difíciles lenguas, y los mismos californios, preguntados acerca del orígen de su doctrina, afirmaban constantemente que la habian recibido de sus antepasados. Además, si algun cristiano les hubiera enseñado los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, seguramente no hubiera dejado de instruirlos en la necesidad del bautismo; pero de esto no se halló ni vestigio ni noticia alguna en toda la península. Yo como historiador, me limito á referir los hechos ciertos, dejando á otros la libertad de formar conjeturas.

§ XXV.

GUAMAS Ó CHARLATANES Y SU AUTORIDAD.

Los principales propagadores de estas doctrinas eran ciertos charlatanes que entre los pericúes tenian, segun su secta, el nombre de *Niparaja* ó el de *Tuparán;* entre los guaicuras el de *Dicuinocho* y entre los cochimíes el de *Guama*, que nosotros les daremos. Estos hacian de doctores enseñando los dogmas á los niños; de médicos aplicando remedios á los enfermos, y de adivinos fingiéndose inspirados del cielo y confidentes de los espíritus. Algunos los han honrado con el nombre de sacerdotes, otros los han infamado con el de brujos, pero ciertamente no eran ni uno ni otro. No sacerdotes porque no hay sacerdocio donde no hay culto de la Divinidad ni ejercicio alguno de religion; no brujos porque en virtud de los informes dados por los misioneros mas hábiles, se sabe que no tenian comercio alguno con el demonio, aunque por su propio interés fingian tenerle. Sin embargo, eran muy embusteros y malvados, y opusieron grande resistencia á la introduccion del Evangelio.

Estos guamas ó charlatanes escogian entre los niños aquellos que les parecian mas astutos é idóneos para tal oficio, y llevándolos á los lugares mas recónditos de los bosques, los iban adestrando en sus misterios, y especialmente en hacer en ciertas tablitas algunas figuras misteriosas, que fingian ser copias de las que, segun decian, les habia dejado al retirarse el espíritu visitador. Estas tablitas eran los libros en que fingian leer la naturaleza de las enfermedades, los remedios á ellas convenientes, las futuras mutaciones del aire y aun el destino de los hombres. Cuidaban tanto del secreto de tales instrucciones y le recomendaban tanto á sus discípulos, que los misioneros no pudieron saberle hasta pasados algunos años.

Cuando se enfermaba algun californio era llamado luego el guama, el cual para curarle se valia de emplastros de yerbas ó de unciones de algun zumo, y si el enfermo tenia alguna hija ó hermana, hacia á esta una incision en el dedo pequeño y la obligaba á echar sobre el cuerpo del enfermo las gotas de su sangre; pero el remedio mas comun y que ponderaban como mas eficaz, eran los zahumerios de tabaco hechos con una caña aplicada al miembro enfermo. Usaban tambien de esta caña para extraer, segun decian, con el alimento el mal del cuerpo, y si este medio no producia buen efecto, procuraban extraerle por fuerza con las manos, metiendo los dedos en la boca del enfermo. El remedio de la caña se aplicaba tambien, á peticion del enfermo, por todos sus parientes, los cuales eran convocados por el guama. Cuando estos desesperaban de la salud del enfermo se colocaban junto á él y prorumpian en llanto y alaridos, y si le veian adormecido le daban golpes en la cabeza para dispertarle y restituirle á la vida.

Si el enfermo, despuées de ser de esta suerte auxiliado por los huamas y por sus parientes, llegaba por fin á morir, era mayor el llanto y mas grandes las exclamaciones, principalmente entre las mujeres guaicuras, las cuales acostumbraban golpearse furiosamente la cabeza. Fué necesario que los misioneros aplicasen una vigilancia particular para impedir aquellas bárbaras demostraciones de dolor, que las indias no dejaron de usatan presto ni aun despues de bautizadas.

Luego que moria el enfermo se procedia sin ningun aparato al funeral, el cual se hacia indiferentemente segun les era mas cómodo, ó sepultando el cadáver ó quemándole, sin esperar á asegurarse de que estuviese verdaderamente muerto. Un bárbaro á quien iban á quemar vivo fué libertado por el padre Salvatierra, el cual oyendo el rumor que hacian aquellos gentiles en un funeral y acercándose á él, observó en el pretendido cadáver algunas señales de vida, por cuyo motivo le sacó del fuego en que ya comenzaba á arder, y consiguió restablecerle y sanarle, vituperando á aquellos bárbaros su inhumanidad. Solian honrar la memoria de algunos difuntos colocando en la extremidad de una alta garrocha su figura groseramente formada de ramas, junto á la cual se ponia un guama á predicar sus alabanzas.

Los guamas para darse á respetar y temer se valian de promesas y amenazas. Prometian muchos bienes y grande felicidad á los que les tributaban la mejor fruta y lo mas escogido de la caza y de la pesca, y al contrario, amenazaban con en-

fermedades y otras desgracias á los que omitian aquel homenaje ó no sabian darles gusto. En las fiestas públicas á que concurrian mas tribus de una nacion, se presentaban los guamas en traje de ceremonia, el cual consistia en una gran capa que les cubria desde la cabeza hasta los piés, y hecha toda de cabellos que recibian de sus discípulos y de sus enfermos, pues sanasen ó muriesen estos, el médico siempre se pagaba con sus cabellos. Además de la capa, llevaban en la cabeza un penacho de plumas de gavilan y en las manos un abanico de lo mismo. Los guamas pericúes solian llevar en vez de penacho una corona hecha de colas de ciervo, y los cochimíes llevaban además dos hilos de pesuñas de ciervo en la cintura.

A ellos les tocaba dar principio á la fiesta fumando tabaco en una caña de piedra llamada *chacuaco* por los españoles de aquel país. Luego que el guama tenia algo perturbada la cabeza con el humo, comenzaba, á manera de hombre inspirado, su predicacion sobre los dogmas, con visajes y gestos extravagantes y acciones descompuestas. De la exposicion de su doctrina pasaba al panegírico de sus parciales, esto es, de aquellos que eran mas liberales para con él, y á dirigir invectivas contra los que no habian procurado llevarle la mejor fruta; y no contento con vituperales á estos sus defectos, les imponia penitencias, de las cuales era la mas comun la del ayuno, amenazándolos con grandes desgracias si no las cumplian. A estas penas solian sujetarse no solamente los particulares, sino hasta tribus enteras. No pocas veces en castigo de semejantes pecados se les obligaba á abrir algun camino en el monte, para que pudiese descender con mas comodidad el espíritu visitador, y á formar en él á ciertas distancias algunos montones de piedras en que descansase. Tal vez mandaba á alguno que se precipitase de la cima de una montaña, y era sin falta obedecido ó de grado ó por fuerza; tanta era la autoridad de estos impostores sobre aquellos bárbaros.

Entre sus instrucciones supersticiosas enseñaban que no debia matarse un leon, porque el leon muerto haria morir al que le mataba; que el que mataba á un ciervo no debia probar su carne, porque si la probaba no podria después matar otro; que los jóvenes que aun no tenian hijos, si querian tenerlos debian comer carne de liebre; que la suegra no debia mirar á la nuera, porque sin otro motivo se enfermaria de los ojos. Tales eran las instrucciones de aquellos impostores, y tal cual hemos expuesto era el estado de aquella miserable península antes que fuesen predicadas en ella la sublime doctrina y la santa ley de Jesucristo.

LIBRO SEGUNDO.

Tentativas hechas por el conquistador Cortés y por otros muchos para descubrir la California. Empeño de los reyes católicos en que se estableciesen allí algunas colonias. Entrada de los jesuítas en aquella península. Trabajos, necesidades y contradicciones que sufrieron los misioneros. Fundacion de seis misiones hasta el año de 1711. Ordenes estrechas de Felipe V en favor de las misiones. Viajes, empresas y muerte del padre Kino.

Como los californios habian permanecido por el espacio de tantos siglos encerrados en su miserable península, privados de toda comunicacion externa y sepultados en la mas espantosa barbarie, no tuvieron noticia de los otros pueblos de la tierra, ni estos la tuvieron de aquellos hasta el siglo diez y seis en que la sed del oro, que llevó á los europeos á otros países del Nuevo Mundo, los impelió tambien á la California.

§ I.

TENTATIVAS DEL CONQUISTADOR CORTES PARA DESCUBRIR LA CALIFORNIA.

Fernando Cortés, aquel conquistador tan emprendedor y atrevido que ni se cansaba con las fatigas ni se desalentaba por las dificultades, los peligros ó los contratiempos, no contento con las conquistas que habia hecho, aunque grandes y superiores á sus esperanzas, después de haber sojuzgado el vasto imperio de Méjico y apoderádose del ameno y feliz reino de Michoacan, puso sus miras en el descubrimiento de otros países, esperando hallar y conquistar otro Méjico, para extender todavía mas los dominios de su soberano y aumentar su propia gloria y su grandeza.[1]

Con este fin, después de otras inútiles y dispendiosas tentativas hechas en el mar Pacífico, construyó en 1534 y aprestó dos navíos en Tecuantepec, puerto del mismo mar, y los despachó á las órdenes de Diego Becerra de Mendoza, su pariente, y de Fernando de Grijalva. Ambos zarparon juntos; pero desde la primera noche en que se separaron, no volvieron á verse jamás. Grijalva habiendo navegado algunos meses, volvió á Acapulco, sin haber sacado de su expedicion mas fruto que el descubrimiento de una isla desierta. Becerra fué mas desgraciado, porque el piloto del navío, que era un vizcaino llamado Ordoño Jimenez, no pudiendo tolerarle su dureza y demasiada altivez, le mató dormido, hirió á

1 Cortés en carta de 15 de octubre de 1524 le dice al emperador Cárlos V que esperaba descubrir *países muy ricos y grandes*, y aun mayores que todos cuantos hasta entonces habian sido conocidos por los españoles.

otros que podian vengarle y ayudado de sus partidarios se apoderó del navío. Después para evitar el castigo merecido, habiendo desembarcado en la costa de la Nueva España á dos religiosos franciscanos y á los heridos, á quienes no les quitó la vida por la mediacion de los mismos religiosos, huyó, y dirigiéndose hácia el Noroeste abordó á un puerto de la California que fué llamado *el Seno de la Cruz*. El fué el primer europeo que saltó en tierra en aquella península; pero en ella pagó sus maldades, pues junto con otros veinte españoles perdió la vida á manos de los bárbaros. Los que escaparon la vida en el navío levaron anclas, y atravesando el golfo, llegaron á Chiametla, puerto de la Nueva Vizcaya, trayendo noticias, aunque falsas, de que la tierra que habian descubierto era buena y bien poblada. El navío fué saqueado por el malvado Nuño de Guzman, que entonces hacia de conquistador de aquellos países, y era enemigo declarado de los conquistadores de Méjico, especialmente de Cortés.

Este, á pesar del éxito desgraciado de aquella y otras expediciones, aprestó otros tres navíos en Tecuantepec y de allí los despachó á Chiametla, á donde marchó él mismo, no queriendo confiar á otro aquella empresa, llevando consigo muchos soldados para conquistar nuevos países, algunas familias para poblarlos y varios religiosos para plantar el cristianismo. Habiendo hecho reparar allí el navío saqueado anteriormente por su rival Guzman, se embarcó con la mayor parte de la gente, y atravesando el golfo de la California, que entonces comenzó á llamarse *Mar de Cortés*, llegó el dia 1º de mayo de 1536 al mismo puerto en donde fué muerto Jimenez con los otros españoles. Luego que abordó allí volvió tres navíos para que condujesen la gente y víveres que habia dejado en Chiametla; pero cuando ya volvian cargados fueron dispersados por una furiosa borrasca y solo uno pudo llegar, aunque sin provisiones, al puerto de la Cruz. Por este motivo Cortés se embarcó de nuevo para ir á buscar los otros navíos, y después de haber corrido cincuenta leguas, los halló detenidos en seco; hízolos sacar de allí, y habiéndolos reparado, volvió con ellos al puerto de la Cruz, en donde algunas personas habian ya muerto de hambre, y después que llegaron los víveres murieron otras de hartura, á pesar de las precauciones tomadas por aquel prudente general. Contristado este con tantas desgracias, volvió á salir á reconocer otros países de la península, dejando en aquel fatal puerto la mayor parte de la gente á las órdenes del capitan Francisco de Ulloa. Entonces fué cuando descubrió junto al cabo de San Lúcas un puerto que llamó *California*, cuyo nombre se hizo después extensivo á toda la península.

En este tiempo se habian esparcido en Méjico rumores de la muerte de Cortés, por la cual se temia que los mejicanos se sublevasen. Por este motivo y porque le pedia auxilio Pizarro, conquistador del Perú, que se hallaba necesitado de gente y armas, fué llamado por el virey, por la audiencia de Méjico y por su esposa la marquesa del Valle, que le escribieron cartas muy urgentes. No disgustó á Cortés el tener este pretexto decoroso para abandonar sin mengua de su honor una empresa en que habia gastado infructuosamente doscientos mil pesos. Volvió pues á Acapulco á principios de 1537 para pasar á Méjico, y no tardó mucho en seguirle el capitan Ulloa con toda la gente que habia quedado en la California, la que no podia absolutamente subsistir allí por falta de víveres.

Mas Cortés, no desalentándose con tantas desgracias ni embarazándose con las muchas y graves ocupaciones que entonces tenia en Méjico, volvió á despachar en mayo del mismo año otros tres navíos á las órdenes de Ulloa. Este consumió un año en el viaje, observó toda la costa del golfo de California, y costeó de uno y otro lado toda la península, hasta que por falta de provisiones se vió obligado á regresar á la Nueva España. Esta navegacion hizo conocer claramente que la California era una verdadera península, y así se representó en las cartas geográficas de aquel siglo;[1] aunque en los tiempos posteriores estuvieron los geógrafos imbuidos, no sé por qué, en el error de tenerla por isla.

No hizo ya Cortés nuevas tentativas, porque habiéndose suscitado graves disgustos entre él y el virey, que queria restringirle el uso de la autoridad y gracias que le habia concedido el soberano en premio de sus relevantes servicios, tuvo que volver á España, en donde después de algunos años de molestas é infructuosas pretensiones y de no merecidos desaires, murió en 1547.

§ II.

TENTATIVAS QUE HIZO EL VIREY ESTIMULADO POR CIERTAS RELACIONES.

Cuando Ulloa hacia por órden de Cortés el descubrimiento de la California, apareció en Méjico el famoso Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca con sus tres compañeros, que habiendo naufragado en 1527 en la costa de la Florida, después de una larga y rara peregrinacion de diez años entre naciones bárbaras y desconocidas, llegaron á Culiacan, y de allí á Méjico en 1537. Estos, entre las muchas cosas curiosas que contaban de los países por donde habian andado, decian que en el golfo de California habia abundancia de perlas. Al mismo tiempo un religioso fidedigno que habia hecho un viaje dilatado por los países setentrio-

1 He visto entre otras cartas una delineada en 1541 por Domingo del Castillo, en la cual se representa la California unida al continente de la América, y está bien situada la embocadura del rio Colorado. Esta carta se imprimió en Méjico en 1770 y tengo de ella una copia.

nales, hallándose de vuelta en Méjico, contó (mas bien por lo que le habian dicho que por lo que por sí mismo habia visto) que en aquellos países habia ciudades muy grandes y reinos muy ricos.

El virey, movido por estas relaciones y deseoso de superar en la gloria de las conquistas á Cortés, á quien pertenecia la superintendencia del mar Pacífico, segun el convenio hecho con el rey católico, hizo salir en 1538 dos armadas, una por tierra á las órdenes de Francisco Velazquez Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, y otra por mar encomendada á Francisco de Alarcon, familiar suyo, con órden de unirse en algun puerto del Pacífico á los 36°; pero ni las armadas se reunieron jamás ni hicieron cosa digna de memoria. Alarcon tuvo con los bárbaros una conferencia curiosa que puede verse en la relacion que escribió él mismo, y publicó después Ramucio. Coronado con mas de mil hombres escogidos se encaminó por Culiacan, Sinaloa y Sonora á los países de *Cibola y Tiguex*, y algunos de la division se internaron hasta *Quivira*, poblacion situada, segun ellos dijeron, á los 40°; pero no habiendo visto ni esta gran ciudad ni las riquezas que se decian, se vieron obligados por las intolerables fatigas y molestias de aquel larguísimo viaje, á volver á Méjico sin haber sacado ningun fruto.

En el entretanto Pedro de Alvarado, gobernador opulentísimo de Guatemala, antes compañero y amigo de Cortés en la conquista de Mejico y después émulo de su gloria, queriendo hacer tambien descubrimientos en aquel mar, habia equipado á mucha costa una gran flota compuesta de doce navíos y otros buques menores, y con ella habia venido al puerto de la Purificacion en la Nueva Galicia. En esta ocasion se le presentó al virey la de atraerle á su partido, como queria, comprometiéndose los dos á sostenerse mutuamente; pero con la desgraciada muerte del gobernador, acaecida en 1541, se dispersó la flota y se redujo á humo toda aquella grande empresa. El virey, no desalentado por esto, despachó en 1542 dos de aquellos navíos al mando de Juan Rodriguez Cabrillo, portugués honrado, valiente y práctico en la marina, ordenándole que observase la costa occidental de la California, y de allí continuase su navegacion hasta hallar por aquel rumbo el término del continente de la América. Habiendo salido Cabrillo del puerto de la Navidad en la Nueva Galicia, pasó al de la Magdalena en la California, y después de hacer reconocido varios puertos y cabos, vió á los 40° algunos montes cubiertos de nieve, y mas adelante descubrió un cabo que llamó *Mendocino* en honor del virey don Antonio de Mendoza. En enero de 1543 llegó al cabo de la Fortuna, y finalmente, en marzo subió hasta los 44° de latitud, en donde todos experimentaron mucho frio. Este fué el término de aquella navegacion, porque no hallándose los navíos en estado de continuarla y comenzando á faltarles las provisiones, se vieron precisados á volver al puerto de la Navidad, de donde habian salido diez meses antes.

§ III.

EXPEDICIONES ORDENADAS POR LOS REYES FELIPE II Y FELIPE III.

Ningunas tentativas sobre la California se hicieron en los cincuenta años siguientes; pero en este intervalo Francisco Drake, célebre corsario inglés, abordó á la parte setentrional de la península y le puso el nombre de *Nueva Albion*, que retuvo por algun tiempo en las cartas geograficas. Las hostilidades que este atrevido corsario hizo en las poco pobladas é indefensas costas del mar Pacífico, movieron á Felipe II á dar órden al conde de Monterey, virey de Méjico, de que hiciese poblar y fortificar los puertos de la California. Fué nombrado por el rey para esta expedicion Sebastian Vizcaino, hombre de mucho mérito, que á la afabilidad de genio unia la prudencia el, valor y la pericia naval. Acompañado este de cuatro religiosos franciscanos y de un gran número de buenos soldados, partió de Acapulco en 1596, llevando tres navíos bien provistos de todo lo necesario. Después de haber arribado á algunos lugares de la costa interior de la California y de haberlos abandonado luego por la esterilidad de su terreno, anclaron finalmente en un puerto situado á los 23° 30' ó poco mas, al cual le dieron el nombre de la *Paz* porque en él fueron recibidos pacíficamente por los indios. Habiendo desembarcado allí, construyeron algunas cabañas para su habitacion, y entre ellas una mas grande para que sirviese de iglesia, en la cual se comenzó desde luego á celebrar la santa misa, á que asistian algunas veces los bárbaros llenos de admiracion. Estos se acercaban sin temor á los españoles y les traian pescado, fruta y aun algunas perlas. Los religiosos procuraron irlos disponiendo al cristianismo dándoles buen ejemplo, manifestándoles benevolencia, acariciando á los chiquillos y regalándoles cuentas de vidrio y otras cosas semejantes que aprecian mucho los bárbaros; pero como en solos dos meses que allí estuvieron no era posible que aprendiesen la lengua del país, no sacaron el fruto que podia esperarse de aquella gente tan dócil y tan afectá á ellos. Entre tanto el general de aquella armada queriendo tener conocimiento de toda la costa que corre desde el puerto de la Paz hácia el Noroeste, hizo salir uno de sus navíos á reconocerla, ordenando á los que en él iban que no desembarcasen sino en aquellos lugares en que viesen á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente. Así lo hicieron, navegando como cien leguas á vista de la costa; pero habiendo saltado en tierra cincuenta hombres de los me-

jores de la armada en el último lugar que observaron, perecieron diez y nueve de ellos, parte matados por los indios y parte ahogados al querer tomar la chalupa para volver al navío, que estaba un cuarto de legua mas adentro. De aquí regresaron al puerto de la Paz, en donde hicieron saber al general lo muy estéril que era la costa que habian observado. Viendo este que no podia subsistir allí por falta de víveres, celebró una junta de oficiales, en la cual se resolvió abandonar la empresa de poblar aquellos lugares y volverse á Méjico con toda la gente á darle cuenta al virey del éxito del viaje, como efectivamente se hizo á fines del mismo año.

En 1599 recibió el mismo virey una órden urgente de Felipe III para que á expensas del real erario y sin reparar en los costos, equipase una armada y la mandase á las órdenes del mismo general Vizcaino, no ya á la costa oriental de la California como anteriormente, sino á la occidental. Ejecutado diligentemente por el virey todo lo que la corte le habia prevenido, salió Vizcaino de Acapulco el 5 de mayo de 1602 con dos navíos grandes, una fragata y un barco longo para poder acercarse mas fácilmente á tierra y observarla mejor. Llevó consigo tres carmelitas descalzos, uno de los cuales escribió un largo y minucioso diario de todo el viaje. Llegaron hasta el cabo Blanco de San Sebastian, situado á los 43° de latitud, y como navegaban contra el viento Noroeste, dominante en aquellos mares, é iban deteniéndose en sondear los puertos y reconocer la costa, emplearon nueve meses en un viaje que con viento favorable y sin detenerse en hacer observaciones, habrian concluido en un mes. El general hubiera querido continuar su navegacion hasta descubrir en el estrecho de Anian el término de aquella tierra; pero no le fué posible, porque apenas habia quien gobernase el timon y las velas; todos estaban gravemente enfermos de escorbuto: algunos habian muerto ya, y en los navíos no se oian mas que plegarias al cielo, lamentos y gemidos causados por el vehemente dolor que la gente sufria. Obligados pues á retroceder por la necesidad, recorrieron en pocos dias la costa occidental de la península, y atravesando después la entrada del golfo, entraron en un puerto de las islas de Mazatlan situado á los $22\frac{1}{2}°$, cerca de la provincia de Chiametla, desde donde el general despachó un correo á Méjico dando cuenta al virey del éxito de la expedicion y pidiéndole órdenes acerca de lo que debia hacer. Habiendo desembarcado en aquellas dos islas varios enfermos de la armada, hallaron casualmente la salud en una fruta llamada por los mejicanos *xocohuiztli*,[1] pues no solamente sanaron todos los que comieron de ella, sino que su curacion era tan pronta, que con una ó dos veces que la comiesen se les quitaba la inflamacion de las encías arrojando la sangre dañada, y dentro de muy pocos dias quedaban perfectamente sanos; de modo que habiendo salido de allí por órden del virey, llegaron todos á Acapulco con buena salud. Al contrario, de los que no tuvieron la fortuna de comer de aquella fruta murieron cuarenta y ocho. De aquella molesta y dispendiosa navegacion no se sacó mas provecho que haber descubierto un antiescorbútico tan eficaz, y adquirido un conocimiento mas distinto de la costa occidental de la California.

El general Vizcaino, persuadido de lo útil que seria á la corona la adquisicion de aquella península, ofreció al virey que á sus expensas haria una nueva tentativa. Las ventajas que se esperaban no consistian solamente en la pesca de perlas, de cuya abundancia no se dudaba, y en los metales preciosos que se creia que habria en aquellos montes, sino tambien en que se evitaria que los piratas de las otras naciones de Europa se refugiasen en los puertos de la península como solian hacerlo, para salir de allí á hostilizar las costas y los navíos españoles; y se hallaria un puerto cómodo en que los navíos que vienen de Filipinas á Méjico hallasen auxilios en tan larga y penosa navegacion. Sin embargo, el virey no aceptó la propuesta de Vizcaino, porque temia que la desaprobase la corte, la cual parecia resuelta á tomar la empresa á su cargo. Marchó por tanto Vizcaino hasta la corte, á fin de pedir al rey mismo el permiso que solicitaba; pero habiéndosele negado, volvió pronto á Méjico con propósito de pasar en su casa tranquilamente el resto de sus dias. Mas apenas habia regresado, cuando en 1606 llegó otra nueva órden en que el rey mandaba que se buscase y poblase en la California un puerto cómodo que sirviese de escala á los navíos de Filipinas, encargando la expedicion al mismo Vizcaino, y en caso que este hubiese muerto, al que en el viaje anterior habia sido su teniente. Vizcaino aceptó gustoso la comision, pero murió cuando estaba haciendo los preparativos, y la empresa se abandonó por algunos años á pesar de las órdenes urgentes de la corte.



1 En Michoacan dan á esta fruta el nombre de *tumbirichi*, y los españoles de Méjico, acomodando á la lengua española el nombre mejicano, le llaman *xocuistle*. En Guatemala y en otros países le nombran *piñuela*, porque la planta que la produce tiene las hojas semejantes á las de la piña. Su tallo tiene cosa de tres piés de largo y en él da la fruta formando un racimo como de plátanos pequeños, porque se parece mucho en el tamaño y en la forma á la especie mas pequeña de plátanos, aunque no en el color, pues tiene de una y media á dos pulgadas de magnitud, la pulpa blanca, la corteza del mismo color con algo de rojo, y el gusto de un agridulce no desagradable.

§ IV.

TENTATIVAS QUE ALGUNOS HICIERON A SUS EXPENSAS. VIAJE FABULOSO DEL ALMIRANTE FONTE.

En 1615 el capitan Juan Iturbi obtuvo del virey permiso de ir á sus propias expensas á la California. Uno de los dos navíos que equipó fué robado por un pirata europeo, y con el otro navegó en el golfo hasta la altura de 30°, en donde observó que cuanto mas se avanzaba hácia el N. O. tanto mas se aproximaban una á otra las dos costas, de lo cual podia inferirse la union de la California con el continente. Entre muchas perlas que en su regreso á Méjico trajo, parte pescadas por su órden y parte adquiridas de los californios en cambio de algunas cosas de poco valor, habia una que fué valuada en 4500 pesos. Esto reanimó, tanto en los particulares como en el gobierno, los deseos de que se conquistase y poblase aquella península, y desde entonces comenzaron muchos vecinos de las provincias de Culiacan y Chiametla á frecuentar el golfo en buques menores y á emplearse en el comercio de las perlas haciéndolas pescar y comprándolas á los californios, cuyo comercio enriqueció á algunos, de los cuales merece particular mencion don Antonio de Castillo, vecino de Chiametla. Con motivo de este comercio sufrieron los indios de la California mil vejaciones de parte de aquellos codiciosos pescadores; pero algunas veces supieron vengarse.

Habia algunos que solicitaban del gobierno el permiso de emprender á su propia costa la conquista de la California; pero ninguno le consiguió, á excepcion del capitan Francisco de Ortega, mas afortunado ó mas industrioso que los otros. Se embarcó este en una pequeña fragata en marzo de 1632, saltó en tierra en la península el 2 de mayo, y habiendo reconocido el país comerciando en perlas desde el puerto de San Bernabé hasta el de la Paz, volvió el mes siguiente á un puerto de Sinaloa, y desde allí dió cuenta de su viaje al virey. Parece que no le fué mal en esta negociacion, pues repitió sus viajes en los dos años siguientes con propósito de fundar una poblacion en la península, y con este fin llevó consigo dos sacerdotes que debian emplearse en la conversion de los indios, la cual le pareció muy fácil en atencion á su docilidad; pero al mismo tiempo halló por todas partes tanta esterilidad y tanta escasez de víveres, que se vió obligado á abandonar la empresa. Para vencer estos obstáculos y dar seguridad á los pobladores contra las tentativas de los indios, que habian aborrecido á los españoles á causa de las extorsiones que habian sufrido de los pescadores de perlas, propuso al virey dos proyectos tan oportunos, que si se hubieran puesto en obra, acaso se habria conseguido la empresa de la poblacion. El primero fué que el presidio establecido en Acaponeta, puesto que allí no era ya necesario por hallarse muy tranquilos aquellos pueblos, se trasladase á la California, y el segundo que se formase en Méjico un capital para suministrarles lo necesario á los nuevos pobladores, mientras ellos mismos podian proporcionárselo con la agricultura y las artes de la vida social.

Mas en tanto que Ortega se esforzaba en inclinar al gobierno á la ejecucion de sus proyectos, Estévan Carbonell, que habia sido su piloto en los viajes anteriores, fué facultado por el virey para llevar colonos á la California. Marchó efectivamente para allá, esperando hallar el terreno fértil en la parte setentrional; pero no habiéndole hallado, regresó á Méjico lleno de confusion, aunque por otra parte consolado con la adquisicion de algunas perlas.

Hácia este tiempo colocan varios autores ingleses al famoso viaje del célebre almirante Fonte, hecho, segun dicen, por órdenes del rey de España y de los vireyes de Méjico y del Perú, de Lima á la costa de California, y de allí á la extremidad occidental de la América; pero el tal viaje es una quimera, y la relacion que de él se publicó en Londres, es un tejido de fábulas mal urdidas y del todo insubsistentes, que adoptado inconsideradamente por L'Isle, Buache y otros geógrafos de nombre, ha dado ocasion á no pequeños errores en las cartas de América.

§ V.

NUEVAS ÓRDENES Y TENTATIVAS.

En 1640 el marqués de Villena, virey de Méjico, dió órden á don Luis Cestin de Cañas, gobernador de Sinaloa, para que fuese á reconocer todas las costas de la California é islas vecinas, y consiguió que el provincial de los jesuítas enviase en su compañía un hábil misionero. El motivo de que se repitiesen tantos viajes y á tanta costa, era que en vez de publicar los diarios y cartas geográficas de los primeros descubridores, las mandaban á España, en donde eran sepultadas en algun archivo, y así no podian aprovecharse de aquellas luces los que de nuevo se hallaban encargados de tales descubrimientos. Este viaje del gobernador de Sinaloa no sirvió mas que de confirmar lo que ya se sabia acerca de la abundancia de perlas de aquel mar, de la esterilidad del terreno de la península y de la docilidad de sus habitantes. A pesar de esto, el mismo virey hallándose en España, inflamó de tal modo los ánimos en la corte con sus relaciones para que de nuevo se emprendiese la conquista de la California, que el rey Felipe IV mandó á Méjico en 1643 al almirante don Pedro Portel de Casanate, con amplísimas facultades para formar armadas, conquistar y poblar la península, y hacer lo que mejor le pareciese á fin de reducir aquellos bár-

baros al cristianismo. El conde de Salvatierra, entonces virey de Méjico, obsequió en todo las órdenes de la corte y suplicó al provincial de los jesuítas diese al almirante dos misioneros que le acompañasen, como en efecto se verificó. Pero cuando la flota estaba para hacerse á la vela para la California, le quemaron los navíos seguramente algunos malvados enemigos suyos, y por este motivo se vió obligado á suspender el viaje hasta hacer nuevos buques. Llegó por fin á ir en 1648 con dos misioneros y un competente número de soldados, y observó exactamente toda la costa oriental buscando lugar á propósito para poner un presidio; pero habiendo visto que en todas partes era el terreno estéril, regresó á Méjico á manifestar al virey la dificultad de la empresa.

No fué bastante la experiencia de tantas expediciones infructuosas para que en la corte se dejase de pensar en la California, pues el mismo Felipe IV repitió órden de que se hiciese otra tentativa, comisionando para ella al almirante don Bernardo Bernal de Piñadero, bajo ciertas condiciones. Partió esta en 1664 con dos pequeñas embarcaciones; pero los que le acompañaban, en vez de hacer lo que debian, se dedicaron á la pesca de perlas, causando mil vejaciones á los californios y excitando entre sí mismos tales discordias, que muchos se hirieron y algunos fueron muertos. El almirante para quitar la ocasion de aquellos desórdenes, se hizo luego á la vela para volver á la Nueva España, en donde fué mal recibido del virey. En virtud del informe que este dió á la corte, la reina, que entonces gobernaba en nombre de su hijo Cárlos II, mandó que se estrechase á Piñadero á que cumpliese todo lo que se habia obligado á hacer conforme al contrato celebrado con el difunto rey Felipe IV. Piñadero, no pudiendo menos, aprestó dos buques menores en el puerto de Chacala, de donde salió para la California en 1667; pero este viaje fué tan infructuoso como todos los demás.

No fué mas feliz el capitan Francisco Lucenilla, que en 1668 obtuvo del gobierno permiso para emprender un nuevo viaje. Dos padres franciscanos que llevó consigo se dedicaron con mucho celo y trabajo á la conversion de los californios; mas habiéndoles faltado los víveres, se vieron todos obligados á abandonar aquel país tan miserable.[1]

§ VI.

FAMOSA EXPEDICION DEL ALMIRANTE OTONDO.

En 1677 mandó Cárlos II al virey de Méjico que enviase una nueva expedicion á la California. Fué encargado de ella el almirante D. Isidoro de Otondo y Antillon, quien habiendo hecho el convenio con el rey y fabricado dos navíos en el puerto de Chiametla, zarpó de allí el 18 de marzo de 1683 con mas de cien hombres. Entre ellos iban tres jesuítas destinados por la corte á la conversion de los indios; uno de estos jesuítas era el padre Eusebio Francisco Kino, natural de Trento, docto matemático y misionero muy laborioso, que obtuvo del rey el empleo de cosmógrafo mayor. Una balandra cargada de provisiones debia haber seguido á estos dos navíos, pero jamás pudo juntarse con ellos. Habiendo llegado después de catorce dias de navegacion al puerto de la Paz, no vieron en los primeros cinco dias ningun indio; pero luego que desembarcaron y comenzaron á formar su campamento, aparecieron á lo lejos algunos bárbaros armados y pintados de varios colores, como lo acostumbraban hacer para ir á la guerra, los cuales con clamores y señas daban á entender á los españoles que no los querian en su país, porque su natural mansedumbre estaba cansada de sufrir las vejaciones de los pescadores de perlas. Los españoles no quisieron moverse de su campamento; pero los tres misioneros se encaminaron hácia los indios con algunas viandas en las manos y procurando manifestarles que buscaban su amistad y no trataban de hacerles perjuicio. Habiéndose acercado á ellos un poco, pusieron en el suelo lo que llevaban y retrocedieron. Los bárbaros devoraron en un momento aquellas viandas y corrieron en pos de los misioneros pidiéndoles mas, hasta entrar con ellos sin temor alguno en el campamento: ¡tales eran su hambre y su sencillez! Lo mismo sucedió con otro grupo de bárbaros que apareció á los dos dias. Pasado este tiempo construyeron los españoles algunas cabañas, tanto para el culto divino como para su propia habitacion.

El almirante, queriendo adquirir conocimientos de lo interior del país, se introdujo por una parte con el padre Kino y veinticinco soldados, y por otra envió un capitan con otro misionero; pero se volvieron al campamento después de haber andado con mucho trabajo cosa de siete leguas, porque no habiendo mas que veredas muy estrechas para el uso de aquellos bárbaros desnudos, se veian precisados á abrir camino cortan-

[1] En las notas á las cartas de Cortés publicadas en Méjico en 1770, se dice que *estos dos franciscanos penetraron fructuosamente por lo interior de la California, y que por no dejarles los jesuítas, se volvieron.* Esta es una grosera calumnia, pues todo el mundo sabe que entonces aun no habia jesuítas en la California y que estos no se establecieron allí sino treinta años después. Betancur, franciscano y cronista de los franciscanos, que entonces vivia en Méjico, dice expresamente que aquellos religiosos se vieron obligados á dejar la California por la escasez de víveres, y ninguno ha imaginado jamás lo que afirma el editor de las cartas. Así pues el fruto que allí cogieron los religiosos no fué muy considerable, porque en el poco tiempo que estuvieron en la península no podian haber aprendido la difícil lengua de los californios; cuando mas podrá creerse que bautizaron algunos niños.

do ramas y tirando árboles con mucha fatiga. Los que marcharon con el capitan se encontraron con algunas tribus de coras, los cuales se les manifestaron tan pacíficos y amigables, que desde aquel dia en adelante venian con frecuencia al campamento, y á veces se quedaban á dormir en él, acostándose entre los soldados. El almirante por su lado se encontró con los guaicuras propios, los cuales siempre armados y poco contentos de su llegada á aquel país, le amenazaron varias veces de venir sobre él con toda la fuerza de su nacion si no se retiraba de allí. Los españoles sufrian pacientemente tales insultos, esperando suavizar de esta manera la ferocidad de los bárbaros; pero el 6 de junio se dejaron ver cerca del campamento dos pelotones de guaicuras que no contentos con sus aullidos y amenazas, asaltaron á mano armada la trinchera, y habrian sufrido el fuego de la artillería que los soldados iban á disparar, si el intrépido almirante saliendo de la línea no hubiera avanzado sobre ellos y con terribles gritos y grandes demostraciones de indignacion no los hubiera amedrentado hasta hacerlos volver la espalda y ponerse en precipitada fuga.

A pesar de esto, se acercaban después con frecuencia al campo, aunque no sin alguna desconfianza.

Por aquellos dias se habia desertado un marinero, el cual al principio se creyó que se habia ido con los guaicuras para vivir entre ellos á su arbitrio; pero después se esparció el rumor de que estos le habian quitado la vida, y para comprobarlo se alegaba la deposicion de ciertos coras, que en realidad no era entendida. Creyendo el almirante aquel rumor y pareciéndole peligroso disimular semejante atentado, mandó prender al capitan de los guaicuras un dia que estos vinieron, como solian, al campamento. Esto les causó mucho disgusto, y á pocos dias volvieron en pelotones á pedir la libertad del preso, y no habiéndola alcanzado, tomaron la resolucion de reunir todas sus fuerzas para exterminar á los españoles, y con este fin imploraron el auxilio de los coras, que aunque enemigos suyos, eran de su misma nacion; pero estos prometiéndose mas ventajas de su union con los españoles, les descubrieron el designio de sus paisanos. El almirante dobló las guardias y mandó situar un cañon hácia el rumbo por donde solian venir los guaicuras. El dia que estos tenian señalado para el asalto, comenzaron á salir del monte uno á uno hasta catorce ó quince, y cuando ya estaban al alcance del cañon, fueron muertos diez ó doce y heridos los otros, por cuyo motivo el grueso de la tropa que estaba emboscada para asaltar oportunamente el campamento, se aterrorizó de tal modo, que se fueron á sus guaridas para no volver jamás. Estas hostilidades rotas inconsideradamente por el almirante, apartaron mucho de los españoles el afecto de los guaicuras, y retardaron después su conversion, como adelante veremos.

Estos soldados españoles, muy distintos de los que conquistaron á Méjico, llegaron á acobardarse tanto, temiendo que los guaicuras hiciesen venir sobre ellos todas las naciones de la California, que no bastaban para alentarlos ni las reprensiones del almirante ni las exhortaciones de los misioneros. Muchos de ellos pedian como desesperados que se les sacase de aquella tierra, aunque fuese para dejarlos en alguna isla vecina.

El almirante considerando que aquella inquietud podia llegar á convertirse en sedicion general y que de los pocos víveres que quedaban se habia echado á perder la mayor parte, se determinó por fin á condescender con las instancias de aquellos cobardes; mas para no alejarse mucho de la península, á donde tenia ánimo de volver, anduvo entreteniéndose en las islas adyacentes, esperando que pronto volveria de Sinaloa, como en efecto sucedió, uno de sus navíos que habia enviado á traer provisiones. Sin embargo, dispuso ir en persona á un puerto de la misma provincia de Sinaloa con el fin de proveerse mas abundantemente de todo lo necesario, y habiendo vendido allí gran parte de las mercancías que llevaba y empeñado su plata y joyas, volvió á la California, pero ya no al puerto de la Paz, sino á otro situado á unos 26º de latitud, al cual le puso el nombre de *San Bruno* porque arribó á él el 6 de octubre.

Después de haber hecho allí, como en el otro puerto, sus trincheras y construido sus cabañas, salió el almirante bien acompañado el mes de diciembre, y se internó en el país unas veintitantas leguas, tratando bien á los indios que encontraba, acariciándolos y regalándolos para atraerlos á su amistad y á la fe cristiana.

Mientras el almirante se ocupaba en este y otros viajes, los misioneros se dedicaron con mucho empeño á aprender las dos lenguas que allí se hablaban, y después de haber adquirido los conocimientos suficientes, emprendieron traducir á ellas la doctrina cristiana; pero no sabian cómo expresar el artículo de la resurreccion de los muertos, porque no hallaban palabras para significarle. Con el fin de hallarlas se valieron de este curioso expediente. Habiendo cogido algunas moscas y sumergídolas en agua fria hasta que parecieron muertas, las metieron en ceniza y después las pusieron al sol para que con el calor recobrasen su movimiento. Al practicar esta operacion estuvieron muy atentos para observar y escribir las primeras palabras que los indios profiriesen viendo revivir las moscas, pues creian que aquellas palabras significarian la resurreccion. Pero se engañaron, porque la expresion que los indios profirieron y que después de algunas nuevas investigaciones se puso en el símbolo, fué esta: *Ibi-muhuet-ete*, la cual no expresa la resurreccion y

solo significa: *Poco ha que murió, ó poco ha estaba muerta.*[1]

Luego que compusieron, aunque imperfectamente el catecismo, en lengua cochimí, comenzaron á enseñarle, especialmente á los niños, los cuales le aprendieron pronto, y todos los dias arrodillados y con las manos juntas ante el pecho le rezaban juntamente con los misioneros. Después se hicieron maestros de sus padres y parientes, hasta que con este arbitrio y con frecuentes exhortaciones llegaron los misioneros á tener cosa de cuatrocientos catecúmenos dispuestos para recibir el bautismo; pero no teniendo seguridad de permanecer en aquella tierra, no quisieron bautizar á nadie sino en peligro de muerte. Solo trece fueron bautizados en tales circunstancias, de los cuales diez murieron en breve, y los otros tres que sobrevivieron fueron llevados por el almirante con permiso de sus padres á la Nueva Galicia y entregados al obispo de Guadalajara.

Los misioneros estaban muy contentos con la docilidad de los indios y su buena disposicion para el cristianismo; pero el almirante no lo estaba con un país en que no le era tan fácil mantener la poblacion y en que los soldados le hacian ver las molestias que les ocasionaban la esterilidad de la tierra y la intemperie del aire. Con este motivo convocó una junta para que los oficiales y los misioneros manifestasen su modo de pensar: los primeros opinaron que debia abandonarse la poblacion de San Bruno por estar situada en un lugar estéril y malsano; los segundos decian que debia dejarse pasar algun tiempo para formar idea exacta del país, pues la seca de aquel año habia sido general aun en la Nueva España, y en la California no habia llovido en diez y ocho meses. El almirante hizo salir uno de los navíos á reconocer la costa hácia el Norte, buscando en ella lugar mas cómodo para establecer la poblacion, y en el otro condujo á todos los enfermos á la costa de Sinaloa, desde donde escribió al virey dándole cuenta con lo que habia hecho y mandándole con su informe los pareceres de los misioneros y oficiales firmados por sus respectivos autores, y haciéndose de nuevo á la vela, se dirigió á observar algunos lugares del golfo en donde abundaban las perlas. El navío enviado á reconocer la costa no halló lo que buscaba, y el virey oido el dictámen de la audiencia, contestó al almirante que en atencion á haberse hecho hasta entonces tantos gastos en la conquista y poblacion de la California, se contentase con conservar, si era posible, lo adquirido, sin empeñarse en nuevas empresas. El almirante no hallando modo de subsistir en el puerto de San Bruno, se embarcó con los misioneros y con toda su gente y volvió á la Nueva España. Así terminó aquella famosa expedicion, en que se consumieron tres años y se gastaron doscientos veinticinco mil pesos del real erario.

§ VII.

OTROS PROYECTOS INFRUCTUOSOS.

El virey hizo que se examinase este negocio en el real acuerdo, y después de varias sesiones se concluyó en él que la California era inconquistable por los medios de que hasta entonces se habia hecho uso; pero que á pesar de eso se encomendase á los jesuítas la conversion de la península, suministrándoles por cuenta del erario todo lo que necesitasen para los gastos. El fiscal encargado de hacer aquella propuesta al superior de la Compañía, se la hizo varias veces; pero este, de acuerdo con sus consultores, contestó que la Compañía agradeciendo mucho el honor que se le hacia al encargarla un negocio de tanta importancia, estaba pronta á destinar todos los religiosos que se juzgaren necesarios para la conversion de los indios; pero que no le parecia conveniente á su instituto encargarse de las cosas temporales de la conquista como se le proponia.

Desvanecida esta esperanza, quedaron aquellos señores tan persuadidos de la inutilidad de cualquiera otra tentativa sobre la California, que el virey negó absolutamente el permiso de emprenderla al capitan Francisco Lucenilla que lo pretendia. Pero como la misma dificultad suele avivar el deseo de una empresa y como para acometer la de la California á mas de los intereses de la política y de la religion habia nuevas órdenes de la corte, volvióse á tratar este negocio con mucho calor, y habiéndose calculado que el presupuesto de gastos ascendia indispensablemente á treinta mil pesos anuales, se resolvió dar anticipadamente esta cantidad al almirante Otondo para que emprendiese otro viaje á la península. Mas en la misma semana en que debia entregar-

1 De este hecho da cuenta el padre Kino á su maestro el padre Eurique Scherer, docto jesuíta aleman, el cual publicó la carta de su discípulo en la segunda parte de su obra intitulada: *Atlas novus.* En la lengua cochimí *ibi* es el verbo, que significa morir; *te* es una partícula que se junta con los verbos para formar el pretérito; *muhuet* es adverbio correspondiente al *nuper* ó al *modo* de los latinos, el cual en composicion con el verbo denota que no ha mucho que acaeció lo que el verbo significa. Don Miguel del Barco, muy inteligente en aquella lengua, como quien la habló treinta años continuos, conjetura que las palabras pronunciadas entonces por los indios, serian estas: *Ibi–muhuet–e–te dommó, gaijenji huajib omui*, es decir, *aunque poco ha estaba muerta, se levantó repentinamente*, y que los misioneros, atentos á las primeras palabras, no cuidaron de las otras. Dommó es una conjuncion equivalente al *etsi* ó *quamvis* de los latinos; pero entre los cochimíes no se antepone, sino que se pospone al verbo. *Huajib* significa levantarse el que yacia; pero se usa en sentido de resucitar, á imitacion de los latinos, los cuales en el símbolo usaron del verbo *surgere* para expresar la resurreccion de Jesucristo.

se el dinero recibió el virey órden de mandar prontamente á la corte cincuenta mil pesos y de suspender la empresa de la California mientras durasen las turbulencias de Taraumara, y aunque estas se aquietaron en breve, ya no volvió á pensarse en ninguna expedicion á la California á expensas del real erario. Unicamente en 1694 obtuvo el capitan Francisco de Itamarra permiso de ir allá á su costo; pero este viaje fué tan infructuoso como todos los anteriores. Se supo entonces que los indios del puerto de San Bruno y sus cercanías pedian con instancia que se les cumpliese la palabra que los misioneros les habian dado de volver á la península á instruirlos en la religion y enseñarles el camino del cielo.

§ VIII.

CELO DE ALGUNOS JESUÍTAS POR LA CONVERSION DE LA CALIFORNIA, Y FRUTO DE ÉL.

Mas aquellos misioneros fueron destinados por sus superiores á otras misiones. El padre Kino marchó para Sonora, teatro de su fervoroso celo, desde donde esperaba pasar á la California. Con este designio salió de Méjico el 20 de octubre de 1686, y al pasar por las provincias de Tepehuana y Sinaloa inflamó los ánimos de aquellos misioneros jesuítas en favor de la conversion de los miserables y desamparados californios. Uno de los muchos que con las ardientes palabras del padre Kino se sintieron movidos á tal empresa, fué el padre Juan María de Salvatierra, el cual era entonces visitador general de las misiones. Este hombre célebre nació de padres nobles[1] en Milan el año de 1644, y después de haber estudiado en el seminario de Parma, entró en la Compañía de Jesús, y deseoso de ocuparse en la conversion de los gentiles, pasó á Méjico en 1675 en compañía de su santo compatriota Juan Bautista Zappa. Enviado por sus superiores á las misiones de la Taraumara, trabajó en ellas con muchísimo fruto por algunos años, y habiendo sido llamado, volvió á Méjico, en donde por su gran talento y su singular virtud obtuvo los principales cargos de la provincia. Era robusto, acostumbrado á los trabajos y fatigas, de buen ingenio, de corazon grande, lleno de celo, prudente, humilde, tan suave para con los otros como austero para consigo mismo, y últimamente, muy ejercitado en la oracion, en la cual tuvo íntima union con Dios. Los luminosos ejemplos de virtud que dió en los cuarenta y dos años que vivió en varios lugares del reino de Méjico y las gracias particulares con que le enriqueció el cielo, hicieron célebre en todas partes el nombre de *Salvatierra*, cuya memoria se conserva con mucha veneracion después de tantos años. Tal fué el hombre destinado por Dios á plantar la religion cristiana en la California y á poner en obra lo que no habia podido hacerse en cincuenta años después de tan repetidas y dispendiosas tentativas.

Informado el padre Salvatierra por el padre Kino de la docilidad de los californios y de su buena disposicion para el cristianismo, determinó hacer todo lo posible para obtener el permiso de ir á convertirlos. Lo pidió pues á su provincial, á la audiencia de la Nueva-Galicia, al virey de Méjico y aun al rey mismo; mas aunque todos elogiaron su celo, le negaron su pretension, porque la empresa se tenia no solo por inútil, sino por temeraria después de tantas y tan malogradas tentativas. El sin embargo no cesaba de encomendar encarecidamente al Señor este negocio y de redoblar sus esfuerzos ante los hombres, especialmente desde que se creyó seguro del buen éxito por una carta que le escribió su santo amigo el padre Zappa, en la cual le exhortaba á que no cesase en sus instancias acerca de la California, pues Dios le destinaba á llevar la fe de Jesucristo á aquellas pobres naciones; que por tanto, procurase ejercitarse mas en las virtudes necesarias para aquel fin, y fabricase en aquella península, como lo habia hecho en otros muchos lugares, una capilla en honor de la santísima Vírgen de Loreto, la cual debia ser la protectora de aquella grande obra.

Casi por diez años habian repetido en vano sus instancias sobre la predicacion en la California, tanto el padre Salvatierra como el padre Kino, ambos animados de cristiana piedad para con aquellas almas desventuradas, y de ardiente celo por la gloria de su Creador. Finalmente, en 1696 la audiencia de la Nueva Galicia, que se habia opuesto constantemente á la empresa, consintió en ella y comenzó á secundarla en virtud de las eficaces representaciones de su fiscal don José de Miranda, hombre docto y piadoso, amigo y venerador del padre Salvatierra. La audiencia escribió al virey manifestándole las razones que habia para emprender de nuevo aquella expedicion y para esperar su buen éxito si era encomendada á los padres de la Compañía.

Entre tanto el padre Salvatierra, habiendo conseguido que el prepósito general de la Compañía diese órden de que se le relevase de toda carga en los colegios de la provincia luego que el gobierno de Méjico permitiese la entrada en la California, consiguió tambien del provincial el permiso de colectar limosnas para aquella grande empresa que meditaba. Era entonces catedrático de filosofía en Méjico el padre Juan de Ugarte, jesuíta insigne y digno de eterna memoria. Este hombre, nacido en Jegucijalpa, ciudad de la diócesis de Honduras, en 1660, reunia en su persona las mas apreciables dotes de la naturaleza y de la gracia: de la naturaleza recibió nacimiento ilustre, complexion robusta, extraordinaria fuerza corporal, mente sublime, ingenio

1 Sus ascendientes por parte de su padre fueron españoles.

agudo, prontitud y facilidad para las artes y ciencias, industria rara, prudencia para los negocios económicos y una magnanimidad heróica, superior á todos los obstáculos y peligros; de la gracia alcanzó humildad profundísima, suma pobreza de espíritu, grande mortificacion de sentidos y pasiones, castidad angélica, celo ardiente por la salud de las almas é íntima union con Dios. El, en sentir del mismo padre Salvatierra, fué el Atlante y la columna de la California, y á él después de Dios se le debe la conversion de aquellas misiones. Nunca acabariamos si quisiésemos referir todo lo que allí hizo; pero diremos alguna parte en el discurso de esta historia. Este gran jesuíta, animado por el mismo espíritu que Salvatierra, se unió á él para facilitar la conquista de la California, venciendo los obstáculos que se oponian y buscando los auxilios necesarios para llevarlo al cabo.

El primer fruto de sus diligencias fué la limosna de dos mil pesos que prometieron los señores conde de Miravalles y marqués de Buenavista. Otros bienhechores, á ejemplo de estos dos, se comprometieron á dar quince mil pesos y dieron efectivamente cinco mil. La cofradía de nuestra Señora de los Dolores, existente entonces en el colegio de San Pedro y San Pablo de Méjico, fundó una mision, y don Juan Caballero y Ocio, presbítero vecino de Querétaro, no menos rico que piadoso y liberal para con Dios, prometió fundar dos. Además, don Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, prometió prestarles una galeota para sus viajes y darles otro bastimento para el trasporte de los víveres.

§ IX.

SE PERMITE Á LOS JESUÍTAS IR Á LA CONVERSION DE LA CALIFORNIA.

Dados estos pasos con tanta felicidad, les pareció bien hacer nuevas intancias al virey para impetrar la licencia que tanto deseaban, por medio de un memorial que presentó el provincial de la Compañía. En el informe que el virey pidió sobre esto á la audiencia hubo algunas contradicciones; pero al fin, viendo que en esta vez nada se pedia del real erario, se les concedió á los padres Salvatierra y Kino el permiso de ir á la California con el fin de convertir aquellos pueblos al cristianismo, con tal que se tomase posesion de la tierra en nombre del rey católico y nada se le pidiese para los gastos. Se les permitió igualmente que á sus expensas pudiesen llevar soldados para su seguridad, nombrar el capitan y gobernador para la administracion de justicia y licenciar á cualquier oficial ó soldado siempre que lo creyesen necesario, dando cuenta al virey.[1]

A aquellos militares se les concedieron todas las exenciones que gozan las tropas reales y se dispuso que su servicio en la California se les reputase como hecho en campaña. Luego que el

1 Insertamos á continuacion la licencia que el virey conde de Moctezuma concedió á los padres Salvatierra y Kino para la entrada en la California; documento curioso que debe considerarse como la base legal de aquellos establecimientos. El original está en el archivo general.—*El editor*

"Don Joseph Sarmientto Valladares Cauallero del orden de Santtiago, Conde de moctesuma y de tula Visconde de Ilucan Señor de monterrozano de la Peza del Consejo de su Magestad Su Virrey lugar theniente gouernador y Capitan general de Esta nu.ª Spaña y precidente de la Real Audiencia de ella &a.—Hauiendo Vistto el memorial Presentado Por el Reuerendo Padre Provincial de la Sagrada Religion de la Compañia de Jesus y la Cartta del Reuerendisimo Padre Gral. Tyrzo Gonzaless en que aprueba con las Recomendaciones, y Satisfaccion que de ella consta la Perzona de los Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio francisco Quino para la Reduccion de los gentiles de las Californias, que segun los infoimess del Tribunal de la Conttaduria mayor de quentas y oficiales Reales de Estta cortte para el apresto y fabrica de tres Vajeles Sueldos y pagas de la gentte de mar y guerra y otros socorros que se executtaron en la antesedente para la Empreza y Conuercion de los gentiles del Rno. de la California se gastaron de la Real hazienda doscienttos y Veintte y cinco mill y quattrocientos pesos sin hauerse Podido lograr el efecto de conseguirla: y que el hauerse mandado suspender Por enttonces esta Conquista en Cumplimiento de Real Zedula de Veintte y dos de Diziemᵉ. del Año Pasado de ochenta y cinco fue Por concidcrarse de mayor grauedad el Reparo â la nesecidad de la defenza en el Reino de la Viscaya por la subleuacion general de los Indios de la Taraumara. (*sic*) Y que hauiendose de acudir a esta con prompto remedio era nesesario conciderable Gasto de la Real hazienda que no seria Vien diuerttirle en los que causaua la nueba Conquista de Californias sinque se ofrecciesse otra Razon de dudar para sobreseerse en ella que el Referido gasto y ocacion que dio mottiuo y de que paresse se dedusse que la mentte y Real dispocicion no prohiuio absoluttamentte que se hubiesse de conttinuar la reduccion y Conquista de California, sino que por aquella caussa que se hauia ofrecido se suspendiefse por enttonses: teniendo Presentte lo expresso en dicha Real Zedula y Reconociendo assimismo Por diferentes Cartas Ynstrumentos y Ynformes que el fervoroso Zelo y Yndustria de los Referidos Padres, por si solos, y sin otra ayuda an logrado la reduccion y baptismo demas de cinco mill Ynfieless quo estan Perseuerantes en nuestra sancta fee en algunas Poblaciones y lugares de minas, y con ancia y anhelo de que Bueluan estos mismos Religᵒˢ. Para Administrarles los Sanctos Sacramenttos y demas Exercicios de Docttrina, Para Continuar los reducidos y Por medio de ellos Atraer otros a estte gremio. y atendiendo tamuien aquela Referida entrada y Reduccion â de ser â costa de las limosnas que el Zelo y chistiandad (*sic*) de Algunas Perzonas an ofrecido Conttribuir, para tan Sancto y alto ffin, y que el de su Magestad ha sido lograr se prosiga semejantte empresa y quo Caussara graue excrupulo el desamparar tantas Almas como piden el Bap-

padre Salvatierra obtuvo la suspirada licencia, no quiso ya detenerse en Méjico, sino que dejando al cuidado del padre Ugarte las limosnas y demás negocios pertenecientes á la California y dando órden para que los buques pasasen del puerto de Acapulco al del Yaqui, salió de la capital el 7 de febrero de 1697, llevando consigo la doctrina cristiana en lengua cochimí y otros escritos del padre Copart, uno de los misioneros jesuítas que habian estado con el padre Kino en la California. Al pasar por Guadalajara habló acerca de su expedicion con los oidores y con su grande amigo el fiscal Miranda, y cuando llegó á Sinaloa le dió pronto aviso de su llegada al padre Kino, pasando de allí á la Taraumara baja, en donde habia estado de misionero á visitar á sus hijos queridos en Jesucristo y confirmarlos en la fe. Al volver á Sinaloa muy contento del próspero estado de aquellos cristianos, recibió la infausta noticia de la rebelion de los neófitos de la Taraumara alta y del riesgo en que se hallaban sus misioneros. Impulsado de su ardiente caridad, corrió al momento á aquellas montañas, en donde permaneció entre mil fatigas y necesidades con peligro de su vida hasta mediados de agosto; y habiendo restituido la taanquilidad á aquel país, marchó para el puerto del Yaqui, á donde después de treinta y siete dias de peligrosa y desagradable navegacion, habian llegado la galeota y el bastimento dado por el tesorero de Acapulco. En el puerto de Yaqui se estuvo dos meses proveyéndose de víveres y esperando al padre Kino, el cual, estando en camino para juntarse con él é ir á la California, fué detenido por el gobernador de Sonora y por los superiores de aquellas misiones, porque temiéndose que los pueblos de aquella vasta provincia se rebelasen á ejemplo de los de la Taraumara, se creyó necesaria la presencia de tan gran misionero, el cual, por el amor y respeto que los indios le profesaban, valia mas que mil soldados para contenerlos. Se quedó pues el padre Kino, resignado á las disposiciones divinas, á trabajar de apóstol en las misiones de Sonora y de la Pimeria, y en su lugar fué destinado á California el padre Francisco María Píccolo, misionero siciliano.

Mas el padre Salvatierra, por no exponerse á nueva tardanza, resolvió no esperarle y se hizo á la vela el 10 de octubre de 1697, implorando la proteccion de la santísima Vírgen y la de San Francisco de Borja, cuya fiesta se celebra aquel dia. Su flota para aquella gran conquista se com-

tismo en dicha Conuerçion, Por todo lo Referido, ha Parecido Precisso a mi obligacion por xptiano Basallo y Criado de su Magestad cónceder, como consedo Por haora y en el Ynterin que con Vista de estta determinacion se sirve Resoluer lo que fuere de su Mayor agrado.—Por el Presente consedo la lizencia que piden a los dhos. Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio francisco quino de la Compañia de Jesus para la entrada â las Provincias de Californias y que puedan Reducir a los Gentiles de ellass al Gremio de nuestra sancta fee Catholica; con calidad de que sin orden de Su Magestad no sea de Poder librar ni gastar cossa Alguna de su R.[l] Hacienda en esta Conquista Por ser Condicion expresa de su Allanamiento. Y de esta Permiçion; y Porque Es Justto se atienda a la seguridad de sus Perzonas y las demas que les siguieren y Preuenir las Contingencias y accidenttes que pueden sobreuenir de Subleuacion de los Gentiles v otros que en Aquellos Parajes y distancias Pretendan Por ottros motiuos ffaltarles al Respectto les consedo assimismo a dhos. Padres puedan lleuar la gente de Armas y Soldados que pudieren Pagar y muniçionar a su costa, con cauo de entera satisfaccion, experiencia y chistiandad (*sic*) que eligieren Pudiendole Remouer siempre que faltare a su obligacion Dandome quentta del que nombraren para su aprouaçion, y en casso de Remouerle Para expedir las ordenes que tubiere por Conuenienttes en el seruicio de su Majestad; Y assi al cauo como como a los Soldados que militaren deuajo de Su Mano Porque puedan gustosos aserlo en materia tan del agrado y seruicio de Ambas Majestades y entrar en la tierra adentro Para la Conquistta y Reduccion de los Ynfieles les concedo todos los fueros Preheminencias y esepciones que gosan todos los demas Canos superiores militares y soldados de los Campos y exercitos Reales, y que estos seruicios se Reputen y Tengan por hechos en Guerra Viua en la conformidad que su Majestad lo Tiene declarado con los quo siruen en los precidios del Reino del Parral y en los demas del Rno. y Conquistas que sean executado en el, y en el Interin tamuien que su Magestad determina lo que ffuere de Su Real Voluntad.—Y consedo assimismo a dichos Padres lizenzia y facultad para que se puedan enarbolar Banderas y hazer leuas siempre que para ello fuere nesesario con las mesmas Calidades, y de que todo lo que se conr quistare a de ser en nombre de su Magestad; Y para que assi la Gentte que fuere, como la demas que se pudiee Agregar y Conseguir para esta Reduccion, se conserue y mantenga en paz y quietud con la buena correspondiencia Vrbanidad y Respectto a dichos Religiosos les consedo Puedan nombrar en nombre de su Magestad Personas que Administren Justicia y a quienes obedescan sus ordenes deuajo de las penas que Impucieren, y que Puedan executarlas en los Inouedientes dandome quenta de lo que de todo fuere Resultando y Progrezos que mediante el xptiano celo de dichos religiosos espero an de lograrse en el seruicio de Dios y Agrado del Rey Nuestro Señor de quien Pueden Prometterse les dara las Gracias que yo pueda Repetir en su Real nombre; y se sacara testimonio para Dar quenta a su Magestad: Mexico seis de ffebrero de mill seissientos y nouenita y siete años.—Don Joseph Sarmiento.—Por mandado de su Exa.—Francisco de Morales.—Asentado.—"

"V. E. consede lizenzia a los Padres Juan Maria de Saluatierra y Evseuio franco. quino de la Compañia de Jesus para la entrada a las Prouincias de Californias y que puedan Reducir a los gentiles de ellas en la forma y con las Calidades Preuenidas en este despacho."

La Real Audiencia de la Nueva Galicia concedió el *pase* a 27 de febrero del mismo año.

El verdadero apellido del padre Kino era Kühn.

ponia de un bastimento pequeño y una galeota prestada, y sus tropas eran nueve hombres, á saber: tres indios, un cabo y cinco soldados de diferentes naciones. Apenas habrian navegado media legua, cuando sobrevino una borrasca que arrojó la galeota á la playa y la dejó encallada en la arena; mas con el trabajo de aquellos pocos hombres y con el auxilio de la marea, la sacaron del peligro, y haciéndose de nuevo á la vela, vieron al tercero dia la tierra de la California. Arribaron primero al puerto de la Concepcion y después al de San Bruno, donde habia estado el almirante Otondo; mas pareciéndoles ambos incómodos, escogieron por consejo del capitan de la galeota, hombre práctico en aquella costa, el puerto de San Dionisio, situado á 25° 30' lat. set., en un seno circundado de la tierra en forma de semicírculo, cuyos dos cabos forman una boca de cinco leguas de ancho. El terreno se manifiesta allí vestido de verdura y adornado de arbustos, con la ventaja tan buscada en aquella árida península de tener abundante agua dulce.

§ X.

SE TOMA EN NOMBRE DEL REY POSESION DE LA PENÍNSULA. EL PADRE SALVATIERRA FUNDA LA MISION DE LORETO. CONJURACION DE LOS INDIOS Y VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES.

El 19 de octubre desembarcaron allí y fueron bien recibidos por cincuenta indios que habitaban aquella playa, y por otros de la de San Bruno, los cuales puestos de rodillas, besaban las imágenes del Crucifijo y de la Vírgen. El padre Salvatierra los acarició con mucha afabilidad, valiéndose de las voces y frases que de aquella lengua habia aprendido en los escritos del padre Copart. Se buscó después un lugar cómodo para la habitacion y se halló en la misma playa cerca de una fuente de buena agua: allí desembarcaron los animales, las provisiones y todo lo que llevaba la galeota, dando ejemplo á todos el padre Salvatierra en la fatiga de llevar acuestas los fardos. Formaron su campamento abriendo una trinchera al rededor y valiéndose para su defensa de todos los reparos que pudieron. En el centro de aquel pequeño campo pusieron un gran pabellon regalado al padre Salvatierra por un piadoso caballero mejicano, y destinado á servir interinamente de capilla, delante del cual plantaron una cruz adornada con flores; y dispuesto todo en el mejor modo posible, llevaron la imágen de la Vírgen de Loreto en procesion de la galesta al pabellon, donde fué colocada el 25 de octubre, y se hizo después la ceremonia, practicada otras veces inútilmente en aquella tierra, de tomar posesion de ella en nombre del rey católico. Desde entonces recibieron el nomdre de *Loreto* tanto el puerto como aquel miserable campamento, que después llegó á ser la capital de toda la península. El padre Salvatierra se dedicó desde lüego á enseñar á los indios la doctrina cristiana y á aprender la lengua del país: para enseñarles la doctrina se la leia en los escritos del padre Copart, y después los oia discurrir con la pluma en la mano para escribir lo que les observaba. Ellos le enmendaban los yerros que le advertian cuando les hablaba, y él sufria con paciencia las burlas y risadas de aquellos bárbaros por los yerros que se le escapaban, tanto en las voces como en la pronunciacion. Después del ejercicio diario de la doctrina, daba á todos los que habian concurrido un poco de *pozole*[1] ó maíz cocido, que es comida apreciada por ellos. Tales eran en aquel oscuro rincon del mundo y entre aquellos salvajes las ocupaciones de un hombre que por su nacimiento podria haber figurado en su patria y que por su talento y virtudes se habia adquirido la estimacion y veneracion de las ciudades principales de la Nueva España.

No contento con dedicarse á aquellos ejercicios propios de un misionero, desempeñaba tambien todos los de capitan y soldado que no desdecian con el sacerdocio, dando las órdenes convenientes para la seguridad del campo y aun haciendo personalmente centinela en las horas mas incómodas. Pronto se conoció que no era sobrada aquella vigilancia. Los bárbaros ansiosos del pozole y queriendo mayor cantidad de la que diariamente se les daba, la pedian primero con importunidad, después comenzaron á disgustarse y de aquí pasaron á hacer algunos pequeños hurtos. Los esfuerzos de los españoles para impedir estos desórdenes no sirvieron sino de inflamar mas el apetito y el enojo de los indios, los cuales confiados en su número, superior con mucho al de los españoles, se determinaron á quitarles la vida y apoderarse de todos sus haberes. Entre los bárbaros habia algunos mas cuerdos y de mejores inclinaciones que reprobaban aquella ingratitud y excesos de sus paisanos; pero no pudieron apartarlos de su bárbara resolucion. Los conjurados antes de declarar abiertamente la guerra se echaron sobre la pequeña manada de ovejas y cabras que habia llevado el padre Salvatierra, y dieron tambien á entender que querian asaltar el campo de los españoles; mas el padre disimulando aquel perverso designio, prosiguió en su acostumbrado ejercicio de la doctrina y en la distribucion diaria del alimento.

Al fin tomaron la resolucion de dar un asalto general al campo la noche del 31 de octubre, de lo que tuvo el padre Salvatierra oportuno aviso por un indio principal llamado *Ibó*, quien hallándose gravemente enfermo, pedia con instancia el bautismo, que se le dió de allí á poco. El padre no pudo menos que temer las consecuencias; pero de Dios esperaba confiadamente el remedio.

1 *Pozole* es una voz mejicana muy usada entre los españoles de Méjico.

La misma noche en que debia darse el asalto se oyó por el lado del mar un tiro de arcabuz, á que respondieron con otro los del campo; se oyó después un cañonazo é igualmente se tiró otro en el campo. Este estrépito replicado espantó á los conjurados, de modo que ya no se atrevieron á dar el asalto. Los españoles sospechaban que pudiera haber llegado al puerto el pequeño bastimento que se habia extraviado en el viaje; pero al amanecer supieron que no era sino la galeota, que despachada cinco dias antes por el padre Salvatierra á Sinaloa con el fin de traer al padre Píccolo y algunos soldados, no pudo entrar en el puerto á causa de los vientos contrarios y se volvió á la isla del Cármen á esperar el tiempo favorable.

La vista de aquel buque contuvo la animosidad de los conjurados mientras estuvieron entendidos en que traia auxilio á los españoles, como estos lo habian divulgado entre los indios amigos; pero luego que la galeota salió para Sinaloa volvieron á comenzar sus hostilidades. En una noche oscura de noviembre se acercaron algunos de ellos al campo sin ser sentidos y se llevaron el único caballo que habia podido conducir á la península el padre Salvatierra. Descubierto el hurto la mañana siguiente, determinaron seguir á los ladrones dos soldados valientes, el portugués Estévan Rodriguez Lorenzo, de quien haremos después mencion, y el maltés Nicolás Caravana. La empresa era sin duda temeraria, porque dos hombres solos iban á penetrar en un país desconocido en medio de tantos enemigos; pero por otra parte era necesario hacer en aquellas circunstancias algun esfuerzo extraordinario que pusiese su valor en el mas alto grado de reputacion, porque aquellos bárbaros son de tal carácter, que se acobardan y desalientan cuando ven grande intrepidez en sus enemigos, y al contrario, se insolentan demasiado y se hacen intolerablemente orgullosos cuando observan algun indicio de cobardía ó de temor. Algunos indios amigos que frecuentaban el campamento, alentados con la atrevida resolucion de los dos soldados, se comprometieron á acompañarlos, y efectivamente salieron con ellos veinte hombres armados á su modo. Después de haber caminado mas de dos leguas siguiendo las huellas de los ladrones, los hallaron en la falda de un monte desollando el caballo, que ya habian matado para comerse la carne; pero luego que vieron á sus perseguidores, huyeron abandonando la presa. Los soldados se volvieron al campo después de distribuir entre los indios amigos la carne del caballo, que estos aceptaron como un gran regalo.

Entre tanto continuaban los bárbaros sus hostilidades, y el padre Salvatierra su paciencia y disimulo, esperando domar aquella ferocidad con la mansedumbre y las caricias, que aumentaba de dia en dia. Mas ellos al fin resolvieron dar el asalto, y habiendo convocado con este fin á casi todas las tribus de la nacion guaicura, vinieron contra los españoles el 13 de noviembre cosa de quinientos hombres, los cuales divididos en cuatro secciones, asaltaron el campo por sus cuatro costados con una lluvia de flechas y piedras. Los defensores, viéndose tan pocos para un número tan superior de asaltadores, quisieron hacer fuego sobre ellos; pero el padre Salvatierra no pudiendo sufrir la perdicion de aquellas almas que habia conquistado para Jesucristo, dió órden á los soldados de que no los matasen sino en el caso deno poder de otra suerte libertar su propia vida. Nicolás Caravana disparó al aire el único cañon que habia, y los indios imaginándose que si el cañon grande no les habia hecho daño menos debian de temer de los cañones delgados de los arcabuces, se empeñaron con tal furia en el asalto, que el alférez Tortolero, que hacia de capitan, no pudo menos de mandar que se les hiciese fuego. Entonces el padre Salvatierra impulsado de su ardiente caridad, se adelantó hácia ellos conjurándolos que se retirasen si querian evitar la muerte; pero la respuesta que recibió fueron tres flechas que afortunadamente no le hicieron daño. Se retiró para encomendarlos á Dios mientras los soldados llenaban su deber haciéndoles fuego. No murieron muchos, porque viendo un estrago que no solian hacer sus armas, se desordenaron y huyeron.

Cuando los españoles habian descansado algo de la fatiga del combate, vinieron algunas indias con sus hijos pequeños, á ser, segun la costumbre de aquellas naciones, las medianeras de la paz. Sentadas junto á la puerta del campamento se pusieron á llorar, protestando su disgusto, prometiendo la enmienda de sus maridos y ofreciendo dejar á sus hijos en rehenes. El padre Salvatierra las oyó con benignidad, les prometió la paz y el olvido de las faltas, si los culpados se enmendaban de veras, les dió algunas cositas y las despidió después de haber aceptado uno de sus pequeñuelos para no disgustarlas.

Llegada la noche se dirigieron todos al pabellon á dar gracias al Altísimo por la victoria. Ellos mismos se admiraban de que siendo solamente diez, hubiesen podido defenderse de un tan excesivo número de enemigos empeñados en su ruina, y libertar su vida sin recibir daño alguno de tantas flechas y piedras. Creció su admiracion cuando observaron que casi todas las flechas se habian ido á clavar en la basa de la cruz que estaba delante del pabellon, por donde quedaron de tal manera persuadidos de la proteccion divina, que se resolvieron perseverar en aquella empresa aunque no recibiesen los auxilios que esperaban.

Aquella noche tomaron el reposo que les era tan necesario, velando entre tanto el padre Salvatierra que estuvo haciendo guardia. La mañana siguiente, cuando se preparaba para decir misa, vieron entrar en el puerto un buque; corrieron todos y vieron que era el extraviado y tan deseado,

el cual traia gente y víveres y la noticia de que la galeota debia llegar pronto.

§ XI.

REGLAMENTOS Y EJERCICIOS DEL PADRE SALVATIERRA.

Habiéndose alcanzado de este modo alguna mas seguridad en aquella naciente poblacion, se dedicó el padre Salvatierra á formar reglamentos para asegurarla mas y mejorarla. Convocó la gente, y leyéndoles las órdenes del virey, hizo á cada uno sabedor de sus obligaciones y privilegios. Nombró capitan al alférez don Luis de Torres y Tortolero y confirió los otros empleos á los mas idóneos; hizo una prudente distribucion de las horas para los ejercicios cristianos y los trabajos corporales, y ordenó que todos se reuniesen los sábados á oir una exhortacion á la imitacion de las virtudes de la santísima Vírgen, segun la costumbre instruida por los jesuítas en diversos lugares de la Nueva España. Volvió después al acostumbrado ejercicio de la doctrina cristiana y distribucion del pozole entre los indios, que poco á poco volvieron, excusándose como podian de sus pasados yerros, y que después de una ligera reprension, fueron tratados por aquel hombre dulcísimo con duplicado cariño para quitarles todo recelo. La tribu que habia sido la principal en las turbulencias pasadas y que habia excitado á las demás contra los españoles, se vió muy pronto obligada á implorar la proteccion de los mismos españoles para defenderse del furor de los restantes, que en ella querian vengar la muerte de los que habian perecido en el asalto. Vinieron pues al campo á entregar sus armas en señal de amistad, y suplicaron que se les permitiese alojarse cerca de él y abrir trincheras para defenderse. Todo se les concedió, y el padre Salvatierra reconcilió aquellas tribus enemistadas, de modo que desde entonces vinieron quietas y unidas á la doctrina.

Aprovechó el padre esta tranquilidad para consagrar á Dios por medio del bautismo las primicias de la California. El primer bautismo y el mas solemne habia sido, dos dias antes del asalto, el de *Ibó*, de quien ya hemos hablado. Este indio era del territorio de San Bruno, perteneciente á la nacion cochimí, y habia aprendido los rudimentos de la fe y pedido el bautismo cuando estuvo allí el almirante Otondo con el padre Kino. Padecia desde mucho tiempo un horrible cáncer cuya violencia mortal parecia contenida piadosamente por Dios hasta la llegada del padre Salvatierra, á quien se presentó inmediatamente Ibó, preguntándole por los otros misioneros y suplicándole que le hiciese cristiano. El padre le recibió con mucha afabilidad y se dedicó á curarle cuanto le fué posible; mas viendo que la enfermedad era mortal y que por otra parte el enfermo estaba bien dispuesto y suficientemente instruido, le bautizó solemnemente el 11 de noviembre, poniéndole el nombre de *Manuel Bernardo*. Fué tan feliz, que en aquel mismo mes murió con grandes indicios de predestinacion. Queria tambien que fuesen bautizados juntamente con él dos hijos suyos, uno de cuatro años y otro de ocho; pero solo fué bautizado el primero el 15 de noviembre con el nombre de *Bernardo Manuel*, y en cuanto al segundo se determinó esperar á que estuviese bien instruido en los misterios de la fe. El motivo de haber puesto estos nombres al padre y al hijo, fué que el virey al despedirse del padre Salvatierra le encargó que así llamase á los dos primeros californios que hiciese cristianos. Después fueron bautizados otros dos niños, uno de los cuales se llamó *Juan* y el otro *Pedro*, para honrar la memoria de don Juan Caballero y de don Pedro Gil de la Sierpe, bienhechores de aquella mision. El quinto californio bautizado fué uno de los heridos en el asalto del campo, que abandonado por los suyos y hallado por los soldados, se le dió la instruccion que permitian las circunstancias y murió la noche siguiente á su bautismo, alabando todos las disposiciones misericordiosas del Señor.

§ XII.

EL PADRE PÍCCOLO DE MISIONERO. CARTA DEL PADRE SALVATIERRA. TRABAJOS DE LOS COLONOS. CONJURACION CONTRA LOS ESPAÑOLES Y VICTORIA DE ESTOS.

El sábado 23 de noviembre al concluir la primera exhortacion de las establecidas para aquel dia por el padre Salvatierra, arribó al puerto la galeota que conducia al padre Francisco Píccolo, destinado ó la mision en lugar del padre Kino. El padre Píccolo nació en Sicilia, y habiendo entrado en la Compañía pasó todavía jóven á Méjico, y de allí fué enviado á las misiones de la Taraumara, en donde trabajó doce años con mucho fruto, convirtiendo idólatras, edificando templos y mejorando las costumbres de los cristianos. Pasando á la California el año de 1697, fué en los treinta y un años que allí estuvo, uno de los prin. cipales apoyos del cristianismo naciente, no perdonando trabajo para extender el reino de Dios, y excitando á todos á la práctica de las virtudes cristianas no menos con su ejemplo que con sus discursos.

Esta llegada fué de grande consuelo para todos, porque el padre Salvatierra adquirió con ella un compañero que le ayudase en los ministerios del apostolado y en los cuidados de la nueva colonia, y los soldados otro sacerdote que dirigiese sus almas, les sirviese en sus enfermedades y los confortase en sus aflicciones. Como ya era tiempo de dar cuenta al gobierno del éxito de aquella empresa y de devolver al tesorero de Acapulco la

galeota que habia prestado, mientras esta se aprestaba para el viaje escribió el padre Salvatierra al virey, á los bienhechores y a todos los que tenian algun interés en la felicidad de la empresa. De estas cartas se imprimieron en Méjico cuatro, que fueron las dirigidas al virey, á la vireina condesa de Moctezuma, a don Juan Caballero y Ocio y al padre Ugarte. Esta última contenia una minuciosa relacion de todo lo acaecido hasta aquella fecha, y en todas brillaba el celo apostólico, la urbanidad y el agradecimiento de aquel grande hombre.

Despachada la galeota, se dedicaron todos á trabajar en dar al campo el mejor órden que por entonces se podia; ampliaron las trincheras, pusieron estacada, construyeron una capilla de piedra y lodo, la techaron de heno, fabricaron tres casitas, una para habitacion de los misioneros, otra para el capitan y otra para almacen, y cerca de ellas formaron barracas para los soldados. Mientras que la gente se ocupaba en estos trabajos y los misioneros en aprender bien la lengua de los indios y en instruirlos, se mandó el buque á Sinaloa con cartas para los misioneros de aquella provincia, los cuales enviaron en dos viajes todas las provisiones que pudieron conseguir, y además cinco soldados que sirvieron para concluir mas pronto las fábricas.

Los indios que concurrian diariamente á la instruccion, viendo estos trabajos y observando que aquellos extranjeros no pescaban perlas ni hacian aprecio de ellas, como todos los que antes habian estado en la península, se persuadieron de que no habian ido para volverse luego, sino que trataban de establecerse allí, para introducir una nueva religion. Mas esto no podia hacerse sin perjuicio de los emolumentos de los guamas, los cuales haciendo, como hemos dicho, de doctores de la ley y de médicos, sacando ventaja de la grosera credulidad de aquellos bárbaros, no cesaban en sus conventículos de agriar los ánimos contra los misioneros y contra los españoles. Aunque muchos de los indios iluminados ya por la gracia y aficionados á la doctrina cristiana, no dieron oido á aquellas sugestiones, otros se dejaron seducir sin dificultad, y en un dia de abril de 1698 se acercaron al puerto, se apoderaron de un bote que habia dejado allí la galeota, y se le llevaron ó para servirse de él en la pesca, ó solamente para declarar la guerra con este hecho, que no pudieron impedir los dos soldados que desde las cercanías cuidaban el bote; pero uno de ellos corrió luego al campo á dar aviso. El capitan salió con diez soldados á perseguir á los ladrones, parte de los cuales hicieron frente á la partida mientras los otros sacaron el bote de la agua y lo destrozaron con piedras grandes, huyendo después todos. Siguiéronlos los españoles divididos en dos partidas; una de ellas, compuesta del alférez Figueroa, tres soldados y un californio amigo, cayó en una emboscada de mas de cincuenta bárbaros, que la atacaron furiosamente con flechas y piedras; pero los españoles se defendieron con mucho valor haciendo varias evoluciones para no caer prisioneros, como habria sucedido fácilmente si el temor á las armas de fuego no hubiera contenido a los indios. Mientras aquellos cuatro hombres se defendian de tantos enemigos lo mejor que podian, el californio que los acompañaba corrió á dar aviso á la partida del capitan, que nada habia sentido por el ruido de la marea y del fuerte viento que entonces soplaba. Llegada esta partida en auxilio de la otra, se aumentó tambien el número de los indios, y se peleó desesperadamente por una y otra parte, hasta que al anochecer se retiraron los indios dejando en el campo algunos muertos y heridos, sin que por la otra parte hubiera habido ni un muerto ni un herido de gravedad. De este modo los californios aprendieron á su costa á no hacer la guerra á aquellos extranjeros, que aunque pocos, tenian mejor disciplina y peleaban con armas muy superiores. Los culpados volvieron al campamento de los españoles mezclados con los indios fieles, y aunque el capitan quiso castigar su perversidad, se interpusieron los misioneros y se publicó un indulto general. Para dar á conocer su arrepentimiento y humillacion, trajeron los conjurados con bárbara simplicidad los inútiles fragmentos del bote destrozado.

§ XIII.

EJERCICIOS DE LOS MISIONEROS Y FALTA DE VÍVERES.

En aquella semana Santa se celebraron los oficios divinos con mucha devocion por parte de los españoles y con suma tranquilidad y admiracion por la de los indios. Los misioneros proseguian en sus ejercicios de estudiar la lengua y catequizar, y para hacerlo con mas comodidad y precaverse contra la inconstancia de los bárbaros, el padre Pícolo instruia á los niños dentro del campo y el padre Salvatierra catequizaba fuera á los adultos. Con su constante empeño habian instruido y bien dispuesto á muchos para el bautismo; pero no querian bautizarlos, porque temian su inconstancia y porque aun era incierta la permanencia de aquella mision. Solo fueron bautizados los que se hallaban en peligro de muerte, en los cuales se observaron muchos indicios notables de la providencia del Señor. Tambien entre los catecúmenos se vieron algunos ejemplos raros de las maravillosas operaciones de la gracia, y entre otros es digno de memoria el que cuenta el mismo padre Salvatierra en una carta al padre Ugarte. Un niño de cuatro años llamado *Juan Caballero* con una varita en la mano á imitacion de los *fiscales* ó maestros de la doctrina cristiana, guiaba á los otros en la repeticion da las oraciones que se les enseñaban: si veia platicar á algu-

nos les intimaba silencio poniéndoles el dedo en la boca: acabada la doctrina tomaba los rosarios y reliquias que llevaban consigo los soldados, é hincándose los besaba y se los ponia reverentemente sobre los ojos, y no contento con hacer estas demostraciones, queria que tambien los otros las hiciesen, porfiando con ellos hasta que lo conseguia, lo cual enternecia á los soldados hasta el grado de hacerlos llorar.

Cuando los misioneros estaban mas empeñados en estos ejercicios y mas satisfechos del aprovechamiento de los indios, comenzaron estos á ausentarse poco á poco del campo, porque siendo junio el tiempo de la cosecha de las pitahayas, andaban por todas partes recogiendo aquella fruta de tanto aprecio para ellos. Este disgusto fué pronto seguido de otro mas grave, pues no habiendo regresado el buque enviado desde dos meses antes á traer víveres al Yaqui, ni venido las provisiones que de Méjico se esperaban, habia en el campo tanta escasez, que no habian quedado mas víveres que tres costales de mala harina de trigo y otros tantos de maiz picado, lo cual aumentó tanto la afliccion, que el padre Salvatierra en una relacion que entonces escribió, se explica de esta manera: "Comienzo á escribir " esta relacion sin saber si podré acabarla, por- " que al presente nos hallamos aquí en grande " necesidad por falta de víveres, los cuales van " cada dia escaseando mas, y como yo soy el " mas viejo de todos los del campo de la Vírgen " de Loreto, seré el primero en pagar el comun " tributo á la naturaleza."

Pero lo mas admirable es que los misioneros en medio de tantos contratiempos y peligros hubiesen sabido conducir tan bien aquella reunion de veintidós hombres de diversas naciones y de una profesion en general muy libre, que no hubiese habido entre ellos ninguna contienda, ni un perjurio, ni una imprecacion. Al contrario, todos asistian con puntualidad á los ejercicios diarios de devocion, y especialmente á una novena que entonces se rezó á la santísima Vírgen para alcanzar de Dios el socorro deseado; y habiendo oido en una plática contra el perjurio, vicio tan comun entre los soldados y marineros, que en no sé qué ciudad de Alemania el perjuro era condenado á pagar una multa, ellos mismos se impusieron espontáneamente la misma pena, y andaban muy solícitos en aplicarla al que incurriese en ella.

§ XIV.

PÉRDIDA QUE TUVO LA COLONIA. MISIONES DE SAN JUAN BAUTISTA DE LONDÓ Y DE SAN JAVIER DE VIGGÉ.

Estaba para concluir la novena y con ella los víveres, cuando llegó un buque nuevo y grande llamado San José, construido por un comerciante de Nueva Compostela y procedente de Chacala con las provisiones que el padre Ugarte habia enviado de Méjico para la mision, y siete soldados voluntarios. Como se creia que el buque de la mision habia perecido, quiso el padre Salvatierra comprar este, que le pareció bastantemente bueno. El patron que por la experiencia adquirida en aquel viaje sabia que estaba mal construido, convino de buena gana en la venta, y usando de mil engaños lo contrató en doce mil pesos, que debia pagar en Méjico el padre Ugarte. Descubierto de allí á poco el fraude, se gastaron otros seis mil pesos en componer el barco, que sin embargo de esto, en el primer viaje averió toda la carga, y en el segundo se fué á pique en Acapulco, donde por necesidad se vendió en quinientos pesos, con gran pérdida de la mision. Este mal fué remediado por la beneficencia del tesorero don Pedro Gil de la Sierpe, que regaló al padre Salvatierra dos buques, uno grande llamado San Fermin, y otro chico llamado San Francisco Javier, los cuales comenzaron luego á viajar, llevando á la California todo lo necesario de diversos puertos de Sinaloa y Nueva Galicia, y entre otras cosas caballos, bueyes y otros animales enviados por don Agustin de Encinas, bienhechor de la mision. Poseyendo ya los misionoros la lengua del país y teniendo caballos en que caminar por aquellas áridas y pedregosas montañas, determinaron internarse en la península por diversos puntos. Salió primero el padre Salvatierra á principios del año de 1699 acompañado de algunos soldados, y se dirigió hácia el N. O. á un lugar llamado *Londó*, distante nueve leguas de Loreto y habitado por muchas familias de indios; pero no halló ninguna, porque todas habian huido al verle llegar, á pesar de que muchas veces les habia dicho antes que queria hacerles una visita amistosa. Allí esperó dos dias; pero no viniendo los indios ni aun por haber sido llamados, se retiró á Loreto con su comitiva. Después se quejó con ellos de su desconfianza, consiguió disipar sus temores y en la primavera volvió al mismo lugar, le puso el nombre de *San Juan Bautista*, y se estuvo algunos dias con los indios instruyéndolos, acariciándolos y regalándolos.

Algunos indios de *Viggé–Biaundó*, lugar situado al Poniente detrás de una áspera montaña, habian venido á Loreto y manifestado mucha mansedumbre y tanta inclinacion á la doctrina cristiana, que los misioneros, á pesar de su resolucion de no bautizarlos sino en peligro de muerte, dieron el bautismo á un jóven muy vivo y bien dispuesto llamándole *Francisco Javier*. El padre Píccolo determinó ir á aquel lugar, como en efecto lo hizo el 10 de marzo acompañado solamente de algunos indios amigos á causa del desaliento de los soldados; pero hubo grandes dificultades que vencer en el viaje, porque la montaña era muy escarpada y no habia camino abierto. El padre fué recibido con mucha afabilidad

por los indios de Viggé-Biaundó, en donde permaneció cuatro dias doctrinándolos, y supo que lo mismo hacia espontáneamente el nuevo cristiano *Francisco Javier*. Parecióle aquel lugar á propósito para plantar una mision, porque los indios tenian buenas disposiciones para abrazar el cristianismo y porque en el valle próximo habia tierras capaces de cultivo, provistas de agua y de buenos pastos para mantener ganado. La dificultad del camino fué de tal suerte allanada, aunque con sumo trabajo, por los soldados, alentados por el padre Píccolo y ayudados de los indios, que en junio ya estaba abierta una buena senda por donde se comenzó luego á caminar á caballo de Loreto á Viggé-Biaundó. En octubre se trasladó el padre á construir con el auxilio de los soldados y de los indios una capillita y algunas casillas de adobe techadas con heno para que sirviesen de habitaciones: este fué el orígen de la mision de San Francisco Javier, cuya capillita fué dedicada por el padre Salvatierra el 1º de noviembre con mas devocion que solemnidad.

Mientras el padre Píccolo se ocupaba en establecer aquella nueva mision y en reconocer parte de la costa occidental de la península, el padre Salvatierra hizo su tercer viaje á Londó, del que sacó poco fruto por la enemistad que habia entre las diversas tribus que allí concurrieron, las cuales se hicieron algunas hostilidades en que tocó alguna parte aun al mismo misionero, pues tuvieron algunos indios el atrevimiento de flechar la mula en que iba. El sin embargo con su paciencia y sus buenas razones consiguió apaciguarlos y reconciliarlos.

§ XV.

CALAMIDAD DE LA COLONIA, PARA CUYO REMEDIO IMPLORAN INUTILMENTE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE LA PROTECCION DEL GOBIERNO.

Entre estos sucesos á veces prósperos, á veces adversos, llegó el año de 1700, en el cual y en el siguiente sobrevinieron tantas calamidades á la colonia, que infaliblemente se hubiera arruinado á no estar sostenida por una providencia especial de Dios. El número de los colonos llegaba en aquel tiempo á sesenta, todos expensados por el padre Salvatierra, y por tanto se necesitaba llevar de fuera mayor cantidad de víveres, porque el terreno de la península no se hallaba aun en estado de producirlos. Los bastimentos con que contaba la colonia eran San Fermin y San Javier, porque el San José se habia inutilizado, como se ha dicho. Los soldados hasta entonces se habian mostrado contentos, como era justo, de su subordinacion á los misioneros, por quienes eran pagados. Del gobierno de Méjico se esperaba con razon auxilio y proteccion en favor de la colonia, porque habiendo intentado fundarla por tantos años y con tan considerables gastos, parecia que una vez fundada debia esforzarse en socorrerla; pero los hombres son de tal condicion, que despues de haberse empeñado con indecible trabajo en conseguir alguna cosa, no procuran conservarla cuando la consiguen. Efectivamente, todas aquellas esperanzas se desvanecieron como el humo, y todas las ventajas conseguidas se tornaron en otras tantas desgracias. El bastimento San Fermin baró en el puerto de Ahome y se hizo pedazos con el impulso de las olas por culpa de los marineros, que se prometian mayor utilidad de la construccion de otro. No quedó pues mas que el chico llamado San Javier, en el cual, aunque maltratado con la borrasca que habia sufrido, se embarcó el padre Salvatierra para ir con mucho riesgo á Sinaloa á buscar remedio á los grandes males que experimentaba la mision; pero de nada sirvieron todas las diligencias que hizo.

En los dos años anteriores habia escrito muchas veces al virey, dándole cuenta del principio y progresos de la mision; pero este señor no se habia dignado contestarle. En marzo de este año de 1700 extendió un largo memorial dirigido al real acuerdo y firmado por los dos misioneros y otras treinta y cinco personas de la colonia, en el cual referia compendiosamente todo lo acaecido en la California; exponia el estado de la colonia, los grandes gastos erogados en ella y la imposibilidad de pagar á los soldados con unas limosnas que sobre lo incierto habian llegado á ser escasas y tardías; imploraba la proteccion del rey, pidiendo que para no perder el fruto de tantas fatigas, se pagase aquella tropa por el erario, así como se hacia con tantos otros presidios que el gobierno tenia en las fronteras de los gentiles; hacia ver los males que infaliblemente debian resultar de que la mision fuese abandonada por los soldados, y concluia protestando la resolucion que él y su compañero el padre Píccolo tenian de permanecer allí aun cuando quedasen solos y evidentemente expuestos á las violencias de los bárbaros. Desde Sinaloa dirigió otro memorial al virey haciéndole presente el peligro en que la colonia se hallaba de perecer de hambre, por no haber para el trasporte de los víveres mas que un bastimento en mal estado, y suplicándole que destinase á este objeto otro decomisado en Acapulco á un comerciante del Perú.

Pero nada de lo que pretendia pudo conseguir entonces, á pesar de sus justas y eficaces razones y de las urgentes instancias del padre Ugarte, procurador de la mision. Este reprendia, aunque modesta y respetuosamente, á aquellos señores su total indiferencia respecto á la colonia cuando ya estaba plantada, siendo así que pocos años antes despues de mil tentativas no menos inútiles que dispendiosas, suplicaban encarecidamente á la Compañía de Jesús que se encargase de aquella expedicion tan suspirada, prometiéndole trein-

ta mil pesos anuales para los gastos. El fiscal alegaba que en el acuerdo celebrado en 1697 se habia obligado el padre Salvatierra á ejecutar la empresa sin gravar el real erario. Es cierto, contestaba el padre Ugarte, que él obtuvo el permiso de entrar en la California con la condicion de no causar gastos al erario, como lo ha hecho, plantando la primera colonia y conservándola por tres años a costa de mucho trabajo y con solo las limosnas de los bienhechores; pero hay gran diferencia entre crear una colonia y conservarla para siempre, y aun cuando él se hubiera obligado á esto, ahora que se halla inculpablemente en tan grave necesidad, los intereses de la religion y del Estado exigen que se le favorezca y ayude.

Esta oposicion tan grande del gobierno á las pretensiones del padre Salvatierra traia su orígen de los falsos rumores esparcidos maliciosamente contra los jesuítas por sus enemigos, que no podian sufrir que un jesuíta hubiera llevado al cabo aquella empresa que habian intentado en vano muchos hombres valerosos á tanta costa y con tan grande aparato de navíos, armas y gente; ni podian comprender cómo un hombre bien nacido, dotado de talento y adornado de conocimientos, quisiera espontáneamente privarse de la compañía de sus caros hermanos y de las comodidades y honores que podia disfrutar en su colegio, por ir á países remotos é incultos y llevar una vida congojosa entre los salvajes, sino animado de segura esperanza de enriquecer. Como el hombre animal, segun dice san Pablo, no entiende las cosas del espíritu de Dios, no puede tampoco imaginarse que haya alguno capaz de sacrificar á la sola gloria divina todas las comodidades de la vida y todos los bienes del mundo. La California se habia hecho famosa por la abundancia de sus perlas, con cuya pesca habian enriquecido no pocos; y aunque á todos era notorio el poco aprecio que los misioneros hacian de esta pesca, que ni hacian por su cuenta ni permitian á los colonos sus dependientes; sin embargo, sus enemigos se habian persuadido ó querian persuadirse que esta riqueza era la que ellos buscaban en la California. Las limosnas de los bienhechores de la mision eran otro orígen de falsos rumores contra los jesuítas, pues aunque ellas eran insuficientes para los gastos que debian hacerse en un país tan remoto y falto absolutamente de todo, eran sin embargo bastantes para enriquecer á un particular; por tanto, los que no habrian tenido valor para envidiar los trabajos, penalidades y peligros de los misioneros, envidiaban el capital de la mision.

Entre otras calumnias se esparció la voz de que la pérdida del bastimento San Fermin no era cierta, sino fingida por los misioneros para extraer aquel dinero del real erario; y á pesar de que esta calumnia grosera quedó desvanecida con el testimonio de muchas personas respetables, no cesaron los rumores, los cuales tuvieron nuevo apoyo en las cartas de don Antonio García de Mendoza, capitan del presidio de la California. Don Luis de Torres Tortolero, como ya lo hemos dicho, fué el primer capitan del presidio; pero después de haber servido muy bien, hallándose enfermo de una inflamacion de ojos que le causó el aire de aquel país, se licenció en 1699 con mucho sentimiento de los misioneros, llevando una certificacion que el padre Salvatierra le dió sobre sus servicios y buen porte, la cual le sirvió para obtener algunos buenos empleos en la Nueva Galicia. En su lugar fué nombrado capitan el citado García, que aunque era soldado muy valiente, no era hombre muy honrado. Este á pesar de que debia su empleo al padre Salvatierra y estaba pagado por él, queria sustraerse de su dependencia para poder servirse á su arbitrio de los indios, como suelen hacerlo algunos gobernadores y capitanes de Sinaloa y de otros lugares de la América, con indecible perjuicio de los neófitos y de las misiones. Queria tambien que en vez de los trabajos que se hacian en la California para mejorar el estado de la colonia, se le permitiese á él y á los soldados la pesca de perla, con el fin de enriquecer pronto; y como no pudo conseguir ni uno ni otro, desahogó su encono contra los misioneros en varias cartas dirigidas al virey y á algunos de sus amigos; pero tan embrolladas y llenas de contradicciones, que se echaba de ver luego en ellas cuánto le habia cegado la pasion. Para dar alguna idea de esto basta lo que escribió al virey en la carta de 22 de octubre de 1700, en la cual después de haber dicho que los padres Salvatierra y Píccolo eran unos *hombres santos*, *apóstoles y querubines*, y de haber ensalzado hasta las estrellas sus trabajos, su celo y su desprendimiento de las cosas terrenas, se queja amargamente de ellos por los trabajos impendidos en allanar el camino, en construir algunas fábricas y en otras cosas no solo útiles, sino absolutamente necesarias en la colonia, y concluye de esta manera: "Yo no hallo otro " remedio para refrenar tanta temeridad, que ha" cérselo saber al reverendísimo padre provin" cial de la sagrada Compañía de Jesús, y su" plicarle que retire de la California á estos re" ligiosos y los ponga donde sean castigados con " la pena que merecen, y que á mí tambien me " ponga en un castillo con una gruesa cadena á " fin de que pueda yo servir de escarmiento á " mis sucesores." Pero este buen hombre sufria aquellos grandes males porque queria, pues fácilmente podria haberse librado de ellos renunciando su empleo y yéndose á donde mas le agradase.

Los enemigos de los jesuítas no dejaron de esparcir por todas partes copias de estas cartas, á las cuales, aunque tan dignas de desprecio, les dieron crédito algunos oidores y otras personas, persuadiéndose que la subordinacion de los sol-

dados de la California á los misioneros era efecto de la ambicion jesuítica de mandar en todas partes.[1] Estas y otras especies esparcidas en el vulgo por personas respetables, desalentaron mucho la liberalidad de los bienhechores, lo cual retardó notablemente los progresos del cristianismo en la península, y la mision se redujo á tal estado, que no pudiendo mantenerse en ella tanta gente, fué necesario licenciar una parte considerable, dándose ocasion á los bárbaros de insolentarse y hacer varias tentativas contra la colonia. El padre Salvatierra en una carta escrita á su amigo el fiscal de Guadalajara, después de haberle dicho que ya habia licenciado diez y ocho soldados, añade: "Para licenciar el resto de la " gente no espero mas que la última resolucion " del gobierno de Méjico, á quien ya dirigí mis " protestas finales. Licenciados que sean todos, " pensaremos en pagar lo que quedáremos á de- " ber; pero si antes de poderlo hacer los cali- " fornios, mis queridos hijos en Cristo, viéndonos " indefensos nos mandaren á dar cuenta á Dios, " la Vírgen pagará por nosotros."

§ XVI.

VIAJE DEL PADRE SALVATIERRA PARA PROVEER LA COLONIA.—LLEGA EL PADRE JUAN DE UGARTE Á LA CALIFORNIA.—SE RECIBEN ALGUNOS VÍVERES.

Pero considerando él que la colonia no podia absolutamente subsistir si no se aseguraba lo necesario para los colonos, que esto no podia hallarse en la California y que el llevarlo de Méjico se hacia cada vez mas difícil, determinó ir á buscarlo á las misiones de Sonora, país rico en minas, de terreno fértil y poco distante de la península, pues entre uno y otro no hay mas distancia que la anchura del golfo intermedio. Con este propósito partió de Loreto á fines de octubre de 1700, y habiendo recogido en Sinaloa algunos subsidios para su mision, pasó á Sonora á verse con el padre Kino, su antiguo amigo y bienhechor. Este celoso é infatigable misionero, no pudiendo como hubiera querido trabajar personalmente en la mision de la California, porque la obediencia le tenia en Sonora, hacia lo posible por sostenerla enviando de Guaymas á Loreto ganado, muebles y víveres que solicitaba en las minas y en las misiones. Mas su grande celo, como el del padre Salvatierra, no se limitaba á aquellas cosas ni á aquellos tiempos. Ambos ansiosos de ampliar el reino de Cristo, pensaban extender sus respectivas misiones hácia el Norte, hasta que llegando á juntarse mas allá de los 33° pudiesen ayudarse recíprocamente. En esta ocasion que concurrieron, queriendo reconocer todo el país á que destinaban sus tareas apostólicas, se dirigieron hácia el rio Colorado en marzo de 1701, acompañados de diez soldados y de algunos indios por el camino de la costa, que aunque malo era el mas corto. Habiendo llegado mas allá del paralelo de 32°, observaron distintamente desde la cumbre de un monte la union de la California con el continente; pero no pudieron pasar adelante, porque desde aquel monte hasta el rio Colorado habia un arenal de treinta leguas. El año siguiente y por otro camino mas practicable, repitió el padre Kino su viaje tanto á aquel rio como al Gila, y tuvo oportunidad de observar atentamente sus márgenes.

Habiendo colectado el padre Salvatierra algunas limosnas en las misiones de Sonora, regresó á fines de abril á Loreto, en donde tuvo el grande placer de hallar al padre Ugarte, que habiendo salido de Méjico el 3 de diciembre del año anterior con el objeto de llevar provisiones á la colonia, caminó cuatrocientas leguas por tierra hasta un puerto de Sinaloa, en donde no hallando para pasar el golfo mas que un barco pequeño, viejo y abandonado como absolutamente inútil, se embarcó en él intrépidamente, y en tres dias de próspera navegacion arribó á Loreto el 19 de marzo de 1701. Halló la colonia en la mayor miseria, pues ya hacia cinco meses que no recibia ningun socorro; pero á pocos dias tuvieron el consuelo de ver llegar al puerto el bastimento San Javier, cargado de provisiones aprestadas tres meses antes por el mismo padre Ugarte. Este no tenia licencia de sus superiores para permanecer en la California, pero se la consiguió el padre Salvatierra, que aunque sentia no tener en Méjico un procurador tan activo, preveia cuánto haria para contribuir á los progresos del cristianismo en la península un hombre de tanto talento y de tan heróica virtud.

§ XVII.

NOMBRAMIENTO DE OTRO CAPITAN.—ATENTADO DE LOS INDIOS DE VIGGÉ.

Sobre la escasez de víveres habia otros males de mucha consideracion. El capitan García, siguiendo disgustado con aquella vida, turbaba con su inquietud la paz de toda la colonia; mas al fin viendo que ni sus amargas cartas movian al virey á sustraerle de la subordinacion á los misioneros, ni estos le permitian que ocupase como pretendia á los indios en la pesca de perla, tomó el partido de dejar el empleo licenciándose, como lo hizo con mucho gusto de los misioneros.

1 El padre Salvatierra fué nombrado provincial de los jesuítas de Méjico en 1704; pero hizo tantos esfuerzos para libertarse de aquel empleo y volverse á la California, que finalmente lo consiguió. Si él hubiera sido ambicioso de mandar, no hubiera dejado el mando de un cuerpo tan ilustre en una metrópoli tan lucida como Méjico, por ir á hacerse obedecer de cuatro tristes soldados en un oscuro rincon de la miserable y casi desierta California.

Y para que los soldados viviesen mas contentos bajo un capitan creado por ellos mismos, les dejó el padre Salvatierra la libertad de nombrarle, haciendo la eleccion por votos secretos. De ella resultó electo casi con todos los votos el portugués D. Estévan Rodriguez Lorenzo, buen cristiano, honrado, activo, intrépido, moderado y prudente. El año de 1697 entró á la California con el padre Salvatierra, y permaneció allí hasta su muerte. En los cuarenta y nueve años de su residencia en la península, contribuyó mucho al establecimiento de las misiones, á la propagacion del cristianismo y á la tranquilidad de los soldados y de los indios.

Poco antes de la eleccion de este nuevo capitan, los indios de Viggé, instigados por sus guamas ó doctores, tomaron la bárbara resolucion de destruir la mision de San Javier y de asesinar al misionero, á despecho de varios indios fieles que se oponian á su intento. Un dia, pues, vinieron atumultados á la mision, y no habiendo hallado en ella al padre Píccolo, que afortunadamente habia salido, descargaron su furia contra la casa, la capillita y los muebles de ambas, destruyéndolo todo, haciendo pedazos el Crucifijo y disparando flechas al rostro de una imágen pintada de la Vírgen de los Dolores, la cual decian que era la amiga del misionero. Habiendo este sabido por un indio fiel lo que habia acaecido en la mision, se fué para Loreto, de donde salió un oficial con algunos soldados á castigar aquel atentado; pero los culpables habian ya huido por los montes mas escabrosos. De esta manera quedaron impunes, y de allí á poco, solicitados por los misioneros, vinieron humillados á Loreto á pedir perdon, dando á conocer su inconstancia, tan comun entre los hombres caprichosos, y la mision no tardó mucho en restablecerse ventajosamente, como veremos después.

§ XVIII.

EL PADRE UGARTE ACEPTA LA MISION DE SAN JAVIER.—EXTRAORDINARIO CELO DE ESTE MISIONERO.

Como los indios de San Javier después de su arrepentimiento parecian tranquilos y bien dispuestos á sujetarse á la enseñanza del misionero, y como por otra parte no convenia abandonar aquel terreno, que parecia el mas propio para la agricultura, porque en Loreto apenas se habia podido hacer útil un pequeño sitio para plantar frutales y hortaliza; el padre Salvatierra encargó al padre Ugarte la mision ante el altar de la Vírgen, porque el padre Píccolo tenia que marchar para la Nueva España á evacuar algunos negocios de la California. El padre Ugarte aceptó de buena gana el encargo, y se fué luego á desempeñarle acompañado de algunos soldados; pero en muchos dias no compareció ningun indio, ó por temor ó por odio á los soldados. Estos le aumentaron el disgusto con su inquietud, porque ni tenian indios que les sirviesen, ni él les permitia que fuesen á buscarlos, temiendo, con razon, que con sus hostilidades les inspirasen mas desconfianza. Al fin resolvió retirar á los soldados, poniéndose en manos de la Providencia. Un dia pasó en aquella soledad con el espíritu agitado alternativamente por la piadosa esperanza de martirio y por el temor natural de la muerte. Por la tarde se acercó á la cabaña un muchacho en ademan de espiar, y habiéndole visto el padre Ugarte, le acarició, le regaló y le mandó que dijese á los suyos que podian venir sin temor, porque ya no habia soldados. Asegurados de esta suerte los salvajes, comenzaron á venir poco á poco, y se volvió á establecer el ejercicio de la doctrina. Mas este grande hombre, animado de un verdadero celo, no contento con enseñarles los misterios de la religion cristiana y procurando arrancar de sus corazones el apego que tenian á sus doctores y á sus antiguas supersticiones, se tomó el arduo empeño de civilizarlos, enseñándoles aquellas artes y acostumbrándolos á aquellos trabajos que requiere la vida social. Lo que tuvo que sufrir de unos hombres acostumbrados á una perpetua ociosidad y á una libertad desenfrenada, podrá en algun modo imaginarse, pero no puede expresarse suficientemente.

Todas las mañanas después de la misa, que él celebraba y oian los indios, seguia el ejercicio de la doctrina, y concluido este les distribuia el pozole á los que habian de trabajar, y los llevaba ó á la fábrica de la iglesia y de las casitas que estaba edificando para sí y para los neófitos, ó al campo á quitar los matorrales y las piedras y preparar el terreno para la siembra, ó hacer represas y zanjas para regar la tierra. En las fábricas hacia no solo de arquitecto, sino de albañil, de carpintero y de todo; porque ni las exhortaciones, ni los halagos, ni los dones de que se valia hubieran sido bastantes para sacudir la desidia habitual de aquellos hombres embrutecidos, si él no los hubiera alentado con su ejemplo, siendo el primero en el trabajo y el que mas trabajaba. Efectivamente, él era el primero en llevar y labrar las piedras y la madera, en pisar el lodo, en cavar la tierra y en ordenar los materiales. El mismo llevaba á pacer el pequeño rebaño que tenia la mision. El se ocupaba igualmente en todos los oficios; ya se le veia con la hacha en la mano quitando los matorrales, ya con el pico rompiendo las piedras, ya con la coa labrando la tierra, lo que solia hacer descalzo de pié y pierna. Yo no puedo recordar esto sin enternecerme y reconocer el poder de la divina gracia al ver reducido á una vida pesada y trabajosa á un caballero criado entre las delicias de una casa opulenta, sepultado en una oscura y remota soledad á un letrado sumamente aplaudido en las escuelas y púlpitos de Méjico, y á un

hombre de ingenio sublime voluntariamente condenado á conversar treinta años con estúpidos salvajes.

Después de comer llevaba á los indios á rezar el rosario, en seguida les explicaba la doctrina cristiana, y concluido esto les daba de cenar. Como aquellos bárbaros no eran capaces de prever el fruto de tales trabajos, que por entonces los privaban de su ociosidad y libertad, hallaban mil modos de cansar la paciencia de su caritativo misionero, ó ausentándose, ó no viniendo á tiempo, ó resistiéndose con altanería á trabajar, ó burlándose de él, ó finalmente, amenazándole hasta con la muerte. No habia mas recurso que sufrirles sus impertinencias, acostumbrándolos con discrecion á la vida laboriosa, condescendiendo á menudo con su debilidad, y mezclando á veces la suavidad con la entereza para hacerse respetar.

En los principios estaban muy inquietos á la hora de la doctrina, conversando entre sí, burlándose de lo que oian y echando frecuentes y grandes carcajadas. El advirtió que el principal motivo de aquellas burlas eran sus desbarros en la lengua, y que los mismos indios, cuando les consultaba acerca de las voces ó de la pronunciacion, le contestaban de intento despropósitos, para tener después de qué reir en la hora de la doctrina, y por eso de allí en adelante ya no preguntaba sino á los niños, como mas sinceros. Toleraba pacientemente estos insultos, y á veces los reprendia con alguna severidad; pero viendo que todo esto de nada servia, tomó un partido extraño, pero oportuno y acomodado á la condicion y circunstancias de aquellos bárbaros. Desde que comenzó á tratarlos conoció bien su carácter, y advirtió que no apreciando la virtud, el ingenio ni ninguna prenda espiritual, sino solamente la valentía y las fuerzas, no respetaban sino á los hombres valientes y forzudos. Quiso por tanto darles una muestra de la grande fuerza con que le habia dotado la naturaleza, para que respetasen su persona y su doctrina. Entre los indios que concurrian al catequismo habia uno que ponderaba mucho su pujanza, y puntualmente por este motivo era el menos moderado en sus burlas y risadas. Un dia, pues, que este bárbaro se reia descompasadamente, le asió repentinamente el padre por los cabellos, y levantándole en el aire le tuvo por algun tiempo suspendido, agitándole tres ó cuatro veces. Esto atemorizó á los otros en tal grado, que todos huyeron al momento, pero después volvieron poco á poco, y en lo sucesivo permanecieron siempre quietos y atentos durante la doctrina. En otra ocasion le dijeron al padre que habia entre ellos algunos valientes luchadores que querian probar sus fuerzas con él: *Bien*, contestó, *¿quién es el mas valiente de todos?* Luego que se le señalaron le tomó de un brazo, y con los dedos le oprimió tan fuertemente el lagartillo, que le hizo dar un terrible grito de dolor. *Vaya*, añadió entonces, *no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.*

Pero ninguna cosa contribuyó tanto á dar á la pujanza del padre Ugarte crédito entre los bárbaros, como lo que hizo con un leon. Se habia multiplicado en la península esta especie de fieras y hacian muchos perjuicios tanto al ganado como á los hombres. El padre Ugarte exhortaba con frecuencia á los indios á que los matasen; pero estas exhortaciones eran infructuosas, porque engañados, como se ha dicho, por sus doctores, estaban invenciblemente persuadidos de que moria el que mataba un leon, y así para desengañarlos no habia mas arbitrio que la experiencia. Un dia, pues, caminando el padre Ugarte por el bosque, divisó á lo lejos un leon que se dirigia á él, y echando pié á tierra y tomando en la mano algunas piedras, le salió al encuentro, y cuando le tuvo á tiro le acertó en la cabeza una pedrada que le derribó. Mas no trabajó tanto en matarle como en llevarle á la mision, distante dos leguas, porque no podia conseguir que la mula que montaba consintiese semejante carga. Para vencer esta dificultad colocó el leon en un árbol que habia en el camino, y montando en la mula la obligó con las espuelas á pasar junto al árbol, y al pasar cogió al leon y le echó en la grupa. La mula corcoveando furiosamente, y después corriendo precipitada, le llevó en pocos minutos á la mision. No pudiendo los indios dudar de aquel hecho porque la sangre del animal aun estaba caliente, y viendo que pasado algun tiempo ni murió el padre ni le sobrevino mal alguno, comenzaron á desengañarse y se dedicaron en lo sucesivo á matar aquellas fieras tan perniciosas.

Estos y otros hechos notables, cuya memoria se conservaba aun en nuestro tiempo entre los habitantes de la California y entre los jesuítas de la Nueva España, y cuya relacion se publicó en la vida de este grande hombre impresa en Méjico, hicieron bastante célebre el nombre del padre Ugarte; pero se adquirió una gloria mucho mayor entre los verdaderos apreciadores del mérito con sus virtudes, con sus tareas apostólicas y con los relevantes servicios que hizo á la Iglesia de la California, primero de procurador colectando limosnas y promoviendo con celo é industria los asuntos de aquella colonia, y después de misionero plantando misiones, construyendo edificios, desmontando bosques, abriendo caminos, introduciendo en aquel país inculto la agricultura y otras artes útiles á la vida, doctrinando aquellos salvajes, civilizándolos y convirtiéndolos en buenos ciudadanos y excelentes cristianos. Y ¿quién podrá decir lo que tuvo que sufrir de su grosería? Citaremos un solo hecho. Después de haberse empeñado mucho en instruirlos, predicó un dia acerca de la espantosa actividad del fuego del infierno y la atrocidad y eternidad de sus tormen-

tos, y cuando creia haber sacado mucho fruto de su sermon, oyó que los indios se decian unos á otros que el infierno era sin disputa un país mejor que la California, porque habiendo allá un fuego perpetuo, nunca se padeceria frio. Semejante modo de pensar, que habria bastado para desalentar el celo mas ardiente, no pudo entibiar el del padre Ugarte, porque siguió constantemente en sus trabajos, de los que al fin cogió un fruto abundantísimo, formándose en la mision de San Javier un cristianismo puro é inmaculado. Aquellos neófitos cazadores se convirtieron en agricultores y artesanos muy bien instruidos en la religion, morigerados y laboriosos; aquellas llanuras absolutamente incultas y aquellas colinas llenas de matorrales y piedras, se trasformaron en campos bien cultivados, en donde sembró trigo, maíz y varias especies de hortalizas y legumbres y en donde plantó una viña, la primera que hubo en la península, y varias clases de árboles frutales conducidos de Méjico. El excelente vino que se cosechaba servia para todas las misas que se celebraban en las misiones, y el sobrante se mandaba á la Nueva España regalado á los bienhechores. Las cosechas de trigo y de maíz, aunque no bastaban para el consumo de todo el año, servian para la mayor necesidad, economizándose los gastos que era preciso hacer en traer de la Nueva España aquellas provisiones. El año de 1707 por la falta de lluvias hubo mucha escasez de granos en Méjico, y principalmente en las fértiles provincias de Sonora y Sinaloa. En la California, donde las lluvias son comunmemte muy escasas, faltaron tambien aquel año; pero la industria del padre Ugarte suplió esta falta, de tal modo que en una carta que en 9 de junio escribió al fiscal de Guadalajara, le dice: "Gracias al Señor que ya " llevamos aquí dos meses de estar comiendo buen " pan del trigo de nuestra cosecha juntamente con " todos los soldados y marineros, al mismo tiempo " que se mueren de hambre los pobres de Sonora " y Sinaloa. ¿Quién lo creyera?"

No contento aquel hombre incomparable con haber sostenido con la agricultura aquella colonia, proveyéndola en gran parte de los víveres necesarios, pensó tambien en vestir á sus desnudos neófitos, sin que fuese preciso que los lienzos viniesen de Méjico á grande costa. Luego que las ovejas se multiplicaron suficientemente, enseñó á los indios el tiempo y el modo de trasquilarlas, de cardar la lana, de hilarla y de tejerla, y él mismo les hizo las ruecas, los tornos y los telares. Y para mejorar aquellas labores llevó de la Nueva Galicia, contratado en quinientos pesos anuales, al tejedor Antonio Moran, el cual estuvo mucho tiempo en la California instruyendo á los indios y perfeccionando sus manufacturas.

§ XIX.

PENURIA DE LOS COLONOS. SUBLEVACION Y PACIFICACION DE LOS INDIOS.

Estas ventajas, que no alcanzó el padre Ugarte sino después de muchos años de trabajos, habrian sido muy apreciables en los años primeros, cuando la colonia estaba mas necesitada; mas al concluir el año de 1701 estaban tambien para concluir las provisiones que habia en Loreto. Fué por tanto necesario que el padre Píccolo apresurase su viaje á la Nueva España, así para solicitar víveres como para manifestar de palabra al gobierno de Méjico y al de Guadalajara lo que infructuosamente se les habia representado por escrito. Se embarcó pues el 26 de diciembre, dejando á los padres Salvatierra y Ugarte en grande necesidad, hasta el 29 de enero de 1702 en que arribó al puerto el bastimento San Javier, cargado de trigo, maíz y otras provisiones; pero estas duraron poco, porque como dice el capitan don Estévan Rodriguez en sus diarios, "era tan grande la caridad del padre Salvatierra en socorrer á los indios, que a pocos dias quedamos reducidos á mayor necesidad." Esta llegó á tal extremo en la primavera, que llegando á faltar del todo los víveres, se vieron precisados tanto los misioneros como los soldados á buscar su sustento al modo de los californios, en la pesca, en las raíces y en las frutas silvestres, siendo el padre Ugarte el primero en la industria y trabajo de buscar alimento para todos. Mueven ciertamente á compasion las cartas que en aquel tiempo escribieron los misioneros refiriendo sus trabajos.

La necesidad se agravó por una sublevacion de los indios ocasionada por la temeridad de un soldado. Este estaba casado con una california convertida al cristianismo, la cual en junio se ausentó sin permiso de su marido y sugerida por su madre para asistir al baile y otras diversiones que entonces hacian los salvajes por la cosecha de las pitahayas. El soldado, disgustado por la fuga de su mujer, pidió licencia para ir á buscarla y traerla á Loreto; y habiéndosele concedido para cierto término, volvió sin haberla hallado; pero á pocos dias, impulsado de su pasion, marchó de nuevo sin permiso del capitan y acompañado de un californio, y habiendo encontrado en el camino un indio anciano que procuraba disuadirle de aquel viaje manifestándole que le era muy peligroso, riñó con él y le mató de un balazo. Excitados con el trueno del arcabuz todos los bárbaros que se hallaban en las cercanías, acudieron prontamente, é indignados contra aquel temerario soldado, le mataron, é hirieron al californio que le acompañaba. Este huyó precipitadamente á Loreto y dió aviso á los españoles. El capitan, después de haber hecho saber á los misioneros, que entonces se hallaban en Londó, lo que habia acaecido,

para que viniéndose con tiempo á Loreto pusiesen en seguro sus personas, salió con su pequeña tropa contra los conjurados, los cuales, sabiendo el estado miserable de la colonia, trataron de sublevar contra ella casi toda la tribu. Los españoles, no menos fatigados con la hambre que con la aspereza del camino, tuvieron mas bien que batalla, algunas escaramuzas, sin mas fruto que matar tres ó cuatro conjurados. El padre Ugarte habia sembrado maíz en Viggé y esperaba levantar su primera cosecha, cuando los conjurados talaron el campo y mataron algunas de las cabras con cuya leche se alimentaba aquel misionero, y habrian tambien arruinado la capilla y la casita de la mision de San Javier si no hubieran sido defendidas por los soldados y por los indios fieles. Estas turbulencias duraron hasta la llegada del bastimento venido de Sinaloa con víveres y alguna gente. Todo se tranquilizó entonces poco á poco, haciendo los conjurados las paces con los españoles por medio de los indios fieles.

§ XX.

ÓRDENES DEL REY. PROMESAS DE FUNDAR MISIONES. DOS NUEVOS MISIONEROS. VIAJES DE LOS PADRES SALVATIERRA Y UGARTE.

Entre tanto el padre Píccolo, habiendo, como se dijo, salido de Loreto el 26 de diciembre de 1701, después de haber aprestado en Sinaloa víveres para la colonia, marchó á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde tuvo noticia de tres órdenes del rey expedidas en favor de la California. En fin de 1698 el virey de Méjico habia hecho saber á la corte la empresa de los jesuítas en aquella península. Esta noticia fué allá bien recibida, y se esperaba de ella un buen resultado mediante la condesa de Galvez, vireina de Méjico y señora muy piadosa que se habia empeñado en secundar el celo del padre Salvatierra; pero la muerte de esta, acaecida el mismo año, y la grave enfermedad que al fin privó de la vida al rey Cárlos II en 1º de noviembre de 1700, no permitieron coger entonces el fruto que se esperaba. Habiendo ocupado el trono de España el piadoso jóven Felipe V, no obstante el cuidado de la guerra que sostenia por la sucesion á la corona, expidió en el primer año de su reinado órdones relativas á la California, dirigidas al virey de Méjico, á la audiencia y al obispo de Guadalajara, encargándoles que no descuidasen de aquella empresa, sino que la fomentasen y favoreciesen cuanto pudiesen, y dando las gracias á los misioneros jesuítas por sus tareas apostólicas. Mandó tambien que del real erario se les diesen anualmente seis mil pesos para los gastos de la colonia, y que se remitiese á la corte una relacion exacta de la calidad de la California, estado actual de la colonia y medios de aumentarla y facilitar su comunicacion con la Nueva España. Al padre Píccolo se le encargó que extendiese la relacion autorizada con tres testigos oculares, la cual se imprimió poco después en Méjico. El mismo padre consiguió, aunque con mucho trabajo, que se le diesen los seis mil pesos que el rey mandaba; pero no pudo conseguir otras cosas que pretendia favorables á la colonia.

Dios movió entonces los corazones de algunos caballeros de Méjico en favor de la península. El marqués de Villapuente, menos célebre por sus inmensas riquezas que por su religiosa profusion en muchas obras piadosas que costeó en América, en Europa y aun en Asia, prometió fundar tres misiones en la California, y de la fundacion de otra se encargó don Nicolás Arteaga, juntamente con su mujer doña Josefa Vallejo.

Con estas nuevas marchó el padre Píccolo para la California llevando consigo dos nuevos misioneros, el padre Juan Manuel Basalduá, de Michoacan, y el padre Gerónimo Minutuli, de Cerdeña. Se embarcó en el puerto de Matanchel en un bastimento llamado la Vírgen del Rosario, comprado entonces en Acapulco para el servicio de la colonia y cargado de provisiones y otras cosas necesarias para el presidio y las misiones. En la travesía del golfo fueron arrebatados por una borrasca tan feroz, que parecia inevitable el naufragio, aun después de haber arrojado al mar gran parte del cargamento; pero habiendo ocurrido con viva fe en lo mayor del peligro á la santísima Vírgen, protectora de la California, cesó repentinamente el viento y calmó la borrasca, y consiguieron llegar con felicidad al puerto de Loreto, á donde entraron con indecible júbilo de aquella atormentada colonia el 28 de octubre de 1702.

En diciembre se embarcó el padre Ugarte para Sonora, de donde condujo algunas vacas, obejas, cabras, caballos y mulas y una buena cantidad de víveres. Entre tanto el padre Salvatierra se habia internado en la península con el fin de observar mejor su terreno y habitantes; pero poco pudo hacer por tener que caminar á pié y por caminos tan malos. Posteriormente con el auxilio de los caballos, salió en marzo de 1703 á reconocer la costa occidental acompañado del capitan y algunos soldados y neófitos; mas no pudo hallar ningun puerto ni terreno labrantío, pues aunque habia algunos terrenos buenos, les faltaba del todo el agua. En mayo hizo otro viaje hácia el Noroeste, pero igualmente infructuoso.

§ XXI.

FIESTA DE CORPUS. CONJURACION Y CASTIGO DE LOS CONJURADOS. CARIDAD DE LOS MISIONEROS PARA CON UNOS CONTRABANDISTAS. ESCASEZ DE VÍVERES.

En el mes siguiente queriendo el padre Salvatierra dar á los neófitos y catecúmenos en la fies-

ta del Corpus una alta idea del sacrosanto misterio de la Eucaristía, reunió en Loreto á los misioneros y celebró allí la fiesta y procesion con toda la majestad y pompa posibles, avivando la fe y devocion de los españoles y excitando la admiracion y respeto de los indios; lo cual le dió ocasion de explicarles los motivos de aquella augusta ceremonia y de aquella santa alegria. Pero esta fué bien pronto seguida de un gran disgusto por la infausta noticia que dieron algunos indios de San Javier de que los autores de la pasada conjuracion unidos con otros bárbaros habian asaltado de noche á los neófitos y catecúmenos de aquella mision, y los habian matado á todos á excepcion de los pocos que ocurrieron á implorar la proteccion de los españoles. Todos los del presidio fueron de opinion que era preciso hacer un ejemplar en aquellos bárbaros, para enfrenar su audacia é impedir sus frecuentes hostilidades. El capitan, acompañado de sus soldados y de algunos indios fieles, salió del presidio á media noche y con mucho silencio para ir en pos de los conjurados, de los cuales á pesar de que al ser alcanzados huyeron precipitadamente, murieron algunos, y entre ellos uno de los principales. El capitan, considerando que el seguirlos por aquellas escarpadas montañas seria tan arriesgado como infructuoso, se volvió á Loreto resuelto á no dejar impune semejante atentado. Con este fin amenazó á los catecúmenos que habian escapado en el asalto, y los obligó á perseguir al cabecilla de tal modo, que habiéndole por fin cogido le condujeron á Loreto. Presentado al capitan se le formó proceso; y constando no solo por las deposiciones de varios testigos, sino por su propia confesion, que era el principal autor de aquella y de otras conjuraciones, fué condenado al último suplicio. Los padres Salvatierra y Píccolo se interpusieron suplicando al capitan que conmutase la pena de muerte en la de destierro; pero él, firme en su resolucion, solo concedió, á instancias de los misioneros, que la ejecucion se difiriese hasta que el reo fuese catequizado y bautizado. Como este era mas vivo que los otros y ya tenia alguna instruccion en los misterios de nuestra religion, fué prontamente catequizado y aceptó voluntariamente el bautismo, con el cual se convirtió en un hombre nuevo de tal manera, que deseaba la muerte para pagar su delito, y así murió bien dispuesto y auxiliado por el padre Basalduá. Pronto se echó de ver cuán sabia habia sido la resolucion del capitan, porque los indios quedaron tan humillados y espantados, que por largo tiempo se gozó de una perfecta tranquilidad en una y otra mision.

De allí á poco la desgracia de unos contrabandistas obligó á aquellos pobres misioneros á sacrificar á la caridad casi todas las provisiones que el padre Píccolo habia llevado de Sonora. El virey de Méjico para evitar las perniciosas vejaciones y las graves y frecuentes extorsiones que los pescadores de perla solian hacer á los californios, habia prohibido severamente que se hiciese aquella pesca sin haber obtenido antes licencia suya y manifestádola al capitan gobernador de la California. A pesar de esto, algunos habitantes de la costa de la Nueva España estimulados por la esperanza de lucrar y prometiéndose la impunidad por la distancia del gobierno, habiendo aprestado tres barcos grandes, se dirigieron á las islas del golfo para hacer allí la pesca de la perla; pero una terrible borrasca hizo perecer uno de los barcos y llevó los otros dos á la arena de la playa de Loreto, donde apenas pudo salvarse la tripulacion. Poco después llegaron en una canoa catorce hombres de los que habian naufragado en el primer barco. Toda esta gente en número de mas de ochenta personas fué gratuitamente mantenida por los misioneros en los cuatro meses que se demoraron allí reponiendo los barcos, hasta que á fines del año de 1703 regresaron á su país llevándose al padre Minutuli, porque no le sentaba el temperamento de la California.

El año de 1704 fué tan desgraciado para la colonia, que faltó poco para que se hubiera arruinado. Siendo los víveres muy escasos, se necesitaba conducirlos de Sonora ó de Sinaloa, y muchas veces no se podian hacer estos viajes á causa de los vientos contrarios ó de la indisposicion de los bastimentos. Otras veces se echaban á perder los víveres en la navegacion porque los buques hacian agua con cualquiera borrasca, ó en el almacen de Loreto por el excesivo calor.

§ XXII.

EL PADRE BASALDUÁ VA Á MÉJICO Á NEGOCIOS DE LA COLONIA. · ÓRDENES DEL REY SIN EFECTO.

A principios de este año fué enviado á Méjico el padre Basalduá á tratar con el virey los negocios de la colonia, en los cuales esperaba buen éxito atendiendo á lo razonable de sus pretensiones, y principalmente cuando supo que en abril habian llegado nuevas órdenes del rey relativas á la California; pero pronto se desengañó. Dos procuradores jesuítas de Méjico habian ido el año anterior á España y presentado al rey un memorial en que exponian el estado actual de aquellas misiones, el fruto que de ellas podian sacar la política y la religion si los misioneros eran favorecidos por su majestad, y los daños que debian temerse si se abandonaba aquella empresa. Este memorial fué leido en el supremo consejo de Indias á presencia del rey, el cual después de haber oido los pareceres del consejo y del fiscal, expidió en 28 de setiembre del mismo año cinco cédulas. En la primera mandaba al virey de Méjico que suministrase anualmente del real erario á los misioneros de la California la misma limosna que se daba á los de Sinaloa, Sonora y Nueva Vizcaya, así como tambien los gastos de campa-

nas, aceite, vasos y paramentos sagrados que se acostumbraba dar á las misiones nuevas; que estableciese de acuerdo con los jesuítas y otras personas prácticas en la península, un presidio de treinta soldados con su capitan en la costa del mar Pacífico, en el punto mas setentrional que fuese posible, tanto para la seguridad de aquel país como para que sirviese de escala á los navíos de Filipinas; que se comprase un buque proporcionado para el trasporte de todo lo necesario; que procurase mandar á aquella península algunas familias pobres para el aumento de la poblacion, y que anualmente diese á los misioneros, á mas de los seis mil pesos asignados en fin de 1701, otros siete mil, y esto sin ninguna dilacion. Las otras cuatro cédulas fueron dirigidas al fiscal de Guadalajara, al provincial de los jesuítas alabando su celo por el adelantamiento de las misiones de la California; á don Juan Caballero y á la cofradía de la Vírgen de los Dolores de Méjico recomendando su liberalidad en la fundacion de las tres misiones de que hemos hablado.

A pesar de ser las órdenes tan estrechas y de que el fiscal fué de parecer que debian ejecutarse puntualmente, el virey no convino en que se ejecutasen sino hasta que el asunto se ventilase en el real acuerdo con presencia de los padres Salvatierrra y Píccolo, los cuales no podian asistir por hallarse á cuatrocientas leguas de distancia. Y no solo se opuso á la ejecucion de estas nuevas órdenes, sino que tampoco concedió al padre Basalduá los seis mil pesos que el rey habia mandado que se diesen desde fin de 1701. El motivo de no ejecutarse estas y otras posteriores órdenes del rey favorables á la California, era, á mas del insinuado, la grande y dispendiosa guerra de sucesion que entonces sostenia el rey Felipe contra la casa de Austria y otras potencias aliadas, para la cual apenas eran suficientes todos los tesoros de la América. Pero esto puntualmente fué lo que obligó á aquel piadoso monarca á explicar más su celo y á extender su vigilancia en medio de tantas turbulencias y peligros á la remota y oscura California.

§ XXIII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE MISIONERO. JUNTA. DISCURSO DEL PADRE SALVATIERRA. RESOLUCION.

El padre Basalduá no esperando ningun fruto de su permanencia en Méjico después de haber hecho carenar el bastimento llamado *el Rosario*, se volvió en él á Loreto llevando consigo para aquellas misiones al padre Pedro de Ugarte, muy semejante en el espíritu á su grande hermano el padre Juan. En aquel tiempo se hallaba la colonia en mucha necesidad, la cual, en razon de que los vientos contrarios no permitieron que se ocurriese por provisiones, como era de costumbre, á Sonora y Sinaloa, creció al fin de la primavera de tal modo, que el padre Salvatierra creyó necesario celebrar una junta compuesta de los misioneros y oficiales del presidio, para deliberar si convendria abandonar la California no pudiendo ya subsistir en ella. El estaba resuelto á permanecer allí aunque se quedase solo y con riesgo de su vida, como lo habia protestado en su carta de 8 de febrero al fiscal de Guadalajara; pero no debiendo obligar á los otros á un sacrificio tan heróico, quiso que cada uno tomase libremente el partido que mas le agradase. Habiéndolos, pues, reunido, les habló de esta manera: "No es necesario exponeros el estado lamentable en que nos hallamos, porque lo veis y estais atormentados del hambre lo mismo que nosotros. Es igualmente sabida de todos nuestra constante solicitud en procurar víveres y todo lo necesario á la colonia, y así ninguno podrá culparnos de la miseria presente. Posteriormente ocurrimos al gobierno de Méjico, y en atencion á las estrechas órdenes de nuestro piadoso monarca, no dudábamos hallar pronto remedio á nuestros males; pero nuestras esperanzas han salido fallidas. La necesidad urge demasiado y no sabemos qué hacer. Si permacemos aquí sin auxilio quedamos expuestos á morir; si abandonamos el país para buscar en otra parte el remedio, perdemos en un momento el fruto de nuestros afanes. Decid, pues, libremente vuestro parecer." El padre Píccolo se mostró absolutamente indiferente, para que los otros pudiesen manifestar su opinion con entera libertad; pero el padre Juan de Ugarte se opuso abiertamente al partido de abandonar la California, comprometiéndose á buscar por los montes frutas y raíces con que sustentar la gente del presidio hasta que se trajesen víveres de Sinaloa y á permanecer solo entre los bárbaros en el caso de que se ausentasen todos los españoles. En cuanto á los soldados y marineros, fué de parecer que se les hiciese entender que á todos los que quisieran irse, se les concederia licencia y se les aseguraria la paga de lo que acaso se les debiera. Todos los misioneros aprobaron y aplaudieron esta resolucion. El capitan y los oficiales, no contentos con aprobarla, protestaron que si los misioneros intentaban dejar la California, ellos serian los primeros en oponerse. Ni entre los soldados y marineros hubo uno que quisiese usar de la libertad que se les concedió; así todos determinaron unánimemente acompañar á los misioneros en su suerte y sufrir todos los infortunios sin quejarse, como de facto lo hicieron.



§ XXIV.

SE PROCURA PROVEER LA COLONIA. VIAJE DE LOS PADRES SALVATIERRA Y PEDRO UGARTE. DEDICACION DE LA NUEVA IGLESIA DE LORETO. NUEVO REGLAMENTO DEL PRESIDIO.

Habiendo cesado los vientos tempestuosos que impedian la navegacion, partió el padre Píccolo, como otras muchas veces, en el bastimento *el Rosario* para Guaimas, y al mismo tiempo se mandó el *San Javier* para el puerto del Yaqui con cartas para aquellos misioneros. Entre tanto el padre Juan de Ugarte, tanto por sí mismo como ayudado de los soldados y de los indios, se dedicó á buscar por todas partes frutas y raíces con que saciar la hambre de aquella afligida colonia. El mismo servicio hicieron á los españoles los pobres indios de San Javier, Viggé y San Juan Londó.

El padre Salvatierra, no descuidando en medio de tan gran calamidad la propagacion del cristianismo en aquel país, se dirigió el mes de julio á la costa de *Liguig* ó *Malibat*, distante de Loreto poco menos de trece leguas al Sur, acompañado del padre Pedro de Ugarte, de un soldado y dos indios que debian servir de intérpretes, porque el dialecto que allí se hablaba era diverso del de Loreto. El queria plantar en aquel lugar una mision, y por eso habia salido á reconocer bien el terreno y á disponer los ánimos de los indios. Estos al verle venir le prepararon una emboscada, y cuando le tuvieron cerca, salieron improvisamente y dispararon flechas contra él. El soldado, teniendo alzada con una mano la espada, disparó con la otra un tiro al aire para asustarlos, como en efecto sucedió, pues se tendieron en el suelo con sus armas y después se sentaron á esperar con gran flema y silencio á sus huéspedes. El padre Salvatierra les dijo por medio de los intérpretes que no temiesen, porque no venian á hacerles ningun mal, sino solamente á visitarlos y regalarlos como amigos. Ellos entonces deponiendo el miedo se acercaron al padre, que los acarició mucho, regalándoles algunas cosillas apreciadas por ellos, y diciéndoles que en señal de paz y de amistad les llevaba aquel misionero recien llegado á la California para que viviese con ellos, les ayudase, cuidase de sus hijos y les enseñase el camino del cielo. Ellos recíprocamente para dar pruebas de su confianza y agradecimiento hicieron venir á sus mujeres é hijos. Se reconoció la tierra y se halló buena para la proyectada mision; mas no pudiéndose por entonces á causa de la penuria de la colonia emprender la fábrica de la capilla y casas y el cultivo del terreno, se contentó el padre Ugarte con coger las primicias de su mision en el bautismo de cuarenta y ocho niños, con el consentimiento y aun á instancias de sus madres. Habiéndose despedido tiernamente los misioneros de los indios, que hubieran querido detenerlos, se volvieron á Loreto, á donde á fines de agosto llegaron con mucho consuelo de toda aquella gente dos bastimentos cargados de víveres.

El padre Salvatierra habia sido llamado á Méjico para asistir al acuerdo en que debian tratarse los negocios de la California; pero antes de ausentarse quiso celebrar la dedicacion de la nueva iglesia fabricada en Loreto. Esta se celebró el 8 de setiembre con grande solemnidad y con el bautismo de muchos catecúmenos, aunque en aquellas misiones se observaba comunmente la antigua costumbre de la Iglesia de conferir estos bautismos en las vigilias de Pascua y de Pentecostés. Además le era necesario dar un nuevo reglamento al presidio, porque el honrado portugués Don Estévan Rodriguez Lorenzo por los disgustos que le ocasionaron algunos de sus subalternos, se obstinó de tal modo en renunciar el empleo de capitan, que no bastaron á disuadirle todas las razones y súplicas de los misioneros. Fué por tanto nombrado capitan don Juan Bautista Escalante, alférez del presidio de Nacosari en Sonora, hombre muy valiente y de mucha reputacion en la guerra contra los apaches. Este, queriendo hacer de señor absoluto de la California, como en algunos presidios lo hacen los capitanes pagados por el rey, causó no pocos disturbios y graves disgustos á los misioneros; pero al cabo de diez meses el portugués persuadido finalmente por el padre Salvatierra, reasumió su empleo y le retuvo hasta 1744 con mucha ventaja de aquel cristianismo.

§ XXV.

EL PADRE SALVATIERRA VA A MEJICO Y ES NOMBRADO PROVINCIAL. SU VISITA Y MEMORIAL INFRUCTUOSO AL VIREY.

Habiendo pues dado todas las órdenes oportunas y encargado al padre Juan de Ugarte el gobierno espiritual y económico de la California, se embarcó el padre Salvatierra, el 1º de octubre acompañado del portugués y del alférez, que tambien habia renunciado su empleo. Desembarcó en el puerto de Matanchel, de donde marchó para Guadalajara, en cuya ciudad trató de los intereses de su mision con aquellos señores, y particularmente con su amigo el fiscal Miranda, y de allí pasó á Méjico, á donde llegó á principios de noviembre. Por aquel tiempo habia muerto el provincial de los jesuítas, y habiendo los consultores abierto el pliego que el padre general acostumbraba enviar cada tres años para que se abriese en tal evento, hallaron en él nombrado provincial al padre Salvatierra. Este hizo todos los esfuerzos posibles para libertarse de aquel cargo, que necesariamente le separaba de su querida mision; pero habiéndosele obligado á que le aceptase, escribió luego al padre general Tirso Gonzalez, suplicándo-

le que nombrase otro y le permitiese ir á acabar sus dias entre los californios.

Como el anhelo por su California no le dejaba reposar, luego que llegó á Méjico hizo al virey una visita en que le expuso el estado de las misiones, y le suplicó encarecidamente que mandase ejecutar las estrechas órdenes del rey. Mas aunque aquel señor le manifestó grande estimacion á sus virtudes y celo apostólico y quedó convencido de la justicia de sus pretensiones, no por eso las favoreció. Por tanto, el padre Salvatierra, desesperando de obtener entonces lo que deseaba, se dedicó en desempeño de su deber á la visita de los colegios de su provincia, y no volvió de ella sino hasta después de la cuaresma del año siguiente de 1705. Le hicieron esperar entonces que se tendria el acuerdo prevenido por el rey para deliberar sobre el establecimiento de un nuevo presidio en la California y sobre los otros puntos relativos á ella, cuya deliberacion parece que en aquellas circunstancias debia haberse tenido sin excusa, porque á mas del jefe de las misiones, del antiguo capitan y del alférez del presidio, todos tres muy prácticos en la California, habia en Méjico muchas personas que habiendo viajado á las islas Filipinas, habian adquirido algun conocimiento de la costa occidental de la península, donde se queria poner el nuevo presidio; pero el acuerdo no se celebró, y solamente se le previno al padre Salvatierra que presentase un memorial, como lo hizo en 25 de mayo.

En él manifestó al virey la imposibilidad de que la colonia subsistiese con un solo buque, porque la experiencia habia hecho conocer que ni aun con tres habia podido libertarse de los peligros del hambre, á causa de la inconstancia del mar y de las frecuentes desgracias de los buques; le hizo ver los gravísimos daños que resultarian si el presidio se hacia independiente de los misioneros, como algunos inconsideradamente querian, porque entonces tanto los oficiales como los soldados, descuidando de sus obligaciones para con la colonia, se entregarian á la pesca de perla como mas útil, y en vez de defender las misiones y á los misioneros y de proteger á los neófitos, se harian enemigos de unos y otros, sirviéndose de los indios como de esclavos, y calumniando á los misioneros porque los defendian, como sucedia frecuentemente en las misiones de Sonora y Sinaloa. Manifestó tambien que ni aun á los mismos soldados les era conveniente la independencia de su capitan en un país ultramarino y remoto, porque si este los trataba mal, solo podrian libertarse del mal trato con la desercion; cuando al contrario, dependiendo el capitan del superior de las misiones, no se atreveria á vejarlos por temor de perder su empleo, ni á ellos les seria difícil quejarse cuando sufriesen alguna injuria. Además de que siendo toda aquella tropa pagada por los misioneros, no parecia injusto que estuviese subordinada á ellos. En cuanto á la real órden de enviar á la California algunas familias pobres de Méjico, decia que no podia ejecutarse hasta que no se hallasen en la península tierras labrantías para sostenerlas, porque ni aun la pequeña colonia de Loreto podia subsistir sin socorros llevados de fuera. Por lo relativo al presidio de treinta soldados que se queria establecer en la costa occidental de la California para comodidad de los navíos de Filipinas, protestó que ninguno mas que él deseaba el alivio de aquellos afligidos navegantes y que con este fin habia ido él mismo á reconocer la costa; pero que para conseguirlo no era necesario que el real erario hiciese un gasto tan crecido cual se requeria para mantener el presidio, pues bastaba que á los misioneros se les diesen los trece mil pesos anuales que el rey tenia mandados, para que promoviéndose las misiones hácia el Poniente, se llegase por fin á establecer una en algun buen puerto de la costa, en donde pudieran repararse los navíos y aliviarse con oportunos refrescos los navegantes atormentados en gran parte por el escorbuto y el *verben*. Al fin exponia en el memorial el estado actual de las misiones, afirmando que el país sometido en siete años á la obediencia al rey católico por medio de la persuasion y de la beneficencia, era toda la costa comprendida entre el puerto de la Concepcion y el lugar llamado *Agua Verde*, es decir, un espacio de diez y siete leguas y casi otro tanto de país mediterráneo, en donde se contaban mil y doscientos cristianos y un número mayor de catecúmenos y gentiles, todos amigos, obedientes á los españoles y prontos á tomar las armas en su defensa; que entre ellos habia tanta tranquilidad, que los misioneros andaban por todas partes seguros sin soldados, y que hasta entonces se habian gastado en la colonia y misiones doscientos veinticinco mil pesos, donados todos por la liberalidad de los bienhechores, á excepcion de nueve mil que se habian sacado del real erario.

Viendo el padre Salvatierra que ni este memorial ni otras diligencias suyas bastaban para conseguir lo que tan justamente pretendia, salió de Méjico al mes siguiente con el fin de hacer como provincial la visita de sus misiones de la California, volviendo á llevar consigo al portugués don Estévan Rodriguez, el cual cediendo á las instancias de aquel celoso misionero, consintió finalmente en reasumir el empleo de capitan. Apenas habia salido de Méjico, cuando se celebró el real acuerdo; mas como para deliberar en él debia segun la órden del rey intervenir el padre Salvatierra con otros hombres prácticos en la California, se escribió después de ocho meses á la corte que en aquel acuerdo nada se habia resuelto por no haber estado presente el padre. La órden de dar anualmente á los misioneros de la California los trece mil pesos, fué repetida por el rey en 13 de agosto de 1705 y en 26 de julio

de 1708; pero ni la urgencia del soberano, ni las súplicas de los jesuítas, ni las necesidades de la California fueron capaces de mover al virey á hacer algo en favor de las misiones en todo el tiempo de su gobierno, que fué de nueve años. Al fin de 1710 le sucedió el duque de Linares, el cual, aunque afecto á los jesuítas, como sus ilustres mayores, no favoreció la empresa de la California en los seis años de su gobierno, porque ni él ni los jesuítas tuvieron noticia de las nuevas órdenes del rey, ocultadas por los que no hacian aprecio del adelantamiento del cristianismo en la península; mas lo que no hizo de virey lo hizo de particular, porque habiendo concluido su gobierno, y de allí á poco terminado tambien el curso de su vida en Méjico á 3 de junio de 1717, dejó en su testamento cinco mil pesos á aquellas misiones.

§ XXVI.

EL PADRE SALVATIERRA VISITA LAS MISIONES DE LA CALIFORNIA. ES EMPLEADO EN ELLAS EL HERMANO BRAVO. ÓRDENES DEL PROVINCIAL AL PARTIR.

Habiendo, como se ha dicho, salido de Méjico el padre Salvatierra en junio de 1705, llegó á Loreto en agosto, llevando abundantes provisiones á la colonia y alegrando con su presencia tanto á los españoles como á los indios, porque era igualmente amado de todos. Tuvo el consuelo de hallar las misiones en el mejor estado. El padre Juan de Ugarte habia dispuesto con sumo trabajo para el cultivo una parte considerable del terreno de su mision, quitándole los matorrales y piedras, é internándose en el país habia aumentado mucho el número de sus catecúmenos, reduciendo á la vida social á varias tribus de bárbaros. El padre Basaldúa habia tambien aumentado notablemente la mision de Londó, atrayendo á muchos indios que andaban errantes en los bosques á manera de fieras. El padre Píccolo estaba encargado por el provincial de visitar las misiones de Sonora, para que desde allí pudiera socorrer mas fácilmente á la California, como lo hizo con grande celo y diligencia.

El provincial habia llevado de Méjico un hermano llamado Santiago Bravo, buen religioso, hábil, muy diligente y activo. Este habia conseguido hacer aquel viaje con la intencion de quedarse, si se le permitia, en la California á servir en los empleos propios de su estado; y habiendo visto los gloriosos afanes de los misioneros y sabiendo que ellos apreciarian libertarse del cuidado de las cosas temporales de la colonia para dedicarse mas á los ministerios del apostolado, suplicó al provincial y consiguió fácilmente que se le emplease con gran ventaja de la California. El en efecto fué uno de los mas beneméritos de aquella península, en donde con actividad suma y con una vida ejemplar trabajó treinta y nueve años, los catorce de procurador del presidio y de las misiones y los veinticinco de misionero, como después diremos.

Dos meses permaneció el padre Salvatierra en la California haciendo ya de misionero en los ministerios de catequizar, confesar y predicar, ya de provincial en la visita de las misiones y arreglo de la colonia. Al partir para la Nueva España dejó á los misioneros tres órdenes importantes: 1ª que estableciesen dos misiones, una en *Liguig*, lugar marítimo distante de Loreto cosa de trece leguas al Sur, y otra en *Mulegé*, lugar tambien marítimo, distante de Loreto cuarenta leguas al Noroeste: 2ª que buscasen en lo interior de la península otros lugares á propósito para plantar nuevas misiones: 3ª que reconociesen de nuevo la costa occidental, buscando un buen puerto en donde, conforme á las intenciones del rey, pudiesen hacer escala los navíos de las islas Filipinas.

§ XXVII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE FUNDA LA MISION DE LIGUIG.

Pocos dias después de la partida del provincial, ejecutaron los misioneros la primera de sus órdenes, saliendo de Loreto en un mismo dia del mes de noviembre el padre Pedro de Ugarte para Liguig y el padre Basalduá para Mulegé. El primero halló en *Liguig* indios tranquilos y confiados, pero tuvo que sufrir todas las incomodidades de las misiones nuevas, que son muy grandes cuando estas se plantan entre salvajes acostumbrados á la holgazanería. Al principio no tuvo mas refugio que la sombra de los árboles, y después habitó mucho tiempo en una cabaña hecha de ramas, mientras tenia oportunidad de hacer una capilla ó una casita de adobes. Procuró conciliarse la benevolencia de los indios con la afabilidad y algunos regalillos, tanto para inclinarlos á que le ayudasen en la fábrica, como para aficionarlos á la doctrina cristiana, la que les explicaba por medio de algunos indios de Loreto, porque aun no sabia el dialecto particular de *Liguig*. Sus esfuerzos no pudieron conseguir que los adultos sacudiesen su innata pereza, aunque diariamente se les distribuia el *pozole*, y por eso le fué preciso valerse de los niños, atrayéndolos con industria y alentándolos con premios. A veces apostaba con ellos á quién quitaba mas pronto los matorrales ó quién cavaba mayor cantidad de tierra; á veces para pisar el lodo de que debian hacerse los adobes, los convidaba á bailar y saltar sobre él, y él mismo, descalzándose, bailaba y saltaba con ellos. En semejantes ejercicios se empleaba por la gloria de Dios un hombre nacido de padres nobles y opulentos, y así consiguió fabricar los proyectados edificios de las casitas y de

la capilla, cuya dedicacion se celebró con la asistencia de los otros misioneros.

Después que con semejante industria aprendió el dialecto de aquellos indios, se dedicó á catequizarlos, acariciándolos y regalándolos para obligarlos á asistir al catequismo, y valiéndose tambien de los niños para instruirlos; hasta que con un trabajo indecible y con una paciencia y una constancia heróicas, consiguió reducir á vida social y cristiana no solo á los de Liguig, sino á todas las tribus vecinas y á muchos salvajes dispersos en los montes.

Mas cuando apenas comenzaba á respirar, faltó poco para que perdiese el fruto de su celo juntamente con la vida. Habiéndosele llamado á confesar á una mujer enferma, halló que un guama ó charlatan se estaba valiendo de una caña, segun la supersticion ó necedad de los californios, para extraer con el aliento el mal del cuerpo de la enferma. Despidió al guama con indignacion y reprendió á sus neófitos y catecúmenos porque habian consentido semejante abuso. Después de haber administrado los sacramentos á la enferma y auxiliádola hasta la muerte, se volvió á su casa, á donde de allí á poco vinieron algunos indios gloriándose de haber matado al guama. El, atravesado del mas vivo dolor, les vituperó severamente la crueldad de aquel celo tan mal entendido, y para darles á conocer su indignacion les volvió la espalda. Los homicidas en vez de reconocer su falta se conjuraron secretamente para quitarle la vida á su reprensor, el cual habiéndolo sabido anticipadamente por un niño, llamó á los principales conjurados, y teniendo en la mano una escopeta vieja, rota y del todo inútil que habia llevado consigo, les dijo: "Sé bien que quereis matarme " esta noche; pero sabed que antes que podais " ejecutar vuestro perverso designio, os he de " matar á todos con esta arma." Esto solo bastó para espantarlos de tal manera, que todos de comun acuerdo tomaron prontamente la resolucion de ausentarse, por lo cual fué necesario que el celoso misionero al dia siguiente saliese á buscarlos para conducirlos á la mision, como lo hizo, asegurándolos del amor que les tenia como padre que en todo les buscaba su bien. Ellos volvieron, y desde entonces le estimaron mas, porque conocieron que era valiente y no les tenia miedo.

Estos peligros de la vida fueron muy frecuentes en la California, como lo son en todas las misiones nuevas, en las cuales ninguna cosa basta para asegurar á los misioneros contra los atentados de los bárbaros; y así el primer sacrificio que debe hacer á Dios el que va á plantar entre ellos el cristianismo, es el de la propia vida. El padre Pedro de Ugarte continuó en sus tareas apostólicas hasta 1709 en que debilitado con el mucho trabajo, se le obligó á venir á Méjico á reponerse; pero apenas recobró sus fuerzas, cuando volvió á la California y se empeñó con nuevo fervor en su ministerio, hasta que enfermándose otra vez, fué mandado por sus superiores á las misiones del rio Yaqui, desde donde siguió sirviendo á la California con los víveres que incesantemente le procuraba.

§ XXVIII.

EL PADRE BASALDUÁ FUNDA LA MISION DE MULEGÉ. EL PADRE JUAN DE UGARTE SE ENCARGA DEL CUIDADO DE TRES MISIONES.

El padre Basalduá al fundar la mision de Mulegé no solo sufrió los mismos trabajos que el padre Ugarte, sino que tuvo que abrir un largo y penoso camino para hacer menos difícil la comunicacion con Loreto. Plantó la mision junto al arroyo Mulegé, á dos millas de distancia del mar. Entre los montes y el mar hay allí un llano de unas seis leguas, poblado de mezquites ó acacias que al principio solo daba pasto para los bueyes; pero habiéndose hecho después una presa, se pudo ya labrar fructuosamente alguna parte del terreno. El padre Basalduá duró en aquella mision cuatro años; pero no sufriendo su salud aquel trabajo y aquel clima, fué enviado á la mision de Guaimas en Sonora, y después á la de Raun en el rio Yaqui, en donde prosiguió favoreciendo á la California con los socorros que le mandaba. En la mision de Mulegé le sucedió el padre Píccolo, que volvió de Sonora, el cual la aumentó considerablemente con la conversion de muchas tribus vecinas. Los indios de Mulegé se hicieron apreciables por su docilidad, por su pericia en la lengua española y por los servicios que hicieron á los misioneros sirviéndoles de intérpretes, de catequistas y aun de maestros en la lengua cochimí. Entre otros merecieron particularmente los elogios de los misioneros por el celo con que se dedicaron á la propagacion del Evangelio los dos virtuosos neófitos llamados Bernardo Dubavá y Andrés Comanají, de quienes hablaremos mas largamente después.

Mientras los padres Pedro de Ugarte y Juan de Basalduá se ocupaban en plantar sus nuevas misiones, el padre Juan de Ugarte cuidaba de las tres de Loreto, San Juan de Londó y San Javier de Viggé. Este hombre infatigable y verdaderamente apostólico estaba sin descansar en continuo movimiento y trabajo, ya en el presidio amonestando, predicando, confesando y curando á los soldados y marineros, ya en las misiones bautizando niños, catequizando adultos, asistiendo á los enfermos y auxiliando á los moribundos, ya en los bosques buscando á los salvajes para hacerlos hombres y cristianos, ya por fin en los campos abriendo caminos, haciendo zanjas y represas y preparando ó cultivando la tierra. Como empezaba á coger los frutos de sus fatigas en la agricultura para el alivio de sus

neófitos, consiguió que estos fuesen mas puntuales en la iglesia á los ejercicios diarios del catecismo, de la misa, del rosario y del sermon. Su interés por la educacion de la juventud le hizo convertir su casa en seminario de niños, donde á mas de instruirlos en la fe y en las buenas costumbres, les enseñaba las artes mecánicas con singular paciencia y dedicacion. Esta escuela fué utilísima no solo á la mision de San Javier, sino tambien á las otras de la California. Para las niñas, especialmente las huérfanas, fabricó otra casa, en donde al cuidado de una matrona de buena vida, se instruian de todos los oficios mujeriles, siendo él el maestro de todas aquellas artes y oficios. Erigió tambien para los enfermos un hospital en donde los pobres indios eran caritativamente socorridos con auxilios espirituales y corporales.

Entre los gentiles que convirtió al cristianismo hubo varios guamas, que como ya se ha dicho, son los mas malvados y obstinados de todos los californios. Uno de ellos se movió á pedir el bautismo por haber visto la caridad con que un hijo suyo era tratado por el padre Ugarte; pero queria ser bautizado sin estar antes instruido en la religion cristiana. Convencido al fin de la necesidad de tal instruccion, fué catequizado y bautizado con el nombre de Domingo. La gracia del Espíritu Santo mudó el corazon de aquel bárbaro de tal manera, que lleno de júbilo y devocion, no quiso en los cuarenta dias que sobrevivió á su regeneracion, salir de la casa del misionero y de la iglesia, donde pasaba los dias y las noches orando. Habiendo muerto, le hizo el padre Ugarte un solemnísimo funeral para que aquella gente se aficionase mas á la religion cristiana.

Otro guama aun mas malvado, que anduvo mucho tiempo moviendo á los gentiles y catecúmenos contra los misioneros y su doctrina, movido del Señor vino á Loreto, donde á la sazon estaba el padre Ugarte, á pedir llorando el bautismo. Se le negó muchas veces por desconfianza; pero hizo tantas instancias y dió tales muestras de sinceridad, y prometió con tantas lágrimas enmendar su vida, ofreciendo quedarse siempre en Loreto para vivir á la vista de los españoles, que por fin consiguió que se le instruyese y se le bautizase en 7 de diciembre, por cuyo motivo se le dió el nombre de Ambrosio. Los dos primeros dias después de su bautismo los pasó en la iglesia en continua oracion, al tercero se enfermó, y á poco murió con sentimientos de piedad y claros indicios de su predestinacion.

§ XXIX.

VIAJES INFRUCTUOSOS DEL PADRE JUAN DE UGARTE Y DEL HERMANO BRAVO.

No contento el padre Ugarte con tantos afanes, para los cuales no habrian sido bastantes tres misioneros celosos, emprendió en noviembre de 1706 ir, en cumplimiento de la órden de provincial, á reconocer la costa occidental de la península. Para este viaje pidió cuarenta hombres de guerra al jefe ó general de la numerosa y guerrera nacion yaqui, establecida en las márgenes del rio de este nombre, y reducida por los misioneros jesuítas á vida civil y cristiana desde el siglo anterior. El general no solamente concedió los cuarenta hombres escogidos que se le pidieron, sino que él mismo los llevó á Loreto, de donde salió el padre Ugarte el 26 de noviembre acompañado de ellos, del eapitan y doce soldados del presidio y de algunos californios, y encaminándose á la costa, reconoció un gran trecho de ella sin poder hallar un buen puerto, como se requeria para que sirviese de escala á los navíos de las islas Filipinas. Tanto los hombres como los caballos se vieron muy fatigados por la sed, porque en todas partes escaseaba la agua potable, y así no pudiendo sin grande riesgo continuar el reconocimiento, regresaron á Loreto á los quince dias.

Otro viaje emprendido por el hermano Bravo en busca de algunos lugares para plantar misiones, fué igualmente infructuoso por una desgracia. Habiendo salido de Loreto al principio de este año acompañado del capitan del presidio, diez soldados y algunos californios, se dirigió por Liguig y pasó adelante por aquella costa. Uno de los soldados se encontró con una hoguera en que poco antes algunos pescadores californios habian asado pescado, y particularmente algunos *botetos*, cuyo hígado contiene un veneno muy activo y violento. Los pescadores, que sabian bien esto, habian comido la carne y dejado los hígados en unas conchas. El soldado, viéndolos, quiso comer de ellos y convidó á tres de sus compañeros. Un californio que le vió le gritó inmediatamente que no comiese porque moriria. Despreciando el soldado este aviso, comenzó á comer y participó á los otros tres. Uno de ellos comió un poco, otro solo le mascó sin tragarle, y el último le tocó solamente, reservándole para comerle después. El primero de los cuatro soldados murió en el acto, el segundo poco después, el tercero quedó privado de sentidos hasta el dia siguiente, y tanto este como el cuarto se sintieron débiles é incómodos por muchos dias. Los dos muertos fueron sepultados en Liguig y los dos enfermos llevados á Loreto, quedando frustrada la expedicion.

§ XXX.

EL PADRE SALVATIERRA RENUNCIA EL PROVINCIALATO Y VUELVE Á LA CALIFORNIA. MISION DE COMANDÚ Y SU MISIONERO EL PADRE MAYORGA.

En setiembre de 1706 recibió finalmente en Méjico el padre Salvatierra la deseada respuesta

del padre general Miguel Angel Tamburini, en la cual le aceptaba la renuncia del provincialato. Separado con mucho gusto de este empleo, se retiró por algunos dias al colegio de San Gregorio de la misma ciudad á tratar con el padre Alejandro Romano, procurador de la California en aquella corte, de preparar muchas cosas que siendo necesarias al presidio y á las misiones debian enviarse á Matanchel y de allí á Loreto con el padre Guillermo de Mayorga, nuevamente destinado á aquellas misiones. El padre Salvatierra, queriendo embarcarse en Ahome, puerto de Sinaloa distante cuatrocientas leguas de Méjico, para dar á aquellos bienhechores las gracias por los auxilios enviados á la California, hizo todo aquel viaje por tierra llevándose cinco californios que le habian acompañado á Méjico. Estos, aunque bien asistidos, se enfermaron todos por la diversidad del clima y de los alimentos, y aumentaron al padre las molestias de aquel viaje. Embarcados en Ahome, cuando apenas habian salido del puerto murió uno de ellos; mas tan bien dispuesto y con tales actos de virtud, que todos quedaron sumamente edificados. Sobrevino luego una tan feroz borrasca, que segun se explica el mismo padre en una carta suya, jamás se habia visto en semejante trabajo y riesgo en tantos viajes como habia hecho por mar y tierra. El buque abandonado por los marineros á merced de los vientos y las olas, entre las islas y los escollos, fué llevado afortunadamente á la isla de San José, distante unas treinta leguas de Loreto, á donde después de calmado el tiempo, llegaron el 3 de diciembre.

Después de algunos meses llegó tambien el padre Mayorga tan debilitado con la fatiga de tantos viajes, porque estaba recien venido de Europa y tan indispuesto por haber extrañado el clima y los alimentos, que el padre Salvatierra creyó necesario hacerle regresar á la Nueva España; mas él le suplicó llorando que le dejase morir en la California á donde le habia llevado el Señor. Pero en vez de la muerte que esperaba, recobró en breve tiempo la salud, y acostumbrándose á aquel clima y á aquellos alimentos ordinarios, trabajó apostólicamente treinta años en aquellas misiones.

En diversos viajes hechos por los misioneros en la península buscando lugares donde plantar misiones, habian hallado el de *Comondú*, distante de Loreto treinta leguas al Noroeste, y situado en el centro de las montañas, casi á igual distancia de ambos mares. En las cercanías de un arroyuelo que corre por aquel sitio, habia esparcidas varias tribus de indios, para cuya conversion se resolvió que se plantase allí una de las dos misiones fundadas por el marqués de Villapuente. Con este fin se trasladaron al mismo lugar á principios de 1708 los padres Salvatierra y Juan de Ugarte, llevando consigo al padre Mayorga, destinado á la nueva mision, en donde se estuvieron con él algunos dias ayudándole á domesticar aquellos salvajes y á formar dos cabañas de ramas, una para la habitacion del misionero y otra que debia servir de iglesia mientras se fabricaba una buena, como de facto la fabricó después el padre Mayorga y la dedicó con gran solemnidad. Este con su grande caridad y su paciencia y con su constancia en el ministerio apostólico, redujo á todos aquellos indios al cristianismo, y los congregó en tres poblaciones llamadas San José, San Juan y San Ignacio. En la de San José, que era la principal, además de la iglesia y de la habitacion del misionero, fabricó á ejemplo del padre Ugarte otros tres edificios, á saber: un hospital y dos seminarios para los niños y niñas. No hallandose en todo el distrito de la mision ningun terreno capaz de cultivo, excepto un pequeño giron junto á San Ignacio, que cultivó con mucha diligencia, plantó en ella viñas con buen éxito. Continuó trabajando con mucho celo, edificacion y fruto hasta el 10 de noviembre de 1736 en que su alma fiel fué á recibir del Señor, como puede creerse, el premio de sus afanes y virtudes.

§ XXXI.

DESGRACIAS DE LA COLONIA. MUERTE DEL PADRE KINO. SU ELOGIO.

Se habian descubierto otros lugares en que podian plantarse misiones; pero esto no fué por entonces posible, tanto por la escasez de misioneros como por las desgracias que sobrevinieron a la colonia. El bastimento San Javier, que habia salido de Loreto por setiembre de 1709 con tres mil pesos para comprar víveres en el Yaqui, fué llevado por una borrasca á sesenta leguas de distancia del puerto de su destino y quedó encallado en la arena, y pereció parte de la gente, salvándose el resto en el esquife. Al saltar en tierra se hallaron expuestos á otro peligro no menos grave, porque la costa estaba habitada por los seris, gentiles guerreros y enemigos implacables de los españoles. Se apresuraron los náufragos por este motivo á enterrar el dinero y todos los intereses que habia en el buque, y embarcándose otra vez en el esquife se dirigieron entre mil riesgos y trabajos al Yaqui, desde donde dieron aviso a Loreto. Poco después vinieron los seris al lugar donde estaban enterrados quellos intereses y se los llevaron, y quitando el timon al bastimento le rompieron para sacarle los clavos.

El padre Salvatierra luego que supo esta desgracia salió de Loreto en el mal bastimento *el Rosario* y se dirigió á Guaimas, desde donde despachó este buque al lugar en que estaba varado el San Javier, y él mismo con catorce indios yaquis marchó para allá por un camino muy malo y absolutamente sin agua potable, por cuyo motivo en dos dias padecieron mucha sed. En los dos meses que allí permaneció expuesto al hambre y á muchos peligros mientras se componia el basti-

11

mento, se concilió la benevolencia de los seríes de tal manera, que no solo recobró todos los intereses de que se habian apoderado, sino que tambien los indujo á hacer las paces con los pimas, cristianos vecinos suyos y enemigos á quienes mas aborrecian; bautizó á muchos niños, catequizó á los adultos y los aficionó tanto al cristianismo que querian tener luego un misionero de pié que los instruyese, bautizase y gobernase en todo: de este modo, la dulzura dominante del carácter del padre Salvatierra, ayudada de la gracia del Señor, triunfó de la ferocidad de aquellos bárbaros, tan temidos no solo de los otros indios, sino aun de los españoles. Lloraba tiernamente al ver su inesperada docilidad y sus buenas disposiciones, dando gracias al Señor porque de la desgracia del bastimento hizo que resultase aquel bien; y hubiera querido quedarse siempre en aquella árida costa para dar complemento á la obra comenzada; pero no podia abandonar su querida California, en donde su presencia era aun mas necesaria entonces.

El contagio de las viruelas, desconocido antes en la península, hizo en aquel tiempo tales estragos que murieron muchos adultos y casi todos los niños, aumentándose con esto el trabajo y el dolor de los misioneros. Otras enfermedades originadas de la calidad de los alimentos privaron de la vida á algunos españoles del presidio, y redujeron al extremo á los misioneros. El padre Píccolo estuvo de muerte tres veces, dos el padre Salvatierra y una el padre Juan de Ugarte. Los padres Pedro de Ugarte y Basalduá se vieron obligados por falta de salud á abandonar las misiones. En medio de estas calamidades tambien se temia alguna sublevacion de los neófitos, porque los guamas culpaban de ellas á los misioneros, esparciendo por todas partes que estos enfermaban á los niños con la agua bautismal y á los adultos con el santo óleo. La carestía que al mismo tiempo se padecia en la Nueva España aumentó tambien los males de la California, porque las provisiones eran muy escasas y costaban mucho.

A estas desgracias producidas por causas naturales se agregaron otras nacidas de la malicia de los hombres. El padre Francisco de Peralta, que habia llegado á la California en 1709 y se hallaba destinado en la mision de Liguig en lugar del padre Pedro de Ugarte, fué enviado por el padre Salvatierra en noviembre de 1711 al puerto de Matanchel á que hiciese carenar el bastimento *el Rosario* y construir otro. Como aquel pobre misionero no tenia inteligencia en este oficio, los que se emplearon en ello tuvieron ocasion de engañarle. La reposicion del Rosario costó algunos miles de pesos, y sin embargo, quedó tan malo que de allí á poco llevado por un viento algo fuerte contra la tierra se hizo pedazos. No fué de mejor condicion el nuevo bastimento construido en diez y ocho meses y á costa de veintidós mil pesos. No obstante, se embarcaron en él los padres Clemente Guillen y Benito Guisi, destinados á las misiones de la California, y el padre Santiago Doye que iba para Sinaloa. Al principio los llevó el viento al cabo de San Lúcas y de allí á las islas de Mazatlan, poco distantes de Matanchel. Habiéndose hecho de nuevo á la vela, avistaron después de muchas vueltas la costa de Loreto; pero repentinamente los arrebató una borrasca hasta la costa opuesta de Sinaloa, y no pudiendo el bastimento regir en medio de la violencia del viento y de las olas, naufragaron finalmente ahogándose seis personas con el padre Guisi. Los restantes en número de veintidós se salvaron parte en el borde de la popa y parte en el palo mayor que tambien sobresalia. Hallándose de esta manera afligidos y en tanto riesgo en una noche oscurísima, se ocuparon en poner á flote el esquife, sacándole el agua con dos vasos muy pequeños porque no tenian otros, y embarcándose en él con un pedazo de vela, se abandonaron al mar hasta la llegada del dia, en el cual habiendo avistado la tierra á mucha distancia, se dirigieron á ella, y á fuerza de vela y remo consiguieron llegar en dia y medio de trabajosísima navegacion. Desembarcaron en una playa estéril, en donde ni habia fuego ni modo de encenderle y en donde no pudieron matar la hambre que los atormentaba sino con ostras y caracoles crudos, con raíces y yerbas silvestres. Finalmente, después de otros infortunios se acogieron á la pequeña ciudad de Sinaloa, capital de la provincia del mismo nombre, desde donde el padre Guillen hizo un viaje de cien leguas para embarcarse en el Yaqui y pasar á la California. En aquella corta navegacion tuvo que sufrir otra borrasca, pero al fin llegó á Loreto en enero de 1714.

Entre las desgracias que la colonia sufrió en aquellos años, debe contarse la muerte del padre Eusebio Francisco Kino, primer motor y singular bienhechor de aquellas misiones, acaecida en 1711. Este grande hombre nació en Trento, se hizo jesuíta en los Estados de Baviera, y fué profesor de matemáticas en la universidad de Ingolstad. En 1681 pasó á Méjico obligado por un voto que hizo en una enfermedad grave, de que sanó por intercesion de san Francisco Javier. En 1683 marchó para la California con los empleos de misionero y cosmógrafo del rey, como arriba se ha dicho. En 1686 volvió á Méjico, y de allí salió para las misiones de Sonora, teatro de su celo apostólico. No es fácil decir lo que hizo y toleró en los veinticinco años que allí estuvo. Puesto en continuo movimiento por la salud de las almas, caminó mas de seis mil leguas, aprendió diversas lenguas, anunció el Evangelio á quince naciones bárbaras, en las cuales bautizó entre niños y adultos mas de cuarenta y ocho mil personas, plantó varias misiones, edificó muchos templos, enseñó á los bárbaros las artes necesarias a la vida social, introdujo el cristianismo en la

Pimeria y fué el primero que reconoció los países situados del otro lado de los rios Colorado y Gila. Sus obras, aunque grandes y sorprendentes, habrian sido sin duda mayores si en vez de las contradicciones y calumnias que sufrió, hubiera sido ayudado en sus gloriosas empresas, como lo pedia con instancia. Recibió del cielo una gracia particular para conciliarse el amor y el respeto de tantas naciones bárbaras, y así andaba en medio de ellas tan seguro como entre los mas cultos cristianos. En sus largos y penosos viajes no llevaba otro viático que maíz tostado, no dejaba de decir misa, ni dormia jamás en colchon. Caminaba hablando con Dios en la oracion ó cantando salmos é himnos. Murió santamente entre sus caros neófitos con sumo sentimiento de estos, y después de su muerte no pudieron varios misioneros soportar el peso de las tareas apostólicas que él desempeñaba solo.



LIBRO TERCERO.

Fundacion de otras misiones, nuevas tareas, penalidades, contradicciones y peligros. Ejemplos de algunos catecúmenos y neófitos. Muerte de los padres Salvatierra, Píccolo, Ugarte y Mayorga. Conjuracion de los pericúes, muerte dada á dos misioneros, pérdida y restablecimiento de algunas misiones.

§ I.

FALTA DE BASTIMENTOS EN LA COLONIA. LOS INDIOS DE CADEGOMÓ Y DE KADAKAAMAN PIDEN MISIONEROS.

La desgraciada colonia de la California, después de la pérdida de tantos capitales empleados en bastimentos y provisiones, se hallaba en un estado lamentable. Movido por esto á compasion el virey duque de Linares, ordenó que se le vendiese en cuatro mil pesos un bastimento llamado Nuestra Señora de Guadalupe, secuestrado en Acapulco por el gobierno á causa de un contrabando; mas este buque, aunque á primera vista parecia bueno, no lo estaba, y por tanto apenas hizo dos viajes cuando se perdió. Lo mismo sucedió á otro comprado tambien en Acapulco. No quedaba pues en la colonia sino el pequeño bastimento San Javier para el trasporte de los víveres y de todo lo necesario, y para todos los viajes que era preciso hacer, ya de un puerto á otro de la península, ya á Sonora, Sinaloa y Nueva Galicia. Por esta falta de embarcaciones no pudo el padre Salvatierra reconocer las islas y costas del golfo hasta el rio Colorado, ni continuar la conversion de los seríes y tepocas, que felizmente habia comenzado, ni plantar nuevas misiones en la península.

En medio de tantas necesidades no disminuyeron aquellos misioneros sus tareas apostólicas, de modo que no hubo entre ellos uno que en aquellos años calamitosos no redujese á vida social muchas tribus de bárbaros errantes por los bosques. Con este fin habian hecho muchos viajes fructuosos el padre Ugarte al Sur y el padre Píccolo al Norte. Habian venido muchas veces á Mulegé varios indios de Cadegomó, lugar de la costa del mar Pacífico distante treinta leguas, á pedir con instancias al padre Píccolo que los visitase y les llevase un misionero que viviese siempre con ellos. El, á pesar de no haberse restablecido de una grave enfermedad, marchó para allá en 1712, acompañado del capitan del presidio y algunos soldados é indios; y habiendo hallado á ocho leguas del mar un lugar á propósito para una nueva mision, el que dedicó desde luego á la Purísima Concepcion de la santísima Vírgen, se reunieron en él todas las tribus de las cercanías, suplicándole encarecidamente que se quedase con ellos, ofreciéndole regalarle las mejores pitahayas y presentándole sus hijos para que los bautizase. Bautizó en efecto á los párvulos y acarició á los adultos, prometiéndoles un misionero que los instruyese y favoreciese en todo; pero no fué posible plantar la mision hasta el año de 1717, contentándose entre tanto el padre con ir allá algunas veces á instruir y confirmar en su buen propósito á aquellos indios, los cuales tambien venian con frecuencia á Mulegé y no desistian de sus instancias.

La misma peticion vinieron á hacer no pocas veces los cochimíes de Kadakaaman, lugar situado del otro lado de los montes á cuarenta leguas de Mulegé. El padre Píccolo fué tambien allá el 13 de noviembre de 1716 con tres soldados y algunos de sus neófitos, y los cochimíes salieron á recibirle con singulares muestras de júbilo y respeto, presentándole sus pitahayas y quitando las piedras y estorbos que habia en el camino por donde debia pasar; especialmente los niños corrian á él con tal amor y ternura como si él los hubiera criado. En Kadakaaman concurrieron muchas tribus de los lugares circunvecinos, presentando á porfía las mujeres á sus hijos para que fuesen bautizados. En efecto, el padre Píccolo bautizó cincuenta; pero supo entonces que aquellos niños no eran las primicias del cristianismo, porque uno de sus neófitos llamado José, muy instruido en el modo de bautizar en caso de necesidad, habia bautizado en la primavera de aquel año tres moribundos, cuyas almas volaron luego al paraíso. El padre Píccolo fabricó allí una cabaña para decir misa y rezar una novena á la santísima Vírgen para la conversion de aquel gentilismo, y permaneció en aquel lugar hasta diciembre, con el fin de conciliarse mas la benevolencia de los indios y aficionarlos mas á la re-

ligion cristiana; pero esta mision, que después llegó á ser una de las mejores de la California, no se pudo plantar sino hasta el año de 1728.

§ II.

EL PADRE SALVATIERRA INTENTA EN VANO LA PACIFICACION DE LOS GUAICURAS, Y PROSIGUE TRABAJANDO AUNQUE ENFERMO.

El padre Salvatierra emprendió por su parte el año de 1716 la pacificacion de los guaicuras, los cuales tanto por las hostilidades que treinta años antes habia hecho contra ellos el almirante Otondo, cuanto por las frecuentes vejaciones que experimentaban de los pescadores de perla que llegaban a sus puertos, estaban muy mal dispuestos contra los cristianos. Habiéndose embarcado en Loreto se dirigió al puerto de la Paz acompañado del capitan, de algunos soldados y varios indios del mismo Loreto. Llevó tambien consigo tres guaicuras que le vendieron unos pescadores de perla, y él compró y trató muy bien, para que entregándolos después á sus padres, fuesen testigos de la beneficencia y dulzura de los misioneros para con los indios. Al llegar a la Paz hallaron algunos guaicuras con sus familias; pero estos huyeron luego que vieron á los españoles. Los indios de Loreto los siguieron inconsideradamente, sin que bastasen á contenerlos los gritos del padre y del capitan. Los guaicuras continuaron su fuga; pero sus mujeres como menos veloces en la carrera, viéndose alcanzadas, hicieron cara y comenzaron á defenderse á pedradas. Los cristianos, añadiendo á la imprudencia la crueldad, las maltrataron, y acaso las habrian matado si no hubieran llegado á defenderlas el capitan y algunos soldados españoles. El capitan reprendió severamente á aquellos neófitos unos procederes propios de su antigua barbarie y contrarios á las instrucciones de sus misioneros, y procuró tranquilizar y acariciar á las guaicuras ofendidas; mas ellas les volvieron desdeñosamente las espaldas para irse con sus maridos. El padre Salvatierra se disgustó mucho, y considerando cuán vana seria cualquiera diligencia en aquellas circunstancias para hacer volver á los fugitivos, se contentó con enviarles los tres guaicuras que habia llevado consigo, después de haberlos acariciado y encargado que dijesen á sus paisanos que ni él ni los españoles eran culpables de lo acaecido, pues venian á solicitar su amistad. De allí se volvió desconsolado á Loreto.

A mas de sus trabajos y de los graves disgustos que tuvo, especialmente en estos últimos años, se hallaba enfermo de piedra en la orina. Mas á pesar de esto proseguia trabajando como si estuviera sano, y aun cuando la gravedad de la enfermedad no le permitia levantarse de la cama, no por eso dejaba de cuidar de todo.

§ III.

LLEGADA DEL PADRE TAMARAL Á LA CALIFORNIA. SALIDA PARA MÉJICO DEL PADRE SALVATIERRA. SU MUERTE.

En marzo de este año de 1717 llegó á Loreto el padre Nicolás Tamaral, destinado á la proyectada mision de *Cadegomó*, ó sea de la Purísima Concepcion. Llevó al padre Salvatierra una carta del padre provincial en la cual le decia que habiendo llegado á Méjico el nuevo virey marqués de Valero, encargado de algunas órdenes de la corona relativas á la California, y deseoso de ejecutarlas y de favorecer aquellas misiones, queria su excelencia conferenciar antes largamente con él y pedirle algunos informes, y que por tanto convenia que viniese á Méjico cuanto antes. El padre Salvatierra, á pesar de su vejez y de sus graves enfermedades, salió de Loreto acompañado del hermano Bravo el 31 del mismo mes, dejando al padre Ugarte la superintendencia del presidio y de las misiones. A los nueve dias de navegacion llegó á Matanchel, y de allí pasó á caballo á Tepic. Esta caminata le agravó de tal modo los dolores de la piedra, que no pudiendo continuar el viaje de otra suerte, fué llevado en camilla por algunos indios hasta la ciudad de Guadalajara. Allí aumentándose sus males, tuvo que tolerar por mas de dos meses un acerbo martirio en vez del que siempre habia deseado sufrir por la fe de Jesucristo; y conociendo que iba á terminar su vida mortal, encomendó al hermano Bravo los negocios que debian tratarse en Méjico, le dió las instrucciones necesarias y le ordenó que escribiese á los misioneros de la California diciéndoles: que él, ayudado de los párvulos californios que estaban en el cielo, esperaba alcanzar de la clemencia de la santísima Vírgen que protegiese poderosamente aquel naciente cristianismo; que pusiesen todas sus esperanzas en Dios, y que no dudaba que se dejarian primero quitar la vida que abandonar aquellos sus hijos en Cristo. Sobre todo, suplicó al hermano y por su medio á todos los de la California que le perdonasen el mal ejemplo y todos los disgustos que les hubiera dado. El hermano lloraba amargamente, así como algunos californios que habian venido en aquel viaje, cuyas extraordinarias demostraciones de dolor eran tales, que movian á compasion á los que las veian ó las sabian. Luego que se supo en la ciudad el riesgo en que se hallaba un hombre venerado por todos como santo, se hicieron en muchas iglesias rogativas públicas por su salud; pero el Señor queria dar por fin á su siervo fiel el descanso de tantos trabajos y el premio de tan relevantes servicios, y así habiendo recibido los santos sacramentos y preparándose con los mas fervorosos actos de todas las virtudes cristianas, exhaló tranquilamente el espíritu el sábado 17 de julio de 1717 á los seten-

ta años de edad. Asistieron á su entierro el presidente y oidores, el clero secular y regular, toda la nobleza y un inmenso concurso de pueblo publicando todos á porfia su santidad. Fué sepultado en la capilla de la Vírgen de Loreto que él habia edificado en la iglesia de los jesuitas, y sus huesos fueron después colocados en una caja separada, cerca del altar de la Virgen, cuya devocion habia promovido en todo el reino, en donde dura hasta hoy su memoria.

§ IV.

PRETENSIONES DEL HERMANO BRAVO ANTE EL GOBIERNO. ACUERDO. ÓRDENES. TEMPESTAD EN LA PENÍNSULA.

El hermano Bravo pasó inmediatamente á Méjico, en donde halló al virey muy bien dispuesto en favor de la California. El rey en 29 de enero de 1716 habia expedido una nueva órden para que se agitase con toda la diligencia posible la ejecucion de las anteriores dadas en 1708 concernientes á la California, para que se tuviese un cuidado particular con la colonia, se diese cuenta á la corte de su estado actual, y no se alterase entre tanto la forma de gobierno establecido allí por los padres de la Compañía. El hermano, después de largas conferencias privadas con el virey, le presentó de órden de S. E. dos memoriales, en uno de los cuales le informaba del país, puertos, habitantes, presidio y misiones de la California, y en el otro exponia los medios que creia mas á propósito para hacer mas prontos y estables los progresos de la colonia. Proponia con arreglo á las instruciones del padre Salvatierra, que se fundase un buen seminario para la educacion de los niños; que se pagasen por cuenta del erario un oficial y cincuenta hombres, formando con ellos, segun las órdenes del rey, un nuevo presidio en el puerto de la Paz ó en el cabo de San Lúcas á donde pudiesen acogerse sin riesgo y tomar refrescos las naves de Filipinas, segun las intenciones de la corte; que se proveyese de un nuevo bastimento la colonia, que ya no tenia mas que el pequeño llamado San Javier; que se premiasen los servicios del capitan don Estévan Rodriguez Lorenzo, y que se concediese al santuario de la Vírgen de Loreto la propiedad de la salina de la isla del Cármen, de la cual ni el rey ni los particulares sacaban utilidad.

El virey celebró en 25 de setiembre una junta compuesta de dos oidores, el fiscal, cuatro ministros, el provincial de la Compañía, el padre Alejandro Romano y el hermano Bravo procuradores de la California. Aunque en aquella junta no se acordó todo lo que se pedia, si se hubieran ejecutado las resoluciones que se tomaron habrian sido muy ventajosas á la California; pero el fiscal, considerando que los grandes gastos que debian hacerse por cuenta del real erario para ejecutar lo que se habia deliberado, acaso no serian aprobados en la corte, y que él seria responsable puesto que le tocaba defender los intereses de la corona, manifestó al virey sus temores y le suplicó que suspendiese la publicacion del decreto. El virey tambien quedó perplejo entre el deseo de cumplir las órdenes del rey y el temor de desagradar á la corte; pero el piadoso y magnánimo rey Felipe estaba muy lejos de desaprobar aquellas primeras resoluciones, pues movido de las espontaneas representaciones y súplicas que en favor de la California le habia hecho el obispo de la Nueva Vizcaya, á cuya diócesis se creia entonces perteneciente la península, expidió en 29 de enero de 1719 nuevas y estrechas órdenes al virey, encargándole con las expresiones mas eficaces la ejecucion de sus conocidas disposiciones con respecto á la colonia y misiones de la California.

El virey al fin, á pesar de sus temores, mandó que del real erario se diesen anualmente al procurador de la California 18.276 pesos para los gastos de oficiales, soldados y marineros de la colonia; que se pagasen sus deudas, que montaban á 3.022 pesos, y que se comprase en cuatro mil, tambien á costa del real erario, un bastimento peruano. Todo se ejecutó; pero el bastimento tuvo la misma desgracia que tantos otros, pues á causa de estar mal carenado, se perdió el año siguiente en el puerto de Matanchel.

En el otoño del mismo año de 1717, mientras en Méjico se deliberaba sobre los negocios de la California, sufrió esta península graves daños causados por un terrible huracan de tres dias continuos, acompañado de fuertes aguaceros, tan raros en aquel país. Todas las casas é iglesias fabricadas de adobes fueron destruidas, los diques se rompieron, y los campos quedaron despojados en parte de la tierra labrantía y cubiertos de piedras. El padre Ugarte hubiera perecido en la inundacion de su mision de San Javier si no se hubiera subido á una peña, en donde estuvo veinticuatro horas á campo raso, expuesto á la lluvia; pero lo que da á conocer mejor la violencia de aquel viento, es el haberse llevado en Loreto á un muchacho llamado Mateo, que jamás volvió á parecer ni vivo ni muerto, á pesar de haber sido buscado. Dos bastimentos de pescadores de perlas que estaban en la costa de la península se perdieron con cuatro hombres que se ahogaron, salvándose los restantes en dos bastimentos mayores que estaban bien anclados y en lugar seguro. Estos náufragos, habiendo llegado á Loreto después de la borrasca, fueron bien acogidos y caritativamente tratados por el padre Ugarte. En los setenta años que los jesuítas permanecieron en aquella península, hubo otros muchos huracanes muy fuertes, pero ninguno comparable con este.

———

§ V.

EL PADRE SISTIAGA MISIONERO. EL PADRE TAMARAL DESTINADO Á LA MISION DE LA CONCEPCION.

El hermano Bravo, después de haber dado las gracias al virey y á todos los señores de la junta y comprado todo lo que necesitaba la colonia, se volvió á la California llevando al padre Sebastian de Sistiaga destinado á aquellas misiones. El destino de este jesuíta parece una prueba de las luces sobrenaturales del padre Salvatierra. Era el padre Sistiaga catedrático de bellas letras en Méjico, cuando movido por el Señor, hizo presentes á sus superiores los deseos que tenia de ser empleado en la conversion de los californios. El provincial al principio no consintió en ello, ni el padre Salvatierra pudo tener de esto conocimiento humano hallándose moribundo en Guadalajara, ciudad distante de Méjico mas de cien leguas. Sin embargo, antes de morir encargó al hermano Bravo que luego que llegase á Méjico dijese al padre Sistiaga que continuase humildemente sus instancias respecto á la California. El padre Sistiaga quedó admirado de esto, y se persuadió que Dios le destinaba á aquellas misiones, en las cuales trabajó con mucho fruto cerca de treinta años.

El padre Ugarte tenia entonces la superintendencia de la colonia y de las misiones, y era al mismo tiempo misionero de San Javier Viggé, el padre Mayorga de Comondú, el padre Guillen de Liguig, y el padre Píccolo, encargado de las misiones de Loreto y Londó, tuvo por sucesor al padre Sistiaga en la de Mulegé. El padre Tamaral, hombre de grande espíritu, que debia fecundar aquel campo evangélico no menos con sus sudores que con su sangre, fué destinado á la proyectada mision de la Purísima Concepcion.

Antes de plantarla se radicó por algun tiempo en San Miguel, lugar perteneciente á la mision de San Javier, en el cual tuvo el consuelo de recibir dos tribus que llegaron á pedir el bautismo. Estas fueron sostenidas por él, segun la costumbre de aquellos misioneros, todo el tiempo que duró su instruccion, y después fueron bautizadas. Alentado con tan felices principios, emprendió abrir, como lo hizo con mucho trabajo, primero el camino de San Miguel á Cadegomó, después el de Cadegomó al lugar de la Purísima Concepcion, y últimamente el de la Concepcion á Mulegé. En Cadegomó permaneció mas tiempo con el fin de catequizar y bautizar tanto á aquellos bárbaros como á los de *Codemino* y de la montaña de *Vajademin*. En la *Purísima* (así se llamaba vulgarmente el lugar de aquella nueva mision) halló la tierra descortezada, digámoslo así, por el furioso temporal de 1717; pero con el trabajo y la industria consiguió hacer labrantíos algunos trechos de aquel campo, los cuales le producian el maíz suficiente para alimentar á sus neófitos. Gobernó algunos años esta mision, cuyo distrito era de treinta leguas de terreno por la mayor parte fragoso y quebrado, y estaba poblado de cuarenta tribus de indios de la nacion cochimí, de las cuales instruyó y redujo á vida civil y cristiana treinta y tres y bautizó casi dos mil personas. Los guamas gentiles se conjuraron muchas veces contra su vida; pero Dios reservó este sacrificio para distinto tiempo y lugar, como después veremos.

§ VI.

PTOYECTOS DEL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, animado siempre de pensamientos hérvicos y propios de su magnanimidad, resolvió en este tiempo la ejecucion de dos grandes empresas. Deseaba en primer lugar reconocer toda la costa al rededor del golfo de la California, para que avanzando hácia el Norte por una parte las misiones de Sonora y por otra las de la península, llegasen al fin á unirse de tal modo que no quedara entre ellas ningun espacio que no estuviera sometido al Evangelio. Á pesar de los descubrimientos de los padres Kino y Salvatierra, habia muchas personas que dudaban si la California seria una verdadera península ó si entre Loreto y la embocadura del rio Colorado habria un gran canal por el cual se comunicase el golfo con el mar Pacífico, pues algunos navegantes antiguos se lisonjeaban de haber dado una vuelta entera por mar á toda la California. Queria tambien el padre Ugarte reconocer la costa occidental de la península en busca del puerto tan deseado por el rey y de nuevo encargado por el virey para los navíos de las islas Filipinas.

Mas para ejecutar estos proyectos se necesitaba un buque grande, fuerte y seguro, cual no se encontraba en aquellos mares, ni tampoco podia mandarse construir en los puertos de la Nueva Galicia ó de Sinaloa sin exponerse á los engaños de aquellos arteros bellacos. Determinó, pues, el padre fabricarle en la misma California, donde se carecia de madera, de hierro, de jarcia, de pez, de todos los otros materiales é instrumentos necesarios, de maestro que dirigiese la construccion y de oficiales que la ejecutasen; pero todas las dificultades fueron vencidas por su heróica magnanimidad y su maravillosa industria. Llevó de la Nueva España un maestro y algunos oficiales, y aun quiso tambien llevar la madera; pero habiendo sabido por sus neófitos que á mas de setenta leguas de Loreto hácia el N. O. habia árboles muy gruesos, se dirigió á aquel lugar escoltado por los indios y acompañado del maestro. En efecto, se halló allí gran cantidad de guaribos gruesos, pero en barrancas tan profundas que al maestro le pareció imposible que la

madera se llevase hasta el puerto de Mulegé, distante treinta leguas. *Eso me toca á mí*, dijo entonces el padre Ugarte, de cuya empresa se reian casi todos, á pesar de que hacian tanto aprecio de su intrepidez y habilidad.

Después de haber dado en Loreto las órdenes convenientes, se trasladó á las barrancas, en las cuales permaneció cuatro meses dirigiendo la corta de los árboles, la cual hizo ayudado en lo mas por sus neófitos y por las vecinas tribus de gentiles, que al mismo tiempo fueron domesticadas, catequizadas y dispuestas por él al cristianismo, que de allí á poco se plantó en aquel lugar con una nueva mision. Después, habiendo hecho abrir y allanar cuanto se pudo un largo camino hasta el puerto de Mulegé, hizo acarrear la madera con bueyes y mulas, valiéndose de los mismos gentiles para que condujesen aquellos animales. En Mulegé dió con su autoridad y sus modales tal calor á la obra, que en 14 de setiembre de 1719 fué botada al agua una balandra que se llamó el *Triunfo de la cruz* y que en opinion de todos los inteligentes era el buque mas bello, mas fuerte y mas bien hecho de cuantos hasta entonces se habian visto en el golfo de la California.

§ VII.

EL HERMANO BRAVO RECIBE LOS SAGRADOS ÓRDENES Y ES HECHO MISIONERO.—EL ALFEREZ DEL PRESIDIO ENTRA DE JESUÍTA.

Mientras se trabajaba en las obras muertas y aprestos de la balandra, adquirió la California un nuevo bastimento, un nuevo procurador y un nuevo misionero. Este último fué el hermano Bravo, que habiendo ido por este tiempo á Sinaloa á buscar víveres, se halló allí con una carta del provincial, en la que le mandaba pasar á Guadalajara á recibir de aquel obispo los órdenes sagrados, pues el padre general informado por los superiores de Méjico, queria que emplease de misionero su celo por la conversion de los californios. El buen hermano, aunque lleno de confusion, obedeció prontamente, y de Guadalajara pasó á Méjico llamado por el mismo provincial. Allí obtuvo del virey un nuevo bastimento, pues el que se habia comprado dos años antes se habia perdido en el puerto de Matanchel. A mas de esta gracia del virey, obtuvo otra del piadoso marqués de Villapuente, el cual deseando la conversion de los guaicuras, consignó el capital para la fundacion de una nueva mision en el puerto de la Paz, y quiso que el mismo padre Bravo fuese su fundador. Este se encargó de buena gana de aquella ardua y peligrosa empresa, y habiendo comprado todo lo que entonces necesitaba para la colonia, se embarcó en Acapulco en el nuevo bastimento dado por el virey y se trasladó á Loreto.

Habiéndose aumentado considerablemente el número de soldados, marineros, neófitos y catecúmenos, se necesitaban mas víveres y un procurador que cuidase de adquirirlos y distribuirlos. No pudiendo el padre Bravo, destinado á las funciones apostólicas, ocuparse en aquellos negocios temporales, Dios proveyó de un modo particular. Don Juan Bautista Mugazabal, alférez del presidio, era un hombre de tales costumbres y de tanta habilidad, que desde que entró en la California cada uno de los misioneros le queria por compañero. El padre Píccolo, que le tuvo á su lado muchos años, aseguraba que á él se le debian en gran parte los progresos del cristianismo en Mulegé. Movido Mugazabal de los ejemplos de virtud que continuamente observaba en aquel buen religioso, deseó ardientemente hacerse jesuíta, y lo consigió sin dificultad; mas como los superiores consideraron por una parte la gran distancia de Tepozotlan, en donde estaba el noviciado comun de los jesuítas de la Nueva España, y por otra la necesidad de la California, le dispensaron de la ley ordinaria, concediéndole que en la misma península hiciese sus dos años de noviciado bajo la direccion del padre Ugarte. En tan buena escuela se hizo un religioso ejemplar y un diligente y fiel ecónomo, como lo manifestó en los cuarenta y un años que sirvió este empleo con mucho fruto y edificacion.

§ VIII.

MISION DE LA PAZ, SU MISIONERO EL PADRE BRAVO.

En este año de 1720 se plantaron en la California dos misiones. La primera en el puerto de la Paz, intentada antes infructuosamente por el padre Salvatierra y ahora dotada por el marqués de Villapuente. El padre Salvatierra cuando vió que no surtian sus tentativas, dijo: *Esta empresa la tiene reservada el Señor para el apóstol*, esto es, para el padre Ugarte, á quien solia dar este título. Efectivamente, este grande hombre fué el que con el padre Bravo plantó aquella peligrosa mision. Para ejecutarlo mandó al padre Guillen que desde Liguig se fuese por tierra hasta la Paz, á fin de que hiciese abrir el camino que comunicase la nueva mision con Loreto, y él se fué por mar en su nueva balandra con el padre Bravo y algunos soldados y neófitos del mismo Loreto. Habiendo llegado á la Paz desembarcaron con mucho órden como en tierra de enemigos, y aunque á lo lejos se presentaron armados algunos guaicuras, luego que vieron que se dirigian á ellos los dos misioneros acompañados de un solo indio que iba á servir de intérprete, se sentaron tranquilamente para significar su confianza. Esta nacia de los buenos informes que les habian dado los tres prisioneros que el padre Salvatierra habia despachado á su país bien regalados, como se ha

dicho arriba. Los dos misioneros procuraron conciliarse la benevolencia de los salvajes con caricias y dones, regalándoles alguna ropa de lana, algunos cuchillos y otras cosas apreciadas por ellos, y asegurándoles que venian á solicitar su amistad y á que hiciesen las paces con los bárbaros habitantes de las islas de San José y del Espíritu Santo y con otros sus perseguidores y destructores. Los guaicuras manifestaron por esto mucho gusto, y aunque los primeros dias no se atrevian á acercarse á los soldados, después, deponiendo poco á poco el temor, vinieron en tropas aun de países muy remotos. Se fabricaron cabañas de ramas techadas con heno para que se guareciese la gente, se allanó y limpió el terreno donde se habia de edificar la iglesia y las casas, se sacaron de la balandra las provisiones y animales y se comenzó á formar la nueva mision con gusto de los guaicuras.

Sin embargo de que Liguig no dista de la Paz mas de setenta leguas, no pudo llegar el padre Guillen con su comitiva sino después de un viaje de veintiseis dias, muy penosos por las vueltas que tuvo que dar para evitar las barrancas y por otras dificultades que tuvo que vencer en el camino. Tres meses se mantuvo el padre Ugarte en la Paz, en los cuales, mediante aquella gracia particular que tenia para hacerse respetar y amar de los salvajes, se concilió los ánimos de los guaicuras de tal modo, que repetidas veces le rogaron que dejase para siempre con ellos un misionero que los doctrinase y gobernase. Se atrajo tambien á los salvajes habitantes de las islas vecinas y los inclinó á hacer las paces con los guaicuras sus antiguos enemigos. Estos le suplicaron que los librase de las hostilidades de los pescadores de perla y les aseguró que bajo la proteccion del padre Bravo y de los soldados que les dejaba, no sufririan en adelante semejantes males.

Volviéndose el padre Ugarte á Loreto á fines de enero de 1721 y el padre Guillen á Liguig, se quedó el padre Bravo en el puerto de la Paz, solo con algunos soldados. Desde luego se dedicó á aprender de los mismos bárbaros la lengua del país, y en seguida á fabricar la iglesia y casas, á cultivar la tierra, á traer de los bosques á los salvajes dispersos, civilizarlos, doctrinalos, acostumbrarlos á la vida laboriosa y á la práctica del cristianismo formando con ellos poblaciones. Todo esto lo hizo con mucho celo el nuevo misionero hasta el año de 1728 en que fué llamado á Loreto por sus superiores, para que ayudase al padre Piccolo, ya mas viejo y enfermo. En aquellos ocho años bautizó entre párbulos y adultos mas de seiscientos, dejó ochocientos catecúmenos y muchos gentiles aficionados al Evangelio, y formó tres poblaciones llamadas *La Virgen de Pilar*, *Todos Santos* y el *Angel Custodio*. De este modo hizo útiles para aquellos bárbaros su talento y su vocacion al sacerdocio.

---

§ IX.

MISION DE GUASINAPI, Ó SEA DE GUADALUPE, SU MISIONERO EL PADRE HELEN.

Mientras el padre Ugarte se ocupaba en fundar la mision de la Paz, se formó otra en Guasinapi, lugar frio y malsano de las montañas, distante de Loreto sesenta leguas hácia el Noroeste. Desde que el padre Ugarte estuvo allí dirigiendo la corta de la madera para la balandra, aficionó de tal suerte á la religion cristiana á aquellos montañeses de la nacion cochimí, que desde entonces mandaban con frecuencia á suplicarle que volviese á sus montañas. El, después de haberles hecho otra visita para asegurarse de su sinceridad, dispuso al embarcarse para la Paz que fuese á plantar la nueva mision en Guasinapi el padre Everardo Helen, jesuita aleman, llegado á la California en abril de 1719, el cual en pocos meses habia adquirido algun conocimiento de aquella lengua. Este, acompañado del capitan y de algunos soldados del presidio, marchó en fines del año de 1720 para Guasinapi, en donde las tribus que vagaban por los montes vecinos se reunieron muy contentas de tener un misionero.

Al punto se puso mano á la obra de la iglesia y de las casas, trabajando en ello los salvajes á la par con los soldados, como si desde chicos hubieran estado acostumbrados al trabajo. Después comenzó el padre Helen á instruirlos en la doctrina cristiana, y era tal el empeño que tenian en aprenderla, que el padre no podia en todo el dia libertarse de su piadosa importunidad para atender á otras ocupaciones. Repetian sin cesar lo que habian aprendido, y todos los dias antes del alba se levantaban á entonar las oraciones, cuyo concierto, tan grato á Dios y á los angeles, hacia llorar de ternura al misionero. A poco tiempo se vió este precisado á andar continuamente por los montes, llamado por las tribus mas remotas á instruir á los viejos y enfermos, á quienes podia ser nociva la dilacion, y á bautizar á los párvulos.

Terminadas que fueron las fábricas, se volvió el capitan con sus soldados á Loreto, dejando cuatro que juzgó necesarios para la seguridad del misionero en un país tan distante del presidio y aun no sometido al Evangelio. El padre Helen, continuando sus tareas apóstolicas, celebró el sabado de Gloria de 1721 el primer bautismo de veinte adultos con todo el aparato y solemnidad posibles, y el segundo con igual solemnidad en la vigilia de Pentecostés.

Estos ejemplos avivaron en otras tribus remotas el deseo del bautismo; pero el padre les protestó que no las creeria capaces de tan excelente gracia si no le traian las tablitas, las capas de cabellos, las pesuñas de ciervo y otras cosas semejantes que les servian en sus supersticiones.

Hubo dificultad en obtener esta condicion, porque estas cosas, como materia de la supersticion, eran instrumentos de las imposturas que sus charlatanes usaban para procurarse el sustento. El mismo misionero en quince años de continua práctica y observacion de aquellos indios, no pudo hallar entre ellos ningun vestigio de idolatría, brujería ó pacto con el demonio. Conoció por la experiencia que los que pasaban por brujos no eran sino verdaderos charlatanes é impostores; pero como los engaños de estos eran el mayor obstáculo á la propagacion de la fe; á ejemplo de otros misioneros, exigia á los que pedian el bautismo que le llevasen todas aquellas cosas de que usaban los guamas para mantenerlos en el ciego gentilismo. Al fin consiguió que le llevasen muchísimas, y las quemó todas en una grande hoguera en un dia destinado á esta funcion, á la cual convocó á todos los indios, quienes manifestaron el desprecio que ya hacian de aquellas cosas con las pedradas que les tiraron hombres y mujeres, niños y viejos.

El celo del padre Helen se explicó mucho mas en los años de 1722 y 23, que fueron tan infaustos á la península por las calamidades que le sobrevinieron, cuanto habian sido felices los dos anteriores por la fundacion y prósperos principios de dos nuevas misiones. El año de 1722 se vió afligida la California con la terrible plaga de la langosta, que destruyó casi todas las frutas silvestres con que se mantenian los indios, y si no hubiera sido por el maíz que se les daba en las misiones, muchos hubieran perecido de hambre. Pero como el maíz no era tanto que alcanzara para todos, se dedicaron á matar las langostas no solo para destruirlas, sino para comérselas. Esta comida y otras igualmente nocivas, les causaron una enfermedad de úlceras malignas que privó de la vida á muchos. El padre Helen impelido por su fervorosa caridad, andaba sin cesar por aquellos escabrosos montes, llevando á los enfermos auxilios espirituales y temporales, y haciendo con ellos las veces de padre, de médico, de enfermero, de confesor y de consolador. Apenas se habia mitigado esta enfermedad, cuando sobrevino otra de disenteria, en la cual trabajó tanto el misionero, que contrajo una hernia peligrosa, y una inflamacion de ojos tan molesta y fuerte, que se vió precisado á retirarse á Loreto para curarse, volviendo después á su mision, aunque no estaba del todo sano. Los neófitos viendo que por ellos habia sacrificado su reposo y su salud, le recibieron como un ángel venido del cielo, y él sirvió en todas las cosas del alma y del cuerpo á doscientos veintiocho cristianos adultos que perecieron en aquella peste, á un número mayor que se salvaron, y á muchos niños que bautizados por él volaron al cielo. Lo mismo sucedió en las otras misiones, aunque no tanto como en la de Guadalupe ó Huasinapi.

Prevalióse el padre Helen del amor que los indios le tenian, para los progresos del cristianismo, los cuales fueron tan rápidos que en el año de 1726 habia treinta y dos tribus convertidas, en las que á mas de los catecúmenos se contaban mil setecientos siete cristianos. De estas tribus algunas fueron agregadas á la mision de Mulegé, y otras á la de San Ignacio, que se fundó después de poco tiempo, por estar menos distantes de aquellos lugares. A la mision de Guadalupe le quedaron veinte, esparcidas por aquellos lugares de las montañas en que habia agua potable; pero al fin fueron congregadas por el padre Helen en cinco pueblos, fabricando en cada uno, además de las casas, una capilla para los ejercicios de la religion. En toda esta mision no se pudo hallar ninguna tierra labrantía, y así los indios se mantenian con el maíz que se le enviaba de otras misiones, con las frutas y raíces que ellos buscaban en los montes, y con las carnes de los animales que allí se criaban. Los neófitos de aquella mision llegaron á ser de los mas instruidos, morigerados y devotos, lo que principalmente se debió, después de Dios, al celo del padre Helen, que se dedicó á la conversion de aquellos bárbaros con tanto empeño, que cuando por necesidad se separó de la mision no dejó un solo gentil en todo su vasto territorio. Al fin, después de quince años de tan gloriosas fatigas, se le agravaron tanto sus enfermedades, que aunque queria morir entre sus caros neófitos, sus superiores le obligaron el año de 1735 á trasladarse á la Nueva-España, en donde después de una vida inocentísima y llena de afanes, murió en Tepozotlan el año de 1757.

§ X.

ÓRDENES DEL VIREY EJECUTADAS POR LOS MISIONEROS.

Entre tanto los misioneros se empeñaban en ejecutar las nuevas y estrechas órdenes que el virey habia dado para que se buscase un buen puerto en la costa occidental de la península. Mas como esto no podia hacerse por mar sin navíos grandes y muchos gastos, resolvieron hacerlo por tierra, como ya otras muchas veces lo habian hecho sin fruto los padres Salvatierra, Ugarte y Píccolo. Con este fin, por órden del padre Ugarte marchó en 1719 el padre Guillen con el capitan, algunos soldados y tres compañías de californios armados á su modo. Y como por la relacion de los viajes de Sebastian Vizcaino se sabia que entre los grados 24 y 25 se hallaba situado el puerto de la Magdalena, grande, cómodo y seguro, se dirigieron á él, y no pudieron llegar sino después de un viaje penosísimo de veinticinco dias. Vieron que en efecto el puerto era bastante grande y estaba por todas partes rodeado de montañas que le ponian á cubierto de los vientos; pero no hallaron en ningun lugar de los alrededores ni agua potable, ni pastos, ni leña, ni terreno capaz

de cultivo, de modo que ni los navíos que allí llegasen podrian proveerse de lo necesario, ni podia establecerse la proyectada colonia. El padre Guillen queria continuar sus investigaciones por la costa; pero habiéndose opuesto á ello el capitan y los soldados, regresaron todos á Loreto en quince dias por otro camino mas corto.

El padre Tamaral, que al despedirse en Méjico del virey, habia sido particularmente encargado por su excelencia de hacer las mismas investigaciones, fué varias veces en aquel tiempo á la costa y recorrió un gran trecho de ella hácia el Norte, y casi toda hácia el Sur, hasta el cabo de San Lúcas, sin poder hallar un puerto á propósito para la tan deseada colonia.

Finalmente, en 19 de noviembre de 1721 salieron de la mision de Guadalupe los padres Sastiaga y Helen con el capitan y algunos soldados del presidio, é internándose hasta los 28°, reconocieron con exactitud un gran trecho de la costa. En este viaje, aunque por otra parte desgraciado, tuvieron el consuelo de hallar tres puertos cómodos y provistos de agua y de leña. Y aunque el terreno de toda la costa les pareció estéril y absolutamente incapaz de cultivo, juzgaron que hallándose el mas grande, seguro y abundante de agua potable entre los tres puertos, poco distante del pueblo de San Miguel, perteneciente á la mision de San Javier, podrian los navíos recibir de allí los refrescos necesarios.

§ XI.

EMPRESA DEL PADRE UGARTE Y CONOCIMIENTOS ADQUIRIDOS EN ELLA.

En el mismo año de 1721 y antes que el padre Sestiaga hiciese el viaje á la costa occidental de la California, puso en práctica el padre Ugarte el atrevido proyecto de navegar todo el golfo para poner en claro la duda de la union de la California con el continente de la Nueva España. Aunque era corto el espacio de mar que debia navegarse; pero las frecuentes borrascas, la violencia de la marea en la costa, la multitud de islas y bajíos, la estrechez de los canales, el ímpetu y la contrariedad de las corrientes, la falta de puertos en que resguardarse y tomar refrescos, el aire malsano de la parte setentrional del golfo, y la calidad cáustica de las aguas, hacian aquel viaje mucho mas molesto y peligroso que si fuera por el Océano.

Aprestada pues la balandra *El triunfo de la cruz* y el esquife *Santa Bárbara*, que se habia fabricado con ella, salió de Loreto el padre Ugarte el 15 de mayo. En la balandra iban con trece californios seis europeos muy inteligentes en la navegacion, y principalmente el piloto Guillermo Strafort; en el esquife iban ocho indios, á saber: dos filipinos, un yaqui y cinco californios. Navegaron hácia el Norte hasta los 28° y de allí atravesaron el golfo en cinco dias para abordar al puerto de Santa Sabina en Sonora, con el intento de continuar el viaje hasta la embocadura del rio Colorado, después de proveerse de agua y víveres. En este puerto comenzaron las desgracias, porque habiéndose mojado casualmente el padre Ugarte al desembarcar, se vió atacado de tan graves dolores en los muslos, piernas y piés, que no podia estar en pié ni sentado. Al desembarcar no vieron ningun indio, sino solamente una cruz plantada en la arena de la playa, y acercándose á ella se arrodillaron, la abrazaron y la besaron. Apenas acababan de hacer esto, cuando aparecieron muchos indios series, que se habian puesto en acecho y vinieron á manifestarse amigos. Estas demostraciones en aquellos bárbaros, enemigos capitales de los españoles, eran efecto de las recomendaciones del padre Salvatierra, que cuando estuvo entre ellos en 1710 les encargó que recibiesen bien los bastimentos de la California que allí abordasen, y para que pudiesen conocerlos, les advirtió que observasen si traian enarbolada la insignia de la cruz, y que si querian asegurarse mas, les presentasen á los navegantes aquel santo madero; pues si le adoraban, era indudable que venian de la California. Esta advertencia era necesaria, porque aquellos mares estaban infestados de piratas ingleses. Habiendo pues advertido los seríes en aquellos navegantes las expresadas contraseñas, los recibieron amigablemente, y cuando vieron al padre Ugarte á bordo de la balandra, no esperaron á que saltase en tierra para reverenciarle, sino que se echaron á nadar, y subiendo á la balandra, le abrazaron los piés, le besaron las manos y el rostro, con otras demostraciones de amor y de respeto. El padre después de haberlos acariciado y regalado, se valió de ellos para mandar una carta á un misionero del país vecino, y para que llenasen de agua los barriles de la balandra, lo cual ejecutaron con mucha diligencia y presteza.

Suplicaron al padre que fuese á una isla inmediata á visitar á los parientes que allí tenian, y él, por ganarles mas la voluntad, convino en ir, mientras le venian los víveres que habia pedido en la carta al misionero. Habiendo pues salido al dia siguiente, amanecieron en un canal muy angosto, tortuoso y lleno de bajíos, en uno de los cuales encalló la balandra, y hubiera perecido seguramente, si aquellos hombres tan prácticos en la mar no la hubieran sacado del peligro con mucha diligencia é industria. Tres dias navegaron por aquel peligroso canal, temiendo perderse á cada momento, hasta que llegaron á la isla que buscaban. Los isleños se alarmaron al principio y comenzaron á gritar fuertemente para impedir el desembarco; pero habiéndoles advertido sus paisanos desde la balandra que en ella venia un misionero á visitarlos, dejaron luego las armas, y en trece balsas pasaron cincuenta hombres al buque á saludar al padre y suplicarle que desembarcase en la isla, en la cual te-

nian una casa en que alojarle. El, aunque entonces se hallaba tan afligido de los dolores que el mas ligero movimiento le era insoportable, por darles gusto hizo que los marineros y californios le llevasen á tierra, en donde los salvajes le recibieron formados en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, y le llevaron á una cabaña de ramas con dos puertas. Allí concurrieron á reverenciarle todos los isleños, primero los hombres y después las mujeres, entrando uno por uno, inclinando la cabeza para que el padre le pusiese en ella la mano, y saliendo por la otra puerta. Después, habiéndole rodeado todos, les hizo, á pesar de sus dolores, cuantos cariños le fueron posibles, y los exhortó á que se trasladasen á la mision llamada *del Pópulo*, distante dos ó tres jornadas de la playa del continente vecino, y á que tuviesen un catequista cristiano para que instruyéndose, pudiesen ser bautizados.

Poco duró el padre Ugarte en la isla, porque le urgia volver al continente á proveerse de víveres para continuar el viaje. Se embarcó pues para allá, y no habiendo en aquella parte ningun puerto en donde poderse refugiar, fué necesario que la balandra anclase en un lugar poco seguro, por lo que una borrasca que sobrevino le hizo perder una ancla y le destrozó el árbol de proa, á pesar de ser de madera muy dura. El padre mandó el esquife á que reconociese la ruta que debian llevar, y algunos hombres por tierra á que observasen la costa. Unos y otros le informaron que no habia ningun puerto en toda aquella costa, que el país era muy estéril y falto de agua, y la marea en todas partes muy violenta; todo lo cual era conforme á las observaciones hechas en aquellos lugares por los padres Kino y Salvatierra. El esquife quedó en seco en un reflujo violento del mar, y perdió parte de su carena.

Considerando pues el padre Ugarte que no se podia sin temeridad continuar el viaje por el lado de Sonora, determinó hacerle por el de la California, y con este fin mandó recomponer los bastimentos y embarcar los víveres que se pudieron conseguir. El dia 2 de julio se hicieron á la vela, y habiendo atravesado en tres dias el golfo, que en aquella parte no tiene mas de cuarenta leguas de ancho, abordaron á la playa de la California, y aunque no habia puerto, anclaron y enviaron la canoa á tierra. Los indios habitantes de la costa se presentaron armados, y tirando una línea en la arena, amenazaron al que se atreviese á pasarla. Pero nuestros navegantes habiéndolos hecho suyos con algunos regalos y otras demostraciones de amistad, no solamente fueron bien recibidos, sino tambien recomendados con otros indios de las mismas costas, y así caminaron con seguridad por tierra casi diez leguas. Volviéndose á la balandra continuaron su viaje dirigiéndose siempre al Norte, y navegando tierra á tierra en busca de algun puerto en donde refugiarse si sobrevenia alguna borrasca. No le hallaron; pero habiendo doblado un cabo, descubrieron una pequeña ensenada, en donde se creyeron resguardados del sur que entonces soplaba. Allí eran tan impetuosas las corrientes y batian la balandra tanto como si se hallase en una fuerte borrasca. El piloto deseoso de descubrir algun lugar en donde estuviese mas segura la balandra, se embarcó en la canoa con cinco marineros, y anduvo sondeando por todas partes hasta la extremidad de la ensenada. Allí desembacaron, y dejando la canoa en la arena, se dirigieron á unos salvajes que estaban al pié de una montaña, y les regalaron algunas cosas de las que con este fin habian recibido del padre Ugarte. Mientras estaban entretenidos con ellos vino una furiosa oleada acompañada de un bramido espantoso, la cual arrebatando la canoa, la estrelló contra una roca y la dividió á lo largo en dos piezas. Acudieron prontamente los seis navegantes con los salvajes á remediar aquel mal, y como no tenian ni materiales ni instrumentos, la necesidad les enseñó el modo de suplirlos. Para unir las dos piezas se valieron del cordel de la sonda y de dos clavos que le quitaron á un remo, y para calafatear la canoa usaron, en vez de estopa, del cáñamo de una gúmena, y en lugar de pez le echaron barro. Pero á pesar de su industria hacia mucha agua por la hendidura, no bastando á taparla todos sus esfuerzos. Sin embargo, no pudiendo menos se embarcaron, y navegando aquel corto pero peligroso trecho, tomaron la balandra.

El padre Ugarte entre tanto habia despachado otros hombres en el esquife á observar la costa, los cuales habiendo navegado tierra á tierra mas de veinte leguas, no hallaron ningun puerto. Levando anclas y dirigiéndose hácia el Norte, advirtieron después de algun tiempo mucha variedad en el color del agua, pues á veces parecia cenicienta, á veces negra, y con mas frecuencia colorada, lo cual les hizo inferir que no estaban muy lejos de las bocas del rio Colorado. Entonces para evitar los bajíos que tenian en aquel lugar, se arrimaron á la costa de la Pimería. En medio del golfo, que allí es muy angosto, observaron que el agua estaba mas turbia, y cerca de la playa hallaron ocho, diez y mas brazas de agua. Al fin dieron fondo cerca de aquella boca del rio que está del lado de la Primería, y allí vieron dos grandes avenidas que traian troncos, árboles enteros, fragmentos de cabañas y otras cosas. Los marineros luego que vieron cesar la creciente quisieron entrar en el rio; pero la prudencia del padre no se lo permitió, porque observando hácia el Norte los mismos nublados que se habian visto las dos noches anteriores, cuyas lluvias habian causado las crecientes, previó que debia venir otra, como en efecto sucedió, y en ella hubieran perecido irremediablemente los que querian navegar en el rio.

Apartándose de aquel lugar, pasaron enfrente de la primera boca del rio, y á poco dieron fondo en cuatro brazas de agua, y desde allí vieron á lo

lejos la otra boca que está del lado de la California, y reconocieron claramente la continuacion de la tierra de la península hasta el rio y que no habia ningun canal que la separase del continente. El padre Ugarte hubiera querido desembarcar en aquella costa en que termina el golfo, para hacer mas indudable su descubrimiento; pero ni sus graves enfermedades se lo permitian, ni la balandra se podia acercar por los muchos bajíos y por las violentas marejadas que iban á estrellarse contra la playa con ímpetu extraordinario. Sin embargo de esto, el piloto se embarcó en el esquife, y en varios lugares se arrimó á la tierra cuanto le fué posible, para observar mejor la costa y formar después la carta hidrográfica del golfo. Prescindiendo de las observaciones oculares, bastaban los muchos bajíos y la grande violencia de la marea para inferir que en aquella parte terminaba el golfo y que sus aguas se hallaban allí encerradas y privadas de toda comunicacion.

Habiéndose obtenido el fin principal de aquel riesgoso viaje y estando por otra parte enfermos algunos de los navegantes á causa de lo malsano de aquel aire y en tanto riesgo los bastimentos, se tomó la resolucion de volver á la California, como en efecto se hizo levando anclas el 16 de julio. El esquife fué costeando la península paro tomar tierra siempre que fuese necesario. La balandra se dirigió por la mitad del golfo, declinando ya á una costa, ya á la otra para evitar las muchas islas y bajíos. Apenas habia pasado con mucho trabajo la isla del Tiburon, cuando las corrientes contrarias, tan rápidas como un rio, la hicieron retroder en seis horas tanto cuanto habia caminado en ocho dias.

Entrando después en los angostos y muy peligrosos canales de las islas de *Salsipuedes*, consiguieron, aunque con mucha dificultad, pasar el primero y el segundo; pero no pudieron superar el tercero en veinte dias de continua fatiga, por lo que habiendo hallado en una de aquellas islas un puerto cómodo, anclaron y saltaron en tierra. Esto se habia hecho absolutamente necesario, porque de toda la tripulacion solamente cinco hombres estaban sanos, hallándose todos los demás ó enfermos de escorbuto, ó desollados y quemados con la agua cáustica de la parte setentrional del golfo. El padre Ugarte se habia guardado de la agua desde que le habia sido tan perjudicial, y tambien se hallaba libre de escorbuto; pero sobre sus otras enfermedades le sobrevino otra nueva y extraña; un calor del bajo vientre hácia arriba, tal y tan ardiente que al despegarse la camisa del cuerpo se le arrancaba la piel chorreando sangre. Todos quedaron persuadidos de que la resolucion de tomar aquel puerto habia sido un efecto de la providencia paternal del Señor, pues de otra suerte habria sido inevitable el naufragio por una fuerte borrasca que á poco se levantó. Cuatro dias se mantuvieron allí, en cuyo tiempo se repusieron algo los enfermos con el aire de tierra; pero el padre Ugarte al contrario, se empeoró tanto, que habia resuelto pasar en la canoa á la costa de los seríes. Esta resolucion consternó á la tripulacion de manera que se vió obligado á prometerles que no los abandonaria aun cuando estuviera cierto de que habia de morir en aquel viaje.

Encomendándose pues fervorosamente al Señor, se hicieron á la vela el 18 de agosto, y con buen viento salieron finalmente de aquellas islas. Navegaban hácia la California muy consolados de verse libres de aquellos peligros, cuando cerca del puerto de la Concepcion fueron sorprendidos para una nueva borrasca acompañada de horrendos truenos y relámpagos, de fuertes aguaceros y de tanta oscuridad, que al mediodía parecia de noche; pero lo que intimidó mas á los navegantes fué verse amenazados de un huracan que iba sobre ellos y apenas distaba unas dos millas. El padre Ugarte aseguró después que en un viaje tan peligroso no habia habido dia de tanto temor como aquel. Libres al fin de este último peligro, abordó la balandra al puerto de la Concepcion, y de allí se dirigieron todos, parte por mar y parte por tierra, á la mision de Mulegé, donde fueron bien tratados y caritativamente curados por el padre Sestiaga. Habiéndose repuesto, pasaron en la balandra á Loreto á mediados de setiembre, cuatro meses después de su salida, y encontraron allí al esquife, que habia llegado felizmente pocos dias antes.

Este viaje sirvió no solo para resolver el problema, tan ventilado, sobre la union de la California con el continente, y refutar la opinion de los que pretendian que los navíos de Filipinas podian viajar por el imaginado canal entre la California y Sonora, sino tambien para adquirir un conocimiento mas distinto de aquel mar y sus costas y descubrir muchos errores comunes acerca de la situacion de las islas y bajíos y de la direccion de las costas. El padre Ugarte extendió una exacta relacion de aquel viaje, y la mandó al virey con el diario del piloto Strafort, y con la carta hidrográfica del golfo y sus costas formada por el mismo piloto.

§ XII.

CELO PRUDENTE DE LOS MISIONEROS EN LA PROPAGACION DEL EVANGELIO. MISION DE LA VÍRGEN DE LOS DOLOLES, Y SU MISIONERO EL PADRE GUILLEN.

Estas empresas, ejecutadas para obsequiar la voluntad del rey y de sus ministros, no distraian el celo particular de cada uno de los misioneros de procurar de todos modos los progresos del cristianismo en su respectivo distrito. El trato con las diferentes naciones de la península habia dado á conocer los diversos caracteres. Se habia observado que los cochimíes, habitantes de los países setentrionales, eran mas despiertos y dó-

ciles, mas pacíficos y fieles, menos viciosos y libertinos, y por tanto mas bien dispuestos á recibir el Evangelio y á sujetarse á la vida civil y cristiana. Al contrario, se habia advertido que los pericúes y guaicuras, habitantes de los países meridionales, eran mas perezosos y poltrones, mas inconstantes é ingratos, mas taciturnos y dobles, y sobre todo, mas disolutos que los otros, y que sus tribus vivian en continuas disensiones y guerras, con las que se destruian recíprocamente.

Por esta razon parece que la luz del Evangelio debió llevarse primero á los dóciles habitantes de los países setentrionales; pero los misioneros juzgaron mas necesario la conservacion de los otros, porque de ella dependia la tranquilidad de algunas misiones ya fundadas. Los uchitas, que habitaban entre Loreto y la Paz, manifestaban pretensiones de impedir la comunicacion entre estas dos misiones con diferentes hostilidades hechas á los cristianos que iban de la una á la otra. Los guaicuras de la Paz eran frecuentemente inquietados por los pericúes, sus antiguos enemigos. Además, los feroces indios de las islas de San José, del Espíritu Santo y de Cerralbo, aunque á solicitud del padre Ugarte habian hecho las paces con los guaicuras, habian vuelto á comenzar sus hostilidades, y tres veces tuvieron la osadía de saquear la mision de Liguig, en ausencia del misionero. Es verdad que el capitan del presidio fué con algunos soldados á castigarlos, matándoles tres ó cuatro, haciéndoles once prisioneros y tomándoles catorce canoas; pero estos castigos, aunque los enfrenaban por algun tiempo, no impedian del todo sus correrías. No habia pues mas remedio que sujetarlos al yugo del Evangelio.

Con este fin se trató de plantar el año de 1721 dos misiones en medio de aquellos bárbaros. Para la primera, dedicada á la santísima Vírgen de los Dolores, fué destinado el padre Guillen, misionero de Liguig, pues los indios de esta mision fueron agregados á otra, por haber quedado reducidos á un pequeño número á causa de la enfermedad, y por hallarse expuestos frecuentemente á las correrías de tantos enemigos gentiles. Se resignó por el padre Guillen á los nuevos trabajos y peligros de aquella ardua empresa, en que debia fabricar nuevos edificios, y congregar, civilizar, doctrinar, bautizar y gobernar nuevos bárbaros. Se fundó la mision en el mes de agosto del año citado en la playa de *Apate*, distante de Loreto cuarenta leguas al Sur; pero después, en obsequio de la comodidad de los indios, se trasladó á *Tagnuctía*, lugar de las montañas distante de la playa casi siete leguas al Poniente.

No podemos decir en particular lo que el padre Guillen tuvo que hacer y sufrir en la fundacion de aquella mision y en los veinticinco años que la gobernó; pero se sabe que con indecible trabajo sacó de los bosques á los bárbaros dispersos en ellos, y los congregó en nueve poblaciones, de las cuales tres se agregaron á la mision de San Luis Gonzaga, fundada en 1747 á expensas del nobilísimo mejicano don Luis de Velasco, conde de Santiago. Se sabe tambien que siendo el territorio de la mision tan grande que se extendia de un mar á otro, no dejó en ella ningun indio que no fuese cristiano ó al menos catecúmeno. Sus tareas apostólicas eran mas laboriosas por la suma esterilidad de todo aquel terreno, á excepcion de un corto espacio de la playa de Apate, en el cual se sembraba un poco de maíz. Esta mision de la Vírgen de los Dolores sirvió de asilo á los misioneros y neófitos en la rebelion de los pericúes del año de 1734, de que hablaremos después.

§ XIII.

EL PUERTO DE LAS PALMAS DESTINADO Á UNA NUEVA MISION, Y EL PADRE NÁPOLES Á GOBERNARLA.

La otra mision debia plantarse en el país de los pericúes, el mas meridional de la California. Esto lo deseaba mucho el padre Ugarte, y por tanto, antes de emprender el viaje al rio Colorado, mandó al padre Ignacio María Nápoles, italiano recien llegado á la península (después de haberle dado todas las instrucciones necesarias), que luego que arribase de la Nueva España un bastimento cargado de provisiones, tomase de ellas las necesarias, y en el mismo bastimento se trasladase al puerto de la Paz, y de allí al de las Palmas, destinado á la nueva mision. El padre Nápoles llegó el 2 de agosto de 1721 á la Paz, en donde los neófitos de la mision le recibieron con muchas demostraciones de respeto, hincándose á besarle las manos, y le llevaron, con el capitan y cuatro soldados que le acompañaban, á la iglesia, en cuya puerta le esperaba el padre Bravo. De la Paz se fueron por tierra, allanando el camino para la comunicacion de las dos misiones, y llegaron al puerto de las Palmas el 24 de agosto.

Ningun indio pareció hasta la tarde del cuarto dia, en que habiendo salido el padre Nápoles á reconocer la playa y hallándose lejos de la tienda de campaña, vió venir hácia sí una tropa de salvajes absolutamente desnudos, conducidos por un guama mas alto y corpulento que ellos, con el cuerpo embijado de colorado y negro, y mal cubierto con una capa de mechones de cabellos, algunas pesuñas de venado colgadas en la cintura, un abanico de plumas en una mano, en la otra un arco y una flecha, empulgada, y dando espantosos aullidos, á los cuales respondian los otros con gritos y movimientos amenazadores. El padre creyó indudablemente que venian á matarle, y levantando el corazon al cielo se encomendó al Señor y le hizo un ferviente sacrificio de su vida; mas para disimular su natu-

ral temor, siguiendo los consejos del padre Ugarte, se persignó, les salió al encuentro, y como pudo, les echó en cara por señas su perverso intento. Sacando después de la bolsa algunas cosillas que casualmente llevaba, se las distribuyó, y habiéndoles inspirado poco á poco confianza, consiguió llevarlos hasta la tienda, en donde les dió de comer y los acarició y regaló de nuevo. Ellos por medio del intérprete, protestaron que estaban prontos á volver con otros paisanos suyos, siempre que se quitasen de allí las mulas y un perro que habian visto; porque no estando acostumbrados á ver aquellas bestias, les tenian miedo. El dia siguiente vinieron en varias tropas hasta cincuenta personas, y regalaron al misionero algunas frutas silvestres y raíces, de aquellas con que acostumbraban alimentarse, en recompensa de las cuales les dió pozole, algunos lienzos ordinarios, algunos cuchillos y otras cosas.

Reconocido el país y habiéndose hallado algun terreno labrantío y el agua necesaria, se limpió el lugar en que debian edificarse la iglesia y casas de la mision, y se comenzó luego la fábrica. Mas los indios que habian comenzado á venir diariamente, desaparecieron un dia de improviso, sin poderse adivinar el motivo. El padre salió á buscarlos con un soldado y el intérprete, y habiendo encontrado á algunos, supo de ellos que la verdadera causa de su fuga era su antigua enemistad con los guaicuras. Como habian visto que el misionero habia venido acompañado de algunos guaicuras de la Paz y del padre Bravo, á quien tenian por caudillo de aquella nacion, y después observaron que los guaicuras iban á la Paz y se volvian luego, y que los misioneros y soldados después de haber explorado el país, estaban levantando edificios; sospecharon que estos se habian confederado con toda la nacion guaicura, para caer de un golpe sobre ellos, y que construian aquellas fábricas para ejercer con mas seguridad sus hostilidades. Es de creerse que estas sospechas les fueron sugeridas para los guamas para impedir la introduccion del cristianismo. Al padre Nápoles le costó mucho trabajo desengañarlos, pero al fin lo consiguió.

§ XIV.

HOSTILIDADES EN LA PAZ. EL PADRE NÁPOLES TRASLADA SU MISION CON EL NOMBRE DE SANTIAGO APOSTOL.

Mientras aquellos dos misioneros se dedicaban á plantar la nueva mision, cuarenta salvajes de la isla de Cerralbo desembarcaron en el puerto de la Paz, y hallando la mision sin misionero y soldados, asaltaron una tribu de guaicuras, mataron cinco niños bautizados, dos mujeres y un hombre gentiles, se llevaron un mancebo cristiano y robaron á los otros su pobre ajuar, y aun habrian saqueado la iglesia y la casa del misionero, si no hubieran temido que los guaicuras vinieran en mayor número contra ellos. Luego que el capitan del presidio supo este atentado, fué á la isla con algunos soldados. Los isleños huyeron á los lugares mas escabrosos, y aunque solo murieron dos ó tres, quedaron los restantes muy espantados de las armas de fuego.

El capitan se volvió á Loreto y el padre Bravo á la Paz. El padre Nápoles continuaba sus trabajos en el establecimiento de la nueva mision, la cual se trasladó en 1723 á un lugar mas cómodo y mas distante del mar; pero allí faltó poco para que una desgracia le hubiese hecho perder todo el fruto de sus sudores. Tenia él ya fabricadas las paredes de la nueva iglesia y puestas sobre ellas las vigas para formar el techo, cuando un dia que habia salido á confesar un enfermo, sobrevino un furioso huracan de los que suelen llevar la desolacion á aquel desgraciado país. Los indios se refugiaron en la iglesia; pero la violencia del huracán fué tal, que destruyó sobre ellos el edificio, quedando algunos muertos, otros heridos y todos espantados. Acudió prontamente el padre Nápoles á sacar de debajo de las ruinas á los que estaban vivos, para remediar del modo posible su infortunio y para bautizar á los que estuvieran peligrosamente lastimados, pues todos eran catecúmenos. Aunque todos vieron la caridad y compasion con que buscaba á los lastimados, se formó repentinamente entre los parientes de los muertos una conjuracion contra él, inculpándole por aquella desgracia; pero se disipó presto, porque los mismos que afortunadamente habian escapado del peligro, protestaron que ninguno los habia obligado á entrar en la iglesia, sino que ellos espontáneamente se habian refugiado allí.

Se fabricó después en otro sitio mejor una iglesia nueva con el título de Santiago Apóstol, cuye nombre tomó la mision, y tambien se construyeron los otros edificios necesarios, y se comenzó á cultivar la tierra con buen éxito; aunque no le tuvo igual la semilla del Evangelio sembrada en los corazones de aquellos salvajes inconstantes, desidiosos y disolutos. Aunque el padre Nápoles se dedicaba ó su ministerio con mucho celo y en los cinco años que estuvo allí bautizó cerca de cuatrocientos niños; no pudo bautizar mas de noventa adultos, porque no daban indicios de perseverar en la fe y en las buenas costumbres. En 1726 fué enviado por sus superiores á las misiones de Sonora, y le sucedió en la de Santiago el padre Lorenzo Carranco, el cual debia fecundar con su sangre aquella viña del Señor.

§ XV.

MISION DE SAN IGNACIO DE KADAKAAMAN. SU MISIONERO EL PADRE LUYANDO.

Los indios cochimíes, muy diversos de los pe-

ricúes, cada dia se mostraban mas bien dispuestos al cristianismo. A fines de 1706 se deseaba mucho plantar una mision en Kadakaaman, lugar mediterráneo, situado en las montañas á los 28° latitud Norte y distante unas treinta y tres leguas hácia el Norte de la mision de Guadalupe, que era entonces la mas setentrional; pero la escasez de misioneros y la fundacion de otras misiones que se tuvieron por mas necesarias, frustraron aquellos deseos hasta el año de 1728. El padre Juan Baustista Luyando, jesuíta mejicano,[1] no solamente destinó en la renuncia de su patrimonio una parte de él á la fundacion de aquella mision, sino que se ofreció á los superiores para ir en persona á fundarla. Enviado efectivamente á la California, salió de Loreto con nueve soldados á principios del año citado, y llegó á Kadakaaman el 20 de enero. Fué recibido por los indios con grandes demostraciones de regocijo, y en pocos dias se le reunieron casi quinientas personas de diversas tribus. Se dió principio desde luego al catequismo, aplicándose todos con un empeño extraordinario á aprender la doctrina cristiana; aunque muchos estaban ya bien instruidos por el padre Sestiaga, que algunos meses antes habia ido de Mulegé, distante cuarenta leguas, á disponerlos para la nueva mision. Con tan buenas disposiciones se comenzaron dentro de poco tiempo los bautismos; pero aquel gran concurso de catecúmenos aunque llenaba de consuelo á su nuevo misionero, le era por otra parte muy oneroso, porque tenia que sustentar quinientas personas por seis meses; y así para economizar alguna parte de los víveres, licenció siete soldados que no parecian necesarios, quedándose con solo dos. Estos y sus compañeros viendo al padre Luyando tan ocupado en la instruccion de los catecúmenos, habian comenzado la fábrica de la iglesia y casa del misionero, y ayudados de los indios, que estaban prontos á hacer todo lo que se les mandaba, la habian puesto en tal estado, que en la Pascua de Navidad de aquel año, se celebró con gran solemnidad la dedicacion de la iglesia, consagrada á San Ignacio, de donde tomó el nombre la mision.

Apenas habian pasado dos meses después de la llegada del padre Luyando á Kadakaaman, cuando se le presentó una tribu entera de gentiles de un país muy distante, á pedir con muchas instancias el bautismo. "Yo os daré gusto de " muy buena gana, les dijo el misionero, con tal " que aprendais la doctrina cristiana y me trai- " gais los instrumentos supersticiosos de que se " valen vuestros guamas para manteneros en el " error." Ellos respondieron que sabian ya la doctrina y que traian para que se quemasen las cosas que servian en los engaños de los guamas, pues no ignoraban que sin estas condiciones no podian ser bautizados. Admirado el padre, quiso saber cómo habian aprendido la doctrina, siendo de un país tan distante de las misiones y no habiendo visto jamás á ningun misionero. Aquellos buenos hombres le informaron de que habian sido instruidos por un niño cristiano que con este intento habian hecho llevar á su país. Efectivamente, los halló tan bien doctrinados, que después de tres semanas empleadas en perfeccionar su instruccion, los bautizó á todos.

Fué tambien admirable la providencia de Dios para con una jóven gentil sorda y muda de nacimiento. Todos notaban su devocion y perseverancia en acompañar á los cristianos y catecúmenos en los ejercicios de misa, catequismo, rosario, letanías y procesiones, siendo en todo la primera que se presentaba. Siempre que se bautizaban algunos, se hincaba entre los catecúmenos, y poniéndose la mano en la cabeza, pedia con instancia el bautismo. Habia procurado el padre Luyando, tanto por sí mismo como valiéndose de otros, hacerle entender de alguna manera con señas los misterios de la religion cristiana; pero no estando aun satisfecho, no se atrevia á bautizarla; hasta que un dia viéndola hincada como solia, y considerando por una parte la inocencia de su vida y el deseo que manifestaba de ser cristiana, y por otra que en razon de faltarle los comunes conocimientos humanos, podia ser reputada como párvula, la bautizó por fin. Ella recibió mucho gusto, y no pudiendo expresaale con la voz, le significó con saltos y otras singulares demostraciones de alegría, mirando y señalando el cielo, como si quisiera dar á entender que ya podia ir al paraíso. Después de bautizada no salia de la cabaña que entonces servia de iglesia, y apenas habian pasado dos meses cuando murió con muchos indicios de predestinacion.

Estos sucesos alentaban al nuevo misionero no solo á trabajar en la instruccion de los que venian á Kadakaaman, sino á buscar por todas partes nuevos catecúmenos. Cierta ocasion en que se le llamó á auxiliar á un neófito mordido de una culebra, fué á caballo acompañado por un solo individuo, y halló una tribu numerosa de gentiles. Como estos nunca habian visto caballos, se espantaron mucho con aquel; pero el padre con sus buenos modales y con algunos regalitos que les hizo, les inspiró tanta aficion á su persona, que no queriendo separarse de él, no le dejaron dormir en toda la noche. Se estuvo allí tambien el dia siguiente, con el fin de inducirlos, como lo hizo, á que se mudasen á Kadakaaman para instruirse en la religion cristiana.

La docilidad de los cochimíes, junta con su viveza y sus costumbres, contribuyó mucho á los progresos que hizo la mision de San Ignacio, así en lo espiritual como en lo temporal. Aquel terreno es uno de los mejores de la California para la agricultura, tanto por la calidad de la tierra cuanto por la abundancia de la agua. El padre

1 De familia nobilísima y descendiente del primer caballero que fundó en Méjico la Compañía de Jesús.

Sestiaga habia preparado oportunamente una parte de él para tapar trigo y sembrar maíz, y la primera cosecha que levantó el padre Luyando fué de càsi cien fanegas; pero en el año cuarto levantó hasta mil por haberse aumentado el cultivo con los brazos de los indios, los cuales trabajaban de buena gana, viendo que todo el producto era para ellos, á excepcion de la corta cantidad que consumian en sus alimentos el misionero y los dos soldados. El padre Helen, misionero de Guadalupe, les habia llevado pepitas de calabaza y semillas de otras plantas, y les habia enseñado el modo de cultivarlas, lo cual le sirvió al padre Luyando para formar una huerta de plantas extranjeras y de las pocas útiles que se dan espontáneamente en la península, y una viña de cincuenta parras, cuyos plantíos fueron tan útiles á la mision que los neófitos de ella eran de los mas acomodados. Además, puso en lugares oportunos un buen número de bueyes y ovejas, para que multiplicándose, pudiesen servir al sustento de los mismos indios. Finalmente, estos fueron congregados en varias poblaciones, y en cada una se fabricó una capilla en que rezasen diariamente sus devociones, y celebrase el misionero cuando fuese á visitarlos, en cuyas fábricas no solo hizo el padre Luyando de arquitecto, sino tambien de albañil y de peon á ejemplo de los otros misioneros.

§ XVI.

SE VE AFLIGIDA LA MISION DE SAN IGNACIO.

Aunque aquella mision caminaba desde su principio con tanta prosperidad, no por eso dejó de verse afligida por las contradicciones y reveses que suelen acompañar las obras de la gloria divina. Ocho gentiles dieron la muerte una noche á un catecúmeno junto á la casa del misionero, por solo el motivo, según se creyó, de que este le estimaba mucho por sus buenas disposiciones para el cristianismo, y fué preciso disimular este atentado en obvio de mayores desórdenes; pero Dios no quiso dejarle impune, pues el año siguiente quitó la vida á todos los culpables en una epidemia que sobrevino. Los indios de una de las tribus se mostraron tan obstinados, que á pesar de las repetidas exhortaciones é invitaciones del misionero y del ejemplo de las otras, no quisieron en dos años venir á Kadakaaman á instuirse en la doctrina cristiana, y sus ancianos se mantuvieron siete años en su obstinacion; pero al fin todos se rindieron á la gracia del Señor. Es muy natural que los viejos sean mas difíciles de convertirse, porque su edad es mas indócil á la instruccion y sus vicios tienen raíces mas fuertes y profundas. Esto se observó constantemente tanto en aquellas misiones como en otras, principalmente si la edad senil estaba acompañada con el oficio de guama, porque entonces la obstinacion tenia un nuevo apoyo en el interés.

Al concluir el primer discurso que el padre Luyando les dirigió á los cochimíes anunciándoles los atributos de Dios, los misterios de la Trinidad y Encarnacion, el premio de los justos en la gloria, la pena de los pecadores en el infierno, el odio que el demonio tiene á los hombres y cómo se valia de los guamas para engañarlos, se oyó un fuerte murmullo, y se vió tal inquietud en el auditorio, que el misionero temió por su vida. El motor de esto fué un guama famoso que allí estaba, el cual, aunque no era muy viejo, habia adquirido mucho predominio sobre todos por su espíritu y capacidad. Terminado el discurso y despedido el auditorio, el guama convocó á todos los indios á un lugar secreto y les dirigió otro discurso contrario al del misionero, valiéndose de cuantas razones pudo para impugnarle, siendo la principal, que ellos no habian visto lo que el misionero les predicaba, y que al contrario, no pocas veces habian visto y oido hablar á *Fehual*, ó sea el espíritu director de las acciones humanas, lo cual era testificado por todos los guamas; y que de niños no aprendian otra doctrina sino la que les enseñaba *Fehual*. Al fin añadió que *Fehual* estaba muy enojado desde que los cristianos habian entrado en el país, y que por este motivo habia ahuyentado todos los venados. Este discurso hizo mucha impresion en aquellos bárbaros, porque efectivamente, no se habian visto allí venados desde el establecimiento de la mision de San Ignacio; pero oportunamente llegaron algunos neófitos de Mulegé que habiéndose educado en Loreto eran mas cultos, y por tanto mas respetados. Estos aseguraron que en las diez leguas que habian andado para llegar á Kadakaaman, habian visto siete venados, de lo cual debia inferirse que el guama era un impostor. Los cochimíes les dieron crédito, y el guama quedó confundido, pero no enmendado.

El padre Luyando le reprendió muchas veces por su vida disoluta, hasta que le movió á solicitar el bautismo, prometiendo enmendarse. No solamente fué bautizado, sino que se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Kadakaaman, acaso por obligarle con este honor á ser mas morigerado. Sin embargo, no tardó mucho en volver mas desenfrenadamente á sus vicios, y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas ni las reprensiones públicas, reunió un dia el padre Luyando á todos los indios, y en presencia de ellos reprendió severamente al gobernador aquellos escándalos, y después añadió que siendo en él mas grave la culpa que en un particular, debia sufrir cuando menos la misma pena que otro culpable. Todos enmudecieron, á excepcion de un neófito llamado Tomás, mas celoso y atrevido, el cual en voz alta confirmó lo que el misionero decia, y animando á los otros se apoderó del gobernador, á quien se le aplicó el castigo comun de azotes, después de haber sido despojado del cargo. El se enmendó y por al-

gun tiempo disimuló su enojo; pero á poco tiempo intentó sublevar á toda la nacion contra el misionero, y varias veces trató de matarle; mas ni lo uno ni lo otro tuvo efecto, y Dios libró después de algunos meses al padre Luyando de un perseguidor tan fiero, y á este de su perdicion, pues fué la primera víctima de la epidemia que sobrevino, muriendo muy arrepentido, y caritativamente asistido y confortado por su padre en Cristo.

Mas fácilmente se consiguió la correccion de otro guama, que habiendo pedido el bautismo muchas veces y hallándose entre los catecúmenos sin dejar sus vicios, engañó á una cristiana y se fué con ella al monte. Cogidos los dos por algunos neófitos y llevados á la mision, el padre se contentó con reprender al catecúmeno su delito y amenazarle con el castigo, que en efecto no tardó en merecer con nuevos atentados, por los cuales recibió la pena, aunque ligera. Sin embargo, la llevó tan á mal, que se huyó al momento, desahogando su enojo en amenazas contra el misionero. Y dirigiéndose al lugar donde pacian las cabras de la mision, mató una prieta, diciéndole al pastor que la mataba para vengarse del padre, que tenia el hábito del mismo color, y que lo que entonces hacia con la cabra lo haria bien pronto con su dueño. Como la inquietud entre aquellos bárbaros es contagiosa, se procuró de todos modos haber á las manos aquel sedicioso. Le cogieron efectivamente sus mismos paisanos, y llevándole á Kadakaaman, estuvo preso una noche, y al dia siguiente se formó con grande aparato un tribunal en que hacian de jueces los dos soldados de la mision y el indio gobernador, ante el cual compareció el reo en presencia de todo el pueblo, se le hizo proceso verbal, confesó de liso en llano su delito y fué sentenciado á la pena de azotes. La sentencia se comenzó á ejecutar en el momento; mas apenas se le habian dado tres ó cuatro golpes, cuando compareció el padre Luyando, que de intento no habia querido intervenir en el juicio, hizo suspender el castigo, y suplicó á los jueces perdonasen al reo de cuya enmienda no debia dudarse. Los jueces se dejaron vencer, y el reo quedó de esta manera obligado á la cristiana humanidad del misionero, mudó de vida desde aquel momento, y habiendo sido bautizado, fué después un buen cristiano. Con el mismo ardid ganó el padre á otro viejo sedicioso que no cesaba de declamar por todas partes contra él y contra los de su nacion, que se dejaban engañar por un extranjero que habia venido á abolir las antiguas constumbres del país y los usos de sus antepasados. Este tambien obligado de la gratitud se hizo cristiano, y lo fué verdaderamente hasta la muerte.

———

§ XVII.

PROGRESOS DE LA MISION. FERVOR DE UN GENTIL.

En medio de estos sucesos, ya prósperos, ya adversos, se iba diariamente aumentando la mision de San Ignacio, á cuyos progresos contribuyó no poco la natural bondad de los indios, que de facto eran tan buenos que advertian al misionero todo lo reprensible que observaban en sus paisanos para que los corrigiese, y los mismos culpables se le presentaban á pedirle el castigo de sus faltas, aunque fuesen secretas. De esta buena índole se valió el padre para inclinarlos á que compusiesen los caminos de Kadakaaman á cada una de sus respectivas tribus, lo cual importaba mucho para la buena administracion. Pāra alentarlos á este trabajo les prometia premios, y ensalzaba con alabanzas á los que mas sobresalian. De aquí nació entre ellos una emulacion útil, que hizo ver que no eran estúpidos, ni insensibles á los estímulos de la gloria. Una tribu, habiendo observado que otra la habia aventajado en los trabajos del camino y que por esto debia merecer mayores alabanzas, determinó trastornar su empresa. Como veian que las cartas servian para hablar con los ausentes y mandarles órdenes desde lugares distantes, tomando un pedazo de papel hicieron algunos escarabajos imitando las letras, y despacharon á los de la otra tribu un correo con aquel papel y una órden verbal del misionero para que suspendiesen sus trabajos y abriesen el camino por otra parte. Estos entraron en sospecha, y volvieron al correo con el papel, diciendo que el misionero no podia haber mandado carta á quienes no sabian leerla; mas el correo instruido por los que le habian enviado, volvió diciendo que el misionero no mandaba la carta para que fuese leida, sino solamente para que sirviese de seña de la órden verbal que él les llevaba. Sin embargo, dispusieron que algunos de entre ellos fuesen á Kadakaaman á oir de boca del mismo misionero lo que queria, y de este modo descubrieron el engaño de sus émulos.

La grande enfermedad que hubo el año de 1729 en vez de retardar los progresos de esta mision, le fué muy ventajosa, porque sacó de este mundo algunos guamas de los que mas se oponian al cristianismo; y aunque murieron muchos niños, y algunos adultos, los que sobrevivieron manifestaron desde entonces mas afecto á la fe, porque vieron con sus propios ojos la activa caridad con que su misionero llevaba á los enfermos todos los auxilios espirituales y corporales, trabajando de dia y de noche, y sufriendo infinitas incomodidades por su salud. Los guamas esparcieron entre los gentiles la voz de que no morian todos los que estaban bautizados, y por eso algunos ocultaban sus hijos al misionero que queria bautizarlos porque estaban en peligro. Mas esta voz fué desmentida por los neófitos, que ob-

servaron que en un número igual de gentiles y cristianos enfermos morian mas gentiles; y no podia menos, porque los cristianos tenian las ventajas de habitaciones, alimentos mas sanos y medicinas, de que carecian los gentiles.

Entre los cochimíes que en aquel tiempo abrazaron la religion cristiana se hizo particularmente digno de memoria y admiracion un gentil de la tribu *Hualimea* en la costa del mar Pacífico. Aunque jamás habia visto un misionero y vivia tan lejos de todas las misiones, habiendo adquirido por medio de unos cristianos algun conocimiento de los misterios de nuestra fe y de la necesidad del bautismo para salvarse, se hizo predicador de sus paisanos, exhortándolos incesantemente á que fuesen á Kadakaaman á instruirse y bautizarse, y prometiendo que él seria el primero en abrazar el cristianismo. Los guamas y los viejos le contradecian, alegando las voces esparcidas de que morian los que se bautizaban; pero él se defendia con buenas razones, y la disputa se acaloró de tal modo que de las palabras pasaron á las manos. Al fin tomó la resolucion de ir á Kadakaaman con su familia, asegurando á sus parientes que queria bautizarse aunque fuera cierto que habia de morir en el mismo dia. Partió en efecto en compañía de su familia y de otros que quisieron seguirle y habiendo llegado todos a la mision, fueron recibidos por el padre Luyando con la estimacion y amor que convenia á tan grande fervor. Sus hijos pequeños fueron bautizados aquella misma tarde por el temor de las viruelas, que ya comenzaban á hacer estragos, y los adultos fueron alistados entre los catecúmenos al dia siguiente, tanto para hacer instruidos desde aquel dia, cuanto para ser sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que durase su instruccion, segun la práctica de aquellas misiones. A pocos dias murió una hija pequeña del fervoroso catecúmeno, y se enfermaron su mujer y un hermano suyo. El padre temia que esta desgracia fuera en ellos una fuerte tentacion contra la fe; pero al contrario, se manifestaron mas empeñados en instruirse y mas deseosos del bautismo, á ejemplo de su conductor. Este se bautizó primero, tomando el nombre de Cristóbal, que tanto le convenia, y después siguieron los otros. Todos, segun se estilaba en aquellas misiones, permanecieron allí después de su bautismo algunas semanas, en cuyo tiempo dió Cristóbal tales ejemplos de virtud, que el misionero no cesaba de dar gracias al Señor, y le proponia á los restantes neófitos como modelo de la vida cristiana. Al marchar á su país prometió al misionero que no perdonaria diligencia ni trabajo para reducir al cristianismo á todos los de su tribu, y aun de las vecinas. Efectivamente, á pocos dias volvió con una multitud de sus parientes para hacerlos cristianos, y de este modo poco á poco los fué atrayendo á todos, aun á los viejos y guamas, los cuales no podian resistir á la eficacia de la gracia divina que les hablaba por boca de Cristóbal. La conversion de esta tribu activó la propagacion del Evangelio por toda la costa hácia el Norte.

§ XVIII.

REVÉS DE LA MISION. RESOLUCION TOMADA, Y FRUTO DE ELLA.

Este placer del padre Luyando fué amargado por una tribulacion que después acarreó grandes ventajas á la mision. Los feroces bárbaros de algunos países setentrionales, indignados contra el cristianismo, cayeron improvisamente sobre una tribu cristiana, mataron una muchacha y un viejo y echaron á los demás, los cuales espantados huyeron á Kadakaaman. Los cristianos de algunas tribus se preparaban á vengar aquel atentado; pero el padre temiendo que con esto se encendiese una guerra interminable, los apartó de su resolucion, exhortándolos á sufrir con paciencia aquellas ofensas como buenos cristianos. Creia que este ejemplo de generosa paciencia por parte de los neófitos contribuiria a que sus enemigos se afisionasen al cristianismo, y con este fin les envió una embajada con algunos regalos; pero la experiencia le hizo ver que en tales circunstancias no era aquel el modo de ganar á los bárbaros. Ellos se persuadieron que la embajada y los regalos eran efectos del temor que sus armas habian causado al misionero y sus neófitos, y con este motivo se hicieron mas insolentes y atrevidos, asaltaron otra tribu cristiana, la echaron del lugar en que moraba, le robaron sus pobres muebles, y amenazaron de hacer lo mismo en Kadakaaman.

El padre Luyando viendo atemorizados á sus neófitos, no teniendo consigo mas que dos soldados, y no pudiendo hacer venir prontamente la tropa de Loreto, distante mas de setenta leguas, tomó el consejo del padre Sestiaga, como mas versado en aquel país y con aquellas gentes. Este padre gobernaba entonces en la mision de Guadalupe por ausencia del padre Helen, y habiendo ido á Kadakaaman, determinó allí, de acuerdo con el padre Luyando, que ante todas cosas se implorase la proteccion del Señor en una piadosa novena á la Santísima Trinidad con asistencia de toda aquella gente, y después se enviase una corta, pero bien armada partida de neófitos contra los salvajes, no para destruirlos, sino para cogerlos y castigarlos. Con este fin fueron convocadas á Kadakaaman todas las tribus cristianas de la mision, y se comenzaron los preparativos de la guerra con grande aparato y rumor, al uso de aquel país, tanto para alentar á los neófitos acobardados como para amedrentar á los enemigos engreidos. Se fabricó una gran cantidad de arcos y flechas, y se hicieron muchas lanzas nunca vistas en la península, armadas algunas con cuchillos en vez

de hierro y endureciendo al fuego las puntas de otras. Los dos soldados españoles ayudados por los indios hicieron hasta trescientos escudos de cuero. Aun las mujeres tuvieron que hacer en tales preparativos, ajustando las suelas para los cacles de los guerreros, tostando el maíz para sus provisiones y tejiendo redes para llevarle.

Terminados los preparativos se pasó revista de la tropa, y se hallaron casi setecientos hombres de guerra; pero no habiendo víveres para todos, se escogieron trescientos y cincuenta de diversas tribus. Entre aquellos bárbaros se acostumbraba que para ir á la guerra cada tribu nombraba su capitan que la mandase con absoluta independencia de los otros, lo cual debia serles muy pernicioso por la contrariedad de las determinaciones inevitables entre tantos caudillos. Para evitar estos desórdenes se les previno que la tropa debia marchar á las órdenes de solos dos capitanes, ambos de su nacion, avisados, valientes y prácticos en el terreno, los cuales se pondrian de acuerdo en sus determinaciones, y que el uno debia ser electo por ellos y el otro por los misioneros. Los indios eligieron al que entre ellos tenia mas reputacion, y los misioneros por su parte nombraron al gobernador de Kadakaaman, que era un jóven vivo, criado por el padre Ugarte y educado en Loreto. La instruccion que se dió á los capitanes fué de que no matasen á nadie sino en caso de ser necesario para su defensa, cuya instruccion fué puntualmente ejecutada, como veremos.

Habiendo recibido la tropa en la iglesia la bendicion de los misioneros, marchó contra el enemigo llevando por estandarte la insignia de la santa cruz. El capitan gobernador mandó anticipadamente sus exploradores, é informado por ellos de que los enemigos se hallaban en la falda de un monte, se les aproximó de noche, y formándoles un cerco al rededor, los fué estrechando poco á poco y con mucho silencio para no ser sentido. La mañana siguiente todos á un tiempo y con aullidos espantosos, segun su modo de pelear, cayeron sobre los enemigos, los cuales al principio tomaron las armas para defenderse; pero viendo que sus fuerzas eran muy inferiores, se rindieron todos, á excepcion de dos que pudieron escapar. Cogidos sin dificultad en número de treinta y cuatro y bien atados, fueron llevados á Kadakaaman. El ejército victorioso se dirigió á la iglesia á dar gracias al Altísimo porque le habia concedido la victoria sin derramamiento de sangre y aun sin disparar una flecha. El dia siguiente se cantó una misa con la mayor solemnidad posible en accion de gracias á la Beatísima Trinidad. Después reunido el pueblo en un lugar conveniente se erigió un tribunal en que tomaron asiento como jueces los dos soldados españoles y el indio gobernador. Presentados allí los prisioneros, examinada su causa y convencidos de homicidio y hurto, los jueces, que en todo estaban de acuerdo con los misioneros, declararon que siendo los delincuentes reos de muerte, debian ser llevados á Loreto, porque ninguno mas que el capitan del presidio podia condenar á tal pena. Los reos, sobremanera contristados con su suerte, fueron vueltos á la prision, y aquellos nuevos y aun rudos cristianos se alegraban de la muerte de sus enemigos. Entonces los misioneros, que entre tanto se habian estado en su casa, fueron á ver á los prisioneros para consolarlos y asegurarles que escaparian de la muerte, y no contentos con llevarles esta tan alegre nueva, les hicieron muchos regalos, y después reprendieron severamente á los neófitos su vituperable alegría, dándoles algunos consejos útiles acerca de la caridad cristiana.

El dia siguiente se volvió á abrir el juicio á instancias públicas de los misioneros, los cuales llevaron consigo algunos indios para que con ellos suplicasen á los jueces que revocasen su sentencia, no condenando á los reos á muerte y no enviándolos á Loreto. Presentados estos de nuevo al tribunal, fueron condenados, ya no á morir, sino á sufrir un gran número de azotes. Se comenzó efectivamente á ejecutar esta pena en el reo principal; pero después de algunos azotes se volvieron á presentar los misioneros, intercediendo ante los jueces á fin de que cesase el castigo de aquel reo y se les perdonase á los restantes. Así lo hicieron, contentándose con dar á los mas principales de los vencedores algunas armas de los vencidos.

El fruto de esta moderacion cristiana fué muy grande, porque los neófitos quedaron mejor instruidos y los gentiles muy aficionados á los misioneros y á su ley, que mandaba el amor á los enemigos. Estos fueron de propósito detenidos algunos dias, para que mirando el órden de la mision y la caridad y dulzura con que los neófitos eran tratados, se moviesen á abrazar el cristianismo. Efectivamente, suplicaron á los misioneros que los bautizasen juntamente con sus hijos que llevaban consigo; pero los misioneros no condescendieron por aquella vez, para probar su constancia y avivar sus deseos. Partieron pues desconsolados para su país; pero de medio camino se volvieron á suplicar que al menos fuesen bautizados sus chiquillos. Lo fueron en efecto, á excepcion del hijo del homicida principal, el cual volvió á irse muy desconsolado; mas á poco tornó á decir llorando á los misioneros, que le diesen la muerte si querian, con tal que su hijo fuese bautizado. Los misioneros, que no habian negado el bautismo al hijo sino para probar la constancia del padre, le bautizaron por fin, y aquel bárbaro se fué contento. A pocos meses volvieron á Kadakaaman todos los prisioneros, trayendo á sus familias, á sus parientes y aun á aquellos ancianos que por su debilidad no podian caminar, á instruirse en la doctrina cristiana y recibir el bautismo, como se hizo con grande júbilo de todos.

No fué este el único fruto de aquella victoria.

La fama de ella, que se esparció por casi toda la península, abatió el orgullo de los gentiles, les inspiró una alta idea de la religion que predicaban aquellos extranjeros y activó en los años siguientes su conversion. Mas el padre Luyando, después de cuatro años de una vida tan laboriosa, se vió precisado por sus graves enfermedades á dejar una mision que habia fundado con sus bienes, con su celo y con sus trabajos.

§ XIX.

MUERTE DE LOS PADRES PÍCCOLO Y JUAN DE UGARTE. ESTADO DE LAS MISIONES.

Mientras el cristianismo se propagaba tan felizmente hácia el Norte, tuvo la California dos grandes pérdidas en la muerte de los dos mas antiguos y famosos misioneros. El padre Francisco María Píccolo y el padre Juan de Ugarte. El primero murió en Loreto el 22 de febrero de 1729 á los setenta y nueve años de su edad, y después de cuarenta y seis de tareas apóstolicas en las misiones de Taraumara, Sonora y California. El segundo, tan benemérito de esta península, murió en 29 de diciembre de 1730 en su mision de San Javier. Los treinta años que vivió en la California valieron por un siglo, si se considera lo que hizo en servicio de Dios y en favor del país y de aquellas naciones. Las vidas de estos dos hombres tan amados de Dios se publicaron en Méjico en relaciones particulares, y el menologio de aquella provincia hace honorífica mencion de ellos.

Las misiones de la parte austral no iban tan bien como las de la setentrional. Sus neófitos se veian frecuentemente molestados por los muchos gentiles que aun habia en ellas, y algunos á causa de su inconstancia se disgustaban fácilmente de la vida cristiana é inquietaban á los que vivian tranquilos en la fe. En 1723, cuando estaban recien establecidas las misiones de la Paz, los Dolores y Santiago, fué necesario que el capitan gobernador de la península visitase con gente armada el país, para poner miedo y contener la inquietud. Lo mismo hizo en los años de 1725 y 29. Los misioneros para impedir los males que temian no hallaban mas remedio que multiplicar en aquel rumbo las misiones. Sus deseos fueron secundados por la inagotable liberalidad del marqués de Villapuente y de su prima y cuñada doña Rosa de la Peña. El marques exhibió el capital para una mision que debia fundarse cerca del cabo de San Lucas, y doña Rosa, para otra que se habia de establecer en el puerto de las Palmas, donde antes habia estado la de Santiago.

Entonces era en Méjico procurador de la California el padre José de Echeverría, el cual habiendo sabido que un buque de la colonia se habia perdido con las provisiones que llevaba, marchó á Sinaloa en octubre de 1729 á comprar otro y á solicitar nuevas provisiones. Cuando se ocupaba en este negocio, recibió una carta del provincial en que le hacia saber que el padre general Miguel Angel Tamburini le creaba visitador general de todas las misiones pertenecientes á la provincia mejicana. Queriendo comenzar su visita por la California, se dirigió á Loreto, y de allí á las siete misiones entonces mas setentrionales de la península. Los progresos que en ellas notó le causaron tanto gusto y edificacion, que en una carta que á pocos dias escribió de Loreto á Méjico, se explica de este modo: "Todas las " incomodidades y trabajos de este viaje se pue- " den sufrir de buena gana por tener el consue- " lo de ver el fervor de este nuevo y feliz cristia- " nismo. No se pueden contener las lágrimas " al oir las alabanzas divinas de la boca de estos " pobres indios, que poco ha no conocian á Dios. " Gracias á su infinita misericordia, no solamen- " te hay hoy mas de seis mil personas bautiza- " das en estas siete misiones, sino que creo que no " hay un niño de los que ya saben hablar que no " tenga bien sabida la doctrina cristiana."

§ XX.

MISION DE SAN JOSÉ DEL CABO. ES DESTINADO Á ELLA EL PADRE TAMARAL.

Habiendo vuelto á Loreto el visitador, se embarcó allí para ir á visitar las misiones meridionales y plantar entre los pericúes las dos proyectadas, á saber: la de San José en el cabo de San Lucas, y la de Santa Rosa en el puerto de las Palmas. Para la primera fué destinado el padre Nicolás Tamaral, que ya habia establecido con mucho fruto la de la Purísima, y en la segunda debia emplearse el padre Segismundo Taraval, que aun no habia llegado de Méjico. Se embarcaron pues el visitador y el padre Tamaral, dirigiéndose primero á la Paz, donde entonces estaba de misionero el padre Guillermo Gordon, escocés, y después á Santiago, donde cuatro años antes habia sucedido al padre Nápoles el padre Lorenzo Carranco. De aquí pasaron al cabo de San Lucas, término meridional de la península, y escogieron allí cerca de una pequeña laguna el lugar que les pareció mas á propósito para el establecimiento de la nueva mision de san José, la que llamaron *San José del Cabo*, para que se distinguiese de la de San José de Comondú. Fabricaron, segun costumbre, dos cabañas, una que debia servir de iglesia y otra de habitacion para el misionero, ambas formadas de palmas, que allí abundaban mucho, y techadas con cañas y heno. En las tres semanas que se detuvo allí el visitador, apenas comparecieron veinte familias de gentiles. Preguntados estos dónde estaban los otros que en tan grande número habia visto el año anterior el capitan del presi-

dio, respondieron que todos habian muerto en una epidemia. Esta respuesta era falsa, como se vió después, porque apenas habia partido el visitador con los soldados que le acompañaban, cuando comenzaron á venir los indios en tropas numerosas. El verdadero motivo de su ocultacion, segun ellos declararon después, era que habiendo ejercido algunas hostilidades contra los neófitos de Santiago y de la Paz, temian que los soldados hubiesen venido á castigarlos.

El padre Tamaral después de haber consagrado á Dios las primicias de la mision en el bautismo de un crecido número de párvulos, celebrado el sábado de Gloria del año de 1730, y después de haber alistado á muchos adultos entre los catecúmenos, se puso á buscar un lugar mas á propósito para la mision, porque aquel en que se habia plantado al principio era muy caliente, muy abundante en moscos y otros insectos perniciosos, y debia ser tambien mal sano por hallarse encerrado entre dos montes. Hallado el lugar á dos leguas del mar, trasladó la mision, edificó la iglesia y casa, congregó en dos poblaciones diversas tribus de salvajes sacadas de los bosques, y se dedicó con tanto celo á su conversion é instruccion, que en el primer año bautizó entre párvulos y adultos mil y treinta y seis, lo cual es tanto mas admirable cuanto menos dispuestos estaban aquellos salvajes á abrazar el cristianismo. Además de lo que acerca de esto hemos dicho en otra parte, contribuirá á conocerlos mejor lo que escribió este celoso misionero al marqués de Villapuente. "Es, dice, sumamente difícil reducirlos á que dejen el gran número de mujeres que tienen, porque entre ellos es muy numeroso el sexo femenino. Basta decir que los hombres mas ordinarios tienen cuando menos dos ó tres. Este es el obstáculo mas invencible tanto para los hombres como para las mujeres, para estas, porque se ven repudiadas de sus maridos, no hallando quien las quiera, y para aquellos, porque cuanto mayor es el número de sus mujeres, están tanto mejor servidos y provistos de todo lo necesario, pues yacen en un ocio perpetuo á la sombra de los árboles, y sus mujeres trabajan buscando en los bosques las raíces y frutas silvestres de que se alimentan, y cada una procura llevar al marido lo mejor que encuentra, para ganarle el afecto con preferencia á las otras. Es pues un milagro de la divina gracia conseguir que estos hombres perezosos y acostumbrados á una vida bestial, se resuelvan á contentarse con una sola mujer, á buscar los alimentos para sí mismos y para sus hijos y á tener una vida racional."



§ XXI.

LLEGA Á LA CALIFORNIA EL PADRE TARAVAL. GOBIERNA OTRAS MISIONES Y PLANTA LA DE SANTA ROSA.

El padre Segismundo Taraval, destinado á la proyectada mision de Santa Rosa, llegó á Loreto en mayo del año de 1730. Era nativo de Lodi, ciudad de Lombardía, donde estuvo su padre don Miguel Taraval, teniente general de los reales ejércitos de su majestad católica. Al volver este caballero á España, llevó consigo á su hijo, el cual á los diez y ocho años de edad entró en la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo. Cuando estudiaba filosofía en Alcalá, impulsado del deseo de emplearse en la conversion de los gentiles, pasó á Méjico con permiso de los superiores, y concluidos sus estudios, fué enviado de allí á la California. Trabajó con mucho celo veintiun años en diversas misiones de esta península, empleando en el estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, como lo habia hecho siempre. En 1751 fué á residir á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde en los doce años que allí permaneció, fué siempre consultado de toda clase de personas por su mucha subiduría y erudicion en las materias teológicas y canónicas. En su muerte acaecida en 1763, dejó muchas obras manuscritas, de las cuales ví yo doce volúmenes en la librería de los jesuítas de aquella ciudad, é hice copiar algunas.

Como cuando él llegó á la California habia algunas graves dificultades que vencer para plantar la mision de Santa Rosa, fué enviado primero á la de la Purísima, que dejó el padre Tamaral. Después en 1732 se le encargó la de San Ignacio, mientras su misionero el padre Sestiaga hacia como superior la visita de todas las otras misiones. Pocos meses después de su llegada á Kadakaaman se le presentaron algunos indios habitantes de unas islas del mar Pacífico, á suplicarle que fuese á su país á visitar y hacer cristianos á sus parientes. Resolvió darles gusto, pero envió antes algunos exploradores á que se informasen de las disposiciones de aquellos isleños, y entre tanto hizo algunos pequeños preparativos para el viaje. Habiendo salido de Kadakaaman, caminó seis dias por la costa hasta un cabo desde donde se veian las islas, de las cuales la mas cercana distaba casi siete leguas. Para navegar aquel trecho, no teniendo bastimento, formó una balsa con los leños que allí se hallaron. La primera isla, llamada *Afeguá*, ó sea isla de los pájaros, apenas tiene media milla de larga, es estéril, falta de agua y despoblada; pero hay en ella una gran cantidad de pájaros, por cuyo motivo le pusieron los indios aquel nombre. Además de las especies conocidas, vió en ella el padre Taraval dos nuevas: la primera de ciertos pájaros negros mayores que un gorrion, los cuales de dia se van

al mar á buscar su sustento, y duermen por la noche en nidos subterráneos que forman á la profundidad de tres ó cuatro piés. La segunda de otros del tamaño de un pato, negros por el lomo, blancos por el vientre, con el pico corvo y los dedos armados de gruesas uñas para la pesca, en la que se ocupan tanto de dia como de noche, cuando el mar está alterado, pues cuando está tranquilo se retiran á la isla, y habitan tambien debajo de tierra en agujeros de diez á doce piés de profundidad. La caza de los pájaros atrae allí á veces á los indios del continente y aun á los de la isla *Huamalguá*.

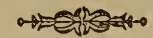
Huamalguá, esto es, isla nebulosa, dista de la de Afegua poco mas de cuatro leguas, y ambas están situadas á los 31° de latitud Norte, segun calculó el padre Taraval. *Huamalguá* es una isla triangular, cuyo lado mayor tiene dos jornadas de un cabo al otro, y en medio de ella hay un monte muy alto. Abunda en manantiales de agua dulce, en venados, conejos, pájaros de diversas especies, y sobre todo, en lobos marinos. Los venados son mas chicos que los de la California y tienen el pelo mas espeso. Entre los conejos hay algunos del todo negros y cubiertos de un pelo mas suave que el del castor.[1] Hay tambien algunas nutrias. El mezcal que sirve de pan á los indios, es mas jugoso que el de la California. En la playa se encuentran muchas especies de conchas, y entre ellas las turquíes, tan apreciadas por su singular hermosura. El mar es frecuentado de muchas pequeñas ballenas, que los indios pescan con horquillas de madera, tan solo por interés de los nervios, que les sacan para hacer con ellos las cuerdas de sus arcos.

Desde la cumbre del monte vió el padre Taraval dos isletas hácia el Oriente y á distancia de ocho á diez leguas, y por otro rumbo otras tres habitadas solamente de nutrias y lobos marinos, que á veces van á cazar los indios. Hácia el Norte observó á mucha distancia otras islas mas grandes, que creyó, no sin razon, que serian las que forman el canal de Santa Bárbara, comenzando por la de Santa Catarina.

Los habitantes de Huamalguá eran pocos, y no fué difícil inclinarlos á que se trasladasen á Kadakaaman á intruirse y bautizarse, á excepcion de un guama, el cual se opuso de tal modo, que todos habian resuelto dejarle solo en la isla, pues ni aun su mujer queria quedarse; mas viendo él que todos se iban, se determinó á acompañarlos, aunque de mala gana. Habiéndose embarcado en sus balsas, se vieron obligados por una tempestad á refugiarse en la isla de Aseguá, en donde estuvieron algunos dias sustentándose con mezcal. Cuando se tranquilizó el mar se arrimaron á la península, y navegando tierra á tierra, vieron en algunos bancos muchos lobos marinos. El guama, que aun iba muy disgustado en aquel viaje, queriendo matar un lobo, se echó á la agua y se fué á nado hácia los bancos; mas al volverse, porque los lobos habian huido, fué cogido por un tiburon: con sus extraordinarios esfuerzos habia conseguido desprenderse de los dientes de aquella horrenda bestia; mas volviendo esta á cogerle con mayor fuerza, se hundió con él, y no volvió á ser visto. La pérdida de este infeliz causó grande pesadumbre al padre Taraval; pero sirvió de afirmar á aquellos gentiles en su buen propósito. Habiendo llegado á Kadakaaman, fueron estos bien instruidos y bautizados, y renunciando á su patria, se agregaron de buena voluntad á la mision.

La conversion de estos isleños no fué el único fruto del celo del padre Taraval en los meses que gobernó la mision de San Ignacio, pues á principios de 1733, por su caritativas invitaciones vinieron tres tribus de gentiles de lugares muy distantes; las dos de los países mediterráneos, y la tercera de la costa oriental junto al cabo de San Miguel, situado á los 29° y 30' latitud Norte; y esta vino toda sin exceptuar á los viejos y enfermos. El padre Taraval los recibió amorosamente, los instruyó á todos y bautizó algunos; todos los restantes fueron bautizados por el padre Sestiaga, que habiendo vuelto á Kadakaaman de su laboriosa visita, continuó sus trabajos en aquella mision con tanto fruto como celo, ayudado por el padre Fernando Consag.

Libre ya el padre Taraval del cuidado de la mision de San Ignacio por el regreso del padre Sestiaga, salió en el mismo año de 1733 á plantar entre los pericúes la nueva mision de Santa Rosa, cuya fundacion se habia frustrado hasta entonces por algunas dificultades. Se plantó por fin, no en el puerto de las Palmas, como se queria, sino en el pueblo de Todos Santos, distante media legua del mar Pacífico. Este pueblo que antes pertenecia á la mision de la Paz, habia sido habitado por guaicuras; pero habiéndose despoblado después, tanto por la enfermedad, que privó á muchos de la vida, cuanto porque otros se fueron á vivir á otra parte, se establecieron en él desde 1731 varias tribus de pericúes, con las cuales dió principio el padre Taraval á su mision. Halló á aquellos gentiles muy dispuestos á causa de las visitas que les hacian los misioneros de la Paz, de Santiago y de San José del Cabo. Al principio tuvo que sufrir graves contradicciones de parte de algunos indios obstinados en su vida bestial, por cuyo motivo no quiso licenciar á los tres soldados de Loreto que le acompañaban; pero trabajó tanto y se dedicó de tal suerte á ganarles el afecto, que en menos de un año bautizó la mayor parte de los párvulos y adultos de su distrito, y al afecto de estos debió al haber escapado la vida en la rebelion general de aquella nacion.



1 Tal vez los cuadrúpedos que el padre Taraval tuvo por conejos y venados, son animales de distinta especie.

§ XXII.

INDICIOS DE REBELION GENERAL CONTRA LOS MISIONEROS. CARIDAD Y SINGULAR GENEROSIDAD DEL PADRE TAMARAL PARA CON UNOS NAVEGANTES.

Las primeras chispas de este incendio comenzaron á manifestarse á fines de 1733 y principios de 34. El gobernador de Santiago era un neófito llamado Boton, hijo de un mulato y una india. El padre Carranco le habia dado este cargo porque tenia mas talento que los otros y para obligarle á tener una vida mas arreglada; pero él, á pesar de esto, se entregó sin reserva á los mismos vicios que le habian dominado antes de ser cristiano, y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas ni las reprensiones públicas, fué por fin privado de oficio y públicamente castigado. Indignado con esta afrenta, se conjuró secretamente contra el padre Carranco, y hubiera conseguido quitarle la vida, como lo intentó, procurando atraer á su partido á algunos mal contentos, si el misionero, sabedor de su criminal intento, no hubiera tomado para impedirlo todas las precauciones posibles. Sin embargo, la inquietud y los desórdenes continuaron hasta que aquel perverso, enfadado de vivir con los cristianos, se fué á *Yeneca*, lugar en que habitaba una tribu de gentiles, cuyo caudillo era un mulato llamado *Chicori*. Este desmoralizado y malvado como Boton, no contento con las muchas mujeres que tenia, se habia robado una jóven cristiana de la mision de San José. El padre Tamaral habia disimulado por algun tiempo este delito, en obvio de mayores males; mas habiéndosele ofrecido ir á Yeneca, habló con blandura á Chicori, quejándose de aquel rapto. El respondió con arrogancia, que siendo aquella cristiana su mujer, tenia razon para habérsela llevado. *Si ella fuera tu mujer*, le contestó el padre, *ni la habrias dejado tanto tiempo en la mision para que se instruyese, ni habrias consentido que se bautizase.* Después le vituperó su disolucion y le exhortó á abrazar el cristianismo á ejemplo de tantos otros pericúes; pero él en vez de docilitarse á esta exhortacion, se obstinó mas en su gentilismo y en sus vicios y se resolvió á buscar ocasion de quitar la vida al misionero y de sublevar contra los otros toda la nacion.

Tales eran las disposiciones de Chicori cuando Boton se vió con él en Yeneca después de haber reducido á algunos indios de Santiago. Como el padre Tamaral nada sabia de las maquinaciones de estos malvados, fué sin temor á Santiago con el fin de ayudar al padre Carranco á tranquilizar las turbaciones que allí habia; mas cuando quiso volverse, porque todo parecia tranquilo, le advirtieron algunos indios fieles del mismo Santiago que Boton y Chicori le esperaban en el camino con dos cuadrillas de sus partidarios para darle la muerte. La verdad de esta noticia fué confirmada por otros indios mandados de próposito á explorar el camino; y así el padre para no exponer su vida á un riesgo tan evidente, mandó decir por otro camino á sus neófitos que viniesen armados para acompañarle hasta San José. Los conjurados huyeron al ver venir tanta gente armada, y después, temiendo que los cristianos se uniesen contra ellos, se fingieron arrepentidos de su perverso designio y pidieron la paz, la cual se les concedió luego, aunque para que durase poco, como se verá después.

Apenas habia llegado el padre Tamaral á San José, cuando vinieron del cabo de San Lúcas algunos indios pescadores á decirle que cerca de la costa se habia avistado un navío grande. Este era el de Filipinas que iba á Acapulco; pero hallándose muy necesitado de agua, determinó el capitan tomar puerto en la California, como de facto abordó al de San Bernabé, poco distante del cabo de San Lúcas, y temiendo que el país fuese de enemigos, mandó á tierra gente armada á hacer aguada. Luego que el padre Tamaral tuvo la noticia, dió órden de que se llevasen á San Bernabé toda la carne fresca y frutas del país que pudiesen conseguirse para socorrer á los navegantes, y fué él mismo á ofrecerles sus servicios y los de sus neófitos. Así el capitan del navío como la tripulacion recibieron mucho consuelo por haber hallado tan buena acogida en donde temian hostilidades y por haber obtenido refrescos en donde solo buscaban agua. Muchos de la tripulacion que estaban enfermos de escorbuto, con haber saltado en tierra y tomado aquellos refrescos empezaron á sentir alivio. Habiéndose hecho de nuevo á la vela, después de haber dado infinitas gracias al diligente y caritativo misionero, se dirigieron á Acapulco, y de allí á Méjico, en donde publicaron la buena y oportuna acogida que habian hallado en la California. El capitan informó de ello al virey, y este mandó que en lo sucecivo todos los navíos de Filipinas hiciesen escala en San Bernabé. Lo mismo mandó el gobierno de aquellas islas cuando tuvo la noticia.

Al salir el navío del puerto de San Bernabé, dejó el capitan encomendados á la caridad del padre Tamaral tres enfermos que por la gravedad de sus males no estaban en disposicion de continuar el viaje, á saber: don Juan Francisco Baitos, capitan de infantería, don Antonio de Herrera, que tambien iba empleado en el navío, y el padre agustino fray Domingo Horbigoso, que iba á Méjico de procurador general por su provincia de Filipinas. Todos tres fueron llevados á la mision de San José, tratados por el misionero con tanta caridad y dulzura y servidos con tanta diligencia, empeño y dedicacion como la de una madre para con el mas querido de sus hijos. No contento con franquear generosamente para su curacion todo lo que habia en la mision que pudiera serles útil, hizo llevar algunas cosas de las

misiones vecinas. El capitan Baitos y el agustino Horbigoso recobraron completamente su salud; pero Herrera, que al salir del navío ya estaba fuera de riesgo, se vió después atacado de un nuevo accidente que le agravó su principal enfermedad, y murió después de haber testado y recibido los sacramentos. El padre Tamaral celebró sus exequias con la mayor pompa posible, y después en presencia del capitan y del agustino hizo un inventario exacto de todo lo que Herrera habia sacado del navío y se lo entregó todo á estos señores, los cuales por esfuerzos que hicieron no pudieron conseguir que el padre aceptase alguna cosa ó como recompensa de los gastos de la enfermedad y del funeral, ó como muestra de agradecimiento á sus servicios. Ambos celebraron después en Méjico con singulares encomios la virtud de aquel apostólico misionero, y el padre Horbigoso dió de esto un testimonio público elogiando mucho á los jesuítas.

§ XXIII.

ESTALLA LA REBELION Y SE PROPAGA POR LA PARTE MERIDIONAL.

La asistencia á los enfermos no distraia al padre Tamaral del cuidado de su mision. Tanto él como los otros misioneros vecinos creian apagadas las primeras chispas de la rebelion excitada por Boton y Chicori, porque parecian por todas partes tranquilos los ánimos de los pericúes; mas aquellos dos malvados bajo una aparente tranquilidad ocultaban una fatal conjuracion que al fin estalló en el otoño de 1734 con la ruina de cuatro misiones y la consternacion de todo el cristianismo de aquella península.

No hubo para ella mas motivo que el odio de aquellos salvajes á la ley cristiana, que los privaba de las muchas mujeres que para su comodidad y placer tenian, segun se aclaró después y lo confesaron los mismos conjurados. Las primeras que abrazaron el partido de estos fueron algunas tribus de gentiles que habitaban la costa meridional entre las dos misiones de Santiago y San José. De allí se propagó el incendio á todas las cinco misiones de la parte austral, pero con tal secreto que los misioneros ni aun lo sospecharon. Cuando los conjurados vieron bien engrosado su partido, á que se agregaron tambien muchos neófitos, sin dejar por eso de asistir á los ejercicios diarios de la mision, determinaron comenzar la ejecucion de sus perversos designios con la muerte de los pocos soldados que allí habia, cuyas armas de fuego les imponian tanto miedo. No habia mas que tres en Santa Rosa, dos en Santiago y uno en la Paz; pero como aquellos cobardes traidores no se atrevian á asaltar ni aun á dos ó tres soldados juntos, anduvieron espiando la ocasion de matarlos uno á uno. En los primeros dias de setiembre, habiendo encontrado solo en el monte á uno de los de Santa Rosa, le mataron inhumanamente y para ocultar su atentado y echarse sobre el padre Taraval ó sobre otro de los dos soldados que quedaban, enviaron á decir al misionero que al soldado le habia sobrevenido un accidente y que por tanto fuese á confesarle ó mandase á uno de los otros que le llevase á la mision. Pero el padre Taraval entrando en sospechas y conjeturando su atentado y sus maquinaciones por la turbacion de los mensajeros y por otros indicios, no quiso salir ni mandar al soldado, y á poco se supo de cierto lo que habia sucedido. Pocos dias después hallaron modo de matar al único soldado que habia en el puerto de la Paz, el cual cuidaba de las temporalidades de aquella mision durante la ausencia del padre Gordon, que habia ido á Loreto á buscar provisiones.

En ese tiempo vino de Loreto á San José del Cabo un soldado con el fin de acompañar al padre Tamaral y con el de sangrarle, porque se habia enfermado con los trabajos de la nueva mision. Este soldado habia observado algunos indicios de la conjuracion en el territorio de Santiago y vió otros en el de San José, de todos los cuales le dió parte al misionero, diciéndole resueltamente que era necesario que se pusiese en salvo, porque su vida entre aquellos bárbaros estaba en peligro manifiesto. El padre animado de la divina gracia que le conducia á una muerte gloriosa, procuró disiparle el temor; mas él temiendo perecer en manos de los salvajes, como infaliblemente habria sucedido si hubiera permanecido allí, se fué por otro camino á la Paz. Al entrar á aquel pueblo hizo la acostumbrada salva, disparando un tiro, pero ninguno le respondió; acercóse á la casa del misionero y llamó en alta voz al soldado; mas no oyendo la voz de este ni hallando ningun indio de quien informarse, entró y vió algunes vestigios de sangre y la mochila del soldado muerto con todo lo que tenia dentro esparcido por el suelo; y no dudando en virtud de tales indicios de la trágica muerte de su compañero, huyó precipitadamente á la mision de los Dolores, en donde dió cuenta de todo lo que habia observado al padre Guillen, que entonces era superior de todas las misiones de la California. Este,. que ya por sus neófitos tenia algunas noticias, escribió luego á los tres misioneros de Santiago. San José y Santa Rosa, previniéndoles que se reuniesen inmediatamente con él. A pocos dia recibió una carta del padre Carranco en la que le daba aviso de la conjuracion ya casi descubierta de los pericúes, y le pedia sus órdenes para ejecutarlas prontamente. El peligro de aquellos dos misioneros obligó al padre Guillen á escribirles de nuevo; pero ni estas cartas ni las primeras llegaron á sus manos, porque los conjurados habian cerrado todos los pasos.

El padre Carranco considerando que el padre Tamaral estaba en mayor peligro por hallarse solo y sin soldados, le envió una escolta de aque-

llos de sus neófitos que le parecieron mas fieles, á fin de que le llevase á Santiago, en donde poniéndose de acuerdo los dos, tomarian la resolucion que conviniera en aquel aprieto. Pero el padre Tamaral no consintió en marchar, y respondió valerosamente que aquellos temores nacian de la cobardía de los neófitos; que él no descubria en los suyos ningun indicio de conjuracion; que confiaba en Dios, á quien servia en la vida y en la muerte; que la Providencia divina dispusiese de él como quisiese, pero que no era digno del martirio, cuya gracia habia deseado tanto tiempo y habia pedido al Señor toda su vida, ni tampoco se creia en tales circunstancias que debiera abandonar su mision, principalmente después de haberle dado sus neófitos tantas pruebas de fidelidad en las turbulencias pasadas. Esta carta se halló después entre los despojos destrozados del padre Carranco. Al volver los neófitos á Santiago se encontraron con algunas cuadrillas de conjurados, los cuales les preguntaron de dónde venian. Ellos respondieron que habian ido á San José á conducir al padre Tamaral á Santiago, porque el padre Carranco sabia por el muchacho que tenia en su casa que ellos querian matarlos á todos. Los conjurados querian comenzar sus hostilidades por el padre Tamaral, como mas indefenso, y después continuar por las otras misiones, hasta arrojar, si fuese posible, á todos los misioneros de la península; pero viendo que el padre Carranco era sabedor de sus intentos, determinaron descargar el primer golpe sobre él, para no darle tiempo á que escapase ó hiciese venir soldados. Comunicaron francamente sus designios á los de Santiago, y estos, faltando á la fidelidad que debian á Dios y á su padre en Cristo, se unieron con aquellos, y unidos, se encaminaron á Santiago.

§ XXIV.

MUERTE ILUSTRE DE LOS PADRES CARRANCO Y TAMARAL. SUS CADÁVERES SON INSULTADOS, Y QUEMADOS CON EL AJUAR DE LAS IGLESIAS.

Habiendo llegado al pueblo el viernes 1°de octubre al salir el sol, se informaron primero si estaban allí los dos soldados que custodiaban al misionero, y habiendo sabido que poco antes se habian ido al monte á traer dos bueyes para proveer de carne á las catecúmenos, á los niños, á los viejos y á todos aquellos que se sustentaban á expensas del misionero, se acercaron á la casa de este; pero no teniendo aun el atrevimiento de presentársele, hicieron entrar algunos de los neófitos que habian ido á San José á traer al padre Tamaral. El padre Carranco habia dicho misa poco antes, y se habia retirado á rezar el oficio á su aposento, donde los indios le hallaron de rodillas. Se puso en pié para leer la carta que ellos le traian del padre Tamaral, y cuando estaba leyéndola atentamente, entró la chusma de conjurados; dos de ellos se apoderaron de él inmediatamente y le sacaron fuera de la casa y le tuvieron suspenso del hábito, mientras los otros le dispararon sus flechas. El alzando los ojos y el corazon al cielo, ofreció á Dios con afectos muy fervorosos el sacrificio de su inocente vida por sus culpas y por las de sus hijos en Cristo, y después cayó moribundo en tierra invocando los sagrados nombres de Jesús, María y José. Entonces á palos y á pedradas le acabaron de quitar la poca vida que le quedaba, enfurecciéndose mas cruelmente contra él aquellos desgraciados bárbaros cuando le vieron en estado de no poderse defender. Así terminó sus dias el padre Lorenzo Carranco, nacido en la ciudad de Cholula, de la diócesis de la Puebla de los Angeles. El menologio de aquella provincia hace mencion de su gloriosa muerte, y sus retratos se conservaban hasta 1767 en los colegios de San Gerónimo y de San Ignacio de Puebla, donde hizo sus estudios, y en el de Tepozotlan, donde pasó su noviciado.

Cuando los bárbaros estaban ejerciendo sus crueldades en el cadáver del padre, lloraba amargamente su muerte el muchacho que le servia, y habiéndole visto uno de los conjurados, dijo á los otros: *Puesto que tanto siente este muchacho la muerte de su amo, que vaya á acompañarle*, y cogiéndole de los piés le mataron inhumanamente, golpeándole con furia contra las paredes de la casa y contra las piedras.

Excitados por el rumor, acudieron todos los indios de ambos sexos de aquel pueblo, y aunque algunos sintieron mucho aquella inhumanidad para con un hombre que les habia hecho tantos beneficios, sin embargo, ó por su natural inconstancia ó por temor á los conjurados, se unieron con ellos, y mientras se preparaba la leña para la hoguera en que iban á quemarse los cadaveres, arrastraron el del misionero, y habiéndole desnudado para servirse de sus vestidos, le hicieron, tanto los hombres como las mujeres, los mas execrables y abominables insultos para vengarse del celo con que el padre habia procurado apartarlos de su brutal disolucion, y en medio de estos insultos y burlas fueron arrojados al fuego los dos cadáveres. Al mismo tiempo saquearon la iglesia y la casa del misionero, y reservando lo que podia serles útil, arrojaron en la misma hoguera la cruz, las imágenes de los santos, la ara, el misal, los vasos sagrados y otras cosas pertenecientes al culto divino, haciendo de este modo patente el motivo de su rabia contra el ministro del Señor.

Aun estaban ardiendo los cadáveres con los muebles de la iglesia, cuando llegaron á Santiago los dos soldados montados á caballo, conduciendo los bueyes que habian ido á traer para la provision de la mision. Estos no eran soldados del presidio de Loreto, sino mestizos de la Nueva

España que hacian de soldados y no llevaban entonces mas armas que sus cuchillos. Luego que llegaron los rodearon los sediciosos y les mandaron echar pié á tierra y matar los bueyes, porque aquellos viles verdugos que habian ejecutado sin temor tantas crueldades en el religioso su bienhechor y en un niño inocente, no se atrevian á matar aquellas bestias. Los soldados obedecieron por necesidad; pero apenas habian matado los bueyes, cuando fueron tambien muertos con una nube de flechas y sus cadáveres arrojados al fuego.

No teniendo ya los conjurados que hacer en la mision de Santiago, se dirigieron prontamente y en mayor número á la de San José del Cabo, á donde llegaron la mañana del 3 de octubre, cuando el padre Tamaral habia ya dicho misa. Entraron armados y de tropel á la casa del misionero muchos indios rebeldes de la misma mision, pidiendo con arrogancia diversas cosas, con el fin de hallar en la repulsa del misionero algun pretexto para enfurecerse contra él: uno le pedia maíz, otro una frazada, otro un cuchillo, y así otras cosas. El padre penetró luego su perverso designio, y para aquietarlos les dijo: *Esperad, hijitos, yo trataré de daros gusto con todo lo que hay en casa.* Mas ellos viendo frustrado aquel pretexto, no quisieron buscar otro, sino que echándose sobre él los mismos que se habian apoderado del padre Carranco, le echaron por tierra, y arrastrándole de los piés le sacaron afuera para flecharle; pero agolpandose todos los conjurados, determinaron decapitarle, como efectivamente lo hicieron con uno de los cuchillos que él les solia distribuir para sus necesidades. Al morir este ejemplar é infatigable misionero, encomendó al Señor fervorosamente su espíritu y su grey. Nació en Sevilla en 1687, pasó á Méjico en 1712, y de allí en 1716 á la California, en donde trabajó diez y ocho años, plantando dos misiones nuevas. Su memoria es tambien honrada en el menologio de la provincia mejicana; su muerte fué seguida de los mismos insultos y profanaciones hechas en Santiago, y su cadáver fué tambien quemado con los muebles de la iglesia, aunque aquí hicieron mayores fiestas porque se habia doblado su sacrílego triunfo.

§ XXV.

LOS CONJURADOS TRATAN DE QUITAR LA VIDA AL PADRE TARAVAL. SE ECHAN SOBRE LOS NEÓFITOS DE SANTA ROSA. EL PADRE GUILLEN DA INÚTILMENTE PARTE DE TODO AL VIREY.

Como aquellos bárbaros no podian estar contentos mientras en su nacion hubiera un solo misionero despues de haberles quitado la vida á los de Santiago y San José, trataron de quitársela tambien al de Santa Rosa, y con este fin enviaron una embajada á los guaicuras de la Paz exhortándolos á aquella cruel empresa; pero habiéndolo sabido á tiempo el padre Taraval por algunos de sus neófitos, testigos oculares de la muerte de los otros misioneros, aunque deseaba tener la misma suerte que sus compañeros, se creyó sin embargo obligado en aquellas circunstancias á poner en salvo su vida y la de sus soldados, y á impedir que las cosas santas fuesen profanadas por aquellos sacrílegos, y por estos motivos se dirigió inmediatamente á la mision de la Paz en compañía de los dos soldados, y se llevó los vasos sagrados y todo lo que pertenecia al culto divino. Quitó tambien de la iglesia de la Paz todos las cosas que podian ser profanadas, y de allí pasó en una conoa á la isla del Espíritu Santo, donde permaneció hasta que habiendo recibido de Loreto socorro de gente y de víveres, se trasladó á la mision de los Dolores con toda su comitiva, tanto para asegurar la mision, amenazada tambien por los conjurados, cuanto para conferenciar con el padre Guillen acerca de los medios de restablecer la tranquilidad y las cuatro misiones perdidas. Luego que los conjurados supieron que el padre Taraval se habia escapado, volvieron su encono contra los neófitos de Santa Rosa, y cayendo sobre ellos de improviso, mataron veintisiete. De aquí nació entre unos y otros una larga guerra, que les causó recíprocos estragos, como en el tiempo de su gentilismo.

El padre Guillen luego que tuvo noticia de aquellas turbulencias y calamidades, escribió al arzobispo virey de Méjico dándole parte de lo acaecido, manifestándole el riesgo de perderse en que se hallaban las otras misiones, juntamente con todo el cristianismo de la península, si las otras naciones imitaban, como era muy de temerse, el ejemplo de los pericúes; y suplicándole que se estableciese el nuevo presidio en la parte meridional, como tanto tiempo se habia deseado y tantas veces pedido, no menos para poner á cubierto de las maquinaciones de los gentiles las vidas de los misioneros y neófitos, que para proporcionar refugio á los navíos de las islas Filipinas que debian abordar allí los años siguientes. Pero ni la muerte violenta de los dos misioneros, de los soldados y de tantos neófitos y catecúmenos, ni la pérdida de las misiones, ni el riesgo inminente de las otras, ni las proyectadas ventajas para los navíos de Filipinas parecieron á aquel señor razones suficientes para hacer un gasto extraordinario, aunque dispuesto por el rey católico en una cédula dirigida al marqués de Casafuerte, antecesor del arzobispo en el empleo de virey, cuando aun no habia motivos tan urgentes para establecer el presidio. Se contentó con dar una respuesta cortés al padre Guillen, significándole lo mucho que sentia las desgracias de la California, exhortandole á que ocurriese á la corte y ofreciéndole que apoyaria ante el rey sus justas pretensiones; pero sus cumplimientos y sus pro-

mesas ni remediaban los males presentes ni prevenian los futuros.

§ XXVI.

CONTINÚA LA REBELION. DILIGENCIAS PRACTICADAS PARA CONTENERLA.

El espíritu de la rebelion se iba propagando, y además se comenzaban á sentir en el distrito de los Dolores algunas inquietudes que se habrian aumentado si no hubiera llegado allí á tiempo el capitan del presidio con algunos soldados, en virtud de las primeras noticias que se recibieron en Lroeto de las turbulencias de los pericúes. El hubiera querido ir, como otras veces, en pos de los enemigos para castigarlos; pero considerando la grande multitud de aquellos y el corto número de sus soldados, ne quiso exponerse temerariamente y tomó la sabia resolucion de establecerse en la mision de los Dolores, para mantener la tranquilidad de su distrito é impedir la comunicacion de los conjurados con los indios de las misiones setentrionales.

Sin embargo de esto, la fama de lo sucedido en la parte austral comunicándose poco á poco de una tribu á la otra, llegó hasta la mision de San Ignacio, distante de la de San José del Cabo mas de doscientas leguas. Se comenzó á esparcir en ella un susurro sedicioso entre algunos que estaban disgustados con la vida cristiana, diciéndose unos á otros que era necesario que todos se unieran para libertarse de una vez de aquellos extranjeros que habian ido á abolir las costumbres antiguas de los californios; y que si esto lo habian conseguido los pericúes, mejor podian conseguirlo los cochimíes, que eran mas en número y mas valientes. Los indios principales de las misiones no tuvieron parte en aquella sublevacion, y así dando á conocer su constante fidelidad, dieron aviso á los misioneros, los cuales escribieron luego á Loreto, pidiendo mas soldados para su seguridad, pues los que custodiaban las misiones se habian desalentado mucho. Efectivamente, la noticia de los dos soldados muertos por los pericúes, asustó de tal suerte á los de las otras misiones, que sus cartas recibidas en Loreto hicieron creer que los cochimíes estaban resueltos á imitar el fatal ejemplo de los pericúes. Por este motivo, el padre Guillen, no teniendo soldados que enviar á aquellos misioneros, les mandó á todos con precepto de santa obediencia que abandonasen en el momento sus respectivas misiones y se retirasen á Loreto, á fin de que por lo menos pusiesen en salvo sus vidas. Los misioneros obedecieron sin que lo notasen los indios, porque se fueron ausentando sucesivamente de las misiones conforme les fueron llegando las cartas del superior. No tardó mucho en conocerse la necesidad de esta determinacion, sin la cual acaso se habrian perdido para siempre aquellas misiones, porque los ánimos inconstantes de aquellos salvajes, aunque mas tranquilos y menos estúpidos y viciosos que los pericúes, se habian mudado realmente con el ejemplo de estos.

Retirados los misioneros á Loreto, escribió de nuevo el padre Guillen al arzobispo virey en principios de 1735, haciéndole presente el lamentable estado de aquel cristianismo. El padre Bravo, misionero de Loreto, despachó un bastimento al Yaqui con cartas para el gobernador de Sinaloa y para los misioneros de aquel país, en las cuales les referia los infaustos acontecimientos de que hemos hablado y el riesgo en que se hallaban, y les suplicaba que mandasen á Loreto sesenta indios guerreros y algunos soldados con armas de fuego para que defendiesen las vidas de los misioneros, porque para sujetar á los pericúes conjurados, se necesitaba una tropa muy numerosa, principalmente si ellos conseguian confederarse, como lo pretendian, con las otras dos naciones de la California.

La carta del padre Guillen llegó á Méjico el 13 de abril y fué luego entregada al arzobispo virey por el provincial; pero viendo este que ni con aquella carta ni con dos memoriales que le presentó á aquel señor podia conseguir el deseado remedio de las urgentes necesidades de la California, resolvió escribir en derechura al mismo soberano, de cuyo celo, manifestado en tantas órdenes expedidas en favor de las misiones, no dudaba alcanzar el remedio. Las cartas del padre Bravo fueron mucho mas fructuosas, porque apenas tuvieron noticia de ellas los fieles y belicosos yaquis, cuando se presentaron en aquel puerto mas de quinientos hombres, armados á su modo y prontos á embarcarse para la California; pero no pudiendo el bastimento llevar tanta gente, fueron escogidos sesenta de los mas valientes, los cuales pasaron inmediatamente á Loreto, y de allí á la mision de los Dolores, donde entonces estaba el capitan del presidio, porque cuando ellos llegaron al puerto las misiones setentrionales se habian restablecido en su antigua tranquilidad con singulares demostraciones de parte de los neófitos.

Luego que los principales de ellos notaron que los misioneros se habian ausentado con los soldados y llevádose el ajuar de las iglesias, lo sintieron mucho, y habiéndose puesto de acuerdo, determinaron ir todos juntos á Loreto á recobrar á sus queridos misioneros. Entraron en Loreto en una muy numerosa y bien ordenada procesion, llevando en los hombros todas las cruces de las misiones; pidieron con lágrimas que no los abandonasen á la perdicion sus misioneros que los habian bautizado y educado en la vida cristiana; protestaron que querian vivir y morir en la religion de Jesucristo que habian abrazado; dijeron que no era justo que todos sufriesen la pena merecida por unos cuantos descontentos,

á quienes ellos estaban prontos á coger y entregar al capitan gobernador para que fuesen castigados; añadieron que se obligaban á cuidar de la vida de los misioneros, y á defenderlos en todo evento, y por último, que si estos no queria volver á sus respectivas misiones, ellos estaban resueltos á quedarse en Loreto, porque no podian vivir sin sus padres. Los misioneros no pudieron contener sus lágrimas á la vista de semejante espectáculo y al oir las afectuosas expresiones de sus neófitos; pero á pesar de esto, dejaron pasar algunos dias para asegurarse mas de su sinceridad. Estando por fin seguros de la buena intencion de los indios, se volvieron con ellos á las misiones, en las cuales fueron recibidos como en triunfo por todos los otros neófitos y catecúmenos. Á los culpables se les impuso una pena ligera, á excepcion de cuatro de la mision de San Ignacio, que fueron desterrados por algun tiempo para que no contaminasen á los demás.

Habiendo llegado los yaquis á la mision de los Dolores, en donde además del capitan y los soldados del presidio habia muchos californios fieles, destinados á resistir á los conjurados, determinó el capitan dejar allí una guarnicion competente para impedir toda inquietud, y marchar con el resto de las tropas á acampar en el puerto de la Paz, como lugar oportuno para recibir provisiones de Loreto y hacer correrías en el país de los pericúes. Mandó una parte de la tropa por tierra con los caballos y otra por mar con las provisiones. Estos llegaron primero, y habiendo saltado en tierra con buen órden, tomaron un puesto ventajoso y todas las precauciones necesarias para poder resistir al enemigo. No fueron vanas estas diligencias, porque en la noche fueron asaltados con mucho órden por los conjurados, quedando en la refriega algunos heridos de una y otra parte. De esta manera continuaron siendo inquietados hasta que llegó la division que venia por tierra. Entonces los enemigos, amedrentados al ver tanta gente con armas de fuego y caballos, no se atrevieron á aparecer. Se presentaron algunos indios de la Paz protestando que habian sido siempre fieles á los misioneros y por eso perseguidos por los rebeldes, y por ellos se supo que el motivo de la nueva osadía de los conjurados eran las hostilidades que habian hecho á algunos hombres del navío de las islas Filipinas, que poco antes habia estado en el puerto de San Bernabé.

§ XXVII.

HOSTILIDADES HECHAS AL NAVÍO DE FILIPINAS. EL CAPITAN DA CUENTA DE ELLAS AL VIREY. ÓRDEN DE ESTE SEÑOR AL GOBERNADOR DE SINALOA.

Como los filipinos habian sido tan bien recibidos el año anterior por el padre Tamaral y se habian restablecido allí tan felizmente, abordaron al puerto este año, esperando hallar en él tanto mayor abundancia de refrescos cuanto que el misionero debia estar mas prevenido; pero al acercarse á la costa no vieron las señales que este debia haber puesto en la playa, segun habian convenido, ni observaron ninguna gente. Sin embargo de esto, el capitan mandó en el esquife trece marineros que diesen al misionero parte de su llegada. En tanto que algunos de ellos se quedaron custodiando el esquife, los otros se dirigieron al caserío de San José; pero en el camino fueron de improviso asaltados y muertos por un crecido número de conjurados que estaban emboscados y que fueron luego á hacer lo mismo con los del esquife. El capitan del navío sospechando por la tardanza de los marineros lo que realmente habia sucedido, envió otro barco con hombres armados, los cuales habiendo visto al acercarse á la costa un gran número de indios que destrozaban el esquife para llevarse el hierro, les hicieron fuego, mataron algunos, hirieron otros, hicieron cuatro prisioneros y pusieron en fuga á los demás. En seguida se volvieron al navío, y el capitan viendo que en lugar de haber conseguido los refrescos que necesitaba, principalmente por tantos enfermos de escorbuto que traia, habia perdido trece marineros y el esquife, levó anclas para Acapulco y de allí pasó á Méjico, en dende presentó al arzobispo virey los cuatro prisioneros pericúes, refiriéndole todo lo que le habia acaecido.

Parece que estas representaciones fueron mas eficaces que cuantas hasta entonces se habian hecho, porque al fin se movió aquel señor á poner algun remedio á los desórdenes de la California. Ordenó al gobernador de Sinaloa que pasase inmediatamente con tropas á la península á enfrenar la insolencia de los salvajes y castigar á los cabecillas de la conjuracion; mas le añadió que aunque convenia que obrase de acuerdo con el capitan gobernador de California en caso necesario, no debia estarle sujeto, y mucho menos á la direccion de los misioneros. El gobernador de Sinaloa escribió á Loreto dando parte de su comision para que se le mandase el buque en que debia trasportarse con su tropa, y ordenando que cesasen las hostilidades comenzadas contra los pericúes en el puerto de la Paz. El capitan de la California habia hecho algunas correrías en el país de los pericúes, pero con poco fruto porque no hallaba con quien combatir, pues los conjurados huyendo el combate, andaban siempre ocultos. Posteriormente, en virtud de las nuevas órdenes, se retiró á la mision de los Dolores á mantenerse á la defensiva hasta la llegada del gobernador. Este llegó en breve á Loreto, en donde fué recibido por los misioneros con los honores que se le debian y con los obsequios convenientes. Pero pronto dió á conocer que no se dedi-

caba á otra cosa que á obsequiar el genio del virey, no haciendo aprecio de los consejos que le daban los misioneros, como hombres tan prácticos en el país y en el conocimiento de aquellos pueblos. Comenzó á desempeñar su mision valiéndose de los medios que le parecieron mas conducentes al fin propuesto, y empleó dos años con varia fortuna y mucho disgusto, porque los efectos que se prometia no correspondian á sus disposiciones.

§ XXVIII.

MUERE EL PADRE MAYORGA. EL GOBERNADOR SIGUE EN SUS OPERACIONES LOS CONSEJOS DE LOS MISIONEROS, Y TRIUNFA DE LA CONJURACION.

Entre tanto murió el 10 de noviembre de 1736 el padre Julian de Mayorga, personaje caro á Dios y á los hombres, que habiendo plantado la mision de San José de Comondú en 1707, la gobernó por mas de veintinueve años con mucha utilidad de los indios. Lloraba este venerable anciano las ruina de la misiones y la perdicion de las almas de los indios, por cuya salud habia renunciado á su patria y se habia confinado en los desiertos de aquella península. Todos los dias hacia algun obsequio particular á Dios para moverle á piedad en favor de aquellas almas, y en medio de estos piadosos sentimientos entregó su fervoroso espíritu al Señor. No faltó quien atribuyera al fervor de sus oraciones la repentina mudanza del gobernador, el cual habiendo permanecido por tanto tiempo obstinado en sus infructuosos designios, luego que murió aquel hombre ejemplar, comenzó á hacer lo que desde el principio le habian aconsejado los misioneros, esto es, que en vez de hacer á los pericúes proposiciones de paz ó de perseguir sus partidas dispersas, tratase de empeñarlos en una batalla general y estrepitosa, porque así conseguiria humillarlos con menor pérdida de parte de ellos; que de otra suerte ni cederian ni agradecerian la clemencia sino después de haber conocido por experiencia la superioridad de sus contrarios en el valor, en la disciplina y en las armas. Siguiendo pues el gobernador estos consejos, tomó sus medidas de tal modo, que obligó á los conjurados á una batalla formal, en la que fueron vencidos y huyeron ignominiosamente. Pero como su orgullo se habia aumentado mucho con su resistencia por dos años á las armas del gobernador, no quisieron rendirse por aquella derrota, sino que volvieron á sus hostilidades, aunque en débiles asaltos, hasta que habiendo hallado el gobernador modo de empeñarlos en otra batalla y quedando derrotados como en la primera, se le presentaron humillados pidiendo el perdon y la paz y poniéndose á su disposicion. El gobernador no quiso oirlos hasta que le prometieron descubrir y entregar á los cabecillas de la conjuracion y á los homicidas de los misioneros y de los soldados. Todos le fueron puntualmente entregados, y él se contentó con mandarlos desterrados á la costa de la Nueva España; mas parece que la justicia divina queria castigar con mas severidad sus muchos y atroces delitos, porque habiendo ellos querido apoderarse del buque en que iban al lugar de su destierro, los soldados que los custodiaban se vieron precisados á hacerles fuego y mataron la mayor parte. Entre los pocos que entonces escaparon la vida se hallaban los dos que se atrevieron á levantar primero sus sacrílegas manos contra los misioneros. Uno de ellos fué muerto poco después en el destierro sin alcanzar sacramentos, y el otro habiendo subido á una palma elevada, cayó desgraciadamente sobre las piedras de abajo, y murió en el intante.

§ XXIX.

NUEVO PRESIDIO NO CONFORME Á LAS INTENCIONES DEL REY. EL VIREY REVOCA SUS ÓRDENES, CONTRARIAS Á AQUELLAS.

Durante la guerra de la California, el rey, movido de las representaciones de los jesuítas, expidió una órden estrecha para que se estableciese prontamente en la parte austral de la península el proyectado presidio para la seguridad de las misiones, como lo habia prevenido algunos años antes al virey marqués de Casafuerte. El arzobispo virey dió esta comision al mismo gobernador de Sinaloa, declarando que el capitan y soldados del nuevo presidio no debian estar subordinados ni á los misioneros ni al capitan de Loreto, sino inmediatamente al virey. Al principio se quiso establecer el presidio en el puerto de la Paz; pero en consideracion á los navíos de las islas Filipinas, se estableció por fin en San José del Cabo, en donde con el capitan y los otros oficiales quedaron diez soldados, otros diez se pusieron en la mision de la Paz y otros tantos en la de Santiago. El gobernador de Sinaloa confirió el empleo de capitan del nuevo presidio á don Bernardo Rodriguez de Larrea, hijo del famoso capitan de Loreto don Estévan Rodriguez Lorenzo. Ninguno ciertamente era mas digno ni mas á propósito que él. Nacido y criado en la California al lado de su buen padre, tenia aquella piedad y religion, aquella prudencia y valor y aquel conocimiento del país y de los indios necesario en tales circunstancias y para tal empleo; pero como acostumbrado á respetar á los padres Salvatierra, Ugarte y Píccolo, deferia á los dictámenes de los misioneros mas de lo que querian los enemigos de estos, por cuyo motivo pronto fué depuesto y reemplazado por otro que sabia mejor acomodarse al genio del virey. El procurador de las misiones en Méjico representó que la independencia de los oficiales y tropa se oponia á las intenciones del rey, el cual habia preve-

nido expresamente al virey que de ninguna manera alterase la forma de gobierno establecida por el padre Salvatierra en la California; mas estas representaciones no fueron oidas.

En esta forma se conservó diez y ocho meses el presidio; pero los desórdenes á que dió ocasion su independencia fueron tan graves y tantas las quejas dadas al virey, que no pudo menos que revocar sus órdenes y conformarse con las disposiciones de sus antecesores. Depuso al capitan y ordenó que el nuevo presidio fuese mandado por un teniente, sujeto con sus soldados al capitan del antiguo presidio de Loreto, y que tanto este como los otros oficiales, soldados y marineros, se subordinasen en todo, como antes, al superior de las misiones. Esta revocacion de sus propias órdenes en un virey que no era parcial de los jesuítas, basta para justificar el sistema de gobierno establecido por el padre Salvatiera en la California.

§ XXX.

SE RESTAURAN LAS CUATRO MISIONES PERDIDAS. ATENTADO CONTRA LA VIDA DEL PADRE WAGNER. CASTIGO DE LOS CULPABLES.

Restablecida la tranquilidad en la parte austral de la península con el castigo de los conjurados y con el establecimiento del nuevo presidio, los superiores enviaron nuevos misioneros á que restaurasen las perdidas misiones en aquella tierra regada con el sudor y la sangre de sus caros hermanos. En efecto, aunque con mucho trabajo, restablecieron las cuatro de la Paz, Santa Rosa, Santiago y San José, reuniendo aquellas ovejas descarriadas en sus antiguos rediles y volviéndolas á los saludables pastos de la doctrina cristiana.

El gobernador de Sinaloa habiendo concluido su comision se restituyó á su gobierno; pero al salir de la California mandó, por lo tocante al presidio de Loreto, que en cada una de las dos fronteras de San Ignacio y los Dolores se pusiese una guarnicion de ocho ó diez soldados del mismo presidio, reuniéndose en él todos los que estaban en las otras misiones custodiando á los misioneros, porque hallándose quietos los indios, no creia necesaria esta custodia; pero la experiencia acreditó que aunque fuese de un solo soldado, no era inútil, como lo parecia al gobernador, que conocia poco el carácter de los indios, pues no pasó un año sin que, por la falta del soldado que habia en San José de Comondú, se ocasionasen algunos desórdenes en la mision. Habia sucedido allí al padre Mayorga el padre Francisco Javier Wagner, aleman, el cual siguiendo las huellas de sus antecesores, se dedicaba con todo empeño á hacer vivir cristianamente á sus neófitos, procurando principalmente librarlos de los engaños de los guamas, de los cuales habia algunos que habiéndose convertido al cristianismo, continuaban después de su bautismo ejerciendo su bárbara medicina y sus acostumbradas imposturas. Muchas veces sucedia que después de haber administrado el misionero á un enfermo los santos sacramentos y otros auxilios espirituales y corporales, entraba á escondidas el guama, ó espontáneamente ó llamado por los parientes del enfermo, á aplicarle las fumigaciones y otros remedios inconducentes y ridículos que usaban en el tiempo del gentilismo y á exhortarle á que abjurase la creencia de lo que le habia enseñado el misionero. El padre Wagner no podia estar en paz con estos perniciosos charlatanes, y procuraba cuanto estaba de su parte desacreditarlos con sus neófitos. Ellos por la suya le aborrecian hasta el extremo de que muchas veces maquinaron contra su vida; pero no se atrevian á declararse por temor al pueblo, que le amaba y respetaba.

Una noche en que el misionero estaba en la puerta de su casa tomando fresco, valiéndose un guama de la oscuridad, le disparó una flecha con tal fuerza, que la clavó en una piedra de la pared, á distancia de cuatro ó cinco dedos de la cabeza del misionero. Unos neófitos que se hallaban cerca, al oir en aquella hora el ligero silbido de la flecha y sospechando lo que realmente era, acudieron prontamente á defender á su querido pastor, y tomando una luz, hallaron la flecha clavada en la pared. Uno de los principales despachó en el acto un correo á Loreto dando parte de lo sucedido. No pudiendo el capitan venir en persona á Comondú, mandó á su hijo don Bernardo, teniente del presidio, con algunos soldados é indios de Loreto instruido en lo que debia hacer y autorizado para administrar justicia. Marchó el teniente con la mayor celeridad y comenzó á hacer averiguaciones para descubrir el autor del atentado; pero todos protestaban no saberlo, hasta que manifestándoles la flecha, que habia conservado uno de los indios, vinieron en conocimiento del que la habia hecho. Preguntado este, declaró que aunque la habia hecho no la habia usado, porque se la habia pedido otro indio llamado Juan Bautista, á quien se la dió, sin saber para qué la queria. Fué buscado Juan Bautista; pero habia huido luego que sintió aquel rumor después de su atentado. El teniente mandó que se le buscase por todas partes, y después de algunos dias fué hallado y llevado á su presencia. Y habiendo confesado su delito fué condenado á muerte y su cadáver colgado para escarmiento de los demás. Otros varios que resultaron culpables en el proceso, fueron condenados á azotes. El teniente, concluida su comision, se volvió á Loreto; pero á las tres semanas tuvo que volver á Comondú, porque los que habian sido castigados volvieron á su inquietud; mas con el destierro de tres de los mas culpables se restableció la tranquilidad, que en lo sucesivo ya no fué turbada.

Estos y otros ejemplos semejantes hicieron que el capitan gobernador de la península, á pesar de las órdenes del de Sinaloa, volviese á poner un soldado al lado de cada misionero.

§ XXXI.

NUEVA REBELION DE ALGUNAS TRIBUS DE PERICÚES. EL CASTIGO DE LOS CABECILLAS PONE FIN Á LOS DESÓRDENES DE AQUELLA NACION.

Poco tiempo después, cuatro tribus de la nacion pericú que moraban entre San José del Cabo y Santiago, volvieron á rebelarse, á pesar del nuevo presidio. La primera de sus hostilidades fué ejecutada en un pobre vaquero de la mision de San José. Dormia este tranquilo en su cabaña, cuando entraron derepente diez de los principales conjurados y le mataron inhumanamente dejándole caer una gruesa piedra sobre la cabeza. Después le dispararon flechas al pastor de las cabras del presidio; pero este salvó la vida huyendo, y dió aviso al misionero y á los soldados. Estos se atemorizaron mucho, y mas cuando notaron que en una noche se habian ausentado del pueblo de San José todos los indios de ambos sexos, huyendo al monte. Entonces se temió que la conjuracion fuese general; pero habiendo hecho averiguacion el misionero, supo que la causa de la repentina fuga de sus neófitos habia sido la voz que entre ellos esparcieron de intento los conjurados, de que los soldados del presidio se habian convenido en matarlos á todos en una noche, y ellos dando fácilmente crédito á esta voz, habian procurado poner en salvo sus vidas huyendo. El misionero se empeñó en desengañarlos, haciéndoles ver que los conjurados habian tratado de amedrentarlos con aquel falso rumor, para sacarlos al monte, y así inducirlos á la rebelion y causarles su ruina; les aseguró que los soldados no les harian ningun mal si permanecian fieles y tranquilos, y sobre todo, les suplicó que se fiasen de él, que los amaba como padre y en todo les buscaba su bien. Asegurados los indios de esta suerte, volvieron á San José no solo los habitantes de aquel pueblo, sino tambien todos los otros neófitos y catecúmenos pertenecientes á la mision, los cuales se refugiaron allí para ponerse bajo la proteccion de los soldados á cubierto de los insultos y tentativas de los rebeldes. Lo mismo sucedió en las otras dos misiones de Santiago y Santa Rosa, en donde por el mismo motivo se recogieron en las respectivas cabeceras todos los indios fieles; mas entre tanto los rebeldes quedaron dueños de los caminos y nadie podia pasar de una mision á otra sin riesgo de caer en sus manos.

El capitan del presidio del Cabo (porque en aquel tiempo aun no habia revocado el virey sus órdenes relativas á la independencia) pidió auxilio al de Loreto suplicándole particularmente que le enviase muchos indios fieles y bien armados para perseguir á los rebeldes en las barrancas y lugares escabrosos, porque para esto no podia valerse de los pericúes, los cuales en vez de perseguir á los rebeldes para cogerlos, les darian aviso para que se escapasen. El capitan de Loreto le mandó algunos soldados con un competente número de guaicuras, enemigos de los pericúes y reputados de valientes. Con sus soldados y estas tropas auxiliares comenzó á perseguir á los enemigos para sojuzgarlos; pero estos no hallándose capaces de hacerles frente, huian por todas partes, y cuando se veian acosados se ocultaban en los lugares mas escabrosos é inaccesibles. A pesar de esto murieron varios y se cogieron algunos prisioneros, entre los cuales cayeron once de los cabecillas de la rebelion y de los mas culpables; siete de ellos fueron desterrados de la península y los otros cuatro condenados á muerte, la que sufrieron después de haberse preparado como cristianos. Los restantes conjurados se presentaron espontáneamente sujetándose á la pena de azotes, á que fueron condenados, para evitar la de muerte que merecian y temian. De este modo terminaron los desórdenes de aquella inquieta nacion, y todos los que por temor á los rebeldes habian huido á las tres cabeceras de aquellas misiones, tornaron tranquilos á los lugares en que antes habitaban.



LIBRO CUARTO.

Nuevas órdenes del rey católico en favor de la California. Viajes al rio Colorado. Pretensiones extravagantes y desórdenes de los pericúes. Elogio de algunos hombres beneméritos de la California. Fundacion de las últimas cuatro misiones y supresion de otras. Estado de aquel cristianismo en 1767. Sistema de gobierno de las misiones y presidios. Expulsion de los misioneros jesuítas.

---

§ I.

FELIPE V CONSULTA AL CONSEJO. RESPUESTAS. CÉDULA DEL REY. EL PROVINCIAL LE INFORMA ACERCA DE LAS MISIONES DE SONORA Y CALIFORNIA. CÉDULA DE FERNANDO VI.

La California afligida por las revoluciones de los indóciles pericúes, fue en aquel tiempo consolada por el celo del magnánimo y religioso monarca Felipe V. No contento con haber mandado establecer el nuevo presidio para la defensa de las misiones meridionales de la península y con haber dispuesto en 1741 que se pagasen del

real erario todos los gastos hechos en la guerra contra los rebeldes, deseoso de ampliar cuanto le fuese posible el reino de Jesucristo mas bien que el suyo propio, consultó al supremo consejo de Indias acerca de los medios mas eficaces que pudieran emplearse para hacer estable la tranquilidad de la California y mayores y mas rápidos los progresos del cristianismo. El consejo, después de una madura deliberacion, respondió á su majestad: 1º Que siendo la sólida conversion de los californios á la fe de Jesucristo la base y fundamento de la felicidad de la península, debia continuarse por los misioneros jesuítas que la habian comenzado, *los cuales*, añadió, *han trabajado tan fructuosamente en aquellos pueblos y en otras muchas naciones de la América confiadas á su cuidado.* 2º Que en los puertos capaces y seguros se fuesen fundando poblaciones de españoles con fortificaciones y presidios de soldados y en el centro de la península se fundase otra en que pudiesen refugiarse los misioneros en caso de rebelion de los indios. Este proyecto habria sido muy útil si la esterilidad del país hubiera permitido ponerle en ejecucion y si las colonias se hubieran de componer de familias morigeradas, y no como suele hacerse de malhechores, bandidos ú holgazanes sacados de la hez del pueblo. 3º Que para activar los progresos del cristianismo convendria que al mismo tiempo que los jesuítas avanzaban sus misiones hácia el Norte, otros del mismo instituto entrasen en la península por la parte setentrional ó por el rio Colorado y tomando una direccion contraria llegasen á encontrarse con los primeros. Esto es lo que tanto deseaban los misioneros por las ventajas que de ello esperaban, y á este mismo fin dirigieron sus muchos trabajos los padres Salvatierra, Kino y Ugarte; mas para conseguirlo se necesitaba tiempo y paciencia, ni segun las reglas de la prudencia se podian plantar misiones en el rio Colorado sin haber sujetado antes á la ley cristiana las naciones que habitaban entre el rio y Sonora, en lo cual se ocupaban entonces los misioneros de esta última provincia. 4º Que tambien convendria para la mas pronta propagacion del cristianismo, que tanto en las misiones de la California como en las de Sonora confinantes con las naciones gentiles, se duplicasen los misioneros para que el uno cuidase de los neófitos y catecúmenos reunidos en la mision y el otro se emplease en buscar á los gentiles para atraerlos á la fe, y que tambien hubiese en ellas soldados á las órdenes de los misioneros para que los defendiesen y acompañasen siempre que fuese necesario. Esta medida de duplicar los misioneros se puso en práctica cuanto fué posible, tanto en Sonora como en la California; pero como las misiones encomendadas á los jesuítas de la provincia mejicana eran mas de cien, no era fácil tener un número tan crecido de misioneros ni proporcion para sustentarlos.

Estos y otros pareceres, dados al rey Felipe por aquellos sabios consejeros, dan á conocer que ellos estaban animados del mismo celo que el soberano, y que habian aplicado á aquel negocio toda la atencion posible. El rey en consecuencia expidió el 13 de neviembre de 1744 una larga cédula, dirigida al conde de Fuenclara, virey de Méjico, tan circunstanciada y estrecha, que parecia que su real ánimo no se ocupaba en otra cosa sino en la conversion de los californios. En ella después de exponer largamente y aprobar el dictámen del consejo con singulares alabanzas del celo y fatiga de los misioneros jesuítas, mandó que el virey se dedicase á ejecutarla con la mayor actividad. "En 1702, dice entre otras " cosas su majestad, ordené que los misioneros de " la California fuesen ayudados con todo lo que " cooperase á su alivio y á la consecucion de " su santo fin, y en 1703 mandé que tanto á los " misioneros que ya estaban en la California co- " mo á los que en adelante fuesen allá, se les su- " ministrase anualmente sin dilacion y en dinero " efectivo, el mismo estipendio ó limosna que " suele darse á los otros misioneros de su órden " para sus alimentos, lo cual hasta hoy no se ha " hecho, ni en aquellas misiones se ha gastado " nada á mis expensas; porque las quince que " hay al presente se mantienen sin el menor gas- " to de mi real erario, con crecidas limosnas de " personas particulares, conseguidas por el celo " y solicitud de los padres de la Compañía. Mas " supuesto que los medios propuestos por mi con- " sejo son tan pocos dispendiosos, y por otra par- " te tan útiles, convendria que se pusiesen por " obra, así como todos los que tengan por con- " venientes los jesuítas mas prácticos en la pro- " vincia, á quienes por conducto de su provin- " cial tengo pedidos informes que estoy esperan- " do."

Efectivamente, el año siguiente de 1745 el padre provincial Cristóbal de Escobar envió á su majestad un amplio y exacto informe acerca de las misiones de Sonora y de la California, en el cual después de hablar del clima, de la calidad del terreno, de la situacion y extension del país y del número y estado actual de las misiones, hacia ver la imposibilidad de formar poblaciones de españoles en los terrenos estériles de la California y sugeria los medios mas oportunos para el adelantamiento del cristianismo y para la proyectada continuacion de unas y otras misiones por el Norte. Con este fin proponia entre otros varios proyectos útiles el de establecer un presidio de cien hombres en las riberas del rio Gila para contener la osadía de los crueles apaches, cuyas frecuentes correrías en Sonora y Pimería, eran el mayor obstáculo á la propagacion del cristianismo en aquella parte. Hacia tambien presente á su majestad que los trescientos pesos asignados para la manutencion de cada misionero no eran bastantes á los que se hallaban en las remotísimas misiones de la Pimería, porque mas de la

mitad se gastaba en el trasporte de las cosas necesarias que se llevaban de Méjico por un camino de mas de quinientas y cincuenta leguas. Pudo tambien haber añadido que á pesar de las estrechas y repetidas órdenes de su majestad y de los monarcas sus predecesores, se gastaba una parte considerable de aquella limosna en los regalos que para conseguirla era preciso hacer á los que la pagaban.

Cuando este informe llegó á Madrid, habia muerto ya Felipe V; pero Fernando VI, su digno hijo y sucesor, expidió en 4 de diciembre de 1747 una cédula dirigida al virey de Méjico en la cual insertó la ya citada de su padre, y le mandó una copia del informe, para que examinándolo todo y conferenciando con personas sabias, ejecutase, sin esperar nueva órden, lo que hallase mas conveniente á la propagacion del cristianismo en aquellos países tan distantes de la corte. Le previno tambien que interpusiese su autoridad con el obispo de la Nueva Vizcaya para inclinarle á que aceptase la cesion que hacia el provincial de los jesuítas de veintidós misiones en las provincias de Topia y Tepehuana, á fin de emplear á los misioneros que estaban en ellas en la conversion de los gentiles del Norte, pues hallándose en estas dos provincias bien establecido y radicado el cristianismo, podian ser regidas por sacerdotes seculares como las otras parroquias antiguas de la diócesis.

§ II.

EFECTO DE LA CÉDULA. ÓRDEN DEL PROVINCIAL. VIAJES DE LOS PADRES CONSAG Y SEDELMAYER.

Pero aquellas cédulas solo sirvieron de hacer patentes la piedad y el celo de los monarcas, porque ninguna de las cosas que propuso el consejo y pidió el provincial tuvieron efecto, á excepcion de la cesion de las veintidós misiones. El provincial para no omitir por su parte ninguna diligencia que pudiese contribuir á la consecucion de tan deseado fin, mandó que el padre Fernando Consag, misionero hábil y de vida ejemplar, compañero del padre Sestiaga en la mision de San Ignacio, hiciese un nuevo viaje al rio Colorado, navegando tierra á tierra, para reconocer los puertos y playas de la costa oriental de la California, que nadie habia observado hasta entonces. Este viaje se hizo á expensas de las misiones, contribuyendo cada una con lo que pudo.

Se aprestaron cuatro barcos en el pequeño puerto de San Cárlos, situado mas allá de los 28°, y en ellos se embarcaron el 9 de junio de 1746 el padre Consag, algunos californios y un número suficiente de yaquis, que entre aquellos indios son los mas prácticos en la marinería. Nevegó tierra á tierra observando con suma diligencia las playas, puertos, islas y arrecifes. Como saltaban con frecuencia en tierra para reconocerla, en dos ó tres lugares quisieron los salvajes asaltarlos como enemigos, teniéndolos por pescadores de perla, por los cuales solian ser molestados; pero evitaron sus hostilidades, ya con buenas palabras, ya atemorizándolos, sin causarles ningun daño. Al acercarse á la extremidad del golfo, todos los que se mojaron con sus aguas cáusticas sintieron los efectos perniciosos que se habian ya experimentado en el viaje del padre Ugarte. Llegaron á la embocadura del rio el 14 de julio, y permanecieron allí hasta el 25; observaron las tres islas que hay en ella, é intentaron navegar rio arriba; pero no pudienron separar con los remos la rapidez de la corriente. Habiendo desembarcado algunos en aquellas islas, estuvieron á pique de ahogarse, porque repentinamente fueron sorprendidos por dos aguas contrarias, la una del rio crecido con las lluvias y la otra de una oleada del mar. Uno de los barcos se volteó después con la violencia de las olas y se perdió casi toda la carga, salvándose, aunque con trabajo, los que iban en él. Ademas de esto, comenzaba ya á sentirse el escorbuto, tan perjudicial en aquellos meses, y por tanto el padre Consag, cumplida la órden de su superior, se puso en camino para volver al puerto de San Cárlos, de donde habia salido, reconociendo los lugares de la costa que no habia podido observar á la ida. Habiendo regresado á su mision escribió un diario muy circunstanciado de su viaje y levantó una carta de la costa. Uno y otra se publicaron en el tomo tercero de la historia de la California impresa en Madrid.

El padre Santiago Sedelmayer, laborioso aleman y misionero de Tubutama en la Pimería, hizo por su parte á los rios Colorado y Gila en los años de 1744, 48 y 50, tres viajes que á mas de haberle dado ocasion de agregar á su mision cuatrocientos nuevos catecúmenos, sirvieron de dar á conocer mas el curso de los rios, el país circunvecino y las diversas naciones gentiles que le habitan.

§ III.

DESGRACIAS DE LAS MISIONES DEL MEDIODÍA Y RESOLUCION TOMADA POR ELLAS. PÉRDIDA DE CINCO HOMBRES BENEMÉRITOS DE LA CALIFORNIA. ELOGIO DE ESTOS. NUEVO GOBERNADOR DE LA PENÍNSULA.

Mientras aquellos celosos misioneros viajaban á fin de propagar el cristianismo hácia el Norte, las misiones del Mediodía se estaban despoblando á causa de las enfermedades enviadas por Dios, como puede creerse, en pena de las maldades de los pericúes. Diversas enfermedades epidémicas que sobrevinieron en 1742, 44 y 48, hicieron tanto estrago en aquella nacion, que apenas escapó la sexta parte de ella. Los trabajos de los misioneros en aquellos años calamitosos

no pueden explicarse suficientemente, pues se hallaban ocupados todo el dia y gran parte de la noche en llevar á los enfermos los auxilios espirituales y corporales.

Los uchitas, que eran una rama de la nacion guaicura, sufrieron en aquel tiempo una calamidad semejante, y aun mayor á proporcion de la que experimentaron los pericúes, porque habiendo tomado las armas contra otros cristianos y hallándose obstinados en sus empresas hostiles, el teniente gobernador del presidio de San José les declaró la guerra como á enemigos y les hizo muchos muertos; otros murieron después en las enfermedades epidémicas, y así se fué disminuyendo su número, de modo que en 1767 no habia quedado vivo mas de un solo individuo.

Habiéndose, pues, disminuido tanto el número de neófitos en las misiones meridionales, fué preciso disminuir tambien el número de estas. Con este fin se dispuso que los pericúes que habian quedado en la de Santa Rosa y los pocos de la de San José que sobrevivieron á las calamidades repetidas de su nacion, se agregasen á la mision de Santiago, y que el lugar de la Paz, cuyo campo era falto de agua, se abandonase, y que las tribus de guaicuras que le habitaban se pasasen juntamente con su misionero al de Santa Rosa, ya despoblado. Mas como su lugar principal se llamaba Todos Santos, tomó este nombre la mision. Esta disposicion fué útil á los neófitos, porque pasaron á un sitio mejor que el que habitaban, y lo fué tambien al resto de la California, porque con la supresion de aquellas dos misiones innecesarias se ahorraban dos misioneros que podian ocuparse con mas fruto en las del Norte.

La California padeció mucho en aquel tiempo, no solo con la guerra de los uchitas y con las enfermedades epidémicas que despoblaron los países meridionales, sino tambien con la pérdida de cinco hombres de importancia y muy beneméritos de la península, á saber: el padre Bravo en 1744, el padre Tempis y el capitan gobernador en 1746, el padre Sestiaga en 1747 y el padre Guillen en 1748, todos dignos de nuestra memoria y de nuestros encomios.

El padre Santiago Bravo, aragonés, llegó á la California en 1705 en compañía del padre Salvatierra, y permaneció allí treinta y nueve años trabajando de misionero y de procurador con mucha ventaja de las misiones, y llevando una vida no menos laboriosa que ejemplar. Plantó y gobernó ocho años la desprovista mision de la Paz, y fabricó en Loreto una iglesia grande, la casa del misionero procurador y un buen buque que sirvió veinticinco años á la colonia. Murió en 13 de mayo de 1744 en la mision de San Javier, á donde habia ido esperando aliviarse con aquel temperamento; pero su cadáver fué llevado á Loreto y sepultado en la iglesia que él mismo fabricó.

El padre Antonio Tempis, natural de Bohemia, pasó á Méjico en 1736, y en el mismo año fué enviado á la California y destinado á restablecer la mision de Santiago, destruida en la rebelion de los pericúes. Estos, arrebatados del odio al cristianismo, habian arruinado la iglesia y las casas y talado los campos, y aunque se rindieron, mas bien obligados de la fuerza de las armas que llevados del deseo de la vida cristiana, sin embargo, el padre Tempis, con su grande caridad, con su incomparable dulzura y con los singulares y constantes ejemplos de su vida, los aficionó tanto á la doctrina de Jesucristo y los redujo tanto á las buenas costumbres y á las ocupaciones de la vida social, que en tres ó cuatro años se puso aquella mision en un estado mejor que el que tuvo antes de perderse, así en lo espiritual como en lo temporal. Conociendo él que para mejorar un pueblo no hay cosa mas importante que la buena educacion, puso un cuidado particular en los niños, á quienes tenia siempre cerca de sí y á su vista, los instruia con frecuencia, los corregia como padre, y los ejercitaba en algunas labores proporcionadas á su edad y á sus fuerzas, para irlos acostumbrando al trabajo. El celo por la gloria de su Criador le obligaba á hacer los esfuerzos posibles para impedir toda clase de pecados; pero este celo estaba tan templado por la prudencia y mansedumbre, que ninguno tenia motivo para quejarse de él. Aunque era tan empeñoso en buscar el bien de los otros y tan compasivo para con todos, mostraba particular empeño y ternura con los enfermos, alimentando, curando, consolando y auxiliando con todos los socorros necesarios á la salud del alma y del cuerpo á cada uno, con tal dedicacion como si él fuera el único neófito encomendado á su cuidado pastoral. Esta grande caridad se explicó mas en las epidemias que tanto afligieron á las misiones meridionales, en cuya época trabajó con exceso. A veces, hallándose tambien enfermo y tan débil que no podia tenerse en pié, se hacia llevar por sus neófitos á lugares no pocas leguas distantes de Santiago á socorrer á los enfermos: á veces iba por su pié, casi arrastrándose, á socorrer á otros no muy distantes. Los sentimientos de su heróica paciencia en las tribulaciones fueron reducidos por él á esta lacónica expresion, que tenia siempre en la boca: *Todos los trabajos por el amor de Dios.* Expresion que se hizo familiar á los soldados que le acompañaban y á sus neófitos, los cuales se valian de ella útilmente en cualquiera adversidad, aunque ligera. Los luminosos ejemplos de su vida le conciliaron la reputacion de santo entre lo que eran testigos de ellos, los cuales referian tambien algunas cosas extraordinarias que el vulgo tuvo por milagrosas; mas nosotros como no las creemos del todo superiores á las fuerzas de la naturaleza, no dudamos que serian gracias particulares del cielo alcanzadas por los méritos de este fiel siervo de Dios. Final-

mente, después de diez años de tareas verdaderamente apostólicas, murió santamente el padre Tempis en su mision de Santiago, y á los tres años, en 1749, se imprimió en Méjico una breve relacion de su inocente vida.

El padre Sebastian de Sestiaga, uno de los mas laboriosos y famosos misioneros de la California, nació en Teposcolula, lugar considerable de la Mixteca en la Nueva España, en 1684. En la Compañía, en donde entró aun jóven, se concilió la estimacion, no solo por su virtud, sino por su bello ingenio. Siendo en 1718 catedrático de bellas letras en Méjico, fué destinado por los superiores á la California del modo que ya hemos dicho. En los veintinueve años que rigió sucesivamente las misiones de Mulegé y de San Ignacio, convirtió un número muy considerable de bárbaros, y propagó de un mar al otro la doctrina de Jesucristo con indecibles trabajos. Como los bárbaros que acudian á las misiones á ser instruidos en la fe eran, segun el uso antiguo de la California, sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que duraba su instruccion, el padre Sestiaga, siempre que le faltaban víveres para alimentar á los catecúmenos, tomaba un saquillo de maíz y carne seca para alimentarse, y salia á buscar á los salvajes en sus propias habitaciones, distantes tal vez doce ó mas leguas de la mision, y allí permanecia mas ó menos tiempo segun era necesario, predicando, catequizando, bautizando, confesando y sufriendo en cuanto al cuerpo una vida semejante á la de los salvajes, sin casa y sin cama, expuesto de dia y de noche á la intemperie y privado de todas las comodidades de la vida. Con este modo de vivir se acostumbró á dormir siempre vestido, y así estaba mas pronto para levantarse, como lo hacia todos los dias, dos horas antes de amanecer, á ocuparse en el ejercicio de la oracion y prepararse para la santa misa. A veces haciendo alguna correría apostólica por los bosques en compañía de algunos de sus neófitos, trasportado de celo y con el rostro inflamado, prorumpia en estos clamores: *Venid todos, venid á la fe de Jesucristo. ¡Oh! ¡Quién pudiera haceros á todos cristianos y llevaros al cielo!* Su corazon estaba tan desprendido de las cosas terrenas, que habiendo arrojado en una borrasca las olas del mar muchas madreperlas en la playa de la mision y siéndole estas presentadas por los indios, las mandó volver al mar sin querer ni aun abrirlas. Su suma delicadeza de conciencia le ocasionó tal tempestad de escrúpulos, que quedando por ellos casi inútil para las funciones de misionero, fué, á su pesar, obligado á dejar las misiones. Los superiores le enviaron á Méjico y después á Puebla, en donde yo tuve la fortuna de tratarle en los últimos años de su vida y de hallarme presente en su dichosa muerte, acaecida en 22 de junio de 1756.

El padre Clemente Guillen era natural de Zacatecas, ciudad de la Nueva España. Después de haber sido catedrático de filosofía en Méjico, fué enviado por los superiores á las misiones de la California, á donde llegó el año de 1714, después de haber naufragado y sufrido otros gravísimos contratiempos, y adonde permaneció treinta y cuatro años trabajando gloriosamente hasta su muerte. Plantó la mision de la Vírgen de los Dolores en el país de los guaicuras, el mas estéril de la península, y en los veinticinco años que la gobernó con mucha fatiga, convirtió la mayor parte de aquellos feroces bárbaros. En 1746, el superior de las misiones viéndole muy débil por los años, los trabajos y las enfermedades, le exoneró del cargo de misionero y le envió á descansar á Loreto; mas aun allí continuó trabajando cuanto le fué posible, y dió un raro ejemplo de celo, porque habiendo llegado á la mision de tierra muy remota una india anciana cuya lengua no entendian los misioneros, él á la edad de setenta años se puso á aprenderla con el solo fin de doctrinar aquella mujer, y en este heróico ejercicio de caridad le sobrevino la muerte en 1748.

Don Estévan Rodriguez Lorenzo, de quien tantas veces se ha hablado en esta historia, era natural del Algarve, país de la corona de Portugal, de donde siendo aun jóven, pasó á Sevilla y de allí á Méjico, donde fué algunos años mayordomo de una hacienda perteneciente al colegio de jesuítas de Tepozotlan. En 1697, cuando el padre Salvatierra, rector antiguo de aquel colegio, emprendió su primer viaje á la California, Rodriguez se comprometió á acompañarle y fué admitido en calidad de soldado después de haberle hecho entender las incomodidades y riesgos anexos á aquella empresa. En 1701 fué creado capitan y gobernador por los votos de sus compañeros, á cuya eleccion dejó este nombramiento el padre Salvatierra. Ejerció este empleo con grandes aplausos por mas de cuarenta años, conciliándose con su buena conducta la estimacion de los misioneros y el respeto de los soldados y de los indios. Tenia grande valor, constancia superior á las mayores dificultades, prudencia rara, suma integridad en la administracion de justicia, y sobre todo, buenas costumbres, piedad ejemplar y mucho celo por la gloria de Dios. Diariamente oia misa y asistia á todos los otros ejercicios de piedad que se practicaban en la iglesia de Loreto. A él se confesaron en gran parte deudores los misioneros de los progresos del cristianismo en la California. Siempre que se plantaba alguna nueva mision, iba con algunos soldados en compañía del misionero al lugar designado y permanecia con él por algun tiempo, no solo para defenderle de cualquiera tentativa de los bárbaros contra su persona, sino tambien para ayudarle en abrir el camino, preparar el terreno labrantío y construir los rústicos edificios que al principio servian de iglesia y de habitacion. Él era el primero en todos aquellos trabajos, obligando á ha-

cer lo mismo con su ejemplo á los soldados y á los indios, con cuyo arbitrio se terminaban muy pronto las obras que de otra suerte habrian necesitado mucho tiempo. Varias veces dió pruebas de que el atractivo de las riquezas no era capaz de torcer su virtud ó inducirle á cometer una accion que le pareciese ilícita ó indecorosa. Hallándose una vez en la isla de San José, le ofrecian los indios una gran cantidad de perlas por la espada que llevaba en la cinta; pero él no quiso absolutamente entrar en aquel contrato, aunque sumamente ventajoso, juzgando cosa indigna de un militar despojarse de sus armas por cualquier interés que fuese. En 1744, habiendo cegado, quedando por tanto inútil para el servicio, el superior de las misiones consiguió del virey que sus empleos recayesen en su hijo don Bernardo Rodriguez de Larrea; pero no pudo conseguir que aquel digno militar octogenario y ciego que habia servido al rey cuarenta y siete años con tanta fidelidad, se le asignase para pasar el resto de su vida ni aun la miserable pension que se da á un soldado inválido. Bien que él no la necesitaba, porque estaba seguro de tener en abundancia todo lo necesario de la piedad de su buen hijo y de la caridad y gratitud de los misioneros. Murió, finalmente, como buen cristiano, en 1º de noviembre de 1746.

Don Bernardo Rodriguez heredó las virtudes cristianas y militares, pero no la robustez de su padre. Algunas enfermedades que padecia se le agravaron de tal modo en los seis años que gobernó la California, que murió en 1750. Le sucedió don Fernando Javier de Rivera y Moncada, que habia servido con aprecio en aquella península, y que después en sus nuevos empleos se portó como digno sucesor de aquel célebre portugués.

§ IV.

VIAJES APOSTÓLICOS DEL PADRE CONSAG. MISION DE SANTA GERTRUDIS, Y SU MISIONERO EL PADRE RETZ.

Ya hacia tiempo que se deseaba la fundacion de nuevas misiones por el Norte; pero este deseo se habia frustrado parte por las revoluciones de los pericúes, y parte por la escasez de misioneros. Mientras estos se esperaban de Méjico, los padres Sestiaga y Consag habian hecho de su mision de San Ignacio varias salidas, tanto á disponer á los salvajes á recibir el Evangelio, como á buscar lugares á propósito para plantear nuevas misiones. Después del año de 1747, en que el padre Sestiaga se retiró de la California, continuó el padre Consag por su parte aquella laboriosa empresa con tal dedicacion, que en 1751 ya habia convertido, catequizado y bautizado quinientos cuarenta y ocho indios de los que debian pertenecer á la nueva mision proyectada; pero no pudo hallar lugar á propósito para establecerla, á excepcion de uno distante de San Ignacio mas de veintisiete leguas hácia el Norte, el cual tenia una sola fuente de agua tan escasa, que no alcanzaba para regar el terreno que allí habia capaz de cultivo. Mas no habiendo podido hallarse otro mejor y siendo necesaria la mision, se determinó plantarla en este.

El piadoso marqués de Villapuente al hacer donacion del capital para que se fundase la mision de San José del Cabo, habia declarado que siempre que esta no se juzgase muy necesaria, era su voluntad que el capital se emplease en la fundacion de otra dedicada á Santa Gertrudis en el país de los cochimíes. Habia llegado el caso previsto por aquel ilustre fundador, pues por haberse disminuido tanto los pericúes, se habia quitado de San José la mision que hubo allí hasta el año de 1730, y su pueblo se habia agregado á la de Santiago, aunque distante doce leguas.

Pero antes de establecer la nueva, quiso el padre Consag hacer otra salida mayor que las anteriores, internándose cuanto le fuese posible hácia el Norte en busca de lugares donde plantar misiones. Con este fin salió de San Ignacio en mayo de 1751 en compañía del nuevo capitan don Fernando de Rivera, llevando un competente número de soldados, cien neófitos, y muchas bestias cargadas de víveres y agua. La razon de llevar una comitiva tan numerosa fué el evitar los desastres que de otra suerte habrian acaecido, porque siendo pocos y teniendo que caminar por países desconocidos y entre bárbaros que no tenian ninguna noticia del cristianismo, habrian sido infaliblemente atacados y se habrian ocasionado desgracias de una y otra parte; al contrario, siendo crecido su número, ninguno se habia de atrever á hostilizarlos. Por otra parte, en aquellos países montuosos y sin caminos eran necesarios muchos brazos para abrirlos y proporcionarlos á las caballerías. El padre Consag tomó por aquella parte de los montes que mira al mar Pacífico, porque se habia observado que de aquel lado eran menos raras las fuentes en todos los terrenos de la península hasta entonces conocidos; mas habiendo girado dos meses é internádose hasta los 30° y mas, no pudo hallar ningun lugar con agua suficiente para una mision. Al acercarse á los 30° en un sendero por donde iban á pasar vieron un ramo de pitahayo atravesado con flechas, signo con que los amenazaban los bárbaros de tratar de aquella manera á quien se atreviese á pasar adelante; pero nuestros viajeros pasaron sin hacer aprecio de aquellas amenazas y los bárbaros no se atrevieron á hostilizarlos, antes bien los recibieron como amigos, y admirados al ver los caballos, suplicaron al capitan que los mandase á pacer cerca del lugar donde vivian sus parientes,

para que tambien ellos pudiesen verlos. El capitan les dió gusto, y ellos no se cansaban de contemplar aquellos grandes y hermosos animales, tan dóciles al imperio del hombre. Este desgraciado y dispendioso viaje no fué inútil, porque aunque no se consiguió lo que se pretendia, sirvió de amansar á los salvajes, de aficionarlos al cristianismo y de abrir con el bautismo las puertas del cielo á los párvulos que estaban peligrosamente enfermos y que de facto murieron.

Habiendo vuelto el padre Consag á San Ignacio, envió al lugar destinado á la nueva mision algunos de sus neófitos acostumbrados ya al trabajo, con el fin de que fabricasen la iglesia y las casas necesarias, bajo la direccion de un célebre indio ciego llamado Andrés Comanají, conocido tambien con el apellido de Sestiaga, tomado de su maestro y padre en Cristo Sebastian de Sestiaga. Este indio fué al principio catequista en la mision de Mulegé y después ejerció el mismo empleo con mucho aprecio en las de San Ignacio y Santa Gertrudis hasta la expulsion de los jesuítas. Su virtud ejemplar, el celo que manifestaba por la conversion de sus paisanos, la gracia particular que tenia para explicarles y hacerles entender los misterios de nuestra religion, la constancia en instruirlos, la paciencia inalterable con que sufria la inquietud de los niños y la rudeza de los catecúmenos que enseñaba, hicieron famoso el nombre de Andrés y le captaron el aprecio de los misioneros y soldados y el respeto y la veneracion de los indios. Frecuentemente fortificaba su alma inocente con los santos Sacramentos, y todo el tiempo que no empleaba en el catequismo ó en las necesidades de la vida, se estaba en la iglesia orando con mucha devocion.

No debe admirarse que un ciego fuese arquitecto y director de aquellas fábricas, porque eran tan toscas, que no necesitaban de reglas de arquitectura, y la habilidad de Andrés era tal que suplia con el tacto la falta de vista. La armazon de aquellos rústicos edificios era de madera, y las paredes de lodo y piedras pequeñas; el techo era tambien de madera y de varas ó cañas cubierto de juncos. Se plantaban cuatro horcones en los cuatro ángulos de cada estancia, y á ellos se ataban fuertemente con correas de cuero, tanto los palos que servian de paredes como las varas ó cañas del techo, y así en estas fábricas no se necesitaba plomada, ni martillo, ni clavos, ni cal. Estos eran los mejores edificios que se construian por primera vez en las misiones, pues por lo comun no eran mas que cabañas ó meras enramadas. Cuando las misiones con el tiempo adquirieron estabilidad, los neófitos comenzaban á sacudir la pereza de la vida salvaje y se conseguian mejores materiales para fabricar, se construian buenas iglesias y casas mas cómodas.

Concluidas las fábricas de Santa Gertrudis, pasó á establecer la mision en el estío de 1752 el padre Jorge Retz, aleman, que desde el año anterior habia estado en la mision de San Ignacio aprendiendo la lengua cochimí. Cada uno de los misioneros, segun el uso constante de aquella península, contribuyó con lo que pudo para el nuevo establecimiento, dando algunas cabras, ovejas, vacas, caballos, mulas, ó alguna cantidad de víveres. Con este auxilio que recíprocamente se daban los misioneros, se evitaban muchas necesidades y se activaban los progresos de las misiones. El padre Retz comenzó la suya con seiscientos neófitos catequizados y bautizados por el padre Consag; pero como estos daban noticia á los gentiles sus vecinos de la nueva ley, de la necesidad del bautismo para salvarse y del buen trato que les daban los misioneros, comenzaban aquellos á venir en tropas de treinta, de cuarenta ó de setenta personas pidiendo el bautismo, y así en pocos años tuvo el padre Retz á su cuidado hasta mil y cuatrocientos neófitos, ayudado por el catequista Andrés Comanají. Cuando alguno de los catecúmenos era bautizado, le daba el misionero, segun la costumbre desde mucho tiempo antes introducida en aquella península, una crucecita que debia siempre llevar pendiente del cuello para que le sirviese de insignia de su fe y le excitase siempre la memoria de la redencion.

Para que aquella mision se consolidase y prosperase no faltaba sino la agricultura; pero todo aquel terreno era muy pedregoso y falto de agua. Sin embargo, apenas habian pasado dos meses después de su establecimiento, cuando en un lugar no muy distante de ella se encontró un manantial pequeño, y á casi una milla de él un corto giron de tierra capaz de cultivo, al cual se condujo el agua por un angosto canal abierto en la piedra viva. Cerca de este se formó otro pequeño campo con tierra llevada de otra parte y extendida sobre las piedras como solia hacerse en la península, usando de toda la economía posible para no perder nada de aquella poca agua. Se plantaron tambien algunos árboles frutales y una viña, que á su tiempo dió buen vino. A pocos años los campos cultivados daban ya todo el trigo y maíz que la mision necesitaba; pero era necesario para esto sembrar sucesivamente en la misma tierra las dos semillas. La tapa del trigo se hacia en octubre y la cosecha en mayo; después de esta seguia luego el abono de la tierra y los nuevos barbechos para sembrar en junio el maíz, cuya cosecha se levantaba en fines de setiembre, volviéndose á labrar el mismo terreno para tapar el trigo en el mes siguiente. Tambien era singular el modo de guardar el vino: no siendo conocidas allí las pipas ni pudiendo tener el padre Retz aquellas tinajas de barro de que se hacia uso en otras misiones, determinó que para esto se labrasen algunas de aquellas piedras muy grandes que abundan en el país, ahuecándolas á manera de sepulcros, y cubriéndolas con tablas

empegadas. En semejantes vasijas se echaba y se conservaba bien el vino.

El buen éxito de esta mision reavivó el ardiente celo del padre Consag. Este en el viaje que hizo al rio Colorado en 1746, no habia podido hallar en toda la costa oriental de la península ningun lugar á propósito para plantar una mision, ni tampoco en el viaje de 1751 pudo hallarle en aquella parte de las montañas que mira al mar Pacífico. No faltaba, pues, sino buscarle en la parte de las mismas montañas que miran al golfo. Con este fin emprendió el mismo misionero en la primavera de 1753 un tercer viaje no menos laborioso é infructuoso que el segundo. Se internó hasta los 31° sin hallar mas que grandes pedregales que maltrataron mucho las bestias.

§ V.

SE VENCEN LAS DIFICULTADES QUE IMPEDIAN EL AVANCE DE LAS MISIONES HÁCIA EL NORTE. MUERTE Y ELOGIO DEL PADRE CONSAG.

Para que las misiones avanzasen hácia el Norte como lo deseaban los misioneros, se necesitaban capitales con que fundarlas y lugares donde plantarlas, y no habiendo esperanza ni de lo uno ni de lo otro, movió Dios el ánimo de una insigne y nobilísima bienhechora. Esta fué la duquesa de Gandia doña María de Borja, la cual por un criado suyo que habia sido soldado de la California, supo la esterilidad de aquel suelo, la miseria de los indios y los trabajos y tareas apostólicas de los misioneros. Y pareciéndole que no podia hacer cosa mas agradable á Dios que emplear sus riquezas en el fomento de aquellas misiones, dispuso en su testamento que sacando de sus bienes libres las gruesas pensiones que de por vida dejaba á sus domésticos, todo el resto se aplicase á los misioneros de la California, juntamente con los capitales de las pensiones después de la muerte de los legatarios, y que se fundase en la península una mision en honor de su esclarecido antepasado san Francisco de Borja. La suma adquirida por este testamento en favor de las misiones ascendia en 1767 á sesenta mil pesos, y debia recibirse casi otro tanto cuando muriesen los domésticos pensionados y se cobrasen unas deudas considerables. Con tan crecido capital se podian fundar muchas misiones en la California, como en efecto se hubieran fundado si los jesuítas no se hubieran visto obligados el año citado á abandonar la península.

Faltaba vencer el otro obstáculo relativo al lugar para fundar la proyectada mision; pero quiso el Señor que se hubiera allanado en 1758, porque el padre Retz habiendo sabido por algunos de sus neófitos que en un sitio llamado *Adac*, distante de Santa Gertrudis casi tres jornadas hácia el Norte, habia un manantial copioso, mandó algunas personas de confianza que le viesen y observasen el terreno. Le hallaron efectivamente en la falda de una colina poco distante del puerto de los Angeles en la costa oriental; observaron que el agua brotaba caliente y con un hedor sulfúrico; que enfriándose perdia del todo el hedor y quedaba potable, y que aunque no era tan abundante como aseguraban los indios, era suficiente para regar el terreno labrantío que allí habia.

El padre Consag se habia acercado mucho al manantial de Adac en su último viaje; pero ni le vió ni tuvo noticia de él. Casualmente era superior de la California cuando se descubrió este lugar, y deseaba mucho plantar aquella mision por la cual habia trabajado tanto; pero no lo consiguió porque murió en setiembre de 1759 á la edad de 56 años. Era nativo de Austria, en donde entró en la Compañía de Jesús. Pasando después á Méjico, fué enviado por los superiores á la California en 1732. En los primeros cinco años de su residencia allí rigió varias misiones en que faltaban los misioneros, y en los veintidós restantes estuvo en la de San Ignacio, primero en compañía del padre Sestiaga, y después solo, cuidando no solamente de aquel numeroso cristianismo, sino tambien de los gentiles que debian pertenecer á la mision de Santa Gertrudis, de los cuales convirtió, catequizó y bautizó seiscientos. No es fácil numerar las leguas que anduvo este hombre infatigable en sus continuas salidas á los terrenos de su mision, en sus viajes á los países gentiles y al rio Colorado, y en la visita que como superior hizo á todas las misiones de la península, y lo que es mas de admirar, estando casi siempre enfermo. Cuando en sus viajes hacia alto para que descansasen sus compañeros y las bestias, él se ponia de rodillas á orar, posponiendo el reposo del cuerpo al del alma. En suma, con sus ejemplares virtudes y sus tareas apostólicas mereció que el nombre Consag se colocase entre los de los hombres ilustres de la California.

§ VI.

FALTA DE BASTIMENTOS Y CONSTRUCCION DE OTROS NUEVOS. MUERTE Y ELOGIO DEL HERMANO MUGAZABAL.

Hacia mucho tiempo que la península necesitaba bastimentos para el trasporte de las cosas necesarias al presidio y á las misiones. La balandra Lauretana, mandada fabricar por el padre Bravo, se hallaba en tan mal estado por los continuos viajes de tantos años, que se temia que dentro de poco se inutilizase. El barco San José, comprado por cuenta del real erario, además de ser muy pequeño, era su madera tan mala que necesitaba carena con mucha frecuencia. Por estos motivos el virey, en virtud de las representaciones del padre Juan Armesto, antes

misionero de la California y entonces procurador en Méjico de las misiones, habia mandado que se construyese un bastimento en Realejo, puerto de Nicaragua. Este costó al rey mas de diez y nueve mil pesos, á mas de los gastos de su conduccion hasta Acapulco. De aquí se dirigió para la California á expensas de las misiones; pero antes de llegar fué destrozado por una borrasca en las rocas de *Purúm*, cerca del cabo de San Lúcas. La tripulacion, que se salvó en la tierra próxima, fué conducida á la mision de Santiago y sustentada dos meses por el padre misionero Francisco de Escalante. Y así este buque en vez de ser útil acarreó daño á las misiones.

Informado el virey de esta desgracia, permitió que en la misma California se construyese otro bastimento por cuenta del real erario. Con este fin el padre Lúcas Ventura, procurador de las misiones en Loreto, hizo llevar de Matanchel una cantidad considerable de madera de cedro, y para los leños curvos que se necesitaban en la construccion, hizo cortar en Londó algunos mezquites ó acacias, cuya madera es durísima y á propósito para tales obras. El fabricante fué un indio de las islas Filipinas llamado Gaspar de Molina, el cual, aunque en los años que habia estado parte en California y parte en Sinaloa, no habia dado ninguna prueba de su habilidad en este arte, construyó un bastimento grande, fuerte, bien proporcionado, veloz y velero; en suma, tal como le podia haber hecho el mas excelente maestro. Costó mas de diez y ocho mil pesos; pero el procurador no quiso poner en cuenta al erario mas de diez mil, en consideracion á los gastos que de él se habian hecho en el bastimento perdido poco antes. Alentado el padre Ventura con el buen éxito de esta empresa, quiso que el mismo indio Molina fabricase á expensas de las misiones otro bastimento algo menor que el primero, pero igualmente perfecto, y le construyó de facto tal cual le queria. Estos dos buques, los mejores que habia habido en la California, fueran entregados al comisionado real cuando los jesuítas salieron de la península.

En el mismo año de 1759 en que se perdió el buque construido en Realejo, perdió tambien la mision de los Dolores un barco que le servia para el trasporte de las cosas necesarias, pues á causa de la suma esterilidad de aquella tierra, necesitaba que todos los víveres le fuesen de otra parte. Habiéndose suscitado en un viaje cierta cuestion entre dos indios remeros, el patron del barco, que era un indio de Sinaloa, de muy buenas costumbres, procuró apaciguarlos; pero recibió la muerte en premio de su caridad, porque uno de los contendientes indignado contra él, le mató de una pedrada en la cabeza, y para evitar el castigo merecido, acordó con los otros nueve ó diez compañeros suyos, todos guaicuras, esparcir la voz de que en medio de una borrasca habria fracasado el barco en un escollo y que el patron se habia ahogado porque no sabia nadar tan bien como ellos. Para hacerlo creer, destrozaron de propósito el barco, y esparcieron los fragmentos, la vela, el cordaje y la carga; pero cuando esta noticia llegó á Loreto, sospechando el capitan gobernador lo que realmente habia sucedido, pasó á la mision de los Dolores, y allí hizo tales investigaciones, que llegó á descubrir la verdad, confesándola llanamente todos los indios, por cuyo motivo condenó al homicida á muerte y castigó á los otros con penas menores. El padre Lamberto Hostell, que gobernaba aquella mision, no quiso desde entonces tener barco, privándose de aquella comodidad por no exponer á sus neófitos á semejantes desgracias, y haciendo que se le llevase por tierra todo lo necesario, aunque de lugares muy distantes y por malos caminos.

Mas sensible que esta pérdida fué la que en 1761 sufrió la California en la muerte del hermano Juan Baustista Mugazabal, que le habia sido muy útil, tanto con sus servicios personales como con los ejemplos de su santa vida en los cincuenta y siete años que allí vivió. Era nativo de la provincia de Alava en España, de la cual en 1704 pasó á la California, en donde fué primero soldado, y después alférez hasta 1720, observando siempre una conducta irreprensible. En este año entró de cuadjutor en la Compañía de Jesús, y habiendo aprendido la ciencia de los santos en la escuela de aquel gran maestro el padre Juan de Ugarte, llegó á ser un religioso perfecto. Estuvo encargado casi cuarenta años del almacen de las misiones y del presidio establecido en Loreto, de las pagas de los soldados y marineros, de los buques, de la compra de provisiones necesarias y de su conduccion á todas las misiones. Además de esto, hacia tambien de sacristan de Loreto, y algunas veces de catequista, portándose en tales ocupaciones, así como en todos los ejercicios de la vida religiosa, diligente, humilde, modesto y devoto. Su constancia en la oracion por tantos años llegó á gastar los ladrillos del pavimento de la iglesia en que acostumbraba hincarse; pero ni esta continua aplicacion de su mente á las cosas del cielo, ni su laborioso empleo de agente de las cosas de las misiones y presidios, ni las diciplinas, cilicios y ayunos con que atormentaba frecuentemente su cuerpo, ni la insalubridad de aquel clima, impidieron que pasase de los ochenta años, sirviendo fielmente al Señor hasta el último suspiro y dejando después de su muerte el buen olor de sus virtudes.

§ VII.

MISION DE SAN FRANCISCO DE BORJA, Y SU MISIONERO EL PADRE LINK.

Entre tanto no se echó en olvido la proyectada mision de San Francisco de Borja. El padre José Rotea, que llegó á la California en 1759,

estaba destinado á plantarla; pero como en el mismo año vacó la de San Ignacio por la muerte del padre Consag, fué empleado en ella, pues no debian abandonarse las misiones ya fundadas por establecer otras nuevas. Sin embargo, el padre Retz, después de haber reducido al cristianismo á casi todos los gentiles del vasto territorio de su mision, se dedicó tambien á reducir á muchas tribus de las que debian pertenecer á la nueva. Hizo tambien abrir el camino de comunicacion entre las dos, y fabricar en *Adac* los edificios necesarios, á saber: la iglesia, la casa del misionero y soldados, un almacen y un hospital Tambien labró el pequeño terreno que allí habia capaz de cultivo, y sembró maíz.

Todo esto se hizo antes que se encargase de la mision el padre Wenceslao Link, natural de Bohemia, destinado á gobernarla. Este llegó á la California en 1762, se estuvo algunos meses en Santa Gertrudis aprendiendo la lengua cochimí, y en el estío del mismo año se trasladó á *Adac* en compañía de algunos soldados. Dió principio á su mision con trescientos neófitos, convertidos, catequizados y bautizados por el padre Retz, y después comenzaron á acudir á ella, con el fin de hacerse cristianos, muchos gentiles de las tierras cercanas; pero en una mision nueva y situada en país estéril no era posible mantener tantos catecúmenos á mas de los soldados y de los empleados en el servicio de ella. Es verdad que el territorio de *Adac* abunda en liebres, conejos y otras especies de caza; pero en cuanto á vegetales, no tenia mas que pitahayas, mezcal, palmas de dátiles insípidos, y una gran cantidad de aquellos árboles tan extravagantes como inútiles llamados *milapá*, de que hablamos en el libro 1º Faltaban tambien madera y leña, y no se encontraban pastos; y así de las ovejas y cabras que se llevaron al principio, murieron luego algunas, y las restantes se enflaquecieron tanto, que fué necesario sacarlas de aquella tierra para que no pereciesen.

No teniendo pues aquella mision arbitrio para subsistir, fué necesario que las otras la socorriesen, segun en tales casos se acostumbraba; pero la mas cercana, que era la de Santa Gertrudis, dista treinta leguas y casi nada tenia que poder darle. La de Guadalupe, distante casi ochenta leguas, le enviaba carne seca; y así de Loreto, distante mas de cien leguas, recibia las otras provisiones y todo lo necesario para el culto divino, para el vestido del misionero, de los soldados y neófitos, para la agricultura y las otras artes de primera necesidad. Estas cosas iban por mar hasta el puerto de los Angeles, distante ocho leguas de Adac, en un barco que habia dado á la mision el procurador de Loreto á fin de que sirviese en estos trasportes; mas como estos viajes eran peligrosos, por las frecuentes borrascas y las impetuosas y contrarias corrientes de las islas de Salsipuedes y los californios no eran prácticos en la navegacion, se encomendó el gobierno del barco á un buen indio de Sinaloa, llamado Buenaventura Ahome, el cual todo el tiempo que no estaba en viaje, servia con mucha diligencia y fidelidad á la misma mision en otros ministerios. El padre Link escogió entre los neófitos algunos jóvenes vivos para que navegando en compañía del de Sinaloa, aprendiesen la marinería, así como hizo que otros aprendiesen la agricultura bajo la direccion de un soldado que la entendia. En el primer año recogió una corta cosecha del poco maíz que á su tiempo habia sembrado el padre Retz; pero habiendo descubierto y cultivado otro pequeño giron de terreno labrantío y valiéndose de la industria de sembrar cada año trigo y maíz sucesivamente en un mismo campo, como se hacia en Santa Gertrudis, cosechó una cantidad mucho mayor, aunque no cuanta necesitaba para el consumo de la mision. Habia plantado por sí mismo una huertecilla, en que habian nacido varias plantas de las semillas qua habia llevado de Méjico, y esperaba á que estuviesen algo mas crecidas para trasplantarlas; pero las perdió todas por el aturdimiento de los indios, porque debiendo llevar el sagrado viático á un soldado que se hallaba gravemente enfermo, mandó á sus neófitos que barriesen la calle y esparciesen yerbas en ella; y no encontrando ellos otras mejores que las de la huerta del misionero, las arrancaron todas y las esparcieron en la calle. El padre al salir con el Santísimo Sacramento notó que lo que iba pisando era el fruto de su trabajo; pero hizo de ello un sacrificio voluntario al Criador.

Después de diez y ocho meses de establecida aquella mision, no habian podido hallarse pastos en todo su territorio, hasta que habiendo estado en ella el capitan gobernador, tomó empeño en buscarlos de nuevo, y halló por fin sobre una colina á ocho leguas de distancia de Adac una llanura con agua y pasto suficiente para ochocientas cabezas de ganado mayor. Apenas tuvieron los otros misioneros noticia de este descubrimiento tan ventajoso á la mision, cuando mandaron allá caballos y vacas, y desde entonces se tuvo carne fresca para comer. Cuando se llevó á este lugar el ganado en diciembre de 1763, se vió nevar en la colina, lo cual no se habia visto en todo el resto de la California. En Adac podia tambien comerse pescado fresco, porque en el puerto de los Angeles es abundante la pesca; pero el padre Link se privaba de este manjar por evitar á sus neófitos el trabajo de traérsele.

Esta prosperidad de la mision de San Francisco de Borja en las cosas temporales, no era comparable con la que tuvo en los progresos de la religion cristiana. Habiéndose fundado con trescientos neófitos, se fué aumentando notablemente, porque los gentiles acudian en bandadas á instruirse y bautizarse, y en todo el tiempo que duró la mision hasta la expulsion de los jesuítas, casi jamás faltaron catecúmenos. El padre

Link viendo que la iglesia que se habia hecho al principio era pequeña y mal fabricada, construyó otra mas grande. En el pueblo habitaban de pié, además de los soldados, casi treinta familias de neófitos, sin contar con los catecúmenos que estaban en actual instruccion y con una tribu de neófitos que venia de otra parte, pues cada semana se quedaba allí una de las tribus de fuera, tanto á renovar su instruccion, oir misa, recibir los sacramentos si los pedian y emplearse en otros ejercicios de devocion, cuanto á trabajar en la labor ó ejercitarse en otros oficios, para irse acostumbrando al trabajo y evitar la ociosidad, tan perniciosa á las buenas costumbres. El sábado se iba la tribu que habia estado allí en la semana, y venia otra á ocuparse en lo mismo.

§ VIII.

ES INQUIETADA LA MISION DE SAN FRANCISCO DE BORJA Y SE PONE REMEDIO Á ESTA INQUIETUD.

En medio de su felicidad tuvo que sufrir esta mision no pocas ni pequeñas contradicciones, como sucede siempre á todas las obras de la gloria de Dios. Una tribu de gentiles feroces que habitaba en un lugar distante de Adac treinta leguas al Noroeste, viendo establecida la mision y que sus paisanos acudian á ella á porfía para hacerse cristianos, y no pudiendo sufrir aquella nueva religion que enfrenaba su perniciosa libertad y corregia sus antiguas costumbres, tomaron la bárbara resolucion de perseguir, sin dar cuartel á nadie, á todos los que hubiesen abrazado ó quisiesen abrazar el cristianismo. Sabiendo pues que los gentiles que habitaban entre ellos y los neófitos habian declarado que querian ser cristianos, cayeron armados sobre la tribu mas próxima, y después sucesivamente sobre las otras, matando muchos y poniendo en fuga á los restantes. Estos, refugiados entre los cristianos, los pusieron á todos en consternacion. El padre Retz, consultado por el padre Link, fué de opinion que debia hacerse frente á los bárbaros y atemorizarlos de modo que en lo sucesivo no se atreviesen á cometer semejantes hostilidades, pues de otra suerte, creciendo con aquellos estragos su engreimiento y su orgullo, no cesarian de hacer á los cristianos todo el mal posible; y no contento con dar este consejo, mandó una tropa de sus neófitos bien armados, para que unidos con los de Adac y con los soldados, les saliesen al encuentro á los enemigos.

Aceptado el consejo y dispuesto aquel pequeño ejército, se dió órden á su jefe de que se portase en aquella expedicion de modo que sin matar á ninguno de los enemigos, los cogiese á todos y los condujese prisioneros á Adac. Así lo ejecutaron puntualmente, porque habiéndose informado del lugar en que acampaban los enemigos, se acercaron con mucho silencio, y cayendo derepente sobre ellos, los cogieron y ataron, sin disparar un arcabuz ni tirar una flecha, les quemaron sus cabañas ó enramadas y se apoderaron de sus armas y de sus miserables muebles. Conducidos en triunfo á Adac, fueron puestos en prision en la casa de los soldados, cuyo cabo, que hacia de juez, hizo saber á los reos que aunque eran dignos del último suplicio, él, usando de la clemencia cristiana, los condenaba solamente á la pena de azotes. Este castigo se aplicó solamente á los doce mas culpables con el mismo aparato usado ya en un caso semejante en la mision de San Ignacio, y valiéndose de la misma industria de que se habian valido con tan buen éxito los padres Sestiaga y Luyando. Apenas se habian dado ocho ó diez azotes á cada uno de los reos, cuando salia el padre Link á suplicar al juez que mandase cesar el castigo, y este se lo otorgaba, haciendo saber al reo que si no fuera por la mediacion de aquel santo sacerdote, ministro del Altísimo, habria sido tratado con mayor rigor. Terminado aquel acto de justicia, volvian los reos á su prision, adonde iba el misionero á darles de comer y hacerles algunas exhortaciones útiles. Los primeros dias se manifestaron aquellos indios sobremanera indignados é impacientes, y uno de ellos lo estaba de tal suerte, que parecia frenético ó rabioso; pero por una parte con la continuacion del castigo por siete ú ocho dias, y por otra con las paternales exhortaciones y buenos oficios del padre Link, llegaron á estar muy mansos y humildes. Luego que sufrieron la pena de sus atentados, fueron puestos en libertad, y marcharon á su país con poca gana de repetir sus hostilidades. De este modo atraidos del buen órden que reinaba en Adac, de la paz y tranquilidad que allí gozaban los cristianos y de la caridad con que habian sido tratados por el misionero, ó por mejor decir, movidos por el atractivo de la gracia del Señor, volvieron después de algun tiempo con sus familias y parientes, y con otros varios gentiles que se les agregaron, á pedir con instancia el bautismo, que recibieron después de bien instruidos y de haber dado pruebas suficientes de la sinceridad de su conversion.

Poco tiempo después de fundada aquella mision, un guama que sentia mucho el perjuicio que á sus intereses causaba la conversion de sus paisanos, determinó retraerlos del cristianismo por medio de espantos. Para conseguirlo, encendió una noche una grande hoguera en Adac, y se puso á aullar horriblemente al rededor de ella. Los circunstantes al oir aquellos aullidos y al ver los diversos y extraordinarios colores que aparecian en las llamas, ó por un verdadero efecto de los combustibles ó por mera ilusion de su exaltada fantasía, se atemorizaron de tal modo que huyeron á la casa del misionero á ponerse bajo su proteccion. El padre Link, informado

del suceso, se acercó intrépidamente al guama con un látigo en la mano; pero este huyó sin atreverse á esperarle. Los neófitos, deponiendo el temor, apreciaron mas desde entonces al misionero porque habia manifestado valor; y el guama, convertido sinceramente después de algun tiempo y bautizado, vivió en lo sucesivo como buen cristiano.

§ IX.

MUERTE DEL PADRE NEUMAYER. VIAJE DEL PADRE LINK.

El 30 de agosto de 1764, dos años después de la fundacion de la mision de San Francisco de Borja, murió en la de Todos Santos el padre Cárlos Neumayer, aleman. Habia estado algunos años en las misiones de Topia, de donde fué enviado en 1745 á las de la California, observando en unas y otras una vida verdaderamente apostólica, afrontando intrépidamente los peligros por no faltar á su deber, y no perdonando ningun trabajo que pudiera contribuir á la gloria de Dios y al bien espiritual y temporal de sus neófitos. El hacia de peon labrando con sus propias manos la tierra; de pescador estando á veces dentro del agua hasta media pierna; de arquitecto, de albañil y de carpintero, fabricando personalmente la iglesia y las casillas de los indios; de sastre cortando y cosiendo sus vestidos; de médico y de enfermero, cuidando de los enfermos y aplicando por sí mismo los remedios aun á las llagas mas asquerosas: en suma, él se hizo todo con todos para ganarlos á todos para Jesucristo. A él como á padre ocurrian los necesitados y afligidos, esperando hallar en su conocida caridad el remedio y el consuelo. Murió santamente, después de haber dado grandes ejemplos de paciencia en su última enfermedad.

Dos meses antes habian llegado á la California dos misioneros nuevos, el padre Victoriano Arnes y el padre Francisco Javier Franco. Este fué enviado á Todos Santos á asistir al padre Neumayer en su última enfermedad y sucederle en el gobierno de la mision. El padre Arnes fué destinado á San Francisco de Borja á ayudar al padre Ling, mientras se hallaba lugar en donde establecer una nueva mision. Así el padre Link, teniendo quien hiciese sus veces, pudo el año de 1765, ausentarse algunos dias en un viaje que juzgaba útil para la propagacion del cristianismo. Como algunos de sus neófitos que habitaban en la costa del golfo le dijeron que habian observado fuegos en la isla del Angel Custodio, distante ocho leguas de la misma costa, creyó que vivirian allí algunos gentiles á quienes no se hubiese anunciado el Evangelio. Se embarcó pues en el puerto de los Angeles, y se dirigió para allá en compañía de algunos soldados y neófitos. La isla se extiende de Sureste á Noroeste comenzando á cosa de 30° 20' y terminando mas allá del paralelo de 31° Su largo, segun la carta formada por el padre Consag, es de unas diez y siete leguas y su ancho no pasa de dos.

El padre Link recorrió á pié una parte considerable de ella sin hallar ni habitantes, ni animales, ni agua, y así le pareció todo lo restante. El hubiera querido reconocerla toda; pero la falta de agua le obligó á abandonar la empresa. Al volver al puerto de los Angeles se vieron muy fatigados por la sed, y molestados por la violencia de los vientos contrarios, que varias veces los repelieron hácia la isla, y una de ellas, habiendo roto la vela, trastornaron el barco de tal modo, que á no ser por la destreza del patron Buenaventura de Ahome y de un soldado que le enderezaron, se hubieran ahogado todos infaliblemente. Por fin calmando el tiempo, tomaron el puerto de los Angeles. El padre Link quedó persuadido de que la isla era desierta y de que los fuegos vistos por los neófitos habrian sido encendidos, ó por algunos californios que pasarian á ella en balsas, ó acaso por algunos pescadores de perla venidos de Sinaloa.

No fué tan infructuoso el viaje por tierra al rio Colorado que el año siguiente hizo el mismo padre Link; pero antes de hablar de él, es necesario dar una ojeada á las misiones meridionales, las que acaso parecerá que hemos olvidado por mucho tiempo, debiendo ellas tener tanta parte en esta historia por sus repetidas desgracias, cuanta las setentrionales por sus felices progresos.

§ X.

NUEVA CALAMIDAD PARA LAS MISIONES MERIDIONALES. INICUAS PRETENSIONES Y QUERELLAS DE LOS PERICÚES.

Fueron sin duda grandes los males causados en la parte austral por la rebelion de los pericúes y por las enfermedades epidémicas que redujeron la poblacion á la sexta parte. Después en el año de 1748 se comenzó la explotacion de una mina de plata, nueva calamidad para aquellas misiones y nueva fuente de desórdenes y de afanes. Don Manuel de Ocio, soldado antiguo del presidio de Loreto, se habia licenciado de la milicia para hacer fortuna en la pesca de perla, con la que efectivamente enriqueció; pero viendo después que la pesca no era muy útil porque comenzaban á faltar las perlas, se dedicó á trabajar una mina de plata en un lugar de la península llamado Santa Ana, á doce leguas de la mision de Santiago, y con este fin llevó operarios de la Nueva España. Mas como no llevó tambien un sacerdote que cuidase de ellos, fué preciso que el misionero de Santiago hiciese con ellos de párroco, trasladándose allá con frecuencia á decir misa y á administrarles los sacramentos, cuyo trabajo se aumentó en 1756, cuando se

comenzó á trabajar la mina de San Antonio, aun mas distante de aquella mision. El misionero hacia estos servicios por el solo bien de aquellas almas y sin la menor utilidad temporal, tanto que en vez de percibir alguna recompensa, tenia por lo regular que llevar que comer, no solo para sí y para los neófitos que le acompañaban, sino tambien para algunos de aquellos pobres operarios. A pesar de esto, el superior de las misiones temiendo que los enemigos de los jesuítas tomasen para columniarlos pretexto de aquello mismo que se hacia solamente por caridad, hizo tales instancias á Ocio, que le obligó á solicitar en Guadalajara un sacerdote con las facultades necesarias para que hiciese de párroco en la mina; pero habiéndose disgustado este á los dos ó tres años, se volvió á su patria, y como no se halló otro que quisiese sucederle, fué preciso que el misionero de Santiago volviese á tomar sobre sí aquella afanosa carga.

Faltando víveres á los operarios y no teniendo donde comprarlos, para proveerse no podian menos que ocurrir á las misiones de Santiago y Todos Santos, que eran las mas cercanas. Los misioneros no querian venderles sus provisiones, porque las necesitaban para sus neófitos y porque ciertamente no debian dejarse vencer, para obligar de esta manera á Ocio á abandonar aquellas minas, poco útiles para él y muy perniciosas al nuevo cristianismo, ó á solicitar en otra parte con su mucho dinero lo necesario sin perjuicio de las misiones; pero fueron tales las súplicas y tan importunas las instancias de aquellos hombres, que los misioneros cedieron á ellas concediéndoles, no toda la cantidad de víveres que pedian, sino una parte. Los daban gratuitamente á los verdaderamente pobres, y los vendian por sus justos precios á los que tenian con que comprarlos; empleando después el producido de las ventas en el culto divino ó en lienzos para sus neófitos, porque los misioneros no se juzgaban dueños, sino administradores de los bienes de las misiones, á pesar de que estos eran el fruto de su trabajo y de su industriosa economía. Sin embargo de esto, no pudieron evitar los tiros de la calumnia. ¿Ni cómo evitarlos, cualquiera que hubiera sido el partido que tomasen? Si vendian el maíz y otros frutos de las misiones á los operarios de las minas, decian los enemigos de la Compañía que los misioneros de la California se habian vuelto comerciantes, así como lo decian porque el de Santiago, conformándose con la voluntad del virey y con los preceptos de la caridad, suministraba refrescos al navío de las islas Filipinas que anualmente abordaba al puerto de San Bernabé. Si hubieran dado gratuitamente todas las provisiones que se les pedian, se habria dicho cuando menos, y no sin razon, que eran unos necios que empobrecian sus misiones y privaban á los neófitos de lo necesario por darlo á aquellos viles forasteros, y se le habria atribuido á esta caridad un fin torcido. En fin, si hubieran negado absolutamente los víveres, habrian publicado sus enemigos que los misioneros de la California se oponian á las ventajas del real erario estorbando con su avaricia la explotacion de las minas. Tal es el contraste que ordinariamente se nota entre los intereses de Dios y los del mundo.

No eran estos los mayores males que las minas causaban á las misiones. Los operarios, hombres sacados de la hez del pueblo, y por lo regular desmoralizados, comenzaron pronto á dispertar con sus sugestiones la natural inquietud y malas inclinaciones de los pericúes. Les decian que los indios de Méjico pagaban tributo al rey y mantenian á sus curas, pero gozaban entera libertad é iban á donde querian; que los curas los dejaban hacer cuanto les parecia, con tal que cumpliesen con la Iglesia, y que cada indio tenia su campo, que cultivaba á su arbitrio, vendiendo los frutos en las minas ó en alguna ciudad, segun le tenia mas cuenta.

Estas relaciones, llenas de falsedad y acompañadas de consejos perniciosos, condujeron á los necios pericúes á las mas extravagantes é inicuas pretensiones. Querian que se les distribuyesen las tierras de las misiones, las cuales habiendo sido antes incultas se hallaban cultivadas por la grande industria, constantes trabajos y no pocos gastos de los misioneros. Pretendian que cada uno de ellos fuera dueño de cultivar su campo como le pareciese y de vender los frutos á donde quisiese, sin perjuicio de que los misioneros continuasen alimentando, como lo hacian, á todas las mujeres, muchachos, viejos y enfermos de las misiones, dando además bestias de carga á los que quisiesen ir á otra parte á vender sus frutos. No contentos con esto, querian tener libertad de viajar no solo por todas las misiones de la península, sino á las provincias ultramarinas de Sinaloa, Culiacan y Nueva Galicia, y que con este fin se pusiese á su disposicion el barco de la mision de Santiago, comprado en ochocientos y mas pesos tomados del capital de la fundacion para que en él se trasportaran las cosas que la misma mision necesitaba.

Entre estas pretensiones irracionales; la que se referia á la division de las tierras habria sido muy justa y tan ventajosa á las misiones como á los indios, si estos hubieran sido útiles para trabajar por sí mismos en la labor y conservar los frutos. Pero aquellos hombres recien sacados de la vida salvaje y acostumbrados á mantenerse con las frutas que espontáneamente les ofrecen los árboles, aborrecen sobre manera los trabajos de la agricultura, y haciendo poco aprecio de lo futuro, desperdician en una semana las provisiones de muchos meses. No sacuden la pereza si no son industriosamente alentados y caritativamente estrechados al trabajo, ni habrian podido gozar todo el año de los productos de la agricultura si los

misioneros no los hubieran guardado para írselos distribuyendo con prudente economía.

En la facultad de ir á donde quisieran, que á primera vista parece debida á la natural libertad del hombre, pedian mas de lo que les era permitido en el tiempo de su gentilismo. Ellos entonces á pesar de que andaban errantes y vagabundos sin poblaciones ni casas, estaban de tal suerte confinados en el distrito de su propia nacion, que ni los pericúes podian pasar al país de los guaicuras, ni estos al de los cochimíes; y lo que es todavía mas notable, ni aun era permitido á una tribu poner los piés en el territorio de otra de la misma nacion. Mas después de haber recibido el cristianismo, podian á su antojo andar por todo el territorio de su respectiva mision, que era muy vasto, y pasar á los países circunvecinos; mas para ir á las misiones lejanas debian pedir licencia al misionero, el cual fácilmente la concedia siempre que habia motivo justo y no se temia algun grave inconveniente, porque de otro modo estos viajes, especialmente si eran de larga duracion, causaban mucho perjuicio á los mismos indios que los hacian, á sus familias y á las misiones. Allí era costumbre constantemente observada que los misioneros mantuviesen á los neófitos forasteros todo el tiempo que duraban en sus misiones y cuidasen de ellos como si perteneciéran á su grey.

Otro orígen de inquietudes y quejas entre los pericúes era la escasez de mujeres. Es cosa verdaderamente admirable que habiendo sido en el tiempo de su gentilismo comunísima la poligamia y el sexo femenino mucho mas numeroso que el otro, hubiera aquel llegado á disminuirse después de algunos años tanto que apenas habia una mujer por diez hombres. Tal vez serian la causa las enfermedades de los años anteriores, las cuales acaso harian mayor estrago en el sexo débil. Este exceso del número de hombres sobre el de mujeres era comun en algunas misiones setentrionales; pero en ellas no les era tan difícil á aquellos encontrar mujer en otras misiones vecinas en las cuales no se habia disminuido tanto este sexo. Algunos jóvenes de Loreto que no podian casarse por falta de novias, fueron con permiso y recomendacion de su misionero á buscarlas entre los yaquis, los cuales viéndolos bien vestidos y de buenas costumbres, no tuvieron embarazo en darles á sus hijas, que trasladadas á Loreto con sus maridos, vivieron contentas y como buenas cristianas. Pero ni los yaquis ni ningunos otros hubieran concedido con tanta facilidad sus hijas á los revoltosos pericúes, universalmente desacreditados por su inquietud y rebeliones. El misionero de Santiago hizo, aunque en vano, todos los ezfuerzos posibles para socorrer la necesidad de estos y satisfacer á sus importunas y arrogantes demandas. Escribió con este fin á los misioneros de Sinaloa, pero nada consiguió. Por medio de los mismos pidió al gobernador de aquella provincia que supuesto que hacia la guerra á los seríes, mandase á la California las jóvenes que cogiese de aquella nacion para casarlas con los pericúes. El gobernador convino en ello, pero no llegó á coger ninguna, y así quedaron burladas las esperanzas del misionero.

§ XI.

CONCILIÁBULO DE LOS PERICÚES. ÉXITO DE SUS DELIBERACIONES Y PRETENSIONES.

Los turbulentos pericúes viendo que en la California no eran escuchadas sus exorbitantes pretensiones, tuvieron ocultamente un conciliábulo en que deliberaron presentarlas al gobierno de Guadalajara ó al de Méjico, y pedir tambien que se les quitase el misionero y en su lugar se les pusiese un cura del clero secular, prometiendo sostenerle y pagar además tributo al rey. No puede imaginarse pretension mas necia y risible que esta, pues se creian capaces de sufragar tales expensas unos hombres que no podian mantenerse á sí mismos y á sus familias. Para poner por obra su proyectado viaje ultramarino se dirigieron de noche y con mucho secreto al fondeadero en que estaba el barco de la mision y al almacen donde se guardaban las anclas, velas, remos y demás necesarios, y apoderándose de todo y proveyéndose de agua, se embarcaron veinte y se hicieron inmediatamente á la vela. Los cómplices de esta maldad la tuvieron tan oculta, que hasta después de ejecutada no tuvieron de ella ninguna sospecha ni el misionero, ni los soldados, ni el gobernador de Santiago, el cual, aunque pericú, era hombre de bien, y se habria opuesto constantemente á los perversos designios de sus paisanos si los hubiera sabido á tiempo.

Los navegantes, habiendo atravesado el golfo, llegaron á la costa de Sinaloa, cerca de la mision de Ahome, gobernada entonces por el padre Antonio Ventura. Este, informado del motivo y circunstancias del viaje, les vituperó con buen modo aquellas turbulencias con que se hacian odiosos á Dios y á los hombres, aquella temeridad de apoderarse á guisa de ladrones del barco de la mision y aquella ingratitud para con sus misioneros, que tanto se habian afanado por su bien. Habiéndolos así aquietado un poco, los detuvo en la mision, manteniéndolos á su costa casi seis meses; pero tres de ellos se habian internado en el país hasta el presidio de Montesclaros, en donde presentaron sus quejas al teniente gobernador de Sinaloa, el cual habia ya comenzado á formar expediente, á pesar de no pertenecerle de ningun modo los negocios de la California; pero fué prudentemente disuadido por el padre Ventura. En virtud de un aviso de este misionero, mandó el procurador de Loreto un bastimento al puerto de Ahome á recoger aquellos fugitivos y conducirlos á Loreto, como en

efecto se hizo. El capitan gobernador queria castigarlos como lo merecian; pero cediendo á las súplicas de los misioneros, les concedió el perdon, y esta impunidad alentó á los delincuentes á repetir el delito, como luego veremos.

Hallándose de regreso en su país los turbulentos pericúes, no abandonaron sus extravagantes pretensiones; así es que de allí á poco las presentaron con su acostumbrada arrogancia al padre Ignacio Lisaxoain, visitador general de las misiones, el cual les contestó que no podia concederles lo que pedian porque habia órdenes expresas del virey de Méjico y del rey de España para que no se alterase el gobierno establecido en la península.

Pero como ellos estaban obstinados en sus resoluciones, no tardaron mucho en emprender otra fuga con el mismo intento que la primera. El misionero de Santiago, para impedirla, habia hecho que se le llevasen las velas y demás útiles del barco y los tenia guardados cerca de sí. Pero ellos hallaron modo de abrir una noche la puerta del cuarto donde estaban guardadas aquellas cosas, y sacando las que necesitaban, las llevaron con mucho secreto y diligencia al puerto, y embarcándose se dirigieron como la primera vez á la costa de Sinaloa. Allí, habiendo abandonado el barco, que por este motivo se perdió, unos se encaminaron á Durango, capital de la Nueva Vizcaya, de los cuales no se volvió á saber, y otros se fueron por la costa á Tepic, lugar de la Nueva Galicia, distante cosa de trece leguas del puerto de Matanchel, y tres de ellos se internaron hasta la ciudad de Guadalajara, en donde expusieron sus pretensiones y quejas á uno de los oidores. Este las acogió de muy buena gana, porque eran contra los jesuítas, y en vez de trasmitirlas como debia al virey, que podia imponerse en ellas con mas facilidad y dar mas prontamente las órdenes convenientes, dió parte á la corte de Madrid, donde esperaba hacer fortuna coadyuvando á las miras de los enemigos de la Compañía.

Luego que aquellos tres pericúes expusieron sus quejas, se volvieron á sus compañeros, que habiéndose esparcido por los alrededores de Tepic, habian comenzado á sentir los efectos de la miseria y á aprender muy á su costa que para vivir es necesario trabajar, y que habria sido mejor para ellos el estarse quietos en su patria gozando de la beneficencia de su misionero. Don José Manuel de Escobar, cura de Guainamota, pueblo el mas cercano al puerto de Matanchel, movido de su celo pastoral procuró recoger á aquellos miserables forasteros que andaban vagando dispersos, los exhortó á que se volviesen á su país y les prometió conseguir su trasporte en un buque de Loreto. Ellos mismos no tenian entonces necesidad de exhortaciones para decidirse por aquel partido, pues las desgracias que habian sufrido en su viaje y permanencia los habian afligido mucho y habian quitado la vida á algunos. La desgraciada muerte de uno de ellos causó mucha compasion y pesadumbre á aquel buen cura, que habiendo sido llamado á confesarle porque se habia enfermado en un bosque muy distante de Guainamota, aunque se apresuró para llegar á tiempo, no halló de aquel desgraciado mas que la osamenta, pues ó muerto ó moribundo le habian devorado las fieras.

Habiendo llegado á Matanchel el deseado buque de la California, se embarcaron en él aquellos desgraciados fugitivos y fueron llevados á Loreto, y de allí pasaron á su patria dos años después de su fuga con pocas ganas de repetirla, aunque ni en esta segunda vez recibieron el castigo merecido. La mision de Santiago quedó como la de los Dolores, privada de su barco, tan necesario para el trasporte de todo lo que se mandaba de Loreto á ella y á la de Todos Santos: el misionero no quiso comprar otro porque sus turbulentos neófitos no se valiesen de él para otra fuga. Las provisiones necesarias que antes se le enviaban por mar, se le mandaron en adelante en mulas de carga por un mal camino de cien leguas, retardándose de este modo las remesas y aumentándose las molestias y los gastos. Los pericúes, aunque poco ganosos de viajes trasmarinos, no desistieron de sus pretensiones, pues las presentaron de nuevo al padre Cárlos Rojas, visitador general de aquellas misiones, que llegó á la California á principios de 1766; pero fueron igualmente desechadas por él.

§ XII.

LOS JESUÍTAS RENUNCIAN SOLEMNEMENTE LAS MISIONES Y UNA CRECIDA HERENCIA.

En aquel mismo tiempo el padre Francisco Cevallos, provincial de los jesuítas de Méjico, fundado en poderosas razones y después de una madura deliberacion, hizo ante el virey una solemne renuncia de todas las ciento y tantas misiones que estaban al cargo y direccion de sus religiosos, y señaladamente de las de la California, ofreciendo al rey católico en nombre de toda la provincia que los padres se emplearian en otras misiones laboriosas entre gentiles siempre que su majestad quisiera servirse de sus personas. Como este negocio era de grande importancia, el virey para tratarle tuvo una junta de los oidores, el auditor de guerra y el fiscal, y en ella se dispuso que se les pidiese informe á los obispos y gobernadores en cuyos distritos estaban situadas las misiones de los jesuítas. Los obispos se opusieron á la aceptacion de esta renuncia, y de los gobernadores, al menos de la mayor parte, debe pensarse lo mismo. El virey se abstuvo de tomar resolucion en el negocio, pero se cree que enviaria á la corte la renuncia y los informes de los obispos y gobernadores. Luego que los misioneros de la

California tuvieron noticia de esto, pretendieron por medio de su procurador en Méjico, que en caso que el virey no aceptase la renuncia general, la aceptase por lo menos en cuanto á las dos misiones meridionales de aquella península, en las cuales era poco el fruto y muy grandes y continuos los trabajos y disgustos, principalmente desde que se habian comenzado á trabajar las minas, pues no seria tan difícil hallar para ellas como para las otras quien quisiese encargarse de su cuidado, porque las creian ricas todos los que no las conocian. Pero ni aun esto se pudo conseguir á pesar de las instancias que el procurador hizo al virey.

Mucho mas ruidosa fué otra renuncia que hicieron los mismos jesuítas el año siguiente de 1767. Doña Josefa de Argüelles y Miranda, señora mejicana no menos piadosa que rica, dejó en su muerte á las misiones de la California y al colegio de Guadalajara sus cuantiosos bienes, que ascendian, segun la opinion comun, á seiscientos mil pesos. Un capital tan considerable habria activado mucho los progresos del cristianismo en la península; pero aquellos jesuítas temiendo irritar mucho á los enemigos de su órden, tan atormentado con calumnias en Portugal, en Francia y en otros Estados de Europa, renunciaron solemnemente aquella herencia ante el gobierno de Méjico. Sus enemigos quedaron al principio admirados, pero después atribuyeron esta resolucion á su astuta política.

§ XIII.

SE BUSCAN OTROS LUGARES PARA LA FUNDACION DE NUEVAS MISIONES, Y SE LE DA ESTA COMISION AL PADRE LINK.

Ni estas renuncias hechas por los superiores, ni los disgustos causados por los inquietos pericúes entibiaron el celo de aquellos misioneros. Ellos deseaban promover el cristianismo hácia el Norte con nuevas misiones, pero no se habian hallado lugares donde plantarlas, á excepcion de *Calagnujuet*, distante treinta leguas de la mision de San Francisco de Borja, situado entre los montes y el golfo, y descubierto á fines de 1753 por el padre Consag; mas la falta de agua potable parecia un grande obstáculo, pues solo habia la de un arroyo, que estando cargada de caparrosa, tenia un sabor áspero y astringente, y por este motivo se creia con razon dañosa á la salud, aunque los indios usaban de ella. Era, pues, necesario hacer nuevas investigaciones, y esta comision la dió el superior al padre Link, á quien se le encargó tambien que procurase reconocer todo el país hasta el rio Colorado. El capitan gobernador quiso que el misionero fuese acompañado del teniente de Loreto y quince soldados para impedir las hostilidades, que se temian con razon en aquel viaje, porque en el último que hizo el padre Santiago Sedelmayer, queriendo los bárbaros habitantes de las márgenes del rio Colorado quitar por fuerza los caballos á los soldados que le acompañaban y no pudiendo estos apartarlos de su intento con palabras, se vieron obligados á hacer uso de las armas matando algunos, y habiéndose enemistado por este motivo los bárbaros con los españoles, se temia que ahora quisiesen vengarse. Este número de soldados aumentaba los gastos del viaje, á que contribuyeron todas las misiones que habia desde Loreto hasta San Francisco de Borja, mandando víveres y bestias que los llevasen por aquellos desconocidos países, donde no era posible proveerse de ellos.

Hechos los preparativos salió de Adac el papadre Link en febrero de 1766 acompañado del teniente, de los quince soldados y de un competente número de neófitos, y se encaminó hácia el Norte por entre las montañas y el mar Pacífico. Caminaron algunos dias por una tierra no tan montuosa y áspera como el resto del país de los cochimíes, pero tan estéril y árida que apenas habia agua potable para los viajeros y las bestias. Pasando adelante encontraron un terreno abundante en pastos, con un arroyo y varios manantiales, cuya agua aunque no alcanzaba para regar sementeras, bastaba para abrevar un número considerable de cabezas de ganado mayor, que podian mantenerse allí. Este lugar fué llamado *San Juan de Dios*, acaso porque fué descubierto el 8 de marzo en que se celebra la fiesta de este santo; mas para que fuese útil se necesitaba hallar á poca distancia otro donde pudiese plantarse la mision. Se halló cuatro leguas mas adelante, donde habia un arroyo copioso, cuya agua podia regar fácilmente el terreno labrantío que habia en sus dos costados. Habia además muchos pinos, guaribos y otras especies de árboles útiles para fabricar, que faltaban en todas las otras misiones de la California á excepcion de las meridionales. Este lugar, situado á cosa de 32° y llamado por los indios *Guiricatá*, les pareció á nuestros viajeros distante de Adac cuarenta leguas, aun por el camino mas corto que fuese posible.

Continuando su viaje hasta los 33° ó poco mas, observaron que desde San Juan de Dios hácia el Norte la tierra aparecia menos desagradable porque tenia mas abundancia de agua y vegetales y sus habitantes eran mas afables y menos espantadizos. Es verdad que á la primera vez huian por el espanto que les causaba aquella gente extraña que entraba en su país, y mucho mas los caballos, que jamás habian visto; pero luego que los neófitos de la comitiva les aseguraban que no les harian ningun mal, volvian sin temor, se acercaban confiadamente á nuestros viajeros, respondian amigablemente á todas sus preguntas, les manifestaban los lugares en que habia agua potable y los acompañaban parte del camino. Habién-

dose puesto en fuga una de aquellas tribus bárbaras al ver la comitiva, la viuda de un indio principal de la misma tribu, sin atemorizarse ni moverse del lugar donde estaba, los llamó diciéndoles que viniesen á ver si aquellos hombres eran verdaderamente amigos como lo parecian. Hallándose segura de esto, trató á sus huéspedes con maneras tan corteses, que no parecía educada en los bosques, sino en alguna ciudad. El capotillo de pieles que traia puesto, mas nuevo y hermoso que los de las otras mujeres, el aire señoril que manifestaba en todas sus acciones, y sobre todo, la deferencia y respeto con que la trataban todos los de su tribu, persuadieron á nuestros viajantes que seria verdaderamente señora de aquellos indios, lo que era tanto mas admirable cuanto mas envilecido se hallaba el sexo femenino en el resto de la California. Otra tribu de bárbaros mostró un valor superior al de los otros californios. Al ver ellos que se acercaban algunos soldados que se habian adelantado á sus compañeros, tomaron sus arcos, empulgaron las flechas y se pararon intrépidamente de frente, sin manifestar ningun temor á las armas y caballos de los soldados. No pudiendo estos tranquilizarlos con razones porque ignoraban la lengua y estándoles prohibido hacer uso de sus armas, tomaron el partido de retroceder, hasta que habiendo llegado un intérprete, manifestó á los bárbaros que aquellas gentes no habian ido á hacerles ningun mal, lo cual bastó para apaciguarlos y para que tratasen como amigos á aquellos extranjeros. Tanto al padre Link cuanto á su comitiva les pareció que todos los salvajes de aquellos países estaban en buena disposicion para abrazar el cristianismo. Ellos escuchaban con atencion y respeto las exhortaciones que les hacia el misionero, el cual tuvo el consuelo de abrir con el bautismo las puertas del paraíso á dos párvulos moribundos y á una mujer muy anciana que murió luego.

En aquel país se vieron algunas cabañas de madera labrada, lo que da á entender que sus habitantes son mas laboriosos é industriosos que los otros californios; mas estas cabañas estaban desiertas, y por eso se creyó que no las habrian fabricado para habitarlas permanentemente, sino para refugiarse en tiempo de frio; porque no es allí rara la nieve en invierno, y nuestros viajeros vieron nevar en abril.

Luego que estos creyeron que se hallaban en la latitud del rio Colorado, caminaron hácia el Oriente para pasar los montes y bajar á las bocas del rio; pero los montes eran tan riscosos y escarpados que no podian trepar los caballos. Se desviaron de allí para buscar un paso menos malo, y dieron en un arenal tan grande, que faltándoles agua y temiendo que los caballos se inutilizasen con la demasiada fatiga, determinaron abandonar por entonces la empresa para acometerla de nuevo el año siguiente, y se volvieron á Adac en pocos dias. Los diarios de este viaje, escritos por el padre Link y por el teniente, fueron remitidos al virey.

§ XIV.

MISION DE CALAGNUJUET Y MISIONEROS DESTINADOS Á ELLA.

No habia pues para el establecimiento de la mision proyectada otro lugar á propósito sino el de Guiricatá, situado á cosa de 32°; pero como este distaba sesenta leguas de Adac, debia quedar aislada la mision, dejando en medio muchos gentiles que podian impedir la comunicacion entre las dos, ó á lo menos hacer difícil y arriesgado el trasporte de las provisiones de la una á la otra. Para evitar estos inconvenientes, habian procurado siempre los misioneros no plantar ninguna mision sino después de haber hecho cristianos á todos los bárbaros que habitaban entre ella y la mas cercana. Debian por tanto fundar una que sirviese de escala á la que se queria establecer en Guiricatá, como en efecto se plantó en octubre de 1766 en *Calagnujuet*, lugar situado á los 30° 40' en la falda de un alto monte llamado *Juzai*, tres ó cuatro leguas distante de golfo. Este lugar aunque al principio se juzgó inútil para la fundacion, como realmente lo era por la mala calidad de su agua, sin embargo, se prefirió porque no habia otro mejor en todo aquel grande espacio que media entre Adac y Guiricatá, y se creyó entonces que aquella agua mineral serviria cuando menos para fecundar el terreno que debia cultivarse.

Fueron destinados por el superior á fundar aquella mision los padres Victoriano Arnes y Juan José Diez, que con este fin habian aprendido la lengua cochimí. Llevaron diez soldados porque al capitan gobernador le pareció que no era bastante un númsro menor para asegurar las vidas de los misioneros, en razon de hallarse aquella mision en la frontera de los bárbaros gentiles y tan distante del presidio. Los acompañaron tambien mas de cincuenta neófitos pertenecientes á aquel territorio, aunque bautizados en la mision de San Francisco de Borja. Entre ellos iba uno llamado Juan Nepumuceno, muy famoso en aquellas tierras y muy temido y respetado de los bárbaros por su grande valor. A este se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Calagnujuet.

A mas de la casa para los soldados, se fabricaron solo tres estancias; una para que sirviese de capilla, otra para almacen de los víveres y la tercera para habitacion de los misioneros; pero como para estos cuatro edificios no habia sino una puerta de madera, se destinó al almacen, donde era mas necesaria. Era tal la miseria de esta naciente mision, que los misioneros necesitaban usar toda la economía posible para poder mantenerse y man-

tener á los soldados y catecúmenos. No siendo bebible aquella agua sino para los bárbaros, acostumbrados á comer y beber cuanto se les ponia delante, era preciso llevarla para los misioneros y soldados de unos pozos distantes media legua. Como esta mision estaba muy lejos de las otras que podian suministrarle víveres y por este motivo se dificultaba el trasporte de ellos, procuraron los misioneros sacar del terreno al menos una parte de su subsistencia. Sembraron pues trigo, que nació fácilmente; pero habiendo comenzado á regarle, como es necesario hacerlo en la California, se vió dentro de poco tiempo blanquear la tierra, cubriéndose de la caparrosa que llevaba el agua mineral del arroyo, y así todo se echó á perder. Además, faltaban absolutamente pastos para los caballos que habian menester los misioneros y soldados y para algunas ovejas enviadas por el padre Link.

A pesar de esta miseria la mision iba prosperando en lo perteneciente á la religion, porque luego que los bárbaros del país la vieron establecida, comenzaron á acudir á ella en gran número á instruirse y bautizarse. La escasez de víveres no permitia tener muchos catecúmenos á un tiempo; pero los misioneros se dedicaron á instruirlos con tal diligencia y teson, que los disponian al bautismo mas prontamente que en otras misiones; y luego que bautizaban y despedian una tropa, entraba otra á ser igualmente doctrinada. De este modo en pocos meses bautizaron entre adultos y párbulos mas de doscientos.

Pero fuese por el trabajo ó por las necesidades, el padre Diez se enfermó de tal suerte que se temió por su vida, por lo cual fué enviado á Adac, y después á Guadalupe; y habiéndose repuesto allí, fué destinado á la mision de la Purísima. El padre Arnes no solamente tuvo el disgusto de quedar sin el auxilio de su compañero, sino tambien el que le causaron las tentativas de algunos indómitos gentiles. Los habitantes de *Cagnajuet*, lugar distante veinte leguas al Norte de *Calagnujuet*, viendo que muchas jóvenes de las que antes servian á sus placeres iban á hacerse cristianas y por eso se rehusaban á condescender con sus torpes deseos, indignados contra el cristianismo, que era la causa de esto, pensaron en asaltar de noche la mision y quitar la vida al misionero y á los soldados; pero no atreviéndose á hacerlo por sí solos, convidaron otras dos tribus, y principalmente la de Guiricatá, que era muy numerosa. Estos no consintieron, porque el padre Link los habia acariciado y tratado bien en su viaje, y protestaron honrosamente que no querian emplear sus armas contra aquellos que no les habian hecho ningun mal. Con esta respuesta desistieron los de Cagnajuet de su proyecto de asalto; pero al mismo tiempo se resolvieron á ejercer sus hostilidades en todos los neófitos que llegasen á su distrito. Efectivamente, quisieron matar uno que fué allá casualmente, y á no ser por un gentil pariente suyo que le defendió, hubiera perecido ciertamente en manos de aquellos bárbaros. Antes de que esta noticia llegase á oidos del padre Arnes, la supo el gobernador Juan Nepomuceno. Este valientísimo neófito, que parecia comunicar su intrepidez á los que mandaba, envió luego, sin decirle nada al misionero, seis hombres resueltos y bien armados á Cagnajuet, instruyéndolos previamente en lo que debian hacer. Cuando el padre Arnes lo supo quedó admirado de su temeridad, y muy cuidadoso del éxito de la empresa en que seis hombres tenian que habérselas con una tribu numerosa; pero se aumentó su admiracion cuando los vió venir á poco trayendo prisioneras seis familias de Cagnajuet. Dieron ellos su asalto por la noche con tal ímpetu y resolucion, que pusieron en desórden y fuga á los bárbaros medio dormidos y llenos de espanto, y los que no tuvieron tiempo para salvarse con la fuga, fueron llevados como carneros á Calagnujuet. El padre Arnes después de haberse convenido secretamente con el cabo de los soldados, que debia hacer de juez en aquella causa, le mandó un recado en público para que le oyesen todos, y principalmente los prisioneros, suplicándole encarecidamente que se contentase con aplicar un ligero castigo á los principales de los reos, perdonando á los restantes y concediéndoles á todos la libertad de regresarse á su país. El cabo aparentó ceder á las súplicas del misionero, y habiendo mandado dar solo ocho azotes al reo principal, los puso en libertad á todos. Ellos creyéndose deudores al misionero de aquel favor, fueron á darle las gracias, y él después de haberles afeado aquel inicuo intento de perseguir como enemigos á los que no les hacian daño, les declaró algunos artículos del cristianismo, y principalmente la necesidad del bautismo para salvar el alma. Se mostraron de tal suerte persuadidos, que inmediatamente se alistaron entre los catecúmenos y comenzaron á instruirse, y aunque á los ocho dias se fueron á su país, ó por libertar á sus parientes de la inquietud en que estarian sobre su suerte, ó porque esperaban ser mas cómodamente instruidos en el lugar á donde iba á trasladarse la mision, como mas próximo á Cagnajuet, al fin fueron catequizados y bautizados con otros muchos de su tribu.

§ XV.

SE TRASLADA Á OTRA PARTE LA MISION CON EL TÍTULO DE SANTA MARÍA, Y ES LA ULTIMA QUE PLANTAN LOS JESUÍTAS EN LA CALIFORNIA.

El padre Arnes, habiendo sufrido grandes incomodidades en Calagnujuet y viendo que no era posible subsistir en aquel lugar tan estéril y falto de todo, se dedicó á buscar por todas partes otro mas tolerable, y después de muchos viajes la halló cerca del arroyo *Cabujacaamang* en

mayo del año de 1767. Este lugar, situado á cosa de 31°, dista de Calagnujuet unas diez y seis leguas al Noroeste y de Adac mas de treinta y cinco al Nornoroeste. Su terreno no es tan estéril como el que se dejaba, y aunque igualmente falto de frutos, pastos y leña, la poca agua de su arroyo es muy buena. Habia tambien en él algunas palmas de madera roja, buena para fabricar, y la escasez de frutos se compensaba en alguna manera con la abundancia de buen pescado en el golfo, del que solo dista cuatro leguas.

La iglesia y las casas del misionero y de los soldados que allí se fabricaron, fueron miserables cabañas de madera cubiertas con hojas de palma. Se le dió á la mision el título de Santa María, dedicándola á la Madre de Dios, en memoria de la señora duquesa de Gandia, insigne bienhechora de las misiones, á cuyas expensas se fundó esta y estaban para fundarse otras. El misionero para no omitir ninguna diligencia que pudiera ser ventajosa á su mision, cultivó un pequeño campo cerca del arroyo, y en él sembró trigo y algodon, cuyas siembras se hallaban en buen estado en enero de 1768, cuando los jesuítas fueron obligados á abandonar aquellas misiones.

El padre Arnes en medio de aquella miseria y de los disgustos que le daban algunos de los soldados que estaban descontentos en aquella remota soledad, se dedicaba diligentemente á la conversion de los salvajes, y en los pocos meses que permaneció allí no le faltaron catecúmenos.

Esta mision de Santa María fué la última que los jesuítas plantaron en la California, pues cuando se trataba de fundar otra, una órden del rey puso fin á las tareas apostólicas de los misioneros; pero antes de referir este acontecimiento es necesario exponer sucintamente el estado de aquellas misiones y el gobierno militar, político y económico de la península.

§ XVI.

NÚMERO DE LAS MISIONES. SU SITUACION Y POBLACION. SUPERIORES QUE CADA MISIONERO TENIA SOBRE SÍ. VISITAS RARAS ENTRE LOS MISIONEROS.

Las misiones fundadas por los jesuítas en los setenta años que estuvieron en la California fueron diez y ocho; pero fueron suprimidas las cuatro de Londó, Liguig, la Paz y San José del Cabo, porque habiéndose disminuido notablemente el número de sus neófitos, se agregaron á otras misiones, y así las existentes á principios de 1768 eran solo catorce, de las cuales una estaba entre los pericúes, cuatro entre los guaicuras y nueve entre los cochimíes. He aquí su situacion y el número de neófitos pertenecientes á cada una, comenzando por la mas meridional.[1]

I. La mision de Santiago, situada á cosa de 23° y distante ocho leguas del golfo, á la cual pertenecia el pueblo de San José del Cabo, donde estaba el segundo presidio, distante doce leguas de Santiago. En ambos pueblos habia casi trescientos cincuenta neófitos.

II. La mision de Todos Santos ó de Santa Rosa, situada con corta diferencia en la misma latitud del cabo de San Lúcas, y distante media legua del mar Pacífico, la cual no tenia mas que noventa neófitos.

III. La mision de la Vírgen de los Dolores, situada en el lugar llamado *Tagnuetía* á los 24° 30'. En este pueblo y en otras pequeñas poblaciones pertenecientes á él habia casi cuatrocientos cincuenta neófitos.

IV. La mision de San Luis Gonzaga, distante del pueblo anterior ocho leguas al Oeste, la cual tenia otras pequeñas poblaciones y trescientos diez neófitos.

V. La mision de la Vírgen de Loreto, situada junto al mar á los 25° 30'. Este pueblo era la capital de la California, en él residia el capitan gobernador, y estaban el presidio principal y el almacen general. Su misionero era al mismo tiempo procurador de todas las misiones. Sus habitantes, entre neófitos, soldados, marineros y sus familias, eran mas de cuatrocientos.

VI. La mision de San Francisco Javier, situada en la misma latitud que Loreto, de la que distaba nueve leguas al Oeste. En este pueblo y en otras pequeñas poblaciones pertenecientes á él habia cuatrocientos ochenta y cinco neófitos.

VII. La mision de San José de Comondú, situada á los 26° con trescientos sesenta neófitos.

VIII. La mision de la Purísima Concepcion, situada á poco mas de los 26° casi al Poniente de Comondú con ciento treinta neófitos.

IX. La mision de Santa Rosalía de Mulegé, á los 26° 50' en la costa del golfo con trescientos neófitos.

X. La mision de Nuestra Señora de Guadalupe á los 27° entre los montes, en cuyos pueblos se contaban quinientos treinta neófitos.

XI. La mision de San Ignacio ó de Kadakaamang, casi á los 28°, con setecientos cincuenta neófitos.

XII. La mision de Santa Gertrudis á cosa de 29°, en cuyos pueblos habia cerca de mil neófitos.

XIII. La mision de San Francisco de Borja, á los 30°, la cual con sus pequeños pueblos tenia mil y quinientos neófitos.

XIV. La mision naciente de Santa María, cerca de los 31°, con trescientos neófitos y treinta catecúmenos.

De aquí se deduce que no eran mas que siete

1 Lo que decimos de la situacion de las misiones debe entenderse de los pueblos principales en donde residian los misioneros.

mil los habitantes de un país que tiene de largo unas ciento sesenta y siete leguas, y de ancho, ya diez, ya diez y seis, ya veintitrés: multiplicando pues la longitud por la anchura media de diez y seis leguas, resultan mil y dos leguas cuadradas, lo que da próximamente siete habitantes por legua cuadrada. Esta poblacion habia sido tambien muy escasa en el tiempo del gentilismo, porque ni la vida salvaje que tenian, ni las continuas guerras con que recíprocamente se destruian, ni la escasez de víveres en aquel árido terreno, permitian que aquellos bárbaros se multiplicasen mucho. Por otra parte, consta que después de la introduccion del cristianismo se disminuyó mucho el número de habitantes, señaladamente en la parte austral, en la cual los pericúes que habia cuando se les anunció el Evangelio, se redujeron después á la décima parte, á pesar de que desde su conversion cesaron sus guerras, estuvieron mejor alimentados y su vida fué mas arreglada. No es fácil dar con la causa de esta despoblacion. Solo se sabe que esta fué el resultado de las enfermedades; pero ¿por qué estas enfermedades no les eran tan funestas cuando se hallaban privados de todo recurso? ¿por qué no morian en mayor número cuando las enfermedades obraban juntamente con el hambre y la guerra?

Estas catorce misiones estaban comprendidas en tres distritos, á saber: el del Norte, el del Mediodía y el de Loreto, situado entre los dos. En cada distrito habia un misionero rector, á quien obedecian los otros, y todos los misioneros de los tres distritos estaban sujetos al visitador de la península, que era uno de ellos mismos, nombrado por el provincial cada tres años, en cuyo tiempo debia visitar todas las misiones, velar sobre la conducta de los misioneros y dar cuenta de ella al provincial. Además, tanto aquellas misiones como todas las otras pertenecientes á la provincia de Méjico, eran visitadas cada tres años por el visitador general, y de este modo cada misionero tenia sobre sí cinco superiores regulares, á saber: el rector, el visitador de la península, el visitador general, el padre provincial y el padre general.

Como los misioneros se hallaban tan distantes unos de otros, porque así era preciso, cuando se visitaban para confesarse, consolarse ó auxiliarse en sus enfermedades y peligros, tenian que hacer grandes viajes, y las mas veces por malos caminos. El de Santa Gertrudis distaba del mas próximo veintisiete leguas, el de San Francisco de Borja casi treinta y el de Santa María mas de treinta y tres. Tanto por este motivo como por no abandonar sus misiones, en las cuales era muy necesaria su presencia, se visitaban raras veces. Así pues estos hombres, educados regularmente en grandes ciudades y acostumbrados á tratar con personas cultas, se veian confinados en aquellas vastas soledades y precisados á tratar solamente con hombres recien sacados de la vida silvestre, ó cuando mas con soldados ignorantes y rudos.

§ XVII.

DESCRIPCION DE LA CAPITAL DE CADA MISION. CÓMO SE LES DISTRIBUIA EL TIEMPO Á LOS NEÓFITOS. FERVOR DE ESTOS.

El lugar principal de cada mision donde residia el misionero, era un pueblo en que á mas de la iglesia, la habitacion del misionero, el almacen, la casa de los soldados y las escuelas para los niños de uno y otro sexo, habia varias casillas para las familias de los neófitos que vivian allí de pié. Los otros lugares, mas ó menos distantes del principal, en los cuales vivian los restantes neófitos pertenecientes á la misma mision, carecian regularmente de casas y sus habitantes vivian á campo raso, segun su antigua costumbre. Los pueblos de la península eran unos veinte, todos edificados por los misioneros á grande costa.

Las iglesias de las misiones, aunque pobres por la mayor parte, se mantenian con toda la decencia y aseo posibles. La de Loreto era muy grande y estaba bien adornada; la de San José de Comondú, edificada por el padre Francisco Inamma, era de tres naves, y la de San Francisco Javier, fabricada de bóveda por el padre Miguel del Barco, era muy hermosa. Cada iglesia tenia su capilla de músicos, y en cada mision habia una escoleta en donde algunos niños aprendian á cantar y á tocar algun instrumento, como arpa, violin, violon y otros.

Las festividades y funciones eclesiásticas se celebraban con todo el aparato y solemnidad posibles, y los neófitos asistian á ellas con tal silencio, modestia y devocion, que en nada cedian á los pueblos mas religiosos del cristianismo.

Diariamente decia misa el misionero, y la oian todos los neófitos del pueblo y todos los que se hallaban en él. En la misma iglesia repasaban la doctrina cristiana y cantaban en alabanza de Dios y de la santísima Vírgen un cántico que los españoles llamaron *alabado*, porque comienza con esta palabra. Despues se les distribuia el *atole*, esto es, aquellas poleadas de maíz que usan para desayunarse todos los indios de Méjico. En los dias de trabajo después del desayuno iban á trabajar al campo, porque estando expensados en todo por la mision y siendo para ellos los frutos de aquellas labores, era justo que se ocupasen en ellas, y era tambien útil á su salud espiritual y corporal, el distraerse de la ociosidad y acostumbrarse á la vida laboriosa. Pero sus trabajos eran muy moderados, porque se distribuian entre muchos brazos las pocas labores que se hacian. Al mediodía volvian al pueblo á comer. Su comida consistia en una gran cantidad de *pozole* ó maíz cocido en agua, muy apreciado por ellos, al cual, en algunas misiones mas aco-

modadas y abundantes en ganado, se añadia un plato de carne y otro de legumbres ó fruta. Después de un largo descanso volvian al campo, y terminado el trabajo antes de ponerse el sol, se reunian á toque de campana en la iglesia á rezar el rosario y cantar la letanía de la Vírgen y el alabado. Concluido esto cenaban y se retiraban á sus casas. Cuando no habia que hacer en el campo, cada uno se ocupaba en su oficio.

La misma distribucion se observaba con las tribus de afuera pertenecientes á la mision, cuando se hallaban en el pueblo; pero cuando estaban en sus respectivos lugares, repasaban por la mañana la doctrina cristiana, rezaban algunas oraciones y cantaban el alabado; después se iban al bosque á buscar su sustento, y cuando volvian á la tarde cantaban la letanía antes de irse a descansar. Cada una de estas tribus estaba á cargo de un neófito fiel y de buenas costumbres, que cuidaba de que no se omitiesen estos ejercicios de piedad ni hubiese ningun desórden, y de todo daba cuenta al misionero. En las misiones nuevas cada semana se quedaban con el misionero y eran mantenidas por él, dos tribus de las de fuera á instruirse mejor en la doctrina cristiana y afirmarse en la fe, y yéndose aquellas venian otras dos. En las misiones antiguas se quedaban dos tribus de fuera el sábado y el domingo y se iban el lunes. En la fiesta principal de la mision y en la semana Santa se reunian todas las tribus en la cabecera.

El misionero les predicaba á sus neófitos todos los domingos y dias de fiesta, y algunas veces entre semana, é iba prontamente á donde era llamado á administrar los sacramentos á los enfermos, para lo cual tenia que andar diez y á veces veinte leguas.

En la administracion de la Eucarestía usaban los misioneros de mucha circunspeccion, no dándola sino á los que se hacian capaces de ella por su instruccion, y dignos por la firmeza en la fe y por una vida verdaderamente cristiana. Entre estos habia muchos que no limitándose al cumplimiento anual, comulgaban en algunas festividades, preparándose diligentemente y teniendo una vida cual la requiere la frecuencia en alimentarse con el cuerpo sacrosanto de Jesucristo.

Como la educacion es el fundamento de la base de la vida civil y cristiana, todos los niños y niñas de la mision de seis á doce años se educaban en la cabecera á vista y expensas del misionero, en cuyo tiempo se instruian en lo perteneciente á la religion y buenas costumbres, y aprendian aquellas artes de que era capaz su tierna edad. Unos y otros estaban en casas separadas; los niños al cuidado de un hombre de confianza, y las niñas al de una matrona honrada.

El celo infatigable de los misioneros ayudado de la divina gracia, no podia dejar de producir frutos abundantísimos. Aquella península sepultada antes por tantos siglos en la mas horrorosa barbarie, llegó á ser casi toda cristiana en el espacio de setenta años; de modo que desde el cabo de San Lúcas hácia los 23° hasta Cabujacaamang á los 31° no habia un solo hombre que no conociese y adorase al verdadero Dios, y lo que es mucho mas apreciable, se formó allí un cristianismo tan puro é inmaculado, que se parecia al de la primitiva Iglesia. A excepcion de algunos pericúes que por su mala índole y por los malos ejemplos y sugestiones de los operarios de las minas, causaban muchos disturbios y ocasionaban disgustos á los misioneros, todos los neófitos de la California observaban una vida piadosa, inocente y laboriosa. Casi nunca se veian entre ellos aquellos desórdenes escandalosos que son tan comunes aun en las ciudades mas cristianas. Si alguno incurria en cualquiera falta, aunque fuera secreta, él mismo era el primero en pedir el castigo, y habiéndole sufrido daba las gracias al misionero por su paternal correccion, besándole la mano. Este uso de tanta edificacion y desconocido á nuestros cristianos, era comun en la California.

§ XVIII.

GASTOS QUE HACIAN LOS MISIONEROS EN OBSEQUIO DE LAS MISIONES. INCUMBENCIA DE LOS DOS PROCURADORES DE LA CALIFORNIA. TÍTULOS Y AUTORIDAD DEL CAPITAN.

Los misioneros á mas del cotidiano cuidado de sus iglesias en lo perteneciente á la religion y buenas costumbres, tenian el de el sustento de la grey que les estaba encomendada, y esta era sin duda la parte mas afanosa de su ministerio. No siendo conveniente que los californios después de su conversion conservasen la indecente desnudez en que vivian antes, ni pudiendo ellos adquirir por sí los lienzos necesarios para cubrirse, era preciso que cada misionero vistiese á todos sus neófitos. Con este fin mantenian ovejas, cultivaban en algunos lugares algodon, habian provisto las misiones de telares y enseñado el arte de tejer á sus neófitos; pero no siendo suficientes los lienzos que allí se fabricaban para vestir á tantos pobres, era necesario llevarlos de Méjico á costa de las misiones.

Las mas acomodadas, es decir, las que tenian mas abundante cosecha de maíz y un número suficiente de ganado, sustentaban á todos sus neófitos. Las que no tenian de uno y otro lo necesario para mantenerlos á todos, alimentaban solamente á los soldados que custodiaban al misionero, á los catecúmenos todo el tiempo que duraba su instruccion, á los neófitos vecinos de la cabecera, á todos los niños de ambos sexos desde seis hasta doce años, y á todos los inválidos y enfermos, á los cuales se les suministraban tambien medicinas. Necesitaban igualmente los misioneros tener ca-

ballos, tanto para sus inevitables viajes cuanto para los de los soldados que estaban con ellos.

Además, tocaban á los misioneros los gastos de tadas las fábricas de sus misiones, de los vasos sagrados, paramentos y ajuar de la iglesia y sacristía, de los instrumentos de labranza y de todos los oficios que allí se ejercian.

Para tantos y tan crecidos gastos, á nadie le parecerá excesivo el capital de diez mil pesos que se requeria para la fundacion de cada mision en la California, y especialmente si á los gastos particulares se añaden los generales, esto es, los del trasporte de las cosas necesarias desde Méjico al puerto de Matanchel, por un camino de doscientas leguas, y de allí por mar á Loreto. Los bastimentos que sirvieron á las misiones en estos trasportes fueron veinte entre grandes y chicos, de los cuales seis fueron hechos ó comprados por cuenta del real erario, y todos los restantes á costa de las mismas misiones, á quienes tocaba tambien el componerlos siempre que era necesario.

En los primeros años fueron expensados por el padre Salvatierra los marineros que servian en los buques y el capitan y los soldados que se hallaban allí para la seguridad de aquel naciente cristianismo. Después se asignaron para esto seis mil pesos del real erario; pero siendo esta suma muy inferior á los gastos, fué necesario que las misiones continuaran lastando la mayor parte hasta el año de 1719 en que de órden del rey Felipe V se comenzaron á dar anualmente diez y ocho mil pesos para los gastos del presidio de Loreto y de los marineros, á cuya cantidad se añadieron otros doce mil en 1736, cuando se estableció un nuevo presidio en la parte austral. Estos treinta mil pesos, que desde entonces se siguieron pagando del real erario á las misiones, eran para los sueldos del capitan, dos tenientes, sesenta soldados, diez marineros y algunos oficiales de marina; pero como los marineros necesarios para el servicio de los buques de la península eran cuarenta, las misiones pagaron siempre los treinta restantes. El sueldo de cada soldado era de cuatrocientos cincuenta pesos anuales; pero el rey pasaba para el capitan lo mismo que para el simple soldado, y así á expensas de las misiones se le duplicaba á aquel la cantidad pagándole novecientos, á mas de los obsequios que le hacian los misioneros, mandándole trigo, carne, vino, etc.

Asimismo habia prevenido el rey Felipe V que los misioneros de la California se pagasen del real erario como los de las otras misiones, dando á cada uno trescientos pesos para sus alimentos, y proveyendo además las iglesias de las misiones de campanas, vasos sagrados, paramentos, imágenes, aceite y cera; pero esta real órden no se ejecutó en la península, porque tanto los gastos de los misioneros como los de las iglesias salieron siempre de los fondos propios de las misiones.

Estos fondos consistian en haciendas situadas en la Nueva España y compradas con las limosnas de los bienhechores y con los capitales de la fundacion de las misiones. Cuidaba de ellos un procurador de la California que residia en Méjico, el cual estaba tambien encargado de tratar con el virey y con los oidores los negocios de las misiones, de sacar del real erario los treinta mil pesos para los soldados y marineros, de proveer de nuevo buque á la California siempre que lo habia manester, y de comprar y despachar todo lo necesario para los misioneros y sus iglesias, para los soldados y marineros, para los buques y aun para los indios. El primer procurador fué, como se ha dicho, el célebre padre Juan de Ugarte, y tanto él como sus cuatro sucesores sirvieron este empleo con mucho celo y actividad y con grande provecho de las misiones.

Todo lo que se mandaba de Méjico se llevaba comunmente al puerto de Matanchel, y de allí en el buque se trasportaba á Loreto, en donde residia otro procurador. Este era al mismo tiempo misionero, y además de los ministerios de catequizar, bautizar, predicar, confesar y otros semejantes, entendia en lo temporal de la península. El recibia el cargamento de los buques, despachaba á cada misionero lo que le pertenecia, pagaba los sueldos á los soldados y marineros, ó todo en numerario, ó parte en lienzos y otras cosas segun ellos querian, cuidaba del almacen general y despachaba oportunamente los buques á los puertos de la Nueva España, el mayor á Matanchel y á veces á Acapulco á recibir los géneros que se enviaban de Méjico, y el menor al Yaqui ó á otro puerto de Sinaloa á traer víveres ó ganado. Como no era posible que un solo hombre atendiera á tantas cosas, especialmente desde que se aumentó el número de las misiones y de los soldados, el procurador estaba auxiliado en el cuidado de las cosas temporales por un hermano coadjutor, que no tenia poco que hacer con solo distribuir los víveres á los soldados, marineros é indios.

El capitan no solamente era jefe de los sesenta soldados existentes en los dos presidios de Loreto y San José del Cabo, sino tambien gobernador y juez de la península y supremo comandante de aquellos mares, y por eso el bastimento principal de la California tenia el honor de capitana, y enarbolada la bandera en todos los puertos del mar Pacífico, menos en el de Acapulco, estando allí el navío de Filipinas. A nadie le era permitida la pesca de perla en aquellos mares sin manifestar antes la licencia del virey al capitan, á quien tocaba cobrar el impuesto que se paga al rey de las perlas que se pescan, lo que él hacia con suma fidelidad y sin ningun interés. Estaba igualmente autorizado por el virey para decomisar los buques y poner presos á sus patrones siempre que hicieran la pesca sin licencia, ó no pagaran el impuesto establecido, ó vejaran

á los californios, ú ocasionaran algun grave desórden.

§ XIX.

PESCA DE PERLA PROHIBIDA. DISTRIBUCION É INCUMBENCIA DE LOS SOLDADOS. AUTORIDAD DE LOS JESUÍTAS SOBRE ELLOS. RESIDENCIA DE CAPITAN EN LORETO. COSTUMBRES EJEMPLARES DE ESTE PUEBLO.

A pesar de que el capitan tenia esta superintendencia en la pesca de perlas, no podia ocuparse en ella. Esto no se les permitió en todos los setenta años que estuvieron allí los jesuítas, ni al capitan, ni á los soldados, ni á los marineros, ni á ninguno otro de los que estaban allí empleados en algun servicio. Sobre este particular ni el padre Salvatierra ni sus sucesores quisieron jamás ceder, á pesar de las murmuraciones y calumnias de sus enemigos y de las instancias y quejas de los mismos soldados. El padre Salvatierra, aunque muy caritativo para con todos, era sin embargo tan severo en sostener la prohibicion de la pesca, que habiendo sabido que algunos soldados y marineros que envió á Sinaloa á traer víveres, habian ido á pescar perla, los despidió luego que regresaron. A los soldados les parecia muy duro é insoportable que se les negase la facultad de aprovecharse de la única cosa apreciable que habia en aquel país, por otra parte tan miserable, en donde servian en medio de tantos peligros; siendo así que se concedia á los de Sinaloa y Culiacan y á cualquiera otro que queria enriquecer; reservándose las riquezas de la península para los extraños, y las miserias, trabajos y peligros para sus habitantes. Pero el padre Salvatierra contestaba que él no pagaba pescadores, sino soldados; que cuando habian sido admitidos en la milicia, se habia pactado con ellos que no se emplearian en la pesca, y que si no estaban contentos con sus destinos y querian enriquecer con aquel comercio, como se lo prometian, eran dueños de dejar la milicia y pedir al virey licencia para la pesca que tanto deseaban. Efectivamente, muchos se licenciaron por aquel motivo y después se hallaron burlados.

En cuanto á los misioneros, tanto por su empleo como por su instituto, estaban muy distantes de pensar en las perlas; pero á fin de que lo estuviesen mas, los superiores con precepto de santa obediencia les habian prohibido pescarlas, hacerlas pescar ó comprarlas de quien quiera que fuese, y este precepto jamás fué quebrantado. De todos los habitantes de la California, solo á los indios les era permitida la pesca de perla por su propia utilidad; pero estos hacian poco aprecio de ella.

Los soldados estaban distribuidos en los dos presidios y en las misiones. En cada mision habia uno, pero en la última por hallarse en la frontera de los bárbaros gentiles habia dos, tres ó mas, segun se necesitaban. Los que estaban en las misiones participaban de la jurisdiccion del capitan hasta cierto punto. Podian castigar los delitos menos graves con tal que fuese con el consentimiento y direccion de los misioneros. Este castigo se reducia á seis ú ocho azotes ó á algunos dias de prision; pero cuando se trataba de un delito que mereciese la pena de destierro ó la de muerte, aprehendian al reo y daban cuenta con él al capitan, á quien tocaba juzgarle.

Siempre que el misionero se ausentaba á confesar algun enfermo ó estaba ocupado en otros ministerios espirituales, el soldado hacia sus veces en cuidar el almacen, distribuir los alimentos á los neófitos y catecúmenos, dirigir las labores del campo y otras cosas semejantes; pero esto no lo hacia gratuitamente, porque además de estar pagado por el misionero, era recompensado extraordinariamente á proporcion de sus servicios y de la posibilidad de la mision, y por tanto casi nada tenia que gastar de los cuatrocientos cincuenta pesos que le pasaba el rey. A veces costeaba la comida para sí y para el misionero; pero otras veces la costeaba el misionero para los dos.

Los soldados con su mala conducta agravaban ordinariamente las penas de los misioneros; mas como por otra parte eran necesarios, se hacia preciso tolerarlos. El padre Ugarte solia aplicar á este propósito aquel verso de Marcial: *Nec tecum posum vivere, nec sine te.* Después, habiéndoseles entibiado ó del todo destruido el ahinco por las perlas y habiendo procurado el capitan con mas cuidado mandar á las misiones á los de mejores costumbres, mas honrados y laboriosos, comenzaron á respirar los misioneros.

Al superior de las misiones tocaba nombrar al capitan y admitir y licenciar á los soldados, y aunque esto estaba aprobado por el virey de México y por el rey católico, como mas conveniente al gobierno de la península, sin embargo, los jesuítas para libertarse de los graves disgustos que les ocasionaba el uso de esta facultad, la renunciaron en 1744, contentándose desde entonces con proponer al virey al sugeto que les parecia mas idóneo para el empleo de capitan, á fin de que él le nombrase, y dejando al mismo capitan la facultad de admitir y licenciar á los soldados como le pareciese.

Este residia en Loreto, tanto porque desde allí era mas fácil impedir los contrabandos en la pesca de perla y expedir sus órdenes ó trasladarse á cualquiera otro lugar de la península donde fuera necesaria su presencia, cuanto porque allí estaba el presidio principal, los soldados, el procurador de las misiones, el almacen general, los buques y los marineros. Este miserable pueblo, que no merecia el título de capital sino en comparacion con los otros de la península, mucho mas miserables, era digno de aprecio por

la devocion ejemplar y pureza de costumbres de sus habitantes. Todos los dias al amanecer, luego que se oia un tiro que disparaba el soldado que estaba de guardia en el cuartel, comenzaban á resonar las alabanzas del Señor, así en el mismo cuartel como en las restantes casas, y algunos iban luego á la iglesia á visitar al santísimo Sacramento y dedicarle las obras de aquel dia. A la hora de misa casi todos estaban en la iglesia, y al anochecer se reunian en ella los indios á rezar el rosario y cantar la letanía de la Vírgen, haciendo lo mismo los soldados en el cuartel y todos los otros en sus casas; pero los miércoles, viernes y sábados todos lo hacian en la iglesia. Los domingos después de mediodía salia el pueblo de la iglesia cantando la doctrina cristiana hasta el cuartel, y uniéndose allí con los soldados, volvian todos al templo á oir el sermon del misionero. Este predicaba tambien los sábados á solo los indios, y los jueves catequizaba á los niños, á quienes toda la semana hacia lo mismo el catequista. En el primer domingo de cada mes y en todas las festividades de la santísima Vírgen, salia por la tarde la procesion del rosario con música. La veneracion que aquel pueblo tributaba á la iglesia era tanta, que ninguno pasaba por enfrente de ella sin hincarse, aunque estuviesen cerradas las puertas. Recibian con frecuencia los santos sacramentos, especialmente en los domingos primeros de cada mes y en las festividades del Señor, de la santísima Vírgen y de algunos santos. Habia algunas personas de uno y otro sexo, que no limitándose á observar exactamente los preceptos del Decálogo, aspiraban á una vida mas perfecta con la oracion, la mortificacion de sentidos y la práctica de las virtudes cristianas.

§ XX.

REAL ÓRDEN PARA LA EXPULSION DE LOS JESUÍTAS DE LOS DOMINIOS DE ESPAÑA. SUCESORES DE ESTOS RELIGIOSOS EN LAS MISIONES DE LA CALIFORNIA.

Tal era el estado de aquel pueblo y de aquella península cuando el rey católico mandó expeler de sus dominios á los religiosos de la Compañía de Jesús. Esta órden fué ejecutada en 25 de junio de 1767 en los lugares de Méjico. En cuanto á la California, encomendó el virey la ejecucion á un capitan catalan llamado don Gaspar Portolá, nombrándole al mismo tiempo gobernador de aquella tan famosa península, y mandando que le acompañasen cincuenta hombres bien armados para obligar por medio del terror á los jesuítas á abandonar aquellas misiones, que ellos mismos dos años antes habian renunciado espontáneamente y que no retenian entonces sino porque no se les habia admitido la renuncia.

El comisionado se embarcó en el puerto de Matanchel en tres buques pequeños con los cincuenta soldados y catorce franciscanos observantes, que iban á suceder á los jesuítas en las misiones de la península. Los buques se dispersaron por una borrasca, y el del comisionado, no pudiendo por los vientos contrarios ir en derechura á Loreto, como lo habia mandado el virey, abordó á San Bernabé, en donde saltó en tierra á fines de noviembre del mismo año. Aquellos misioneros nada sabian de lo que habia acaecido en Méjico á sus hermanos, porque en los meses trascurridos no habia llegado á los puertos de la California ninguna embarcacion que pudiera haber llevado la noticia.

Del puerto pasó el comisionado á Loreto, con veinticinco de sus soldados y el capitan de la península, que casualmente se hallaba á aquella sazon en la parte austral. En las largas y secretas conferencias que los dos tuvieron, se desengañó aquel de los errores en que le habian imbuido los enemigos de los jesuítas acerca del imaginario poder de los misioneros, y se convenció de que para hacerlos abandonar todas sus misiones, colegios y posesiones, habria bastado un simple oficio del virey en que intimase á los superiores la real órden.

Habiendo llegado el comisionado á Loreto, mandó llamar al padre Benito Ducruc, misionero de Guadalupe y superior entonces de las misiones, y estando allí en compañía de otros tres jesuítas, se les intimó el decreto del rey, al cual se sometieron respetuosamente. El superior escribió á peticion del comisionado á todos los otros misioneros, dándoles aviso y previniéndoles que continuasen en su ministerio hasta la llegada de los ministros enviados por el comisario á inventariar los bienes de cada mision, y que hecho esto se reuniesen en Loreto, no trayendo consigo mas de sus vestidos y otras cosas necesarias, y solo tres libros, uno de devocion, un teológico y un histórico. El comisionado les exigió tambien que predicasen á sus neófitos, exhortándolos á mantenerse tranquilos y fieles tanto en la ausencia de sus antiguos misioneros como bajo el gobierno de los nuevos que debian llegar pronto.

Los misioneros después de haber ejecutado puntualmente lo que les exigieron el superior y el comisario, se pusieron en camino para Loreto. Los neófitos viendo partir á los que los habian educado en la vida cristiana y tanto se habian afanado por su bien, lloraban sin consuelo, y los misioneros volviendo los ojos á aquellos sus caros hijos en Jesucristo, los que habian parido con tantos dolores y dejaban ya tan afligidos, no podian contener las lágrimas. Al despedirse para embarcarse, enternecidos los soldados, aun los que habian ido con el comisionado, se hincaban á presencia de este, á besarles los piés y bañarlos con sus lágrimas. Los diez y seis jesuítas que habia en la península, incluso un hermano que cuidaba del almacen de Loreto, se hicieron á la

vela el 3 de febrero del año de 1768[1] para el puerto de San Blas, poco distante del de Matanchel, y de allí hicieron un viaje de mas de doscientas leguas por tierra hasta Veracruz, en donde volvieron á embarcarse para Europa.

Cuando los misioneros se separaron de las misiones, quedaron en ellas los soldados para mantener el órden é impedir la desercion de los néofitos, mientras llegaban los padres franciscanos. Estos después de una penosa navegacion de ochenta dias, abordaron á San Bernabé pocos dias antes que los jesuítas zarpasen de Loreto. No sabemos cuánto tardaron en ir á sus misiones. Lo que únicamente nos dieron á saber las cartas de Méjico escritas en aquel tiempo, es que apenas los nuevos misioneros vieron con sus propios ojos que la California no era como la ponderaban, cuando abandonaron las misiones y la península y se volvieron á sus conventos, publicando por todas partes que aquel país era inhabitable y que los jesuítas debian agradecerle mucho al rey el que les hubiera sacado de aquella grande miseria. Fueron pues algunos clérigos y frailes; pero no pudiendo subsistir en aquel país, se enviaron dominicos de España. Ignoramos lo que estos religiosos han hecho; pero deseamos que su celo sea eficazmente secundado para conservar la fe de Jesucristo entre los californios y propagarla por los muchísimos pueblos que hay al Norte, á fin de que todos conozcan, adoren y amen á su Criador.

1 Quince sacerdotes y un hermano salieron de la California y quince sacerdotes y un hermano murieron en ella.

FIN.

ADICIONES AL LIBRO PRIMERO.

Para que se vea cuánta es la diversidad que se halla entre los dialectos de una misma lengua de las que se hablan en la California, ponemos aquí el Padre nuestro en tres dialectos de la lengua cochimí.

En el dialecto de las misiones de San Francisco Javier y San José de Comondú:

Pennayù nakænambà, yaà ambayujùp miya mò, buhù mombojuà tammalà gkomendà hi nogodognò de muejueg gkajim: pennayulà bogodognò gkajim, guihì ambayujup mabà yaà Kæammet è decuinyi mò puegign: yaàm buhula mùjua ambayujupmò de dahijua, amet è nò guilugui, ji pagkajim. Tamadà yaà ibò tejuèg guiluguigui pamijich è mò, ibò yanno puegin: guihì tammà yaà gambuegjula Kæpujui ambinyijuà pennayula dedaudugùjua, guilugui pagkajim: guihì yaà tagamueglà huì ambinyyjùa hi doomò puguegjuà, hi doomò pogounyim; tamuegjua, guihì ufi mahel Kæammet è dicuin yumò, guihì yaà huì mabinyì yaà gambuegjuà pagkaudugum. Amen.

En el dialecto de las misiones de San Francisco de Borja, Santa Gertrudis y Santa María:

Cahaì apà, ambeìng mià, mimbang–ajuà val vuit–mahà: amèt mididuvaijuà cucuèm: jemmujuà, amabàng vihì mièng, ame tenàng luvihim. The–vàp yicuè timiei: diguà, i bang–anàng gna cahittevichip nuhiguà aviuvehàm, vi chip iyeguà gnacaviuvèm: cassetasuàng mamenit–gnakùm, guang tevisiéo gna cavignahà. Amen.

En el dialecto de las misiones de San Ignacio:

Ua–bappà amma–bang miamù, ma–mang–à–juà huit maja tegem: Amat–ma–thadabajuà ucuem: kem–mu–juà amma–bang vahi–mang amat–à–nang la–uahim. Teguap ibang gual gùieng–a–vit–à–jua iban–à–nang packagit: muht–pagijuà abadakegem, machi uayecg–juà packabaya-guem: Kazet-à-juangamuegnit-pacum: guang mayi-acg packabanajam. Amen.

EXPERIMENTOS Y OBSERVACIONES QUE SOBRE LAS CULEBRAS DE LA CALIFORNIA HIZO EL PADRE FRANCISCO INAMMA, JESUÍTA ALEMAN Y MISIONERO EN AQUELLA PENÍNSULA.

El motivo de estos experimentos fué la extravagante opinion de otro misionero aleman que con sutilezas escolásticas sostenia que el mal causado por las mordeduras de las víboras y otras sierpes venenosas no era efecto de algun flúido dañoso trasmitido á la sangre, como comunmente se cree, sino solo de la contextura del diente viperino, muy contraria á la del miembro mordido. Para refutar victoriosamente esta opinion tan improbable, desmentida por la razon y por la experiencia, bastaba lo que refiere Galeno de ciertos charlatanes de su tiempo, que se dejaban morder de las víboras sin sentir ninguna incomodidad grave, porque tenian cuidado de taparles con cierta pasta ó con cera los agujeros de los colmillos por donde trasmiten el veneno á la sangre. Aun antes de Galeno sabian esto los rudos africanos, entre los cuales se llamaban *psylli* los que se ocupaban en chupar el veneno de las mordeduras de las serpientes antes que se infestase la masa de la sangre. Mas el padre Inamma para convencer á su compañero se tomó el trabajo de hacer experimentos y de exponérselos en una carta bien fundada, de la cual tomaremos algunos.

Las culebras en que hizo sus experimentos y observaciones fueron doce, no muertas, sino vivas, y todas del género *crotaloferi* ó culebras de cascabel. Estas tienen la cabeza larga, el hocico romo y sus quijadas parecen hinchadas á causa de

un hueso movible que tienen por fuera de la encía superior en uno y otro lado. Sus orejas están colocadas junto á las narices, esto es, inmediatamente sobre los dos huesos dichos. Su lengua es redonda, pero partida en dos hácia la extremidad, cartilaginosa y de un color rojo oscuro semejante al de la sangre cuajada. La tienen dentro de una membrana trasparente á manera de vaina; pero cuando se encolerizan, la sacan fuera de la vaina y de la boca, vibrándola con increible velocidad. El padre Inamma habiéndole cortado la lengua á una culebra dentro de la misma boca, no pudo sacar de ella ni una gota de sangre. La cola, que tiene tres ó cuatro dedos de larga, segun la magnitud de la culebra, está formada de cascabeles, los cuales son unos anillos de sustancia córnea, movibles y unidos entre sí por medio de articulaciones ó junturas compuestas de tres huesillos cada una. Estos cascabeles si se separan del cuerpo de la culebra no suenan, sino solo cuando ella los mueve, particularmente cuando se agita violentamente para morder.

De las observaciones del padre Inamma se deduce que estas culebras tienen tres clases de dientes, á saber: colmillos curvos, cóncavos y agujerados, tanto cerca de su raíz como en la parte convexa cerca de la punta, destinados á herir y trasmitir por los agujeros el veneno á la sangre; colmillos curvos, pero no agujerados, de los cuales se sirve la culebra para afianzar la presa, y dientes incisivos rectos que usa para mascar el alimento. Los de la primera clase son catorce, de los cuales cuatro están situados en las dos cavidades que tienen los dos huesos movibles de que se ha hablado. Estos cuatro, los mas grandes de todos, son las armas de la culebra. Cuando no usa de ellos para morder, los tiene escondidos dentro de una membrana, en situacion casi horizontal, con las puntas vueltas hácia la garganta; mas cuando quiere morder, alza aquellos huesos y desenvaina y erige los colmillos. Estos no están tan fuertemente encajados en sus cavidades que no puedan sacarse con facilidad, y por eso las culebras al morder pierden muchas veces algun colmillo; pero esta pérdida se repone prontamente, porque junto á ellos tienen otros dentro de una membrana lívida, en una y otra parte de la encía. Cada una de estas membranas contiene cinco colmillos, en todo semejantes á los cuatro principales, aunque mas chicos, y diferentes en tamaño, porque se van formando sucesivamente. Cuando la culebra pierde alguno de los principales, es reemplazado por otro de los contenidos en la membrana, y se une á la cavidad del hueso donde estaba el diente perdido, con cierta sustancia glutinosa que parece destinada á formarle la raíz. Esto fué exactamente observado por el padre Inamma. Tiene, pues, cada uno de estos animales, catorce colmillos agujerados, dos en cada hueso movible y cinco en cada membrana lívida. Solamente en un individuo halló diez y seis nuestro observador. Los colmillos de la segunda clase están situados junto á la extremidad del hocico, tanto en la parte superior como en la inferior, y tienen tambien las puntas vueltas hácia la garganta. Los dientes de la tercera clase están colocados en dos andanas en la mandíbula inferior.

Viniendo ahora á los experimentos, el padre Inamma hizo muchos para demostrar la falsedad de la opinion de su compañero. Se valió de dientes recien sacados á la culebra y de otros ya secos para herir á algunos animales en diversas partes del cuerpo, y les hizo heridas mas fuertes y profundas que las que suelen hacer las culebras. A pesar de esto, los animales heridos no tuvieron ninguna novedad, á excepcion de tres gallos, de los cuales dos tuvieron alguna hinchazon que pronto se disipó, y el tercero estuvo al morir, porque la herida fué tal, que le pasó de parte á parte una vena gruesa; pero á los dos dias sanó sin que se le aplicase ningun remedio, como tampoco á los otros animales en que se hicieron los experimentos.

Hizo después heridas con el diente mojado en el mismo veneno de la culebra, y observó que se causaba un mal bastante grande, pero no comparable con el que hacen las mismas culebras. De esta manera le hirió á un gallo una pierna y aun untó con el veneno la herida, la cual se hinchó luego, y al dia siguiente se puso verde todo el rededor, extendiéndose después este color por toda la pierna hasta la coyuntura de los dedos, en seguida comenzó á arrugarse la piel como si fuese á secarse la pierna; pero después de algunos dias desaparecieren las arrugas, el color verde y la hinchazon, y el gallo sanó perfectamente sin ningun remedio. A otro gallo le hizo una herida en la misma parte con un cortaplumas mojado igualmente en el veneno, y esta herida, como mas grande y profunda, produjo un efecto mas considerable, porque á mas de la hinchazon de toda la pierna, se ulceró la herida y dió pus por algunas semanas: apareció una erupcion de cosa de media pulgada de diámetro, la piel se separó de la carne, y entre una y otra se formó una excrecencia, la cual habiéndose secado se le cortó: después bajó la hinchazon, cesó el pus, cicatrizó la herida y el gallo quedó enteramente sano.

La razon de que el veneno usado de este modo no haga todo el daño que con él hace la culebra, puede creerse que será porque en este segundo caso, pasando inmediatamente de los dientes á la herida é introduciéndose en ella impetuosamente, conserva la fluidez necesaria para incorporarse bien con la sangre, y al contrario, cuando se saca de la boca de la culebra, se condensa pronto con el aire, y así en vez de mezclarse con la sangre se adhiere por la mayor parte al labio de la herida. Para hacer ver que el veneno trasmitido á la sangre, de cualquier mo-

do que sea causa la muerte, cogió el padre Inamma una paloma grande y le hizo tragar cuatro ó cinco gotas de aquel flúido, que arrojado por una culebra habia él recogido en una pequeña concha. Hecho esto, salió de casa el padre á no sé qué negocio de su ministerio, y habiendo vuelto á los tres cuartos de hora, halló muerta la paloma, y observó que echaba por el pico un humor turbio y espumoso.

Para obtener alguna cantidad de veneno á fin de observarle y de hacer con él los experimentos en los animales, irritaba á la culebra y le acercaba algun animal para provocarla á que le mordiese, pero procurando que no lo verificara, porque no solamente lanzan el veneno cuando muerden, sino tambien cuando hacen algun esfuerzo violento para morder. En cierta ocasion al estarle sacando á una culebra un diente con un cortaplumas, arrojó ella por otro el veneno con tal abundancia y con tal ímpetu, que no solo le bañó al padre la mano, sino aun parte del brazo, y después de haberle sacado todos los cuatro dientes que les sirven para herir, continuó arrojando aquel flúido de la cavidad de los huesos movibles donde los dientes estaban situados.

Los experimentos del padre Inamma manifiestan que el mayor ó menor mal que hacen las culebras y la mayor ó menor prontitud en producirle, dependen de la calidad de la herida, de la cantidad del veneno trasmitido, de la complexion del animal herido y de la condicion del miembro mordido. Si la culebra no clava los dientes en la carne, sino que solo araña la piel y no arroja en ella el veneno, no resulta hinchazon ni ningun otro mal. Si en el araño deja veneno, no causa la muerte, aunque produce un mal considerable. Una perrita herida de esta suerte en la coyuntura de una pata, tuvo una grande hinchazon y pasó en continuos lamentos dos dias, después de los cuales sanó perfectamente. Si el miembro mordido se compone de huesos y piel con poca sangre como los piés de las aves, la herida es muy perniciosa pero no mortal. Un gallo mordido en un dedo por una de las culebras del padre Inamma, tuvo una grande hinchazon en todo el pié; la herida se le ulceró y producia un pus muy hediondo; después se le arrugó y secó del todo la piel y al fin perdió el dedo. Ya habian pasado once meses sin que la hinchazon se quitase del todo, cuando el gallo desapareció, acaso porque habiéndose alejado del gallinero fué cogido por algun gato montés ó algun coyote.

Si la culebra clava los dientes en la carne y comunica el veneno á la sangre, causa infaliblemente la muerte, siempre que no se aplique prontamente algun antídoto eficaz. Así murió en dos horas una paloma mordida en el pecho, en hora y media un cabrito mordido en un labio, y en dia y medio, en Cademino, lugar de la mision de la Purísima, una india herida en un pié, porque hallándose ausente el padre Inamma, que entonces era allí el misionero, los indios no le aplicaron ningun remedio sino pasadas algunas horas. Al contrario, un indio de Comondú, mordido en el dedo gordo de un pié, sanó perfectamente por haberle socorrido pronto el padre Inamma con oportunos remedios. Es verdad que otro, herido igualmente en un pié, arrojó sangre por la boca y murió luego á pesar de los remedios mas eficaces que le aplicó el mismo misionero; pero tal vez este no fué mordido por una culebra de cascabel, sino por otra de aquellas que los mejicanos llaman *Ahueyactli*, que son mas venenosas y hacen arrojar sangre por la boca, las narices, los oidos y aun por los ojos.

El padre Inamma aunque hizo anatomía de varias culebras, no se atreve á decir en qué parte tienen el veneno; pero siendo tanta la analogía entre ellas y las víboras, tanto en la estructura de los colmillos como en el modo de comunicar el veneno, podrá afirmarse de aquellas lo que sabemos de estas por los exactos experimentos del doctor Mead, esto es, que el veneno se separa de la sangre en dos glándulas que se hallan tras de los ojos y sobre los músculos destinados á bajar la mandíbula superior, los cuales comprimiendo con su movimiento las glándulas, facilitan la separacion y salida del veneno. Estas dos glándulas grandes se componen de muchas pequeñas, todas contenidas en una membrana comun y cada una con su vaso secretorio. El veneno separado así de la sangre, pasa de estos vasos pequeños á uno grande, y de aquí á la vejiguilla de la encía que cubre los raigones de los cuatro colmillos principales. La culebra comprimiendo esta vejiguilla al erigir los dientes para morder, hace pasar el veneno á la cavidad de los dientes por el agujero que estos tienen junto á la raíz, y de allí le echa fuera por la abertura que los mismos dientes tienen en la extremidad.

Los remedios usados en la California contra el veneno de las culebras y otros animales, son parte internos y parte externos. El interno mas usual y eficaz es el de la *triaca humana*, así llamado, para mayor decencia, el excremento humano, fresco y disuelto en agua, que hacen beber al mordido. Esta bebida, aunque asquerosa, se toma sin repugnancia por el amor á la vida; además de que hallándose los mordidos casi fuera de sí por la turbacion y el temor, no suelen reparar en lo que se les da, como después de su curacion se lo confesó al padre Inamma un indio mordido por una culebra.

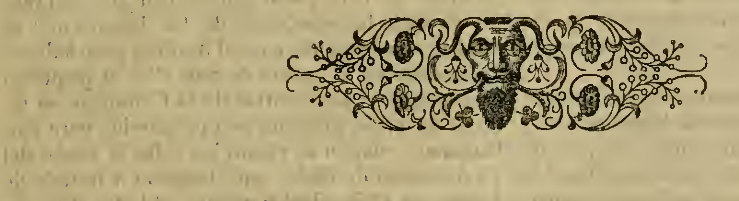
Los remedios externos mas comunes, á mas de las ligaduras que suelen hacerse para retardar la propagacion del veneno, son el colmillo del lagarto y la piedra de serpiente. El colmillo del lagarto tiene mucho crédito en toda la Nueva España, porque se cree un contraveneno eficacísimo. Se aplica á la herida, y para que obre mejor, se hace con él mas grande. Los que han experimentado este remedio dicen que muchas veces

revienta el colmillo con la actividad del veneno que se extrae. Lo que se llama *piedra de serpiente* no es otra cosa que cuerno de ciervo, quemado hasta cierto punto, el cual se aplica como el colmillo á la herida, y queda, como él, adherido á ella. Los que le han aplicado, afirman constantemente que extrae el veneno hasta que no pudiendo extraer mas, se desprende por sí mismo. Para que vuelva á servir le purgan primero del veneno de que se ha saturado, metiéndole en agua caliente, en cuya operacion, luego que llega al fondo del agua comienza á despachar hácia la superficie cierta espuma, que no cesa de despachar hasta que mudada el agua dos ó tres veces, queda del todo purgado.

Los indios de las islas Filipinas, que fueron los primeros que prepararon y esparcieron este antídoto, le hacen de esta manera. Despedazando el cuerno de ciervo, hacen con él en el suelo un monton piramidal, colocando alternativamente una capa de hollejos de arroz y otra de pedazos de cuerno. En una noche serena ponen fuego á los hollejos, que ardiendo poco á poco, queman medianamente el cuerno. Después dan á las piececitas quemadas la forma que quieren, haciéndolas por lo regular redondas y de figura de lenteja, las pulen con las hojas ásperas de un arbusto llamado *Is-is*, y finalmente, les dan lustre con un cuero curtido. Poniéndose con esta preparacion negras, lisas y lustrosas, se venden como piedras. En Méjico son comunmente conocidas con el nombre de *piedras de la China*, porque el vulgo llama China á la islas Filipinas; pero los mejicanos saben ya el modo de hacerlas.

Vallisnieri dice que todo lo que se cuenta de la piedra de serpiente es una ficcion de los indios, muy astutos para engañar á los europeos, y que él se desengañó con muchos experimentos, y descubrió que aquellas piedras tan ponderadas no eran mas que huesos de buey quemados y bien bruñidos. Pero si las que él usó no eran mas que huesos de buey, no es extraño que sus experimentos no hubieran tenido buen resultado. El San Bomare en el artículo *Piedra de serpiente*, que contiene algunos errores, habla de ella con desprecio; pero da á entender que ni la ha visto ni sabe lo que es; porque si lo hubiera sabido, habria hablado de otro modo, pues en el artículo *Ciervo* dice que *el cuerno de este cuadrúpedo abunda en sal volátil y es un excelente contraveneno.* El padre Vaniere en su excelente poema intitulado *Prædium Rusticum*, describe en el libro 3º la piedra de serpiente de esta manera:

Est lapis Eoo nuper delatus ab orbe,
Subniger, et levior, serpentum nomine dictus
Quem si tecum habeas secura innoxius angues
Jam poteris tractare manu. Serpentis ad ictum
Applicitus lapis in se trahit omne venenum,
Quod removet vel aqua mersus, vel lacte tepenti.
Quin et mortiferam lapis idem sugit ab altis
Vulneribus tabem, plagæque tenacius hæret,
Ebrius exhausta sanie, dum labitur ultro.



APENDICE.

Teniendo ya concluida la traduccion que antecede de la Historia de la California, me ha parecido conveniente formar este apéndice para exponer varios sucesos posteriores á la salida de los reverendos padres jesuítas de aquella península, que se hallan en esta obra desfigurados y confundidos, por defecto, como es de creer, de las cartas á que se refiere su autor; é igualmente para dar alguna idea de los progresos que ha logrado el cristianismo en aquellos países, valiéndome para el efecto de las noticias vertidas por el reverendo padre fray Francisco Palou en la relacion que publicó en 1787 de la vida del reverendo padre fray Junípero Serra y de otras mas recientes que he podido adquirir.

Hecha en esta Nueva España la expulsion de dichos padres jesuítas el dia 25 de junio de 1767, resolvió el excelentisimo señor virey marqués de Croix, de acuerdo con el ilustrísimo señor don José de Galvez, visitador general del reino, encomendar al apostólico colegio de San Fernando de Méjico[1] las misiones que tenia la sagrada Compañía de Jesús en la California, exceptuando solamente las cuatro mas adelantadas, porque se pensaba poner en ellas sacerdotes seculares para su gobierno y direccion. El colegio admitió gustoso este encargo, y en desempeño de tal confianza destinó luego doce de sus religiosos para que fuesen á recibir aquellas misiones, nombrando por presidente al reverendo padre fray Junípero Serra. Sin pérdida de tiempo salieron de esta capital en 14 de julio del citado año, y en 21 de agosto siguiente llegaron al pueblo de Tepic, donde se les unieron después otros misioneros despachados por el mismo colegio para completar el número de diez y seis, igual al de los padres jesuítas que habia en la California, pues ya el ilustrísimo señor obispo de Guadalajara habia representado al gobierno la falta que tenia de clérigos y la necesidad en que aun se hallaban aquellas misiones de ser administradas por religiosos. Juntos ya todos en Tepic, solo aguardaban para emprender su viaje la conclusion de los buques que se estaban construyendo con tal destino; pero habiendo anclado en el puerto de San Blas el paquebot que condujo á los jesuítas de la California en febrero de 1768, tuvieron esta proporcion para embarcarse, y dando al viento las velas la noche del 12 de marzo de dicho año, llegaron á la rada de Loreto en 1º de abril siguiente. Al otro dia (sábado de Gloria) saltaron en tierra, y pasada la Pascua se dividieron para ir cada uno á recibir la mision que se le habia encomendado, encargándose por entonces de la de Loreto el citado padre presidente.

Recibidas en efecto las misiones, procuraron informarse de la forma de gobierno y ejercicios particulares que se habian observado en ellas hasta entonces, para no hacer variacion ninguna, conforme á las órdenes que llevaban de Méjico; y así continuaron administrándolas hasta el año de 1774 en que las entregaron á los reverendos padres domínicos, como diremos adelante.

En mayo de 1769 habiendo hallado lugar á

1 Este colegio de religiosos franciscanos misioneros apostólicos fué erigido por real cédula de 15 de octubre de 1734. *Gaceta de Méjico del mes de mayo de* 1734.

propósito para establecer una mision en el paraje nombrado por aquellos indios *Vellicatá*, distante como 60 leguas hácia el Norte de la de San Francisco de Borja, resolvió hacer esta fundacion el reverendo padre fray Junípero, como lo verificó en 14 de dicho mes, dando á aquella mision el nombre de *San Fernando*, y encargándola al cuidado del padre fray Miguel de la Campa, que antes regia la de San Ignacio en Kadakaaman.

Concluida esta fundacion, se hicieron expediciones por mar y tierra para ocupar el puerto de San Diego en 32° 48', á donde llegaron en 1º de julio de 1769 el padre fray Junípero y otros cuatro religiosos que lo acompañaban. Aquel país era ya distinto del que dejaban atrás; la tierra se mostraba mas fértil y frondosa, y no se veia en ella la abundancia de piedras y espinas que en aquellos parajes antes conocidos: los arroyos y torrentes eran mas frecuentes, y mejores sin comparacion los caminos; habia montes altísimos, pero todos de tierra, y por último, hallaron allí algunas rosas de las que en Méjico se conocen por de Castilla, y gran número de parras buenas y robustas que en varios parajes estaban cargadas de muchísimas uvas. Tales circunstancias, añadidas á la multitud de la gente que habitaba estas tierras, convidaban el apostólico celo de aquellos religiosos á establecer allí algunas misiones para predicar el Evangelio entre tantos gentiles. En efecto, luego que se despachó por tierra una expedicion para ocupar el puerto de Monterey, fundó el padre fray Junípero la mision de San Diego en el puerto de este nombre el dia 16 de julio del expresado año de 69, dedicándose con la gente que habia quedado allí á formar algunas barracas para que sirviesen de iglesia y de vivienda ínterin se disponia otra cosa, y á ir atrayendo á los gentiles con algunos regalos para aficionarlos á su trato y comunicacion, y así poder lograr su catequismo: ellos, codiciosos de la ropa y de otras cosas de los españoles, se entregaron al robo de cuanto podian, hasta intentar en un asalto que dieron á las misiones quitarles á todos la vida para aprovecharse de los despojos; pero habiendo experimentado bien á costa suya la superioridad de las armas de fuego y el valor de nuestra gente, la trataron después con mayor respeto, conteniéndolos el temor en los límites de su deber.

La expedicion hecha en busca del puerto de Monterey se regresó á San Diego sin haberlo hallado (acaso por defecto de las noticias que habia de su situacion); pero habiéndose repetido otras expediciones por mar y tierra, lograron descubrirlo en mayo de 1770: dicho puerto, en que habia estado en 1603 la expedicion del general don Sebastian Vizcaino, se halla cerca de los 37 grados de latitud, y hácia los 38 está el de San Francisco, que habia descubierto la primera expedicion hecha en 1769. Todo el país que media entre el puerto de San Diego y el de San Francisco, á que se ha dado el nombre de *Nueva California*, goza un clima favorable, terreno fértil y abundancia de agua y de mantenimientos; calidades todas que influyen en la mejor índole y disposicion de sus habitadores, y que han proporcionado considerables ventajas á las misiones establecidas allí después.

Habíase proyectado poner otras cinco misiones desde la de San Fernando hasta la de San Diego: con este fin salieron del colegio de San Fernando de Méjico en octubre de 1770 veinte religiosos, quienes por varias dificultades y contratiempos que les acaecieron en el viaje, no llegaron á Loreto hasta noviembre de 1771, y entonces se suspendió hacer aquellas fundaciones por falta de la tropa necesaria. Por este tiempo resultó tambien la pretension de los reverendos padres domínicos de Méjico de tener parte en estas conquistas espirituales, para lo cual habian conseguido cédula del rey, en que mandaba su majestad se les entregase una ó dos misiones con frontera de gentiles. En cumplimiento de esta órden les previno el excelentísimo señor virey don Antonio María Bucareli tratasen y se pusiesen de acuerdo en este punto con el reverendo padre guardian del colegio de San Fernando, quien enterado de la solicitud de aquellos padres por nueva real cédula que habian conseguido y considerando los inconvenientes que podrian resultar de la concurrencia de las dos religiones en un propio terreno, expuso al reverendo padre prelado domínico que si queria hacerse cargo de todas las misiones que antes corrian al de los padres jesuítas, inclusa la de San Fernando, fundada nuevamente, estaba pronto á cedérselas, pues de este modo quedaria á su órden la frontera de gentiles que deseaba desde la citada mision de San Fernando hasta el puerto de San Diego, en cuyo espacio de cien leguas estaba mandado se fundasen otras cinco misiones, de cuyo establecimiento podria tambien encargarse. Convenido en todo esto aquel prelado y aceptada la cesion que le hacia el del colegio de San Fernando, se dió cuenta al excelentísimo señor virey con el contrato firmado por uno y otro, y su excelencia lo aprobó y confirmó en junta de guerra y real hacienda celebrada en 30 de abril de 1772, con cuya fecha expidió el decreto para su cumplimiento.

En mayo de 1774 llegaron á la California los reverendos padres domínicos comisionados para recibir las citadas misiones, las cuales les entregó en el propio mes el reverendo padre fray Francisco Palou, que tenia entonces el gobierno de ellas por haber pasado el padre presidente á los nuevos descubrimientos que quedan referidos. Con esta entrega se hallaron libres ya los padres fernandinos para poder dedicar todo su celo y apostólicas fatigas á la conversion de las numerosas naciones halladas desde el puerto de San Diego hasta el de San Francisco, y los padres

domínicos quedaron con el cuidado de todo el terreno comprendido desde el citado puerto de San Diego hasta el cabo de San Lúcas, que es propiamente la península de California.

Parte de los religiosos que regian aquellas misiones se volvió al colegio de San Fernando, y los demás en número de nueve subieron á la Nueva California ó países del Norte que acababan de descubrirse, para dedicarse á la conversion de los gentiles que los habitaban. Ya por este tiempo habia fundado el reverendo padre fray Junípero cuatro misiones en aquellas tierras; la primera nombrada *San Cárlos* en el puerto de Monterey, en 3 de junio de 1770, á los 36 grados 44', que después se trasladó en fines del año de 1771 á las orillas del rio Carmelo, alejándose como una legua del sitio que antes ocupaba y del presidio establecido en dicho puerto; la segunda de *San Antonio de Padua*, á mediados de julio del año de 71, á los 36 grados y 30' en un plan muy ameno, distante 25 leguas al Sursudueste de Monterey; la tercera de *San Gabriel*, en principios de setiembre del mismo año de 71, á los 34 grados 10', distante como 40 leguas al Norte del puerto de San Diego, y la cuarta de *San Luis*, á 1º de setiembre de 1772, en un terreno bueno situado á los 35 grados 36 minutos de latitud.

En 1772 salió el citado padre fray Junípero Serra de la Nueva California para representar en Méjico al excelentísimo señor virey los auxilios que consideraba necesarios para la subsistencia de aquellos tiernos establecimientos y para que se pudiesen hacer otros en adelante, y conseguido cuanto solicitaba, se volvió para sus misiones en principios del año de 1774. Por resultas de esta diligencia se resolvió el establecimiento de dos presidios de tropa en los puertos de San Diego y San Francisco; que se formalizase el departamento de marina de San Blas (cuyo puerto estaba para abandonarse) para la mas fácil y pronta comunicacion con aquellos países; que se hiciese una expedicion para abrir paso por el rio Colorado desde la Nueva California á las provincias de Sonora y Sinaloa, como se verificó, fundando allí dos misiones los padres del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro (las cuales quemaron los bárbaros yumas en 1781, matando á sus cuatro misioneros y á otras varias personas) y finalmente, que se diesen algunos otros auxilios á aquellas misiones.

La de San Diego, que habia seguido con felicidad desde sus principios, experimentó un funesto desastre la noche del 4 de noviembre de 1775, pues conspirando contra ella y sus misioneros un crecido número de gentiles, instigados de dos neófitos apóstatas, acometieron aquella noche y prendieron fuego á la iglesia, sacristía y viviendas de los misioneros y demás gente que allí habitaba, é igualmente la casa que servia de cuartel, mientras que dormian en ella un cabo y tres soldados. Despiertos estos, acudieron luego á las armas, y agregándoseles el carpintero de la mision, se defendieron con gran valor, sin mas reparo contra las flechas enemigas que tres tapias bajas de adobe: allí ocurrieron á refugiarse uno de los misioneros y dos niños hijo y sobrino del teniente del presidio que se hallaban en la mision. El padre fray Luis Tayme, que era el otro misionero, viendo arder toda la vivienda salió afuera, y asiéndolo los enemigos, le quitaron cruelmente la vida, mientras él los exhortaba al amor de Dios: mataron tambien á un herrero que se hallaba allí, y quedaron heridos el padre fray Vicente Fuster, el cabo y los tres soldados de la mision, y el carpintero del presidio, el cual murió de resultas á pocos dias. La gente del presidio hallándose entregada al sueño, no supo nada de esta desgracia hasta el dia siguiente, en que ya los enemigos se habian retirado; y así no pudo acudir á la defensa de la mision, como tampoco los neófitos de ella, temerosos del crecido número de los enemigos que poniéndoles centinelas á las puertas de sus casillas, les amenazaron con la muerte si acaso intentasen salir de ellas. La mision quedó arruinada toda por el fuego y saqueada de cuanto tenia mas precioso por aquellos bárbaros gentiles; pero después se restableció por octubre del siguiente año 1776.

Poco después de dicho restablecimiento se fundó el 1º de noviembre la mision de *San Juan Capistrano*, situada en buen terreno á los 33° 26' y distante 96 leguas de la mision de San Diego y 18 de la de San Gabriel al Noroeste. En 9 de octubre del mismo año de 76 se fundó tambien la mision de *San Francisco* en el puerto de este nombre, situado á los 37° 56', donde antes se habia establecido ya un presidio de tropa. En 18 de enero de 1777 se hizo la fundacion de la mision de *Santa Clara*, situada á los 37° 20', y distante 15 leguas al Sueste de la de San Francisco; y en noviembre de 1777 se fundó un pueblo de españoles en distrito de la mision de Santa Clara nombrado San José de Guadalupe.

En 31 de marzo de 1782 se fundó la mision de *San Buenaventura* en un paraje cerca de la playa al principio del canal de Santa Bárbara, situado á los 34° y 36', y á 9 leguas de allí se estableció el año siguiente el presidio de Santa Bárbara. Finalmente, se fundaron otras cuatro misiones después del fallecimiento del citado padre presidente fray Junípero Serra (acaecido en agosto de 1784), nombradas *Santa Bárbara, la Purísima Concepcion, Santa Cruz y la Soledad.* La primera en 4 de diciembre de 86 á los 34° 38', distante 8 leguas de la de San Buenaventura; la segunda en 8 de diciembre de 1787, á los 35°, 20 leguas distante de la de Santa Bárbara; la tercera en 28 de agosto de 91 á los 37° y distante 19 leguas por la costa de la de San Cárlos, y la cuarta en 9 de octubre del propio año de 91, distante 11 leguas de la de San Antonio y situada en 36° 38' de latitud.

Estas son las misiones que hasta fin del año próximo anterior de 96 tenian fundadas los religiosos fernandinos en la Nueva California, y en principios del presente año se habrá verificado la ereccion de otras cinco que estaban resueltas, cuyos ministros salieron de esta capital para el efecto en fines del inmediato año pasado.

El número de bautismos hechos en las 13 misiones referidas, esto es, desde la de San Diego hasta la de San Francisco, que es la mas setentrional, ascendió á 21.653 hasta fin de diciembre de 1796, y existian en ellas en aquella fecha 11.216 personas. En la antigua California sabemos que tenian los reverendos padres domínicos hasta fin de dicho año 17 misiones; pero ignoramos cuánto fuese el número de sus bautismos. Tampoco sabemos cuáles sean las misiones que ha fundado la órden de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, pues en la península, bien que no falta razon para inferir que dos de ellas sean las de Santo Domingo, que segun se figuran en la carta de la California publicada en la relacion de la vida del citado padre Junípero, se hallan, la segunda mas arriba de los 31°, altura á que no llegaba ninguna de las que fundaron los regulares de la Compañía de Jesús, y la otra, esto es, la de Santo Domingo, poco mas abajo. A mas de esto, comparando los nombres que ponemos abajo[1] de las 17 misiones que existian en fin de 1796, con los que constan en la antecedente historia de las 14 que quedaron en principios de 1768, se advierte diferencia en varios de ellos, y es de inferir se hayan mudado á otros lugares aquellas misiones y dádoseles con este motivo nombres distintos.

La diferente calidad de terreno de la Nueva California respecto de la antigua ha facilitado á los padres fernandinos mayores ventajas en sus misiones, la fertilidad de las tierras, el buen temple y sanidad de su clima, la abundancia de agua y de pastos, les proporcionan cosechas suficientes para la mantencion de sus neófitos, sin necesidad de recurrir á la Nueva España para proveerse de víveres, y un éxito muy favorable en la cria de ganados que se han propagado considerablemente: de sus lanas apreciables se tejen allí mismo las telas necesarias para el vestido de las gentes, se curan tambien las pieles para hacer corazas, calzados, etc., y acaso pudieran hacer aquellos pueblos un comercio lucrativo en granos y otros frutos para proveerse de varios efectos que necesitan, si no la dificultase la mucha distancia en que se hallan.

Tales son los frutos que han producido á la Iglesia y al estado las fatigas y vivo anhelo por la mayor gloria de Dios y bien de las almas, de aquellos ejemplares varones que con su predicacion, su constancia y su sufrimiento abrieron paso al Evangelio entre las naciones de la California; del apostólico celo y continuos afanes con que otros beneméritos religiosos han procurado propagar el cristianismo y civilizacion en aquellas remotas tierras; de la piedad de varios bienhechores que con crecidas limosnas han ayudado á estos progresos, y de la real munificencia y católico celo de nuestros soberanos, que á costa de grandes gastos y desvelos han procurado extender la fe de Jesucristo hasta las mas remotas provincias de la América, al paso que esta misma fe ha ido perdiendo tanto de su antiguo dominio en otros reinos de la Europa.

1 Misiones que habia en la antigua California en fin del año de 1796.

Nuestra Señora de Loreto.—San Francisco Javier.—Todos Santos.—San José del Cabo.—San José Comondú.—La Concepcion.—Santa Rosalía Mulegé.—San Ignacio.—Santa Gertrudis.—San Francisco de Borja.—San Fernando.—El Santísimo Rosario.—Santo Domingo.—San Vicente Ferrer.—Santo Tomás.—San Miguel.—San Pedro Mártir.

FIN DE LA OBRA.

RELACION HISTORICA

DE

LA VIDA DEL VENERABLE PADRE

FRAY JUNIPERO SERRA.

EL EDITOR.

Como la obra del padre Clavijero que hemos publicado solo comprende la Historia de la Baja California, única que conocieron los jesuítas, nos ha parecido que debiamos completar este valúmen con la "Vida de fray Junípero Serra," escrita por su compañero el padre fray Francisco Palou, por ser ella, mas que la biografía de aquel venerable religioso, la historia de las primeras tentativas de colonizacion en la Alta California.

Fué al principio nuestro ánimo refundir este escrito desechando todos los pormenores para conservar tan solo la parte histórica. Esta idea, tan sencilla en teoría, presentaba en la práctica graves dificultades, por hallarse entremezcladas de tal manera ambas cosas, que para conseguir que desapareciese casi del todo el héroe de la narracion, era preciso variar esta de tal manera que mas bien seria una obra nueva que un compendio de la antigua. Por otra parte, el estilo no podria menos de quedar confuso y abigarrado, atendiendo á la imposibilidad casi absoluta de que dos personas diversas escriban de una manera enteramente uniforme.

¿Y para qué tanto trabajo? ¿Por qué al mismo tiempo que la relacion histórica no hemos de ofrecer á nuestros lectores la relacion de tantas virtudes? Afortunadamente el autor de la obra sin permitirse erudiciones inoportunas, narra en estilo llano y agradable lo que él mismo vió ó supo con toda certeza, afirmándolo con documentos oficiales. Dejemos, pues, su obra como está, que por desgracia los bienhechores de la humanidad no son tan numerosos que podamos descuidarnos en publicar sus hechos. Seguros estamos de que nuestros lectores no tomarán á mal que contribuyamos á extender las noticias de los apóstoles de nuestro suelo. Si nos interesa vivamente la relacion de las hazañas de los que el mundo llama sus héroes, ¡cuánto mas hermoso es el espectáculo de los héroes del cristianismo, cuyo camino no va marcado por sangre, cadáveres y ruinas, sino por todos los beneficios de la paz y la civilizacion! Por nuestra parte preferimos recrearnos en la contemplacion de esas conquistas espirituales, en que sin mas armas que la razon se extendian las fronteras del mundo civilizado; preferimos contemplar á esos varones, mas celestiales que terrenos, mas ángeles que hombres, renunciar á todos los goces de la vida social para ir á procurar el bien de salvajes desconocidos: no queremos privar de tan bello cuadro á nuestros lectores y les ofrecemos íntegra esta obra como salió de manos de su autor. Solo debemos advertir que aunque su publicacion hacia, al parecer, inútil la del *Apéndice* del señor Troncoso que teniamos ofrecido, no hemos querido omitirlo, ya por su corta extension, ya porque adelanta un poco mas que la vida de fray Junípero y viene á ser tambien como un extracto ó índice de esta para retener mas fácilmente en la memoria los principales sucesos.

CAPITULO I.

NACIMIENTO, PATRIA Y PADRES DEL VENERABLE PADRE FRAY JUNIPERO SERRA. TOMA EL SANTO HABITO, Y EJERCICIOS QUE TUVO EN LA PROVINCIA ANTES DE PRETENDER SALIR PARA LA AMERICA.

El infatigable operario de la viña del Señor el venerable padre fray Junípero Serra, dió principio á su laboriosa vida el dia 24 de noviembre del año de 1713, naciendo á la una de la mañana en la villa de Petra de la isla de Mallorca. Fueron sus padres Antonio Serra y Margarita Ferrer, humildes labradores, honrados, devotos y de ejemplares costumbres. Como si tuvieran anticipada noticia de lo mucho que el hijo que les acababa de nacer se habia de afanar á su tiempo para bautizar gentiles, se afanaron los devotos padres para que se bautizase el mismo dia que nació. Pusiéronle por nombre Miguel José, los que conservó en la confirmacion, que recibió el 26 de mayo de 1715 en la misma parroquia de dicha villa en que habia sido bautizado.

Instruyéronlo los devotos padres desde niño en los rudimentos de la fe y en el santo temor de Dios, inclinándolo desde luego que empezó á andar, á frecuentar la iglesia y convento de San Bernardino que en dicha villa tiene aquella santa provincia, de cuyos religiosos era el padre muy querido, y en cuanto llevó al niño Miguel al convento, robó á todos el afecto. Aprendió en dicho convento la latinidad, de que salió perfectamente instruido, y al mismo tiempo se habilitó en el canto llano, por la costumbre que tenia el religioso maestro de gramática de llevar los dias festivos á sus discípulos al coro á cantar con la comunidad. De este santo ejercicio y devotas conversaciones que oia á sus devotos padres, nacieron en su corazon muy temprano unos fervorosos deseos de tomar el santo hábito de nuestro seráfico padre san Francisco, sintiendo la falta de edad para ello.

Conociendo sus devotos padres la vocacion del hijo, en cuanto tuvo edad le llevaron á la ciudad de Palma, capital de aquel reino, á fin de que se aplicase á los estudios mayores; y para que no olvidase la doctrina y buenas costumbres que desde niño le habian enseñado, lo encomendaron á un devoto sacerdote beneficiado de la catedral, quien viendo la aplicacion del muchacho en el estudio de la filosofía, que empezó á cursar en el convento de nuestro padre San Francisco, y la vocacion de ser religioso, lo enseñó á rezar el oficio divino, haciéndole rezar en su compañía, dejándole lo demás del tiempo para el estudio.

A poco tiempo de estar en la ciudad, que se le aumentaron los deseos de ser religioso, se presentó á nuestro muy reverendo padre fray Antonio Perelló, ministro provincial que era segunda vez de dicha provincia, pidiéndole el santo hábito. Dilatóse algun tiempo considerándolo muy muchacho; pero informado de que ya tenia edad cumplida, no obstante de pequeña estatura y enfermizo, lo admitió y tomó el hábito en el convento de Jesús, extramuros de la ciudad, el dia 14 de setiembre de 1730, siendo de edad de diez y seis años, nueve meses y veintiun dias. En el año del noviciado aprovechó en el ejercicio de las virtudes, aplicándose á imponerse en todo lo perteneciente á nuestra seráfica regla y preceptos en ella contenidos, para cuando llegase el tiempo de la profesion tener perfecto conocimiento de lo mucho que habia de prometer á Dios en la profesion. Para animarse para ella leia en los libros místicos y devotos las mayores cosas que Dios y nuestro seráfico padre san Francisco nos prometen si guardamos lo que en la profesion prometemos.

Los libros que mas leia y que le llevaban la

atencion, eran las crónicas de nuestra seráfica religion, regocijándose en la vida de tantos santos y venerables como en ellas se cuentan, leyendo sus vidas con tanta atencion y ternura, que parecia le habian quedado impresas en su memoria, de modo que referia la vida y ejemplares hechos de cualquiera de ellos, como si los acabase de leer, quedando admirados cuantos lo oiamos hablar de este asunto, y de la seráfica historia; y cuando le llegaba noticia de la beatificacion de algun venerable, se llenaba su corazon de gozo y referia su vida como si la acabase de leer en la crónica.

De este devoto ejercicio de la leyenda de las vidas de los santos le nacieron desde novicio unos vivos deseos de imitarlos en cuanto le fuese posible, causando dicha leyenda lo mismo que causó en San Ignacio de Loyola, y lo que principalmente consiguió de dicha devota leyenda fué un gran deseo de imitar á los santos y venerables que se habian empleado en la conversion de las almas, principalmente de los gentiles y bárbaros, deseando imitarlos hasta en dar la vida y derramar su sangre como ellos lo habian practicado: así lo oí de dicho mi venerado padre, que hablándome de su llamamiento para dejar su patria y venir á las Indias, me dijo con ternura de corazon y lágrimas en los ojos: "No ha sido otro " el motivo que revivir en mi corazon aquellos " grandes deseos que tuve desde novicio leyendo " las vidas de los santos, lo que se me habia amortiguado con la distraccion de los estudios; pero " demos muchas gracias á Dios que empieza á " cumplir mis deseos, y pidámosle sea para " mayor gloria suya y conversion de las almas."

Cumplido el año de la aprobacion profesó en dicho convento de Jesús el dia 15 de setiembre de 1731 tomando el nombre de Junípero por la devocion que tenia á aquel santo compañero de nuestro seráfico padre san Francisco, cuyas santas sencilleces y gracias de la gracia celebraba y referia con devocion y ternura. Fué tanto el júbilo y alegría que le causó la profesion, que en toda su vida no lo olvidó, sino que renovaba los votos y profesion todos los años, no solo el dia de la profesion de nuestro seráfico padre san Francisco, sino tambien siempre que asistia á la profesion de algun novicio. Y siempre que se acordaba del gozo que tuvo en su profesion y que hablaba de ella, prorumpia en estas palabras. *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa:* Viniéronme por la profesion todos los bienes. " Yo, decia, en el noviciado estuve casi siempre " enfermizo, y tan pequeño de cuerpo, que no " alcanzaba al facistol ni podia ayudar á los " connovicios en los quehaceres precisos del noviciado, por cuyo motivo solo me empleaba el " padre maestro en ayudar las misas todas las " mañanas; pero con la profesion logré la salud " y fuerzas, y conseguí el crecer hasta la estatura mediana; todo lo atribuyo á la profesion, de " la que doy infinitas gracias á Dios."

En cuanto profesó nuestro padre Junípero, lo mudó la obediencia al convento principal de la ciudad á estudiar los cursos de filosofía y teología, y de tal manera aprovechó, que antes de ordenarse de sacerdote ni tener tiempo para ello, ya lo eligió la provincia lector de filosofía para el mismo convento, en donde leyó los tres años con grande aplauso, logrando tener mas de setenta discípulos entre religiosos y seculares, que aunque no todos siguieron el curso, los mas prosiguieron los tres años y lo concluyeron muchos de los seculares borlados ya en dicha facultad, obteniendo por la universidad Lulliana el grado de doctores. Antes del año de concluida la filosofía, obtuvo el reverendo padre lector Junípero el grado de doctor de sagrada teología por la dicha universidad, en la que regenteó la cátedra de prima del sutil maestro hasta la salida de la provincia, y en ella se desempeñó con grande fama de docto y profundo á satisfaccion así de la provincia como de la universidad, y en la dicha facultad sacó á muchos de sus discípulos borlados de doctores.

Las precisas ocupaciones de la cátedra literaria no le impedian para emplearse en la del Espíritu Santo, encomendándole los sermones panegíricos de los principales asuntos y grandes festividades, y siempre fué el desempeño con aplauso de los hombres mas doctos que lo oian. El último panegírico que predicó fué encomendado de la universidad, en la solemnísima fiesta que el 25 de enero celebra á su patron y compatriota el iluminado doctor el beato Raimundo Lulio, á que asiste la universidad formada y los hombres mas doctos de la ciudad; y como su reverencia pensaba seria el último (como lo fué en su patria), parece que echó el resto de su habilidad para crédito de la provincia, dejando á todos admirados. Oí en cuanto acabó el sermon á un jubilado excatedrático de mucha fama, de cátedra y púlpito y nada apasionado al predicador, esta expresion: *Digno es este sermon de que se imprima con letras de oro.* Pero estaba ya bien lejos de recibir tan honrosas expresiones, pues solo pensaba cómo salir á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, para lo que estaba entonces esperando por instantes la patente, como luego veremos.

No era menor el crédito en que estaba para sermones morales. Buscábanlo de las villas mas principales para que les fuese á predicar la cuaresma, en lo que se ocupaba todos los años, dejando sustituto para la cátedra, y se iba por las cuaresmas á emplear en la conversion de los pecadores, que con su fervoroso celo, grande habilidad, inventivas y sonora voz con que Dios lo habia dotado, dispertaba á los pecadores del pesado sueño del pecado, y se convertian á Dios á pesar del mortal enemigo, quien claro lo dió á entender en la villa de Selva.

Predicaba la cuaresma en dicha villa el año de 1747, y estando en lo mas fervoroso de uno de los sermones, se levantó una mujer del auditorio que estaba obsesa (como después supo por el señor rector ó cura), y encarándose muy furiosa con el fervoroso padre, llena de cólera dijo en alta voz que oyó el auditorio: *Grita, grita, que por esto no acabarás la cuaresma.* Estuvo tan lejos de aflojar en el fervor de sus sermones ni de dar crédito al dicho del demonio ó de la mujer endemoniada, que antes bien creyó lo contrario, pues ofreciéndosele á su reverencia el escribirme aquellos dias, me puso esta cláusula: "Gracias á " Dios, gozo de salud, y espero así acabar la cua- " resma, porque el padre de la mentira ha pu- " blicado que no la acabaré, y como no sabe de- " cir verdad, espero concluirla sin novedad en " la salud:" así sucedió, y regresado al convento, preguntándole sobre dicha cláusula, me refirió lo que llevo expresado.

CAPITULO II.

LLÁMALO DIOS PARA DOCTOR DE LAS GENTES, SOLICITA PATENTE PARA INDIAS Y CONSÍGUELA. SE EMBARCA PARA CADIZ Y LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO.

En el tiempo en que el reverendo padre lector fray Junípero se hallaba en las mayores estimaciones y aplausos, así en la religion como afuera, y que podia esperar los correspondientes honores á sus méritos, fué hecha sobre él la voz divina llamándolo para doctor de las gentes, tocándole el corazon, para que dejando su patria, padres y su santa provincia, saliese á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, que por falta de quien les enseñe el camino del cielo se condenan. No se hizo sordo á esta voz interior del Señor, que encendió en su corazon el fuego vivo de la caridad del prójimo, y le nació de ello unos vivos deseos de derramar su sangre, si necesario fuera, para lograr la salvacion de los miserables gentiles, reviviendo en su corazon aquellos deseos que sentia cuando novicio, amortiguados por la distraccion de los estudios. Pero en cuanto sintió de nuevo la vocacion, consultóla con Dios en la oracion, poniendo por intercesores á su purísima Madre y á san Francisco Solano, apóstol de las Indias, pidiéndoles que si era de Dios dicha vocacion, tocase el corazon á alguno que lo acompañase en la empresa y tan dilatado viaje.

No obstante que su reverencia guardaba en lo mas secreto de su corazon esta vocacion, quiso Dios que de una conversacion que oyó el reverendo padre lector fray Rafael Verger, catedrático que era entonces de filosofía y á la presente obispo del nuevo reino de Leon, entendiese que un religioso de la provincia intentaba salir para las Indias á la conversion de los gentiles. Luego me lo comunicó (por la estrechez que teniamos), aunque siempre me dijo que no lo sabia cierto, sino que lo inferia de una proposicion enigmática que oyó, y que no nombraban sugeto; pero que desde que oyó dicha proposicion se habian entrado en su corazon vivos deseos de practicar lo propio, y que si no estuviese amarrado con la cátedra, haria lo mismo: varias ocasiones hablamos los dos del asunto, por lo que se me pegaron los mismos deseos.

Haciamos ambos la diligencia de indagar si era verdad lo que habia inferido y quién fuese el religioso, y nada pudimos rastrear; no obstante que esto bastaba para desvanecer la especie, sentiamos ambos mas y mas deseos de venir para las Indias.

Yo, que me hallaba mas libre para que no se me dificultase por parte de la provincia, estaba para resolverme y poner la pretension para la licencia. No quise deliberar sin primero consultarlo con mi amado padre maestro y lector fray Junípero Serra. Logrando un dia la ocasion de haber venido á la celda de mi habitacion y que estábamos solos, le comuniqué lo que sentia en mi corazon, suplicándole me diese su parecer. Al oir mi propuesta se le saltaron las lágrimas, no de pena, como yo juzgué, sino de gozo, diciéndome: "Yo soy el que intento esta " larga jornada; mi pena era el estar sin com- " pañero para un viaje tan largo, no obstante " que no por esta falta desistiria: acabo de hacer " dos novenas á la purísima Concepcion de Ma- " ría santísima y á san Francisco Solano, pi- " diéndoles tocase en el corazon á alguno para " que fuese conmigo si era la voluntad de Dios, " y no menos que ahora venia resuelto á ha- " blarle y convidarle para el viaje, porque desde " que me resolví he sentido en mi corazon tal " inclinacion á hablarle, que esta me hizo pen- " sar que vuestra reverencia se animaria. Y " supuesto que lo que con tanto secreto he guar- " dado en mi corazon ha llegado á noticia de " vuestra reverencia por el conducto que me di- " ce, sin saber quién era, al mismo tiempo que " yo pedia á Dios tocase el corazon á alguno y " sentia mi total inclinacion á vuestra reveren- " cia, sin duda será la voluntad de Dios. No " obstante, encomendémoselo al Señor, y haga " lo mismo que yo he practicado de las dos no- " venas y guardemos ambos el secreto." Así lo practicamos, y concluidas resolvimos seguir la vocacion y correr las diligencias para el efecto.

Ingrato fuera si callara lo dicho, pues confieso deber á las oraciones de mi venerado padre lector Junípero el verme entre los misioneros de *Propaganda fide;* felicidad tan grande, que en sentir de la venerable madre es envidiable de los bienaventurados, como lo escribió dicha sierva de Dios á los misioneros de mi seráfica religion empleados en la conversion de los gentiles de la custodia del Nuevo Méjico, cuya carta copiaré á

lo último si tengo lugar, pues es bastantemente eficaz para animar á todos á que vengan al trabajo de la viña del Señor, y confirma y aprueba el régimen que acostumbramos en estas misiones. Y asimismo á su ejemplo deben todos los demás religiosos que de dicha provincia han venido para los colegios, dicha felicidad, como tambien la provincia le debe que por el ejemplo de su esclarecido hijo haber logrado otro tan fervoroso, que después de haber convertido muchísimos gentiles á nuestra santa fe, derramó su sangre y gustoso rindió la vida para que se lograse la conversion de los demás, siendo este martirio de tanta gloria y honor para su santa madre, como tambien el ver otro hijo suyo gobernando la mitra del nuevo reino de Leon, honrando no solo á su provincia, sino á toda la religion seráfica, y puede gloriarse que si se privó de un Junípero por haberse trasplantado á la América, este por su fecundidad ha reengendrado y dado á la Iglesia santa una selva de Juníperos, todos hijos de su apostólico celo (como veremos á su tiempo), que todo redunda en honor de la provincia y del apostólico colegio de San Fernando, jardin á donde la trasplantó su ejemplar vocacion, tan envidiada de aquella como de toda su patria admirada, para cuyo seguimiento practicó lo siguiente.

Luego que se vió con compañero, escribió á los reverendísimos comisarios generales de la familia y de Indias, pidiéndoles la licencia para pasar á la América á la conversion de los gentiles: respondió el reverendísimo de Indias dificultándolo, porque solo dos comisarios habia en España de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de Méjico, y estos con las misiones ya completas en la Andalucía en vísperas de embarcarse, pero que nos tendria presentes para la primera ocasion, añadiendo que podria haber inconveniente por no ser del continente de España.

No por esto desistió de su intento el fervoroso padre Junípero ni se entibió en la vocacion, antes sí repitió carta á su reverendísima, suplicándole que si por ser de isla habia de haber dificultad, nos facilitase la licencia para incorporarnos á alguno de los colegios del continente de España para obviar todo impedimento. En este estado se hallaba la pretension cuando se acercaba la cuaresma del año de 49, que tenia encomendada el reverendo padre Junípero para predicarla en la parroquia de su patria la villa de Petra, y dejándome encomendado el asunto, que estaba en secreto de los dos, se partió para su destino.

No se olvidó nuestro reverendísimo padre comisario general de Indias, fray Matías Velasco, de nuestra pretension, ni omitió diligencia alguna para darnos el consuelo á que aspirábamos; sino que luego que recibió la primera carta, la despachó á los comisarios de los citados colegios que se hallaban en Andalucía, encargándoles que si se les desgraciase alguno nos tuviesen presentes. Llegó tan á buen tiempo la carta, que de los treinta y tres religiosos alistados para la mision de San Fernando, se habian arrepentido cinco, amedrentados de la mar, que jamás habian visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros. Luego el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquía, de la provincia de Cantabria y comisario de la mision, nos despachó por el correo ordinario las dos patentes; pero estas no llegaron, y si hemos de creer al dicho de cierto religioso grave del expresado convento de Palma, se perdieron desde la portería hasta la celda de mi habitacion.

Viendo el padre comisario de la mision que con dichas patentes no pareciamos, nos remitió otras por conducto extraordinario, que no se pudieron perder. Recibílas el dia 30 de marzo, á tiempo que iba á la bendicion de palmas, y luego que salimos de refectorio (con la bendicion y licencia de nuestro muy reverendo padre provincial), caminé para la villa de Petra, y entregando aquella misma noche la patente al reverendo padre Junípero, fué para él de mayor gozo y alegría que si le hubiera llevado cédula para alguna mitra. Tratamos luego el dia siguiente de verificar cuanto antes nuestro viaje y de que fuese con el mayor secreto; y supuesto que faltaban tan pocos dias de la cuaresma, resolvió concluirla: entre tanto yo me regresé á la ciudad en solicitud de embarcacion, la que no habiendo hallado para Cádiz, y sí un paquebotillo inglés que después de Pascua se hacia á la vela para Málaga, ajusté con su capitan el pasaporte y dí aviso al reverendo padre Junípero, quien después de haber predicado el último sermon en la misma parroquia en que habia sido bautizado, y despedídose en él de sus compatriotas (aunque sin expresar nada de su viaje), salió el dia tercero de aquella Pascua para retirarse al convento de la ciudad, habiendo visitado á sus ancianos padres, despedídose y tomado la bendicion de ellos para volverse, respecto haber concluido su tarea. á quienes dejó asimismo ignorantes de su determinacion, quedando por esto mas oculta.

El 13 de abril, que fué aquel año la domínica *in Albis*, se despidió de la comunidad del convento principal saliendo al refectorio á decir las culpas, pedir perdon a todos los religiosos y la bendicion al prelado, que entonces era el mismo que habia sido su lector de filosofía, siendo secular, y viendo ahora la extraordinaria vocacion de su discípulo y el grande ejemplo que daba, no solo al convento, sino á toda la provincia, se enterneció tanto, que embargada la voz casi no pudo articular palabra, reduciéndose aquella despedida mas á lágrimas que á voces, con cuyo espectáculo no pudo menos que moverse á ternura aquella gravísima comunidad, y mas cuando vió que el reverendo padre Junípero fué por último besando los piés de todos los religiosos

hasta del menor novicio. Despedidos ya de la comunidad, caminamos luego para el muelle y nos embarcamos en dicho paquebot.

Era el capitan de este barco un hereje protervo y tan provocativo, que en los quince dias que duró la navegacion hasta Málaga, no nos dejó quietud, pues con trabajo podiamos rezar el oficio divino, por querer continuamente argüir ó altercar sobre dogmas, que aunque no sabia mas idioma que el inglés y algo del portugués (en el que medio se explicaba), formaba en este sus argumentos, y teniendo la Biblia en la mano traducida en su lengua nativa, leia algun texto de la Escritura que interpretaba á su antojo. Pero como nuestro fray Junípero estaba tan instruido y versado en lo dogmático y sagrada Escritura, lo mismo era percibir su error y la mala inteligencia del texto que citaba para sostenerlo, que luego le mencionoba otro con que plenamente la deshacia. Leia el capitan en su mugrienta Biblia, y no hallando por dónde evadirse, respondia que estaba rompida la hoja y que no tenia aquel verso: citábale otro y era la misma su respuesta: con lo que aunque bien se le conocia quedar confundido y avergonzado, pero nunca se redujo y quedó obstinado.

De esto se siguió el irritarse tan demasiado contra nosotros, y principalmente contra mi venerado fray Junípero, por ser el que lo confundia, que varias veces nos amenazó con que nos echaria al mar y se marcharia para Londres. No dudo lo hubiera hecho á no temer la resulta, pues en una de ellas le dije que no tenia miedo, pues veniamos seguros por el pasaporte que habia firmado, y que si no nos ponia en Málaga, nuestro rey pediria al de Inglaterra por nosotros y su cabeza lo pagaria. No obstante este amago, una noche enfurecido de la disputa que sobre dogmas habia tenido con nuestro padre lector, llegó á ponerle un puñal á la garganta, con intenciones (al parecer) de quitarle la vida; y si no lo verificó, fué porque Dios tenia reservado á su siervo para mas dilatado martirio y para la conversion de tantas almas como despues veremos.

Tiróse el capitan á su cama para desfogar la ira que lo consumia, y por si pasase adelante con sus intentos, cuidó el venerable padre de despertarme, diciéndome como lleno de gozo: que no era tiempo de dormir, pues podria ser que antes de llegar á Málaga consiguiésemos el oro y plata, en cuya solicitud pasamos á las Indias: refirióme lo sucedido y se desahogó diciendo: "Me queda " el consuelo de que jamás le he movido la con- " versacion ni disputa, por ser tiempo perdido; " pero me parece que en conciencia debo res- " ponder por el crédito de nuestra religion cató- " lica." Pasamos la noche en vela, previniéndonos para lo que podia acontecer, animando mi tibieza y pusilanimidad el ardiente celo de mi venerado padre lector; pero se contuvo la ira de aquel perverso hereje, y ni aun en el resto del camino fué tan molesto como antes.

A los quince dias de navegacion y en el que la santa Iglesia celebra el Patrocinio de señor san José, llegamos á Málaga; fuimos luego á parar al convento de nuestro seráfico padre san Francisco de la provincia de Granada, y en este dió un buen ejemplo el venerable padre Junípero, pues no habiendo pasado ni media hora de la llegada, ya fué á completas y oracion, siguiendo así todos los actos de comunidad los cinco dias que allí nos mantuvimos; y pasados estos nos fuimos (en Javeque de Paisanos) para Cádiz, á cuyo puerto llegamos el 7 de mayo.

CAPITULO III.

DETENCION EN CÁDIZ: EMBÁRCASE PARA VERACRUZ Y LO QUE PRACTICÓ EN EL CAMINO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Hallábase en Cádiz la mision colectada para el colegio de San Fernando de Méjico esperando ocasion para embarcarse, y luego que llegamos á tierra fuimos dirigidos al hospicio de la mision y recibidos en él con afectuosas expresiones, tanto del reverendo padre comisario como de los demás religiosos; refiriónos luego su reverencia la casualidad que habia sucedido de los cinco, que como queda dicho, se habian amedrentado, con lo cual habian dado lugar á nuestra venida, y añadió que ojalá hubiésemos sido cinco los pretendientes, que otras tantas patentes habria enviado. Al oir esto el venerable padre Junípero, le respondió que pretendientes no faltaban y que si hubiese tiempo podian venir. Díjole el padre comisario que tiempo habia suficiente, porque habiendo la mision de embarcarse en dos trozos, podrian ellos hacerlo en el último; y dándole tres patentes, las despachó á la provincia: con ellas vinieron los padres fray Rafael Verger, fray Juan Crespí y fray Guillermo Vicens, movidos todos del ejemplo de nuestro venerable padre Junípero.

El dia 28 de agosto del año de 1749 se embarcó en Cádiz el primer trozo de la mision: componíase del presidente, hijo del colegio de Sancti Spiritus, en la provincia de Valencia, y de otros veinte religiosos, entre los cuales venia mi venerado padre. En el dilatado viaje de noventa y nueve dias que tardamos en llegar á Veracruz, se ofrecieron bastantes incomodidades y sustos, porque en lo reducido del buque tuvo que acomodarse, á mas de esta mision, otra de reverendos padres dominicos, y muchos pasajeros de carácter; y por la escasez de agua que en los quince dias antes de llegar á Puerto-Rico se experimentó de ella, se nos minoró tanto la racion, que la que nos daban en las 24 horas de cada dia, poco pasaba de un cuartillo, y ni aun se podia hacer chocolate. Pero padeció fray Junípero estos

rabajos con tanta paciencia, que jamás se le oyó ta menor queja ni se le advirtió tristeza alguna; lcon lo que admirados los compañeros, solian preguntarle: ¿que si no tenia sed? Pero su respuesta era: *no es cosa de cuidado;* y si alguno se quejaba de que no podia aguantarla, le respondia con mucha gracia y mayor doctrina: "Yo he ha-" llado algun medio para no tener sed, y es el " comer poco y hablár menos para no gastar la " saliva."

En todo el tiempo de la navegacion jamás se quitó el santo Cristo del pecho, ni aun para dormir: Todos los dias, salvo los en que el temporal no daba lugar, celebraba el santo sacrificio de la misa. Ocupábase de noche en confesar á los que para este efecto lo solicitaban. Venerábanlo todos como á muy perfecto y santo, por el grande ejemplo que les daba con su humildad y paciencia.

Llegamos á hacer aguada en la isla de Puerto-Rico á mediado de octubre, y desembarcados en ella la tarde de un dia sábado, fuimos á hospedarnos á una ermita titulada de la Purísima Concepcion, situada sobre la muralla de la ciudad, la cual tenia su capilla con tres altares, y bastante vivienda para toda la mision. Entrada ya la noche nos convidó el ermitaño ó sacristan que cuidaba de la capilla si queriamos asistir al rezo de la corona, al que concurria aquella gente por ser sábado. Aun no habian acabado de desembarcar todos los religiosos, con cuyo motivo estaba ocupado el padre presidente, encargóle á nuestro fray Junípero que fuese á dicha capilla con los que estábamos ya en tierra, y le dijo: que podia desde el púlpito rezar los gozos de nuestra Señora, y decir cuatro palabras para consuelo de la gente. Asistimos y cantamos la *Tota pulchra*, y concluida esta, dijo mi venerado padre cuatro palabras, que fueron estas: "Mañana " para consuelo de los moradores de esta ciudad " se dará principio á la mision, que durará el " tiempo de la detencion del navío: convido á " todos para mañana en la noche en la cate-" dral, donde se comenzará."

No pudo menos que este convite y anuncio de mision sorprendernos á todos, y mucho mas al reverendo padre presidente, que ni habia pensado en tal cosa; y preguntándole al reverendo padre lector ¿qué por qué lo habia hecho? respondió que así lo habia entendido de su reverencia. "Porque ¿qué palabras (dijo) de mayor consuelo " podria yo referir á estos pobres isleños, que " anunciarles tendrian misiones en el tiempo de " nuestra detencion?" Alegróse de esto el padre presidente y asimismo todos los misioneros, y mas cuando tuvimos noticia de que la mayor parte de aquella gente no se habia confesado desde que estuvo allí la otra mision de San Fernando, y practicó lo mismo hacia nueve años.

El dia siguiente al entrar la noche, habiéndonos repartido por la ciudad á dar el asalto con pláticas y saetas, nos juntamos en la iglesia catedral. En ella predicó el primer sermon á un numeroso concurso de gente el reverendo padre que presidia la mision, y el segundo dia lo hizo el reverendo padre fray Junípero. Quince dias se detuvo allí el navío, y de estos fueron ocho á pedimento de la ciudad, para que la mision siguiera. En este tiempo empleándonos todos en confesar de dia y la mayor parte de la noche, se consiguió que todos los vecinos se confesasen y ganaran el jubileo, pues segun se dijo, no quedó persona alguna sin confesar, atribuyendo todos este espiritual fruto al fervoroso celo de nuestro venerable padre.

Concluida la mision, salimos de aquel puerto para el de Veracruz el dia 2 de noviembre, y estando ya á la vista de él (á últimos del mismo mes) se levantó un norte tan furioso, que obligó á poner la proa para la sonda de Campeche, y caminando hácia ella, sobrevino una deshecha tempestad, que duró los dias 3 y 4 de diciembre, y en la noche de este último, dándose todos por perdidos, no tenian mas recurso que disponerse para la muerte; pero nuestro fray Junípero se mantuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el dia mas sereno; de suerte que preguntándole si tenia miedo, respondia que algo sentia, pero que haciendo memoria del fin de su venida á las Indias, se le quitaba luego. La misma fué su tranquilidad cuando en la misma noche nos avisaron se habia sublevado la tripulacion del navío contra el capitan y pilotos, pidiendo ir á barar para que algunos se salvasen, pues ya ni el barco podia aguantar ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacia. De estos peligros nos libró Dios por intercesion de la gloriosa vírgen y mártir santa Bárbara, que en aquel dia celebra anualmente la iglesia; pues habiendo todos los religiosos que veniamos de las dos misiones puesto en una cédula el santo de su devocion, y uno de los nuestros en la suya á la expresada Santa Bárbara, salió sorteada por patrona; y clamando todos á una voz *viva santa Bárbara*, cesó en aquel mismo instante la tempestad, y el viento adverso se mudó tan benigno, que dentro de dos dias y en el sexto de diciembre, dimos fondo en Veracruz, y el siguiente, víspera de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, desembarcamos sin novedad.

CAPITULO IV.

VIAJE QUE Á PIÉ HIZO EL VENERABLE PADRE DESDE VERACRUZ HASTA MÉJICO.

Luego que llegaron á tierra nuestra mision y la de los reverendos padres domínicos, se celebró por ambas una solemne fiesta á nuestra gloriosa protectora santa Bárbara, en prueba de nuestro reconocimiento y para cumplir la promesa que

en la mayor afliccion se le hizo. En esta funcion predicó nuestro venerable Junípero, haciendo cumplida narracion de las mas leves circunstancias y casuales accidentes ocurridos en el dilatado viaje de noventa y nueve dias; pero con tanta perfeccion y elocuencia, que dejando asombrados á todos, adquirió sobre la fama de ejemplar que ya tenia, la de muy docto y humilde, pues hasta entonces no se habia conocido ni lo mas mínimo de sus grandes talentos.

Reconocido el temperamento de Veracruz tan achacoso (como yo experimenté prontamente, por haberme visto á la muerte), se trató luego de la salida para Méjico, para cuyo viaje, que es de cien leguas, costea el rey á los religiosos el carruaje y demás necesario, en atencion á que la navegacion tan dilatada y repentina mudanza de clima, no dan lugar á hacerlo á pié, sino á caballo y con alguna comodidad. Pero nuestro ejemplar Junípero, deseando hacerlo sin descanso alguno, pidió al reverendo padre presidente le permitiese caminar á pié, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello; y conociendo este el fervoroso espíritu de aquel, le dió licencia, y juntamente á otro misionero de la provincia de Andalucía, que tambien la solicitaba, salieron ambos de este modo, sin mas guia ni viático que el breviario y su firme confianza en la divina Providencia; pero habiendo escogido la mejor arca, lejos de faltarles nada en el camino, experimentaron visiblemente la singular asistencia del Todopoderoso.

En una de las jornadas, que fué mas larga de lo que pensaban (después de muy entrada ya la noche), llegaron á la orilla de un rio, que segun les habian noticiado, tenian que pasar antes de llegar al pueblo donde habian de parar: reconocieron luego lo crecido que era y el peligro que amenazaba al que intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenia. Estos motivos, lo tenebroso de la noche y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo á nuestros caminantes para entrar en el agua, y esperando del cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron á rezar la Benedicta á nuestra Señora; concluyéronla, y luego les pareció que miraban al lado opuesto un bulto que se movia; pero para cerciorarse fray Junípero de si era cierto ó no, dijo en voz alta estas palabras: "Ave María santísima: ¿hay algun cris- " tiano á la otra banda del rio?" Respondiéronle que sí y que qué se ofrecia. Dijeron que deseaban pasar el rio y no sabian el vado; y diciéndoles que subiesen por la orilla hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego la guia, que no veian, les dijo que ya podian pasar; hiciéronlo sin peligro alguno, y hallaron al que les hablaba, que era un hombre español, bien vestido, muy atento y de pocas palabras, el cual los llevó para su casa, sita á gran distancia del rio, les dió de cenar y camas en que dormir; pero cuando por la mañana salieron de la casa para la iglesia á decir misa, y en todo el camino no pisaron mas que hielo el por mucho que aquella noche habia caido, desde luego conocieron el beneficio tan grande que Dios les habia hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él hubieran perecido al inclemente rigor del frio.

El haber hallado á este hombre en aquel lugar á una hora tan intempestiva y en noche tan oscura, no pudo menos que causar admiracion á ambos padres; pero habiéndole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa á aquella hora, les respondió que habia salido á diligencia, con lo cual no quisieron ser mas curiosos. Todo esto pudo ser casualidad; pero no lo atribuyeron nuestros peregrinos sino á singular beneficio de maría Santísima, á quien en reconocimiento dieron las debidas gracias; y habiéndolo hecho asimismo á su bienhechor y despedídose de él, siguieron su camino.

Habian andado un gran trecho y haállbanse sumamente fatigados del cansancio y no menos molestados de los ardores del sol, cuando un hombre que encontraron á caballo, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á parar, les dijo: "Venerables religiosos, vendrán cansados y " sedientos; tomen una granada y los refrescará " algo." Dió á cada uno una granada, y habiéndose despedido, siguió él su camino y los padres el suyo. Comieron estos aquella pequeña fruta, la que no solamente los refrescó y apagó la sed que padecian, sino que les dió fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la hacienda donde iban á parar, y habiendo sentido este efecto, hicieron reflexion sobre el sugeto que los habia regalado, pues por su aspecto y modo de hablar, les pareció ser el mismo que la noche antecedente les habia enseñado el vado del rio y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mencion de estos casos el venerable padre Junípero para exhortar á la confianza en la divina Providencia, y decia que aquel bienhechor ó fué el patriarca señor san José, ó algun devoto hombre á quien este santo tocó el corazon para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante á los referidos les aconteció en la siguiente jornada. Habian hecho noche en una hacienda, y por la mañana después de haber uno dicho misa, se despidieron del dueño ó administrador, quien por si llegasen tarde á la posada les dió una torta de pan: pusiéronse en camino, y á poco rato encontraron un pobre que les pidió una limosna: diéronle lo único que tenian, que era aquel pan, confiados en que llegarian temprano al lugar donde habian de parar, y que en caso contrario no les faltaria la divina Providencia: así lo vieron cumplido, pues habiéndoseles hecho larga la jornada, por el mucho cansancio y necesidad que sentian, se sentaron á

descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los padres allí, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á posar, sacó un pan, y partiéndolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar. El se fué á su camino, y nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevian á comerlo, porque, como me contaron, les pareció que era de solo maiz mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podria hacer daño; pero la flaqueza que padecian y necesidad de tomar algun sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel dia.

Continuaron después su viaje, y con la fatiga de él se hincharon los piés al venerable padre Junípero, de suerte que llegó á una hacienda sin poderse tener; atribuyéronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentia, y habiendo descansado allí un dia, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo se estregó demasiadamente un pié, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga, que como después veremos, le duró toda la vida. No obstante este accidente, después de haber descansado un dia prosiguieron su camino, y la tarde del último dia de diciembre del año de 1749, llegaron al santuario de nuestra Señora de Guadalupe; allí pasaron la noche, y habiendo la mañana siguiente dicho misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

CAPITULO V.

LLEGA EL VENERABLE PADRE AL COLEGIO DE SAN FERNANDO, Y LO QUE PRACTICÓ EN ÉL HASTA LA SALIDA PARA LAS MISIONES DE INFIELES.

Entró en el apostólico colegio de San Fernando de Méjico su nuevo alumno el venerable padre fray Junípero Serra el dia 1º de enero del año de 1750, como á las nueve de la mañana, y tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la iglesia á tomar primero la bendicion del Señor Sacramentado, y habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciendo al compañero: "Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devocion paga la deuda del oficio divino." Entraron luego al colegio y tomaron la bendicion al reverendo padre guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso padre, y lo mismo hicieron los demás religiosos. Uno de ellos, que fué de los primeros fundadores del colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro padre lector le dijo estas palabras: "Oh, quién nos trajera una selva de Juníperos." Pero el humildísimo varon le respondió: "No de estos, reverendo padre, pedia nuestro seráfico patriarca, sino de otros muy difetes."

El dia siguiente de la llegada al colegio, pidió al reverendo padre guardian le señalase confesor, y le señaló al que entonces era maestro de novicios, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, misionero de mucha fama que habia sido cuando se hallaba en España en el colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el reino, y gran maestro en la mística especulativa y práctica. Luego que oyó que el reverendo padre guardian le nombraba por director al padre maestro de novicios, dijo: "La acertó el prelado; esto es lo que necesito, hacer el noviciado;" y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al padre maestro, y con toda sumision le dijo lo determinado por el padre guardian y que por amor de Dios le suplicaba lo admitiese como al menor de los novicios y tuviese á bien dejarlo vivir en una de las celditas del noviciado. Respondióle el prudente maestro que con mucho gusto lo admitia por hijo espiritual, respecto á disponerlo así el prelado; pero que su reverencia se habia de sujetar á su doctrina; y así que lo que pedia de vivir en el noviciado era una novedad no practicada en los colegios, que á nadie estaria oculta, "por lo que vuestra reverencia (prosiguió) vivirá en la celda que el venerable padre guardian le ha señalado, como todos los demás, y solo le permitiré que pueda asistir á los particulares ejercicios del noviciado."

Así lo practicó los cinco meses que estuvo en el colegio antes de salir á misiones; y siendo muy puntual al coro y á todos los actos de comunidad, luego que salia de ellos iba al noviciado á rezar con el maestro el oficio parvo, via-crucis, corona y demás ejercicios devotos que practican los novicios y coristas, con lo cual edificaba á estos y él aprovechaba para su espíritu.

Hallábase el colegio cuando llegamos muy necesitado de operarios para el ejercicio de misiones, tanto de católicos como de gentiles, por tener fundadas cinco, hacia seis años, en la Sierra Gorda, y para sostenerlas habia sido preciso valerse de misioneros de los otros colegios, los cuales suplian medio año y se remudaban. Después de dias de llegada al colegio nuestra mision, estando el reverendo padre guardian una tarde de asueto en la huerta con otros padres de los que habiamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junípero, expresó el prelado el gozo que habia tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros colegios; "porque de vuestras reverencias, dijo, algunos se-

" animarán á ir á trabajar en las misiones de los " infieles de Sierra Gorda."

Al oir esto nuestro fervoroso padre (no olvidando los deseos de este ejercicio que lo habian sacado de su patria y santa provincia), dijo con el profeta: Reverendo padre guardian, *ecce ego mitte me;* y á su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el prelado para proveer las cinco misiones, dispensándolos por la necesidad, tanto en el año de colegio como en aprobacion, segun lo dispuesto en las bulas inocencianas, nombró á ocho de los que habiamos venido de España, y entre ellos al venerable padre Junípero, y á mí de su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiésemos y estuviésemos prontos al primer aviso. Luego que el siervo de Dios se vió electo para las misiones de infieles, aumentó sus espirituales ejercicios para estar mejor dispuesto á la voz del prelado.

CAPITULO VI.

SALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA ORDGA, LO QUE TRABAJÓ Y PRACTICÓ EN ELLAS.

El glorioso y recomendable fin de la conversion de los gentiles y propagacion de nuestra santa fe católica, fué el que obligó al venerable padre fray Antonio Linaz de Jesús á pasar á España en solicitud de la fundacion del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, segun refiere la crónica de los colegios (lib. 1, cap. 21, fol. 39 y 40) para que sus religiosos se empleasen principalmente en reducir á los infieles que habitan la Sierra Gorda ó Cerro Gordo.

Este paraje, sumamente áspero, da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro, y se extiende á cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivian los indios de la nacion Pame todavía en su gentilidad, no obstante de hallarse cercado todo de pueblos cristianos. Fundado dicho colegio, como refiere la citada crónica, lib. 4, cap. 1, fol. 253 y 254, salieron dos de los primeros misioneros de los fundadores para dicha sierra á efecto de la reduccion; y habiendo llegado á ella y misionado en los pueblos de españoles que se hallan en sus inmediaciones, les dijeron estaba ya ocupada por los reverendos padres domínicos que habian fundado misiones; por cuyo motivo no se internaron, sino que por la falda de dicha sierra caminaron hácia el Oriente, hasta llegar á otra llamada de Famauripa, que divide el nuevo reino de Leon de la provincia de la Guasteca, y en ella fundaron una mision, que después se entregó para la custodia de Tampico.

Con esta noticia que adquirieron los padres misioneros de Querétaro, ya no intentaron mas el ejercitarse en la reduccion de los indios de la Sierra Gorda, considerándolos ya convertidos. En esta inteligencia estaban todos hasta el año de 1743, en que habiendo su majestad nombrado para general de dicha sierra al coronel don José Escandon, quiso este visitarla, en cumplimiento de su obligacion; y aunque halló que los reverendos padres domínicos por un lado y los de San Agustin por otro tenian fundadas misiones, vió en el centro un gran manchon de gentilidad de la nacion Pame, que vivian entre breñas aquellos indios, y entre ellos muchos cristianos, que cuando chicos, bajando con sus padres á los pueblos de españoles los habian bautizado; pero solo tenian de cristianos el nombre, y vivian como gentiles mezclados con ellos. Propúsoles dicho señor el vivir en pueblos como los cristianos en sus propias tierras; que les traeria padres que los enseñasen y bautizasen á los que eran gentiles; y conviniendo ellos en todo, dió parte al excelentísimo señor virey, y este á su majestad, quien dió su real órden para que se fundasen ocho misiones, las tres á cargo del apostólico colegio de Pachuca, de reverendos padres descalzos de nuestra órden, y las cinco restantes á nuestro apostólico colegio de San Fernando, dividiendo las unas de las otras el caudaloso rio llamado de Moctezuma, que es el del desagüe de Méjico, el cual cruzando por la Sierra y culebreando por la Guasteca, vacía en el Seno Mejicano.

Dióse principio á esta reduccion el año de 1744, llegando á dicha Sierra misioneros sacerdotes de dicho colegio de San Fernando, cuyo presidente era el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquía, y con ellos el referido señor general don José Escandon; y explorando aquel terreno hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco misiones, á los que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó á su voluntad el avecindarse en cualquiera de ellos; y el reverendo padre presidente destinó para cada paraje dos misioneros, los que por medio de los indios naturales y algunos de Méjico ladinos que se agregaron como pobladores, dieron mano á fijar el estandarte de la santa cruz, formar una capilla de palos techada de zacate para que sirviese de interina iglesia, y á continuacion de ella una casa de lo mismo para vivienda de los padres. Los indios tambien formaron chozas de las mismas materias para su habitacion y libertarse de los ardores del sol, y el referido señor general dejó en la principal mision, en el sitio nombrado Jalpan, dedicada al apóstol Santiago, patron de las Españas, una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales, capitan, teniente y alférez, de cuya compañía se destacaron y repartieron por las misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los padres; y concluida la fundacion de dichas misiones, se dedicaron las otras cuatro á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, al príncipe y arcángel señor San Miguel, á nuestro seráfico padre señor san Francisco, y á nuestra Señora de la

Luz, y el señor general se retiró para la ciudad de Querétaro, quedando los padres dando principio á la formacion de sus padrones, en que constasen los indios que se avecindaban en ellas, cuyo número ascendió á 3840. Indagaron los que confesaban estar bautizados desde su niñez y los que no lo estaban. Instruyeron á unos y á otros de cuanto correspondia por medio de intérpretes, de que servian los indios mejicanos por hallarse instruidos en el idioma, y luego que los hallaban capaces bautizaban á los gentiles.

El reverendo padre Mezquía, religioso práctico en estas fundaciones, por haber sido uno de los que el venerable padre Margil llevó para las de las misiones de Tejas, comenzó á formar desde luego las instrucciones que debian observarse en las de la Sierra Gorda para el régimen espiritual y temporal de ellas, siendo el mismo que se ha observado en las demás misiones de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecos en sus espirituales conquistas, y es en la forma siguiente:

REGIMEN ESPIRILUAL.

Que primeramente procurasen los padres misioneros que cada dia al salir el sol se congregasen en el iglesia al son de campana todos los indios é indias grandes, así gentiles como neófitos, sin faltar alguno; que uno de los padres rezase con ellos las oraciones y texto de la doctrina cristiana, y les explicasen en castellano los misterios mas principales, practicando lo mismo por la mañana, luego que los grandes saliesen, y por la tarde antes de ponerse el sol, con los niños y niñas que tuviesen de cinco años para arriba de edad, sin permitir que ninguno faltase á este santo ejercicio; que los catecúmenos y los que se hubiesen de casar, ó cumplir con el precepto anual de la confesion, asistiesen á él tambien á mañana y tarde, para que fuesen instruidos antes de recibir los referidos santos sacramentos, y que lo mismo se ejecutase con los que olvidaran la doctrina, sin embargo del diario ejercicio.

Que los dias de fiesta celasen con grande vigilancia que ninguno faltase á la misa del pueblo, ni á la plática que en ella se debia hacer, explicando el Evangelio ó los misterios de nuestra santa fe, y que procurasen acomodarse con prudencia y discrecion á la rudeza y necesidad de los indios, y que acabada la misa, uno de los misioneros los llamase á todos por el padron, segun sus nombres, y que llegasen uno á uno á besarle la mano, con lo que se reconoceria si faltaba alguno.

Que á los mas capaces y hábiles exhortasen á la frecuencia de los santos sacramentos, á mas del cumplimiento de la Iglesia, principalmente en las grandes festividades, y á oir misa aun en los dias que no son de precepto, dejándolos siempre en su libertad; que en sus enfermedades procurasen visitarlos á menudo, y que fuesen curados y asistidos segun lo permite la tierra y con mayor cuidado, que recibiesen los santos sacramentos de que fuesen capaces, y de asistirles para auxiliarlos en su muerte, y que el pueblo asistiese al entierro. Asimismo que pusiesen esmero en componerlos en sus enemistades y litigios, enseñándoles á vivir unidos en la paz y caridad cristiana, sin permitir escándalos ó malos ejemplos en la mision.

GOBIERNO TEMPORAL.

Para conseguir el deseado fin del fruto espiritual, dispuso el citado reverendo padre Mezquía que se procurase el bien temporal de aquellos indios pames, pues faltando este no podrian hacer pié en el pueblo ó mision ni asistir á la misa y cotidiano rezo, porque les seria preciso ir dispersos vagueando en solicitud de comida y vestuario. Para evitar esto, encargó su paternidad que los padres misioneros solicitasen por medio del síndico, á cuenta del sínodo anual que les daba su majestad para su mantencion, agregando á él la limosna de las misas que se les encomendasen, herramientas y demás útiles necesarios para poner en corriente alguna siembra, como tambien algunas vacas, bueyes y demás ganado, para que del fruto de ello se mantuviesen de comunidad, como se practicó al principio de la Iglesia. Así se ejecutó, dando principio, y con el tiempo se fué aumentando, y se lograron algunas cosechas que se repartian á los indios, para ayudar á su existencia en la mision.

El clima de dicha Sierra es muy caliente y húmedo, y por consiguiente contrario á la salud; por lo cual enfermaron en breve tiempo muchos de los misioneros, de los que en pocos dias murieron cuatro, y otros se retiraron imposibilitados á la enfermería del colegio, quedando solos dos de los fundadores en la mision. Como este se hallaba entonces tan exhausto de misioneros, fué preciso pedir socorro á los otros colegios de Querétaro y Zacatecas; pero como quiera que iban á suplir por el tiempo de seis meses y cumplidos estos los remudaban otros, no tenian tiempo para aprender la lengua, y esto era de grande atraso para la conquista espiritual.

CAPITULO VII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO QUE EL PASADO.

Este era el actual estado de las referidas misiones cuando la nuestra llegó de España, y habiendo sido nombrados el venerable padre Junípero y yo de su compañero para una de ellas, salimos del colegio de San Fernando á principios de junio del año de 1750; y aunque de la mision nombrada Santiago de Jalpan, á donde íbamos, vinieron indios ladinos con un soldado de escolta, con

bestias de silla y carga; en atencion á lo dilatado del camino, lo escabroso de la mitad de la Sierra y la falta de agua, con todo, quiso mi venerado padre lector fray Junípero hacer á pié su viaje, lo cual á mas de serle muy penoso, le agravó el accidente de la llaga é hinchazon del pié; pero gracias á Dios, habiendo llegado el 16 de dicho mes de junio, tuvimos gran consuelo al ver la alegría con que nos recibieron los indios de dicha mision, que pasaban de mil entre chicos y grandes; pero todos ellos se hallaban tan á los principios, por la falta de inteligencia de nuestro idioma, que ninguno cumplia con el anual precepto de la Iglesia de confesar y comulgar.

Enterado nuestro venerado padre del pié en que se hallaban todavía las expresadas misiones, de las que, por nuestro colegio, quedaba elegido de presidente, se impuso en las instrucciones dadas para su gobierno espiritual y temporal, las que procuró observar y aumentar en cuanto le pareció conveniente y que le dictaba su fervoroso celo.

Y viendo que se hallaban con tanto atraso por la causa expresada, se aplicó desde luego á aprender aquella lengua, para la cual fué su maestro un indio mejicano que se habia criado entre estos pames. Conseguido tan importantísimo medio para el adelantamiento espiritual, tradujo en el idioma pame las oraciones y texto de la doctrina, de los misterios mas principales, y así se empezó á rezar con los indios; y alternando por dias, en que se hacia tambien en castellano, con la cual en breve tiempo se impusieron en los misterios de nuestra santa fe y empezaron á confesar en su lengua y á comulgar, cumpliendo anualmente con los preceptos ds la santa Iglesia; y el siervo de Dios los movia con sus fervorosas pláticas á que confesasen y comulgasen en las principales festividades, dándoles ejemplo, como otro san Francisco de Sales, confesándose públicamente en el presbiterio, cuando ya estaba en la iglesia toda la gente para la misa mayor los dias festivos. Con esto logró su deseado fin; de suerte que ya eran muchos los que confesaban por devocion, pues hubo dia que pasaron de ciento las comuniones, otros de cuarenta, etc., y cada año en el tiempo de precepto casi todos lo verificaban: en solo los nueve años que estuvo en las citadas misiones, en cuyo tiempo bautizó el venerable padre un crecido número de gentiles, el cual no asiento por no haber tenido la curiosidad de notarlo; pero baste decir que no quedó un solo gentil en todo aquel distrito, sino todos sus habitadores bautizados por mi venerado padre y sus compañeros, y civilizados viviendo en pueblo bajo de campaña.

Para radicarlos en la fe que habian recibido é instruirlos en la religion católica, los impuso en todas las festividades del Señor y de la santísima Vírgen nuestra Señora, como asimismo de las de los santos, para lo cual les ponia cuantos medios é inventivas le hacia idear su apostólico celo, siendo su ejercicio casi continuo en las virtudes de caridad y de religion. En todas las festividades de Jesucristo y de María santísima, se celebraba misa cantada y en ella predicaba el venerable padre, explicando el misterio y la fiesta del dia, y en las mas principales precedia la novena, á que asistia todo el pueblo. En la Natividad del Señor era esta con misa cantada al amanecer, y el último dia acabada la misa, cantaba la calenda y hacia una plática, convidando á todos para que asistiesen á los maitines cantados y á la misa de Gallo: concluida esta, representaban en un devoto coloquio el nacimiento del niño Jesús unos indios de corta edad, á quienes el devoto padre instruyó una parte en lengua castellana y otra en el pame, en aquel gran misterio que representaban con mucha viveza, con lo cual logró, á mas de imponerlos, aficionarlos á él.

En el tiempo santo de cuaresma echó el resto de su devocion para imprimirla en los corazones de los neófitos. Empezaba desde el dia de Ceniza con esta santa ceremonia de la Iglesia, á la que asistia todo el pueblo y les explicaba la significacion de ella, acabando su sermon con la exhortacion de que no olvidasen que eran mortales. Todos los domingos de cuaresma no se contentaba con la plática doctrinal de la misa mayor, sino que á la tarde después de rezada la corona de María santísima y cantado el alabado, les predicaba un sermon moral. Los viernes hacia lo propio por la tarde, después de haber andado en procesion el via-crucis desde la Iglesia hasta la capilla del Calvario, que mandó hacer en una alta loma fuera del pueblo y á vista de la citada iglesia; en cuyo santo ejercicio cargaba el venerable padre Junípero una cruz tan grande y pesada, que yo, siendo mas robusto y mozo, no podia con ella, y en regresándose á la iglesia, concluia la funcion con una tierna plática de la pasion del Señor, á cuya devocion los persuadia.

La semana Santa la celebraba con todas las ceremonias de nuestra madre la Iglesia. El domingo se hacia la procesion de ramos, y así en este dia como en los siguientes se hantaba la pasion, haciendo uno dos papeles, porque no éramos mas de dos, y tambien los maitines del triduo: El jueves se colocaba el depósito en el monumento, y tanto en este dia como el viernes y sábado se practicaban las demás ceremonias y formalidades de costumbre. A mas de esto añadia varias procesiones, que acababa con algun sermon ó plática. El jueves después de haber lavado los piés á doce indios de los mas viejos y comido con ellos, predicaba el sermon de mandato, y á la noche hacia la procesion con una imágen de Cristo crucificado, con acompañamiento de todo el pueblo.

El viernes por la mañana predicaba de la pasion, y á la tarde se representaba con la mayor viveza el descendimiento de la cruz, con una má-

gen de perfecta estatura, que para el efecto se mandó hacer de goznes; y predicando de este asunto con la mayor devocion y ternura, se colocaba al Señor en una urna y se hacia la procesion del santo entierro. Poníase después en un altar que para este efecto se hallaba preparado, y á la noche se hacia otra procesion de nuestra Señora de la Soledad, que se concluia con una plática de este asunto. El sábado se hacian todas las ceremonias pertenecientes á este dia, se bendecia la fuente y bautizaban los neófitos que habia instruidos y dispuestos para ello. El domingo muy de mañana salia la procesion de Jesús resucitado, la cual se hacia con una devota imágen del Señor y otra de la santísima Vírgen, y vueltos á la iglesia, se cantaba misa y predicaba el venerable padre de este soberano misterio.

Con tan devotos ejercicios no pudo menos que imprimirse una tierna y grande devocion en aquellos neófitos, y con ella se disponian á celebrar anualmente la Semana Santa, y corriendo la voz por los pueblos de las cercanías que habitaban españoles, venian estos á practicar lo mismo atraidos de lo que oian decir de la devocion de aquellos indios; y luego que lo experimentaron se acostumbraron á concurrir todos los años, mudándose á la mision hasta que pasaba la Pascua.

No fué menor el esmero con que el siervo de de Dios procuró atraer á aquellos sus hijos á la devocion del santísimo Sacramento. Instruyólos á que preparasen y adornasen con enramadas el camino por donde habia de transitar la procesion del Corpus. Formábanse cuatro capillas con sus respectivas mesas para que en ellas posase el Señor Sacramentado, y después de cantada en cada una la correspondiente antífona, verso y oracion, sr paraba un indio de corta edad que recitaba una loa al divino Sacramento, de las cuales dos eran en castellano y las otras dos en el idioma pame, nacional de ellos, que enternecian y causaban devocion á todos; y restituidos á la iglesia se cantaba la misa y se predicaba el sermon de este sacrosanto misterio.

Con igual cuidado se dedicó á introducirlos en la devocion de María Señora nuestra, y con particularidad á su purísima Concepcion inmaculada, previniéndose á celebrarla con la novena, á que asistia todo el pueblo, y en el dia de esta gran festividad se cantaba la misa, y predicaba el sermon, y después se entonaban los gozos de la Purísima Concepcion. Todos los domingos por la tarde se rezaba la corona á la Madre de misericordias, concluyéndola con el alabado ó los gozos que se cantaban. Y para mas aficionarlos el venerable padre, pidió de Méjico una imágun de bulto de la dulcísima Señora, que puesta en sus andas, la sacaban en procesion por el pueblo todos los sábados en la noche, alumbrando con faroles y cantando la corona. Luego que entroba en la iglesia se cantaba la *Tota pulchra es María*, que tradujo este su amante siervo en castellano, y que aprendieron y entonaban con mucha solemnidad los indios, causando á todos gran ternura, principalmente aquel verso: *Tú eres la honra de nuestro pueblo*, con lo cual les quedó una ardiente devocion á la clementísima Madre.

Asimismo procuró imprimir en sus tiernos corazones la devocion al señor san Miguel arcángel, al santísimo patriarca señor san José, á nuestro serafico padre san Francisco y otros santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto, como si fuera de españoles los mas católicos; debiéndose todo al ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero. Y á vista de las laboriosas tareas de este ejemplar prelado, se emulaban santamente sus súbditos, ministros de las otras cuatro misiones, procurando imitarlo en cuanto podian; por cuyos medios quedaron los cinco pueblos como si fueran de cristianos muy antiguos.

Para conseguir este espiritual fruto, principal objeto de la conquista, puso el siervo de Dios en ejecucion las instrucciones dadas para el gobierno temporal, luego que llegó á su mision de Santiago Jalpan, poniendo todos los medios posibles para que los indios tuviesen que comer y vestir, para que hiciesen pié en la mision y no se ausentasen de ella por la solicitud de su preciso sustento, para cuyo efecto agenció por medio de síndico el aumento de bueyes, vacas, bestias y ganado menor de pelo y lana, maíz y frijol para poner en corriente alguna siembra, en lo cual se gastó no solo el sobrante de los trescientos pesos de sínodo que daba su majestad á cada ministro para su manutencion, sino tambien la limosna que se podia conseguir por misas y la que ofrecian algunos bienhechores; con lo que en breve tiempo se empezó á lograr alguna cosecha, que cada año se iba aumentando, y diariamente se repetia después de haber rezado la doctrina; y cuande estas á expensas de exquisitas diligencias y bendiciones del cielo fueron creciendo, y eran tan abundantes que sobraba para la mantencion de todos; se instruyó á los indios vendiesen por direccion de los padres misioneros las semillas sobrantes, con cuyo valor se compraron mas yuntas de bueyes, se aumentó la herramienta y demás necesario para las labores.

De Méjico se llevaban frazadas, sayal y otras ropas para que se vistiesen, señalando siempre á los labradores con alguna cosa particular, asi por compensarles su especial trabajo, como para que de su vista los otros se inclinasen á este ejercicio, que es el mas pesado y no menos útil.

A esta importantísima diligencia procuró aplicar tambien á las mujeres é indios pequeños, señalándoles las correspondientes tareas, con consideracion á las fuerzas y capacidad de cada uno, para por este medio apartarlos á todos de la ociosidad en que se habian criado, y envejecido. Asistia siempre uno de los padres personalmente

á las labores, especialmente en los primeros años, así para animarlos como para instruirlos, hasta que se consiguió persona de confianza que los capitanease, y en breve tiempo uno de los mismos indios ya suplia, por estar inteligente; con lo que se lograron abundantes cosechas, el aumento de los bienes de comunidad, y que los naturales se civilizasen mas cada dia, aficionándose á hacer sus particulares siembras de maíz, chile, frijol, calabaza, etc., para lo cual señalándoseles pedazos de tierra, se les daba una yunta de bueyes de las de comunidad y semillas para sembrar; cuyos frutos, como que no necesitaban de ellos para comer, pues les sobraba con la racion, vendian, y con su producto se ayudaban á vestir, ó compraban algun caballo, yegua ó mula, todo á direccion del padre que los instruia, para que no fuesen engañados.

Luego que el venerable fray Junípero vió á sus hijos los indios en estado de trabajar can mayor aficion que á los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar tanta gente. Propuso su devoto pensamiento á todos aquellos indios, quienes con mucho gusto convinieron en ello, ofreciéndose á acarrear la piedra, que estaba á mano, toda la arena, hacer la cal y mezcla, y servir de peones para administrarlo á los albañiles. Dióse principio á esta obra, trabajando todo el tiempo que no era de aguas ni necesario para las labores del campo, y en el tiempo de siete años quedó concluida una iglesia de cincuenta y tres varas de largo y once de ancho, con correspondiente crucero y cimborrio, y á continuacion de ella la correspondiente sacristía, tambien de bóveda, como asimismo una capilla que se dedicó al Santo Sepulcro, adornándola con imágenes y pasos de la pasion del Señor, para mas aficionarlos á las devotas funciones de la Semana Santa. La iglesia tambien se adornó con retablos, altares y colaterales dorados; y en el coro se puso órgano, buscando maestro que lo enseñase á tocar á los indios en las misas cantadas.

Con el ejercicio de estos trabajos quedaron habilitados de varios oficios, como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores, etc. Y no olvidándose el fervoroso celo del reverendo padre Junípero de apartar del ocio á las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas á su sexo, como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc. Tambien los industrió á que fuesen á comerciar á Zimapan, Huasteca y otros lugares, con las semillas que le sobraban, mecates y petates, esto es, cuerdas de ixtle ó pita y esteras de palma fina que hacian, con cuyo producto se compraba algodon, que hilaban y tejian las mujeres, formando mantas para vestirse. Asimismo traian del real de Zimapan frazadas y bayetas para el mismo efecto; con cuya diligencia lo que sobraba del sínodo y de las limosnas de misas se empleaba en pagar los jornales á los albañiles; y de tal manera proveyó Dios nuestro Señor, que cuando se finalizó la obra de la iglesia, lejos de deber nada la mision, se hallaba en poder del síndico mas limosna que cuando se principió, y las trojes de maíz proveidas con cinco mil fanegas.

A imitacion del venerable padre Junípero practicaron lo mismo los misioneros de las otras cuatro misiones, construyendo sus iglesias por el mismo órden que la de Santiago Jalpan, con correspondencia de ámbito á la gente que se juntaba, las que adornaron de lienzos colaterales, vasos sagrados y demás necesarios, logrando en sus terrenos igual abundancia de cosechas, aumento de ganados y bestias, y que quedasen instruidos y civilizados los que antes se congregaron bárbaros y bozales.

CAPITULO VIII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO DE LOS DOS CAPÍTULOS ANTECEDENTES.

Cuando en este floreciente estado se hallaban las referidas misiones, llamó el reverendo padre guardian del colegio de San Fernando á nuestro venerable fray Junípero para que se alistase á la conquista espiritual de los indios apaches en el rio de San Sabá, y luego que el obediente súbdito recibió la carta, mirándose retratada en su rostro la alegría y regocijo, salió de aquella mision en que habia trabajado nueve años, y dejando á los indios con la instruccion que se ha dicho, se llevó consigo, como despojo del victorioso triunfo que habia conseguido contra el infierno, al principal ídolo que adoraban como Dios aquellos infelices. Este era una cara perfecta de mujer fabricada de *tecale*, que tenian en lo mas alto de una encumbrada sierra, en una casa como adoratorio ó capilla, á la que se subia por una escalera de piedra labrada, por cuyos lados y en el plan de arriba, habia algunos sepulcros de indios principales de aquella nacion pame que antes de morir habian pedido los enterrasen en aquel sitio.

El nombre que daban al referido ídolo en su lengua nativa era el de Cachum, esto es, madre del sol, que veneraban por su Dios. Cuidaba de él un indio viejo que hacia el oficio de ministro del demonio, y á él ocurrian para que pidiese á la madre del sol remedio para las necesidades en que se hallaban, ya de agua para sus siembras ó de salud en sus enfermedades, como tambien para salir bien en sus viajes, guerras que se les ofrecian y conseguir mujer para casarse, que para obtenerla se presentaban delante de dicho viejo con un pliego de papel en blanco, por no saber leer ni escribir, el cual servia como de representacion, y luego que lo recibia el fingido sacerdote se tenian ya por casados. De estos papeles se hallaron chiquihuites ó canastos llenos, juntos con muchísimos idolillos que se dieron al fuego,

menos el citado ídolo principal. A este lo tenia el mencionado viejo (que cuidaba de él) con mucha veneracion y aseo, y tan tapado y oculto, que á muy pocos lo enseñaba ó dejaba ver, y solo lo hacia á los bárbaros que venian como en romería de largas distancias á tributarle sus votos y obsequios y pedirle remedio para sus necesidades.

Luego que entraron á la conquista los misioneros y se congregaron en las cinco misiones, como queda referido, tuvo gran cuidado el indio de ocultar y esconder su ídolo en una cueva, entre las peñas de aquella elevada sierra. Y habiendo enviado el capitan de los soldados al sargento con un destacamento para quemar todas las casas de los indios que estaban esparcidos por aquellas sierras, á fin de que subsistiesen en el nuevo poblado y llegando á aquel lugar donde estaba la casa que servia de adoratorio ó iglesia para dicho ídolo, le pegaron fuego, ignorando el destino que tenia y aunque por tres ó cuatro ocasiones lo hicieron (segun me refirió el mismo sargento) nunca quiso arder, no obstante que era de materias tan combustibles como de palos y zacate, y admirados de esto dijo el referido á sus soldados: "Peguen fuego en nombre de Dios y " de su santísima Madre," y repitiendo la diligencia, prendió luego la casa, consumiéndose en un instante, y repararon que salia un grande humo muy fétido y espeso que los dejó asombrados y temerosos sin saber lo que allí habia; pero después que ya el venerable padre Junipero sabia el idioma, se averiguó todo lo que vá referido, declarándolo los mismos indios ya convertidos, los cuales le entregaron el citado ídolo Cachum, que llevó á nuestro colegio de San Fernando, y entregándolo al reverendo padre guardian, mandó este se pusiera en el cajon del archivo perteneciente á los documentos y papeles de dichas misiones, para memoria de la espiritual conquista.

No obstante la salida del vanerable padre, prosiguieron con igual celo y eficacia sus apostólicas empresas los ministros que quedaron en las misiones y los que de nuevo entraron en ellas, para conseguir sus mayores creces, así en lo espiritual como temporal, y hallandolas tan adelantadas cómo reducidos los indios, fué tanto su aumento, que en poco tiempo ya aquellos cinco pueblos eran la admiracion de los que los transitaban y la emulacion de los señores curas clérigos de las inmediaciones. En esta atencion dispuso nuestro colegio de San Fernando entregarlos al ordinario para que los proveyese de curas seculares, conforme á lo prevenido en las bulas apostólicas del señor Inocencio XI, para lo cual hizo las debidas representaciones al excelentísimo señor virey marqués de Croix y al ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana, y viniendo en ello ambos señores, se hizo la entrega de las referidas misiones en el año de 1770, á los 26 de fundadas, quedando admirados y edificados de lo muy adelantadas que en tan corto tiempo se hallaban, segun les constó por los documentos formados por los jueces eclesiástico y real que fueron comisionados á recibirlas por dichos señores virey y arzobispo, quienes se dignaron dar las gracias á nuestro colegio por lo que habia trabajado en servicio de ambas majestades, como se deja ver en las dos siguientes copias de sus cartas originales.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY MARQUÉS DE CROIX.

"La instancia de vuestra reverencia y discre-" tos de 10 de julio próximo pasado, en que so-" licitaban se pongan sacerdotes seculares en las " cinco misiones que han estado á cargo de ese " apostólico colegio en la Sierra Gorda, mandé " pasar al señor fiscal, y con arreglo á su res-" puesta he resuelto en decreto de 10 del cor-" riente acceder á la pretension de vuestras re-" verencias, dándoles las mas expresivas y debi-" das gracias por el celo con que sus religiosos " misioneros han sabido lograr sus apostólicos " afanes, y avisar al ilustrísimo señor arzobispo " nombre un eclesiástico que se haga cargo de " las referidas misiones para proveerlas de curas " seculares, como tambien comisionar á don Vi-" cente Posadas, vecino de Rio-Verde, al recibo " de las enunciadas cinco misiones, con órden " de que dé documento jurídico á los padres que " se hallan en ellas de todo lo que entregaren en " cada una, y que no solo no les pongan emba-" razo en que saquen sus libros y todas las cosas " de su uso, sino que tambien los habilite de lo " necesario, á fin de que puedan con la comodidad " posible restituirse á ese colegio después que se " haya practicado el repartimiento de tierras á " los indios en la forma que vuestras reverencias " me han propuesto, de que les aviso, á afecto " que se hallen completamente instruidos y que " se verifique el puntual cumplimiento. Dios " guarde á vuestras reverencias muchos años. " Méjico, 15 de agosto de 1770.—El marqués " de Croix.—A los reverendos padres guardian " y discretos del apostólico colegio de San Fer-" nando."

CARTA DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DON FRANCISCO ANTONIO LORENZANA.

"Muy señor mio: El cura y juez eclesiástico " de Cadereita me ha dado cuenta con las dili-" gencias que de mi órden practicó para poner " á cargo del clero secular las cinco misiones de " Jalpan, Landa, Tilaco, Tancoyol y Concá en la " Sierra Gorda, y resultando de ellas el infatiga-" ble celo con que han trabajado allí los hijos de " ese apostólico colegio, siendo el puntual cum-" plimiento de su instituto igual al dejarlas que " al tomarlas, no puedo menos que manifestar á " vuestra reverencia mi gratitud y la obligacion

"en que me constituyo de apetecer ocasiones en "que servirle.—Nuestro Señor guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, diciembre 22 de 1770.—Besa la mano de vuestra reverencia, su mas afecto servidor.—Francisco, arzobispo de Méjico.—Reverendo padre guardian y discretos del colegio de San Fernando."

La gloria que al colegio de San Fernando resulta por la entrega de las citadas cinco misiones que en el corto término de 26 años puso en tan buen estado, así espiritual como temporal; el honor que ha conseguido el apostólico instituto y lo mucho que para ello trabajó el venerable padre Junípero en los nueve años seguidos que allí estuvo, segun queda expresado, me han estimulado á referir la entrega de ellas y las expresiones afectuosas que hicieron al colegio los dichos excelentísimos é ilustrísimos señores cuando las recibieron y se hallaron informados por los comisionados de la buena instruccion con que se hallaban aquellos indios neófitos, y de la opulencia en que se miraban las citadas misiones, de las que habiendo sido presidente el venerable padre y trabajado tanto desde los principios hasta ponerlas en corriente, lo sacó la obediencia para las de San Sabá antes que se verificase su entrega.

CAPITULO IX.

PASA Á MÉJICO LLAMADO DEL PRELADO PARA LAS MISIONES DE SAN SABÁ, LAS QUE NO TUVIERON EFECTO POR LO QUE SE DIRÁ.

Muchos años tuvo el colegio de la Santa Cruz de Querétaro puesta su pretension para fundar misiones en la belicosa nacion de los indios apaches, hasta el año de 1758 en que se consiguió, encomendando su majestad esta conquista al referido colegio de la Santa Cruz y al de San Fernando de Méjico y conviniendo ambos (como tan hermanados) á que de pronto se fundasen dos misiones, una por parte de cada uno, y á la sombra del presidio de cien hombres que se iba á establecer en las vegas del rio San Sabá, que dista de Méjico hácia el Norte como cuatrocientas leguas, salieron de nuestro colegio los dos misioneros asignados por el venerable discretorio (de los que voluntariamente se ofrecieron), que fueron los padres fray José Santi Estévan, de la recoleccion de la provincia de Burgos y convento de Agreda, y fray Juan Andrés, de la recoleccion de la Concepcion.

Llegaron á las misiones del rio de San Antonio Béjar, pertenecientes al colegio de Querétaro y distantes como sesenta leguas de San Sabá; demoráronse allí, y se enfermó é imposibilitó de seguir el segundo de los misioneros, con cuyo motivo, habiendo llegado esta noticia al colegio, fué luego nombrado el padre fray Manuel Molina, de la recoleccion de Valencia, quien luego caminó hasta las misiones de San Antonio, y diciéndole allí que ya su compañero se habia marchado con el padre fray Alonso Terreros, del colegio de Querétaro, siguió su viaje hasta el rio de San Sabá.

Llegó á este paraje y halló á los citados dos padres que habian dado principio á la mision de la Santa Cruz, á las orillas de dicho rio, y á tres leguas cortas del presidio, en donde tenian ya su capilla y algunos cuartos para vivienda, pero aun no se les habian acercado los gentiles. A los quince dias de llegado el padre Molina, fueron tantos los que de un golpe se les presentaron, que les pareció no serian menos de mil, todos de guerra, embijados y armados de flechas, lanzas y armas de fuego, por las que inferian ser de la nacion cumanche, que tienen ó tenian comercio con los franceses del nuevo Orleans, de quienes las conseguian á trueque de pieles.

Los recibieron los padres con demostraciones de cariño; pero los gentiles, disimulando sus malos intentos, dijeron que venian por la paz de los españoles, pidiendo que uno de los padres fuese con ellos para que no les hiciesen daño. Excusábanse diciéndoles que no era necesario, que les darian papel y serian bien recibidos; no quisieron, sino que instaron fuese un padre con ellos. En vista de esto determinó el padre Terreros el ir, aunque ya creyó iba á recibir la muerte, pues al despedirse de sus compañeros les dijo lo encomendasen á Dios y se encomendasen tambien, "porque en breve estaremos en la otra vida." Al oir esto el padre Santi Estévan se retiró á un cuartito con el santo Cristo de pecho, y quedó afuera el padre Molina agasajando á los indios y despidiéndose del padre fray Alonso: luego que este se apartó como treinta pasos de las casas, acompañándolo toda la chusma (ó fingiendo hacerlo), le dispararon una arma de fuego, con cuya herida cayó el venerable padre Terreros, y sobre él todos los indios para acabarlo de matar y quitarle el santo hábito.

Viendo esto el padre Molina y que no podia socorrer á su compañero, pues antes de llegar al sitio donde estaba ya habrian hecho con él lo mismo los gentiles, se retiró á la casa, y con él un soldado que habia quedado, con la pena de que su compañero el padre Santi Estévan estaba en otro cuarto, sin poderse juntar, y entrando en él los indios le cortaron la cabeza, cuyos golpes oyó desde el otro cuarto el padre Molina, y como desde allí disparaba el soldado, no se atrevieron á arrimarse á aquel sitio y pegaron fuego á la casa. Viéndola el padre arder, se quitó del cuello una cera de Agnus, y echándola á la llama, se apagó de repente el fuego, como si le hubiera echado un rio. Luego que los gentiles advirtieron esto, pensaron en arrimarse á la puerta del cuarto; pero en cuanto lo hicieron cayeron ó muertos ó heridos por el soldado, que se portó con militar esfuerzo. Los indios disparaban tambien, por cuyo motivo le tocó al padre una bala

que se le quedó dentro del brazo, y vivió cargándola muchos años. Al valeroso soldado le hicieron pedazos las piernas á balazos; pero así herido mató muchos y defendió al padre hasta la noche que se retiraron los enemigos.

Viéndose tan gravemente herido y ya sin fuerzas para defender al padre ni poderse tener en pié para escapar, y dándose por cierto en breve tiempo muerto, se dispuso y aconsejó al padre probase fortuna de irse para avisar al presidio, y lo mismo encargó á su mujer, y que llevase un hijito que tenian, diciéndoles: "Si quedan, cier-" tamente mueren, y si salen, tal vez se libra-" rán."

Recelaba salir el padre al ver que los indios los habian cercado con lumbradas para divisarlos si lo hacian, y aunque consideraba le darian muerte luego que lo vieran, no obstante, confiado en Dios y en María santísima (cuyos dolores celebraba en aquel dia la santa Iglesia), salió por una ventana, y pudo, sin ser visto, pasar por entre dos lumbradas. Tiróse rio abajo y fuera del camino para no ser encontrado, y después de tres dias llegó al presidio desangrado y sin fuerzas por la falta de sustento, pues no habia comido mas que yerbas crudas del campo, caminando solo de noche. Reforzóse en el presidio, y el capitan de él despachó luego tropa; pero cuando llegó esta ya los indios se habian marchado y quemado cuanto habia, y el valeroso soldado perecido, quien (segun me refirió después el mismo padre Molina, junto con lo que llevo expresado) no bajaron de cuarenta los gentiles que hirió y mató.

Dióse luego cuenta de todo lo acaecido á Méjico, y el colegio, lejos de resfriarse, nombró otros dos ministros que pasaran á fundar la mision. Uno de ellos fué el venerable padre Junípero, que se hallaba en la suya de Sierra Gorda, y aun teniendo individual noticia de la referida tragedia, no tan solo no se excusó (como lícitamente podia), sino que antes bien dió muchas gracias á Dios de que el prelado lo hubiese elegido sin explorar antes su voluntad, y luego que recibió la carta del padre guardian se puso en camino para el colegio.

Pensaba el prelado seria breve la salida; pero supo después que el excelentísimo señor virey habia despachado órden á las provincias internas para que se hiciese una expedicion con mucha tropa, á efecto de castigar á los indios y contenerlos con el escarmiento; pero no habiéndose logrado esta como se deseaba y sucedido prontamente la muerte del citado señor virey, fueron motivos porque se suspendió aquella reduccion, siendo de mucho sentimiento para el celoso padre Junípero. Pero no perderia el mérito delante de Dios de haberse voluntariamente ofrecido á tan ardua empresa, con el evidente peligro de morir en manos de aquellos bárbaros y crueles gentiles.

CAPITULO X.

OCUPACIONES Y EJERCICIOS QUE TUVO EN EL COLEGIO Y MISIONES QUE SALIÓ Á PREDICAR.

No habiendo tenido efecto la fundacion de las misiones de San Sabá por los motivos expresados en el antecedente capítulo, ya no volvió el reverendo padre guardian á hablar nada á nuestro venerable Junípero sobre que se volviese á las de Sierra Gorda, de donde habia salido, bien fuera para que estuviese á mano, por si de repente se tratase en el superior gobierno de la reduccion de los apaches (por aviso de la corte), ó porque esperaria el prelado á que el venerable padre se lo insinuase; pero el humilde y obediente siervo de Dios no quiso jamás mostrar mas inclinacion que á la voz del superior, resignado ciegamente (para no errar) á la voluntad del Señor expresada en la del prelado. Quedóse en el colegio hasta el año de 1767, en que lo destinó la obediencia para estas misiones de Californias, y estuvo sin el ejercicio de predicar á los infieles poco mas de siete años, en cuyo tiempo trabajó mucho en la conversion de los pecadores en las misiones, que predicó así en el distrito del arzobispado de Méjico, como en los de otros cuatro obispados.

En la capital de Méjico predicó dos años en las misiones que cada trienio hace nuestro colegio de San Fernando con mucho fruto, y no fué poco el que el venerable padre logró con sus fervorosos sermones. En uno de ellos, á imitacion de su devoto san Francisco Solano, sacó una cadena, y dejándose caer el hábito hasta descubrir las espaldas, después de haber exhortado á penitencia, empezó á azotarse tan cruelmente, que todo el auditorio se deshacia en lágrimas, y levantándose de él un hombre, fué á toda prisa al púlpito, quitó la cadena al penitente padre, bajó con ella hasta ponerse en lo alto del presbiterio, y tomando ejemplo del venerable predicador, se desnudó de la cintura para arriba y empezó á hacer pública penitencia, diciendo con lágrimas y sollozos: "Yo soy el pecador ingrato á Dios, " que debo hacer penitencia por mis muchos pe-" cados, y no el padre, que es un santo." Fueron tan crueles y sin compasion los golpes, que á vista de toda la gente cayó, juzgándolo todos por muerto. Habiéndolo oleado allí y sacramentado, murió poco después. De esta alma podemos creer con piadosa fe que estará gozando de Dios.

Fuera de la capital predicó el venerable padre en el arzobispado, haciendo fervorosas misiones, en el real de Zimapan y sus contornos, en muchos pueblos de la provincia del Mezquital, en la de la Huasteca, en su capital, villa de Valles, Aquismon y otros muchos lugares, en cuya mision gastó nueve meses, los siete en actual ejercicio de predicar y confesar, y los dos restantes en ida y vuelta, por lo muy apartado que está

de Méjico, en cuya mision logró mucho fruto, por hacer cuarenta años que no habia habido otra.

En el obispado de la Puebla de los Angeles hizo misiones en la costa del mar del Norte ó Seno Mejicano, en Tabuco, Tuxpan, Tamiagua y otros muchos pueblos distantes de Méjico mas de ochenta leguas.

En el obispado de Antequera ú Oajaca misionó en muchos pueblos á peticion del Illmo. Sr. obispo don Buenaventura Blanco, dando principio cien leguas distante de Méjico á la raya del obispado de Campeche, hácia Tabasco, en aquellas poblaciones de la costa donde nunca se habia oido mision. Y para acercarse á la capital de Oajaca, para donde lo llamaba su Illma., hubo de navegar el venerable padre ocho dias por el gran rio llamado de los Miges, donde tuvo que padecer, tanto él como sus compañeros, muchos trabajos por los excesivos calores, molestia de zancudos y peligro de caimanes, sin poder salir de la canoa á tierra por los tigres, leones, víboras y demás animales ponzoñosos de que están abundantes aquellos lugares, y por este motivo despoblados de gente que los habite.

Después de ocho dias de tan peligrosa y molesta navegacion, hubieron de caminar por tierra (de iguales circunstancias) hasta llegar á Villa-Alta, distante de Méjico mas de cien leguas. En ella hizo mision el venerable padre, y de allí pasó á la ciudad de Antequera, en donde lo esperaba el Illmo. Sr. obispo. Llegaron á este paraje por la Quincuagésima, y anunciando luego la mision, duró todo el tiempo de cuaresma, logrando á expensas de sus apostólicos afanes innumerables conversiones, con gran consuelo de aquel celosísimo prelado, quien hizo que nuestro venerable fray Junípero predicara (á puerta cerrada) á toda la clerecía mientras sus compañeros misionaban al pueblo. De esta predicacion se logró abundante fruto, y mas con la facultad que les concedió á los padres aquel ilustrísimo pastor para casar á los que lo necesitaban, y que viviendo amancebados pasaban por casados, de que fueron muchos los que habia, así en la capital como en los demás pueblos en que hicieron mision, la que habiendo durado seis meses y concluídose este término, se retiraron los padres al colegio, á donde llegaron á los ocho meses después de haber salido de él, por la larga distancia que hay; cuyo viaje hizo á pié el venerable padre, no obstante la llaga é hinchazon de él.

En el obispado de Valladolid misionó en Rio-Verde (distante de Méjico mas de cien leguas) en la cabecera de la Custodia de Santa Catalina de Rio-Verde y pueblos de sus contornos, y últimamente en el obispado de Guadalajara, cuando venia con sus compañeros el venerable padre para estas Californias; habiéndose detenido en el puerto de San Blas por falta de embarcacion. Predicaron en el pueblo de Tepic, Jalisco, Ciudad de Compostela, Mazatlan, San José, Guaynamotas y otros circunvecinos de aquella jurisdiccion, donde logró innumerables conversiones de pecadores, no perdonando fatigas para conseguirlo.

Mucho es el trabajo que trae consigo el ejercicio de misionar entre fieles, empleándose medio año continuo en la predicacion y confesiones desde el primero hasta el último sermon, sin mas descanso que el tiempo de caminar á pié desde el colegio y de una poblacion á otra hasta restituirse á él; y si se numeran las leguas que por este fin anduvo el venerable fray Junípero, no serán menos de dos mil. Estas tareas se le aumentaron con la patente ó título que desde el año de 1752 tenia de comisario del Santo Oficio, con que lo honró el santo tribunal de la fe para toda la Nueva-España é islas adyacentes, por cuya causa hubo de trabajar en muchas partes y caminar gran número de leguas, desempeñando cuantas diligencias practicó á satisfaccion de los señores inquisidores, que lo atendian y miraban como á ministro no solo docto, sino por muy celador de la fe y religion católica.

En los intervalos de una salida á otra (que segun disponen las bulas apostólicas, concluidos seis meses de predicar entre los católicos, se restituian los padres al convento para recobrar espirituales y corporales fuerzas), se volvia el siervo de Dios á su colegio, donde observó con la mayor puntualidad la asistencia al coro, así de dia como de noche, y no contentándose con las seis horas ó cerca de ellas, que se emplean en el rezo del oficio divino y oracion mental, no faltaba á los demás ejercicios voluntarios de la corona, via crucis y via dolorosa, etc.

Fué muy puntual en los anuos ejercicios de la órden, observando á la letra la práctica que nos dejó nuestro venerable padre fray Antonio Linaz. Todo un trienio lo tuvo la obediencia empleado de maestro de novicios; pero esto no le impidió salir á predicar en pueblos cristianos, pues en sus ausencias otro suplia en el magisterio; y si como queda dicho en el capítulo tercero de esta historia, asistia el venerable padre voluntariamente á todos los ejercicios del noviciado, ¿qué dilatado campo se ofrece á la imaginacion para considerar lo mucho que luciria su fervor cuando se hallaba ya de maestro?

Otro trienio lo tuvo el colegio de discreto (aunque tampoco imposibilitado por este cargo de salir á misionar). En estos tres años, el tiempo que estaba en el colegio servia de vicario de coro por encargo del reverendo padre guardian para lo poco que allí se ofrece cantar, y esto lo practicaba con mucho gusto y humildad, sintiendo (como decia) el no saber solfa para servir de algo. Muchos dias era el lector de la mesa, levantándose á la mitad de la comida para remudar al corista ó novicio que estaba leyendo. Otras ocasiones remudaba á los servidores, como si fuese novicio

ó corista el venerable padre, yendo á servir la mesa. El tiempo que le quedaba desocupado después del coro, lo empleaba en el confesonario, donde oia de penitencia á cuantos pobres ocurrian á sus piés. Lo mismo hacia en los conventos de religiosas, así de la órden como del ordinario, donde lo pedian al prelado algunas almas afligidas y de conciencias escrupulosas, para su consuelo; y al paso que para sí era rígido, se mostraba con los demás muy benigno, explayándoles el corazon.

Fué totalmente desasido del siglo y seculares, de tal manera que en una ciudad tan populosa como es Méjico, tan afecta á los misioneros por lo que trabajan en su bien espiritual, con tantos confesados que de todas clases tenia y tantos que se valian del venerable padre para salir de sus dudas místicas y morales, no tenia persona á quien visitar, y cuando los que lo necesitaban y buscaban en el colegio para su consuelo no lo hallaban, entonces era cuando sabian que habia salido á hacer mision.

CAPITULO XI.

CASOS PARTICULARES QUE LE SUCEDIERON EN LAS MISIONES ENTRE FIELES.

Cuando hizo mision en la provincia de la Huasteca, faltaron muchos vecinos del primer pueblo donde predicó y quedaron sin oir la palabra de Dios, por algunos pretextos, que careciendo de justicia, abundarian de negligencia; y habiendo salido para otro pueblo los padres á continuar su predicacion, entró una epidemia en el referido, de que murieron como sesenta vecinos y los demás sanaron; pero reparó el señor cura párroco de aquella iglesia que solo habian muerto los que faltaron á la mision, como lo notició por escrito al reverendo padre Junípero, que era presidente de ella. Divulgóse la voz de la enfermedad, y como quiera que siguió inmediatamente de concluida la mision primera, quedaron amedrentados los demás pueblos, saliendo de mala gana á oir las otras y sintiendo las admitiesen los señores curas. Pero sabiendo que solo habian muerto los que no asistieron á los sermones, concurrian después muy puntuales, no solo los vecinos de los pueblos, sino tambien los de las haciendas y ranchos que distaban muchas leguas de la cabecera; y hubo alguno que dijera no habia visto iglesia ni sacerdote ni oido misa ni mision en diez y ocho años, pues habia cuarenta que no entraba otra en aquella tierra; con lo que ya cesó la enfermedad que padecian. En todos estos pueblos lograron mucho fruto para Dios, quien prontamente empezó á premiar los trabajos de su siervo fray Junípero y demás compañeros.

Concluidas sus apostólicas tareas, se retiraban para el colegio, y en una jornada á tiempo que ya se ponia el sol, ignoraban dónde irian á parar aquella noche, dando por cierto que lo harian en el campo. Esto consideraban cuando vieron á poca distancia y cerca del camino real una casa, donde entrando á pedir posada, hallaron un hombre venerable con su esposa y un niño, quienes muy gustosos los hospedaron y dieron de cenar con especial aseo y cariño. Despedidos los padres por la mañana y dando las gracias á sus bienhechores, siguieron su jornada, donde á poco trecho encontraron con unos arrieros que les preguntaron dónde habian parado aquella noche. Y diciéndoles que en la casa inmediata al camino: "¿Qué casa? dijeron los arrieros; en todo el camino que anduvieron ayer, ni hay casa ni rancho ni en muchas leguas." Quedaron los padres admirados mirándose unos á otros, y los arrieros ratificándose en lo dicho de que no habia tal casa en el camino. Los misioneros atribuyeron á la divina Providencia el haberlos favorecido con aquel hospicio, y que sin duda serian los que lo habitaban Jesús, María y José, reflejando no solo en el aseo y limpieza de la casa (aunque pobre) y el cariño afectuoso con que los habian hospedado y regalado, sino en el consuelo interior y extraordinario que allí habian sentido sus corazones. Dieron á Dios nuestro Señor las debidas gracias por el especial beneficio que habian recibido, y avivaron mas y mas su fe de que no les faltaria la divina Providencia, como así lo vieron cumplido en los treinta y dos dias que les duró el viaje desde la Huasteca hasta el colegio.

En uno de los dichos pueblos en que hizo mision el venerable padre, experimentó en sí aquella promesa que hizo Jesucristo á los apóstoles y refiere el Evangelista San Marcos (cap. 16, v. 18); *Si mortiferum quid biberint, non eis nocebit.* Celebrando misa el siervo de Dios, le pareció que al tiempo de consumir el sanguis le habia caido en el estómago un gran peso como si fuese plomo, en términos que lo inmutó todo, y en parte lo trabó; no obstante, puso el vino para la purificacion; pero lo mismo fué tomarlo que quedar totalmente trabado, y si no ha estado tan pronto uno de los que asistian á la misa, hubiera caido en tierra el venerable padre: llevaronlo luego á la sacristía, y desnudándole los ornamentos lo pusieron en cama creyendo todos (luego que supieron el caso) que le habian puesto veneno en la vasija del vino para quitarle la vida.

Luego que lo supo un caballero asturiano vecino del mismo pueblo, muy afecto á los religiosos, como hermano que era de toda la religion por patente de nuestro reverendísimo padre general, ocurrió al convento con una bebida eficaz contra veneno, diciéndole que la bebiese, pues era muy propia para el intento. Miróla el venerable padre que la traian en un vaso de cristal, y sonriéndose dió á entender no la queria tomar: quedando corrido el hermano, le dijo si queria aceite para deponer el estómago, y haciendo la señal de que sí, lo tomó y entonces ya pudo articular al-

gunas palabras, siendo las primeras las citadas de san Marcos. No le causó vasca alguna el aceite ni vomitó; pero sí lo sanó, bien fuese por virtud del medicamento (como defienden algunos que la tiene, embotando los ácidos corrosivos del veneno) ó por la fe del venerable paciente. Lo cierto es que aquella misma mañana fué á la iglesia á confesar como si tal cosa le hubiera sucedido; y á haberle tocado el turno habria predicado aquel dia, como lo hizo el siguiente.

Viendo el hermano sano ya al reverendo padre, fué á visitarlo, y después de darle los parabienes, le dijo en tono de queja: "¿Es posible, mi padre " Junípero, que me hiciese el desaire de no que- " rer tomar mi medicina, que era tan eficacísimo " contraveneno?" "A la verdad, señor herma- " no, respondió, que no fué por hacerle el des- " aire ni por dudar que tuviese virtud, ni menos " por tener asco de ella, pues en otras circuns- " tancias la habria tomado; pero yo acababa de " tomar el pan de ángeles, que por la consagra- " cion dejó de ser pan y se convirtió en el cuer- " po de mi Señor Jesucristo: ¿cómo queria usted " que yo, tras de un bocado tan divino, tomase " una bebida tan asquerosa, que habia sido pan " y ya no lo era? Luego conocí de lo que se com- " ponia, aunque venia en un vaso tan limpio." Confesó el caballero la verdad, como tambien que él por sus propias manos, no fiando á otro, habia desleido la triaca (que así llamaban al único ingrediente de que estaba compuesta aquella inmunda bebida), quedando muy edificado de la fe y religion del venerable padre.

En aquella gran mision que con otros cinco compañeros predicó en el obispado de Oajaca, entre el mucho fruto que logró en ella, fué muy singular la conversion de una mujer en la ciudad de Antequera, capital de aquel obispado. Vivia esta en mal estado con un hombre rico y poderoso desde edad de catorce años, en que habiéndose este aficionado ciegamente de ella y no pudiéndola lograr para esposa (por ser casado en España), la tomó por concubina. Llevóla á su casa, viviendo con ella como si fuera su propia mujer, como por tal la tenian todos los moradores de aquella ciudad. En este infeliz estado vivieron catorce años. Llegó á oidos de la mujer la voz de la mision que se predicaba por los contornos de aquel lugar y de los muchos que se convertian á Dios, como tambien de que los padres habian de entrar á predicar allí. Estas voces fueron los golpes fuertes con que Dios tocó al corazon de aquella pecadora, la que no haciéndose sorda trató luego de separarse de tan perniciosa amistad y volverse á la de Dios. Dióle parte al cómplice de sus delitos; pero este la disuadió, diciéndola que no pensase en ello por entonces, amenazándola con que si tal hacia haria él un disparate; que la mataria ó que él se quitaria la vida.

Llegó la mision á la ciudad cuando menos la esperaban sus vecinos, pues informado el ilustrísimo señor obispo de que los padres intentaban entrar la noche de la domínica de quincuagésima, con el fin de evitar la muchas ofensas que por lo comun se hacen á Dios en los dias del carnaval (alegrándose mucho aquel celosísimo prelado que habia pedido la mision), les respondió: que le parecia muy bien y que no lo divulgaria (como se lo suplicaban) para cogerlos á todos descuidados.

Entraron con gran silencio los seis misioneros, y repartidos de dos en dos por las calles de la ciudad, enarbolando el santo Cristo, dieron el asalto disparando abundantes saetas que glosaban con fervorosas pláticas. Conmovióse sobremanera toda la gente, de suerte que desamparando las casns y agolpándose en las calles, siguieron todos á los padres hasta la catedral, y convidados para el dia siguiente al sermon de anuncio y publicacion de la mision, se retiraron á sus habitaciones compungidos y llorosos.

Una de las saetas que pronunció uno de los misioneros, hirió el corazon de aquella pecadora de tal suerte, que le pareció que se lo habia traspasado, segun el dolor grande que sentia de sus pecados y deseos de convertirse a Dios verdaderamente. Dispúsose para confesar, y examinada, se fué á los piés del venerable padre fray Junípero. Dióle cuenta de la vida que habia tenido y propósito con que se hallaba de dejar tan peligrosa amistad y compañía. Animóla el fervoroso padre después de confesada generalmente, encargándole buscase casa donde vivir. Así lo ejecutó; pero aquel hombre (ciego con su pasion) hacia cuantas diligencias consideraba oportunas para atraerla á su antigua amistad; pero ella constante en el propósito, frecuentaba los santos Sacramentos, y despreciando los halagos, promesas y amenazas de que se ahorcaria, se mantuvo en su arrepentimiento con magnánima constancia. Comunicábale todo al venerable confesor, y diciéndole que no se consideraba segura en la casa que vivia, precavió este peligro el siervo de Dios buscándola otra de una devota señora de las principales de la ciudad, que la recibió con especial gusto.

Aun de aquella habitacion queria sacarla; pero no siéndole posible, una noche desesperado cogió un dogal, y yéndose con él á la citada casa, en una reja de hierro se ahorcó, entregando su alma á los demonios, en cuyo mismo instante se sintió en la ciudad un gran temblor ó terremoto que asustó á todos. A la mañana siguiente se dejó ver el miserable ahorcado, causando general horror y espanto, y singularmente á la convertida mujer, que viendo aquel espectáculo (á imitacion de santa Margarita de Cortona) se quitó luego el cabello, y vestida de ásperos cilicios y de un saco en forma de túnica, anduvo por la ciudad de Antequera pidiendo á gritos perdon de sus pecados y escandalosa vida que habia tenido; quedando todos edificados y compungidos de ver

tan rara conversion y penitencia, y no menos temerosos de la divina justicia, con escarmiento de aquel infeliz, por cuya causa se lograron innumerables conversiones, y por consiguiente mucho fruto de la citada mision.

Otros casos podria referir, pero la dilatada narracion de la última tarea de la vida del venerable padre Junípero (donde este apostólico varon echó el resto de sus afanes) me llama con instancia y no me permite dilacion.

CAPITULO XII.

PASA Á LA CALIFORNIA CON QUINCE MISIONEROS PARA TRABAJAR EN ELLA.

Habiéndose extinguido en la Nueva España la sagrada Compañía de Jesús el dia 25 de junio del año de 1767, fueron encomendadas por el excelentísimo señor virey marqués de Croix (de acuerdo con el ilustrísimo señor visitador general del reino D. José de Galvez) al colegio de San Fernando de Méjico, las misiones que los padres expulsos administraban en la California. Vióse precisado el colegio á admitirlas (no obstante lo falto que se halla de religiosos) para hacer á Dios y al rey este sacrificio, y á enviar al propio tiempo á España por competente número de misioneros.

Diez y seis eran los padres jesuitas que habia en la California, y otros tantos habian de pasar á remudarlos; pero teniendo ideado el superior gobierno poner en las cuatro misiones mas adelantadas sacerdotes seculares, pidieron los citados señores doce religiosos al reverendo padre guardian del colegio. Propúsolo este en comunidad, convidando á todos los que se hallasen con espíritu para tan ardua empresa; y prontamente tuvo el número necesario de misioneros, que se ofrecieron voluntariamente.

En este tiempo estaba nuestro venerable fray Junípero haciendo mision en la provincia del Mezquital, y como treinta leguas distante de Méjico. Eligiólo el prelado para presidente de aquellos misioneros; pero en atencion á no dar tiempo para consultar su voluntad la precision de salir, y estando tan conocido su espíritu y puntual obediencia (pues la menor insinuacion reputaba por precepto formal y expreso), le hubo de escribir para que se regresara al colegio. Así lo practicó llegando á él el dia 12 de julio, y llegando á tomar la bendicion del reverendo padre guardian, este dijo al venerable padre lo llamaba para que fuese con los demás religiosos asignados por el discretorio á la California. Admitió el siervo de Dios el ser uno de los elegidos, y con mayor consuelo que los demás, por no haber concurrido ni siquiera con el *Ecce ego mitte me*, sino por sola eleccion del prelado, sin indagar su voluntad.

Tenia ya el excelentísimo señor virey prevenido todo el equipaje necesario para el viaje (por tierra) de doscientas leguas, hasta el puerto de San Blas, para que fuesen con alguna comodidad los padres, á efecto de evitar se enfermasen en el camino tan dilatado de tierra caliente y destemplada, y luego pasó aviso su excelencia al reverendo padre guardian para que estuviesen prontos para el dia 14 de julio del citado año de 1767. Despedímonos de la comunidad, y al tomar la bendicion del prelado, nos dijo este, convertidos en mares de lágrimas sus ojos: "Vayan, padres "y queridos hermanos, con la bendicion de Dios "y de nuestro santo padre san Francisco á tra"bajar en aquella mística labor de la California "que nos ha fiado nuestro católico monarca: va"yan, vayan con el consuelo de que llevan para "su prelado al padre lector Junípero, á quien "por esta patente nombro de presidente de to"dos vuestras reverencias y de aquellas misio"nes, y no tengo que decir mas sino que le obe"dezcan como á mí mismo y me encomienden "á Dios." Aquí suspendió la voz por embargársela las impetuosas aguas que destilaban sus ojos, y entregando la patente al venerable padre, este la recibió con toda sumision, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que derramaba, y siendo el llanto de todos general y copioso, considerando seria aquella despedida para la eternidad, besamos la mano al reverendo padre guardian y salimos dicho dia (en que se celebra á san Buenaventura) acompañandonos el resto de la comunidad hasta fuera de la portería, cuyo compás hallamos lleno de gente para vernos marchar.

Duró la caminata hasta el pueblo de Tepic treinta y nueve dias, con los pocos que tuvimos de descanso en las ciudades de Querétaro y Guadalajara. En esta supimos por el ilustrísimo señor obispo de que no tenia clérigos para la California y que no estaba ninguna de las misiones en disposicion de ser administrada por otros sacerdotes que los misioneros, y que así lo habia escrito ya al excelentísimo señor virey. En vista de esto, dió cuenta de ello nuestro venerable padre presidente al reverendo padre guardian, suplicándole se esforzase á enviar mas religiosos. Así lo practicó hasta completar el número de diez y seis, que todos nos juntamos en el hospicio de la Santa Cruz de Zacate, que en el citado pueblo de Tepic tiene la provincia de Jalisco, de la regular observancia de nuestro padre san Francisco.

Habiendo llegado allí el venerable padre presidente el dia 21 de agosto, supo por el coronel comandante de la tropa que estaba acuartelada, con el destino de ir parte de ella á la California y Sonora, de que aun estaba despacio la salida, por lo muy atrasados que se hallaban los dos paquebotes, que con el fin de trasportarnos á todos para la California y Sonora se estaban construyendo; nos vimos precisados á detenernos en el

citado pueblo, manteniéndonos el rey de su cuenta.

El fervoroso celo del venerable padre Junípero no le permitió el que tantos religiosos como allí estábamos ociosos por detenidos, perdiésemos el tiempo que se podia emplear en la conversion de muchas almas, y así luego que descansamos de aquel largo viaje, dispuso el que hiciésemos mision en las cercanías del puerto de San Blas, repartiendo á todos por los pueblos expresados en el capítulo antecedente, quedándose su reverencia en el expresado pueblo de Tepic con otros compañeros, haciendo mision allí, en cuyo ejercicio nos ocupamos hasta principios de marzo del año de 1768, en que nos embarcamos, como se versa en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

EMBÁRCANSE TODOS LOS MISIONEROS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE LLEGADO Á LA CALIFORNIA.

Llegó el deseado dia de embarcarnos en el paquebot nombrado la Concepcion, que habia anclado en el puerto de San Blas por el mes de febrero, trayendo de la California los diez y seis padres jesuítas, y en el mismo salimos el dia 12 de marzo de dicho año, habiendo anochecido ya, igual número de misioneros del colegio de San Fernando, de cuyo seráfico y apostólico escuadron era caudillo el venerable padre fray Junípero Serra, y sin haber tenido novedad alguna, dió fondo en la rada de Loreto la noche del 1º de abril, que aquel año era viernes Santo y el siguiente sábado de Gloria desembarcamos todos. Antes de repartirnos y caminar cada uno para su mision, que le fué señalada por el venerable padre presidente, dispuso este que primero celebrásemos todos juntos los tres dias de Pascua con misa cantada á nuestra Señora de Loreto, patrona de aquella península, en accion de gracias del viaje de mar, y para implorar su patrocinio para el de tierra (que para los mas fué de cien leguas y para otros de mas), el cual emprendimos el dia 6 de abril, y habiendo llegado á su mision cada uno, procuró imponerse en el gobierno y régimen observado en ella, conforme al encargo que traiamos del excelentísimo señor virey, para no innovar en nada hasta que llegase el ilustrísimo señor D. José de Galvez.

Embarcóse este señor en el puerto de San Blas el dia 24 de mayo, y fué tan dilatada su navegacion, que no llegó á la península hasta el 6 de julio, que desembarcó en la ensenada de Cerralvo, en el Sur de la California, y puso su real en el nombrado de Santa Ana, cien leguas distante del presidio de Loreto, trayendo no solo el encargo de visitar la península de Californias, sino tambien real órden de despachar una expedicion marítima á fin de poblar el puerto de Monterey, ó á lo menos el de San Diego.

Informado el citado señor, después de llegado á la California, del estado de las misiones y de la altura en que se hallaba la mas setentrional, le pareció conveniente para conseguir el fin de su majestad el hacer á mas de la expedicion de mar, otra por tierra, que saliendo de la última mision, fuese en busca del puerto de San Diego, y juntándose con la marítima se verificase el establecimiento allí.

Comunicó el ilustrísimo señor su alto y acertado pensamiento con nuestro venerable padre, escribiéndole desde el real de Santa Ana, quien le respondió le parecia lo mas oportuno, y que se ofrecia á ir en persona con cualquiera de las dos expediciones, como tambien el número de misioneros que fuese necesario para aquella empresa; y suponiendo que admitiria esta propuesta el señor visitador general, se puso luego en camino para visitar las misiones mas inmediatas á Loreto y convidar á los padres para aquella funcion, y lo mismo hizo por escrito á los que se hallaban retirados, y con motivo de esta visita anduvo mas de cien leguas.

Al regreso de este viaje ya halló la respuesta del señor don José de Galvez, en que agradeciéndole el ofrecimiento que nacido de su ardentísimo celo habia hecho, le decia tomase el trabajo de bajar al real de Santa Ana ó puerto de la Paz, donde lo hallaria, y que lo deseaba mucho para tratar el asunto de las expediciones. Emprendió luego aquel viaje, que es de doscientas leguas en ida y vuelta; y si unimos á estas las otras ciento que anduvo en la visita de las tres misiones del Sur, hacen trescientas leguas que por entonces caminó el venerable padre. Trató luego con el citado señor acerca de las expediciones, y quedaron convenidos en que por mar, con los dos paquebotes, irian tres misioneros, y uno con el paquebot que saldria después, y que por tierra fuesen dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente con el segundo y el señor gobernador comandante de la expedicion.

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterey con el título de San Cárlos, y la restante con el de San Buenaventura en la medianía de ambos puertos. Estando ya de acuerdo en esto, dieron mano á disponer los ornamentos, vasos sagrados y demás necesario para iglesia y sacristía, como asimismo lo perteneciente á casa y campo, para que encajonado todo fuese por mar, y por tierra lo demás que se previniese en Loreto. En vista de estas disposiciones tan del agrado del venerable padre y tan ajustadas á sus deseos, nombró luego los padres que se habian de embarcar, y les avisó para que fuesen, como lo hicieron, al puerto de la Paz y cabo de San Lúcas, y el ilustrísimo señor visitador general por su parte dió

mano á disponer todo lo necesario, trabajando personalmente como si fuese un peon.

Luego que llegaron de San Blas los barcos, haciendo de capitana el San Cárlos, que dió fondo en el citado puerto de la Paz y San Antonio, alias el Príncipe, que no dándole lugar los vientos por contrarios allí, dió fondo en el cabo de San Lúcas, quiso el ilustrísimo señor reconocer si estaba en disposicion de hacer el viaje, mandó descargar la capitana, y viéndole la quilla, determinó darle una recorrida y nueva carena; pero faltando la brea para hacerlo, no se dedignó la cristiana piedad del expresado señor no solo idear de qué sacarla, sino que por sus mismas manos trabajó para conseguirla, como lo logró de los pitahayos, cuando á todos parecia imposible. Con esto, quedando á su satisfaccion los citados buques, los mandó cargar de todos los víveres y demás que habia traido de San Blas, como asimismo de cuanto se custodiaba en los almacenes, que en el puerto de la Paz ó de Cortés habia mandado edificar.

Tambien por sí mismo ayudó este señor al venerable padre Junípero y padre Parron á encajonar los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios de iglesia y sacristía para las tres misiones que de pronto se habian de fundar, gloriándose en una carta que el referido señor al mismo tiempo me escribió, en que me expresaba que era mejor sacristan que el padre Junípero, pues compuso los ornamentos y demás para la mision, que llamaba suya, de San Buenaventura, con mas prontitud que el siervo de Dios los de la suya de San Cárlos, y que le hubo de ayudar. Asimismo con el fin de que estas se fundasen con el mismo órden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor, este mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las mas mínimas, como hortaliza, flores y lino, por estar aquella tierra, en su concepto, para todo fértil, por estar en la misma altura que España, y no le engañó su pensamiento, como diré adelante. Igualmente determinó para dicho efecto que de la mision antigua, situada mas hácia el Norte, condujese la expedicion de tierra doscientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor, para cultivarlas todas y para que á su tiempo no faltase que comer, el que se ha aumentado mucho y procreado admirablente. En cuanto estuvo todo dispuesto, señaló el mismo señor el dia que hubiese de salir la comandanta, mandando que toda la gente se dispusiese por medio de los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía.

De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre presidente la bendicion de barco y banderas, y dándoles á todos su bendicion despues de la misa de rogativa al santísimo patriarca señor san José, á quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado á los ministros que todos los meses el dia diez y nueve se cantase en todas las misiones una misa al santísimo patriarca, concluyéndose con la letanía de los santos, de rogativa para conseguir el mas feliz éxito de dichas expediciones. Despues de la misa de rogacion que va referida, hizo el señor visitador general á toda la gente una gran exhortacion ó plática para animarla, y todos enternecidos se embarcaron el dia 9 de enero de 1769 en la citada capitana San Cárlos, acompañándolos para su consuelo el padre fray Fernando Parron.

La gente que conducia fué el capitan comandante de la expedicion marítima don Vicente Vila; una compañía de soldados voluntarios de Cataluña de veinticinco hombres con su teniente don Pedro Fajes; el ingeniero don Miguel Constanzó, como tambien don Pedro Prat, cirujano de la real armada, y toda la tripulacion necesaria con los correspondientes oficiales de marina. Hízose á la vela el citado dia nueve, y en cuanto se apartó del puerto, salió el reverendo padre fray Junípero para su mision y presidio de Loreto, para disponer todo lo necesario para la otra expedicion; y de paso, como que era camino, paró en mi mision de San Francisco Javier, y refiriéndome todo lo dicho, rebosaba á su rostro la alegria, júbilo y contento de su corazon.

El segundo barco destinado para la expedicion era el San Antonio, alias el Príncipe, el cual, como se ha dicho, no permitiéndole los vientos arribar al puerto de la Paz, fué á dar fondo en el cabo de San Lúcas. Luego que el señor visitador tuvo esta noticia, despachó órden al capitan para que allí se mantuviese, que su ilustrísima pasaria por allí, como se verificó, pues el mismo dia que salió el San Cárlos se embarcó en el paquebot nombrado la Concepcion, y me escribió la noticia de la salida del citado navío, y que ya que no podia ir á la expedicion para fijar por su mano el estandarte de la santa cruz en el puerto de Monterey, no queria omitir el acompañarla hasta el cabo de San Lúcas, que allí desembarcaria viéndola pasar, y daria mano á disponer que sin pérdida de tiempo saliese el San Antonio. Así lo practicó el expresado señor, acompañando á la capitana hasta el citado cabo de San Lúcas, donde tuvo el gusto de verla salir con viento en popa el dia 11 de enero de dicho año de 1796.

Luego que desembarcó su señoría ilustrísima en el mismo cabo, comenzó á abreviar la salida del San Antonio; pero antes de todo practicó con este barco lo mismo que con el San Cárlos, mandándolo descargar y recorrer, y en cuanto estuvo á su satisfaccion, dispuso se equipase, así con lo que habia traido de San Blas como con la prevencion de granos, carnes, pescado, etc., que tenia este señor con su eficacia acopiada para este

fin. Embarcado todo, prevenida la gente, dispuesta con el santo sacramento de la penitencia y cantada la misa de rogativa al señor san José, comulgó en ella, y concluida les hizo el señor don José de Galvez su plática exhortatoria para la paz y union, compeliéndoles al cumplimiento de su obligacion y obediencia á los jefes y oficiales, y á que respetasen á los padres misioneros fray Juan Vizcaino y fray Francisco Gomez, que con ellos iban para su consuelo; y concluida la funcion se embarcaron el dia 15 de febrero, y siendo este dia de la traslacion de san Antonio de Padua, patrono de dicho barco, confiaron en su patrocinio que con toda felicidad lo trasladaria al puerto de San Diego ó Monterey. Con esta confianza salieron, previniendo dicho señor al capitan del citado paquebot, que era don Juan Perez Mallorquin, insigne piloto de la carrera de Filipinas, que procurase no perder instante de tiempo; en inteligencia de que el comandante capitan de San Cárlos, llevaba la órden de ir en derechura al puerto de San Diego y esperar solos veinte dias, y que si dentro de este término no llegase dejando señal, cruzase para Monterey, y que lo mismo habia él de practicar en caso de no encontrar dicha capitana en San Diego, ni á la expedicion de tierra, cuyo capitan llevaba la misma órden.

Concluido el despacho de estos dos barcos, dió principio el señor visitadòr general á disponer el tercero, nombrado el Señor San José, que habiendo venido de San Blas, se hallaba fondeado en el cabo de San Lúcas. Dió la órden de que descargándose y registrándose, se hiciese la misma diligencia que con los otros dos; y habiéndose ejecutado, lo envió para el puerto de la Paz, encargando al capitan lo esperase allí, pues antes de salir para San Diego tenia que ir á Loreto. En cuanto salió dicho paquebot para el puerto de la Paz, fué el ilustrísimo señor por tierra, dando vuelta á todo el cabo por la playa, hasta llegar á la mision de Todos Santos, y de allí al real de Santa Ana. Concluidas las diligencias de la visita, pasó el mencionado puerto de la Paz y se embarcó en una balandra, para ir de convoy con el paquebot Señor San José, donde tambien se habian embarcado los dos padres misioneros que vinieron del colegio de San Fernando en lugar de los otros dos que iban con la expedicion.

Salieron de la Paz á mediados de abril, y en breve tiempo llegaron con toda felicidad á Lorero, y se detuvieron en dicha rada hasta el 1º de mayo, ocupándose su señoría ilustrísima en dar las providencias y disposiciones necesarias para el buen régimen de la tropa y presidio y para las misiones de indios, dejando fundado un colegio de muchos de ellos para la marina. Concluida su visita, se embarcó en la misma balandra dicha el dia 1º de mayo para pasar á la ensenada de Santa Bárbara del Rio Mayo, de la costa de Sonora, llevando en su compañía el paquebot Señor San José, á fin de que recibiese parte de la carga que tenia el expresado señor encargada, quien habiendo llegado felizmente, caminó al real de Alamos para dar principio á la visita de aquellas provincias, y el dicho paquebot, recibida la carga, volvió á Loreto por la restante que estaba preparada. En este barco se habia de embarcar para San Diego el padre predicador fray José Murguía, y por hallarse gravemente enfermo y sacramentado este, salió de Loreto sin ningun religioso el dia 16 de junio del mismo año, y no habiéndose vuelto á saber mas de él ni parecido fragmento alguno, se juzga padeceria naufragio en alta mar. He adelantado estos pasajes para concluir la narracion de las expediciones marítimas y pasar con mas desembarazo á hacer relacion de las de tierra.

CAPITULO XIV.

FUNCIONES DE LA EXPEDICION DE TIERRA, SALIDA DE LORETO DEL VENERABLE PADRE Y SU LLEGADA Á LA GENTILIDAD, DONDE DIÓ PRINCIPIO Á LA MISION PRIMERA.

Con la misma eficacia que el ilustrísimo señor visitador general deseaba dar cumplimiento á la real órden su majestad para poblar el puerto de Monterey, empleó cuantos medios consideró oportunos para la consecucion de tan noble intento. Ya dije cómo á mas de la expedicion marítima que mandaba su majestad se hiciese, añadió el mismo señor ilustrísimo y á la presente excelentísimo don José de Galvez, etra expedicion por tierra, en atencion á que segun estaba informado, no podia estar muy lejos el puerto de San Diego de la frontera de la California descubierta, y sin olvidarse de la de mar ni de la visita de la península, dió sus disposiciones para la citada expedicion, á efecto de que juntándose ambas en dicho puerto y quedando este poblado, se pasase á hacer lo mismo con el de Monterey.

Luego que su señoría ilustrísima derminó hacer la segunda expedicion, no menos ardua que peligrosa con respecto á la de mar, por la mucha gentilidad de diversas y depravadas naciones; como era natural se encontrase en el camino, dispuso, á imitacion del patriarca Jacob, el dividirla en dos trozos, para que si se desgraciase el uno, se salvase el otro. Nombró por principal comandante á don Gaspar de Portalá, capitan de dragones y gobernador de la California, y de su segundo á don Fernando Rivera y Moncada, capitan de la compañía de cuera del presidio de Loreto, para ir mandando el primer trozo, y de explorador de aquella tierra hasta entonces no conocida de los españoles, y al señor gobernador para ir en la segunda parte de la expedicion.

Hecho este nombramiento, le dió las instruc-

ciones correspondientes, y al señor capitan la órden para que de toda la compañía de cuera escogiese el número de soldados que juzgase conveniente y á propósito, y en caso necesario reclutase otras, y el número de arrieros para las cargas y equipaje de la expedicion, como tambien que fuese caminando para la frontera y entrando en todas las misiones, donde debia pedir todas las bestias mulares y caballares que no hiciesen allí falta, como asimismo cuantas cargas se pudiesen de carne hecha cecina, granos, harina, pinole y bizcocho, dejando en cada mision recibo de cuanto sacase, para satisfacerlo todo, y que con toda la provision subiese para la frontera de Santa María de los Angeles, llevando tambien doscientas reses; y que de todo le diese noticia, como asimismo del tiempo en que podria salir el primer trozo de la expedicion.

Con todas estas órdenes, que cumplió puntualmente, salió el señor capitan del real de Santa Ana por el mes de setiembre de 1768, y habiendo llegado al sitio de Nuestra Señora de los Angeles, que es la frontera de la gentilidad, donde encontró parte de la carga que habian subido ya por las lanchas hasta la bahía de San Luis, registró el terreno, y no hallándolo capaz para que en él se mantuviesen ni aun las bestias, por la absoluta falta de pastos, reconoció las cercanías, interuándose hácia la gentilidad, y quiso Dios que á las diez y ocho leguas de haber caminado para San Diego, halló un paraje acomodado á su intento, y haciendo conducir allí toda la carga, ganados y bestias, dió parte al señor visitador general, que se hallaba entonces en el Sur de la California trabajando en el despacho de la expedicion marítima, avisándole que en todo marzo esperaba estar dispuesto para poder continuar su viaje.

Con esta noticia el venerable padre fray Junípero, que tenia nombrado para ir con dicha expedicion al padre predicador fray Juan Crespi, misionero de la mision de la Purísima Concepcion, le escribió se pusiese en camino para no hacer falta. Salió el citado padre de aquella mision á 26 de febrero de 1769 y llegó á la frontera, en donde estaba formado el real, en el paraje que aquellos gentiles nombraban Vellicatá, el miércoles Santo dia 23 de marzo, encontrando allí al señor capitan y á toda la gente pronta para la salida, y ya confesada por el misionero de San Borja, que con este fin habia subido, para que el siguiente dia jueves Santo cumpliesen todos, como lo hicieron, con el precepto de nuestra madre la Iglesia, y el viernes Santo, 24 de marzo, saliese la expedicion.

Esta se componia de los siguientes sugetos: el señor capitan comandante, el padre fray Juan Crespi, un pilotin que iba para observar y formar el diario, veinticinco soldados de cuera, tres arrieros y una cuadrilla de indios neófitos californios para gastadores, ayudantes de arrieros y demás quehaceres que se ofreciesen, armados todos de arco y flechas; y habiendo gastado en el camino cincuenta y dos dias sin novedad alguna, llegaron el 14 de mayo al puerto de San Diego, donde hallaron fondeados los dos barcos, como diré adelante.

Para la segunda parte de la expedicion quedaron en el dicho paraje de Vellicatá las bestias mulares y caballares, toda la carga perteneciente á ella, el ganado vacuno, parte de la tropa y arrieros que habian de marchar, y la restante habia de acompañar al señor gobernador y venerable padre presidente, quien suplicó á este señor se adelantase supuesto que tenia que recoger otras cargas en el camino; que le dajase dos soldados y un mozo, que él saldria después y lo alcanzaria antes de llegar á la frontera. Convencido en esto el citado señor gobernador, salió de Loreto con la tropa el dia 9 de marzo, y habiendo llegado á mi mision, me comunicó, aunque de paso, lo malo que estaba del pié y pierna el venerable padre Junípero, pues en el viaje que habia hecho hácia el Sur se habia empeorado mucho, como asimismo que creia se le habia acancerado el pié, y dudaba que con este accidente pudiese hacer tan penoso y dilatado viaje. "Y "no obstante de haberle hecho presente el atra- "so que podia seguirse á la expedicion si en el "camino se imposibilitaba, no he podido conse- "guir el que se quede y que vuestra paternidad "vaya. Su respuesta ha sido, siempre que le he "hablado del asunto, que espera en Dios le da- "rá fuerzas para seguir hasta San Diego y Mon- "terey; que vaya yo por delante, que me alcan- "zará á la raya de la gentilidad. Yo lo miro ca- "si imposible, y así se lo escribo al señor visita- "dor." Díjome que verificase yo lo mismo, como lo hice, y se fué caminando con la tropa hasta acercarse á los gentiles, y en la mision de San Ignacio se le agregó el padre fray Miguel de la Campa, ministro que era de ella, y estaba nombrado para subir á la conquista.

El dia 28 de marzo, tercera fiesta de la Pascua de resurreccion, salió nuestro venerable padre de su mision y presidio de Loreto, después de haber celebrado con la devocion que acostumbraba la semana Santa y de dejar confesados todos los vecinos de la mision y presidio y comulgados en cumplimiento del precepto de nuestra santa madre Iglesia, pues por estas atenciones no pudo ir con el señor gobernador; pero habiéndolas concluido en el último dia de la Pascua, cantó la misa, predicó al pueblo, despidiéndose de todos hasta la eternidad, y partió de Loreto, como llevo dicho, sin mas compañía que la de dos soldados y un mozo. Así llegó á mi mision; pero viéndole la llaga é hinchazon del pié y pierna, no pude contener las lágrimas al considerar lo mucho que tenia que padecer en los ásperos y penosísimos caminos que eran conocidos hasta la frontera, y los que se ignoraban y descubrian

después, sin mas médico ni cirujano que el divino y sin mas resguardo el accidentado pié que la sandalia, sin usar jamás en cuantos caminos anduvo en la Nueva España como en ambas Californias, zapatos, medias ni botas; disimulando y excusándose con decir que le iba mejor con tener el pié y piernas desnudas.

Detúvose conmigo en la mision el venerable padre tres dias, y así por gozar de su amable compañía por el amor recíproco que nos profesábamos desde el año de 1740 en que me asignó la obediencia por uno de sus discípulos de filosofía, como tambien para tratar los puntos pertenecientes á la presidencia, por estar yo nombrado en la patente de nuestro colegio de presidente por muerte ó ausencia del venerable fray Junípero; antes de hablar acerca de esos asuntos, le hice presente el estado en que se hallaba el pié y pierna, y que naturalmente era imposible pudiese hacer tan dilatado viaje, pudiéndose originar de esto que se desgraciase la expedicion, ó por lo menos que se demorara, y que no ignoraba yo me adelantaba en los deseos de ir á la conquista, pero no en las fuerzas y la salud que lograba; y que en atencion á esto tuviese á bien el quedarse y que yo fuese.

Pero habiendo oido mi proposicion, me respondió luego en estos términos: "No hablemos de " eso: yo tengo puesta toda mi confianza en Dios, " de cuya bondad espero me conceda llegar, no " solo á San Diego para fijar y clavar en aquel " pueblo el estandarte de la santa cruz, sino tam- " bien al de Monterey." Me resigné, viendo que el fervoroso prelado me excedia, y no poco, en la fe y confianza en Dios, por cuyo amor sacrificaba su vida en las aras de sus apostólicos afanes. Pasamos después á tratar de los demás asuntos, y concluidos salió de la mision á continuar su viaje, aumentándose el dolor de la despedida al ver que para subir y bajar de la mula en que iba, era necesario que dos hombres, levantándolo en peso, lo acomodasen en la silla. Y fué su última despedida el decirme: "Adios, hasta Mon- " terey, donde espero nos juntaremos para tra- " bajar en aquella viña del Señor." Mucho me alegré de esto, pero mi despedida fué "hasta la eternidad;" y habiendo sido reprendido amorosamente de mi poca fe, me dijo que le habia penetrado el corazon.

Fué subiendo de una mision á otra, visitando á los padres, consolándolos á todos y pidiéndoles lo encomendasen á Dios. Hallábase este su siervo distante de mi mision cincuenta leguas, en la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando recibí la respuesta del señor visitador general á la carta que le habia escrito dándole noticia del estado del venerable padre, quien no habia modo de quedarse, y que me parecia no podria seguir la expedicion; á la que me respondió, como ya lo habia tratado en el real de Santa Ana y en el puerto de la Paz, y conocido su grande espíritu, con esta expresion "Me alegro mucho vaya " caminando con la expedicion el reverendo pa- " dre Junípero, y alabo su fe y gran confianza " que tiene en que ha de mejorar y que le ha " de conceder Dios el llegar á San Diego: *esta* "*misma confianza tengo yo*," y ciertamente, como después veremos, no le salió falsa. Con esta respuesta perdí yo la esperanza de ir con la expedicion; pero conformándome con la voluntad de Dios, proseguí pidiendo á su majestad por la salud de mi venerado padre y feliz éxito de las expediciones.

Con mucho trabajo, no menor fatiga y ningun alivio del penoso accidente, pudo alcanzar en el paraje de Nuestra Señora de los Angeles, frontera de la gentilidad, al señor gobernador y padre predicador fray Miguel de la Campa; y habiendo descansado allí tres dias, siguieron juntos con la tropa entre la gentilidad hasta llegar al paraje de Vellicatá, donde estaba parado el real con todas las cargas, y entraron en el dia 13 de mayo.

CAPITULO XV.

FUNDA EL VENERABLE PADRE LA PRIMERA MISION, QUE DEDICÓ Á SAN FERNANDO, Y SALE CON LA EXPEDICION PARA EL PUERTO DE SAN DIEGO.

Con motivo de la detencion de la gente y tropa de las expediciones en el paraje nombrado de aquellos naturales Vellicatá, hubo lugar para que se explorase aquel terreno y todas sus cercanías, como tambien para que los soldados hiciesen algunas casitas para resguardarse la temporada que duró la mansion; y asimismo una capillita en que les dijo misa el padre predicador fray Fermin Luzuen, cuando fué por la cuaresma á confesar á la gente del primer trozo de la expedicion que queda ya citada; y habiendo llegado á aquel sitio el señor gobernador y los padres presidente y fray Miguel de la Campa el dia 13 de mayo, como dije en el capítulo antecedente, vigilia de Pentecostés, les pareció que estaba acomodado para fundar allí una mision, y mas por haberles dicho lo mismo los soldados, que habiendo estado en aquel paraje algunos meses con el ganado y caballada, habian registrado algunas leguas de su circuito. En esta atencion, y que era muy conveniente para la comunicacion desde San Diego á la antigua California, y que la mision mas inmediata á Vellicatá era la de San Francisco de Borja, distante como sesenta leguas de tierra despoblada, estéril y falta de aguas, determinaron hacer el establecimiento en el citado sitio.

Convenidos en esto y no pudiendo demorarse por la precision de marchar para San Diego, se dispuso que el siguiente dia, 14 de mayo, tan festivo, como que era el del Espíritu Santo, se tomase posesion del terreno en nombre de nuestro católico monarca y que se diese principio á la mision. Luego que vieron estas resoluciones los

soldados, mozos y arrieros, dieron mano á limpiar la pieza que habia de servir de iglesia interina, y adornarla segun la posibilidad que habia: colgaron las campanas y formaron una grande cruz.

El dia siguiente, 14 de mayo, como queda dicho, y primero de Pascua del Espíritu Santo, se dió principio á la fundacion. Revistióse el padre de alba y capa pluvial, bendijo agua, y con ella el sitio y la capilla, é inmediatamente la santa cruz, la que habiendo sido adorada de todos, fué enarbolada y fijada en el frente de la capilla. Nombró por patrono de ella y de la mision al que lo es de nuestro colegio el santo rey de Castilla y Leon señor San Fernando, y por ministro de ella al padre predicador fray Miguel de la Campa Coz; y habiendo cantado la misa primera, hizo una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo y establecimiento de la mision. Concluido el santo sacrificio, que se celebró sin mas luces que las de un cerillo y otro pequeño cabo de vela, por no haber llegado las cargas en que venia la cera, cantó el *Veni Creator Spiritus*, supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la funcion, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenian.

Por la urgencia con que debia salir la expedicion, no logró el venerable padre fundador el gusto de ver en esta mision primera bautismo alguno, como lo tuvo por primicia en las otras diez que estableció; pero delante de Dios no perderia el mérito de los muchos gentiles que á su majestad se convirtieron, pues pasado el tiempo de cuatro años y cuando se entregó aquella mision á los reverendos padres domínicos, habia en ellas 296 cristianos nuevos de todas edades, segun consta del padron que entregué á los mismos padres, y firmado por ellos se remitió al excelentisimo señor virey. Habiéndose mantenido allí nuestro venerable fray Junípero tres dias, quiso el Señor enseñarle una cuadrilla de gentiles que en breve tiempo recibieron el sagrado bautismo, causándole grande regocijo, como manifiesta en la siguiente expresion de su diario, que no omito insertar, ya que no puede ir todo por lo muy voluminosa que se haria esta relacion.

"Dia 15 de mayo, segundo dia de Pascua y " de fundada la mision, después de las dos mi" sas que el padre Campa y yo celebramos, tu" ve un gran consuelo, porque acabadas las dos " misas, estándome recogido dentro del jacalito " de mi morada, me avisaron que venian, y ya " cerca, gentiles. Alabé al Señor, besé la tier" ra, dando á su majestad gracias de que des" pués de tantos años de desearlos me concedia " ya verme entre ellos en su tierra. Salí pron" tamente y me hallé con doce de ellos, todos " varones y grandes, á excepcion de dos que " eran muchachos, el uno como de diez años y " el otro de diez y seis: ví lo que apenas acaba" ba de creer cuando lo leia ó me lo contaban, " que es el andar enteramente desnudos, como " Adan en el paraíso antes del pecado. Así " iban y así se nos presentaron; y los tratamos " largo rato, sin que en todo él con vernos á to" dos vestidos se les conociese la mas mínima " señal de rubor á estar de aquella manera des" nudos. A todos, uno por uno, puse ambas " manos sobre sus cabezas en señal de cariño; " les llené ambas manos de higos pasados, que " luego comenzaron á comer, y recibimos, con " muestras de apreciarles mucho, el regalo que " nos presentaron, que fué una red de mescales " tlatemados y cuatro pescados mas que media" nos y hermosos; aunque como los pobres no " tuvieron la advertencia de destriparlos, y mu" cho menos de salarlos, dijo el cocinero que ya " no servian. El padre Campa tambien les re" galó sus pasas; el señor gobernador les dió ta" baco en hoja; todos los soldados los agasajaron " y les dieron de comer, y yo con el intérprete " les hice saber que ya en aquel propio lugar se " quedaba padre de pié el que allí veian y se " llamaba padre Miguel; que viniesen ellos y de" más gentes de sus conocidos á visitarlo y que " echasen la voz de que no habia que tener mie" do ni recelo; que el padre seria muy su amigo, " y que aquellos señores soldados que allí que" daban junto con el padre, todos les harian mu" cho bien y ningun perjuicio; que ellos no hur" tasen de las reses que iban por el campo, sino " que en teniendo necesidad viniesen á pedir al " padre y les daria siempre que pudiese. Estas " razones y otras semejantes parece que aten" dieron muy bien y dieron muestras de asen" tirlas todos, de suerte que me pareció que no " habian de tardar en dejarse coger en la red " apostólica y evangélica." Así fué, como después veremos, y el señor gobernador le dijo al que hacia de capitan, que si hasta entonces no mas tenia este título por el decir ó querer de sus gentes, que desde este dia lo hacia capitan, y con su poder en nombre del rey nuestro señor.

Viendo el citado señor que tan prontamente ocurrian gentiles á aquella primera mision, puso luego en ejecucion la órden que tenia del señor visitador general para entregar al padre de aquella doctrina la quinta parte del ganado vacuno, cuya porcion recibió el padre Campa en nombre de sus futuros hijos, señalando aquellas reses para distinguirlas de las demás que quedaron allí pertenecientes á las misiones de Monterey, por parecerle así conveniente al señor gobernador, pues ignoraba el éxito de las expediciones. Dejó asimismo al citado padre cuarenta fanegas de maíz, un tercio de harina y otro de pan bizcochado, chocolate, higos y pasas, para tener con que regalar á los gentiles para atraerlos; le dejó de resguardo una escolta de soldados con su cabo, y el mismo dia 15 por la tarde salió la expedicion, aunque anduvo solas tres leguas.

En los tres dias que se mantuvo en Vellicatá no sintió nuestro venerable padre novedad alguna en el pié; desde luego que la alegría y divertimiento con la citada fundacion le harian olvidar los dolores; pero no fué así, pues luego en la primera jornada de tres leguas se le inflamó de tal suerte el pié y pierna, que parecia estar acancerado, y entonces eran con tanta vehemencia, que no lo dejaban sosegar; pero no obstante, sin decir nada anduvo otra jornada, tambien de tres leguas, hasta llegar al paraje nombrado San Juan de Dios. Allí se sintió ya tan agravado del accidente, que no pudiendo mantenerse en pié ni estar sentado, hubo de postrarse en la cama, padeciendo los dolores con tanta fuerza, que le imposibilitaban el dormir.

Viéndolo de esta suerte el señor gobernador, le dijo: "Padre presidente, ya ve vuestra reve-" rencia cómo se halla incapaz de seguir con la " expedicion: estamos distantes de donde salimos " solo seis leguas; si vuestra reverencia quiere, " lo llevarán á la primera mision para que allí " se restablezca, y nosotros seguiremos nuestro " viaje." Pero nuestro venerable padre, que jamás desmayó en su esperanza, le respondió de esta manera: "No hable usted de esto, porque " yo confio en Dios me ha de dar fuerzas para " llegar á San Diego, como me las ha dado para " venir hasta aquí; y en caso de no convenir, me " conformo con su santísima voluntad. Mas que " me muera en el camino, no vuelvo atrás; á " bien que me enterrarán y quedaré gustoso en-" tre los gentiles, si es la voluntad de Dios."

Considerando el citado señor gobernador la firme resolucion del venerable padre y que ni á caballo ni á pié podia seguir, mandó hacer un tapestle en forma de parihuela ó féretro de difuntos, formado de varas, para que acostado allí, lo llevasen los indios neófitos de la California, que iban con la expedicion para gastadores y demás oficios que se ofreciesen. Al oir esto el venerable padre se contristó mucho, considerando, como prudente y humilde, el trabajo tan grande que se originaba á aquellos pobres en cargarlo. Con esta pena, recogido en su interior, pidió á Dios le diese alguna mejoría, para evitar la molestia que se seguia á los indios si lo conducian de este modo; y avivando su fe y confianza en Dios, llamó aquella tarde al arriero Juan Antonio Coronel y le dijo: "Hijo, ¿no sabrás hacer-" me un remedio para la llaga de mi pié y pier-" na?" Pero él le respondió: "Padre, ¿qué re-" medio tengo yo de saber? ¿qué acaso soy ciru-" rujano? Yo soy arriero y solo he curado las " mataduras de las bestias. Pues hijo, haz cuen-" ta que yo soy una bestia y que esta llaga es " una matadura, de que ha resultado la hincha-" zon de la pierna y los dolores tan grandes que " siento que no me dejan parar ni dormir; y haz-" me el mismo medicamento que aplicarias á una " bestia." Sonriéndose el arriero y todos los que le oyeron, le respondió: "Lo haré, padre, por darle gusto." Y trayendo un poco de sebo, lo machacó entre dos piedras, mezclándole las yerbas del campo que halló á mano; y habiéndolo frito, le untó el pié y pierna, dejándole puesto en la llaga un emplastro de ambas materias. Obró Dios de tal suerte, que como me escribió su siervo desde San Diego, se quedó dormido aquella noche hasta el amanecer, que despertó tan aliviado de sus dolores y llaga, que se levantó á rezar maitines y prima, como lo tenia de costumbre, y concluido el rezo dijo misa, como si no hubiera padecido tal accidente. Quedaron admirados, así el señor gobernador como los demás de la tropa al ver en el venerable padre tan repentina salud y alientos que para seguir la expedicion tenia, sin que por su causa hubiese la mas mínima demora.

Continuó la expedicion su camino, siguiendo el rastro de los exploradores, que era el mismo que tres años antes habia andado el padre Wenceslao Link, segun dijeron los soldados que lo acompañaron en la expedicion al Rio Colorado, hasta un lugar que el citado padre nombró la Cieneguilla, distante de la nueva mision de San Fernando en Vellicatá veinticinco leguas al rumbo del Norte. Del citado sitio seguia el rastro de dicha expedicion hácia el mismo viento, buscando el desemboque del Rio Colorado, á donde no pudo llegar, porque, como dice en su diario que formó y remitió al excelentísimo señor virey, á pocos dias de haber salido de la Cieneguilla encontraron con una grande sierra, toda de piedra, donde por imposibilitadas las bestias, no pudieron seguir y se vieron obligados á retroceder hasta la mision frontera nombrada San Borja, de dondé habia salido la citada expedicion.

De todo esto eran sabedores los de la nuestra, así por las noticias que daban algunos soldados que iban en ella y habian acompañado al dicho padre jesuíta, como por las que ministraba el diario de este, que tenia nuestro venerable fray Junípero. Y como quiera que nuestras expediciones no se encaminaban al Rio Colorado, sino al puerto de San Diego, dejaron el rumbo del Norte desde la Cieneguilla y tomaron el del Noroeste, declinándose á la costa del mar Grande ó Pacífico, con lo cual lograron hallar el deseado puerto de San Diego, á donde arribaron el dia 1º de julio, habiendo gastado en el viaje desde la mision de San Fernando cuarenta y seis dias.

Cuando los individuos de esta expedicion divisaron aquel puerto, desde luego parece se llenó á todos el corazon de alegría, segun las demostraciones que hizo la tropa en continuos tiros, á los cuales correspondió la del primer trozo que habia llegado allí, el mismo dia que en Vellicatá se celebró la fundacion de la primera doctrina nombrada San Fernando. Asimismo acompañaron la salva los dos barcos que estaban ya fondeados en el mismo puerto, la cual duró has-

ta que apeándose todos, pararon á significarse su recíproco cariño con estrechos abrazos y finos parabienes de verse todas las expediciones juntas y ya en su anhelado destino.

Las funciones que en aquel puerto practicaron después de su llegada á él, así el señor gobernador, principal jefe y comandante, con el reverendo padre presidente, se verán en el siguiente capítulo, el cual ocupará la carta que á su llegada me escribió mi venerado padre lector fray Junípero, en que me dá noticia de su viaje, y del de los demás, con las providencias y determinaciones de los señores comandantes de mar y tierra.

CAPITULO XVI.

COPIA DE CARTA DEL VENERABLE PADRE Y LO QUE DETERMINÓ EN SAN DIEGO SOBRE LA EXPEDICION.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco de Paloú.—Carísimo mio y mi señor: Celebraré que vuestra reverencia se halle con salud y trabajando con mucho consuelo y felicidad en el establecimiento de esa nueva mision de Loretó y de las otras, y que cuanto antes venga el refuerzo de nuevos ministros para que todo quede establecido en buen órden para consuelo de todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de ayer dia 1º de este mes á este puerto de San Diego, verdaderamente bello y con razon famoso. Aquí alcancé á cuantos habian salido primero que yo, así por mar como por tierra, menos los muertos. Aquí están los compañeros padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez y yo, todos buenos, gracias á Dios. Aquí están los dos barcos, y el San Cárlos sin marineros, porque todos se han muerto del mal de loanda, y solo le ha quedado uno y un cocinero. El San Antonio, alias el Príncipe, cuyo capitan es don Juan Perez, paisano de la ribera de Palma, aunque salió un mes y medio después, llegó acá veinte dias antes que el otro. Estando ya próximo á salir para Monterey, llegó San Cárlos, y para socorrerle con su gente, esta se le infestó tambien y se le murieron ocho; y en fin, lo que han resuelto es que dicho San Antonio se vuelva desde aquí á San Blas y traiga marineros para él y para San Cárlos, y después irán los dos: veremos el paquebot San José cómo llega, y si viene bien, el postrero será el primero que vaya.

"Han sido la ocasion del atraso de San Cárlos dos cosas: la primera, que por el mal barrilaje, de donde inopinadamente hallaron que se salia el agua, y de cuatro barriles no podian llenar uno, hubieron de repente de arribar á tierra á haberla, y la cogieron de mala parte y calidad, y por ella empezó á enfermar la gente: la segunda fué, que por el error en que estaban todos, así su ilustrísima como los demás, de que este puerto estaba en altura de 33 á 34 grados de polo, pues de los autores unos dicen lo uno y otros lo segundo, dió órden apretada al capitan Vila (y lo mismo al otro) que se enmarasen mar adentro hasta la altura de 34 grados, y después recalasen en busca de dicho puerto; y como este, *in rei veritate*, no está en mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, segun la observacion que han hecho estos señores, por tanto pasaron mucho mas arriba de este puerto, y cuando lo buscaron no lo hallaban, por eso se les hizo mas larga la navegacion, y como la gente ya enferma se llegó mas al frio y proseguian con la agua mala, vinieron á postrarse de manera, que si no encuentran tan breve con el puerto, perecen todos, porque ya no podian echar la lancha al mar para hacer agua ni otra maniobra. El padre fray Fernando trabajó mucho con los enfermos, y aunque llegó flaco no tuvo especial novedad y ya está bueno; pero ya que salió con bien, no quiero que se vuelva á embarcar y se queda gustoso acá.

"En esta ocasion escribo largo á su ilustrísima, al colegio y á nuestro padre comisario general; por eso estoy algo cansado, y si no fuera porque el capitan Perez, viéndome atarcado hace la entretenida, creo se habria ido sin poder escribir de provecho. Por lo que toca á la caminata del padre fray Juan Crespi con el capitan, me dice que escribe á vuestra reverencia por este mismo barco, y así no tengo que decir. En cuanto á mí, la caminata ha sido verdaderamente feliz y sin especial quebranto ni novedad en la salud. Salí de la frontera malísimo de pié y pierna; pero obró Dios (esta expresion alude al medicamento del arriero) y cada dia me fuí aliviando y siguiendo mis jornadas como si tal mal tuviera. Al presente el pié queda todo limpio como el otro; pero desde los tobillos hasta media pierna está como antes estaba el pié, hecho una llaga, pero sin hinchazon ni mas dolor que la comezon que da á ratos; en fin, no es cosa de cuidado.

"No he padecido hambre ni necesidad, ni la han padecido los indios neófitos que venian con nosotros, y así han llegado todos sanos y gordos. He hecho mi diario, del que remitiré en primera ocasion un tanto á vuestra reverencia. Las misiones en el tramo que hemos visto, serán todas muy buenas, porque hay buena tierra y buenos aguajes, y ya no hay por acá ni en mucho trecho atrás piedras ni espinas: cerros sí hay continuos y altísimos, pero de pura tierra; los caminos tienen de bueno y de malo y mas de este segundo, pero no cosa mayor: desde medio camino ó antes, empiezan á estar todos los arroyos y valles hechos unas alamedas. Parras las hay buenas y gordas, y en algunas partes cargadísimas de uvas. En va-

" rios arroyos del camino y en el paraje en que " nos hallamos, á mas de las parras hay varias " rosas de Castilla. En fin, es buena y muy dis- " tinta tierra de la de esa antigua California.

"De los dias que van de 21 de mayo en que " salimos de San Juan de Dios, segun escribí á " vuestra reverencia, hasta 1º de julio que llega- " mos acá, quitados como ocho dias que entre- " veradamente hemos dado de descanso á los " animales, uno aquí y otro acullá, todos los dias " hemos caminado; pero la mayor jornada ha si- " do de seis horas, y de estas solo ha habido dos, " y las demás de cuatro á cuatro y media, de " tres, de dos y de una y media, como cada dia " expresa el diario, y eso á paso de recua; de lo " que se infiere que habilitados y enderezados " los caminos podrán ahorrar muchas leguas de " rodeos excusados; no está esto muy lejos, y " creo después de dicha diligencia, podrá ser ma- " teria de unos doce dias para los padres, que " los soldados ahora dicen que irán á la ligera " hasta la frontera de Vellicatá en mucho me- " nos.

"Gentilidad la hay inmensa, y todos los de es- " ta contra-costa (del mar del Sur) por donde " hemos venido, desde la ensenada de Todos San- " tos, que así la llaman los mapas y derroteros, " viven muy regalados con varias semillas y con " las pescas que hacen en sus balsas de tule, en " forma de canoas, con lo que entran muy aden- " tro del mar, y son afabilísimos, y todos los " hombres, chicos y grandes, todos desnudos, y " mujeres y niñas honestamente cubiertas, has- " ta las de pecho, se nos venian, así en los cami- " nos como en los parajes, nos trataban con tan- " ta confianza y paz como si toda la vida nos hu- " bieran conocido, y queriéndoles dar cosa de co- " mida, solian decir que de aquello no, que lo " que querian era ropa, y solo con cosa de este " género eran los cambalaches que hacian de su " pescado con los soldados y arrieros. Por to- " do el camino se ven liebres, conejos, tal cual " venado y muchísimos verrendos.

"La expedicion de tierra me dice el señor " gobernador la quiere proseguir juntamente " con el capitan de aquí á tres dias ó cuatro, y " aquí nos dejará (dice) ocho soldados de cuera " de escolta y algunos catalanes enfermos, para " que si mejoran sirvan. La mision no se ha " fundado, pero voy luego que salgan á dar " mano á ello. Amigo, aquí me hallaba cuando " me vino el paisano capitan diciéndome que ya " no puede esperar mas sin quedar mal, y así " concluyo con decir que estos padres se enco- " miendan mucho á vuestra reverencia; que que- " damos buenos y contentos; que me encomiendo " al padre Martinez y demás compañeros, á " quienes tenia ánimo de escribir; pero no pue- " do y lo haré en primera ocasion. Esta la in- " cluyo al padre Ramos, que el paisano me dice " que va á dar al Sur, para que la lea y la remita " á vuestra reverencia, cuya vida y salud guarde " Dios muchos años. De este puerto y destinada " nueva mision de San Diego en la California " Setentrional, y julio 3 de 1769.—B. L. M. " de vuestra reverencia su afectísimo hermano y " siervo—*Fray Junípero Serra*."

Habiendo llegado al puerto de San Diego el paquebot San Antonio, alias el Príncipe, el dia 11 de abril, y el San Cárlos veinte dias después, se juntó esta expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del señor capitan, entró allí á 14 de mayo, y el segundo, del cargo del señor gobernador, á 1º de julio. En este lugar hicieron junta ambos señores comandantes para conferir y determinar lo que debia ejecutarse respecto á la poca gente de mar que existia viva y libre de aquel contagio en la capitana, así de tripulacion como de la tropa que de la California habia venido, pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traian del señor visitador general. En atencion á todo esto resolvió la expresada junta que el paquebot San Antonio á cargo de su capitan D. Juan Perez, con la tripulacion capaz de hacer viaje, se regresase sin dilacion alguna al puerto de San Blas, así para dar cuenta á la capitana general, como para conducir la tripulacion que ambos barcos necesitaban. Así lo ejecutó saliendo el dia 9 de julio, y después de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habérsele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el hospital en el puerto de San Diego quedasen todos los enfermos, así soldados como marineros, con algunos de los que estaban sanos para que los cuidasen, y el cirujano francés D. Pedro Prat; que la capitana San Cárlos quedase fondeada, y en ella el capitan comandante D. Vicente Vila, el pilotin con unos cuatro ó cinco marineros y convalecientes y un muchacho; quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer paquebot San José, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la capitana, quedase esta habilitada y caminase para Monterey, donde la esperaria la expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Príncipe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demás que se juzgó conveniente para un viaje desconocido y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á iglesia, casa y campo que habian conducido las expediciones, se dejaron en San Diego, quedando para su custodia ocho soldados de cuera.

En vista de lo determinado por la junta de los citados señores comandantes, nombró nuestro venerable padre presidente, de los cinco padres que se hallaban en San Diego, á fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez para que fuesen con la expedicion de tierra destinada á Monterey; y

23

el venerable padre con los otros dos fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron, se quedaron en San Diego entre tanto llegaba el paquebot San José, por tener determinado entonces el siervo de Dios embarcarse en el primer barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el dia 9 (como queda dicho), se determinó el dia en que habia de marchar la expedicion de tierra, y fué señalado por el señor comandante el dia 14, en que se celebra al seráfico doctor San Buenaventura, y nombró para el viaje á las sesenta y seis personas siguientes: el señor gobernador D. Gaspar de Portalá, primer comandante, con un criado; los dos padres ya referidos y dos indios neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, capitan y segundo comandante, con un sargento y veintiseis soldados de su compañía de cuera; D. Pedro Fajes, teniente de la compañía franca de Cataluña, con los siete de sus soldados que le habian quedado aptos para el viaje, por habérsele muerto muchos y quedado los demás en San Diego enfermos; D. Miguel Constanzó, ingeniero, siete arrieros y quince indios californios neófitos para gastadores y ayudantes de arrieros en los atajos de mulas que conducian todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, segun los repetidos encargos del senor visitador general.

Hechas todas estas disposiciones y después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa todos los padres al santísimo patriarca señor san José, como patrono de las expediciones, y al seráfico doctor san Buenaventura (en cuyo dia se hallaban), salió la expedicion de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste y á la vista del mar Pacífico, cuya costa tira al mismo viento. Fué la salida á las cuatro de la tarde, y hubieron de parar después de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiere saber de este viaje, lo remito al diario que por extenso formó el padre fray Juan Crespi en el mismo camino, tomando el trabajo en las paradas de escribir lo que habian andado cada dia con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta relacion por evitar tanta difusion, considerando esta tarea ajena del venerable padre Junípero, y paso á referir lo que este practicó en San Diego ínterin la expedicion salia á explorar el puerto de Monterey.

CAPITULO XVII.

FUNDA LA SEGUNDA MISION DE SAN DIEGO, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA.

Aquel fervoroso celo en que continuamente ardia y se abrasaba el corazon de nuestro venerable padre fray Junípero, no le permitia olvidar el principal objeto de su venida, y él fué quien le obligó (á los dos dias de salida la expedicion) á dar principio á la doctrina de San Diego en el puerto de este nombre, con que se conocia desde el año de 1603 y lo habia señalado el general don Sebastian Vizcaino. Hizo la funcion del establecimiento con la misa cantada y demás ceremonia, de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundacion de la de San Fernando el dia 16 de julio, en que los españoles celebramos el triunfo de la santísima cruz, esperanzado en que así como en virtud de esta sagrada señal lograron los españoles en el propio dia, el año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrian tambien levantando el estandarte de la santa cruz, ahuyentar á todo el infernal ejército y sujetar al suave yugo de nuestra santa fe la barbaridad de los gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el patrocinio de María santísima, á quien en el mismo dia celebra la Iglesia bajo el título del Monte Carmelo. Con esta fe y celo de la salvacion de las almas, levantó el venerable padre Junípero el estandarte de la santa cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas propio para la formacion del pueblo y á la vista de aquel puerto. Quedaron de ministros nuestro venerable padre y fray Fernando Parron, y con la poca gente que existia sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiéndose dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones á los gentiles que se dejaban ver; pero como quiera que estos no entendian nuestro idioma, no atendian á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte que si á algun muchacho se le ponia un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamás habian visto. Esta fué, sin duda, singular providencia del Altísimo, porque si como apreciaban la ropa se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado por hambre con aquellos españoles.

Siendo tan grande su aversion á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de cuantas podian de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el barco estaban seguras sus velas, pues habiéndose arrimado una noche á él con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasion un calabrote para llevárselo. Esto dió motivo á poner á bordo la centinela de dos soldados (de los ocho de cuera que habian quedado), y con este temor hubieron de contenerse; pero á la mision se le minoró la escolta, y mas en los dias festivos que era menester fuesen con el padre que iba á celebrar misa en el barco, otros dos soldados de resguardo por si se verificaba algun insulto de los gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego y confiando en la multitud de gente que tenian y en sus flchas y macanas de madera, en forma de sables, que cortan como el acero; y otras còmo porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno, y viendo que no se les permitia, quisieron probar fortuna quitando la vida á todos los nuestros y quedando ellos con los expolios. Así lo intentaron hacer en los dias 12 y 13 de agosto; pero habiendo hallado resistencia hubieron de retirarse.

El dia 15 del mismo mes en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asuncion de nuestra Reina y Señora de los cielos, luego que salieron con el padre fray Fenando, que iba á decir misa á bordo, dos de los soldados quedando solos cuatro en la mision; y habiendo acabado de celebrar el santo sacrificio el venerable padre presidente y el padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar cuanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrian. Gritó luego al arma el cabo, y viendo los contrarios la accion de vestirse los soldados las cueras y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron empezando á disparar sus flechas; y los cuatro soldados, carpintero y herrero, á hacer fuego con valor, pero principalmente el herrero, que sin duda la sagrada comunion que acababa de recibir le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener cuera para resguardo, iba por entre medio de las casas ó barracas gritando: "Viva la fe de Jesucristo y mueran esos perros "enemigos de ella;" y haciendo fuego al mismo tiempo contra los gentiles.

El venerable padre presidente con su compañero se hallaba dentro de la barraca, encomendando á Dios á todos para que no resultase alguna muerte, así de los gentiles para que no se perdiesen aquellas almas sin bautismo, como de los nuestros. Quiso el padre Vizcaino mirar si se retiraban los indios, y con este fin alzó un poco la manta de ixtle ó pita que servia de puerta á aquella habitacion; pero no bien lo hubo hecho, cuando una flecha le hirió la mano (que aunque después sanó, le quedó siempre malo un dedo), y con esto, dejando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacia su siervo fray Junípero.

Continuando la guerra y los funestos alaridos de los gentiles, se entró á toda prisa en la barraca de los padres el mozo que los cuidaba, llamado José María, y postrándose á los piés de nuestro venerable, le dijo: "Padre absuélvame, que "me han muerto los indios." Absolviólo é inmediatamente quedó muerto, pues le habian traspasado la garganta, y ocultando los ministros esta muerte, la ignoraron los gentiles. De estos cayeron varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego y el valor de los cristianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dejar alguno tirado, para precaver que los nuestros supiesen, como no lo consiguieron, si habia muerto alguno en el combate. De los cristianos quedaron heridos, á mas del padre Vizcaino, un soldado de cuera, un indio californio y el valeroso herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado mozo quedó en silencio.

De los gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos, pues á pocos dias vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen cirujano y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los indios á cobrarles algun afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la mision, pero sin ningun aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, habia un indio de quince años que raro dia dejaba de asistir, y ya comia sin el menor recelo cuanto le daban los padres. Procuró nuestro fray Junípero regalarlo y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguia algun bautismo de los párvulos. Pasados algunos dias y entendiendo ya algo el indio, le dijo el venerable padre que viese si le traia algun chiquito, con consentimiento de sus padres; que lo haria cristiano como nosotros echándole una poca de agua en la cabeza, con que quedaria hijo de Dios y del padre y pariente de los soldados, que ellos llamaban *cuerés*, y le regalaria ropa para que anduviese vestido como los españoles. Con estas expresiones y otras que su fervoroso celo le hacia idear, parece que el indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos dias con un gentil, y otros muchos que lo acompañaban, que traia en brazos un niño y daba á entender por las señas que hacia que era su voluntad se lo bautizasen. Llenándose de gozo nuestro venerable padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al cabo para padrino y á los soldados para que solemnizasen el primer bautismo, que presenciaron tambien los indios. Luego que el venerable padre concluyó las ceremonias y estando para echarle la agua, arrebataron los gentiles al niño y se marcharon con él á la ranchería, dejando al venerable padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera accion, y su respeto para contener á los soldados no vengasen el desacato, pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro venerable padre por habérsele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos dias le duró, y se miraba

en su semblante el dolor y pena que padecia; atribuyendo su reverencia á sus pecados el hecho de los gentiles, y aun después de pasados años cuando contaba este caso, necesitaba enjugarse los ojos de las lágrimas que vertia, concluyendo con estas palabras: "Demos gracias á Dios, que " ya tantos se han logrado sin la menor repug- " nancia." Así fué, pues logró ver en aquella mision de San Diego el número de 1046 bautizados, entre párvulos y adultos, que todos deben esta dicha al apostólico afan de nuestro venerable presidente; y entre ellos fueron muchos de los mismos que intentaron quitarle la vida á los principios.

Muy contraria fué la suerte que tuvo un infeliz de los principales motores de este alboroto, que lejos de imitar á los demás en el arrepentimiento, permaneció obstinado en sus gentílicos errores, y fué tambien de los primeros que se sublevaron el año de 75, de que hablaré en su lugar y de los que ocurrieron á la cruel muerte y martirio del venerable padre fray Luis Jayme. Estando por este último hecho preso con otros muchos en el cuartel del presidio, bajó por el mes de agosto de 1776 el venerable padre fray Junípero, llegó allí el siervo de Dios y quiso visitar á los encarcelados, así para darles algun consuelo como para exhortarlos á que se convirtiesen á nuestra santa fe. El sargento enseñó á nuestro venerable presidente el miserable gentil que con los demás estaba en cepo, y era el mismo que intentó en el año de 1769 quitarle la vida á su reverencia y demás al principio de la fundacion. Aquí desahogó el ardor de su celo nuestro venerado padre en continuas exhortaciones y amorosas pláticas á aquel infeliz, persuadiéndole á que se hiciese cristiano, seguro de que en tal caso Dios nuestro señor y el rey le perdonarian sus delitos; pero no pudo sacarle palabra: cuando compungidos los demás pidieron al siervo de Dios intercediese por ellos, que querian ser cristianos, como se logró después. Este desventurado gentil, siendo homicida de sí mismo, amaneció muerto el dia 15 de agosto de 1776, que hacia siete años puntualmente de la primera invasion, siendo de admirar que al lado de los compañeros se echó una soga al cuello, con que se quitó la vida y no hubo quien lo advirtiese, ni la centinela, ni los presos que estaban inmediatos. Quedaron todos confundidos, así con aquel desastrado fin del infeliz, como por haber sucedido en el mismo dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que se cumplian los siete años que habia intentado matar al venerable padre fray Junípero y demás que lo acompañaban; con lo que se hubieran frustrado las espirituales conquistas, como después veremos.



CAPITULO XVIII.

REGRÉSASE LA EXPEDICION Á SAN DIEGO SIN HABER HALLADO EL PUERTO DE MONTEREY, Y LOS EFECTOS QUE CAUSÓ ESTA IMPENSADA NOVEDAD.

El dia 24 de enero de 1770 llegó de vuelta á San Diego la expedicion de tierra, que habia salido el dia 14 de julio del año anterior, habiendo gastado seis meses y diez dias, y pasado muchos trabajos, como refiere en su diario mi amado padre condiscípulo fray Juan Crespi, trayendo la triste noticia de no haber hallado el puerto de Monterey, en que estuvo fondeada la expedicion marítima del almirante don Sebastian Vizcaino el año de 1603, siendo virey de la Nueva España el conde de Monterey, y que habian llegado al puerto de nuestro padre San Francisco, cuarenta leguas mas arriba al Noroeste.

Escribióme esta noticia el padre fray Juan Crespi, qué fué con la expedicion, añadiéndome que se recelaban se habia cegado el puerto, pues hallaron unos grandes méganos ó cerros de arena. Luego que leí esta noticia atribuí á disposicion divina el que no hallando la expedicion el puerto de Monterey en el paraje que lo señalaba el antiguo derrotero, siguiese hasta llegar al puerto de nuestro padre San Francisco, por lo que voy á referir.

Cuando el venerable padre fray Junípero trató con el ilustrísimo señor visitador general sobre las tres misiones primeras que le encargó fundar en esta nueva California, viendo los nombres y patronos que les asignaba, le dijo: "Señor, ¿y pa- " ra nuestro padre San Francisco no hay una " mision?" A lo que respondió: *Si San Francisco quiere mision, que haga se halle su puerto y se le pondrá.* Subió la expedicion: llega al puerto de Monterey; paró y plantó en él una cruz, sin que lo conociese ninguno de cuantos iban, siendo así que leian todas sus señas en la historia: suben cuarenta leguas mas arriba, se encuentran con el puerto de San Francisco nuestro padre, y lo conocen luego todos por la concordancia de las señas que llevaban. En vista de esto, ¿qué hemos de decir sino que nuestro santo padre queria mision en su puerto?

Así lo juzgaria el ilustrísimo señor visitador general, pues en cuanto recibió la noticia que ya su ilustrísima se hallaba en Méjico, negoció con el excelentísimo señor virey que se fundase la mision en el citado puerto; y lo tomó con tanto empeño, que viniendo diez ministros para cinco misiones en el paquebot San Antonio, encargó al capitan que si arribaba primero al puerto de San Francisco que al de Monterey, y dos de los misioneros se animaban á quedarse allí para dar mano sin pérdida de tiempo á la fundacion, los desembarcarse con todos los avíos pertenecientes á aquella doctrina; que les dejase un competente

número de marineros armados para resguardo, y que diese cuenta al comandante de tierra, quien proporcionaria luego mandar tropa que remudase á los marineros. No se efectuó por entonces, pues fué primero el paquebot á Monterey, y se pasaron seis años para el establecimiento de la mision de nuestro prdre San Francisco, por lo que diré adelante.

La misma noticia que me escribió el padre Crespi de no haber hallado el puerto de Monterey, me dieron otros individuos de la expedicion, y el comandante de ella don Gaspar de Portalá; añadiéndome este que habiendo mandado registrar los víveres existentes, segun el cómputo que se habia hecho, administrados con toda economía, alcanzarian apenas hasta mediados de marzo, reservando lo muy preciso para la retirada hasta la frontera y nueva mision de San Fernando, encargándome al propio tiempo que lo hiciese yo á los padres de las misiones del Norte que tuviesen en aquel sitio algun repuesto, pues tenia determinado que si para el dia de señor san José no llegaba a aquel puerto alguno de los paquebotes de San Blas convíveres, el dia 20 de marzo se regresaria la expedicion, desamparando el puerto de San Diego.

Esta resolucion, que luego se publicó allí, fué la penetrante flecha que hirió el celoso corazon de nuestro venerable fray Junípero; y no hallando este otro recurso que la oracion, acudió á Dios por medio de ella, y estrechándose con su majestad le pidió con los mas finos afectos de su encendida devocion se compadeciese de tanta gentilidad como habia descubierta; porque si en esta ocasion se desamparaba el primer establecimiento, quedaria esta conquista espiritual, si no mas, tan remota como antes. Cebándose cada dia mas su apostólico celo á vista de tanta mies, que en su sentir estaba en sazon para recogerla ya á la santa Iglesia, resolvió no desamparar el sitio ni desistir de tan gloriosa empresa, aunque la expedicion se mudase, quedándose este evangélico ministro con alguno de sus compañeros, confiado solamente en Dios, por cuyo amor se sacrificaba gustoso. Así me lo comunicó á mí por carta que recibí con las demás, de la cual es copia la siguiente, quedando la original en mi poder; y lo mismo haré con otras que convenga insertar, ya para prueba del ardiente celo en que se abrasaba mi venerable padre lector Junípero ó para hilar la historia de esta California; y siento no haber hallado otras muchas cartas de las innumerables que me escribió, ínterin no vivimos juntos, pues con ellas nos consolábamos ambos, y el siervo de Dios con las suyas, tan fervorosas y edificantes, dispertaba mi tibieza y flojedad, como podrá advertir el lector, si con atenta reflexion considera las que insertaré en esta relacion histórica.



CAPITULO XIX.

CARTA DEL VENERABLE PADRE, Y LO QUE EN SU VISTA PRACTIQUÉ.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector presidente fray Francisco Palou.—Amantísimo compañero y muy señor mio: En el discurso de diez meses y diez dias que han pasado desde que dí á vuestra reverencia el último abrazo en su mision de San Javier, hasta el dia de la fecha, sobre la frecuente memoria de vuestra reverencia que es consiguiente á nuestra antigua amistad y favores, me ha ocupado el amor que le profeso, en largos ratos, de pensar cómo le habrá ido de trabajos para allanar los asuntos, que en mi salida no quedaban muy en su lugar; y aunque todo lo ignoro, me he compadecido vastante de lo que tengo por muy verosímil haya sucedido. Quiera la infinita bondad de Dios, que siquiera ahora esté ya todo en buen estado, y vuestra reverencia goce paz y todo consuelo. Yo, gracias á Dios, he tenido y tengo salud, y con esto lo digo todo.

" Ultra de las cartas que últimamente escribí desde una jornada mas acá de San Juan de Dios, escribí tambien á vuestra reverencia acabado de llegar á este puerto de San Diego, á principios de julio del año pasado. Si recibió, como supongo, aquella carta, ya por ella veria cómo me fué bien en el camino, que es bien poblado de gentilidad, y que pasadas algunas jornadas de San Juan de Dios, así que comienzan, prosiguen los parajes, no solo buenos, sino excelentes para muchas misiones, que podrán formar una bella cordillera para esta de San Diego, que se fundó dia del Triunfo de la Santa Cruz y nuestra Señora del Cármen, 16 de julio, asentándonos de ministros de ella el padre fray Fernando y yo, como que el padre Crespi y el padre Gomez habian salido dos dias antes para Monterey, dejando en esta al padre fray Fernando con el padre Murguía, que en breve esperaba con el paquebot San José; pero hoy es el dia en que ni hay barcos, ni San Buenaventura ni Monterey; y de lo que mas hablan algunos es del desamparo y abolicion de esta mi pobre mision de San Diego. No permita Dios que tal suceda.

"Los que salieron de acá dia del señor san Buenaventura para Monterey, vinieron dia 24 de enero del presente año, con el mérito de haber padecido, comido mulas y mulos y no haber hallado tal Monterey; que juzgan se habrá cegado tal puerto, por los grandes méganos que de arena hallaron en el sitio donde se habia de encontrar, y yo ya casi lo he creido tambien. Y porque he visto las cartas que escriben á vuestra reverencia el padre fray Juan Crespi y el sargento Ortega, omito todo lo tocante á la peregrinacion de ellos, y solo me

" queda el lamentarme de ver los lentos pasos " con que se anda y de los recelos de que no se " quede tanta mies que parece que no puede es- " tar de mas sazon sin poner mano á ella, aca- " bándola tantos de ver y palpar con tantas cir- " cunstancias. Vuestra reverencia, por amor de " Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos " oficios que pueda para que esto vaya adelante.

"Si yo supiese como se halla eso y si han ve- " nido ó no los de la mision de España, sabria lo " que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando " si vendrán ó no ó cuándo vendrán barcos, na- " da puedo determinadamente pedir, y esta ne- " gacion de comunicacion con vuestra reveren- " cia y esas misiones, es sin duda uno de los " grandes trabajos de por acá, y lo menos para " lo que la deseo es para algun socorro, aunque " las necesidades sean bastantes, que mientras " hay salud, una tortilla y yerbas del campo, " ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin " noticia de nada, y á todos para poder pasar " adelante, y aun con dudas de si se habrá de " desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque " yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien " sosegado y contento con lo que Dios dispu- " siere.

"Aquí tres ocasiones me he considerado y ha- " llado en peligro de muerte de mano de estos " pobres gentiles, que fué el dia de la seráfica " madre santa Clara, el dia de san Hipólito y el " dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que " me mataron á mi José María que traje desde " Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con " mucho sosiego. En los dias inmediatos des- " pués, en que todavía estábamos con muchos " recelos de que repitiesen su avance, escribí, " aunque con mucha incomodidad, una larga car- " ta á vuestra reverencia para remitirla al barco, " y que si me matasen sirviese de despedida y " de noticia, y que vuestra reverencia la diese al " colegio, como se lo suplicaba; y como poco á " poco se fué esto serenando, no la remití, y aho- " ra que la he buscado, no he podido en modo " alguno hallarla.

"Para que vuestra reverencia sepa todo, va un " trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el " señor visitador general, para que lo lea, y des- " pués cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él lee- " rá haga la cuenta que lo escribo á vuestra re- " verencia ya que no tengo lugar de repetirlo; " que como escrito mio, lo puedo comunicar á " quien gustare. Me parece que vuestra reve- " rencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra " que si viniese acá personalmente. Y así, por " Dios, no trate vuestra reverencia de venirse " hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo " aspecto que tomen las cosas lo hallase conve- " niente. Por ahora se va con el capitan el pa- " dre Vizcaino, herido de la mano.

"Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi, " fray Fernando Parron, fray Francisco Gomez " y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos " poner segunda mision. Si vemos se van aca- " bando los víveres y la esperanza, me quedaré " con solo el padre fray Juan, para aguantar " hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su san- " ta gracia, y encomiéndenos á Dios para que " así sea. Si vuestra reverencia viese que van " á traer el ganado que quedó en Vellicatá, re- " mítanos una porcioncita de incienso; que ha- " biendo venido cargando los incensarios, se nos " olvidó; y podrán venir los calendarios, si hu- " biesen venido, y los nuevos santos óleos en " caso de haber venido de Guadalajara.

"Se sacarán en limpio los diarios, así el mio " como el del padre fray Juan, cuanto antes se " pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es " aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana " es bien poca: con todo, nos esforzaremos é " irán lo mas breve que se pueda. Otras mu- " chas cosas dijera á vuestra reverencia; pero " con tantas variaciones y contingencias, no me " puedo explicar ni extender mas. A todos los " compañeros me encomiendo con fina voluntad; " y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á " falta de querer, sino de poder. Estos padres " se encomiendan á vuestra reverencia con veras " de su corazon, y fray Fernando dice que ya " sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y " que esta va en nombre de todos, y que lo en- " comiende á Dios. Cuando vuestra reverencia " escriba al colegio dará á todos de mi parte mil " memorias; y con esto adios hasta otra oca- " sion, que quizá no será tan larga como esta; y " Su Majestad guarde á vuestra reverencia mu- " chos años en su santo amor y gracia. Mision " de San Diego en su puerto y gentilidad de Ca- " lifornia, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M. " de vuestra reverencia su afectísimo amigo y " siervo—Fray Junípero Serra."

Luego que recibí esta y las demás cartas, pasé á estrecharme con el señor teniente de gobernador para que diese las convenientes disposiciones á efecto de que en la mision de San Fernando en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimentos se pudiese, y que cuanto antes se volviese para San Diego el señor capitan con los diez y nueve soldados que habia traido; como asimismo que se llevasen las reses, para evitar el abandono de aquel puerto, y que en caso de haberse ya desamparado, tuviese la gente mas pronto el socorro. Así lo hizo con grande eficacia el señor gobernador, y fué de tanta utilidad como después veremos.

CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el dia 19 de marzo, apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que del viaje; pareciéndoles, así á los oficiales como á los marineros, dilatado el plazo que el citado señor habia puesto para el dia después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que, como queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones. En San Diego todo era hablar de la retirada y disponerla; decian que la gente que se juzgase apta para suplir de marineros, se embarcaria en el paquebot San Cárlos, que la restante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras tantas saetas que penetraban el corazon fervorozo de nuestro venerable padre presidente, quien incesantemente encomendaba á Dios este asunto en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del barco antes que llegase el dia señalado para la retirada, para que no se perdiese la ocasion de convertirse á Dios tantas almas como gentiles tenian á la vista; y que si entonces no se lograba la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo menos dilatarse por muchos años. Acordábase que habia ciento sesenta y seis, que nuestros españoles habian estado en aquel puerto por mar solamente, y que desde entonces no se habia vuelto á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él jurídica posesion y empezado á poblar, se desamparaba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de convertir almas para Dios, hicieron resolver á su siervo la subsistencia en San Diego, aunque la expedicion saliese; y para esto convidó á su discípulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofreció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios que algun dia llegase barco con socorro, y que dejándoles algunos marineros para suplir de soldados, podrian convertir á Dios alguna alma, ínterin los señores superiores mandaban que volviese á subir la expedicion y tropa para poner en planta la espirirual conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco alguno de los que se esperaban; y permaneciendo constante el venerable padre en el ánimo de quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con el comandante de mar don Vicente Vila, y le le habló de esta manera: "Señor, el comandan- " te de tierra y señor gobernador tiene deter- " minado retirarse y desamparar este puerto pa- " ra el dia 20, si antes no llega alguno de los " barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la " escasez de víveres, como la opinion comun de " que se ha cegado el puerto; aunque yo sospe- " cho que no lo conocieron. Lo mismo pienso " yo, respondió el comandante, segun les he oi- " do y he leido en las cartas: el puerto está allí " mismo donde pusieron la cruz. Pues señor, " dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á " quedarme, aunque se vaya la expedicion y en " mi compañía el padre Crespi; si usted quiere " vendremos aquí luego que salga la expedicion, " y en llegando el otro paquebot, subiremos " por mar en busca de Monterey." Convino gustoso el comandante, y quedando de acuerdo, se retiró el venerable padre á su mision, guardando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor san José, propuso al citado comandante se hiciese la novena a este santo patron de las expediciones; y convenido á ello, se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el dia de señor san José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermon, teniéndolo ya dispuesto todo para la retirada que el dia siguiente habia de hacer para la California antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesion del santísimo patriarca, y dar á todos el consuelo de que viesen clara y distintamente un barco, que ocultándose de la vista el dia siguiente, no dió fondo hasta el cuarto dia en el puerto de San Diego. Esta vision fué bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la subsistencia y atribuyendo á milagro del patriarca santo el que en su propio dia, en que á la expedicion se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion cuando se tuvo noticia de las circunstancias que para esto concurrieron; pero entre tanto paso á referirlas, remito á la consideracion piadosa del lector el singular gozo y alegría que poseia el corazon de nuestro venerable padre, que incesantemente repetia á Dios las gracias, y asimismo al bendito santo, consuelo de afligidos, señor san José, á quien confesaba á boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestándose agradecido correspondia con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el dia 19 de cada mes, cuya devocion santa continuó hasta el último de su vida, como diré á su tiempo.

CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EXPEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el paquebot San Antonio fué despachado á principios de julio de 69 desde el puerto de San Diego al de San Blas en solicitud de tripulacion para el San Cárlos y víveres para todos, y que á los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel puerto, sin mas novedad que la muerte de nueve marineros.

Luego que el excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general recibieron los pliegos y por ellos la noticia de ir caminando la expedicion de tierra para Monterey, y de la falta de tripulacion y de víveres que esta experimentada por no haber hecho viaje el tercer barco, dieron prontas y eficaces providencias para que sin pérdida de tiempo se aviase y cargase el paquebot San Antonio y saliese para Monterey en derechura, sin tocar en San Diego, para socorrer la expedicion de tierra.

Salió el barco y navegó felizmente para la altura de Monterey; pero como ochenta leguas antes de llegar á ella, le faltó el agua, y fué preciso arribar al canal de Santa Bárbara para proveerse de tan indispensable carga útil. En arrimándose á tierra, los cercaron luego los gentiles con sus canoitas, muy placenteros y serviciales; les enseñaron el agua y ayudaron á llenar de ella los barriles; y aunque no sabian nuestro idioma, pero con bastante claridad les dieron á entender por señas que la expedicion de tierra habia retrocedido; que habia transitado dos veces por sus rancherías y tratado con ellos, y nombraban algunos de los soldados. Con estas noticias se quedó perplejo el capitan Perez para deliberar; pero compeliéndole mas la órden de los superiores, como cierta, que el dicho de los gentiles, que podia no serlo, determinó seguir su viaje para Monterey. Pero la casualidad ó accidente de haber perdido allí una ancla, que consideraba le habia de hacer mucha falta en aquel puerto, le obligó á mudar de intento y bajar á San Diego para proveerse con la del San Cárlos. Este que parecia accidente fué la causa de que el paquebot San Antonio arribase allí y se dejase ver la tarde del 19 de marzo, por lo cual, como queda dicho, no llegó á desamparar la mision y puerto de San Diego.

Habiendo llegado este barco tan cargado de bastimentos, se resolvió por los comandantes de mar y tierra hacer de nuevo las expediciones en busca del deseado Monterey. Para la de el mar fué el citado paquebot San Antonio, y en él nuestro venerable fray Junípero, y para la de tierra el señor gobernador con los demás que en su diario refiere el padre Crespi. Salieron ambas á mediados de abril, y estando ya á bordo mi venerable padre lector Junípero, me escribió la siguiente carta, que no omito insertar, pues de su contenido se percibe el ardiente y fervoroso celo de la conversion de las almas que inflamaba su corazon.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou. Carísimo amigo, compañero y señor mio: Habiendo llegado á este puerto el dia del señor san José el San Antonio, alias el Príncipe, aunque no entró hasta cuatro dias después, determinaron estos señores segunda vuelta á Monteréy. Va segunda vez el padre fray Juan por tierra y yo por mar; y cuando estábamos en que no seria tan breve (aunque yo ya tenia embarcado cuanto habia que llevar, menos la cama), ayer sábado de Gloria muy tarde, recibí recado del capitan nuestro paisano don Juan Perez, que aquella misma noche habia de ser forzosamente el embarque. Embarquéme, y ahora estamos en la boca del puerto, y la gente trabajando en las maniobras de la salida, desde que les dije misa muy de mañana.

"Quedan de ministros de San Diego los padres Parron y Gomez, con soldados en sus trabajos, viendo que tal cual son los menos mal librados de los que aquí estamos. Yo y el padre fray Juan vamos con el ánimo de dividirnos (así que venga escolta) uno para Monterey y otro para San Buenaventura, como ocho leguas de distancia, porque no se pierda por nosotros ni por el colegio la ereccion de aquella tercera mision de esta nueva California. Y en la verdad será para mí el mayor de los trabajos tal género de soledad; pero Dios hará la costa por su infinita misericordia. Si no tuviere lugar de escribir al colegio al reverendo padre guardian, suplico á vuestra reverencia lo haga en mi nombre, dándole razon de todo, y que esta carta la escribo sentadito en el suelo de esta cámara con bastante trabajo, y así he hecho con la adjunta del señor ilustrísimo, que es brevecita, dándole razon de lo propio. Por este barco no he tenido ni siquiera una esquela ni una letra de nadie.

"En voz hemos tenido la noticia de la muerte de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIII, y que se hizo eleccion en el excelentísimo señor Ganganeli, religioso nuestro, *Dominus conservet eum, etc.*, que en esta soledad me he alegrado mucho de tanta dicha, y tambien he sabido de la muerte del padre Moran, á quien estamos aplicando las misas de nuestro concordato. El no haber venido carta, dicen que fué porque salió este barco con destino de ir derecho á Monterey, sin tocar acá; por esto se dejó allá todas las cartas de los que estábamos en San Diego, para que las traiga el paquebot San José, que dicen está destinado para acá; pero no ha llegado, y en opinion de estos señores náuticos es muy dudoso si llegará. Cuando venga el otro, como no ha de pasar adelante, aquí se quedarán las cartas, y leidas por los padres, harán lo que gustaren de ellas; porque no sé yo cuándo irán otros para nuestro destino. Y ya ha un año que no tengo noticia del colegio ni de su ilustrísima, y breve se completa el de la última de vuestra reverencia. Bendito sea Dios. Cuando haya ocasion estimaré nos procure cera para las misas é incienso. Si hubieren llegado compañeros de España, á sus reverencias todos juntos con los antiguos me encomiendo con fina voluntad.

"Por carta del padre Murguía, escrita al capi-

" tan D. Juan Perez en el cabo de San Lúcas, " supe que el padre Ramos habia pasado á Lo- " reto, llamado de vuestra reverencia á algunos " negocios, y fué la cláusula de que mas me ale- " gré, porque por ella supe el vivir vuestra re- " verencia y el padre Ramos, que no habia sa- " bido otro tanto desde que salí de Vellicatá ó " San Juan de Dios.

"Esta carta concluyo hoy, segundo dia de Pas- " cua, dia de la profesion de nuestro santo padre " san Francisco, porque ayer al cabo no salimos " porque cambió el viento; pero ahora que serán " como las siete de la mañana ya estamos sali- " dos de la boca del puerto y vamos á remolque " con la lancha de San Cárlos, á cuyos marine- " ros cuando se despidan la entregaré, *Deo dan-* " *te*, para que la lleven á los padres de tierra y " puedan entregarla á unos correos que me di- " cen van á despachar, así que se verifiquen las " salidas de ambas expediciones.

"En fin, adios, carísimo mio, y Su Majestad " nos junte en el cielo. Al padre Ramos y pa- " dre Murguía especialísimas memorias; y á to- " dos los demás escribo una de cordillera, enco- " mendándome en sus oraciones. Repito la sú- " plica de que escriba vuestra reverencia al co- " legio en mi nombre, pues por lo repentino no " he tenido mas lugar, y Dios guarde á vuestra " reverencia muchos años en su santo amor y " gracia. Mar del Sur, enfrente del puerto de " San Diego, 16 de abril de 1770.—B. L. M. " de vuestra reverencia afectísimo hermano, ami- " go, siervo, etc.—*Fray Junípero Serra.*"

Habiendo salido de San Diego el dia 16 de abril, empezaron á navegar y á reconocer la contrariedad de los aires, que les hizo descender hasta el grado 30; pero habiéndose engolfado y mejorado de vientos, llegaron con felicidad, después de cuarenta y seis dias de navegacion, al puerto de Monterey, como se verá en el capítulo siguiente.

La expedicion de tierra salió un dia después que la de mar, y llegando al deseado puerto, que no conocieron en el primer viaje, á los treinta y ocho dias de su salida, habiendo descansado solo dos dias en el camino las bestias, segun se advierte en el diario del padre Crespi.

CAPITULO XXII.

LLEGAN LAS EXPEDICIONES AL PUERTO DE MONTEREY Y SE FUNDA LA MISION Y PRESIDIO DE SAN CÁRLOS.

Satisfará lo que promete este capítulo la siguiente carta que me escribió el venerable padre, en que me comunica su llegada á Monterey y lo que en aquel puerto se practicó.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo pa- " dre lector y presidente fray Francisco Palou.— " Carísimo amigo y muy señor mio: dia 31 de " mayo, con el favor de Dios, después de un mes " y medio de navegacion algo penosa, llegó este " paquebot San Antonio mandado del capitan " don Juan Perez, y dió fondo en este hermoso " puerto de Monterey, el mismo, é invariado en " sustancia y circunstancias de como lo dejó la " expedicion de don Sebastian Vizcaino el año " de 1603. Me fué de mucho consuelo, el que " se me aumentó con la noticia que aquella mis- " ma noche tuvimos de haber ocho dias cabales " que la expedicon de tierra habia llegado, y con " ella el padre fray Juan, y todos con salud; y " mas cuando el dia santo de Pentecostés, terce- " ro de junio, juntos todos los oficiales de mar " y tierra y toda la gente junto á la misma bar- " ranquita y encino donde celebraron los padres " de dicha expedicion, dispuesto el altar, colga- " das y repicadas las campanas, cantando el him- " no *Veni Creator*, bendecida el agua, enarbola- " da y bendita una grande cruz y los reales estan- " dartes, canté la misa primera que se sepa ha- " berse celebrado acá desde entonces, y después " cantamos la Salve á nuestra Señora ante la imá- " gen de su ilustrísima que ocupaba el altar, y " en la misa les prediqué. Concluimos la fun- " cion con el *Te deum* cantado; y después allí " los señores hicieron el acto de posesion de la " tierra en nombre del rey nuestro señor, que " Dios guarde. Después comimos juntos en una " sombra de la playa, y toda la funcion fué con " muchos truenos de pólvora, en tierra y en el " barco. A solo Dios sea toda la honra y gloria. " En órden á no haber hallado este puerto los " de la expedicion pasada y haber promulgado " que ya no existia, no tengo que decir ni por- " que meterme en juzgarlos. Basta que en fin " que se encontró y se le cumplieron, aunque " algo tarde, los deseos á su ilustrísima el señor " visitador general y á todos los que deseamos " esta espiritual conquista.

"Como el pasado mayo se cumplió un año " desde que no recibí carta alguna de tierra de " cristianos, puede pensar vuestra reverencia que " en ayunas estaremos de noticias; con todo, solo " pido cuando haya ocasion el saber de vuestra " reverencia y compañeros, el cómo se llama " nuestro santísimo papa reinante para nom- " brarlo en el cánon de la misa por su nombre; " el saber si se efectuó la canonizacion de los " beatos José Cupertino y Serafino de Asculi, " y si hay alguno otro beato ó santo, para poner- " lo en el calendario y rezarlo, ya que parece es- " taremos despedidos de calendarios impresos; si " es verdad que los indios mataron al padre fray " José Soler en la Sonora ó Pimeria, y cómo fué; " y si hay otro difunto de los conocidos, para en- " comendarlo á Dios como tal; y aquello solo que " vuestra reverencia juzgue hacer caso para unos " pobres ermitaños, segrega desde la sociedad " humana.

"Lo que tambien deseo saber es de la mision

" de España; de ella encargo mucho á vuestra " reverencia y suplico se destinen dos sugetos " para estas misiones, para con los cuatro que " estamos ajustar los seis y poner la mision de " San Buenaventura en la canal de Santa Bár- " bara, tierra mucho mas ventajosa que San " Diego, que Monterey y que todo lo descu- " bierto. Ya se han enviado dos veces basti- " mentos para dicha mision, y ya que hasta aquí " no se ha podido atribuir á los religiosos no es- " tar fundadas, no quisiera que se atribuyera " cuando haya escolta para ponerla. Verdad es " que como el padre fray Juan y yo estemos en " pié, no se demorará, porque nos dividiremos " cada uno á la suya y será para mí el mayor de " los esfuerzos el quedarme con el sacerdote mas " cercano á distancia de ochenta leguas; por lo " que suplico haga vuestra reverencia que no " haya de durar mucho tiempo tan cruda sole- " dad. El padre Lazuen desea mucho venir á " estas misiones, y así téngalo vuestra reveren- " cia presente cuando se le ofrezca deliberar en " destinar ministros.

"Estamos cortísimos de cera para las misas, " así acá como en San Diego; sin embargo, va- " mos mañana á hacer fiesta y procesion del Cor- " pus, aunque sea pobremente, para ahuyentar " cuantos diablillos pueda haber por esta tier- " ra: si hay lugar que venga alguna, nos hará " muy al caso, y el incienso que en otra ocasion " pedí. Vuestra reverencia no deje de escri- " bir á su ilustrísima la enhorabuena de este ha- " llazgo del puerto, y lo que bien le parezca, y " no deje de encomendarnos á Dios, quien guar- " de á vuestra reverencia muchos años en su san- " to amor y gracia. Mision de San Cárlos de " Monterey, y junio dia de san Antonio de Pa- " dua de 1770.—B. L. M. de vustra reverencia " afectisimo amigo, compañero y siervo—Fray " Junípero Serra."

En el mismo dia que se tomó posesion del puerto y se dió principio al presidio real de San Cárlos, se fundó la mision con el propio nombre y contigua á aquel una capilla de palizada para iglesia interina; asimismo una vivienda con las respectivas piezas ó divisiones para asistencia de los padres y oficinas necesarias, cercados ambos establecimientos con una estacada para su defensa. Los gentiles no se dejaron ver en aquellos dias, porque desde lugo les causó espanto la multitud de tiros de artillería y fusilería que se dispararon por la tropa; pero á poco tiempo empezaron á acercarse, y el venerable padre á regalarlos para conseguir su ingreso en el gremio de la santa Iglesia y logro de sus almas, que era el principal objeto de sus designios.

El dia después de la fiesta del Corpus que refiere el venerable siervo de Dios en su carta ya copiada, se despachó un correo por tierra con los pliegos para su excelencia y el ilustrísimo señor visitador general, dándoles noticia de todo la acaecido, y con el mismo me remitió su citada carta, la cual recibí el dia 2 de agosto hallándome en la mision de Todos Santos, en el Sur de la California, quinientas sesenta leguas distante del puerto de Monterey, que tantas anduvo el correo en mes y medio, habiéndose detenido cuatro dias en San Diego. Los pliegos para su excelencia se despacharon por una lancha á San Blas; pero habiendo el comandante de la expedicion, en virtud de la órden que tenia, salido de Monterey á 9 de julio y arribado á aquel puerto á 1° de agosto, llegó á Méjico primero la noticia por sus cartas, que despachó inmediatamente y recibió el excelentísimo señor virey el dia 10 del expresado agosto, quien mandó se celebrase tan plausible noticia con las devotas expresiones que se dirán en el capítulo siguiente.

El teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes quedó mandando el nuevo presidio de San Cárlos en Monterey; y considerando ser muy poca la tropa que allí existia, resolvió de acuerdo con el venerable presidente, suspender la fundacion de la mision de San Buenaventura hasta que llegase un capitan con diez y nueve soldados que habian bajado á la antigua California por el mes de febrero á conducir ganado vacuno; pero el capitan con tropa y ganado no subió mas que hasta San Diego, sin dar aviso hasta el siguiente año en que lo hizo con un barco, como se verá adelante. No pudiéndose por este motivo dar principio á la mision tercera, se aplicó nuestro venerable padre con su discípulo fray Juan Crespi á la reduccion de los indios de Monterey, procurando atraer con regalitos á los que lo iban á visitar; pero como no habia quien supiese el idioma de ellos, se hubieron de pasar muchos trabajos al principio y hasta que Dios quiso abrir puerta por medio de un muchacho, indio neófito que habian traido de la antigua California, el cual con la comunicacion que el venerable Junípero le hacia tener con los gentiles para el efecto, empezó á entenderlos y á articular algunas cosas en aquella lengua, con lo que sirviendo de intérprete, pudo explicarse ya á los indios que el fin de la venida á sus tierras era para encaminar al cielo sus almas.

El dia 26 de diciembre del citado año se consiguió el primer bautismo en aquella nacion gentílica, y fué para el fervoroso y ardiente corazon de nuestro venerable padre de inexplicable júbilo, y con el tiempo se fueron logrando otros y aumentándose el número de cristianos, de modo que á los tres años después subí yo á aquella mision y habia ya en ella ciento sesenta y cinco; y cuando terminó su gloriosa carrera el venerable fundador Junípero, dejó bautizados mil y catorce, de los cuales habian ya pasado muchos á gozar de Dios en la vida eterna por los incesantes desvelos de aquel apostólico varon.

Mucho ayudaron á estas reducciones, ó por mejor decir, fué el cimiento principal de tan im-

portante conquista, las singulares maravillas y prodigios que Dios nuestro Señor hizo ver á los gentiles para que cobrasen amor y temor á los católicos; temor para contenerlos y que no con su muchedumbre se insolentasen contra el corto número de los cristianos, y amor para que oyesen con afecto la doctrina evangélica que se les venia á enseñar, y para que abrazasen el suave yugo de nuestra santa ley.

El padre Crespi en su diario del segundo viaje de la expedicion de tierra al puerto de Monterey, dice en el dia 24 de mayo (como puede ver en él el lector) lo siguiente: "Como á las tres "leguas de andar, llegamos á la una del dia á las "lagunas de agua salada de la Punta de Pinos, "de la parte del Nordeste, donde en el primer "viaje se puso segunda cruz. Antes de apear"nos fuimos el señor gobernador, un soldado y "yo á ver la cruz, para ver si habia alguna se"ñal de que hubiesen ya llegado allí los del bar"co; pero no se encontró ninguna. Encontra"mos toda la cruz rodeada de flechas y de varillas "con muchos plumajes, hincadas en la tierra, "que habian puesto los gentiles, y una sarta de "sardinas todavía medio frescas, colgadas de una "vara al lado de la cruz, otra con un trozo de "carne al pié de la cruz y un montoncito de al"mejas." Causóles á todos grande admiracion aquello; pero ignorando la causa suspendieron el juicio.

Luego que los recien bautizados comenzaron á explicar sus discursos en el castellano idioma y que el neófito californio comprendió el de ellos, declararon lo siguiente en distintas ocasiones. Que la primera vez que vieron á nuestra gente, advirtieron en ella *que todos traian en el pecho una muy resplandeciente cruz*, y que cuando se volvieron de allí dejando aquella grande en la playa, fué tanto el temor que se les infundió, que no les permitia acercarse á tan sagrada señal, pues la veian llena de lucidos resplandores cuando ausentados aquellos con que el sol ilumina al dia, prevalecian las sombras de la noche; advirtiéndola con tales creces, que les parecia elevarse hasta la suprema celsitud; pero que mirándola de dia sin estas circunstancias y en su natural extension, se arrimaron á ella, y procurando congraciarla para con ellos para que no les hiciese daño alguno, le ofrecian en obsequio aquella carne, pescados y almejas; y que causándoles admiracion el ver que nada comia, le ofrecieron sus *plumajes* y *flechas* en significacion de que querian paz con la santa cruz y las gentes que allí la habian puesto.

Esta declaracion hicieron varios de los indios (como llevo dicho) en distintos tiempos, y últimamente en el año de 74 que volvió de Méjico el venerable padre presidente, ante quien la repitieron sin la menor variacion de como lo habian hecho ante mí el año anterior. Así lo escribió el siervo de Dios, por materia de edificacion, al excelentísimo señor virey, para fervorizarlo mas y empeñarlo al propio tiempo en el feliz logro de esta espiritual empresa. Del citado y otros muchos prodigios que ha obrado el Señor, se ha seguido la reduccion de estos gentiles con toda paz y sin estrépito de armas. Bendito sea Dios, á quien sea toda la gloria y alabanza.

CAPITULO XXIII.

DEVOTAS EXPRESIONES DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CROIX POR LA NOTICIA DEL DESCUBRIMIENTO DE MONTEREY.

Tan importante para mayor gloria de Dios, extension de nuestra santa fe católica en la mas setentrional California y honor de nuestro católico monarca, consideraban el excelentísimo señor virey marqués de Croix y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez, el establecimiento de Monterey, que la grande alegría que recibieron el dia 10 de agosto del año de 1770 con la noticia de haberse fundado en dicho puerto la mision y presidio de San Cárlos, no la pudieron contener en sus nobles corazones y la mandaron publicar en la populosa ciudad de Méjico, capital de la Nueva España. Pidieron al señor dean de aquella catedral mandase dar un solemne repique de campanas, al cual correspondieron todas las demás iglesias, así de seculares como de regulares, causando general alegría en todos los moradores. Preguntábanse unos á los otros por la novedad, y enterados de ella acompañaron á su excelencia en el regocijo; pasando los principales á palacio á darle los parabienes, que recibió en compañía del ilustrísimo señor visitador, principal agente de las espirituales conquistas, para cuyo efecto trabajó como ninguno, no dedignándose un caballero de sus circunstancias de servir aun de peon para la carena de los barcos, y encajonar por sus propias manos los utensilios que habian de servir á las misiones; y viendo logrado el fruto de tantos trabajos, rindieron á Dios ambos señores las gracias por el feliz éxito de la conquista y expediciones dirigidas al efecto, con que se extendieron los dominios de nuestro católico monarca por mas de trescientas leguas en esta América en lo mas setentrional de ella.

Es el expresado tramo de trescientas leguas de longitud, de terrenos fértiles y poblados de inmensa gentilidad, de cuyos naturales dóciles y apacibles se esperó desde luego su conversion á nuestra santa fe y congregacion en católicos pueblos, que viviendo sujetos á la real corona, asegurasen las costas de este mar del Sur ó Pacífico. En accion de gracias de tan feliz consecucion, determinaron los citados señores que el dia inmediato de recibida la noticia, se cantase en la iglesia catedral una misa solemne, á que asistieron ambos, acompañados de todos los tribunales, y concluida se repitieron los parabienes, que re-

cibió su excelencia en nombre de nuestro católico monarca.

Deseoso el excelentísimo señor virey de que no solo los habitantes de la ciudad de Méjico, sino que tambien todos los de la Nueva España participasen de tan plausibles noticias, mandó imprimir y repartir una relacion que se extendió por todo el reino, la cual me ha parecido conveniente insertar, por percibirse en ella el religioso celo de nuestro venerable fray Junípero y el alto concepto en que dichos señores lo tenian de ejemplar y celoso.

COPIA DE RELACION IMPRESA.

EXTRACTO DE NOTICIAS DEL PUERTO DE MONTEREY, DE LA MISION Y PRESIDIO QUE SE HAN ESTABLECIDO EN ÉL CON LA DENOMINACION DE SAN CÁRLOS, Y DEL SUCESO DE LAS EXPEDICIONES DE MAR Y TIERRA QUE Á ESE FIN SE DESPACHARON EN EL AÑO PRÓXIMO ANTERIOR DE 1769.

Después de las costosas y repetidas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes para el reconocimiento de la costa occidental de California por el mar del Sur y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa con dos expediciones de mar y tierra que á consecuencia de real órden y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el cabo de San Lúcas y el presidio de Loreto en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo anterior.

En junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los 32 grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio regresase al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot capitana nombrado San Cárlos por falta de marineros que murieron de escorbuto; y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del país hasta el grado 37 y 45 minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos y recelando escaseces de víveres, volvió á San Diego, donde con el feliz arribo del paquebot San Antonio en marzo de este año, tomaron los comandantes de mar y tierra la oportuna resolucion de volver á la empresa, conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de abril del presente, y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de mayo, y la de mar arribó tambien el 31 del presente y propio mes.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables gentiles que pueblan todo el país, explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la posesion el dia 3 de junio, con instrumento que extendió el comandante en jefe y certificaron los demás oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel mismo puerto el de Monterey, con las idénticas señales que describieron las relaciones antiguas del general don Sebastian Vizcaino y derrotero de don José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

El dia 14 del citado mes de junio último despachó el dicho comandante don Gaspar de Portalá un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar estableciendo en él la mision y presidio de San Cárlos; pero con el motivo de la gran distancia, aun no habia recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en 10 del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portalá el ingeniero don Miguel Constanzó y el capitan don Juan Perez, comandante del expresado paquebot San Antonio, alias el Príncipe, que salió el 9 de julio de Monterey; y sin embargo de ocho dias de calma, hizo su viaje con tanta felicidad y celeridad, que el primero de este mes echó el ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles en el nuevo presidio y mision de San Cárlos de Monterey, y el repuesto para un año, á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia, con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha ya se le habrá unido el capitan del presidio de Loreto don Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres, desde la nueva mision de San Fernando de Vellicatá, situada mas allá de la frontera de California, antiguamente reducida, pues salió de aquel paraje el 23 de mayo último con destino á los expresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en este dejaron provistos los almacenes ya construidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de su majestad, San Cárlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tercer viaje desde el puerto de San Blas, y conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España, para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedicion de tierra, desde la antigua frontera de la California

hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buena índole de los innumerables indios gentiles que habitan la California Setentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla la numerosa gentilidad ya docilísima, asegura el comandante don Gaspar de Portalá, y en lo mismo convienen los demas oficiales y los padres misioneros que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital; bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artillería, tropa y abundantes municiones de guerra, y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion; añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio, y de la solemne procesion del santísimo Sacramento que se hizo el dia del Corpus 14 de junio; con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios, la extension de la fe de Jesucristo y la felicidad de los mismos gentiles, que gimen sin conocimiento de ella en la tirana esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia, se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demás documentos, se puede dar á su tiempo una obra completa de ambas expediciones. Méjico, 16 de agosto de 1770.—Con licencia y órden del excelentísimo señor virey, en la imprenta del superior gobierno.

Esta relacion, que impresa corrió con no vulgar aprecio, así en toda esta como en la antigua España, da bassantes luces para conocer el alto concepto en que tenian á nuestro venerable fray Junípero los superiores jefes de este Nuevo Mundo, aun ignorando la resolucion con que estaba en San Diego de no desistir de tan importante y espiritual conquista, aunque la expedicion se regresase á la antigua California, como queda expresado en el capítulo XX de esta historia. Y no contribuyó poco esta buena opinion para conseguir del superior gobierno las eficaces providencias que se necesitaban para estos nuevos establecimientos, como demostrará el siguiente

CAPITULO XXIV.

PROVIDENCIAS EFICACES QUE DIÓ SU EXCELENCIA PARA LOS NUEVOS ESTABLECIMIENTOS POR EL INFORME DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE FRAY JUNÍPERO.

Habiéndose detenido el barco algun corto tiempo en el nuevo puerto de Monterey, tuvo lugar el venerable padre para explorar, así aquel terreno como los demás de sus inmediaciones; y conociendo por su notoria práctica y alta comprension, que no convenia permaneciese la doctrina nombrada San Cárlos en el sitio que estaba establecida, respecto á carecerse allí de las tierras necesarias para las labores y de agua para el riego, y que á distancia de una legua en las vegas del rio Carmelo habia estas proporciones y las demás que señalan las leyes de Indias deben tenerse presentes para los nuevos poblados y establecimientos de misiones; lo informó todo exactamente al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, suplicandoles tuviesen á bien que la mision de San Cárlos se mudase á las vegas del rio Carmelo.

Hízoles presente asimismo la innumerable gentilidad que la expedicion habia descubierto en el espacioso tramo de mas de trescientas leguas que se cuentan desde la frontera de San Fernando Vellicatá hasta el puerto de nuestro padre San Francisco, como tambien los muchos y buenos sitios que ofrecian quellos terrenos para la formacion de pueblos y misiones; pudiéndose de ellas hacer una dilatada cordillera, establecerse todas casi á la costa del mar del Sur, así para la comunicacion como para convertirse á Dios tantas almas que sepultadas en las tinieblas del gentilismo perecian eternamente por falta de quien les enseñase la verdadera luz de nuestra católica religion. Y que para conseguir tan importantes designios era necesario que viniesen muchos operarios evangélicos, con todo avío de ornamentos y vasos sagrados para la iglesia, utensilios de casa y herramientas de campo, para imponer á los recien bautizados en el laborío de tierras, para que por este medio con los frutos que se cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, segun lo hacian con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamientos.

Lo mismo escribió al reverendo padre guardian del colegio con la expresion de que aunque viniesen cien religiosos; habria para todos quehacer, por la mies abundante que habia Dios puesto allí á la vista del fernandino colegio. A él acababan de llegar, casi al propio tiempo que esto informaba el venerable padre, cuarenta y nueve religiosos que venian de España, pues entraron el dia 29 de mayo del año de 1770.

Luego que su excelencia recibió aquel infor-

me y otro igual el ilustrísimo visitador don José de Galvez, movidos ambos del mismo celo de la conversion y salvacion de las almas, pasaron billete al reverendo padre guardian de San Fernando, pidiéndole treinta religiosos sacerdotes, los diez para que á mas de las misiones mandadas fundar con los títulos de San Diego, San Cárlos y San Buenaventura se estableciesen otras cinco con las advocaciones de nuestro padre San Francisco, Santa Clara, San Gabriel Arcángel, San Antonio de Padua y San Luis obispo de Tolosa, en esta nueva California.

Otros diez para cinco nuevas misiones en el país que media entre San Fernando Vellicatá y San Diego, con los nombres de San Joaqnin, Santa Ana, San Juan Capistrano, San Pascual Bailon y San Félix de Cantalicio; y los diez restantes para compañeros de los que estaban solos en las antiguas misiones. En vista del católico pedimento de su excelencia, nombró el reverendo padre guardian y venerable discretorio, de los religiosos que se ofrecieron voluntariamente, el citado número pedido, y se dió parte al excelentísimo señor virey.

En cuanto su excelencia tuvo este aviso del colegio, dió las providencias correspondientes á efecto de que se entregasen á los religiosos todos los ornamentos, vasos sagrados, campanas y demás útiles para las iglesias y sacristías de las diez misiones: asimismo mandó dar al síndico del colegio diez mil pesos, un mil para cada una, con el fin de que se comprasen los demás efectos que se necesitasen para iglesia, campo y casa; y para el gasto del camino mandó se entregasen cuatrocientos pesos para cada uno de los misioneros, cuyo sinodo debia empezar á correrles desde el dia de su salida de San Fernando. Envió su excelencia órden al propio tiempo al comisario de marina de San Blas para que se aprontase el paquebot San Cárlos, que habia arribado á aquel puerto después que el San Antonio, para pasar á Loreto á llevar los veinte misioneros y que el San Antonio saliese para Monterey con los diez restantes, y que ambos barcos se hiciesen el correspondiente rancho para los religiosos de cuenta de la real hacienda, y que se procurasen embarcar en ellos cuantos víveres cupiesen. Así se ejecutó todo, como veremos en el capítulo siguiente; debiéndose tan favorables providencias á la eficacia de los informes del venerable padre Junípero y á las fervorosas oraciones en que no cesaba de pedir á Dios este su amante siervo enviase operarios á esta viña, procurando al propio tiempo atraer á los gentiles al puerto de Monterey.

CAPITULO XXV.

VIAJE DE LOS TREINTA MISIONEROS QUE SALIERON DEL COLEGIO PARA AMBAS CALIFORNIAS.

Aunque eran grandes los deseos del excelentísimo señor virey de que sin pérdida de tiempo se embarcasen los treinta misioneros, y para el efecto dió sus superiores órdenes; pero por no estar prontos los barcos no se embarcaron hasta enero y febrero del siguiente año de 71, no obstante de haber salido de Méjico por octubre del de 70, pues hubieron de estar detenidos en el hospicio de Tepic.

De allí salieron los diez destinados para Monterey, y se embarcaron en el paquebot San Antonio á 2 de enero del citado año de 71; y después de cincuenta y dos dias de navegacion algo penosa, por haber padecido bastantes borrascas, llegaron sin novedad al puerto de San Diego el 12 de marzo, hallando ya allí á los padres ministros de aquella mision, que ya tenian bautizados algunos neófitos, accidentados todos de escorbuto. El capitan dejó en San Diego parte de la carga, y se volvió á embarcar el dia 10 de abril, y con él los padres misioneros, para pasar á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que se hallaba en Monterey, y recibir cada uno su destino é instrucciones.

Los veinte religiosos señalados para la antigua California se embarcaron en el paquebot San Cárlos á principios de febrero, y en su navegacion tuvieron mucho que padecer, á causa de que habiendo salido del puerto de San Blas, comenzaron luego á experimentar la contrariedad de vientos y corrientes, hasta bajarlos mas allá del puerto de Acapulco. Considerándose tan lejos y apartados de la península de su destino, y que la agua era poca, quiso el capitan arrimarse á tierra para hacer aguada, y probando fortuna, se arrimó á un mal puerto nombrado la Manzanilla, donde se vieron en evidente peligro de perderse, por haber varado el paquebot, con cuya lancha tuvieron que echar á tierra á todos los padres en un despoblado de las costas de Colima. Habiendo dado el barco muchos golpes, se maltrató el timon y saltaron las tablas del forro de la quilla; por esto recelaban hubiese quedado el paquebot imposibilitado de hacer viaje, y así lo noticiaron al excelentísimo señor virey.

Viendo su excelencia esta desgracia y atraso, dispuso que los misioneros caminasen por tierra hasta la provincia de Sinaloa á ponerse enfrente de Loreto, para hacer desde allí la travesía de sesenta leguas de golfo con uno de los barcos de la California. Hiciéronlo así, y en el dilatado viaje de trescientas leguas, murió un religioso, llegando los demás al real de los Alamos, donde descansaron hasta que hubo oportunidad de barco que los trasportase.

Cuando la órden de su excelencia llegó, ya el capitan habia mandado registrar al paquebot, y reconociendo que teniendo pronto remedio su daño podria hacer viaje dentro de poco tiempo; pero no obstante, los padres eligieron caminar por tierra, excepto dos que á ruegos del capitan se quedaron para venir en el barco; y habiendo

salido de Manzanilla y navegado para la California, tuvieron vientos tan contrarios, que les dilató la navegacion hasta fin del mes de agosto, pues el dia 30 de él dieron fondo en la rada de Loreto; y teniendo entonces noticia de los demás misioneros, el señor gobernador despachó el paquebot la Concepcion para que los condujese, y desembarcaron en la misma rada á 24 de noviembre de 71.

A este tiempo me hallaba yo ausente; pero luego que tuve noticia del arribo de los padres á Loreto, escribí al señor gobernador pidiéndole los soldados necesarios, á lo menos para dos misiones, para pasar á fundarlas inmediatamente, como me lo encargaba su excelencia, y me respondió que tenia encargo del mismo señor excelentísimo para darme aquella tropa, pero que se hallaba sin ninguna por no haber todavía regresádose de Monterey la que pertenecia á Loreto; que teniendo pedidas al gobernador de Sonora unas reclutas, luego que llegasen me aprontaria el socorro pedido, pues al presente estaba imposibilitado, y que de todo daba cuenta á su excelencia. En vista de la imposibilidad de fundar por entonces ninguna mision, repartí por las antiguas los diez y nueve misioneros y di cuenta al colegio y superior gobierno.

Llegaron á Méjico las cartas del señor gobernador y las mias á tiempo que habiendo cumplido el suyo el excelentísimo señor virey marqués de Croix, habia entrado á gobernar el señor bailío fray don Antonio María Bucareli y Ursúa y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez se habia retirado para la corte al real y supremo consejo de Indias, del que entonces era consejero y hoy del de Estado, gobernador de aquel y secretario de Estado y del despacho universal de Indias.

Con estas mutaciones y entre tanto que el nuevo excelentísimo señor virey se enteró de los asuntos de tan vasto gobierno, hubo la detencion que impidió dar principio al establecimiento de las cinco misiones que debian fundarse en el terreno que media entre Vellicatá y San Diego, como queda dicho; y resultó asimismo la pretension de los reverendos padres de Santo Domingo de Méjico para tener parte en estas espirituales conquistas, para cuyo logro consiguieron real cédula en que mandaba su majestad se les entregase una ó dos misiones con frontera de gentiles. En vista de ella les respondió el excelentísimo señor virey que se viesen con el padre guardian del colegio de San Fernando, que lo era entonces el reverendo padre lector fray Rafael Verger, hoy obispo del nuevo reino de Leon. Hízolo así el prelado de los reverendos padres dominicos, y enterado el nuestro de la pretension por nueva cédula que habian conseguido de su majestad y sabiendo que la antigua California no era divisible por ser una lengua de tierra entre los dos mares y que solo podria tener efecto mezclándose ambas religiones, de que se seguirian ó podrian seguirse graves inconvenientes; le respondió al venerable padre prelado domínico, que no podia ser el que ambas religiones estuviesen en aquel sitio; que si su paternidad queria todas las misiones que antes administraban los reverendos padres jesuitas, se las cederia, como tambien la que se acababa de fundar nombrada San Fernando, y se le quedaba esta frontera con el tramo de cien leguas pobladas de gentiles por la costa hasta llegar al puerto de San Diego inclusive, en cuyo tramo estaban mandadas fundar cinco misiones, y que su paternidad se podria hacer cargo de su establecimiento. En todo se convino aquel prelado, y firmado, así de él como del nuestro, este contrato, se presentó al excelentísimo señor virey, quien se dignó confirmarlo en junta de guerra y real hacienda celebrada en 30 de abril de 1772, con cuya misma fecha expidió el decreto para su cumplimiento, que se verificó en el mes de mayo del siguiente año de 1773 en que llegaron á la California los reverendos padres dominicos y les hice la entrega de las citadas misiones. Quedó ya con esto nuestro colegio libre de aquella carga y con mayor desahogo para atender á estas conquistas de Monterey ó Nueva California, á donde subimos nueve de los misioneros que estábamos en la antigua, y los demás se retiraron al colegio de San Fernando.

CAPITULO XXVI.

LLEGAN Á MONTEREY LOS DIEZ MISIONEROS CON LAS NUEVAS Y FAVORABLES PROVIDENCIAS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE.

Los diez misioneros que se embarcaron en San Diego el 14 de abril, llegaron á 21 de mayo del mismo año de 71 sin mas novedad que haber padecido algunos sustos por los contrarios vientos en los treinta y ocho dias de navegacion. Fué su arribo de mucha alegría para nuestro venerable padre presidente, viéndose con tantos operarios que venian con grandes alientos para trabajar en la viña del Señor. Tenia ya el siervo de Dios suficiente vivienda, aunque de palizada, para hospedarlos y vivir en ella interin se repartian á poner mano á la empresa de la espiritual conquista. Con tantos religiosos en el centro de la gentilidad no quiso perder la ocasion de celebrar la segunda fiesta del Corpus, que cayó aquel año el dia 30 de mayo, dia de nuestro patrono san Fernando. Celebráronla con mayor solemnidad que el año antecedente, con misa cantada de tres ministros, sermon y procesion del Divinísimo con asistencia de doce sacerdotes. Desde luego parecia limitado el magnánimo corazon de fray Junípero para contener en sí y no derramar afuera el gozo que lo ocupaba al ver tan magníficos cultos tributados al Señor, á quien incesantemente repetia las

gracias por haber enviado aquel número de religiosos para dar mano á los establecimientos y conversiones, y al ver tan inclinados á darles todo fomento al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, quienes le escribian podia poner la mision de San Carlos en el rio Carmelo ó donde mejor le pareciese.

Pasada ya la fiesta del Corpus y enterado el venerable padre de las órdenes del excelentísimo señor virey en que mandaba su excelencia se fundasen cinco misiones á mas de las tres proyectadas desde el principio, hizo la distribucion de los religiosos que habian de pasar á administrarlas; y teniendo presente que los dos que estaban en San Diego le pedian licencia para retirarse, el uno al colegio y el otro á la antigua California, con la espectacion de que aquel clima cálido probase mejor á su salud, pudiendo continuar sus tareas en aquellas misiones; y no olvidando al propio tiempo el siervo de Dios que los hacia acreedores a la concesion del retiro el mérito de haber trabajado con el mayor desvelo en las estaciones mas calamitosas, condescendió á las súplicas de ambos y nombró para sucesores ministros de aquella doctrina á los padres fray Francisco Dumetz y fray Luis Jaime, de la provincia de Mallorca. Para fundadores de la mision de San Buenaventura á los padres fray Antonio Paterna, de la provincia de Andalucía, y fray Antonio Cruzado, de la de los Angeles, y para la de San Gabriel á los padres fray Angel Somera, hijo del colegio, y fray Pedro Benito Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, todos sacerdotes y predicadores.

Como quiera que las tres misiones á donde iban los citados padres estaban al rumbo del Sur y mas inmediatas al puerto de San Diego, se volvieron á embarcar los religiosos para aquel puerto en el mismo paquebot San Antonio, que salió del de Monterey á 7 de julio, y en él fué tambien el comandante don Pedro Fajes, graduado ya de capitan, para repartir la tropa y ganado que estaban en San Diego, por el retiro del capitan don Fernando Rivera.

En Monterey quedaron otros seis religiosos, incluso nuestro venerable fray Junípero, quien nombró para la mision de San Adtonio de Padua á los padres fray Miguel Pieras y fray Buenaventura Sitjar, de la provincia de Mallorca. Para la de San Luis obispo de Tolosa, á los padres fray José Cavaller y fray Domingo Juncosa, ambos de la provincia de Cataluña, y para la de Monterey quedó el venerable padre presidente con su discípulo y compañero fray Juan Crespi. Quedaban todavía dos misiones proyectadas y no habia ministros para ellas, cuyos títulos eran de nuestro padre san Francisco y nuestra madre Santa Clara; pero como estas se habian de fundar mas arriba hacia el Norte y en la actualidad no habia tropa para todas, se consoló el siervo de Dios esperando que cuando subiese la tropa de la antigua California, podrian tambien venir los cuatro ministros de las antiguas misiones.

A los dos dias después de la salida del paquebot San Antonio, en que iban los seis religiosos, pasó el venerable padre á reconocer las vegas y cañada del rio Carmelo, para mudar la mision de San Carlos a mas proporcionado sitio, y habiéndolo hallado con las comodidades necesarias, dispuso se hiciese el corte de las maderas para aquella fabrica, dejando tres mozos marineros que habian quedado allí de los del barco y cuarenta indios californios resguardados con cinco centinelas; de los que él, que hacia de cabo, quedó con el encargo de cuidar que cortasen y dispusiesen maderas para construir aquella mision, interin el venerable padre volvia de fundar la de San Antonio, para cuyo efecto salió luego, como se verá en el siguiente

CAPITULO XXVII.

FÚNDASE LA MISION DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Aquel ardiente celo de la conversion de los gentiles en que se abrasaba el corazon de nuestro venerable fray Junípero, no le permitia descanso ni dilacion alguna en poner los conducentes medios para la consecucion de sus intentos. Luego que conclnyó el reconocimiento del rio Carmelo y dejó en corriente los operarios para el corte de maderas, se regresó luego á Monterey para disponer su viaje de la Sierra de Santa Lucía, á donde salió luego con los padres destinados para fundadores de la mision de San Antonio, y llevando consigo todos los avíos necesarios para aquella nueva mision y la precisa escolta de soldados, caminaron para aquella sierra, veinticinco leguas de Monterey, al viento Sur Sudueste; y habiendo llegado á la hoya de la citada serranía, encontraron una grande cañada, que llamaron de los Robles por estar muy poblada de estos árboles, y pasaron el real á ella.

Registraron el terreno, y habiendo hallado un plan dilatado y vistoso en la misma cañada, inmediato á un rio (que desde luego llamaron de San Antonio), les pareció muy proporcionado sitio para el establecimiento, por el buen golpe de agua que tenia aun en el mes de julio, que es el tiempo de las mayores secas, y asimismo que sin dificultad podrian darle conductos para el beneficio de aquellas tierras. Convenidos todos en la eleccion del terreno para el poblado, mandó el venerable padre descargar las mulas y colgar las campanas en la rama de un árbol, y luego que estuvieron en disposicion de tocarse, empezó el siervo de Dios á repicarlas, gritando como enajenado: "Ea, gentiles, venid, venid á la santa "Iglesia; venid, venid á recibir la fe de Jesucristo;" y mirandolo el padre fray Miguel Pieras, uno de los dos misioneros señalado para presidente, le decia: "¿Para qué se cansa si este no

" es el sitio en donde se ha de poner la iglesia, " ni en estos contornos hay gentil alguno? Es " ocioso el tocar las campanas."—"Déjeme, pa- " dre, explayar el corazon, que quisiera que esta " campana se oyese por todo el mundo, como de- " seaba la venerable madre sor María de Jesús " de Agreda, ó que á lo menos la oyese toda la " gentilidad que vive en esta sierra." Construyeron luego una cruz grande, que después de bendita y adorada enarbolaron y fijaron en aquel mismo sitio. Hízose asimismo una enramada, y puesta bajo de ella la mesa de altar, celebró el venerable padre la primera misa á san Antonio, patrono de aquella mision, el dia 14 de julio del año de 1771, dedicado al seráfico doctor san Buenaventura. Presenció este sacrificio divino un gentil que atraido del sonido de las campanas ó de la novedad de ver gentes tan extrañas, ocurrió allí á tiempo que se celebraba la misa. Advirtiólo el venerable sacerdote al voltearse para el pueblo para la plática después del Evangelio, y rebosando de la alegría su corazon, la explicó en su discurso, diciendo de esta manera: " Espero en Dios y en el patrocinio de san An- " tonio que esta su mision ha de ser un gran " pueblo de muchos cristianos, pues vemos lo " que no se ha visto en otras de las misiones fun- " dadas hasta aquí, que á la primera misa ha " asistido la primicia de la gentilidad, y no de- " jará ese de comunicar á los demás gentiles lo " que ha visto." Así sucedió, como veremos después, cumpliéndose perfectamente con el hecho las esperanzas de nuestro venerable padre, quien luego que concluyó la misa comenzó á acariciar y regalar al gentil, con el fin de atraer por este medio á los demás, como lo logró aun en aquel mismo dia, pues llevados de la novedad empezaron muchos á concurrir, y habiéndoles hecho entender por señas (á falta de intérprete) que habian ido á avecindarse y vivir en aquellas tierras, dieron muestras de apreciarlo mucho, comprobándolo con las continuas visitas que les hacian y regalos de piñones y bellotas que extraian, cuyas semillas y otras silvestres de que hacen sus pinoles ó harinas para mantenerse, cosechan con abundancia. Correspondia el venerable padre y demás á estos obsequios con ensartas de avalorios (ó cuentas de vidrio de diversos colores) y asimismo con nuestras comidas de maíz y frijol, á que se aficionaron desde luego aquellos infieles.

Inmediatamente se dió principio á construir por de pronto, de madera, casa para habitacion de los padres y sirvientes, cuartel para los soldados é iglesia para el divino culto, cercando todas estas piezas con estacada para la defensa y con escolta de seis soldados y un cabo para resguardo. Dentro de poco tiempo ya los padres se llevaban la atencion de los gentiles, que les cobraron singular afecto por el amor y cariño con que los trataban, y desde luego comenzaron á manifestar la confianza que hacian de los religiosos, llevándoles sus semillas luego que levantaban las cosechas, y diciéndoles que comiesen lo que gustasen de ellas, y el resto se los guardaran para el tiempo de invierno. Así lo hacian los misioneros con mucha complacencia, admirando en los gentiles tanta confianza; y con la espectacion de que seria mayor cuando reengendrados por el bautismo los mirasen como á verdaderos padres. Quedó en el mismo concepto nuestro venerable fray Junípero al ver tan al principio semejantes demostraciones, y con esta confianza, dejando á los citados misioneros en la mision de San Antonio, se regresó para la de Monterey, á los quince dias de fundada aquella.

Instruidos los nuevos misioneros por el venerable presidente, se dedicaron desde luego con el mayor desvelo á aprender con los niños el idioma de aquellos barbaros, para poder explicarles por este medio que el fin de venir á sus tierras era para dirigir al cielo sus almas. Consiguiéronlo á costa de toda su aplicacion, y habiendo empezado á catequizar y bautizar, tenian ya, á los dos años de fundada aquella mision, que estuve yo en ella, ciento cincuenta y ocho cristianos nuevos.

Entre ellos habia, segun me refieren aquellos religiosos, una mujer, que nombraron Agueda, tan anciana, que segun su aspecto representaba tener de edad cien años. Fué esta á pedir á los padres el bautismo y habiéndole preguntado la causa de querer ser cristiana, respondió que siendo ella de corta edad, oia referir á sus padres la venida á aquellas tierras de un hombre que vestia el mismo hábito que los religiosos, el cual no habia entrado ni á pié por tierra, sino volando, y que este les decia lo mismo que ahora predicaban los misioneros, y que acordándose de esto se habia movido á ser cristiana. No dando crédito los padres al dicho de la anciana mujer, se informaron de los neófitos, y unánimes todos respondieron que así lo habian oido decir á sus antepasados y que era general tradicion de unos á otros.

Al oir de los padres esta noticia, me acordé luego de la carta que en el año de 1631 escribió la venerable madre sor María de Jesús de Agreda á los misioneros empleados en las espirituales conquistas del Nuevo Méjico, en que entre otras cosas les dice: que nuestro padre san Francisco llevó á estas naciones del Norte dos religiosos de su órden para que predicasen la fe de Jesucristo (los cuales no eran españoles) y que después de haber hecho muchas conversiones, padecieron martirio. Y habiendo cotejado el tiempo, me hice juicio podria haber sido alguno de esos religiosos el que decia la neófita Agueda.

La citada mision de San Antonio (como tengo dicho) se halla situada en el centro de la Sierra de Santa Lucía, distante de la costa del mar Pacífico como ocho leguas, por la fragosidad dela-

mino para la playa, y está en la altura del Norte á 35 grados y 30 minutos, y distante como veinte leguas del puerto de Monterey. Es el terreno bastantemente poblado de crecidos pinos, que producen abundancia de piñones (semejantes en todo á los de España), les cuales comen los indios, causándoles por su naturaleza cálida algunos accidentes. Está poblado asimismo de grandes encinos y robles, que franquean á los indios varios géneros de bellotas, las cuales después de secas al sol, guardan todo el año para mantenerse, haciendo sus poleadas y pinoles, para lo cual se sirven tambien de los zacates ó yerbas que con abundancia les ministra el campo. No es menor la que hay de conejos y ardillas, tan sabrosas como las liebres. Es mucha su fertilidad y facilita abundantes cosechas de trigo, maíz, frijol y otras varias semillas de España con que ahora se mantienen los habitantes.

El clima en tiempo de verano es sumamente cálido, y el invierno frigidísimo por las muchas heladas que se experimentan; de suerte que un arroyo que corre todo el año inmediato á las casas de la mision, se cuaja con ellas, quedando suspenso el curso de aquella corriente hasta que el sol con sus rayos derrite el yelo; y por la misma causa suelen experimentarse notables quebrantos en las sementeras, principalmente en las de maíz y frijol si se siembran temprano.

Tan fuerte fué la helada que cayó el dia primero de Pascua de Resurreccion en el año de 1780, que una gran sementera de trigo espigado ya todo y en flor, quedó tan seco como el rastrojo por el mes de agosto. Fué este accidente de grande desconsuelo para los indios y mucho mayor para los padres, considerando los muchos atrasos que se siguen cuando falta bastimento á la mision, pues es preciso vayan los neófitos por los cerros en busca de semillas silvestres para alimentarse como cuando eran gentiles. Avivando la fe los padres y confiando en el patrocinio de san Antonio, convidaron á los cristianos nuevos para hacerle la novena. Asistieron á ella todos con mucha puntualidad y devocion, y al empezarla mandaron los padres soltar el riego á las heladas milpas, que estaban enteramente secas. Dentro de pocos dias advirtieron que nacia de nuevo ó retoñaba desde la raíz el trigo, y al acabar la novena estaba ya todo el campo verde. Continuáronle el riego y creció con tanta prisa, que á los cuarenta dias, en el de Pascua de Espíritu Santo, estaba ya el trigo tan alto como el seco, con las espigas floridas y grandes, que granaron y sazonaron por el mismo tiempo que los años anteriores, lográndose una cosecha tan crecida y de grano tan abultado, que jamás habian visto otra semejante. Reconociéndose desde luego obligados, así los padres como los indios, por tan especialísimo prodigio como Dios nuestro Señor se dignó obrar en su favor por la intercesion del santo patrono y taumaturgo san Antonio, le rindieron desde luego las mas afectuosas gracias.

Este caso y otros varios que omito por no abultar esta historia, han contribuido mucho para confirmar en la fe á los neófitos, y que los gentiles la abrazasen, como ha sucedido, excediendo el número de cristianos de aquella mision al de todas las demás, pues llegaron á contarse en ella antes de morir el venerable padre Junípero, mil ochenta y cuatro neófitos, con lo que vió cumplida la esperanza que desde el dia de la funcion tuvo en Dios y en el patrocinio de san Antonio, que habia de ser un gran pueblo de muchos cristianos. Así lo concedió el Señor á su siervo fray Junípero verlo cumplido en los dias de su vida, y que después de su ejemplar muerte vaya aumentándose cada dia mas el número de los cristianos, y no dudo que en el cielo pedirá á Dios (como me prometió antes de salir de esta vida) la conversion de todos los demás gentiles que pueblan estos dilatados países.

CAPITULO XXVIII.

PASA EL VENERABLE PADRE Á MUDAR LA MISION DE SAN CÁRLOS AL RIO CARMELO, Y LO QUE EN ELLA PRACTICÓ.

Después de pasados quince dias de establecida la mision de San Antonio, salió de ella para la de Monterey el venerable padre presidente fray Junípero, con vivos deseos de fundar la de San Luis; pero por la falta de tropa, cuya mayor parte se hallaba detenida en San Diego por el capitan Rivera habia un año, mortificó sus deseos al ver que hasta la subida del comandante don Pedro Fajes no podria efectuarse, y entre tanto se ocupó en mudar la mision de San Cárlos á las orillas del rio Carmelo.

Para dar principio á esta obra, que juzgaba el siervo de Dios muy importante para la reduccion de los gentiles y subsistencia de aquella mision, que propiamente se fundaba de nuevo, pasó al sitio en que habia dispuesto se hiciese el corte de la madera, y considerando no ser bastante la que habia, mandó se continuase cortando ínterin volvia del presidio. Bien pudiera el venerable padre encomendar este material trabajo á su compañero el padre Crespi, á los religiosos destinados para la mision de San Luis, los cuales estaban como ociosos en el presidio, hasta que se verificase la salida para establecer su mision. Pero no quiso perder este mérito ni cargar á los otros el trabajo, sin duda para darles ejemplo y que no se desdeñasen de ejercitar semejantes oficios mecánicos que se dirigen á tan noble fin y son muy del agrado de Dios, como dice en su citada carta la venerable madre María de Jesús. Dejó en el presidio á los dos ministros de la mision de San Luis para que administrasen á la tropa, y á su compañero para que cuidase de los

indios neófitos, dándoles no solo la comida del cuerpo, sino tambien la del alma, rezando dos veces al dia la doctrina cristiana; y á ambos hizo el encargo de que siempre que fuesen gentiles procurasen regalarlos y dirigirlos al rio Carmelo, donde haria lo mismo su reverencia.

Concluidas estas prevenciones, se encaminó al sitio destinado para la mision, distante una legua del presidio, á hacer vida eremítica, cuya habitacion fué de pronto una barranca, en la que se mantuvo sirviendo de sobrestante, y muchas veces de peon, hasta que hubo alguna vivienda en que acogerse para libertarse del mucho viento frio que se experimenta en aquella cañada casi todo el año. La primera obra que mandó hacer fué una grande cruz, que bendita, enarboló, ayudado de los soldados y sirvientes, y fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato á la barraca de su habitacion, y otra que servia de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecia y cantaba la tropa el alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, é inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, á que asistian todos los soldados y mozos. Después comenzaban todos su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al dia adoraba la santa cruz, rezando delante de ella el oficio divino, segun lo oí todo de boca del cabo que sirvió de centinela en aquel sitio; y lo mismo practicaba de noche al concluir el rezo de la corona, con cuyo ejemplo hacian lo propio los soldados, enseñándose tambien los indios.

Cuando iban los gentiles á visitar al venerable padre, que raro era el dia en que dejaban de hacerlo atraidos de curiosidad ó de los regalos que les hacia, era lo primero que practicaba persignarlos por su propia mano, y después les hacia adorar la santa cruz, y concluidas estas santas ceremonias, los regalaba, ya con comida que les mandaba hacer de trigo ó maíz cocido, con atole hecho de dichas harinas, ó ya con avalorios, y procuraba agasajarlos cuanto podia, aprendiendo con ellos el idioma. Iban tambien á visitarlo los nuevos cristianos, que pedian licencia al padre Crespi, para ir, como decian, á ver al padre viejo, y con ellos tenia sus delicias mostrándoles mayor cariño que si por naturaleza fuesen sus hijos. Enseñóles á que saludasen á todos con las devotas palabras: *amar á Dios;* y se extendió de tal manera, que hasta los gentiles decian esta salutacion, no solamente á los padres, sino á cualquier español, y queda extendida por todo este vasto terreno, enterneciendo el corazon mas duro al oir á los gentiles que lo mismo es encontrar á sus compañeros ó á los españoles por los caminos, que referir aquellas palabras *amar á Dios.*

Luego que tuvo el venerable padre concluida la fábrica de capilla y vivienda suficiente, que fué á fines del año de 1771, llamó á su compañero el padre Crespi y se mudó á la nueva mision con todos los cristianos neófitos, y empezaron á trabajar ambos en aquella espiritual conquista; siendo esta su peculiar mision, en donde se mantuvo ínterin no tenia que salir á visitar las misiones y viajes precisos del ministerio de presidente, hasta que murió, dejando en sola ella mil y catorce bautizados entre adultos y párvulos, la mayor parte por el venerable padre, pues era en esta materia sin comparacion celoso y sin saciarse sediento.

CAPITULO XXIX.

ARRIBO DE LOS SEIS MISIONEROS Á SAN DIEGO Y ESTABLECIMIENTO DE LA MISION DE SAN GABRIEL.

Ya queda dicho en el capítulo XXVI cómo el dia 7 de julio del año de 71 salió el paquebot San Antonio del puerto de Monterey, y en él los seis ministros para las tres misiones del Sur con el comandante don Pedro Fajes, y que después de ocho dias de navegacion, á 14 del mismo mes, dieron fondo en el puerto de San Diego, donde hallaron á los padres sin novedad, y los destinados para ministros de aquella mision se hicieron cargo de ella; y usando de la licencia los dos que por enfermos la habian solicitado para retirarse, se embarcó uno en el mismo paquebot que salió el 21 del propio mes para San Blas, y otro con la primera partida que salió para la antigua California, bajó á una de aquellas misiones.

Luego que el barco salió se empezó á tratar de los nuevos establecimientos; pero por la desercion de diez soldados, á tiempo que estaban ya para salir, hubieron de detenerse hasta que se consiguió su incorporacion en la tropa, por haber ido uno de los misioneros á convencerlos, ofreciéndoles el perdon; y estando dispuesta la salida para el dia 6 de agosto, volvieron otros á desertar; pero no obstante esto, dispuso el capitan que saliesen los de la mision de San Gabriel; que después saldria él con los padres de San Buenaventura.

El citado dia 6 de agosto salieron de San Diego los padres fray Pedro Gamboa y fray Angel Somera resguardados con diez soldados y los arrieros con la recua de los avíos. Caminaron hácia el rumbo del Norte por el camino que transitó la expedicion; y habiendo andado como cuarenta leguas, llegaron al rio de los Temblores, llamado así desde la expedicion primera; y estando en el registro para elegir terreno, se les presentó una numerosa multitud de gentiles, que armados y presididos de dos capitanes, con espantosos alaridos pretendian impedir la fundacion. Recelando los padres se rompiese la guerra y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la imágen de nuestra Se-

ñora de los Dolores y lo puso á la vista de los bárbaros; pero no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso simulacro, arrojaron á tierra sus arcos y flechas, corriendo presurosos los dos capitanes á poner á los piés de la soberana Reina los avalorios que al cuello traian, como prendas de su mayor aprecio; manifestando con esta accion la paz que querian con los nuestros. Convocaron á todas las rancherías comarcanas, que en crecidos concursos de hombres, mujeres y niños venian á ver á la santísima Vírgen, cargados de varias semillas, que dejaban á los piés de la santísima Señora, entendiendo que comia como los demás.

Iguales demostraciones hicieron las mujeres gentiles del puerto de San Diego después de pacificados aquellos habitadores, pues habiéndoles manifestado otra imágen de nuestra Señora la Vírgen María con el niño Jesús en los brazos, luego que lo supieron en las rancherías inmediatas ocurrieron á verla, y como no pudiesen entrar por impedírselos la estacada, llamaban á los padres, y metian por entre los palos sus cargados pechos, expresando vivamente por señas que venian á dar de mamar á aquel tierno y hermoso niño que tenian los padres.

Con haber visto la imágen de nuestra Señora los gentiles de la mision de San Gabriel, se mudaron de tal suerte, que frecuentando las visitas á los religiosos, no sabian cómo manifestarles el contento de que hubiesen ido á avecindarse en sus tierras, y ellos procuraban corresponderles con caricias y regalos. Pasaron á registrar aquel grande llano y dieron principio á la mision en el lugar que juzgaron á propósito, con las mismas ceremonias que quedan referidas en las demás reducciones. Celebróse la primera misa bajo de una enramada, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, y el dia siguiente dieron principio á fabricar una capilla que sirviese de interina iglesia, y asimismo una casa para los padres y otra para la tropa, todo de palizada, con cerco de estacas para la defensa en cualquier evento. La mayor parte de la madera para las fábricas la cortaron y arrancaron los mismos gentiles, ayudando á construir las casitas, por cuya causa quedaron los padres con la espectacion del feliz éxito, y que desde luego no repugnarian abrazar el suave yugo de nuestra evangélica ley.

Cuando mas contentos estaban aquellos naturales, desgració esta buena disposicion uno de los soldados, agraviando á uno de los primeros capitanes de las rancherías, y lo que peor es, á Dios nuestro Señor. Queriendo el capitan gentil tomar venganza del agravio que se habia hecho á él y á su mujer, juntó á todos los vecinos de las rancherias inmediatas, y convidando á los hombres capaces de tomar las armas, se presentó con ellos á los soldados, que distantes de la mision, guardaban y apacentaban la caballada, de los cuales era uno el malhechor. En cuanto estos vieron venir tanta gente armada, se vistieron las cueras para el resguardo de las flechas, y se pusieron en arma, sin tener lugar de dar aviso á la guardia, que ignoraba el hecho del soldado. Lo mismo fué llegar los gentiles á tiro de escopeta, empezaron á arrojar flechas, encaminándose todos al soldado insolente. Este con la escopeta apuntó al que veia mas osado, presumiéndose sería el capitan, y disparándole una bala, lo mató. Luego que los demás vieron el estrago y fuerza de las armas de los nuestros que jamás habian experimentado, y que las flechas no les hacian daño, huyeron presurosos, dejando al infeliz capitan, que después de haber sido el agraviado, quedó muerto; de cuyo hecho resultó que se amedrentasen los indios.

Llegó á pocos dias de haber sucedido esto el comandante con los padres y avío para la mision de San Buenaventura, y temiendo que los gentiles hiciesen algun atentado para vengar la muerte de su capitan, resolvió aumentar la guardia de la mision de San Gabriel hasta el número de diez y seis soldados. Por este motivo y la poca confianza que habia de los restantes, á vista de tan repetidas deserciones, hubo de suspenderse el establecimiento de la mision de San Buenaventura hasta ver el éxito de la de San Gabriel, donde quedaron los dos ministros de aquella con todos sus utensilios hasta nuevo aviso. El comandante subió con los demás soldados para Monterey, llevándose al que habia matado al gentil, para quitarlo de la vista de los otros, no obstante que el escándalo que habia cometido estaba oculto así al comandante como á los padres.

Quedaron por esta razon cuatro misioneros en la doctrina de San Gabriel; pero habiendo enfermado los dos ministros de ella, en breve tiempo hubieron de retirarse á la antigua California, y los dos destinados para San Buenaventura quedaron administrándola y procuraron con toda la suavidad posible atraer á los gentiles, quienes poco á poco fueron olvidando el hecho del soldado y la muerte de su capitan, y empezaron á entregar algunos niños para ser bautizados, siendo de los primeros el hijo del miserable difunto, que con mucho gusto dió la viuda; y á su ejemplo fueron otros entregando los suyos, y se fué aumentando el número de cristianos, de suerte que pasados dos años de fundada la mision que estuve yo en ella, ya tenian bautizados setenta y tres, y cuando murió nuestro venerable padre se contaban mil y diez y nueve neófitos.

CAPITULO XXX.

ENVIA EL VENERABLE PADRE Á SU COMPAÑERO AL RECONOCIMIENTO DEL PUERTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

Llegó el comandante don Pedro Fajes á Mon-

terey, y hallando mudada ya la mision de San Cárlos al rio Carmelo, pasó allí á ver al venerable padre fray Junípero para comunicarle cuanto habia pasado. Causóle al siervo de Dios mucha pena que se frustrase el establecimiento de San Buenaventura, por ser esta mision de las tres proyectadas primeramente, y la que llamaba peculiar suya el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez; pero viendo que no habia sido por causa de los misioneros, dió á Dios las gracias, así por esto como porque se hubiese conseguido la fundacion de San Gabriel, confiando en su divina Majestad que cuando fuese de su mayor agrado se estableceria aquella con mejores proporciones y menos ansias. Así se lo concedió el Señor después de trece años de proyectada; y aunque fué la última que el venerable padre fundó, pudo decir de ella lo que la Iglesia santa de la canonizacion del mismo seráfico doctor san Buenaventura: *tamen quo tardius eo solemnius*, como en la narracion de este establecimiento se verá.

Viendo el venerable fray Junípero desgraciada aquella fundacion, le propuso al comandante la de San Luis; pero se excusó por la misma razon, diciéndole que si se disminuia la tropa y venia de San Gabriel noticia de alguna novedad en aquella mision por parte de los indios, se veria desde luego imposibilitado de pasar á socorrerla; que luego que se supiese que estaban en quietud, se daria mano en fundar la reduccion de San Luis.

Considerando aquel fervoroso prelado que entre tanto no se verificase novedad alguna por abajo, omitirian el despacho de correo, y que con esta espectacion se estarian todo el año sin adelantamiento alguno, propuso al comandante Fajes que ínterin se recibia noticia, se fuese al reconocimiento del puerto de nuestra padre San Francisco, para ver qué sitio se encontraba proporcionado para la mision, y á comunicar y congratular á los gentiles, para que hubiese esto adelantado cuando llegase la ocasion del establecimiento. Convino el comandante á esta expedicion, ofreciendo ir en persona con el padre Crespi luego que pasase la estacion de las aguas, si para este tiempo no habia novedad.

Viendo á mediados del mes de marzo que ya no llovia ni habia venido correo de San Luis y dando por supuesto que no habria por allí ningun acaecimiento, salieron de Monterey el dia 20 de dicho mes del año de 1772, de cuyo viaje y registro formó su diario el citado padre Crespi, que asentó á continuacion de los demás, al cual remito, al lector curioso. Impidióles concluir aquel registro á su satisfaccion la noticia que recibieron por un correo que llegó de San Diego, de que aquel puerto estaba á peligro de desampararse, por írseles acabando los víveres, y que para remediarlo habia bajado á la antigua California el padre Dumetz, pues aunque el paquebot San Antonio habia traido aquel año igual carga de comestibles que en los antecedentes, pero tambien se habian aumentado los consumidores, así con los peones que quedaron del barco, como con los neófitos que se agregaban á la mision, por cuya causa iban dando fin insensiblemente los bastimentos que habia.

Luego que el comandante recibió esta noticia, estando en la expedicion del citado reconocimiento, retrocedió para Monterey, como se advierte en el expresado diario, y despachó la recua cargada de víveres para abastecer á San Diego y á San Gabriel, que por dicho correo se supo no habia habido novedad alguna con los indios de esta última mision, y sí que los dos ministros de ella se habian retirado enfermos para la antigua California, y quedaban supliendo los de San Buenaventura, como dejo dicho. En atencion á esto y á que quedaba solo en San Diego el padre fray Luis Jaime, envió con la recua al padre fray Juan Crespi, que acababa de llegar del reconocimiento del puerto de nuestro padre San Francisco.

Llegó á San Gabriel y San Diego este socorro, y poco después recibieron otro, que les remití yo de la antigua California con un misionero, y al mismo tiempo llegó el padre Dumetz. Quedó con esto socorrida aquella necesidad, que dentro de poco tiempo se trasladó á Monterey, porque retardándose el barco que conducia las provisiones tres meses mas que los años antecedentes, hubieron de padecer aquellos vecinos los efectos de la escasez, haciéndoles desde luego notable falta los víveres que embarcaron al puerto de San Diego.

En esta atencion se vió precisado el comandante don Pedro Fajes á tomar la providencia de dejar en el presidio un corto número de soldados y pasar con los demás á la cañada que llamaron de los Osos, distante cincuenta leguas del presidio, para hacer matanza de estas fieras y comprar semillas silvestres á los indios con que pudiera mantenerse la gente. Duró esta necesidad hasta que con el arribo del barco quedó remediada, aunque á los padres no les alcanzaron tanto sus tristes efectos por haberlos socorrido los gentiles, como se verá en la siguiente carta del venerable padre Junípero.

CAPITULO XXXI.

CARTA DEL VENERABLE PADRE CON ALGUNAS NOTICIAS Y LLEGADA DE LOS BARCOS.

"Viva Jesús, María y José—Reverendo pa-
" dre lector y presidente fray Francisco Palou.—
" Carísimo amigo y mi señor: No me quiero
" querellar del limitado tiempo para escribir á
" vuestra revencia porque no parezca maña vie-
" ja; harto tengo con significar el recelo de lo
" que con trabajo escribo llegue á sus títu-

" los. Lo que primero digo es que gracias á " Dios tengo salud, y que no me ha tocado á mí " ni á ninguno de los padres compañeros la ham- " bre que por estas tierras á mortificado y mor- " tifica á muchos pobres. Lo segundo que cuan- " do esperábamos el barco, nos ha llegado la no- " ticia de ser dos los que vienen á este puerto; " pero con haber llegado ambos á la altura, y " aun el uno á dos leguas de esta mision, ningu- " no á podido aportar acá; y escribe el capitan " del Príncipe, que es nuestro don Juan Perez, " que ya no podrá venir, que se halla en San " Diego, y que vayan allá, si quieren lo que trae: " el otro escribe, que es don Miguel Pino, con Ca- " ñizares, que se halla en la canal de Santa Bár- " bara y que se va á San Diego; con que allá " tenemos todo y acá nada. El consuelo es que " aquellas dos misiones de San Diego y San Ga- " briel ya quedan fuera de cuidado. Esta, la " de San Antonio y el presidio, no están con pe- " ligro de abandonarse; pero están con el seguro " de que les dure á la gente algunos dias la " mortificacion. Las mulas para subir por tier- " ra son pocas y maltratadas.

"Los principales mantenedores de la gente son " los gentiles; por ellos se vive porque Dios quie- " re, sin embargo de que la leche de vacas y la " verdura de la huerta han sido dos grandísimos " sustentáculos de estos establecimientos; pero " ambos renglones ya escasean; mas no por eso " me pesa ni le pese á vuestra reverencia el que " estén fundadas estas misiones, como que no le " duele á ministro alguno de los que las pueblan. " El desconsuelo solo se ha hallado en las vacan- " tes por dificultad de proseguir las fundaciones. " Ya se les ha quitado á los padres de San Luis el " continuo desconsuelo de catorce meses de es- " pera con la noticia de que con las abundantes " provisiones que traen los barcos prontamente " se pondrá su mision, y ver ya para ella todas " las cosas aprontadas.

"Si para la fundacion de estas se hubiera de- " esperar los tiempos en que se suben aquellas " y los adelantamientos dependiesen de la veni- " da del barco, muchos años se habian de pasar " para que se fundase alguna, con la dificultad " de venir de esas remotas tierras los socorros, " atentas las dificultades que vuestra reverencia " mejor que yo conoce y palpa. Todos los mi- " nistros gimen y gemimos las vejaciones, traba- " jos y atrasos que tenemos que aguantar; pero " ninguno desea ni piensa dejar su mision. Ello " es que trabajos ó no trabajos, hay varias al- " mas en el cielo, de Monterey, de San Antonio " y de San Diego, que de San Gabriel no lo sé " hasta ahora. Hay competente número de cris- " tianos que alaban á Dios, cuyo santo nombre es " en la boca de los mismos gentiles mas frecuen- " te que en la de los muchos cristianos. Y aun- " que presumen algunos que de mansos corderos " que son todos se vuelvan algun dia tigres y " leones, bien puede ser si lo permite Dios; pero " de los de Monterey vamos ya para tres años " de experiencia y los de San Antonio para dos " y cada dia son mejores.

"Y sobre todo, la promesa hecha por Dios en " estos últimos siglos á nuestro padre san Fran- " cisco (como dice la seráfica madre María de " Jesús) de que los gentiles con solo ver á sus " hijos se han de convertir á nuestra santa fe ca- " tólica, ya me parece que la veo y palpo, por- " que si aquí no son ya todos cristianos, es á mi " entender por solo la falta del idioma; trabajo " que no me ha venido de nuevo, porque siem- " pre imaginé que mis pecados tenian muy des- " merecida esta gracia, y que en unas tierras co- " mo estas donde no se podia prometer intérpre- " te ni maestro en lo humano hasta que alguno " de acá aprendiese el castellano, era preciso se " pasase algun tiempo.

"Ya en San Diego venció el tiempo la dificul- " tad, ya bautizan adultos, ya se celebran matri- " monios; y aquí estamos ya en disposiciones " bien próximas para lo mismo, porque ya se co- " mienzan á explicar los muchachos en el caste- " llano; y en lo demás, si se nos diera algun au- " xilio, en breve se nos daria poco que viniese ó " no el barco para asunto de víveres; pero estan- " do las cosas así, poca cabeza podran levantar " las misiones: con todo, yo confío en Dios que " todo se ha de remediar.

"Pues vamos ahora al asunto principal: yo " voy á San Diego con el comandante don Pedro " Fajes, y vuestra reverencia algun dia ha de " reconocer el tramo intermedio entre San Fer- " nando Vellicatá y dicho puerto, para distribuir " en él sus cinco misiones, y si pudiese ser ahora, " podriamos darnos un abrazo por mediados ó fi- " nes de setiembre, y supliria nuestra comunica- " cion la falta de muchas cartas, y discurriria- " mos como se pueda adelantar mejor esta gran " obra, que sin merecerlo ha puesto Dios nues- " tro Señor en nuestras manos. El gran con- " suelo de que me serviria dicha concurrencia lo " dejo á la consideracion de vuestra reverencia; " pero no lo haga vuestra reverencia por mí si- " no solo si lo considera conducente al bien de " las almas. Procuraremos retirarnos cada uno " á su destino antes de las aguas, y me parece " haber tiempo competente para todo. Pero so- " bre todo, pido con eficacia que ó con vuestra " reverencia ó por sí solos, vengan en dicho " tiempo dos religiosos para la fundacion de San " Buenaventura ó para ministros de San Ga- " briel, en lugar de los que se fueron enfermos " á esas misiones. Viniendo estos, que es pun- " tualmente el número de los que han ido de " acá enfermos, ya sabré que no tengo de pedir " mas sino del colegio. Los que hubieren de " venir, que vengan bien prevenidos de pacien- " cia y caridad y lo pasarán alegremente, y se " podrán hacer ricos, digo en trabajos; pero

" ¿dónde irá el buey que no are? y si no ara, " ¿cómo podrá haber cosecha?

"Para mientras ande fuera queda administran- " do esta mision el padre Pieras con uno de los " padres de San Luis; que el otro se va para San " Antonio, donde queda solo el padre fray Bue- " naventura Sitjar, para irse aproximando y dar " principio á su mision. La de San Antonio, " que el dia de san Buenaventura cumplió el " año de fundada, ha sido en esta necesidad que " ha habido el recurso todo para semillas gentí- " licas y sus pinoles. Al buen padre Pieras le " debe esta mision la caridad de mas de cuatro " cargas de tales géneros, pues en esta última " venida me trajo tres. Del padre fray Juan " nada digo, porque ya por sus cartas sabrá to- " dos sus viajes. En fin, no digo mas; si nos " viéremos podremos hablar (con el favor de " Dios) de todo; y si no, espero escribir mas lar- " go y tendido.

"Si vuestra reverencia tuviere ocasion de es- " cribir á nuestro colegio, comunique siempre " las noticias ciertas que de por acá tenga, por- " que si no llegaren mis cartas, tengan siquiera " por ese medio alguna razon de estas tierras y " misiones. Me encomiendo con finísima volun- " tad á cada uno de los padres de esas misiones, " viejos y nuevos, y que me tengan presente en " sus oraciones, y los amigos y conocidos me ten- " gan por excusado escribirles en particular, por " lo dicho al principio, razon porque esta ha ido " *pro majori parte* de noche. Si los padres La- " zuen y Murguía fuesen de los que vengan por " estos desiertos, lo dicho dicho de paciencia y " ánimo, etc. Deseo á vuestra reverencia las " mismas partidas, que segun estoy algo enten- " dido, no son por esas tierras menos necesarias. " Concédanoslas á todos Dios, y guarde á vues- " tra reverencia muchos años en su santo amor " y gracia. Mision de San Cárlos de Monterey " en el Carmelo, y agosto 18 de 1772.—B. L. " M. de vuestra reverencia afecto amigo, com- " pañero y siervo.—*Fray Junípero Serra.*"

Al mismo tiempo que el venerable padre me escribia esta carta, recibí yo las del excelentísimo señor virey y reverendo padre guardian del colegio, en que me daban noticia del concordato hecho con los reverendos padres domínicos para la entrega de la California antigua, y caminaban ya para Monterey los dos religiosos que me pedia para la mision de San Buenaventura, con quienes le tenia escrita aquella novedad, pidiéndole me diese noticia del número de religiosos que necesitaba, para que no se regresasen al colegio. Pero cuando llegó á San Diego la carta, ya el venerable siervo de Dios se habia embarcado para San Blas con el fin de pasar á Méjico á informar al excelentísimo señor virey, como diré adelante.

CAPITULO XXXII.

BAJA EL VENERABLE PADRE Á SAN DIEGO Y DE PASO FUNDA LA MISION DE SAN LUIS.

Viendo el venerable padre por las cartas de los capitanes de los barcos, que no podian subir á Monterey, y la falta de mulas que imposibilitaba conducir las cargas por tierra, tomó el trabajo de bajar á San Diego, para estrecharse allí con los señores marítimos, y de paso dar principio á la mision de San Luis obispo de Tolosa, y á la vuelta fundar la de San Buenaventura. Salió de Monterey con el comandante don Pedro Fajes, que iba al mismo fin, luego que se despachó el correo, y de camino visitó la mision de San Antonio. Alegróse mucho de ver ya en ella tan crecido número de cristianos, y se llevó al padre fray José Cavaller para el establecimiento de la mision de San Luis. Caminaron otras veinte leguas, y llegaron á la vista de la Cañada de los Osos, donde dije hicieron matanza de estos animales para matar la hambre que padecian las gentes, hallando desde luego en ella proporcionado sitio con buenas tierras de pan llevar y un cristalino arroyo que las fecundaba.

Formaron luego una grande cruz, que después de enarbolada la adoraron, y se tomó posesion del terreno. Dióse principio al establecimiento el dia 1º de setiembre de 72, diciendo misa bajo de una enramada nuestro venerable fray Junípero, quien saliendo de aquella mision el dia siguiente, segundo de setiembre, prosiguió su viaje para San Diego. Dejó en ella á dos indios californios para que ayudasen, y el señor comandante un cabo con cuatro soldados para escolta, prometiendo al padre que á la vuelta se la completaria hasta el número de diez hombres, porque necesitaba gente para la conduccion del ganado y recua de víveres; por cuya carestía le dejó solo para la mantencion del padre, los cinco soldados y los citados dos indios, dos arrobas de harina y tres almudes de trigo; y para que comprasen semillas de los indios gentiles le dejó un cajon de azúcar rojo, quedando muy contento el padre con tan limitado bastimento, poniendo toda su confianza en Dios, y con esto se despedieron.

Luego que empezaron su dilatado viaje los caminantes, dió providencia el padre misionero de San Luis para que los dos indios hiciesen el corte de la madera para la construccion de una pequeña capilla que sirviese de interina iglesia, y la respectiva vivienda para los padres. Lo mismo hicieron los soldados formando su cuartel y estacada para la defensa. Aunque por aquel paraje no habia ranchería alguna de gentiles, en breve tiempo ocurrieron á la novedad; y como quiera que ya habia comunicado cerca de tres meses á los soldados que estuvieran en la matanza de los osos, de que daban agradecidos las gracias por haberles quitado de su tierra tan fieros animales,

que habian matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenian ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allı dejé, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenia ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hácia el Poniente, de buen camino. y en aquella playa tienen los indios neófitos su sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir ínterin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patricios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision incomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un dia de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, a que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándoles las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demas misiones.

CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junípero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capítulo XXV, como porque concebia de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junípero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavía mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazon con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarlo, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avíos pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el dia 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecia en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitan y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las ciento y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenian de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad, se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paqubot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junípero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigia á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contratiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junípero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Perez á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Veíase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envió para Monterey con la recua de los víveres que remitia el comandonte Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el ánimo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar a la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de víveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junípero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demas auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acaecimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedia de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el dia siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pidiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hiciéronlo así, y después de cantada la misa, se juntaran los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junípero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se

sacrificaba, se embarcó en el expresado paquebot San Cárlos, que salió de San Diego el 20 de octubre, y despues de quince dias de navegacion dió fondo el 4 de noviembre en San Blas, sin haber experimentado novedad alguna en el viaje. Desembarcó en aquel puerto el venerable padre, y se halló con las novedades que demostrará el capítulo siguiente en la copia de la carta que insertaré, las cuales habria sabido en San Diego si se hubiera dilatado en salir algun corto tiempo, pues se las escribí por setiembre en carta que llevaron los padres que le enviaba para la mision de San Buenaventura, que llegaron á San Diego á pocos dias de haber salido de allí el barco.

CAPITULO XXXIV.

VIAJE DEL PADRE DE SAN BLAS Á MÉJICO, COPIA DE LA CARTA QUE ME ESCRIBIÓ DESDE TEPIC, Y SUCESOS DEL CAMINO.

Luego que el venerable padre Junípero se vió en tierra de cristianos, dejando su corazon en la de los gentiles de Monterey, se puso en camino de San Blas para Tepic, con el compañero que llevaba, que era un muchacho neófito de los primeros que bautizó en Monterey, el cual le sirvió de mucho, porque se llevó el indio las atenciones de todos, así por el camino como en Méjico y aun del mismo señor virey, que lo miraba como primicia de esta espiritual conquista. Llegó á Tepic, y habiendo parado en el hospicio de la Santa Cruz de la provincia de Jalisco, me escribió la siguiente carta:

"Viva Jesús, María y José.—Carísimo amigo " y mi señor: si vuestra reverencia ha recibido " la carta que encargué á los padres de San Die- " go escribiesen á vuestra reverencia por serme " imposible el escribir, ya sabrá de mi embar- " que, el que por la misericordia de Dios fué fe- " liz, pues á los quince dias de hecho á la vela, " dimos fondo en San Blas, y desembarcamos el " dia 4 del corriente. Entónces fué cuando tu- " ve la noticia de haber admitido la total renun- " cia de sus misiones. Llegado el dia 7 á este " hospicio de Tepic, donde hallé á los padres " Martinez é Imaz, pues los demás ya habian " salido para Méjico, supe que vuestra reveren- " cia me habia despachado correo para San Die- " go, el que llegaria poco despues de mi salida. " Díceme el padre Martinez que el reverendo " padre guardian, de veintitantos ministros que " todavía quedan en estas misiones antiguas, " ha destinado cuatro para las nuevas, y que " vuestra reverencia queria saber de mí si ne- " cesitaba mas.

"A lo que respondo: que me parece gran lás- " tima que se hayan de ir religiosos que están " ahora un paso para volver de tan lejos, multi- " plicando gastos y trabajo. El padre Cruzado " me tiene pedida licencia y le es muy debida " por lo que ha trabajado y no puede mas. El " padre Paterna, á puros ruegos mios puede que " continúe, si esto toma mejor aspecto; pero la " tiene tambien pedida. Yo tengo pedido ter- " cero ministro para Monterey, para poder yo " andar, porque son allá indispensables dos mi- " sas todos los dias festivos, una para la mision " y otra para el presidio. Creeré se alegrarán " en el colegio se funden las de San Buenaven- " tura, Santa Clara y la de nuestro padre San " Francisco, que con las providencias que espe- " ro lograr no ha de ser difícil. Por otra parte, " que en unas misiones de tanta distancia hubie- " se uno ú otro supernumerario, me parece fue- " ra muy conveniente.

"De todo lo cual, en resumidas cuentas, mi " parecer seria que de ocho á diez se subiesen " arriba hasta mi vuelta ó primera venida del " barco, que supuesto que la tornavuelta es fá- " cil como dé viento en popa, no se perderia mu- " cho. Pero dirán que la comida de tantos pue- " de dificultar mi propuesta; á lo que digo: que " ahora hay que comer, y que repartidos no les " ha de faltar; y espero en Dios que en mucho " menos de un año, que creo pueda tardar el " sucesivo socorro, no han de perecer.

"Tambien me dice el padre Martinez que " vuestra reverencia es uno de los que tienen " facultad de ir por el padre guardian, aunque " lo dejan á su eleccion. Si vuestra reverencia " determina que allá vivamos y muramos, me se- " rá de mucho consuelo; pero solo digo que " vuestra reverencia obre segun Dios le inspira- " re, que yo me conformo con la divina volun- " tad. Tambien digo: que mi propuesta del so- " bredicho número de ministros, es mi ánimo " que tenga efecto, si el tenor de la carta del " reverendo padre guardian está en términos de " alguna interpretacion con que tenga lugar; pe- " ro que si redondamente manda que vayan allá " cuatro, y que los demas se vuelvan al colegio, " ya no digo nada, sino que Dios lo remedie; y " en el ínterin hagamos la obediencia.

"Si hubiese tiempo de escribir lo dicho al pa- " dre guardian, tener respuesta y poderla poner " en manos de vuestra reverencia antes de la sa- " lida de los religiosos, fácilmente se componia " todo; pero no considero el caso dable. Yo sal- " go mañana con el favor de Dios, en seguimien- " to de mi camino. Me encomiendo á todos mis " carísimos hermanos conocidos y no conocidos; " y quedo rogando á Dios guarde á vuestra re- " verencia muchos años en su santo amor y gra- " cia. Hospicio de la Santa Cruz de Tepic, y no- " viembre 10 de 1772.—B. L. M. de vuestra re- " verencia afectísimo hermano, amigo y siervo " —Fray Junípero Serra.—Reverendo padre " lector y presidente fray Francisco Palou."

Parece que Dios nuestro Señor como dueño de esta su mística hacienda, atendia á los fervorosos anhelos de su diligente mayordomo, que con

tanta solicitud buscaba operarios para la espiritual labor; pues al mismo tiempo que recibí la copiada carta, llegó á mis manos otra del reverendo padre guardian, con fecha de 11 de noviembre, un dia despues de la que tenia la del venerable padre Junípero, en contestacion á la que por setiembre le habia escrito yo, proponiéndole lo mismo *in terminis* que por noviembre me dice el venerable padre, y solo le añadia que esperaba cuanto antes su respuesta, y en caso de que se verificase la entrega de las misiones, así lo practicaria, pues no dudaba lo diese su reverencia por bien hecho; á lo que me respondió con la citada fecha las siguientes palabras: "Apreció lo "dispuesto de la ida de los padres á Monterey; "solo temo si querrán dar sínodo para el del pre-"sidio." Y en vista de esta respuesta subí con otros siete, á mas de los que habia enviado; con lo que vió nuestro venerable padre cumplidos sus deseos de no detener fundacion alguna por falta de ministros.

Siguió el siervo de Dios su viaje para Méjico con el indio neófito de Monterey que llevaba de compañero, y al llegar á la ciudad de Guadalajara, ochenta leguas distante de San Blas y ciento y veinte de Méjico, enfermaron ambos de un fuerte tabardillo ó maligna fiebre, que obligándolos á recibir el sagrado Viático, los puso á peligro de muerte. No sentia tanto el venerable padre la suya como la del indio, por las resultas que podria haber en Monterey, pues no habian de creer sus parientes y compatriotas que habia sido natural la muerte, y para evitar los atrasos que por esto se seguirian, desde luego pedia con todas veras á Dios, como me lo contó varias ocasiones, por la salud del neófito, olvidándose de la suya. Por lo que pudiera sucederle en el camino, habia trabajado un papel de apuntes de todo lo que consideraba oportuno se pidiese á su excelencia, el cual despachó desde Tepic al reverendo padre guardian de nuestro colegio, por si moria en el camino; pero quiso Dios darle salud á su siervo fray Junípero, y al mismo tiempo al indio que lo acompañaba, y luego que medio se reforzaron continuaron su derrota.

Llegaron á la ciudad de Querétaro, que dista cuarenta leguas de la de Méjico; y habiendo posado en el colegio de la Santa Cruz, recayó el venerable padre con el mismo accidente. Retiróse luego á la enfermería, creyendo que entonces era evidente su muerte, como lo dijo al reverendo padre guardian del colegio, y despues me lo contó á mí; y á la tercera visita que le hizo uno de los médicos del colegio, lo mandó sacramentar. La tarde misma que habia de recibir el sagrado Viático fué al colegio por accidente otro de los médicos que no estaba entonces de semana; y habiendo sabido por un religioso que iban á sacramentar al padre presidente de Monterey, queriendo conocerlo entró á visitarlo, mas por curiosidad que por ordenarle medicina alguna, pues ni estaba de turno ni se habia llamado. Habló con el enfermo, y se informó de él, y tomándole el pulso dijo al enfermero: "¿Y á este pa-"dre van á sacramentar? Si así vamos, tambien "me pueden sacramentar á mí. Levántese, pa-"dre, que está bueno y no tiene nada: avisen "al padre guardian y no lo sacramenten." Ocurrió el prelado luego lleno de alegría al ver tan repentina salud, y repitió lo mismo: "Si no fue-"ra tan tarde, era ya hora de completas, que "concluidas se habia de administrar al venera-"ble padre el divino Sacramento, lo haria levan-"tar pues está bueno, pero mañana que se le-"vante, y despues de reforzado podrá continuar "su viaje." Así lo hizo, y llegó á Méjico el dia 6 de febrero de 1773, muy cansado, desfigurado y flaco.

CAPITULO XXXV.

FAVORABLES PROVIDENCIAS QUE CONSIGUIÓ DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY PARA LA ESPIRITUAL CONQUISTA.

Tan importante fué la ida de nuestro venerable padre presidente á Méjico, que si no emprende tan penoso viaje, estaba en evidente peligro de desampararse lo conquistado, porque como recien entrado en el gobierno el excelentísimo señor bailío frey don Antonio María de Bucareli, se hallaba sin instruccion de lo que era esta conquista, y que dependia su subsistencia del departamento de San Blas, para socorrer por mar estos establecimientos, por no haber otra proporcion, y que todavía no se hallaba entonces razon alguna en el palacio ni del puerto ni de los barcos, siendo el mes de febrero cuando por este tiempo navegaban ya en los años anteriores los barcos para estos puertos; y antes se trataba de desamparar y despoblar el de San Blas.

Decian unos á su excelencia que con entregar al habilitado de la compañía del presidio de Monterey el situado de la tropa y al síndico del colegio los sínodos de los misioneros, ya no habia mas que hacer. Y otros mas piadosos haciéndose cargo de que estos nuevos establecimientos no podian tener comunicacion para proveerse de ropas y víveres sino por mar, decian, que para esto no era necesario el departamento de San Blas: que se podian conducir con recuas hasta las provincias de Sinaloa y puerto de Guaimas, como quinientas leguas de Méjico, y de aquel puerto, decia el proyectista, que con lanchas, que no las hay, se podria trasportar la carga por el golfo hasta la bahía de San Luis, cerca de doscientas leguas; y últimamente de allí con mulas se podria llevar hasta Monterey, que es distancia de trescientas leguas, pobladas casi todas de gentiles. Con que tenian que caminar las cargas de vestuario y víveres ochocientas leguas por tierra y cerca de doscientas por mar, para cuyos fletes

solo era necesario todo el sínodo y situado, y dos años para un viaje, cuando no se perdiesen en el camino. En este estado halló mi venerable fray Junípero el punto de provisiones para estos nuevos establecimientos.

Enterado de todo y tomada la bendicion del reverendo padre guardian del colegio, se fué á tratar con su excelencia este asunto; y habiendo sido recibido con afectuosas expresiones, hizo una relacion general del motivo de su ida, á que le respondió el excelentísimo señor virey que haria cuanto pudiese en beneficio de aquella conquista, y así que por escrito asentase cuantos puntos considerara oportunos para el bien de ella, así en lo espiritual como en lo temporal. Respondióle el venerable padre que lo haria, pero que no podia menos que suplicar de pronto que se dispusiese la remision de víveres cuanto antes, porque si no iba socorro de San Blas, no habia por donde pudiese ir. Al oir esto su excelencia le encargó pusiese por escrito las razones por qué consideraba necesaria la subsistencia del departamento, pues se trataba de despoblar aquel puerto. Con esta primera visita ya empezó á conseguir las favorables providencias que deseaba nuestro venerable padre. En cuanto se retiró para el colegio á poner los informes pedidos por su excelencia, mandó este señor precisa órden á San Blas para que se acabase de construir la fragata que estaba comenzada y mandada suspender su formacion, como asimismo para que se aprontase un paquebot, y que cargado de víveres saliese á toda diligencia para Monterey.

Así se practicó saliendo el San Cárlos al mando del capitan don Juan Perez; pero tuvo la desgracia de los malos tiempos, que no dejándolo salir del golfo, lo hicieron arribar á Loreto con el timon descompuesto, y por esta causa imposibilitado de hacer viaje. Descargó allí los bastimentos, y por no haber forma ni medios para conducirlos se originó la mayor hambre que se ha padecido en aquellas tierras, pues en los ocho meses que duró fué la leche el maná de todos, desde el comandante y padres hasta el menor individuo, de la cual fuí participante como los demás; pero gracias á Dios todos con salud.

Llevó el venerable padre Junípero el papel pedido por su excelencia con las razones convincentes para que subsistiese el departamento de San Blas, y fué tan á satisfaccion de aquel señor excelentísimo, que despachó el mismo original á la corte y resultó la real órden para la conservacion del citado puerto, y que se le diese todo fomento, como asimismo que su majestad mandase de los departamentos de España siete oficiales de marina, tenientes de navío y de fragata y alférez, como tambien pilotos de armada, cirujanos y capellanes, así para los viajes como para administrar á los del departamento.

Conseguido de su excelencia por de pronto la subsistencia del departamento de San Blas y la remesa de víveres para estos establecimientos, se puso el venerable padre Junípero á trabajar el otro informe para las providencias correspondientes á la conquista y extension de nuestra santa fe católica. Este lo redujo á treinta y dos puntos, poniendo en cada uno de ellos las razones con que probaba la necesidad de la providencia y la utilidad que de ella se seguiria. Entregó esta extendida representacion en mano propia de su excelencia, diciéndole de palabra las siguientes razones: "Señor excelentísimo, pongo en manos " de vuecencia esta representacion, por la cual ve- " rá que cuanto digo es la verdad pura, y cuanto " expongo me parece que en conciencia lo debo " decir, porque lo considero muy preciso y nece- " sario para que se consiga el fin que tiene su " majestad en erogar tan crecidos gastos, que es " la conversion de las muchas almas que por ca- " recer de conocimiento de nuestra santa fe ca- " tólica, gimen bajo la tirana esclavitud del ene- " migo, y con estos medios y providencias me " parece fácil conseguirla. Espero que vuestra " excelencia la leerá y determinará lo que juz- " gare justo y conveniente, lo cual podrá hacer " con el seguro de que tengo que volverme y de- " seo ejecutarlo cuanto antes, ahora consiga lo " que pido, en cuyo caso me volveré contento, " y si no lo consigo iré algo triste pero siempre " muy conforme á la voluntad de Dios."

De tal manera edificó á su excelencia tan humilde resignacion, que desde luego se constituyó juez, abogado y patrono de la causa. Mandó celebrar junta de guerra y real hacienda, que presidió el mismo señor excelentísimo; y habiéndose visto y examinado por todos los señores de ella punto por punto la representacion, votaron todos á favor de la conquista, concediendo mucho mas de lo que pedia el venerable padre. Mandó se formara un reglamento que sirviese de norma para el gobierno que debia observarse, y evitar por este medio las novedades que se suelen experimentar por las mutaciones de comandantes, pues gobierna cada uno segun su genio. Aumentóse la tropa, se fundó presidio en San Diego de pronto, y después otro en este puerto de nuestro padre San Francisco, y últimamente otro en la canal de Santa Bárbara. Púsose en órden el modo de proveer á la tropa de víveres y ropas; mandó retirar la de á pié de los voluntarios de Cataluña, y que toda en adelante fuese de cuera, como tambien el capitan comandante, por ser esta tropa la mejor para conquistar gentiles.

Para fomento de las misiones, así fundadas como por fundar, dispuso en el reglamento que á cada una se le diesen seis mozos para sirvientes, pagándoles sueldo y racion de cuenta del real erario por el tiempo de cinco años, así para las obras precisas que se ofrecen en una mision como para el laborío de tierras, á fin de que á su ejemplo aprendiesen, se aplicasen y civilizasen los

neófitos, y otras muchas providencias muy favorables y conducentes á la espiritual conquista, á mas de una gran limosna de maíz, frijol, harina, ropas, etc., que importó mas de doce mil pesos, y cien mulas que mandó se repartiesen entre las misiones.

Para evitar que esta nueva y remotísima provincia volviese en lo sucesivo á padecer necesidades por desgracia accidental de los barcos, consultó su excelencia al venerable padre presidente si convendria descubrir paso por el rio Colorado, para que pudiese esta provincia comunicar por tierra con las de Sonora, Sinaloa y demas de la Nueva España, á fin de que en caso de pérdida de barcos hubiese recurso por tierra para algun socorro.

En vista del billete de consulta de su excelencia, le respondió nuestro venerable fray Junípero, tambien por escrito, que le parecia convenientísimo, como tambien si fuese dable, que se practicara lo mismo con las provincias de Nuevo Méjico ó del Sur, y no bajando de altura del dicho, darian luego con el puerto de Monterey.

Luego que el excelentisimo señor virey vió aprobado su pensamiento por nuestro venerable padre, despachó órden al capitan del presidio de Tubac, de las fronteras de Sonora, nombrado don Juan Bautista Anza, para que con la tropa y víveres necesarios saliese de expedicion á abrir camino desde su presidio hasta el de Monterey, pasando los dos rios Gila y Colorado. Así lo ejecutó, lográndose felizmente la expedicion, como diré adelante.

Con la frecuente comunicacion y largas conversaciones que su excelencia tuvo con el fervoroso fray Junípero en los siete meses que este se mantuvo en Méjico, se le pagó en gran manera el religioso celo de la conversion de las almas y extension de nuestra católica fe y dominios de nuestro soberano; de modo que ya no se le saciaba la sed que le habia causado el continuo trato de tan dulce asunto con el venerable padre acerca de conseguir la reduccion de los gentiles que se habian hallado en el espacioso tramo de trescientas leguas de costas que descubrieron las expediciones; y deseaba saber si mas arriba de lo descubierto estaria poblado de gentilidad, para establecer tambien allí espirituales conquistas. Propúsolo al venerable padre, diciéndole que deseaba hacer una expedicion marítima para que se registrase la costa, á fin de ver si estaba poblada y si se encontraba algun puerto para nuevos establecimientos; pero que lo detenia por ahora la falta de embarcacion y de sugetos al propósito.

Al oir esto el venerable padre Junípero, que estaba hidrópico en estos asuntos, pues jamas se le mitigó la sed que padecia en punto de la extension de la cristiandad ni se le proponia dificultad alguna, no solo le alabó el pensamiento, sino que todo se lo facilitó, diciéndole que en la fragata que habia mandado acabar y con el capitan don Juan Perez, tenia su excelencia lo que necesitaba para el desempeño, saliendo de Monterey luego que dejara los víveres y avíos. Era tal el concepto que tenia formado su excelencia del venerable fray Junipero, que sin mas consulta que el parecer de su reverencia, dió las correspondientes órdenes para la citada expedicion, la cual tuvo su feliz éxito que diré en su lugar.

CAPITULO XXXVI.

SALE DE MÉJICO PARA SAN BLAS Y SE EMBARCA PARA ESTAS MISIONES DE MONTEREY.

Luego que el venerable padre Junípero se vió con tan favorables providencias y con tanto socorro (limosna del excelentísimo señor virey) no solo para mantener y vestir á sus hijos neófitos, sino tambien para aumentar el número de ellos, no veia las horas de ponerse en camino, sin reparar en su avanzada edad ni en el habitual accidente del pié, que parece no se acordaba de él, pues no trató de ponerse en cura con tan buena ocasion, sino de ponerse en camino, como lo hizo, por el mes de setiembre de 1773 en compañía del padre lector fray Pablo Mugartegui, de la provincia de Cantabria, que le señaló el reverendo padre guardian y venerable discretorio, alegrándose mucho de ello vuestro venerable siervo de Dios, así por tener compañero en tan dilatado viaje, como porque con este se añadia un operario mas en la viña del Señor. Quiso despedirse de la comunidad en refectorio, suplicando al reverendo padre guardian le permitiese el besar los piés á todos los religiosos, como lo hizo, y pidiéndole la bendicion y á todos que le perdonasen el mal ejemplo que les hubiese dado, y que lo encomendasen á Dios, porque ya no le verian mas. Enterneció á todos de tal suerte, que les hizo saltar copiosas lágrimas, quedando edificados desde luego de su grande humildad y fervor para emprender un viaje tan dilatado, estando en una edad tan crecida y con la salud tan quebrantada que casi no se podia tener en pié, recelándose todos no muriese en el camino. Pero poniendo el fervoroso padre toda la confianza en Dios, emprendió su viaje de doscientas leguas por tierra y llegaron sin novedad á Tepic, donde hubieron de demorarse hasta enero del siguiente año, por no estar cargados los barcos en disposicion de salir, pues los estaban cargando. Encargó luego al venerable fray Junípero pusiesen en la nueva fragata que iba para Monterey, los avíos pertenecientes á las misiones del Norte, y en el paquebot San Antonio, que salia para San Diego, todo lo que correspondia á las otras, y que la grande limosna de su excelencia se repartiese en ambas embarcaciones. Dispúsose la salida y se embarcó con el religioso que lo acompañaba el dia 24 de enero de 1774, en la nueva fragata nombrada Santiago la Nueva Galicia.

Al ir á embarcarse el venerable padre no faltó quien le dijera: "Padre presidente, ya se cumplió la profecía que vuestra reverencia nos echó cuando vino de Monterey, diciéndonos que cuanto antes acabásemos esta fragata, pues se habia de volver en ella á aquel puerto: entonces nos reíamos, porque no se pensaba sino en quemarla para aprovechar el hierro, supuesto que se iba á despoblar el puerto; pero vemos ahora verificado su vaticinio y que se va en la fragata. Dios lleve á vuestra reverencia con bien y le dé feliz viaje." Sonrióse el siervo de Dios con su religiosa modestia, y procuró desvanecerle el pensamiento diciéndole: "Los grandes deseos que tenia de ver un grande barco que pudiese llevar mucho que comer para aquellos pobres, me hicieron pronunciar lo que dije; pero supuesto que ya Dios me los ha cumplido, démosle muchas gracias, y yo se las doy tambien á usted y á los demás que han trabajado con tanto afan en beneficio de los pobrecitos de Monterey."

Hízose á la vela la fragata el citado dia 24 de enero, y aunque la navegacion era en derechura para Monterey, un casual accidente los hizo arribar al puerto de San Diego el dia 13 de marzo, que dió fondo en dicho puerto, habiendo sido la navegacion de cuarenta y nueve dias y con toda felicidad. Aunque el venerable padre deseaba vivamente llegar cuanto antes á su mision de San Cárlos, no dejó de alegrarse de haber arribado á San Diego, por socorrer prontamente la de aquel puerto y la de San Gabriel, que se hallaban, como todas las demás, en gravísima necesidad, la que habiendo cesado desde el mismo dia que llegó el barco, no se ha vuelto á experimentar mas, gracias á Dios. Dejo á la consideracion del atento lector el júbilo y contento que tendria el venerable padre al ver á sus súbditos con salud y alegría en medio de tantos trabajos y necesidades que habian padecido, y se le aumentó el gozo cuando vió tan crecido el número de neófitos, á quienes regaló como á hijos, expresándole ellos el afecto que le profesaban, y mucho mas los padres, admirándose de verlo mas robusto y remozado que cuando se fué.

No obstante de que con mas comodidad podia subir á Monterey por mar con la misma fragata, eligió caminar las ciento y setenta leguas por tierra poblada de gentiles, solo por dar un estrecho abrazo á todos sus súbditos y visitar las misiones en que estaban repartidos, y darles asimismo las gracias de que no las hubiesen desamparado, sino antes bien permanecido constantes en medio de tantas escaseces que por tan largo tiempo los habian afligido; pero con el gusto que el venerable padre tuvo en cada mision al ver aumentado el número de cristianos, se le hizo muy ligero el viaje.

Tuvo tambien el gozo de encontrarse en el camino con el capitan de la Sonora D. Juan Bautista de Anza, que bajaba de Monterey en cumplimiento del encargo del excelentísimo señor virey de abrir camino desde Sonora á Monterey, que, ya queda expresado en el capítulo antecedente, y le comunicó á su reverencia cómo habia cumplido el encargo de su excelencia, quedando descubierto el paso para la comunicacion con las provincias de Sonora, causándole mucha alegría; aunque al referirle las necesidades con que nos habia hallado en el citado Monterey, pues ni aun siquiera una tablilla de chocolate para que se desayunase habíamos tenido que regalarle, reduciéndose todo el alimento á sola leche y yerbas, sin pan ni otra ninguna cosa, se le saltaron las lágrimas, y procuró apresurar el paso para llegar cuanto antes con algun socorro, ínterin llegaba la fragata que habia salido de San Diego el dia 6 de abril, al mismo tiempo que el venerable padre, la cual arribó á Monterey el 9 de mayo, y su reverencia el dia 11 del mismo, con cuyo motivo fué general la alegría y contento de todos por el socorro tan grande y favorables providencias que trajo para esta espiritual conquista, quedando de una vez desterrada la cruelísima hambre que se padecia en estas poblaciones; y teniendo ya entre nosotros á nuestro venerable prelado, que con su ejemplo y fervor nos encendia y animaba para trabajar con gusto en esta viña del Señor.

CAPITULO XXXVII.

SALE LA FRAGATA Á LA EXPEDICION DEL REGISTRO DE LA COSTA, Y ENVIA DOS PADRES MISIONEROS Á LA EXPEDICION; HÁCESE SEGUNDA PARA LO MISMO.

Queda ya insinuado en el capítulo XXXV los deseos que en el noble y religioso corazon de su excelencia engendraron las conversaciones del venerable padre sobre la conversion de los gentiles, que no contentándose con lo limitado de lo descubierto en Monterey, anhelaba se propagase la fe católica mucho mas allá, si se encontrase poblado; y para adquirir alguna noticia determinó que la fragata Santiago, al mando de su capitan D. Juan Perez, luego que hiciese en Monterey el desembarque de los víveres que conducia, saliese al registro de la costa hasta la altura que pudiese y le diera lugar la estacion del tiempo, para estar de vuelta en Monterey por el equinoccio. Insinuó su excelencia al venerable padre los deseos que tenia de que fuese algun misionero á la citada expedicion, confiado en la promesa que hizo Dios á nuestro santo padre san Francisco (que tenia muy presente y no olvidaba su excelencia desde que la oyó al venerable fray Junípero) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se convertirian á nuestra santa fe.

Para cumplir estos piadosos deseos y buena intencion de su excelencia, envió á los dos mi-

sioneros fray Juan Crespi y fray Tomás de la Peña Saravia, que gustosos se sacrificaron á un viaje tan peligroso como era la navegacion del registro de una costa no conocida ni mapeada, y de consiguiente en continuo peligro de dar en alguna isla, en bajos ó farallones y perderse sin remedio; pero confiados en Dios por el santo fin á que se dirigia, tomada la bendicion del prelado, se embarcaron el dia 11 de junio del año de 1774, que se hizo á la vela la fragata, y el 27 de agosto estuvo de vuelta, dando fondo en Monterey, sin mas novedad que traer algunos de la tripulacion accidentados de escorbuto.

Con este registro se consiguió en parte el deseo de su excelencia, pues subió la fragata la altura de 55 grados del Norte, en que hallaron una isla de tierra que se interna mucho á la mar, á la cual nombraron de Santa Margarita por haberse descubierto en el dia de esta santa, y desde dicha isla bajando hasta Monterey, registraron toda la costa, que hallaron limpia y con bastantes fondeaderos. Advirtieron que estaba toda poblada de gentilidad, aunque no saltaron á tierra, pues una vez que lo intentaron con el fin de enarbolar en ella el estandarte de la santa cruz, que tanto deseaba y encargaba su excelencia, no lo pudieron conseguir por haberse levantado un viento tan contrario y recio, que estuvo á peligro de perderse la lancha con los marineros.

Aunque como queda dicho no desembarcaron en tierra, pero lograron en muchas partes tratar con los gentiles de la costa, que con sus canoas de madera, bien formadas y bastantemente grandes, capaces de cargar crecido número de gente, se arrimaban á la fragata y subian á bordo á hacer cambalaches de bateitas de madera, bien labradas y buriladas; mantas bien tejidas de pelo, como lana, listadas de varios colores, muy vistosas, y petates ó esteras de cortezas de árbol de varios colores, tejidas como si fuesen de palma, como tambien sombreros de dicha materia de forma piramidal y de ala angosta, por pedazos de hierro, á que los vieron muy inclinados, como tambien con avalorios y otras chucherías.

Son indios afables, de buen talle y de buenos colores, andan cubiertos con cueros de animales y con mantas de las citadas, y algunos totalmente desnudos. Las mujeres honestamente cubiertas, son de buenos colores y bien parecidas, aunque las afea mucho el tener todas, aun las chiquitas, taladrado el labio inferior, del cual les cuelga una tablita, que con facilidad y con solo el movimiento del labio la levantan, tapando la boca y la nariz. Todas estas noticias escribieron á su excelencia, remitiéndole el venerable padre presidente el diario que formaron los padres, el cual remitió á la corte con mucha complacencia aquel señor excelentísimo.

EXPEDICION SEGUNDA.

No llenando aun todavía esto el espacioso campo de los deseos de su excelencia, dispuso se hiciese segunda expedicion, á fin de que se subiese á mayor altura y que se procurase registrar si se hallaba algun puerto, para que en él, en señal de posesion de nuestro católico monarca, se pusiese el estandarte de la santa cruz; y para conseguirlo á satisfacion de sus deseos, determinó fuese á mas de la fragata una goleta, para que facilitase el registro. Nombró para comandante de la expedicion y capitan de la fragata á don Bruno de Ezeta, teniente de navío de la real armada, y de su segundo á don Juan Perez, como que era tan práctico, y la goleta la encomendó á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos religiosos sacerdotes para ir á esta expedicion, y fueron nombrados los padres fray Miguel de la Campa y fray Benito Sierra.

Salió la expedicion del puerto de San Blas á mediados de marzo del año de 1775, experimentando al principio contrarios los vientos y corrientes, que la bajaron hasta el grado de 17, en cuya altura se hallaba el dia 10 de abril; pero mejorando el viento al siguiente 11, empezaron a subir y el 9 de junio se hallaron en la altura de 41 grados y 6 minutos. Se arrimaron á tierra para hacer aguada, y encontraron un razonable puerto, que tenia su resguardo para algunas embarcaciones. Saltaron a tierra, donde hallaron á los gentiles de las rancherías inmediatas muy amigos y afables, y el dia 11 de dicho mes se tomó posesion solemne con misa cantada y sermon, después de haber enarbolado una grande cruz; concluyendo la fiesta con el himno de *Te Deum laudamus*; y por ser el dia siguiente la Santísima Trinidad, se puso al puerto este inefable nombre. Hicieron su aguada y leña, ayudados de aquellos naturales gentiles, a quienes regalaron y dieron de comer en los ocho dias que permanecieron allí, y después salieron siguiendo el registro á vista de la tierra.

El dia 13 de julio, estando en la altura de 47 grados y 23 minutos, encontraron una grande y hermosa rada donde dieron fondo, y el dia siguiente fué la lancha con el comandante y uno de los padres á tierra y fijaron otra cruz en la playa, no pudiendo hacer con la mayor solemnidad la funcion por impedirlo la marejada y resaca. Salieron de allí siguiendo su viaje para la altura de los dos barcos en conserva hasta el dia 30 del citado julio, en que desapareció la goleta, y no la volvieron á ver hasta octubre en Monterey, que era el puerto y punto de reunion.

Viendo el comandante que la goleta no parecia, entró en cuidado de si se habria perdido ó vuelto atrás; pero no obstante, la fragata subió hasta los 49 grados y medio, adonde llegó el dia 11 de agosto; y mirando que la mayor parte de la tripulacion estaba accidentada de escorbuto, hizo junta de oficiales y se determinó bajar costeando en busca de la goleta y registrar los tra-

mos que á la subida no habian visto. Así lo practicaron y llegaron á Monterey el 29 de agosto, con la mayor parte de los marineros enfermos, aunque con el refresco que tomaron sanaron todos.

La goleta, que el dia 30 se halló sin la comandanta, siguió costa á costa, presumiendo que habia adelantado; y no pudiendo encontrarla, subió hasta el grado 58, y halló en esta altura un gran puerto, bueno y seguro, que desde luego llamaron de Nuestra Señora de los Remedios, del que tomaron posesion, y dejaron enarbolada en él una santa cruz, fijándola á vista de una ranchería de gentiles que estaba cerca de la playa; hicieron agua y leña y salieron de dicho puerto de Nuestra Señora de los Remedios.

Aunque forcejaron para subir á mas altura, no pudieron por los vientos contrarios y las corrientes, que en breve los bajaron á los 55 grados, poco mas arriba de la Punta de Santa Margarita, último término de la primera expedicion. Arrimáronse á tierra y hallaron un estrecho de como dos leguas de una punta á otra, y á la medianía una isla que llamaron de San Cárlos. Vieron que dentro internaba mucho la mar, que les hacia horizonte, y les pareció que si en la realidad hay paso del mar del Norte a este Pacífico, que con tanto empeño se buscaba por los ingleses, en ninguna parte mejor que en esta puede estar. En cuya atencion y á contemplacion del señor virey que los envió, nombráronle el Paso de Bucareli, que se halla en la altura de 55 grados cabales. Arrimáronse á una de las dos puntas y saltaron á tierra, y tomaron de ella posesion dejando enarbolada una grande cruz. Salieron del dicho Paso de Bucareli y fueron bajando arrimados siempre á la costa, mapeándola para formar sus cartas.

En 3 de octubre, vigilia de nuestro seráfico padre san Francisco, se hallaron cerca de la punta de Reyes, cuatro leguas mas al Norte, en donde hallaron un puerto y en él dieron fondo, y les pareció que á la entrada tenia barra. En cuanto dieron fondo se juntaron en la playa mas de doscientos gentiles de todas edades y sexos, todos muy contentos y placenteros, que de noche hicieron sus lumbradas. El dia siguiente, fiesta de nuestro padre San Francisco, se vió la goleta en evidente peligro de perderse, por haberse levantado una gran marejada que les metió muy adentro y les llevó la lanchita ó bote y lo hizo pedazos. Recelosos no sucediese lo propio con la goleta, levantaron la ancla, y dejándolo con el nombre de la Bodega, salieron de él y navegaron para Monterey, en donde dieron fondo el 7 de octubre, hallando fondeados en él la fragata, que no habian visto desde la noche del 29 de julio, y al paquebot San Carlos, que habia vuelto del registro que hizo de este puerto de nuestro padre San Francisco.

A los ocho dias de llegada la goleta fueron todos, desde el capitan hasta el último grumete, á la mision de San Cárlos á cumplir la promesa de confesar y comulgar en una misa cantada á nuestra Señora de Belen, que se venera en la iglesia de dicha mision, que pidió el capitan se cantase en accion de gracias por el feliz éxito de la expedicion, de la que dieron cuenta los señores marítimos al excelentísimo señor virey, y el reverendo padre presidente le escribió los parabienes, y le respondió con las expresiones que se verán en su carta, de la que es copia la siguiente que tengo á la vista su original.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

"Los nuevos descubrimientos hechos por los " buques del rey en esas costas, son el objeto de " la carta de vuestra reverencia de 12 de octubre " del año próximo pasado de 1775, y por ellos y " por el honor que me resulta, me da vuestra reverencia una enhorabuena que recibo con gusto, siendo tambien vuestra reverencia acreedor " á gracias por la disposicion dada para que celebraran ahí estas felicidades con la solemnidad " de que es capaz eso en el dia; y tengo la satisfaccion de que el celo de vuestra reverencia y " el de los demás padres ha de ser el mejor apoyo de la extension del Evangelio, á que se dirigen las piadosas intenciones de su majestad. " Dios guarde vuestra reverencia muchos años. " Méjico, 20 de enero de 1776.—El bailío frey " don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo "padre fray Junípero Serra."

CAPITULO XXXVIII.

EXPEDICION TERCERA PARA EL MISMO REGISTRO DE LA COSTA.

No quedó el fervoroso corazon de su excelencia sosegado ni satisfecho con las expediciones dichas, y proyectó la tercera con mas empeño y mayores prevenciones; y aunque esta no se hizo hasta el año de 79, me ha parecido adelantar la noticia de ella y de las antecedentes para quedar después mas desembarazado para seguir la relacion histórica de estos establecimientos y de las tareas apostólicas de mi venerable padre lector y presidente fray Junípero Serra.

En cuanto el excelentísimo señor Bucareli recibió la noticia con los diarios de la segunda expedicion, intentó con mas fervor repetir tercer registro, dando cuenta á la corte de lo descubierto y de la resolucion en que se hallaba. Interin venia la respuesta mandó construir una fragata al propósito para dicha expedicion, y envió al reino del Perú á un teniente de navio y á un piloto graduado de alférez para que en el puerto de Callao comprasen una fragata de cuenta del rey y la condujesen al puerto de San Blas: así se ejecutó todo, y viéndose con la aprobacion real y órden de su majestad, se hiciese tercera expe-

dicion á fin de descubrir el paso para la mar del Norte.

Mandó luego su excelencia aprontar las dos fragatas, la nueva, llamada la Princesa, de comandanta, y la limeña nombrada la Favorita, y que se les pusiese todo lo que se juzgase necesario y conveniente para el viaje de un año. Mandó asimismo proveerlas de tropa y marina para lo que se ofreciese. Nombró de comandante al teniente de navío don Ignacio Arteaga, y de subalternos otros dos tenientes y dos alféreces de marina y pilotos correspondientes. Pidió su excelencia a nuestro colegio dos misioneros para ir á la expedicion, que fueron los padres fray Juan Antonio Riobó y fray Matías Noriega. Salieron dichas fragatas del puerto de San Blas el dia 12 de febrero de 1779, y llevaron su práctico por haber muerto de muerte natural don Juan Perez en el mar, entre Monterey y San Blas, de regreso del viaje de la segunda expedicion.

Salieron con la órden de ir en conserva y de no apartarse sino por grande necesidad, y en tal caso señalasen punto de union, como lo hicieron señalando el Paso de Bucareli, á los 55 grados, para donde navegaron prósperamente y llegaron á él dia 3 de mayo, entraron á adentro y hallaron un grande archipiélago ó mar mediterráneo poblado de muchas islas. Mantuviéronse en él hasta el 1º de julio, gastando cuasi dos meses en el registro, y hallaron en él trece puertos á cual mejor y capaces para poder estar en cada uno una armada. No pudieron cerciorarse si por dentro se comunica por algun brazo con el mar del Norte, porque no hallaron por dicho rumbo término, y para poder hacer perfectamente este registro era necesario una expedicion que no tuviese otra atencion, como tenian, de subir al registro de cuanta altura pudiesen.

No obstante, en el tiempo que estuvieron en este archipiélago, levantaron plan y formaron sus mapas de cuanto habian registrado, fondeado y visto. Trataron con muchas naciones de gentiles que pueblan las islas y playas de tierra firme: son los indios corpulentos, bien formados y de buenos colores; tienen sus lanchas de madera, bien grandes, con las que navegan aquel mar y pescan. Consiguieron el comprarles tres muchachos y dos muchachas, que todos lograron el bautismo, como diré después. Concluido el registro de dicho puerto de puertos, que llamaron de Bucareli, á contemplacion del señor virey, salieron el 1° de julio para registrar la costa de la altura.

El dia 1.° de agosto se hallaron en la altura de 60°: un mes cabal tardaron para adelantar solo 5°, y no fué por falta de buen tiempo, sino por lo mucho que declina la costa al Noroeste. Hallaron en dicha altura un grande puerto y con todas las conveniencias que se puedan desear de seguridad de los vientos, de leña, lastre y agua, y muy abundante de pescado sano y muy sabroso, fácil de coger, de que hicieron grande prevencion y salaron bastante para el viaje. Salieron á tierra y tomaron posesion de ella y del puerto, que nombraron de Santiago. Fijaron en un alto una grande cruz, que la subieron en procesion cantando el himno *Vexilla Regis*, *etc.*

Habiendo reparado el comandante que este puerto tenia un brazo de mar que se interna mucho hácia el Norte, mandó se dispusiese una lancha armada en guerra, con un oficial y piloto y con tropa para que se registrase. Hízose así, y habiendo navegado hácia al Norte algunos dias, vieron venir á ellos dos lanchones grandes llenos de gentiles, que cada uno de ellos traia mas gente que la de los nuestros. Manifestáronse de paz, regalando á los nuestros con pescado y otras cositas de las suyas, y los nuestros correspondieron con avalorios, espejos y otras chucherías que estimaron mucho, y despidiéndose siguieron su viaje.

El oficial y piloto que iba en la lancha de los nuestros, viendo esto y que habiéndose internado tanto que ya se hallaba en mayor altura que el puerto en que estaban fondeadas las fragatas y que no se veia el término de dicho mar sino que se le hacia horizonte, no se atrevió á entrar mas adentro, receloso de lo que podia encontrar, sino que le pareció conveniente volver atrás y dar cuenta al señor comandante de lo que habia visto, como lo practicó.

Mientras estaba en dicho registro la lancha, trataron y comunicaron los de las fragatas con muchos gentiles, que con sus lanchas y canoas de varias figuras se les arrimaban y subian á bordo, los que procuraron regalar con comida y avalorios y correspondian ellos con pescado y algunas cosas de las suyas. Entre los muchos gentiles que fueron á bordo, repararon en uno que al parecer se distinguia entre los otros: advirtieron en él que no le causaba admiracion el ver la fragata como si estuviera hecho á ver barcos tan grandes. Preguntáronle si habia visto otra vez barcos grandes, y respondió por señas que sí, y señalando á un cerro alto que estaba apartado de la playa, dió á entender que detrás de aquel cerro habia muchos barcos. Por lo que sospecharon muchos que por allí estaria la factoría de los rusos que dicen tienen estos por aquella altura. Confirmábanse en esto por tener a la vista el volcán llamado por los rusos de San Elías, y aun eran muchos de sentir que aquel gentil, á quien no habia causado admiracion la vista de las fragatas, podria ser algun ruso en traje de indio enviado á registrar y observar.

Llegada la lancha del registro esperaban todos que mandaria el comandante entrasen las dos fragatas á registrar aquel brazo de mar; pero fué lo contrario, dando órden de que se siguiese el registro por la costa á la vista de tierra. Así lo practicaron, y en breve observaron que ya bajaban de altura y que la costa declinaba al Sur.

Hallándose en la altura de 59 grados mas bajo

que el puerto de Santiago, les sobrevino una tempestad de agua y neblina muy espesa que nada veian, sin saber cómo se hallaban; pusieron los barcos á la capa y así se mantuvieron por el espacio de veinticinco horas, que abrió un poco para que pudiesen ver el peligro en que se hallaban. Viéronse por todos lados cercados de islas, metidos en un archipiélago, y conociendo el evidente peligro en que se hallaban, mandó el comandante, que era muy devoto de nuestra Señora de Regla, que subiesen la imágen de nuestra Señora sobre el alcázar y que se le cantase la Salve: así se hizo con viva fe y esperanza en el patrocinio de nuestra Señora, y se logró abriese mas la neblina y que se divisase una gran bahía pegada á una isla, y mandó el comandante que arrimados á ella se diese fondo, como se logró con toda felicidad y se libraron del evidente peligro en que estaban. Registraron la bahía, que nombraron de Nuestra Señora de Regla, y hallaron varios fondeaderos. Saltaron á tierra y tomaron posesion de ella con las mismas ceremonias que queda dicho del puerto de Santiago. En este paraje no trataron con gentiles ni los vieron; solo á lo lejos divisaron lumbradas.

Viendo el señor comandante que eran ya muchos los enfermos, la estacion avanzada y que estaba cerca el equinoccio, no quiso se pasase adelante el registro, sino que dió por concluida la expedicion, dando órden á los pilotos para navegar á alguno de los puertos de estos establecimientos, á fin de curar los enfermos y resguardarse del equinoccio. Practicáronlo así y entraron á este puerto de nuestro padre San Francisco el 14 y 15 de setiembre, en el que se mantuvieron hasta últimos de octubre. Celebraron en esta mision la fiesta de gracias con misa cantada y sermon á nuestra Señora de los Remedios, cuya imágen, en lámina de bronce, grande, de buen pincel, tocada á la original de Méjico, adornada con su grande marco de plata de martillo y con su cristal, puesta en su nicho de cedro, regaló á esta iglesia don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, capitan de la fragata limeña nombrada Nuestra Señora de los Remedios, alias la Favorita, la que se colocó en el altar mayor, haciéndole la fiesta el dia 3 de octubre, con misa cantada y sermon, y el siguiente dia con la misma solemnidad y asistencia de toda la gente, celebramos la fiesta de nuestro padre san Francisco, patrono de la mision y del puerto, tambien con misa, sermon y procesion.

En el tiempo de mes y medio que se mantuvieron en este puerto, se curaron y sanaron todos los enfermos, y los señores pilotos dibujaron sus mapas de toda la costa y sus puertos. Tuve el gusto de bautizar á tres de los gentiles muchachos que ya dije consiguieron en el puerto de Bucareli; y los dos por mas grandecitos que necesitaban de instruccion y no entendian todavía la lengua, los reservaron para después de llegados á San Blas. Cuando ya se disponian para salir de este puerto para San Blas, llegó correo de tierra desde la antigua California con la funesta noticia de la muerte del excelentísimo señor virey frey don Antonio Bucareli, que fué para todos de mucha tristeza, para nosotros por haber perdido tan grande bienhechor y patrono de estos establecimientos. No dudo que en el cielo habrá recibido el premio de las muchas almas que se han logrado por el fomento que dió á estas espirituales conquistas. Fué tambien sentida de los señores marítimos, pues desde luego presumieron pararian las expediciones, y mas con la noticia de las guerras con el inglés, que llegó por el mismo correo. Así como lo recelaron así ha sucedido, pues han parado las expediciones.

Aunque en estas expediciones marítimas no trabajó personalmente el venerable padre fray Junípero, no pude menos que insertarlas en esta historia por ser ocasionadas de su trabajoso viaje á Méjico é influidas por su apostólico celo en el noble y religioso corazon de su excelencia dirigidas á extender la fe católica hasta las mas remotas regiones; confiado el dicho excelentísimo señor de conseguir este principal fin de las expediciones por medio del infatigable celo del venerable padre Junípero, como vimos en la carta inserta en el capítulo antecedente y lo veremos repetido en otra que le escribió con la misma fecha y en una posdata de letra del mismo señor, que dicen así:

COPIA DE LA CARTA DE SU EXCELENCIA.

"El informe de las misiones que vuestra reverencia pasó á mis manos con carta de 5 de febrero del año anterior me deja sumamente complacido por los efectos progresivos que se experimentan debidos al cuidadoso apostólico celo de vuestra reverencia y demás padres, de que he dado cuenta al rey, y quedo confiado de que continuando como hasta aquí, llegará tiempo de que su majestad pueda contar con unos establecimientos que hagan gloriosas sus reales piadosas intenciones por la propagacion de la fe en esas remotas tierras. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 20 de enero de 1775."

COPIA DE LA POSDATA.

"El puerto de la Trinidad descubierto por don Bruno Ezeta, nos convida á un establecimiento; y para no perder de vista este objeto que tanta extension puede dar al Evangelio, debemos consolidar estos establecimientos, y es á lo que espero contribuya el fervoroso celo de vuestra reverencia. Para podernos establecer en lo mas distante ya descubierto, es preciso que esas reducciones puedan subsistir por sí en lo correspondiente á víveres, y á eso espero

"se dedique el celo de los padre misioneros fo- "mentando las siembras y la cria de ganados. "El gasto de mantener la tropa para escolta, sin "embargo de ser de consideracion, no es lo que "me detiene, sino la dificultad de que se con- "duzcan desde San Blas tantos víveres, y las "contingencias que ofrece la navegacion.—El "bailío Frey don Antonio Bucareli y Ursúa.— "Reverendo padre fray Junípero Serra."

Si este fervoroso señor excelentísimo hubiese sobrevivido á la última expedicion, hubiera visto como vió el venerable padre Junípero tan aumentado el ganado vacuno, que habiendo dado á cada una de las misiones en su fundacion solo diez y ocho cabezas, en el último informe del año próximo pasado de 84 contaban ya entre todas las nueve misiones 5384 cabezas, y de ganado menor de lana 5629, y de pelo ó cabrío 4294, siendo así que de estas dos especies de ganados no se dieron para la fundacion que sino, de un corto número de borregas y cabras se logró este aumento, habiendo los misioneros solicitado de limosna el pié de dicho ganado menor. Asimismo vió el venerable padre fundador que dicho año que murió fueron las cosechas de trigo, maíz, cebada, frijol y demás legumbres: fué el total de todas las nueve misiones quince mil y ochocientas fanegas; con lo que tienen y han tenido estos últimos años, no solo para mantenerse por sí las misiones, sino que les sobró para proveer á la tropa. Si esta abundancia hubiera llegado á ver su excelencia como la llegó á ver el venerable padre fray Junípero, ¿quién duda que ya estaria la fe católica hasta el último término de lo descubierto, ó á lo menos estaria ya resonando el clarin evangélico por aquel archipiélago del famoso Puerto de Bucareli?

Pero ya que lo suspendió la sensible muerte de dicho fervoroso señor Bucareli, nos queda el consuelo de quedar descubierta tan abundante mies, como tambien de estar ya en el cielo las primicias de aquellas gentes, por los tres que de menor edad bauticé en esta mision y poco despues de llegados á San Blas murieron; y de los dos mas grandes que llevaron para bautizar en San Blas murió la muchacha poco después de bautizada; y no dudo que estas cuatro almas bienaventuradas pedirán á Dios por la conversion de sus compatriotas que gimen bajo el tirano yugo del enemigo, suplicando al Señor les envie operarios que les prediquen é impongan en la ley evangélica, para que logren como ellos las celestiales delicias por toda la eternidad.

He querido adelantar estas noticias para el curioso lector, á fin de que tenga una completa noticia así de estos establecimientos como de todas las expediciones hechas para la extension de la santa fe católica y de los dominios de nuestro católico monarca, y que enterado de ellas pueda leer la relacion de estos nuevos establecimientos y apostólicas tareas del venerable padre Junípero y sus compañeres, que se irán refiriendo en los siguientes capítulos.

CAPITULO XXXIX.

CONTINÚAN LAS APOSTÓLICAS TAREAS DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE DESPUÉS DE LLEGADO A SU MISION DE SAN CARLOS.

Á los pocos dias de haber llegado el venerable padre presidente á su mision de San Cárlos, que fué á mediados de mayo de 1774, entró en el presidio de Monterey el nuevo comandante don Fernando de Rivera y Moncada, capitan de tropa de cuera, que venia á remudar á don Pedro Fajes, capitan graduado y teniente de los voluntarios de Cataluña, como se habia determinado en junta de guerra y real hacienda, por ser la tropa de cuera mas á propósito para la reduccion de gentiles que la tropa de á pié, y venian subiendo los reclutas que traia de Cinaloa el dicho señor capitan Rivera. Luego que el fervoroso padre presidente se vió desahogado con la salida de la fragata para la primera expedicion y el Príncipe (que habiendo llegado el dia que salió la fragata y hecha la descarga bajó á San Diego á dejar la carga que allí pertenecia), hallándose ya el venerable padre sin los estorbos de antes, con abundancia de víveres y ropas, tendió la red entre los gentiles, convidándolos á la doctrina: fueron tantos los que concurrieron, que todos los dias tenia una grande rueda de catecúmenos á quien con la ayuda del intérprete instruia en la doctrina y misterios necesarios, en cuyo santo ejercicio empleaba una gran parte del dia; y así como iban quedando instruidos los bautizaba, y en breve fué en gran manera aumentando el número de cristianos: al paso que se bautizaban ocurrian otros pidiendo instruccion.

No quedaba sosegado con esto el ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero, ni con saber que se practicaba lo mismo en las otras cuatro misiones, sino que se extendian sus anhelos á la fundacion de otras, respecto á la abundancia de ministros, que habiendo subido de la antigua California estábamos como ociosos; y aunque veia que el nuevo reglamento disponia que se suspendiesen por entonces nuevas fundaciones hasta tanto que se verificase aumento de tropa, pero facilitaba sus designios la prevencion que se hace en el mismo reglamento: "*Salvo* que se "juzgase poderse fundar una ó dos misiones mi- "norando las escoltas de las misiones mas inme- "diatas á les presidios, juntos con algunos de "presidio que no hiciesen *notable falta.*"

En atencion á esta puerta que deja abierta el reglamento, intentó fundar una mision, á lo menos en el intermedio de San Diego y San Gabriel, bajo la advocacion de san Juan Capistrano. Trató este punto el venerable padre con el nuevo comandante don Fernando Rivera, quien convi-

niendo en ello, señaló para escolta cuatro soldados de los presidios y dos de las misiones inmediatas á ellos, San Cárlos y San Diego; y el venerable fray Junípero nombró para misioneros de ella á dos de los que habiamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á su excelencia, quien á mas de aprobarla quedó complacido de ella, segun lo manifiesta en las expresiones de su siguiente carta:

"Después de los acuerdos tenidos con el co-
" mandante de estos establecimientos don Fer-
" nando Rivera y Moncada, que vuestra reve-
" rencia refiere en carta de 17 de agosto del año
" próximo antecedente, me da vuestra reverencia
" la gustosa noticia de quedar resuelta, además de
" las dos misiones del puerto de San Francisco,
" otra con el título de San Juan Capistrano, en-
" tre San Diego y San Gabriel, para la cual que-
" daban nombrados los padres fray Fermin Fran-
" cisco Lazuen y fray Gregorio Amurrio, á quie-
" nes se dió la escolta necesaria y franqueó cuanto
" contiene la memoria de que vuestra reverencia
" me saca copia.

"Todas estas noticias acrecentan mi gusto y
" hacen patente el infatigable desvelo con que
" vuestra reverencia se dedica á la felicidad de
" esos establecimientos. Dios protege visible-
" mente tan buen servicio y las intenciones con
" que el rey eroga estos gastos, pues al paso que
" se aumentan las misiones y crece el número de
" neófitos, va la tierra dispensándoles copiosas
" cosechas de frutos para su alimento, y serán
" mayores las sucesivas, segun lo que vuestra
" reverencia manifiesta en su citada carta, con la
" que quedo muy complacido.

"Dios guarde, etc."

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos misioneros nombrados con los avíos y escolta que se destinó, y llegados á la mision de San Gabriel quedó en ella el padre fray Gregorio Amurrio, con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso, y el padre fray Fermin Lazuen pasó á San Diego para salir con el teniente comandante de aquel presidio, á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio á propósito para el establecimiento, se regresaron al presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de octubre el citado padre Lazuen, el teniente, sargento y soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande cruz, que bendita y adorada de todos enarbolaron, y en el altar que se dispuso dijo el padre Lazuen la primera misa. El dia 30 de octubre, octava de san Juan Capistrano, patrono de la nueva mision, concurrieron muchos gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy oficiosos ayudaron á cortar madera y acarrearla para la fábrica de capilla y casa.

Cuando estaban en estas faenas parando ya los palos para la fábrica, llegó á los ocho dias de principiada la mision el padre fray Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le enviaron, salió de San Gabriel; y cuando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la mision por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo dia un correo de San Diego con la triste noticia de haber los gentiles pegado fuego á la mision y quitado la vida á uno de sus ministros. Luego que recibió el teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el sargento y parte de los soldados, y á toda prisa se puso en el presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los padres hiciesen lo mismo con parte de los soldados que dejó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demás de carga se encaminaron para el presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el capítulo siguiente, que es segun y como lo escribieron los padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los indios, así cristianos como gentiles, ante el comandante del presidio.

CAPITULO XL.

MUERTE DEL VENERABLE PADRE FRAY LUIS JAIME, Y DE LO ACAECIDO EN SU MISION DE SAN DIEGO.

Hallábanse por el mes de novembre del año de 1775 administrando con grande júbilo de sus almas la mision de San Diego el venerable padre lector fray Luis Jaime, hijo de la santa provincia de Mallorca, y el padre predicador fray Vicente Fuster, de la de Aragon, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producia ya aquella viña del Señor encomendada por el prelado á sus reverencias; de tal suerte que con sesenta gentiles que habian bautizado el dia 3 de octubre inmediato, vigilia de nuestro padre san Francisco, y los muchos que habian recibido el santo bautismo antes, se formaba un numeroso pueblo, el cual habian mudado el año anterior á la Cañada del rio ó arroyo que vacía en aquel puerto, por ofrecer el terreno, que dista como dos leguas del presidio, mayores ventajas para el logro de sementeras y cosechas de trigo y maíz para la manutencion de los neófitos, quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los padres y los cristianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediaciones del puerto se le iba acabando su partido de la gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera religion por medio del ardiente celo de aquellos ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y San Gabriel que desde luego harian

lo mismo con aquellos gentiles, de que él estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguia, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego, que habia sido la primera de estos establecimientos, y vengarse de los ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos neófitos de los anteriormente bautizados, que después de la fiesta de nuestro padre san Francisco, salieron á pasear por las rancherías de la Sierra, influyéndoles á que publicasen entre los gentiles de aquellos territorios la noticia de que los padres querian acabar con toda la gentilidad haciéndolos cristianos por fuerza, para lo cual daban por prueba los muchos que en un dia habian bautizado. Quedaban los que lo oian suspensos, creyéndolo unos y dudándolo otros, los cuales decian que los padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habian bautizado era porque ellos habian querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniéndolos el enemigo así dispuestos, les engendró la pasion de ira contra los padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la mision para acabar con todo. Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa; convidándose unos á otros para el hecho, aunque muchos de las rancherías no convinieron diciendo que ni los padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese cristiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el sargento con soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al rio Colorado; y en ninguna de cuantas rancherías transitaron con este fin, advirtieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil indios, muchos de ellos entre sí no conocidos ni jamás vistos, sino convidados de otros muchos de ellos, los cuales pactaron el dividirse en otros dos trozos para caer uno á la mision y otro al presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesen arder la mision prendiesen fuego al presidio y matasen á toda la gente, y que los destinados para la mision harian lo mismo. Así pactados y bien armados de flechas y macanas, se encaminaron á poner en ejecucion su depravado designio.

Llegaron á la cañada del rio de San Diego la noche del dia 4 de noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los neófitos de la mision, y se pusieron en cada uno de ellos unos gentiles armados para no dejarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte, y se fué el mayor golpe de ellos á la iglesia y sacristía á hurtar las ropas, ornamentos y demás que quisieron; y otros con tizones de la lumbrada que tenian en el cuartel los soldados, que se reducian á tres y un cabo, que segun parece estaban todos durmiendo, empezaron á pegar fuego al cuartel y á todas las piezas: con esto y los funestos alaridos de los gentiles dispertaron todos.

Pusiéronse los soldados á la arma cuando ya los indios habian empezado á descargar flechas, los padres dormian en distintos cuartos: salió el padre fray Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del teniente comandante del presidio: en otro cuarto vivian herrero y carpintero de la mision y el carpintero del presidio que habia pasado á la mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el afecto tan heróico de verdadero católico que practicó, como diré luego.

El padre fray Luis, que dormia en otro cuartito, al ruido de los alaridos y del fuego salió, y viendo un gran peloton de indios, se arrimó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutacion: *amar á Dios, hijos;* y conociendo que era el padre lo agarraron como lobos á un corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: llevándolo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues después de muerto le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que desde los piés hasta la cabeza no le quedó parte sana mas que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos que no habia obrado mal para que le quitasen la vida con tanta crueldad, sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daria su vida y derramaria su sangre inocente para regar aquella mística viña, que con tantos afanes habia cultivado y aumentado con tanto número de almas que bautizó: confiado en que por medio de este riego se cogerian con mas abundancia zazonados frutos, como así en breve se experimentó, viniendo después muchos á pedir el sagrado bautismo. Hasta rancherías enteras de mucho gentío y bien distantes del puerto ocurrieron á la mision pidiendo el ser bautizados, aumentándose en gran número los neófitos.

Al mismo tiempo que los gentiles con grande gritería iban llevando al venerable padre fray Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro

cuarto en que dormian los carpinteros y herrero, que al ruido dispertaron: iba á salir el herrero con una espada en la mano y al salir del cuarto le dispararon tan cruel flechazo, que quedó muerto. Viendo esto el carpintero de la mision, cogió una escopeta cargada, la disparó y tumbó á uno de los gentiles que estaban cerca de la puerta, y retirándose asombrados y temerosos, pudo ir á juntarse con los soldados. Al otro carpintero del presidio llamado Urselino, que estaba en cama enfermo, lo flecharon, hiriéndolo de muerte, y en cuanto se sintió herido, dijo: *¡Ah indio que me has muestro! Dios te lo perdone.*

El mayor golpe de los gentiles se ocuparon en guerrear con los soldados que estaban en la casita que servia de cuartel, en cuya pieza se hallaban el padre fray Vicente Fuster, los dos muchachos arriba dichos, el carpintero que no estaba herido, y el cabo con los tres soldados; y á los gentiles en breve se les agregó toda aquella chusma de gentiles que habian ido para el presidio, que no se atrevieron á llegar, porque mucho antes de llegar á él vieron que ardia la mision; y dando por supuesto que tambien lo verian los del presidio y que estarian prontos á defenderse y que enviaran á la mision socorro de gente, se volvieron atrás á unirse con los que estaban en la mision; por lo que se libertó el presidio, que sin duda estarian durmiendo, pues ni vieron el grande fuego que ardia en toda la mision ni oyeron tiro de tantos que se dispararon, siendo así que se oye el tiro del alba.

En cuanto llegaron al sitio de la mision los gentiles que habian ido al presidio, que supieron habian ya matado á uno de los padres, preguntando cuál de los dos, luego que les dijeron el rezador, así llamado el padre fray Luis, celebraron con mucha alegría la noticia, y en el mismo sitio celebraron la muerte con un gran baile á su usanza bárbara, y se juntaron con los demás para acabar con el otro padre y con toda la mision. El corto número de los soldados de la mision se supo defender de tanta multitud de gentiles con gran valor por el grande que tenia el cabo de escuadra, que no cesaba de gritar, con que amedrentaba á los gentiles, y de disparar matando á unos é hiriendo á otros. Viendo los enemigos la fuerte resistencia y el estrago que hacian los nuestros, valiéronse del fuego, pegando fuego al cuartel, que era de palizada, y los nuestros por no morir asados, salieron de él con todo valor, y se mudaron á un cuartito de adobes que servia de cocina, reduciéndose toda la fabrica y resguardo á tres paredes de adobe de poco mas de una vara de alto, sin mas techo que unas ramas que tenia puestas el cocinero para resguardarse del sol. Refugiados los nuestros en dicha cocina, hacian fuego continuo, defendiéndose de tanta multitud que los molestaba por el lado que estaba descubierto sin pared, por donde les tiraban, ya flechas, ya macanas.

Viendo el daño que por aquel portillo les hacian, se animaron á ir á la casa que se estaba abrasando á traer unos fardos y cajones para ponerlos de parapeto; pero en esta faena, que lograron hacer á satisfaccion para el resguardo, quedaron heridos dos de los soldados é imposibilitados por entonces á accion alguna; y solo quedó para la defensa el cabo con un soldado y carpintero. El cabo, que era de gran valor y buen tirador, mandó al soldado y carpintero que no hiciesen otra cosa que cargar y cebar escopetas, ocupándose él en solo tirar, con que mataba y heria á cuantos se le arrimaban.

Viendo los gentiles que las flechas ya no servian por el resguardo de los adobes que tenian los nuestros, pegaron fuego á las ramas que servian de techo; pero como eran pocas, no les obligó el fuego á desamparar el sitio: viéronse en peligro de que se pegase fuego á la pólvora, lo que hubiera sucedido á no tener la advertencia el padre fray Vicente de taparla talega con las faldas del hábito, sin atender al peligro á que se exponia. Viendo los indios que el fuego del techo no los hizo salir, tiraron á obligarles á la salida, echándoles adentro tizones encendidos y pedazos de adobe, que de uno de ellos quedó herido el padre, aunque por entonces no lo sintió mucho, pero sí después, aunque no fué cosa de cuidado. Así estuvieron peleando hasta la aurora, que su hermosa luz ahuyentó á los gentiles, que recelosos viniese gente del presidio, se marcharon llevándose los muertos y heridos, que no se supo sino en general que habian sido muchos, segun las declaraciones que se tomaron.

En cuanto amaneció el dia 5 de noviembre, que desapareció la gran multitud de gentiles, salieron de sus casitas los neófitos y fueron luego á ver al padre, que estaba en el fuerte de la cocina con el cabo y tres soldados, todos heridos, y el cabo aunque herido no quiso decir que lo estaba, para que no descaeciesen los demás. Los indios cristianos llorando refirieron al padre cómo los gentiles no los dejaron salir de sus casas, ni gritar, amenazándoles de muerte si se meneaban. Preguntóles por el padre fray Luis, que toda la noche lo habia tenido con cuidado por no haber sabido de él, aunque los soldados lo consolaban diciéndole que se habria metido dentro del sauzal: mandó á los indios lo buscasen, y despachó á un indio californio á avisar al presidio, y á los neófitos mandó apagasen el fuego de la troje para lograr algo del bastimento.

Hallaron los indios en el arroyo á su venerable padre fray Luis ya muerto, y tan desfigurado que apenas lo conocieron. Cargarónlo y llevaron con grande llanto para donde estaba el padre fray Vicente, quien al oir el llanto de los indios, le dió en el corazon lo que habia sucedido á su compañero: fué luego el padre hácia ellos y le pusieron á la vista á su amado compañero muerto y tan desfigurado que segun escribió al

reverendo padre presidente, estaba tan herido su cuerpo, que no tenia mas parte sana que las consagradas manos; pero que todo lo demás del cuerpo estaba golpeado y flechado, y la cara aplastada de los golpes de macana (porras de madera) ó de alguna piedra, y ensangrentado de piés á cabeza; que solo conoció ser su cuerpo por la blancura, que en pocas partes estaba sin sangre, que era el único vestido que cubria su cuerpo. Al ver el padre fray Vicente aquel espectáculo, quedó fuera de sí, hasta que el llanto de los neófitos, que tan de corazon amaban á su difunto padre, le hizo prorumpir en lágrimas.

En cuanto la pena y dolor dió lugar al padre fray Vicente para deliberar, dispuso se hiciesen unos tapestles para llevar á los dos difuntos cuerpos del venerable padre fray Luis y al herrero José Romero, y á los heridos, que fueron el cabo y los tres soldados y el carpintero Urselino. En cuanto recibieron la noticia en el presidio, se pusieron en camino para la mision, y con este auxilio se mudaron todos llevando en procesion á los difuntos para el presidio, dejando en la mision algunos neófitos para que apagasen la lumbre de la troje. Llegados al presidio se dió sepultura á los difuntos en la capilla del presidio y dieron mano á curar los heridos, que todos sanaron menos el carpintero Urselino, que murió el quinto dia. Este tuvo tiempo para prepararse y disponer sus cosas: tenia de su sueldo de algunos años que habia servido bastante alcance en el real almacen; y no teniendo heredero forzoso, hizo testamento y dejó por herederos á los mismos indios que le quitaron la vida; accion tan ejemplar y heróica de verdadero discípulo de Jesucristo. Recibidos todos los santos sacramentos, entregó su alma al Criador.

El cabo que habia quedado mandando el presidio, despachó aviso al teniente, que se hallaba en la fundacion de San Juan Capistrano, quien luego que tuvo la noticia de lo acaecido se puso en camino para San Diego, y tras de él los padres. En cuanto estos llegaron al presidio, hicieron las honras al venerable padre difunto, y resolvieron mantenerse en el presidio hasta nueva órden del venerable padre presidente, á quien escribieron todo lo que queda expresado, que he sacado de las mismas cartas. Igualmente con acuerdo del comandante del presidio determinaron que los neófitos se mudasen arrimados al presidio por de pronto para evitar el peligro de que volviesen á darles los gentiles: asimismo mudaron el poco de maíz y trigo que libertaron del fuego; quedando todo lo demás de la iglesia y casa consumido por el fuego, salvo la ropa y alhajas que hurtaron.

El comandante del presidio dió luego sus providencias despachando partidas de soldados por las rancherías de los gentiles á explorar si se percibia otro atentado, como tambien de indagar los que habian concurrido: llevaron presos á muchos para las averiguaciones, y hallando que no amenazaba asalto al presidio, despachó correo á Monterey.

CAPITULO XLI.

LLEGA Á MONTEREY LA FUNESTA NOTICIA DE SAN DIEGO, Y LO QUE EN SU VISTA SE PRACTICÓ.

Llegó á Monterey el correo de San Diego con la noticia del martirio del venerable padre fray Luis Jaime y del incendio de la mision, y en cuanto el comandante Rivera recibió las cartas, que fué á entrada de noche del dia 13 de diciembre, enterado de lo sucedido, fué en persona á la mision de San Cárlos, en donde me hallaba, á dar la noticia y las cartas de los padres que se hallaban en San Diego al reverendo padre presidente, quien en cuanto oyó la novedad prorumpió en estas palabras: *Gracias á Dios ya se regó aquella tierra; ahora sí se conseguirá la reduccion de los dieguinos.* Mañana, prosiguió su reverencia, haremos las honras al difunto padre: convido á usted y á la gente del presidio; á lo que respondió no podia asistir porque iba á disponer su salida para San Diego; y diciéndole el padre que tambien él intentaba bajar á San Diego, le respondió que no podia ser el bajar juntos, por la mucha prisa que llevaba, por lo que importaba su presencia cuanto antes en San Diego para la seguridad de aquel presidio, hacer averiguaciones y dar cuenta á su excelencia, que en breve saldria otra partida de soldados para San Diego, y que con ellos podria bajar mas espacio su reverencia. Con esto se despidió y retiró para el presidio.

El siguiente dia dispuso el venerable padre presidente hacer las honras al difunto padre, las que hicimos con vigilia y misa cantada con asistencia de seis sacerdotes, el venerable padre presidente con su padre compañero y los cuatro que estábamos para las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, á las que asistieron todos los neófitos de la mision y la tropa de la escolta: aunque al juicio de todos los que conocimos al venerable padre difunto, que lo tratamos y experimentamos su religioso porte y fervoroso celo de la salvacion de las almas, no necesitaria que rogásemos á Dios, sino que mejor podriamos pedirle rogase á Dios por nosotros, pues piamente creiamos que su alma iria en derechura á recibir la corona de la gloria que tenia merecida por sus virtudes y laboriosa vida, anhelando por la conversion de todo aquel gentilismo. No obstante, por ser inexcrutables los juicios de Dios, dispuso el venerable padre presidente que le aplicase cada uno de los misioneros las veinte misas del concordato hecho por los misioneros de estas conquistas.

Ya que veia el venerable prelado que no podia prontamente bajar á San Diego, escribió á los

padres lo que debian practicar mientras bajaba su reverencia. Escribió al reverendo padre guardian dándole noticia de lo sucedido con las mismas cartas que recibió de los padres de San Juan Capistrano y de la de San Diego que quedó con vida. Asimismo escribió al excelentísimo señor virey comunicándole la noticia, añadiéndole que no por lo sucedido descaecian de ánimo los misioneros; antes bien los animaba envidiando la dichosa muerte que habia logrado el dichoso venerable hermano y compañero el padre fray Luis Jaime.

Que solo sentia su reverencia las resultas de dicho acaecimiento, así de los castigos que tal vez se intentarian con los pobres é ignorantes indios que hubiesen concurrido al hecho, como tambien el que se dilatase el volver á poner la mision de San Diego en el propio sitio, é igualmente sentiria se difiriese la fundacion de San Juan Capistrano; pero que esperaba de su experimentada clemencia que usaria de misericordia con los indios dieguinos que hubiesen concurrido á la muerte del difunto padre, que no dudaba fuese influjo del infernal enemigo y por falta de conocimiento; que juzgaba conduciria mucho el usar de misericordia para atraerlos á nuestra religion católica, tan piadosa y benigna.

Y que igualmente confiaba en el fervoroso y católico celo de su excelencia, que tomaria con mas fervor la reedificacion de la incendiada mision y la fundacion de la de San Capistrano, para que el enemigo no saliese con sus infernales intentos. Que lo dicho se podria conseguir y evitar semejantes atrasos, aumentando las escoltas de las misiones; que viendo los indios mas fuerzas para la defensa, se contendrian y se conseguiria con toda paz el intentado fin de su reduccion y eterna salvacion de sus almas. Estas cartas remitió su reverencia al presidio, suplicando al comandante que desde San Diego las despachase con sus pliegos á Méjico, ínterin lograba el bajar á San Diego, que mucho lo deseaba.

Salió de Monterey el comandante Rivera con tropa el dia 16 de diciembre, visitando de paso las dos misiones de San Antonio y San Luis; y aunque en ellas no halló novedad en los indios, añadió en cada una un soldado mas de escolta por lo que podia suceder; y siguiendo su viaje llegó á la de San Gabriel dia 3 de enero de 1776.

Quiso nuestro Dios y Señor de los ejércitos, que el dia siguiente 4 de enero llegase á aquella mision el teniente coronel don Juan Bautista de Anza, que venia de Sonora de órden de su excelencia, cruzando el rio Colorado, conduciendo la tropa y familias para poblar el puerto de nuestro padre San Francisco, de que hablaré después, con cuya llegada se vió el comandante Rivera con el socorro de cuarenta soldados con un oficial teniente capitan, y el comandante de la expedicion del señor Anza. Trataron los dos comandantes de lo sucedido en San Diego, y resolvieron de pasar ambos con la tropa, dejando en San Gabriel el teniente con algunos soldados y todos los pobladores agregados y arrieros con las recuas, á San Diego á pacificar y á prender las cabecillas. Así lo practicaron, y desde allí dieron cuenta á su excelencia, con cuyos pliegos fueron las cartas del venerable padre presidente. Y viendo que no habia necesidad de la tropa, determinaron los comandantes el que siguiese la expedicion para Monterey, y que solo quedasen doce soldados de los venidos de Sonora, para subir después con el comandante Rivera, y con todos los demás soldados se volvió el señor Anza para San Gabriel, y de allí subió para Monterey, como diré con mas extension en su lugar. Interin paso á referir, adelantando la noticia por el hilo de la historia, las eficaces providencias que dió el excelentísimo señor virey en cuanto recibió la noticia de lo acaecido en San Diego.

En cuanto su excelencia recibió las cartas de los comandantes, que le escribieron de San Diego lo sucedido en la mision y obrado por ellos, echó menos la carta del reverendo padre presidente; pero lo atribuia á la distancia de ciento setenta leguas que se hallaba su reverencia de San Diego, de donde salió el correo, aunque después vió no habia sido la causa sino el haberse adelantado unos dias á la carta del venerable padre presidente, que tenia la fecha dos meses antes que las de los comandantes; pero no obstante que dicho excelentísimo señor no habia recibido dicha carta, le escribió una consolatoria con la noticia de las providencias que tenia dadas, de cuya original saco esta

COPIA.

"No puedo expresar á vuestra reverencia el
" sentimiento con que me dejan los tristes su-
" cesos de la mision de San Diego, y la trágica
" muerte del padre maestro fray Luis Jaime, de
" que me han dado cuenta desde aquel presidio
" el comandante D. Fernando Rivera y Monca-
" da, y el teniente coronel D. Juan Bautista de
" Anza, los cuales hubieran sido mayores acaso,
" á no haber acaecido la oportuna llegada á San
" Gabriel de este oficial con las familias destina-
" das para Monterey.

"Las disposiciones que estos oficiales dieron
" entonces así para el seguro de San Diego, co-
" mo para la de San Gabriel y San Luis fueron
" prudentes, y las que debian dictarse con res-
" pecto á los daños futuros, y así se lo mani-
" fiesto al comandante Moncada. Este me da
" noticia de la aprehension de algunos de los sin-
" dicados en la maldad, y me hace confiar de
" volverlo á dejar todo pacífico con el escar-
" miento de los mas agresores, de que ya habia
" cogido alguno. Yo lo espero así; pero como

" este atentado me hace conocer lo poco que
" puede fiarse de los indios catequizados, cuanto
" mas de los gentiles, cuando unos y otros se
" unen á cometer daños; he dado órden á D.
" Felipe Neve, gobernador de la península, re-
" clute en ella, si fuere posible, veinticinco hom-
" bres que pide D. Fernando de Rivera para
" reforzar las tropas de su cargo, que los remita
" luego armados.

"El arribo de los paquebotes el Príncipe y San
" Cárlos, que navegan á esos destinos desde el
" dia 10 de este mes, no podrán menos que con-
" tribuir al sosiego y tranquilidad de los natura-
" les, al paso que faciliten la ocupacion del puer-
" to de San Francisco; y como de ellos querrán
" acaso quedarse algunos individuos con plazas
" de soldados, he dispuesto tambien se les asien-
" te con destino á reforzar el presidio de San
" Diego; y para que no lo impidan los respecti-
" vos comandantes, acompaño á don Fernando
" Rivera carta credencial, en cuya vista se pre-
" sentarán con gusto ambos oficiales á este ser-
" vicio.

"Además de lo dicho, debe el comisario de San
" Blas don Francisco Hijosa hacer diligencia en
" aquellas inmediaciones de otras reclutas, y si
" los consigue, han de remitirse habilitados de ar-
" mas y lo necesario al citado señor gobernador
" Neve en la misma lancha que lleva estos plie-
" gos para que por sí disponga los auxilios que
" le prevengo.

"Yo no me olvido sin embargo de otros que
" se presenten oportunos, y quedo en dar al efec-
" to cuantas disposiciones convengan; y en este
" supuesto espero que vuestra reverencia, ofre-
" ciendo á Dios la desgracia, en nada altere su
" apostólico celo, antes bien confíe de ver mejo-
" rada por ella la constitucion de estos estable-
" cimientos, á que no dudo contribuirá vuestra
" reverencia animando á los demás padres á no
" temer los riesgos con presencia de la tropa que
" se aumenta.—Dios guarde á vuestra reveren-
" cia muchos años.—Méjico, 26 de marzo de
" 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y
" Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Ser-
" ra."

A los ocho dias de haber escrito su excelencia la antecedente carta, recibió la del reverendo padre presidente, que dije al principio, le sirvió de gran consuelo á su excelencia, y luego le respondió concediéndole cuanto pedia, como se ve en el contenido que dice:

COPIA DE LA CARTA DEL SEÑOR VIREY.

"En fecha de 26 de marzo anterior manifesté
" á vuestra reverencia, sin presencia de su carta
" de 15 de diciembre último, que ha entregado
" después el reverendo padre guardian de este
" colegio apostólico, el sentimiento grande que
" me habia inferido el triste desgraciado suceso
" de la mision de San Diego, y las disposiciones
" que por de al pronto dicté para ocurrir al re-
" medio posible de los daños que pudieran sub-
" seguirse de no reforzar con tropa aquel presi-
" dio y misiones; y ahora con vista de ella y de
" las prudentes cristianas reflexiones que vuestra
" reverencia expone, inclinándose á que convie-
" ne mas tratar de atraer los neófitos rebelados
" que de castigarlos, contesto á vuestra reveren-
" cia que así lo he dispuesto, mandando en esta
" propia fecha al comandante don Fernando Ri-
" vera y Moncada que la practique, atendiendo
" á que es el medio mas oportuno á la pacifica-
" cion y tranquilidad de los ánimos, y acaso tam-
" bien á que se reduzcan los gentiles vecinos,
" viendo que experimentan afabilidad y buen tra-
" to, cuando por su exceso no dudarán ver el
" castigo y la desolacion de sus rancherías.

"Prevengo tambien á ese jefe que el principal
" objeto del dia, es el restablecimiento de la mision
" de San Diego y la nueva fundacion de San Juan
" Capistrano; aquella en su propio paraje de su si-
" tuacion, y esta en el que se habia ya proyectado
" antes del indicado suceso; en el concepto de que
" los veinticinco hombres mandados reclutar en la
" antigua California con destino á la mejor cus-
" todia de aquellos establecimientos, deben ser-
" vir para refuerzo del presidio y para que se-
" gun lo gradúe oportuno en la actual constitu-
" cion, ponga competente escolta en las dos ci-
" tadas misiones de San Diego y San Capistrano,
" ínterin que restituido el teniente coronel don
" Juan Bautista de Anza y que me lleguen nue-
" vos avisos, se dan las demás disposiciones con-
" venientes.

"De todo lo cual hago partícipe á vuestra re-
" verencia para satisfaccion y consuelo, esperan-
" do que á impulsos del apóstolico celo que le
" anima por el bien de esas reducciones, contri-
" buirá vuestra reverencia á hacer efectivas mis
" providencias, seguro de que estoy dispuesto á
" franquear por mi parte cuantos auxilios sean
" posibles, porque hasta ahora se han continua-
" do en esas distancias con tanto fruto y venta-
" jas. Dios guarde á vuestra reverencia muchos
" años.— Méjico 3 de abril de 1776.—El bailío
" frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Padre
" fray Junípero Serra."

Si estas dos cartas las hubiese recibido el venerable padre Junípero luego de escritas, no habria tenido tanto que padecer, camo veremos en el siguiente capítulo, pues la mucha distancia é indispensaale demora le sirvieron de un prolongado é incruento martirio.

CAPITULO XLII.

BAJA EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO Á SAN DIEGO: TRATA DE RESTABLECER SU MISION, Y SE LE FRUSTRAN LOS DESEOS Y DILIGENCIAS.

Desde el mismo instante que llegó la noticia de lo acaecido en la mision de San Diego, estaba el venerable padre presidente con vivas ansias de bajar á dicho puerto; pero se le frustraron los deseos por lo que queda expresado en el capítulo anterior último, ya por la prisa del comandante Rivera, como por la venida de la expedicion de Sonora; siendo el fin de sus anhelos el volver á reedificar la mision incendiada. Medio año estuvo privado de poder cumplir sus deseos, hasta que dispuso Dios que los paquebotes viniesen á Monterey, y que el paquebot el Príncipe, dejada parte de la carga, bajase con la demás para San Diego, y en él se embarcó el 30 de junio, y con doce dias de navegacion llegó á San Diego, y desembarcó su reverencia con otro misionero, el padre fray Vicente Santa María, que habiendo venido con los barcos, lo llevó consigo para ocuparlo en una de aquellas misiones.

Encontró el venerable prelado que vivian en el presidio los tres padres, los dos de San Capistrano y el que habia quedado con vida de la de San Diego. Después de haberlos consolado y animado, le expresaron no tener mas desconsuelo que el ver no se daba mano á nada y que se estaban ociosos. Preguntóles cómo estaban los indios, si habia habido mas novedad, y le respondirron que no, pues el señor comandante ya habia escrito á su excelencia que ya todo estaba pacificado, que ya tenian asegurados las cabecillas y los querian despachar para San Blas con el barco, para que allí se les diese el merecido castigo.

Enterado su reverencia de todo, procuró consolar á los padres, y con su gran paciencia y mucha prudencia esperó que se fuese acabando la descarga del barco, y cuando vió se iba concluyendo, habló al comandante del navío don Diego Choquet, diciéndole si los misioneros podrian ir á ayudar á trabajar á la mision del santo de su nombre. Que de Dios recibirian él y los marineros el premio; que su excelencia lo tendria muy á bien. Respondió como caballero, que con mucho gusto, que no solo los marineros, sino que él tambien de peon. Conseguida esta respuesta tan cristiana, habló por papel, para mas facilitarlo, al comandante de tierra, diciéndole que en atencion á la detencion del barco hasta mediados de octubre y de ofrecerle el señor capitan la tripulacion para la reedificacion de la mision, le suplicaba por la escolta de la mision para pasar á dar mano á la obra. En vista de él, aprontó un cabo y cinco soldados dispuestos, y todo para la marcha, que fué el dia 22 de agosto de dicho año de 76.

Fué á dar principio á la obra del venerable padre presidente con dos misioneros, el capitan del barco con uno de los pilotos, el contramaestre y veinte marineros, todos armados con armas blancas y de fuego para cualquier evento. Fueron tambien todos los indios neófitos capaces de trabajar, y fué el cabo con los cinco soldados. Llegados al sitio, distribuyeron la gente, que completó el número de cincuenta peones, á mas de rancheros y cocineros. Empezaron unos á acarrear piedra, otros á abrir cimientos y otros á hacer adobes, sirviendo de sobrestantes no solo el piloto y contramaestre, á cuyo fin habian ido, sino tambien los padres y el capitan del paquebot.

Iba la obra con tanto calor y trabajaban con tanto gusto, que segun lo que hicieron en dos semanas, todos daban por cierto que antes de la salida del barco quedaria concluida la obra, amurallada con pared de adobes; pero el enemigo tiró á impedirlo no por medio de los gentiles, pues ni siquiera uno se asomó por todos los contornos, sino que el comandante de tierra, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, que estaba el venerable padre presidente en el presidio, sin que el comandante Rivera le hablase lo mas mínimo, salió para el sitio de la mision, y llamando á solas al comandante del barco, le dijo que corrian voces de que los gentiles querian dar otra vez á la mision, y así que convenia se retirase con su gente á bordo; que él daba la órden al cabo para que con los soldados se retirase al presidio. Me hará favor, prosiguió, de avisar á los padres que yo no se los digo porque conozco lo han de sentir.

No pudo el capitan del barco con toda su viveza, alcances y eficacia hacerlo desistir, preguntándole si ya habia hecho la diligencia para indagar la verdad; y diciéndole que no, que solo viendo se repetia el dicho de los indios, sin duda seria verdad. Pues, señor, le replicó, la otra vez que corria dicha voz antes de venir á la obra, mandó hacer la diligencia por el sargento, y se halló ser mentira, pues se hallaron las rancherías muy quietas, los indios muy compungidos y arrepentidos del hecho: que mandase hacer la diligencia, que con tanta gente armada que allí estaba, no habia que temer: que le parecia mas al caso, si se hallaba algun recelo, el que se aumentase la escolta con mas tropa, que no retirarla en descrédito de las armas españolas. Estas razones en lugar de convencerlo, lo enconaron mas, y dejando la órden estrecha para que se retirasen, se marchó para el presidio.

Comunicó el señor capitan del barco á los padres la órden que habia dado el dicho comandante de tierra, refiriéndoles las razones que le habia propuesto para que desistiese, pero que no habia podido convencerlo. Ya veo, dijo, que no

hay motivo para la retirada y que es un grande bochorno; pero no quiero pleitos con este hombre, y así determino que nos váyamos. Mucho lo sintieron los padres, y mas que todos el venerable padre presidente. Luego que vió la retirada, quedándose como fuera de sí, sin tener mas voces ni palabras con que desahogar la pena del corazon, que el decir: hágase la voluntad de Dios, quien solo lo puede remediar, encargó á los padres lo encomendasen á nuestro Señor.

No fué menor el sentimiento que tuvo su excelencia en cuanto tuvo la noticia del hecho, que se la comunicó el capitan del barco en cuanto llegó á San Blas. De modo que luego despachó su excelencia órden al gobernador de la provincia, que residia en Loreto en la antigua California, para que luego mudase su residencia á Monterey y el capitan Rivera se retirase á Loreto; lo que comunicó su excelencia al venerable padre presidente con carta larga y extensiva, con fecha 25 de diciembre del propio año de 76, de la que saco las siguientes cláusulas, con las que comunica á su reverencia los estrechos encargos que hace al señor gobernador.

COPIA DE LA CARTA.

"No dudo que la suspension del restablecimien- " to de la mision arruinada de San Diego causaria " á vuestra reverencia mucha pena respecto de " que á mí me ha causado displicencia el saber- " lo solo; cuanto mas los frívolos motivos que " coincidieron, de que me ha instruido la carta " del teniente de navío don Diego Choquet, co- " mandante del paquebot el Príncipe.

"Supongo que con el arribo de los veinticinco " hombres mandados por mí reclutar para refuer- " zo de la tropa de aquel presidio, se dedicaria don " Fernando de Rivera á evacuar esta importan- " cia y erigir al propio tiempo la mision de San " Juan Capistrano en el paraje antes elegido; " pero si no se hubiese verificado, no dude vues- " tra reverencia que el gobernador de esas pro- " vincias, á quien va el encargado de residir en " ese presidio de Monterey, hará todo esto si no " lo ha ejecutado, muy á gusto de vuestra reve- " rencia por el celo que le anima del servicio y " por las demás cualidades que le adornan.

"Le instruyo y prevengo de cuanto debe pro- " curar para fomento de estas adquisiciones, en- " cargándole estrechamente que no estando ve- " rificado el restablecimiento de la mision de San " Diego, y la fundacion de San Capistrano, se " dedique luego á hacerlo efectivo, y le prevengo " lo mismo que antes á don Fernando de Rive- " ra en cuanto á que no se castiguen las cabeci- " llas ó autores del pasado movimiento, por si la " piedad con que se les trata cuando merecian " la última pena, les escarmienta y hace entrar " en conocimiento para vivir dóciles y quietos.

"Una de las cosas que tambien encargo estre- " chamente, es la ereccion de la mision de San- " ta Clara en la cercanía del presidio de San " Francisco con esta advocacion; y aunque doy " la órden para que á estas subsigan las dos que " vuestra reverencia pide como precisas en el " canal de Santa Bárbara, y otra en el terreno " que intermedia entre ese establecimiento y " aquel para asegurar la comunicacion, conven- " drá suspenderlo para mas adelante, y cuando " las otras se hallen perfectamente establecidas; " bajo cuyo concepto puede decirme vuestra re- " verencia por el regreso de los buques los uten- " silios que sean necesarios para ellas, á fin de " determinar su envío, acordando en el ínterin la " ereccion de las demás, con preferencia, que " desde luego concibo deben tener las de Santa " Bárbara ya meditadas, para reducir la mucha " gentilidad que puebla el terreno.

"El gobernador don Felipe Neve está encar- " gado de consultarme y proponerme cuanto con- " ciba conveniente y preciso á hacer felices esos " establecimientos; y como tambien lo está de " que para todo use de los acuerdos de vuestra " reverencia, espero que continuando con aquel " fervoroso celo que preocupa el ánimo de vues- " tra reverencia por la propagacion de la fe, " conversion de las almas y extension del domi- " nio del rey en esas remotas distancias, se dis- " ponga cuanto parezca asequible, consultándo- " me lo que se necesite para proporcionar con " mis providencias su efectivo logro. Dios guar- " de á vuestra reverencia muchos años. Méjico, " 25 de diciembre de 76.—El bailío frey don " Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre " fray Junípero Serra."

Si estas providencias tan favorables para la propagacion de la fe y cartas tan consolatorias de su excelencia hubieran llegado á manos del fervoroso padre Junípero tan breve y tan á continuacion como aquí las inserto (para llevar el hilo de la historia), no habria su reverencia padecido como padeció, pues la demora de ellas por la mucha distancia de Méjico le afligia en gran manera su corazon, aunque siempre muy resignado á la divina voluntad, en cuyo servicio y para gloria del Señor padecia un incruento martirio, pues cualquiera providencia que veia dar por el comandante de estos establecimientos que impedia ó retardaba la conversion de los gentiles, era una saeta mas aguda que las que quitaron la vida al venerable padre fray Luis Jaime; y la que se dió para que se suspendiese la reedificacion de la mision de San Diego no fué de las menores que recibió en su corazon el venerable y fervoroso prelado; pero viendo que en lo humano ya no hallaba recurso, ocurrió á Dios, como Señor de esta viña, para que lo remediase, pidiéndoselo en los santos sacrificios y oraciones, encargando á los padres hiciesen lo propio, y en breve le dió el Señor el consuelo, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XLIII.

LLEGA SOCORRO DE TROPA Y FAVORABLES ÓRDENES CON QUE SE LOGRA EL RESTABLECER LA MISION DE SAN DIEGO Y LA FUNDACION DE SAN JUAN CAPISTRANO.

A los 21 dias de suspendida la obra de la reedificacion de la mision de San Diego, llegaron por tierra á aquel presidio por la antigua California los veinticinco soldados que remitia su excelencia para reforzar la tropa, y por el cabo de ellos recibió el venerable padre presidente las dos cartas tan consoladoras de su excelencia que quedan ya copiadas en el capítulo 41. Estas felices noticias que recibió el venerable padre presidente el dia 29 de setiembre, fiesta del gloriosísimo príncipe san Miguel (concedida nuevamente por su santidad patron de todas las misiones del colegio), causaron suma alegría al fervoroso padre, que quiso expresarla con un solemne repique de campanas y el dia siguiente con misa cantada en accion de gracias por este beneficio, encargando á los padres hiciesen lo mismo en las misas rezadas y que pidiesen á Dios por la salud y vida del excelentísimo y fervoroso señor virey.

Enterado el comandante don Fernando Rivera de las superiores órdenes de su excelencia, puso luego en libertad á los indios presos que queria con el barco despachar para San Blas, y aprontó la escolta de doce soldados para la mision de San Diego, para que se fuese á la reedificacion de dicha mision; y para la fundacion de San Capistrano nombró diez y un cabo, y añadió dos á la de San Gabriel, y los restantes quedaron para el presidio, que quedó con la fuerza de treinta hombres; y no queriendo presenciar dichas fundaciones, subió para Monterey con los doce soldados de las misiones de nuestro padre San Francisco.

En cuanto el fervoroso padre Junípero se vió con los auxilios que necesitaba, sin pérdida de tiempo pasó á la reedificacion de la mision de San Diego con otros dos misioneros, mudándose al sitio con todos los neófitos de dicha mision, y empezó con todo empeño la obra, trabajando los neófitos con mucha alegría, y con tal esfuerzo, que en breve dieron muestras de que no tardarian en poner en buen estado la mision. Puestos en corriente, dejando en la obra á los dos misioneros, se retiró su reverencia al presidio á disponer para la de San Capistrano; y supuesto que en breve saldria el barco, se puso á escribir á su excelencia, dándole las gracias así del perdon de los indios que habia enviado para que se pusiesen en libertad, como del aumento de la tropa y de las demás órdenes y providencias que habia enviado, y que en cumplimiento de ellas quedaba ya corriente la obra de San Diego con mucho gusto de los indios; y que luego de salido el barco pasaria á fundar la de San Juan Capistrano.

Así lo practicó llevando consigo los dos misioneros, el padre lector fray Pablo Mugartegui y el padre fray Gregorio Amurrio y todos los avíos pertenecientes á ella, escoltados de un cabo con diez soldados, llegaron al sitio en donde hallaron enarbolada la cruz y desenterraron las campanas, á cuyo repique ocurrieron los gentiles muy festivos de ver volvian á su tierra los padres. Hízose una enramada, y puesto el altar dijo en él el venerable padre presidente la primera misa. Deseoso de que se adelantase la obra, tomó el trabajo de pasar su reverencia á la mision de San Gabriel á fin de traer algunos neófitos para ayuda de la obra, algun socorro de víveres para todos y el ganado vacuno que allí estaba.

Regresando para la nueva mision con dicho socorro, quiso adelantarse de las cargas para llegar mas breve, y se fué con un soldado que conducia el ganado, y con un neófito de San Gabriel. A la medianía del camino, como diez leguas de la mision, se vió en evidente peligro de que lo matasen los gentiles, y segun su reverencia me contó la primera vez que después nos vimos, creyó ciertamente que lo mataban, porque les salió al camino un gran peloton de gentiles, todos embijados y bien armados, con sus espantosos alaridos, enarcando sus flechas en ademan de matar al padre y al soldado, con el interés sin duda de quedarse con el ganado. Librólos Dios por medio del neófito, que viendo la accion de los gentiles les gritó que no matasen al padre, porque atrás venian muchos soldados que acabarian con ellos. Oyendo esto en su propia lengua é idioma, se contuvieron, los llamó el padre y se le arrimaron todos ya convertidos en mansos corderos, los persignó á todos, como siempre lo acostumbró, y después les regaló con avalorios (cuentas de vidrio que estiman mucho) y los dejó ya hechos amigos, y prosiguió su camino sin la menor novedad mas que la fatiga del viaje y el dolor del pié. Llegó al sitio de la nueva mision, y con el socorro de peones y víveres, se dió mas calor á la obra material.

Es el sitio de la mision muy alegre y con buena vista, pues desde las casas se ve la mar y los barcos cuando cruzan, pues dista de la playa como media legua, con buen fondeadero para las fragatas y resguardadas en el tiempo que vienen los barcos; que en este tiempo que reinan los sures no estarian muy seguras por estar abierto y descubierto por dicho rumbo; pero por el Norte y demás laterales están seguros los barcos por una tierra alta que sale muy afuera formando una ensenada nombradas de los Marítimos de San Juan Capistrano, la que tiene un estero mediano al que vacia el arroyo de agua buena que corre por el lado de las casas de la mision; cerca del estero desembarcan las cargas de dicha mision y las de San

Gabriel, con lo que se ahorran de haber de ir hasta el puerto de San Diego á trasportar con mulas los avíos.

Hállase situada la mision en la altura del Norte de 33 y medio grados, distante de la mision y puerto de San Diego veintiseis leguas y de la de San Gabriel, rumbo al Noroeste diez y ocho leguas. El temperamento es bueno logrando sus calores en el verano y sus frios en el invierno, y hasta ahora se ha experimentado sano; á su tiempo hay lluvias, y ayudados del riego con el agua de dicho arroyo, consiguen abundantes cosechas de trigo y maíz, legumbres de frijol, etc., no solo lo suficiente para la manutencion de los neófitos, sino que les sobra para socorrer á la tropa á trueque de ropa para ayudar á vestirse. Logra tambien buenos pastos para toda especie de ganados, que se han aumentado mucho

Habiendo reparado desde el principio de la fundacion que toda aquella estaba matizada de parras silvestres que parecian unas viñas, dieron en sembrar unos sarmientos mansos traidos de la antigua California, y han conseguido ya el lograr vino, no solo para las misas, sino tambien para el gasto, como asimismo de frutas de Castilla, de granadas, duraznos, melocotones, membrillos, etc., y logran muy buenas hortalizas, etc.

Con el auxilio del intérprete que de San Gabriel llevó el venerable padre presidente y fundador, como desde luego se les pudo decir, el fin principal que los traia á venir á vivir entre ellos, que era á enseñarles el camino del cielo, á hacerlos cristianos, para que se salvasen, etc.; que de tal manera lo entendieron y se les impresionó, que luego empezaron á pedir el bautismo, de modo que segun escribieron al principio los padres, que así como los gentiles de las otras misiones habian sido molestos en pedir á los padres cosas de comer y otros regalitos, los de San Juan Capistrano eran molestos en pedir el bautismo, haciéndoseles largo el tiempo de la instruccion, y por esto y con dicho auxilio se dió calor á la obra espiritual, y en breve lograron los primeros bautismos, y se fué aumentando el número de ellos, de modo que cuando murió el venerable padre fundador fray Junípero, contaban ya cuatrocientos y setenta y dos naturales de aquel sitio y rancherías comarcanas, y luego después de su ejemplar muerte fué en gran manera aumentándose el número.

Pues habiendo yo escrito á todos la noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, y que poco antes de morir me habia prometido que si lograba el ir á ver á Dios le pediria por todos nosotros, y para que se logre la conversion de los gentiles; me respondió el dicho padre lector fray Pablo Mugartegui: "Parece que ya veo se va " cumpliendo la promesa de nuestro venerable " padre Junípero, pues en estos tres meses úl- " timos hemos logrado mas bautismos que en los " tres años, y continúan en el catequismo gra- " cias á Dios, y confiamos en el Señor se logrará " la conversion de los demás."

Era tanta la sed del venerable padre Junípero de la conversion de las almas, que ni el ver radicada la mision de San Diego, ni la fundacion de la de San Capistrano lo saciaban, y lo tenian con mucho cuidado las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, de las que por la mucha distancia de cerca de doscientas leguas, no habia tenido la menor noticia; y para salir de este cuidado y dar mano á su fundacion en caso de no haberse efectuado, se encaminó para Monterey, visitando de paso las tres misiones de San Gabriel, San Luis y San Antonio, teniendo el gusto de verlas con grandes aumentos en lo espiritual y temporal, y á sus ministros muy contentos, y logró la ocasion de bautizar algunos catecúmenos para dejar en todas partes hijos, y gastando en dichas tareas apostólicas seis meses, llegó á su mision de San Cárlos con el mérito de tantos trabajos por el mes de enero de 1777, y tuvo á la llegada el complemento de sus deseos con la noticia de quedar ya fundadas las dos misiones de este puerto, de las que hablaré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLIV.

PROVIDENCIAS QUE PARA LAS FUNDACIONES DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO DIÓ EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

Uno de los puntos que el venerable padre Junípero pidió á su excelencia estando en Méjico fué, que tuviesen efecto las dos misiones de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, proyectadas desde el año de 70. Y viendo su reverencia que en el provisional reglamento que se habia formado, no solo no se hablaba de tales misiones, antes parecia se cerraba la puerta á nuevas fundaciones, se estrechó con su excelencia haciéndole presente las muchas conversiones que se lograrian con dichas fundaciones. Como ya por la frecuente conversacion que dicho señor habia tenido con el fervoroso padre, se le habia prendido en su noble corazon el fuego de la caridad acerca de la conversion de los gentiles, lo consoló diciéndole que descuidase, que dichas misiones corrian á su cuenta: que la real junta tuvo presente el corto número de tropa que habia en los establecimientos y la dificultad de trasportarla: que encomendase á Dios se lograse el abrir paso por el rio Colorado, que conseguido, se lograrian no solo las dos dichas, sino las demás que se juzgasen convenientes. Quedó con esto consolado, pidiendo á Dios el feliz éxito de la expedicion de D. Juan Bautista de Anza, y quiso nuestro Señor que viese el paso abierto aun an-

tes de llegar su reverencia á su mision de San Cárlos, como queda dicho en el capítulo 31.

En cuanto llegó á Méjico el capitan Anza, que dió cuenta á su excelencia de su comision y de que quedaba descubierto el paso del rio Colorado y abierto camino desde Sonora á Monterey entre muchas naciones de gentiles, que todas se habian manifestado amigas. Enterado de todo el viaje el excelentísimo señor virey, mandó al mismo capitan se dispusiese para segunda expedicion, y que pidiese todo lo necesario para reclutar de las provincias de Sinaloa y Sonora treinta soldados de cuera que fuesen casados, para llevar todas sus familias, y que á mas de los dichos habia de reclutar otras familias de casados para pobladores, que llegados á estos establecimientos pudiesen formar pueblo, y para los gastos que se ofrecian para el efecto de la recluta y trasporte desde sus provincias y casas hasta Monterey, libró á las cajas reales, que le franquearon cuanto pidió, y salió de Méjico para dar cumplimiento á esta segunda expedicion á principios del año de 1775.

No quiso el excelentísimo señor virey privar de esta noticia al venerable padre presidente, así para que la tuviese adelantada como para que encomendase á Dios el feliz éxito de la expedicion, y así se lo comunicó por carta de 15 de diciembre de 1774, encargándole nombrase cuatro misioneros para ministros de las dos misiones que se habian de fundar de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, bajo la sombra de un presidio que se habia de establecer en el puerto de San Francisco.

Recibió el venerable prelado esta alegre noticia el 27 de junio de 75, por el paquebot San Cárlos, cuyo capitan era el teniente de navío de la real armada don Juan de Ayala: traia la órden de que dejada en Monterey la carga de víveres y memorias, pasase al puerto de San Francisco á registrarlo, á fin de ver si tenia entrada por la canal ó garganta que de tierra se habia visto. Así lo practicó, con la felicidad de que á los nueve dias de salido del puerto de Monterey, llegó al puerto de nuestro padre San Francisco: halló en la canal bastante fondo, que entraron de noche con toda felicidad. Tiene la garganta de largo una legua corta, y de ancho un cuarto de legua, y en partes mas; la entrada sin barra y con fuertes corrientes para entrar y salir segun la creciente ó menguante del mar.

Adentro hallaron un mar mediterráneo con dos brazos, el uno que interna rumbo al Sueste como quince leguas, de tres, cuatro y cinco leguas hácia el Norte, y dentro de este hallaron una grande bahía cuasi de diez leguas de ancho, de figura redonda, en la que vacía el grande rio de nuestro padre San Francisco, que tiene de ancho un cuarto de legua, que se forma de unos cinco rios, todos caudalosos, que culebreando por una grande llanada, tan dilatada que forma horizonte, todos se juntan y forman dicho rio Grande, y toda esta inmensidad de agua va á vaciar por la dicha garganta al mar Pacífico, que es la ensenada llamada de los Farallones

Mantúvose el paquebot en este puerto cuarenta dias, y lograron hacer el registro á toda satisfaccion con la lancha, comunicando con muchas rancherías de gentiles, todos mansos, de paz y muy afables. Formaron sus planes de todo lo visto y registrado, observando estar la entrada del puerto en la altura de 38 grados menos pocos minutos, aunque adentro por el brazo que corre al Norte en breve se halla mayor altura. Concluido el registro, volvieron al puerto de Monterey á mediados de setiembre y nos refirieron todo lo dicho; y preguntando al capitan si le parecia buen puerto, respondió que no era puerto, sino un estuche de puertos que podrian estar en él muchas escuadras sin saber la una de la otra; solo á la entrada y salida se pueden ver por la angostura de ella, y que dentro estarian seguras.

De todo lo dicho dió cuenta á su excelencia con el mapa que de dicho puerto formó el señor comandante del barco, y el venerable padre presidente las gracias y parabienes por las providencias dadas á beneficio de estas espirituales conquistas, dándole noticia de haber nombrado por ministros de las dos misiones, para la de Santa Clara á los padres fray José Murguía, hijo del apostólico colegio, y fray Tomás de la Peña, de la provincia de Cantabria, y para esta de nuestro padre San Francisco al padre fray Pedro Benito Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, y á mí el menor hijo de esa santa provincia de Mallorca; y que nos estábamos previniendo para pasar á las nuevas fundaciones, en cuanto se verificase la llegada de la expedicion de Sonora, para cuya felicidad quedábamos todos haciendo rogativas al Señor.

La noticia que recibió su excelencia del registro de este puerto y las buenas calidades de él, eran mas incentivos para desear la fundacion de estos establemientos. Pero como es tanta la distancia por tierra desde Méjico, que en sentir del comandante de la expedicion el señor Anza, que lo anduvo varias veces, pasa de mil leguas, y los varios accidentes para una recluta de soldados y pobladores, causan precisamente demora; además que una expedicion de tanta gente y de todas edades que venia, no podian hacer las jornadas largas, fué preciso gastar mas tiempo del que quisieran los deseos de su excelencia; de modo que habiéndose juntado toda la gente de dicha expedicion por setiembre del año de 75 en el presidio de San Miguel de Orcasitas de la provincia de Sonora, y salido toda la expedicion de dicho presidio de San Miguel el 29 de dicho mes, dia del santo Príncipe por la tarde, no llegaron á la mision de San Gabriel, á donde fueron á salir hasta el dia 4 de enero del siguiente año de 76, habiendo gastado en el despoblado de cristianos y muy

poblado de gentiles, noventa y ocho dias, inclusos algunos que dieron en el camino de descanso á las gentes y á las bestias.

En dicha mision de San Gabriel tuvieron la demora, por lo que ya queda insinuado en el capítulo 41, de la ida del comandante con la tropa para San Diego, y concluida la diligencia dejando al señor comandante Rivera doce soldados, subió para Monterey con toda la demás gente, á donde llegó con toda felicidad el dia 10 de marzo, y el siguiente fuimos á cantar misa de gracias, que cantó el padre predicador fray Pedro Front, misionero del apostólico colegio de la Santa Cruz de Querétaro, ministro de las misiones de Sonora, que vino como capellan de dicha expedicion; y en dicho presidio tomó asiento y descansó la gente hasta junio, como diré después.

Traia el señor comandante Anza encargo de su excelencia, de que verificada la llegada á Monterey, pasase con el comandante Moncada al registro de las cercanías del puerto para señalar los sitios para la ubicacion del presidio y misiones; pero habiéndosele excusado el comandante Rivera, por decir ser precisa su asistencia á San Diego por las ocurrentes circunstancias, cediendo su parecer al del comandante Anza en todo y por todo, pasó este al registro llevando consigo á don José Moraga, teniente capitan nombrado comandante para el nuevo presidio, y una partida de soldados; y concluido el registro y señalados los sitios, se retiró á Monterey comunicando lo practicado al comandante Rivera, por carta en que le decia que procurase cuanto antes verificar las fundaciones como encargaba su excelencia, y que si no podia desocuparse tan breve, que diese la comision al dicho teniente Moraga que habia asistido en el registro; y que convenia no hubiese demora por lo disgustada que se hallaba la gente en Monterey por no ser aquel su destino. Con estas diligencias dió por concluida su comision el señor teniente coronel don Juan Bautista de Anza, y se regresó para Sonora con los diez soldados que habia traido para el efecto de su regreso, y pasó á Méjico á dar cuenta al excelentísimo señor virey de su comision que le habia encomendado.

CAPITULO XLV.

FUNDACION DEL PRESIDIO Y MISION DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

En cuanto el comandante recibió la carta del señor Anza, envió desde San Diego la órden al teniente Moraga para que pasase con toda la gente venida de Sonora á la fundacion del presidio de este puerto de nuestro padre San Francisco; la que recibida, hizo saber á todos á fin de que se dispusiesen para el dia 17 de junio. A los pocos dias de publicada la órden, entraron al puerto de Monterey los dos paquebotes con los víveres, memorias y avíos. Traia la órden el capitan del Príncipe, de dejar parte de la carga y bajar con la demás al puerto de San Diego; con el que determinó bajar el venerable prelado, logrando la ocasion, como ya queda dicho en el capítulo 42.

Asimismo el comandante y capitan del paquebot San Cárlos, que lo era el teniente de navío don Fernando de Quirós, traia la órden de su excelencia de dejar en Monterey lo perteneciente á dicho presidio, y con la demás carga subir á este puerto para auxiliar las fundaciones. Determinó el venerable padre presidente que los dos misioneros para la mision de nuestro padre San Francisco viniésemos con la expedicion de tierra, que aunque no habia el comandante Rivera enviado la órden para la fundacion de las misiones, consecuente á que tenia en San Diego los doce soldados, que era la escolta perteneciente á las misiones; pero que no podia ser mucha la demora, y que en fin, puestos con todos los avíos en este puerto, obrariamos segun nos dictase la prudencia. En vista de esta determinacion, embarcamos en el paqubot todo lo perteneciente á esta mision de nuestro padre, dejando solo el ornamento y capilla de campo, y lo muy preciso para el viaje de cuarenta y dos leguas por tierra para caminar con la expedicion sin tanto embarazo de cargas.

Salió dicha expedicion de tierra del presidio de Monterey el dia señalado 17 de junio de dicho año de 76, la que se componia del dicho teniente comandante don José Moraga, de un sargento y diez y seis soldados de cuera, todos casados y con crecidas familias, de siete pobladores tambien casados y con familias, de algunos agregados y sirvientes de los dichos, de vaqueros y arrieros que conducian el ganado vacuno del presidio, y la recua con víveres y útiles precisos para el camino, dejando la demás carga en el paquebot que se iba á hacer á la vela. Y por lo perteneciente á la mision, nos agregamos los dos misioneros arriba dichos, dos mozos sirvientes para la mision, dos indios neófitos de la antigua California, y otro de la mision de San Cárlos, á fin de ver si podria servir de intérprete; pero como se halló ser distinto el idioma, solo sirvió de cuidar las vacas que se trajeron para poner pié de ganado mayor. Siguió toda la dicha expedicion para este puerto.

Cuatro jornadas antes de llegar al puerto, en el grande llano nombrado San Bernardino, caminando la expedicion acordonada, divisaron una punta de ganado grande que parecia vacuno, sin saber de dónde podia ser ó haber salido: fueron luego unos soldados á cogerlo para que no se alborotase el ganado manso que llevábamos, y acercándose vieron no ser ganado vacuno, sino venados ó especie de ellos, tan grandes como el mayor buey ó toro, con una cornamenta de la misma hechura ó figura que la del venado; pe-

ro tan larga que se le midieron de punta á punta diez y seis palmos. Lograron los soldados matar á tres, que cargaron en mulas hasta la parada en donde habia agua, que distaba como media legua, y queriendo llevar uno entero, no pudo una mula sola cargarlo, y fué preciso á trechos remudar las mulas, y así pudo llegar entero y tuvimos el gusto de ver aquel animal, que parecia un monstruo con tan grandes astas; y tuve la curiosidad de medirlas, y hallé que tenian de largo las cuatro varas dichas: reparé que abajo de cada ojo tenia una abertura, que parecia tenia cuatro ojos, pero vacíos los dos de abajo, que parece ser por donde lacrimean: dijéronme los soldados que los corrieron, que habian observado que su correr es siempre por donde viene el viento; sin duda será porque el mucho peso de tan grandes astas, que extendidas con tantas puntas forman como un abanico, si corriesen contra el viento los habia ó de tumbar ó de impedir el correr con tanta ligereza como corren, de modo que de quince que divisaron solo pudieron los soldados con buenos caballos alcanzar á tres. Con lo que tuvo la gente que comer para algunos dias, de la que hicieron cecina, y á muchos les duró hasta el puerto. Es la carne muy sabrosa y sana, y tan gorda que del que llegó entero sacaron un costal y medio de manteca y sebo. Llaman á estos animales ciervos, para diferenciarlos de los demás ordinarios como los de España, que aquí llaman venados, que los hay tambien por las cercanías de este puerto con abundancia y grandes, y algunos de ellos que tira el color á amarillo ó alazan.

En dichos llanos de San Bernardino, que están en la medianía de los dos puertos de Monterey y San Francisco, como tambien en los llanos mas inmediatos al de Monterey, hay otra especie de ciervos ó venados del tamaño de unos carneros de tres años; son de la misma figura que los venados, con la diferencia de tener las astas chicas, y de pierna tambien corta, como el carnero: estos se crian en los llanos, y van en bandadas de ciento, doscientos y mas, corren por los llanos todos juntos, que parece que vuelan, y siempre que ven pasajeros van las bandadas á cruzar por delante; pero no es fácil el cogerlos en el llano, no obstante que los soldados no dejan de hacer la diligencia y logran algunos, con lo que han ideado de dividirse los cazadores todos con buenos caballos mirando la carrera unos arriba, y otros abajo espantándolos para cansarlos sin cansar los caballos, y en cuanto observan que alguno de ellos se queda atrás de la manada, que es señal de cansancio, salen á caballo, y logrando apartarlo de la manada, lo tienen seguro, y lo mismo sucede cuando logran el meterlos en las lomas ó cerros, porque solo en los llanos son ligeros, al contrario del venado. Llaman á los dichos animales verrendos: de estos hay muchos tambien en las misiones del Sur, en las que tienen llanos; pero de los ciervos grandes solo se han hallado desde Monterey y exclusive por arriba; de lo que se alegraron mucho los soldados y vecinos que componian la expedicion; y habiendo descansado un dia en el paraje nombrado de las Llagas de Nuestro Padre San Francisco, siguió la expedicion para este puerto.

Dia 27 de junio llegamos á la cercanía de este puerto, y se formó el real, que se componia de 15 tiendas de campaña á la orilla de una grande laguna que vacía en el brazo de mar del puerto, que interna quince leguas al Sueste, á fin de esperar el barco para señalar el sitio para el presidio, segun el fondeadero. En cuanto paró la expedicion ocurrieron muchos gentiles de paz, y con expresiones de alegrarse de nuestra llegada, y mucho mas cuando experimentaron la afabilidad con que los tratamos y los regalitos que les haciamos para atraerlos, así de avalorios como de nuestras comidas, frecuentaron sus visitas trayéndonos regalitos de su pobreza, que se reducian á almejas y semillas de zacates (yerbas silvestres).

El dia siguiente á la llegada se hizo una enramada y se formó un altar, en el que dije la primera misa el dia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y mi padre compañero inmediatamente celebró, y continuamos diciendo misa todos los dias del mes entero que nos mantuvimos en dicho sitio, en cuyo tiempo, que no pareció el barco, nos empleamos en explorar la tierra y visitar las rancherías de los gentiles, que todos nos recibieron de paz y se expresaban alegres de nuestra llegada á su tierra; se portaron corteses volviéndonos la visita, viniendo rancherías enteras con sus regalitos, que procuramos recompensar con otros mejores, á los que se aficionaron luego.

En el registro que hicimos vimos que nos hallábamos en una península, sin mas entrada ni salida que por el rumbo entre Sur y Sur Sueste, que por todos los demás vientos estábamos cercados del mar. Por el Oriente tenemos el brazo de mar que interna al Sueste, aunque por no tener este mas que unas tres leguas de ancho, se ve la tierra y sierra de la otra banda muy clara. Por el Norte está el otro brazo de mar, y por el Poniente y parte del Sur el mar Grande ó Pacífico y ensenada de los Farallones, en que está la boca y entrada de este puerto

Viendo la tardanza del barco, se determinó empezar á cortar madera para las fábricas del presidio cerca de la entrada del puerto, y para las de la mision en este mismo sitio de la Laguna en el plan ó llano que tiene al Poniente. Viendo que al mes de llegados al sitio no parecia el barco ni la órden del comandante Rivera con la remesa de los soldados, determinó el teniente dejarnos seis soldados para escolta en este sitio señalado para la mision, como tambien dejó dos vecinos pobladores, y él se mudó con toda la demás gente cerca de la entrada del puerto, para

empezar á trabajar ínterin llegaba el paquebot. Este entró en el puerto el 18 de agosto, habiendo sido la causa de la demora los vientos contrarios, que lo hicieron bajar hasta los 32 grados de altura. Con la ayuda de los marineros, que el comandante del paquebot repartió al presidio y mision, se hizo para el presidio una pieza para capilla y otra para almacen para custodiar los víveres, y en la mision otra pieza para capilla, y otra con sus divisiones para vivienda de los padres, y los soldados hicieron sus casas así en el presidio como en la mision, todo de madera con su techo de tule.

Hízose la solemne posesion del presidio el dia 17 de setiembre, dia de la impresion de las llagas de nuestro padre San Francisco, patron del presidio y puerto. Canté dicho dia la primera misa después de bendita, adorada y enarbolada la santa cruz, y concluida la funcion con el *Te Deum*, hicieron los señores el acto de posesion en nombre de nuestro soberano, con muchos tiros de cañones de mar y tierra, y de fusilería de la tropa.

Dilatóse la posesion de la mision, esperando llegase la órden del comandante Rivera, é ínterin venia determinaron los señores comandantes del nuevo presidio y paquebot hacer una expedicion por mar para registrar el gran brazo de agua que entra en el puerto, y se interna rumbo al Norte y entra por tierra, á fin de registrar el grande rio de nuestro padre San Francisco, que vacía en la ensenada de los Farallones del mar Grande por la boca del puerto. Salieron para el registro, convenidos en el punto en que se habian de ver para seguir la lancha para el rio Grande, y la de tierra caminando por la orilla de él.

Fué con la lancha el señor capitan del paquebot don Fernando Quirós, teniente de navío, con su primer piloto don José Cañizares: con los dichos fué mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon para tratar y comunicar con los gentiles: navegaron para el Norte hasta ponerse en una punta de tierra en donde se habian de unir ambas expediciones para seguir en conserva el registro. El mismo dia salió el comandante del presidio con la tropa que juzgó necesaria, y caminaron para el Sueste á vista del grande estero ó brazo de mar hasta llegar al término de él, que tiene de largo quince leguas, en cuya punta hallaron un rio mediano, aunque con bastante agua, el que se llamó de Nuestra Señora de Guadalupe. Subiendo algo hácia el Sueste, les dió lugar para cruzarlo á caballo, y puestos á la otra banda del brazo de mar, viendo que tenian que desandar las quince leguas para ponerse á vista y paralelo del puerto, y después tenian que subir para la costa hasta la punta citada para el punto de union con la expedicion de mar, para ahorrar viaje, teniendo á la vista una abra que les ofrecia la sierra con cañadas entre lomas, determinaron entrar por la cañada, á fin de juntarse mas breve con la expedicion de mar, pero les salió al contrario, pues esta fué la causa porque no se pudieron ver en todo el viaje; porque siguiendo por las cañadas que forman las sierra, fueron á salir á una grande llanura muy lejos de la playa, y mucho mas del punto de union para encontrar la expedicion de mar; y considerando que para ir á buscarla se pasaria el tiempo señalado para la union, determinó seguir por aquel dilatado llano, por el que vió corrian cinco rios, que conoció lo serian por las arboledas que de lejos veia, y juzgó correrian por ellas rios, que todos culebreando y viniendo de distintos rumbos, iban á dar hácia el puerto. Caminaron para la primera calle de arboleda que veian, y hallaron era un grande rio todo poblado de grandes y distintos árboles; subieron por su orilla, no atreviéndose á cruzarlo por la mucha agua que traia; hallaron por las orillas algunas rancherías de gentiles, que se manifestaron todos de paz, con quienes comunicaron, y los regalaron con avalorios, á lo que correspondian con pescado, y algunos de ellos los acompañaron rio arriba.

Habiéndoles dado á entender por señas que deseaban cruzar el rio, les dijeron que por allí no se podia, que era menester subir mas arriba; así lo hicieron, y lograron el cruzarlo, aunque con mucho trabajo, y solo por un vado que les enseñaron los indios, que cruzaron con ellos: caminando por aquel dilatado llano, que por ningun rumbo se divisaba cerro, sino que por todos vientos se les hacia horizonte, naciendo y poniéndose el sol como si estuvieran en alta mar, hallando toda la tierra despoblada de gentiles, sin duda por la falta de agua y leña; y solo encontraron gentiles arrimados á la caja del rio por el beneficio del agua y leña; y para librarse bajo la sombra de la grande arboleda de los excesivos calores que hace en aquellos inmensos llanos, como tambien para pescar en el rio, que abunda de pescado, y para la matanza de ciervos, que hay tantos que parece haber estancias de ganado vacuno que pastea no muy apartado del rio, así por estar mas verde el pasto y tener á mano la agua, como para tener cerca el refugio, cuando se ven perseguidos, de tirarse al rio y pasar á nado á la otra parte, aunque no les faltan ardides á los gentiles para cogerlos, manteniéndose mucha parte del año de dicha carne.

Viendo el comandante serle imposible el pasar adelante en el registro de los demás rios, ni del que cruzó para poder ver de dónde venia, se contentó con lo visto y se volvió para este presidio y nos refirió todo lo dicho, y que segun le parecia venia dicho rio de los grandes tulares y de la mucha agua que se ha hallado tras de las misiones de San Antonio y San Luis, rumbo al Oriente.

La expedicion de mar navegó en derechura á la punta en donde se habia de ver con la de tierra; y habiéndose detenido mucho mas tiempo del señalado y que no parecia, registraron la costa,

trataron con los gentiles de las rancherías y de las que viven entre los tulares, que todos se manifestaron de paz, regalándoles de sus pescados, á que correspondieron los nuestros con avalorios y galleta. Navegaron por la gran bahía redonda, que tiene como diez leguas de ancho, hasta donde llegan los ballenatos. Llegaron al desemboque del rio Grande, que tiene un cuarto de legua de ancho, y hallaron cerca del desemboque un grande puerto, que llamaron de la Asuncion de nuestra Señora, no menos famoso y seguro que el de San Diego; divisaron ya cerca la sierra alta de nuestro padre San Francisco, y segun la altura en que se hallaban, por haber navegado en derechura al Norte, les pareció que el remate de dicha sierra, que corria al Poniente, seria el cabo Mendocino.

En el registro que hicieron de la costa por el rumbo de Oeste vieron varios esteritos, y entre ellos uno muy ancho que se internaba mucho, que no se veia el fin. Entraron en sospecha si iria á comunicar con el mar Grande ó Pacífico por el puerto de la Bodega, que siendo así seria isla toda la tierra de la punta de Reyes. Entraron en el registro de este grande estero, que llamaron de Nuestra Señora de la Merced, y habiendo navegado por él un dia una y noche entera, siempre al Poniente, el segundo dia llegaron al término de él, con lo que salieron de la duda y quedaron cerciorados que todo este mar escondido Mediterráneo no tiene mas comunicacion con el Pacífico que por la boca en donde está el fuerte y presidio, que su anchura no pasa de media legua y una de largo, con fuertes corrientes, llevando la mar hácia al Oriente, y vaciando hácia el Poniente en la ensenada de los Farallones, que están al Poniente de la boca del puerto, y está en la altura de 37 grados y 56 minutos desde la punta de Reyes, que forma la ensenada dicha de los Farallones, hasta la entrada de este puerto, hay fondeaderos buenos, en donde fondeados los barcos pueden esperar la creciente para entrar. Lo mismo se ha hallado al lado del Sur, en donde está la punta de Almejas, que es la que forma con la de Reyes la ensenada, aunque no sale tanto como esta. En la dicha punta de Almejas y la boca ó entrada del puerto, hay unos grandes méganos de arena, que desde la mar parecen lo mas altas de tierra blanca, y al pié de ellos hay tambien fondeaderos, como que en ellos han fondeado los barcos, y han entrado las fragatas al puerto por entre los dos montones de Farallones y por entre el monton del Norte y punta de Reyes, que dista como ocho leguas de la entrada del puerto.

Concluido el registro, se volvió la lancha al puerto y se comunicaron ambos comandantes dichas noticias y cuanto habian visto y observado para dar cuenta á su excelencia, y atendiendo á que ya era tiempo de regresarse para San Blas el paquebot, viendo que no venia la órden del comandante Rivera para la fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, resolvieron separarse á tomar posesion y dar principio á ella, como se ejecutó el dia 9 de octubre.

Después de bendecido el sitio y enarbolada la santa cruz, y hecha una procesion con la imágen de nuestro padre san Francisco puesta en unas andas y colocada después en un altar, canté la primera misa, y prediqué de nuestro santo padre como patron de la mision; á cuya fundacion asistió la gente del presidio, del barco y mision, haciendo sus salvas en todas las funciones.

Ninguna de las funciones vieron los gentiles, porque á mediados de agosto desampararon esta península, y con balsas de tule se marcharon unos á las islas despobladas que hay dentro del puerto, y otros á la banda pasando el estrecho. Ocasionó esta novedad el haberles caido de sorpresa la nacion salsona, que eran sus capitales enemigos: viven unas siete leguas distantes, rumbo al Sueste, por las cercanías del brazo de mar; y pegándoles fuego á sus rancherías, mataron é hirieron á muchos, sin poderlo nosotros remediar, porque no lo supimos hasta que se marcharon para la otra banda; y aunque hicimos lo que se pudo para detenerlos, no lo pudimos conseguir.

Esta ida de los naturales fué causa de que se demorase la conversion, porque no se dejaron ver hasta últimos de marzo del siguiente año de 77, que poco á poco se les fué quitando el miedo de sus enemigos y se les fué entrando la confianza en nosotros. Con esto frecuentaron la mision, y con halagos y regalos se fueron atrayendo, y se lograron los primeros bautismos el dia de San Juan Bautista de dicho año 77, y se fueron poco á poco reduciendo y aumentando el número de cristianos de modo que vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados 394, y va continuando el catequismo.

Los naturales de este sitio y puerto son algo trigueños, por lo quemados del sol, aunque los venidos de la otra banda del puerto y del estero (de los que han venido ya á avecindarse en la mision, y quedan ya bautizados) son mas blancos y corpulentos. Todos acostumbran, así hombres como mujeres, cortarse el pelo á menudo, principalmente cuando se les muere algun pariente, ó que tienen alguna pesadumbre, y en estos casos se echan puñados de ceniza sobre la cabeza, en la cara y demás partes del cuerpo, lo que practican cuasi todos los conquistados, aunque no en cuanto á cortarse el pelo, pues los de los establecimientos del Sur parece que tienen su vanidad en él, así hombres como mujeres, haciendo estas, que lo crian bastante largo, unas grandes trenzas bien peinadas; y los hombres forman como un turbante, que les sirve de bolsa para guardar en la cabeza los avalorios y demás chucherías que se les da.

En ninguna de las misiones que pueblan el tramo de mas de doscientas leguas desde esta mi-

sion hasta la de San Diego, no se ha hallado en ellas idolatría alguna, sino una mera infidelidad negativa; pues no se ha hallado la menor dificultad en creer cualquiera de los misterios: solo se han hallado entre ellos algunas supersticiones y vanas observancias, y entre los viejos algunos embustes, diciendo que ellos envian el agua, hacen la bellota etc., que hacen bajar las ballenas, el pescado, etc. Pero fácilmente se convencen y quedan corridos y tenidos de los mismos gentiles por embusteros, y que lo dicen por el interés de que los regalen. Siempre que enferman atribuyen á que algun indio enemigo les ha hecho daño, y queman á los que mueren gentiles, sin habérselos podido quitar, á diferencia de los del Sur, que los entierran, y muchas rancherías, principalmente las de la canal de Santa Bárbara, tienen sus cementerios cercados para el entierro.

Manteníanse los gentiles de este puerto de las semillas de las yerbas del campo, corriendo á cargo de las mujeres el recogerlas cuando están de sazon, las que muelen y hacen harina para sus atoles, y entre ellas tienen una especie de semilla negra, y de su harina hacen unos tamales, á modo de bolas, del tamaño de una naranja, que son muy sabrosos, que parecen de almendra tostada muy mantecosa. Ayúdanse para su manutencion del pescado que de distintas especies cogen en las costas de ambos mares, todo muy sano y sabroso, como tambien del marisco, que nunca les falta, de varias especies de almejas, como tambien de la caza de venados, conejos, ánsares, patos, codornices y tordos. Logran alguna ocasion el que vare en la playa alguna ballena, lo que celebran con gran fiesta por lo muy aficionados que son á su carne, que es todo unto ó manteca; hacen de ella trozos, la asan bajo de tierra, y la cuelgan en los árboles, y cuando quieren comer, cortan un pedazo y lo comen junto con otra de sus viandas: lo mismo hacen con el lobo marino, que les cuadra no menos que la ballena porque es toda manteca.

Tienen bellota, de la que molida, hacen sus atoles y bolas. Hay tambien por los montes inmediatos y cañadas, avellanas segun y como las de España; y por las lomas y méganos de arena hay mucha fresa muy sabrosa y mas grande que la de España, que se da por los meses de mayo y junio, como tambien moras de zarza: tienen en todos los campos y lomas abundancia de amole, que es del tamaño de la cebolla, de cabeza larga y redonda, y de esta hacen unas hornadas bajo de tierra, y sobre ella hacen lumbre tres ó cuatro dias, hasta que conocen está bien asada, la sacan y la comen, que es dulce y sabrosa como la conserva. Tienen otra especie de amole, que no se come por no ser dulce; pero sirve de jabon, haciendo espuma y quitando las manchas lo mismo que el jabon de Castilla.

Aunque los gentiles poco lo necesitan por no tener mas ropa que la que les dió la naturaleza, y así como Adamitas se presentan sin el menor rubor ni vergüenza (esto es, los hombres), y para librarse del frio que todo el año hace en esta mision, principalmente en las mañanas, se embarran con lodo diciendo que les preserva de él, y en cuanto empieza á calentar el sol se lavan: las mujeres andan algo honestas, hasta las muchachas chiquitas: usan para la honestidad un delantar que hacen de hilos de tule ó juncia, que no pasa de la rodilla, y otro atrás amarrados á la cintura, que ambos forman como unas enaguas, con que se presentan con alguna honestidad, y en las espaldas se ponen otros semejantes para librarse en alguna manera del frio.

Tienen sus casamientos sin mas ceremonia que el convenio de ambos, que dura hasta que riñen y se apartan, juntándose con otro ó con otra, siguiendo los hijos á la madre de ordinario: no tienen mas expresion para decir que se deshizo su matrimonio que decir: ya la tiré ó lo tiré; no obstante, se han hallado muchos casamientos de mozos y viejos que viven muy unidos y con mucha paz, estimando mucho á sus hijos y estos á sus padres. No conocen para sus casamientos el parentesco de afinidad, antes bien este los incita á recibir por sus propias mujeres á sus cuñadas y aun á las suegras, y la costumbre que observan es que el que logra una mujer, tiene por suyas á todas sus hermanas, teniendo muchas mujeres sin que entre ellas se experimente ninguna emulacion, mirando á los hijos de sus hermanas, segunda ó tercera mujer, con el mismo amor que á sus propios hijos, viviendo todos en una misma casa.

Ya hemos logrado en esta mision el bautizar á tres párvulos nacidos dentro de dos meses, hijos de un gentil y de tres hermanas, todas mujeres suyas; y no contento con esto tenia tambien su propia suegra; pero quiso Dios se lograse su conversion y la de sus cuatro mujeres, quedándose solo con la hermana mayor, que habia sido su primera mujer, y las demás después de bautizadas se casaron con otros neófitos segun el ritual romano: y con este ejemplar, y con lo que se les va predicando, van dejando la multiplicidad de mujeres y se van reduciendo á nuestra santa fe católica, y todos los reducidos viven en pueblo bajo de campana, asistiendo dos veces al dia á la iglesia á rezar la doctrina cristiana, manteniéndose de comunidad de las cosechas que llevan de trigo, maíz, frijol, etc. Logran ya frutas de las de Castilla de duraznos, melocotones, granadas etc., que se sembraron desde el principio. Visten todos de comunidad de las ropas que les solicitan los padres de Méjico de cuenta del señor síndico, y de limosna de algunos bienhechores. Y es digno de reparo, que no teniendo antes del bautismo el menor rubor ni vergüenza, lo mismo es quedar bautizados, que ya les entra tal rubor acabados de bautizar, que si es menester mudar

calzones ó paños de honestidad por ser chicos, se esconden y ya no se descubren delante de otros, y mucho menos delante del padre. Todo lo expresado de los naturales de este puerto y sus cercanías se halla en los demás de las otras misiones con poca diferencia, no obstante de ser distintos idiomas.

CAPITULO XLVI.

FUNDACION DE LA MISION DE LA MADRE SANTA CLARA.

La carta que recibió por el mes de setiembre de 76 en San Diego el comandante don Fernando Rivera del excelentísimo señor virey, que daba ya por fundadas estas dos misiones del puerto de San Francisco nuestro padre, siendo así que no solo no habia dado paso á ello, sino que tenia consigo los doce soldados pertenecientes á ellas, teniendo mucho cuidado, y para salir se puso en camino con dicha tropa para verificar dichas fundaciones; y llegado á Monterey tuvo la noticia de estar ya fundada esta de nuestro padre San Francisco; y para dar mano á la segunda vino á hacer el registro con el padre fray Tomás de la Peña, uno de los ministros señalados; y llegando á unos grandes llanos nombrados de San Bernardino, caminaron por ellos hasta llegar al remate del brazo de mar del puerto de San Francisco, que corre al Sueste.

Hallaron en un rio con mucha agua, que tiene su nacimiento como tres leguas del remate del grande estero ó brazo de mar dicho del Sueste, en el que vacía dicho rio; y por las cercanías encontraron varios ojos de agua corriente, que podian servir para beneficiar las muchas y buenas tierras de dicho llano, todas pobladas de rancherías de gentiles y de muchos y grandes robles. Pareció, así al comandante Rivera como al padre Peña, el sitio muy al propósito para una grande mision; con ese gusto se vinieron para esta de nuestro padre, en donde llegaron el 26 de noviembre, y convenidos en que en dicho sitio se pondria la mision, se quedó el padre fray Tomás, y el comandante se fué á visitar el nuevo presidio de nuestro padre, que no habia visto; y de allí el dia 30 se volvió para el de Monterey, á fin de enviar la tropa y que viniese con ella el padre fray José Murguía con los avíos, que estaban en la mision de San Cárlos, pertenecientes á la nueva mision.

A últimos de diciembre llegó la tropa con sus familias, y salió el padre fray Tomás con el teniente comandante del presidio y demás gente para la fundacion el dia 6 de enero de 77; y habiendo llegado al registrado paraje, que dista quince leguas rumbo al Sueste de esta mision, hicieron una cruz, que bendita y adorada enarbolaron, y bajo de enramada formaron el altar, dijo el padre Peña la misa primera el dia 12 de enero, y á pocos dias se le juntó su padre compañero, que llegó con los avíos de la mision.

En breve frecuentaron los gentiles á visitarlos y regalarlos. Lograron por mayo del dicho año los primeros bautismos, porque habiendo entrado una grande epidemia en los párvulos, lograron el bautismo muchos con el trabajo de ir los padres por las rancherías; con lo que consiguieron el enviar á muchos párvulos, que acabados de bautizar murieron, al cielo, como primicia, para que pidiesen á Dios por la conversion de sus parientes y conterráneos, de los que se van logrando muchos, gracias á Dios, pues vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados en solo esta mision 669, continuando sin novedad en el catequismo y aumentándose el número de cristianos.

Esta mision logra casi el mejor sitio de todo lo conquistado, pues está fundada en los grandes llanos de San Bernardino, que tienen mas de treinta leguas de largo, y de ancho tres, cuatro y cinco; tiene buenas tierras para labores, y logran grandes cosechas de trigo y maíz, y toda especie de legumbres, no solo para que se mantengan los neófitos, sino para regalar á los gentiles para atraerlos al gremio de la santa Iglesia, como tambien para proveer á la tropa de los presidios á trueque de ropa para vestir á los neófitos. Logra abundancia de agua, no solo del rio de Nuestra Señora de Guadalupe, que dista como un cuarto de legua de las casas de la mision, del que logran buenas truchas por el verano, que he visto pesar una cuatro libras, de la que comí, y me pareció ser trucha asalmonada, muy sabrosa. A mas de la abundancia de agua del rio, tiene varios manantiales que corriendo por zanjas la conducen á las sementeras para regarlas: logran ya con abundancia de las frutas de España de cuantas se han sembrado, nacidos todos los frutales de los huesos y pepitas que se sembraron al principio, hasta de la uva.

Tiene aquel grande llano muchos manchones de arboledas de robles, que cargan de bellota, con que se mantienen los gentiles, ayudándose con las semillas del campo, como queda dicho de los de San Francisco nuestro padre. Logran asimismo la avellana, que bajan de la sierra del Poniente, como tres leguas de la mision; pero carecen de la fresa y del marisco y almeja, por estar muy apartados de la playa, como tambien del pescado, no logrando mas que la trucha en el verano, y no con mucha abundancia. Los naturales son de la misma lengua que los del puerto de San Francisco, pues es muy poca la diferencia en los términos. Son de las mismas costumbres que los del puerto, del que dista esta mision como quince leguas, del de Monterey veintisiete, y del remate del brazo de mar ó estero grande como dos leguas: tiene al Poniente el mar Pacífico, como doce leguas de sierra, toda poblada de gentilidad, y en su costa, casi en frente de esta

mision; viene á caer la punta del Año Nuevo, que con la de Pinos forma la grande ensenada del puerto de Monterey.

Están los llanos de San Bernardino muy poblados de rancherías de gentiles, y muchos de ellos ocurren á esta mision de Santa Clara, así hombres como mujeres, principalmente en tiempo de cosechas, por lo mucho que comen y llevan para sus rancherías. En una de estas ocaciones repararon los padres ministros de esta mision que entre las mujeres gentiles, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, habia una que segun el traje que traia de tapada honestamente, y segun el adorno gentílico que cargaba, y en el modo de trabajar, sentarse, etc., era indicio de ser mujer; pero segun el aspecto de la cara, y sin pechos, teniendo bastante edad, y llamando esto la atencion, preguntaron los padres á algunos cristianos nuevos, y les dijeron que era hombre, que iba como mujer y siempre iba con ellas, y no con los hombres, y que no era bueno que anduviese así.

Juzgando los padres en ello alguna malicia, quisieron averiguarlo; valiéronse del cabo de la escolta, encargándole estuviese á la vista y tomase algun pretexto para llevarlo á la guardia; y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase con el de los hombres gentiles, que es el que traia Adan en el paraíso antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole las nagüitas, quedó mas avergonzado que si hubiera sido mujer. Tuviéronle así tres dias en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; pero se mantuvo siempre muy triste, avergonzado, y después de haberle expresado que no estaba bueno el ir con aquel traje, y menos el meterse entre las mujeres, con quienes se presumia estaria pecando, le dieron su libertad y se marchó, y jamás se ha vuelto á ver en la mision, y por los neófitos se ha sabido está en las rancherías de los gentiles, como antes, en el traje de mujer, sin poder averiguar el fin, pues no se les pudo sacar otra cosa á los neófitos sino la expresion de que no estaba bueno.

Pero en la mision de San Antonio se pudo algo averiguar, pues avisando á los padres, que en una de las casas de los neófitos se habian metido dos gentiles, el uno con el traje natural de ellos y el otro con el traje de mujer, expresándolo con el nombre de Joya, que dicen llamarlos así en su lengua nativa, fué luego el padre misionero con el cabo y un soldado á la casa á ver lo que buscaban, y los hallaron en el acto de pecado nefando. Castigáronlos, aunque no con la pena merecida, y afeáronles el hecho tan enorme, y respondió el gentil que aquella Joya era su mujer, y habiéndoles reprendido, no se han vuelto á ver ni en la mision, ni en sus contornos, ni en las demás misiones se ha visto tan execrable gente. Solo en el tramo de la canal de Santa Bárbara se hallan muchas joyas, pues raro es el pueblo donde no se ven dos ó tres; pero esperamos en Dios que así como se vaya poblando de misiones, se irá despoblando de tan maldita gente, y se desterrará tan abominable vicio, plantándose en aquella tierra la fe católica, y con ella todas las demás virtudes para mayor gloria de Dios y bien de aquellos pobres ignorantes.

CAPITULO XLVII.

VISITA EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y SE FUNDA UN PUEBLO DE ESPAÑOLES.

Queda dicho en el capítulo 43 cómo habiendo llegado á su mision de San Cárlos por el mes de enero de 77 el venerable padre presidente, tuvo la alegre noticia de las fundaciones de estas dos misiones, las mas setentrionales del puerto de San Francisco nuestro padre, las que desde luego habria venido á visitar supuesto que no pudo asistir á su fundacion. Pero se le dilataron sus deseos con la noticia de que subia el señor gobernador don Felipe Neve á poner su residencia en el presidio de Monterey, á donde llegó el dia 3 de febrero del dicho año de 77, por cuya razon y de tratar entre los dos los negocios de esta espiritual conquista y cotejar las órdenes que ambos tenian del excelentísimo señor virey para sus adelantamientos, se hubo de detener en la mision de San Cárlos, ínterin dicho señor concluia la visita, como en efecto subió hasta el presidio de San Francisco á últimos de abril.

A vuelta de la dicha visita acordaron ambos lo importante que era la fundacion de tres misiones en la canal de Santa Bárbara para la reduccion de tanta gentilidad como la puebla, y para asegurar el giro de la comunicacion de los establecimientos del Norte con las del Sur, y así convenidos de acuerdo lo consultaron á su excelencia por junio de 77 con la fragata que condujo los víveres y memorias, y se regresó para San Blas.

Evacuadas estas precisas diligencias de oficio, sin olvidar las del ministerio apóstolico de catequizar y bautizar á los gentiles y educar á los neófitos, en que se empleaba el tiempo que residia en su mision, luego que se halló con hueco para salir á la visita, vino á la mision de Santa Clara, á donde llegó el dia 28 de setiembre, y el siguiente dia del príncipe y arcángel San Miguel cantó la misa y predicó; y habiendo permanecido y descansado el siguiente, siguió su camino para esta última mision de nuestro padre el dia 1º de octubre, que siendo la jornada de quince leguas, la hizo en un dia con parte de la noche, por lo que llegó muy fatigado.

Celebró en esta mision el dia de nuestro seráfico padre san Francisco, patron de la mision, presidio y puerto, cuya fiesta se hizo con la solemnidad posible: cantó su reverencia la misa, y predicó en ella con alegría de todos, así misio-

neros, que nos juntamos cuatro, como de la tropa de la mision y la del presidio que vino, la que no fué precisa para la guardia de él, y con mucho júbilo de los nuevos cristianos, que ya contábamos diez y siete, todos adultos.

Mantúvose en esta mision hasta el dia 10 de dicho mes, en cuyo tiempo descansó de la caminata de cuarenta y dos leguas que dista Monterey; fué á ver el nuevo presidio y el puerto que jamás habia visto; y mirando que ya no se podia pasar adelante sin embarcacion, prorumpió con el gracias *á Dios*, que era muy frecuente en sus labios: *Ya nuestro padre san Francisco con la santa cruz de la procesion de misiones, llegó al último término del continente de la California, pues para pasar adelante es necesaria embarcacion.*

En esta nueva California habia cuando el venerable padre presidente hizo la primera visita á esta mision solo ocho misiones, y quedando grandes tramos entre una y otra, decia el fervoroso padre: "Esta procesion de misiones está muy " trunca; es preciso que sea vistosa á Dios y á " los hombres, que corra seguida; ya tengo pe- " dida la fundacion de tres en el canal de Santa " Bárbara: ayúdenme á pedir á Dios se consiga, " y después trabajaremos para llenar los otros " huecos." De modo que los fervorosos deseos del venerable prelado era de que se convirtiese toda la gentilidad que puebla las doscientas diez leguas de costa, que poblándose de misiones en proporcionadas distancias, cayesen todos en la red apostólica, si no en la de una mision, cayese en la otra, y con esto se aumentasen en gran manera los hijos de Dios y de la santa Iglesia. Con estos fervorosos y abrasados deseos salió de esta mision, pasó á la de Santa Clara, y descansando un par de dias, se retiró á su mision de San Cárlos.

FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES TITULADO SAN JOSÉ DE GUADALUPE.

Para dar fomento y estabilidad á esta espiritual conquista, encargó el excelentísimo señor virey al nuevo gobernador D. Felipe Neve, que procurase poblar la tierra con algunos pueblos de gente española, que se ocupasen en el laborío de las tierras y crias de ganados y bestias, para que sirviesen de fomento para estas adquisiciones. Y teniendo presente dicho señor este superior encargo, habiendo visto cuando vino á la visita del real presidio de este puerto los grandes llanos en que está la mision de Santa Clara, la mucha tierra que se podia regar con la abundancia de agua del rio nombrado Nuestra Señora de Guadalupe; juntó á los pobladores que habian venido con la expedicion de Sonora, y agregándoles otros, les señaló sitio y repartió tierras para formar un pueblo titulado de San José de Guadalupe, señalándoles para la ubicacion arriba de la mision de Santa Clara, al otro lado del rio hácia el nacimiento de él, nombrado de Guadalupe, distante de las casas de la mision tres cuartos de legua.

En dicho sitio formaron los colonos su pueblo, dando principio á él los primeros dias de noviembre de 1777, á los que les han agregado otros vecinos, y todos gobernados por un alcalde de los mismos vecinos, subordinado al gobernador de la provincia, escoltados de tres soldados y un cabo, ocurriendo todos á oir misa á la mision. Se mantienen de las cosechas que logran de trigo, maíz y frijol, y con lo sobrante que venden para la tropa se visten, teniendo para el mismo fin crias de ganados mayor y menor, y de las yeguas para proveer la tropa de caballos, etc.

CAPITULO XLVIII.

RECIBE EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO LA FACULTAD APOSTÓLICA PARA CONFIRMAR; EJERCÍTALA EN SU MISION, Y SE EMBARCA PARA HACER LO MISMO EN LAS MISIONES DEL SUR.

Habiendo llegado el venerable padre presidente fray Junípero á la California con los quince compañeros el año de 68, como queda dicho en el capítulo 13, en cuanto tomó posesion de aquellas misiones, que administraban los padres de la Compañía de Jesús, enterado del estado de ellas, halló entre los papeles de dichos padres la facultad que les habia concedido nuestro santísimo Padre el Señor Benedicto XIV de poder confirmar, en atencion á la gran dificultad de pasar á la California algun ilustrísimo señor obispo. Considerando el venerable prelado que subsistia la misma dificultad, le entró el escrúpulo de que los neófitos se privasen de tanto bien, y así no quiso ser omiso en procurar la misma facultad; para lo que escribió al reverendo padre guardian, remitiéndole la bula del Sr. Benedicto, á fin de que por medio del reverendo padre prefecto de las misiones se pidiese á la silla apostólica la dicha facultad, representando los mismos motivos que representaron los padres jesuítas.

Quien ve que el reverendo padre Junípero solicita la facultad que es peculiar y ordinaria á los señores obispos, ¿no dirá ó juzgará que mucho mas anhelaria á la alta y honrosa dignidad episcopal? Pero estuvo tan lejos de apetecerla ni de desearla, que antes bien su profunda humildad y fervorosos deseos de trabajar en la viña del Señor, le hizo arbitrar medios para huir de ella. Habiendo dado noticia á su reverencia después de la conquista y establecimiento de Monterey, que un palaciego ó cortesano de Madrid habia escrito al reverendo padre guardian de nuestro colegio, que lo era el que es hoy señor obispo del nuevo reino de Leon, el ilustrísimo señor Verger, *de que al reverendo padre Junípero se le esperaba una grande honra;* luego que supo esta noticia, receloso su reverencia de no perder delante de Dios el mérito de lo que habia trabajado para

estas espirituales conquistas, recibiendo el premio en el mundo por dicha honra que se le vaticinaba, hizo luego su reverencia propósito (no digo voto, aunque á esto me inclino, porque no se me explicó claramente) de no admitir empleo alguno mientras estuviera en su libertad que lo imposibilitase el vivir en el ministerio apostólico de misionero de infieles, y de derramar su sangre por su conversion, si fuera la voluntad de Dios.

No se contentó el humilde padre con solo esto, sino que procuró poner otros medios para impedir lo que se podia recelar, y fué que en cuanto tuvo dicho recelo, paró en escribir á quien podia alcanzarle tal honra y dignidad. Después del descubrimiento y poblaciones de los puertos de San Diego y Monterey, recibió una carta de Madrid de un personaje de aquella corte que jamás habia conocido ni oido nombrar, en la que le decia: *Que le constaba que su reverencia estaba muy ameritado para el rey y su real consejo; que viese si se le ofrecia alguna cosa, que estaba pronto para servirle; que se valiese de él, que seria su buen agente.* Leyó su reverencia la carta, y entendiendo á lo que se encaminaba, le respondió de modo que mas podia servirle de fiscal para el intento que no para agente.

De lo dicho se puede inferir si anhelaria el reverendo padre Junípero á la dignidad ó grande honra que le profetizaba el cortesano. Lo que sí deseaba con vivas ansias, era la facultad de confirmar, no para sí, sino para alguno de los misioneros, para que andando por las misiones confirmara á los neófitos y no se privasen de tanto bien espiritual de los efectos de este santo sacramento.

Corrió la diligencia en la curia romana el reverendo padre prefecto, y se dignó la santidad de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIV, de concederla el dia 16 de julio de 1774 por el tiempo de diez años al reverendo padre prefecto de misiones, y á un religioso de cada uno de los cuatro colegios que nombrase el dicho padre prefecto. Comunicándole la misma facultad, obtuvo este breve apostólico el pase del real consejo de Madrid, y en Méjico el del excelentísimo señor virey y el real acuerdo, y llegado por estos pasos á manos del reverendo padre prefecto, nombró por lo que pertenecia á las misiones del colegio de San Fernando por patente de 17 de octubre de 1777, sellada y refrendada de su secretario, al padre fray Junípero Serra, presidente que era de estas misiones, y á su sucesor, la que recibió su reverencia á últimos de junio de 78.

En cuanto el venerable padre Junípero recibió la patente con la facultad apostólica para confirmar, enterado de las instruciones de la sagrada congregacion para el uso de ella, no quiso tenerla ociosa, y así el dia primero festivo que se siguió después del recibo de ella, que fué el dia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, después de haber cantado la misa y hecho una fervorosa plática del santo sacramento de la confirmacion, dió principio en su mision de San Cárlos, confirmando á los párvulos mientras iba preparando é instruyendo á los adultos, en cuyo ejercicio y en confirmar á los dispuestos, se empleó hasta el 25 de agosto que se embarcó en la fragata que habia traido las memorias y víveres, y bajaba á San Diego con el fin de practicar lo mismo en aquella mision y demás del rumbo del Sur.

Llegó á San Diego el 15 de setiembre después de veintitres dias de navegacion, que la hicieron mas larga los vientos contrarios. Detúvose en la mision de San Diego hasta el 8 de octubre, en cuyo tiempo confirmó á los neófitos de ella y á los hijos de la tropa que carecian de este sacramento; y concluido en ella, se fué subiendo de mision en mision practicando lo mismo, y el 5 de enero de 1779 llegó á su mision de San Cárlos cargado de méritos y de trabajos que para ello padeció en tan largo camino con el habitual accidente del pié, del que no sentia mejoría.

CAPITULO XLIX.

CONTINÚA CONFIRMANDO EN SU MISION: RECIBE LA NOTICIA DEL NUEVO SUPERIOR GOBIERNO: VIENE Á VISITAR Y Á CONFIRMAR EN ESTAS MISIONES DEL NORTE, EN DONDE RECIBIÓ LA NOTICIA DE LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY BUCARELI.

El retiro á su mision de San Cárlos, que al parecer le habia de servir de descanso, era para mas ejercitarse en el ministerio apostólico, pues luego se puso á la continua labor del catequismo de los gentiles, y ya instruidos, en bautizarlos y disponer á los neófitos para confirmarlos, en cuyos santos ejercicios se mantuvo mientras estaba en su mision, y siempre que se regresaba á ella, le parecia, por lo que veia en los demás, que él era el mas perezoso y tibio, pues solia decir: "Edificado vengo de lo que trabajan y he visto han trabajado en las demás misiones; aquí siempre nos quedamos atrás."

En este cotidiano ejercicio se hallaba el fervoroso padre cuando por junio de 79 por la fragata que llegó con los víveres y avíos, recibió la noticia de haber segregado del gobierno del excelentísimo señor virey de la Nueva España, todas las provincias internas, contando entre ellas las Californias, y creado por su majestad un comandante y un capitan general como jefe de todas ellas, que lo era don Teodoro de Croix, cuya residencia habia de ser en la provincia de Sonora, á quien se habia de reunir, como que en él residia el superior gobierno de las internas provincias de la Nueva España.

Esta novedad tan impensada en estos nuevos establecimientos no dejó de contristar á su reve-

rencia (aunque siempre muy resignado á la voluntad de Dios, en quien tenia puesta su confianza). Consideraba que mientras el nuevo jefe tomaba asiento, ponia en corriente su comandancia y se imponia en tantos asuntos que de nuevo entraban a su cargo, podia retardar las providencias para estos nuevos establecimientos, y principalmente las fundaciones de la Canal, que el año anterior con acuerdo del señor gobernador habia pedido al excelentísimo señor virey; y no corriendo ya á su cargo era preciso hubiese demora. Pero el afecto grande que el excelentísimo señor Bucareli habia cobrado al venerable padre Junípero y la atencion que le debian sus espirituales proyectos, no le dieron lugar á olvidarlos, sino que los recomendó al nuevo comandante, como lo expresa la carta que dicho señor comandante general antes de llegar á su destino escribió al venerable padre presidente, de la que es copia la siguiente.

COPIA DE LA CARTA DEL COMANDANTE GENERAL.

"Los informes de su excelencia y el contenido " de las cartas que vuestra paternidad le dirige, " me persuaden la actividad de su celo, su reli- " giosidad y prudencia en el gobierno de esas mi- " siones, y trato de los indios y solicitud de su " verdadera felicidad Yo en el dia no puedo re- " solver en los auxilios que vuestra paternidad " pide por los motivos que manifiesto á ese go- " bernador; mas espero brevemente hallarme en " estado de satisfacer su celo y de trabajar infa- " tigable al bien de esos nuevos establecimientos, " para cuyo logro confio contribuya vuestra pa- " ternidad no solo continuando su acertadísima " conducta, sino ilustrándome con sus avisos y " reflexiones.

"Vuestra paternidad hallará en mí cuanto pue- " da desear para la propagacion de la fe y gloria " de la religion, y le encargo que con todos los " religiosos ruegue á Dios por la prosperidad y " buen éxito de mis importantes comisiones, co- " mo yo le pido por la salud de vuestra paterni- " dad y que en ella le guarde muchos años. Que- " rétaro, 15 de agosto de 1775.—El caballero de " Croix.—Muy reverendo padre presidente fray " Junípero Serra."

Esta carta que tardó algo á llegar á manos del venerable padre presidente mitigó algo la pena que tenia en su corazon. Consideraba la demora ya premeditada con la mutacion de gobierno tan distante de Méjico, y en la capital de la comandancia no tener quien pudiese dar calor como lo tenia en Méjico con el colegio. Estas consideraciones le hacian avivar mas las oraciones á Dios para que mirase esta causa como tan suya. Agravósele el habitual accidente que no le dió lugar á venir á estas misiones del Norte á confirmar hasta octubre en el tiempo que estaban fondeadas en este puerto las dos fragatas que venian del registro de la costa de la altura de que hablé en el capítulo 33.

Deseaban los señores oficiales de dichas fragatas, así los capitanes como el comandante de la expedicion (que todos lo habian tratado en Monterey), el ver á su reverencia; pero habiendo escrito que segun se hallaba no juzgaba el poderse poner en camino, lo hicieron los señores enviando el comandante don Ignacio Arteaga á los dos capitanes, su segundo don Fernando Quirós y á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, á fin únicamente de visitar á su reverencia, enviando al mismo tiempo uno de los cirujanos reales de la expedicion para medicinarlo. Logré la ocasion de acompañar á los señores deseoso de ver á mi amado padre lector. Llegamos el dia 11 de octubre á la mision de Santa Clara, y en la misma hora y punto llegó tambien el venerable padre Junípero, que de repente se le puso el ponerse en camino para estas misiones á fin de hacer confirmaciones y de paso lograr ver á los señores de la expedicion, atropellando con el accidente y poniendo toda la confianza en Dios; pero llegó tal que no se podia tener en pié, y no era para menos, pues anduvo en dos dias el camino de veintisiete leguas; y cuando los señores y cirujanos vieron la hinchazon de la pierna y pié con la llaga, decian que solo de milagro podia andar; pero lo que es cierto que anduvo dicho camino y nos dejó á todos llenos de gozo y admiracion por la casualidad de llegar á un mismo tiempo su reverencia que venia del Sur y nosotros del Norte, sin que precediese aviso ni de una parte ni de otra. Expresaron los señores con extraordinarias demostraciones el gusto que tenian de ver á su reverencia, haciéndole el cumplimiento de parte del señor comandante.

El dia siguiente que trató el cirujano de aplicarle algun remedio, le dijo su reverencia: Mejor será que lo dejemos para cuando lleguemos á la mision de nuestro padre, no sea que se empeore y me imposibilite: así anduvo á pié como si tal accidente no tuviera, y lo que mas admiró fué, el que luego que se puso á bautizar unos catecúmenos, para lo que convidó á los señores para padrinos, que quedaron admirados de que pudiese su reverencia estar en pié tanto como duró la funcion, que decian los capitanes que se habian cansado, aunque muy enternecidos de la devocion con que el reverendo padre hacia las santas ceremonias del bautismo de los adultos.

Nos mantuvimos dos dias en la mision, y el dia 14 salimos para esta de nuestro seráfico padre, en que gastamos dia y medio para andar las quince leguas, y así llegamos el dia 15. Fué su llegada de extraordinaria alegría y gozo para toda la gente, así de mar como de tierra; dió las gracias al señor comandante de la fineza de haberle enviado á los señores, como tambien los parabienes de la felicidad de la expedicion. "No sé, dijo su re- " verencia, con qué corresponder á tanta fineza.

" Corresponderé con confirmarle los muchos de " la tripulacion que no estarán confirmados, y así " podrá dar la órden para que se preparen para " ello." Así lo hizo, y el dia 21 de dicho octubre, después de la misa cantada, en la que hizo una fervorosa plática del santo sacramento de lac onfirmacion, la administró así á los indios como á los españoles y gente de mar que no estaban confirmados; y continuó otros tres dias en hacer confirmaciones para que no quedase persona alguna sin confirmar; y bautizó á doce gentiles, convidando á los señores oficiales para padrinos, que lo agradecieron mucho, é inmediatamente los confirmó, como tambien tuvo el gusto de confirmar los tres recien bautizados del puerto de Bucarcli.

En sólo este santo ejercicio pensaba su reverencia, olvidando totalmente su accidente; pero no se olvidaron los señores cirujanos, y queriendo ponerlo en cura se excusó, diciendo: que con lo que habia descansado se sentia mejor; que el accidente sin duda como de tantos años necesitaria de larga cura, y como su detencion era de pocos dias, seria por demás el empezar la cura; que mejor seria el dejarla para el Médico divino.

A los nueve dias de estar su reverencia en esta mision, llegó correo por tierra de la antigua California con la triste noticia de la muerte del excelentísimo señor virey Bucareli y de la publicacion de la guerra con Inglaterra, que causó á todos gran tristeza, por haber perdido un tan celoso virey; y esta funesta noticia, junto con la publicacion de la guerra, obligó á los señores á navegar cuanto antes para San Blas: así lo practicaron saliendo de este puerto el último dia de octubre, quedando en esa mision el venerable padre presidente, para quien fué mayor la pena de la muerte de su grande bienhechor y protector para esta espiritual conquista el excelentísimo señor Bucareli, que aunque ya no no corria esta provincia á cargo del vireinato, sino de la nueva comandancia general, consideraba que mucho podria valer su permanencia en el vireinato, á lo menos para contener los atrasos que pudieran ocurrir. Con esta pena, aunque siempre confiado en Dios, salió mi venerable padre presidente de esta mision el dia 6 de noviembre, dejando confirmados á todos los neófitos, y pasó á practicar lo propio á la mision de Santa Clara, en la que se detuvo algunos dias para confirmar así á los neófitos como á los de la tropa y vecinos del pueblos de San José de Guadalupe que no estaban confirmados, y con este mérito y algo aliviado de su accidente, se retiró á su mision de San Cárlos.



CAPITULO L.

SUSCITA EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DIFICULTADES SOBRE LA FACULTAD DE CONFIRMAR, Y CON RECURSO Á LA COMANDANCIA LO IMPIDE, Y SALE DECIDIDO Á FAVOR DE LA FACULTAD: VIENE Á CONFIRMAR Á ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y DE VUELTA MUERE SU AMADO COMPAÑERO Y DISCÍPULO EL PADRE FRAY JUAN CRESPI.

No sin fundamento recelaba el venerable padre Junípero que podria hacer alguna falta para el bien de estos establecimientos aun la sombra del excelentísimo señor Bucareli, cuanto mas su autoridad en el gobierno; pues en cuanto ya esta provincia no corria á su cargo, empezó á experimentar tales disposiciones, que no solo eran impeditivas á la extension, sino destructivas de lo conquistado si se ponian en planta. Procuraba el venerable padre con su gran prudencia y paciencia al autor de dichas indisposiciones (que era el que gobernaba la provincia, que el excelentísimo señor Bucareli lo habia enviado para dar fomento y calor á la espiritual conquista) cuantas razones le dictaba su mucha práctica y alto alcance, á fin de contener dichas disposiciones y providencias por las fatales consecuencias que de ellas se seguian á lo ya reducido y conquistado.

Pero las eficaces razones que le proponia, le hacian al parecer tan poca fuerza para convencerlo y contenerlo, que antes iba cada dia ideando otras, sacando nuevos proyectos para impedir los adelantamientos de las misiones fundadas, que corrian con grande aumento en lo espiritual y temporal. Todos estos medios de que se valia el enemigo para mortificar á este fervoroso prelado, los sufria con mucha paciencia y grande paz interior, no obstante que le penetraban su corazon y le eran mas sensibles que las penetrantes saetas que le pudiesen disparar los mas bárbaros y feroces gentiles. Omitiendo muchos casos que en prueba de lo dicho podia referir, apuntaré solo uno, y esto solamente para hilar la historieta, y no se eche menos la visita del venerable padre presidente á las misiones, para confirmar el año de 80, atribuyéndoselo á omision.

Suscitó dicho señor gobernador la dificultad si se podria usar de la facultad de confirmar, porque no tenia el pase del real patronato ó vice-patronato; y respondiéndole su reverencia que sí lo tenia, pues habia pasado en Madrid por el real consejo, y en Méjico por su excelencia y real acuerdo, que ya hacia un año que usaba de ella, sin que le hubiese entrado hasta la presente tal escrúpulo. Díjole que le enseñase la patente y todos los instrumentos concernientes á la dicha facultad, y pidiéndole el pase, le respondió que el original quedaba en el archivo del reve-

30

rendo padre prefecto, que el instrumento necesario y suficiente era la patente firmada, sellada y refrendada por el secretario, y para que le constase tener el pase de su excelencia, y de consiguiente el del real consejo, que leyese aquella carta del excelentísimo señor Bucareli (que le puso en sus manos) en que le daba los parabienes de que hubiese recibido la facultad de confirmar, y de los muchos que el año anterior habia confirmado.

Díjole que esto no servia, porque las provincias internas ya no pertenecian al gobierno del vireinato, sino de la comandancia general. Pues señor, ahora ¿quién es el vice-patrono? Y respondiéndole que en todas las provincias el comandante general, y en estas Californias que lo era él, como gobernador. Pues señor, dijo el fervoroso prelado, si está todo en la tierra, es fácil de componerse: aquí tiene usted la patente con la facultad; suplico se ponga el pase para que estos pobres no se priven de tanto bien, pues no siendo la facultad mas que para diez años, van estos corriendo. Á cuya propuesta (llevando adelante sus intentos) que el pase en dónde lo habia de poner era al pié del breve que habia dado su santidad original, y al pié del pase original del consejo, y mientras no le entregase los originales, lo exhortaba no pasase á confirmar hasta que viniese respuesta de la comandancia á la consulta que tenia hecha.

Dejo á la consideracion de los que esto leyeren, la pena que causaria al fervoroso corazon del venerable padre, que conocia cuánto importaba en estos tan neófitos en la fe este santo sacramento; pero ofreciéndolo al Señor, suspendió el confirmar, no fuese que tambien lo privase de bautizar. No es de creer que dicho señor obrase de malicia, sino que como carecia de asesor, obraria segun su alcance, que presumiria que así lo deberia hacer. En vista de todo lo dicho, no solo suspendió la administracion de la confirmacion, sino que remitió al colegio la patente y facultad, escribiendo cuanto habia pasado con dicho señor gobernador. En cuanto recibió el reverendo padre guardian las cartas, se presentó al nuevo virey pidiéndole testimonio del pase que se habia dado al breve de su santidad, y remitiéndolo al comandante general, envió órden al señor gobernador que en manera alguna impidiese al reverendo padre presidente el confirmar, y que siempre y cuando su paternidad quisiese salir para las misiones le aprontase escolta. Con esto cesó esta borrasca, pero se siguieron otras, que no pararon los vientos contrarios hasta la muerte, para que el martirio que deseaba fuese incruento.

En todo el tiempo que tardó el venir la decision de la duda, que fué largo por la mucha distancia que hay de aquí á Méjico, de Méjico á Sonora y de Sonora á Monterey, no hizo confirmaciones ni salió de su mision, sino que en ella se ocupó en el ordinario ejercicio, consolándolo el Señor con muchos gentiles que ocurrian de bien lejos pidiendo el sacro bautismo, en cuyo catequismo se ejercitaba, y después bautizólos, aumentando hijos á la santa Iglesia, á pesar del infierno.

Por el mes de setiembre de 81 que llegó la dicha decision, después de haber celebrado confirmaciones en su mision, salió á practicar lo propio en la de San Antonio, y se regresó á principios de octubre para celebrar la fiesta de nuestro santo padre en su mision de San Cárlos. Pasada la fiesta determinó venir á confirmar en estas dos misiones del Norte, y se ofreció el venir con su reverencia su discípulo fray Juan Crespi, deseoso de ver este puerto ya poblado de cristianos, pues no lo habia visto su reverencia sino poblado de gentiles el año 1769. Llegaron á esta mision el 26 de octubre, que fué para mí de extraordinaria alegría y gozo, pues vi en esta mision juntos á nuestro amado padre lector y maestro y á mi querido condiscípulo el padre fray Juan Crespi, que segun poco después sucedió, parece que vino á decirme: adios hasta la eternidad. Mantuviéronse en esta mision hasta el 9 de noviembre, en que en dicho tiempo hizo el venerable padre presidente varios dias confirmaciones, dejando confirmados á todos los neófitos que desde la última visita se habian bautizado.

Salieron dicho dia de esta mision para la de Santa Clara, siendo para mí, y creo que tambien para sus reverencias, igual la pena á la despedida, habiendo sido igual la alegría en la llegada. Confirmó el reverendo padre presidente los neófitos de aquella mision, y se retiraron para su mision antes que creciesen los rios. Á los pocos dias de llegados enfermó de muerte el padre Crespi, y conociendo que Dios lo llamaba para la eternidad, se dispuso y preparó con los santos sacramentos, y el dia 1º de enero de 1782 entregó su alma al Criador, á los sesenta años diez meses de su edad, habiendo trabajado los treinta años en misiones de infieles; esto es, los diez y seis en la mision de nuestro seráfico padre San Francisco del valle de Tilaco, de indios pames de la Sierra Gorda, en la que procuró imitar á su amado lector y maestro el venerable padre Junípero, trabajando así en lo espiritual como en lo temporal, bautizando muchos centenares de indios, educándolos así en los misterios de nuestra santa fe como en el trabajo temporal, á fin de civilizarlos y que tuviesen con que mantenerse y vestirse. Fabricóles una grande iglesia de cal y canto con sus bóvedas y torre, y solicitó de cuenta del sínodo le enviasen de Méjico colaterales y santos para el adorno interior; todo lo que consiguió á medida de sus deseos; y dejando aquella mision de la Sierra Gorda en buen estado y ya en vísperas de entregar al ordinario, fué nombrado por el reverendo padre guardian y venerable discretorio del colegio para venir á estas Californias, y en cuanto recibió la carta del co-

legio, lleno de júbilo y alegría se puso en camino para el puerto de San Blas con otros cuatro compañeros, sin detenerse á pasar por el colegio á despedirse por no dar lugar la precision de estar cuanto antes en el puerto.

Lo restante de su vida, que fueron catorce años, los empleó en estas Californias, trabajando incesantemente, como queda dicho en esta historia, por los muchos viajes que hizo con las expediciones de tierra que quedan ya referidas; y si el curioso lector quisiere saber lo que trabajó y padeció á fin de que se lograse esta conquista, no tiene mas que leer los diarios que dicho padre escribió por los caminos en lugar de descansar en las paradas, como tambien en el que formó en la expedicion de mar para el registro de las costas de este mar Pacífico, que habiendo sido el primer registro de la costa hasta el grado 55 en un mar y costa no conocida, iban siempre en un continuo peligro de perderse dando en alguna isla, farallon ó piedras anegadas; pero de todos estos peligros lo libró Dios para que trabajase en esta su mística viña, ayudando á su venerable y ejemplar maestro, que desde la llegada á Monterey lo nombró por su compañero y conministro de la mision de San Cárlos, en donde trabajó desde la fundacion hasta que murió, catequizando y bautizando innumerables gentiles, como queda dicho hablando de dicha mision. Con este cúmulo de méritos y ejercicio en las virtudes, en las que floreció desde niño que lo conocí, y estudiamos juntos desde las primeras letras hasta concluir la teología y moral, y siempre lo conocí muy ejemplar, que entre los condiscípulos era conocido con el nombre de Beato ó Místico, y de la misma manera continuó toda su vida con una candidez columbina y de una profundísima humildad, de modo que siendo corista estudiante, si alguna vez concebia el haber impacientado á alguno de los condiscípulos, iba á su celda y se le hincaba de rodillas pidiéndole perdon: siendo corto de memoria, que no podia decir de coro ó memoria las pláticas doctrinales en la misa los domingos y dias festivos, tomaba un libro, y después del Evangelio de la misa del pueblo, leia una de las pláticas doctrinales, con lo que instruia al pueblo y edificaba á todos con su humildad. Adornado de esta y de las demás virtudes y colmado de méritos por lo mucho que trabajó en la conversion de los gentiles, lo llamó Dios para darle el premio de sus afanes y fatigas apostólicas, y preparado con todos los sacramentos, que le ministró el venerable padre Junípero, y auxiliado por su reverencia, entregó su alma al Criador, y piamente creemos todos los que lo conocimos y tratamos, que iria en derechura á gozar de Dios. Dióle sepultura el venerable padre Junípero en el presbiterio al lado del evangelio en la iglesia de dicha mision de San Cárlos, en compañía de otros dos padres misioneros, después de haberle hecho las debidas honras, á las que asistieron el comandante del presidio con toda la tropa de él y de la mision, y de los neófitos de ella, cuyos llantos de estos expresaron el amor que le tenian como á padre, y lo expresó tambien el venerable padre Junípero, pidiéndome poco antes de morir que le diese sepultura al lado de su amado discípulo y compañero el padre fray Juan Crespi, en que manifestó, no solo el amor que le profesaba, sino tambien el concepto grande en que lo tenia su inculpable vida y ejemplares virtudes.

No he querido omitir esta breve relacion del dicho padre fray Juan Crespi, no tanto por haber sido mi tan amado condiscípulo y compañero mas de cuarenta años, así en esa provincia como en el ministerio apostólico, como para que esa provincia su santa madre lo tenga presente para encomendarlo á Dios por si necesitase de sufragios paaa ir á recibir en el cielo el premio de sus apostólicos afanes.

CAPITULO LI.

ESTABLEIMIENTOS DE LA CANAL DE SANTA BÁRBARA: FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES Y DE LA MISION DE SAN BUENAVENTURA Y DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA: FUNESTO ACAECIMIENTO DEL RIO COLORADO.

Tan impresionado quedó el nuevo comandante general don Teodoro de Croix de la recomendacion del excelentísimo señor virey sobre la pretension del venerable padre Junípero para las fundaciones del la canal de Santa Bárbara, que desde el camino y antes de llegar á su destino, envió órden al hobernador para que fuese á los Arizpes el capitan don Fernando Rivera, para comisionarlo á reclutar setenta y cinco soldados para la fundacion de un presidio y tres misiones en la dicha canal de Santa Bárbara, el presidio y una mision en el centro de la canal con el nombre de la santa, y las otras dos dedicadas á la Purísima Concepcion de María Santísima, y la de San Buenaventura en los dos extremos de la canal, dotada cada una de quince soldados, y los restantes para el presidio con sus correspondientes oficiales, é igualmente para reclutar familias de pobladores para fundar un pueblo titulado de Nuestra Señora de los Angeles en el rio nombrado de Porciúncula.

Al mismo tiempo encargó á los padres del colegio de la Santa Cruz de Querétaro, fundasen dos misiones en el rio Colorado, así para la conversion de aquellos gentiles como para asegurar el paso que se habia descubierto, á fin de la comunicacion de aquellas provincias con esta, pero las dichas misiones con método totalmente diverso de estas; esto es, sin presidio, sino que en cada una de ellas habia de haber ocho soldados y ocho vecinos pobladores casados y con familias,

un sargento en una mision y un alférez en la otra como comandantes. Que los padres misioneros no habian de cuidar mas que de lo espiritual, y que los gentiles que se bautizasen viviesen en sus rancherias y se mantuviesen como cuando gentiles. En este método, totalmente diverso del que aquí hemos observado, se fundaron; pero en breve se vieron los distintos efectos, pues mataron al comandante, sargento, á cuasi todos los soldados y vecinos, salvo unos pocos que se escondieron, que aunque libraron la vida, perdieron la libertad quedando cautivos con todas las mujeres y niños: martirizaron á los cuatro misioneros y pegaron fuego á las dos misiones y se quemó cuanto habia, y se perdió como tambien se imposibilitó el paso para la comunicacion. Adelantó esta noticia para lo que resta que decir.

En cuanto el señor gobernador recibió la órden del señor comandante general, despachó al dicho capitan Rivera, su teniente en la antigua California, quien se embarcó en Loreto y fué á la comandancia general á recibir las órdenes é instrucciones y todo lo necesario para el efecto, y puso en ejecucion la comision. Empezó su recluta por la provincia de Sinaloa, despachando partidas de reclutas, así de soldados como de pobladores, por mar á Loreto, para que subiesen por tierra á San Diego; y las que reclutó en Sonora las condujo por el rio Colorado, con toda la caballada y mulada, que pasaban de mil cabezas.

Llegó el dicho capitan Rivera con toda su expedicion al rio Colorado, en donde halló ya fundadas las dos misiones expresadas; y reparando que la caballada y mulada llegó la mayor parte flaca y enferma, receloso de que no se le muriese en el tramo de ochenta leguas que todavía le faltaban para llegar á la mision de San Gabriel, adonde habia de salir, determinó quedarse á las orillas del rio Colorado, hasta tanto que se recuperaba. Y quedando con un solo sargento y seis soldados pertenecientes al presidio de Monterey, que le habia enviado el señor gobernador, despachó la expedicion con los oficiales que venian de Sonora para estos establecimientos, convoyados de un alférez y nueve soldados veteranos de uno de los presidios de Sonora.

Hallabese muy de antemano el señor gobernador en la mision de San Gabriel recibiendo la tropa que iba subiendo por tierra desde la antigua California, y alli recibió este último trozo que se condujo por el rio colorado; con lo que tuvo junta toda la tropa con los dos tenientes, y dos alferez, y solo faltaba el capitan Rivera, y el sarjento y los seis soldados que le habian enviado para que se viniese en cuanto se recuperase la caballada; y despachó al alferez con los nueve soldados veteranos, para que se retirasen á su presidio de Sonora, por el mismo camino que habia traido la expedicion por el paso del rio Colorado.

Así lo practicó el alférez con su partida de nueve hombres, y mucho antes de llegar al rio entendió de los gentiles del camino que los indios del rio habian matado á los padres y los soldados y habian quemado las dos misiones. No quiso el alférez, que era hombre de valor, dar crédito á los gentiles, ni volver atrás por solo el dicho de ellos, sino que siguió su camino, y llegó al sitio y vió ser verdad, pues halló todas las fabricas reducidas á ceniza, y tirados los cadaveres; y no hallando á quien preguntar, sino mucha gentilidad con quien pelear, viéndose con tan poca gente, pues de los nueve soldados le mataron dos, y otro que estaba herido, tomó á buen partido la retirada para San Gabriel, que para lograrla no tuvo poco que hacer las dos primeras jornadas, que hubo de pelear con los gentiles que lo seguian é intentaban no dejar uno que pudiese dar la noticia. Quiso Dios se librasen y llegasen á San Gabriel sin mas desgracia que la dicha de los dos soldados muertos, y uno herido que sanó. Dió cuenta de todo lo que habia visto y sucedido al señor gobernador, y este al comandante general, despachando para el efecto al mismo alférez con los siete soldados que le habian quedado por la California, para que se embarcase en Loreto, y no parase hasta poner los pliegos en manos del comandante general, que se hallaba en la ciudad de los Arispes, presumiendo que dicho señor ignoraba lo acaecido.

Este funesto acaecimiento demoró algo las fundaciones de la canal, porque receloso el señor gobernador no tuviesen osadía de venir á dar á estos establecimientos, ó que por su mal ejemplo lo quisiesen hacer las naciones intermedias de dicho rio y estas misiones, procuró conservarse con toda la tropa en la mision de San Gabriel hasta ver las resultas: ínterin dispuso la fundacion de un pueblo de españoles en el rio de Porciúncula, llamado por la primera expedicion del año 1769. Juntó todos los vecinos pobladores que habian venido para colonos, les señaló sitio y tierra en las orillas del rio, distante de la mision de San Gabriel cuatro leguas rumbo al Noroeste, y alli escoltados de un cabo y tres soldados, fundaron su pueblo á últimos del año de 81 con el título de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula, en el que se mantienen de sus siembras, etc., como queda dicho del pueblo de San José en su capitulo, aunque con el trabajo de haber de andar cuatro leguas para oir misa.

CAPITULO LII.

PROSIGUE LA MATERIA DE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL Y BAJA PARA EL EFECTO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO Á SAN GABRIEL, Y FUNDA LA MISION DE SAN BUENAVENTURA.

Viendo el señor gobernador que cumplia ya medio año del fatal acontecimiento del rio Colorado, y que nada resultaba en estos establecimien-

tos, acordó el dar paso á las fundaciones ínterin llagaban los barcos, por los que esperaban, segun las cartas que se habian recibido. los seis misioneros de nuestro colegio que tenia pedido el comandante general, valiéndose del excelentísimo señor virey; y como ya no podia tardar mucho, quiso dar principio á la fundacion, para cuyo efecto escribió por febrero de 82 al reverendo padre presidente pidiéndole dos misioneros, uno para dar principio á la mision de San Buenaventura y otro para la de Santa Bárbara.

Hallabase entonces el venerable padre presidente en su mision de San Cárlos en su ordinaria tarea, y habiendo recibido la carta, dando por cierta la venida de los seis misioneros que estaban nombrados y ya su reverencia sabia por carta quiénes eran; por las vivas ansias que tenia de dichas fundaciones, puso la mira al número de operarios que éramos, que no habia mas supernumerario que uno en su mision de Monterey, que suplia cuando salia su reverencia á la visita; y que en la de San Diego estaba mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon, que habia llegado poco hacia de la dilatada expedicion que casualmente hubo de hacer á las Filipinas, cuyo barco, que por diciembre anterior arribó á San Diego, lo dejó enfermo, y se hallaba todavía convaleciendo en la dicha mision de San Diego. Confiado en que estaria algo reforzado para suplir, le escribió que se animase y pasase á la mision de San Gabriel, que allí se verian, como lo hizo y diré después.

No quiso su reverencia perder el mérito de los trabajos, así del camino como en las fundaciones que ya preveia: dejó el supernumerario supliendo en la mision de Monterey, é hizo la cuenta como que salia á visitar, y así se puso en camino para San Gabriel, haciéndole olvidar los accidentes el fervoroso celo é innata inclinacion que tenia de aumentar el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. De paso hizo confirmaciones en las dos misiones de San Luis y San Antonio, dejando confirmados los neófitos que se habian bautizado después de su última visita. Pasó por la canal de Santa Bárbara, alegrándose mucho de ver aquella gentilidad, que ya estaba en vísperas de que les amaneciese la luz de la fe: procuró regalarlos y agasajarlos, dándoles á entender que en breve volveria, y no tan de paso, sino á vivir con ellos, de que manifestaban alegrarse.

El 18 de marzo, y muy tarde, llegó al nuevo pueblo de Nuestra Señora de los Angeles, y paró á hacer noche, y el dia siguiente muy de mañana salió para la mision de San Gablel, que dista cuatro leguas; y segun me dijo su reverencia, se le hicieron largas, ya fuese porque iba en ayunas, ó por los grandes deseos de llegar, que ya fué tarde. Halló á los padres ministros de ella sin novedad, y con ellos al padre Cambon, ya convaleciente y en estado de poder trabajar, de que se alegró mucho; y dejando los cumplimientos para después, mandó repicar para la misa, que cantó su reverencia, y en ella hizo una fervorosa plática del santísimo patriarca señor san José, cuyo dia era, olvidando el cansancio de ciento treinta leguas desde Monterey, y las cuatro últimas andadas aquella misma mañana.

Por la tarde hizo al señor gobernador los religiosos cumplidos, que correspondió á la visita el dia siguiente, y en ella trataron el punto de las fundacionos y resolvieron el fundar la mision de San Buenaventura al principio de la canal, y quedando en ella de ministro interino el padre Cambon, pasarian á fundar en el centro de la canal el presidio y la mision de Santa Bárbara.

Aunque el devoto padre deseaba celebrar en la mision la semana Santa, pero se hubo de contentar solo con los deseos, porque se publicó la salida para el 26 de marzo, que fué martes Santo. En los seis dias que estuvo su reverencia en la mision de San Gabriel hizo los mas dias confirmaciones hasta el mismo dia de la salida, que después de acabada la misa hizo las últimas, y salió con la expedicion, que se componia de tanto gentío que jamás se habia visto tanta tropa junta en estas fundaciones, pues á mas de la tropa perteneciente al presidio y tres misiones, que eran setenta soldados con su teniente capitan comandante para el nuevo presidio, un alférez, tres sargentos y sus correspondientes cabos. Iba el señor gobernador con diez soldados de la compañía de Monterey, sus mujeres y familias, que los mas eran casados: los arrieros con las recuas de útiles, víveres y sirvientes, y algunos indios neófitos para dar principio á la mision: solo de padres era tan corto el número, que se reducia al venerable padre Junípero y al padre fray Pedro Cambon. Viendo el venerable padre tanta disposicion y tanto gentío que iba á la fundacion de la mision de San Buenaventura, podia decir, acordándose de la cortedad de gente y provisiones con que se habian fundado las demás: *Quo tandem tardius eo solemnius*, que se dice de la canonizacion del mismo doctor seráfico.

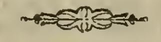
Salió toda la dicha expedicion que habia en la mision de San Gabriel el dia 26 de marzo, y se dirigió rumbo al Noroeste para la costa de la canal de Santa Bárbara. A la primera jornada como á la media noche les llegó correo de la dicha mision de San Gabriel despachado por el señor teniente coronel don Pedro Fajes, comandante de la expedicion que habia venido por órden del comandante general al rio Colorado con el encargo de que cruzando el rio caminase á San Gabriel á comunicar y tratar las órdenes que llevaba con el señor gobernador de la provincia; y habiendo llegado dicho señor Fajes le despachó correo, y en cuanto recibió la carta, á aquella misma hora se puso en camino con sus diez soldados, retrocediendo prra San Gabriel, dejando la órden al comandante del nuevo presidio de Santa Bárbara

para que siguiese la expedicion su camino á la canal, que él luego volveria; que en caso de dilatarse diese principio á la mision de San Buenaventura, y que allí lo esperasen. Con esto siguió para San Gabriel á tratar con el señor Fajes el asunto del rio Colorado de que hablaré en el capítulo siguiente.

Siguió la expedicion al otro dia su camino, y el 29 de marzo llegaron al principio de la canal; pararon su real en el paraje nombrado por la primera expedicion del año de 69 de la *Assumpta*, ó asuncion de nuestra Señora, premeditado desde entonces para la mision de San Buenaventura, cuyo sitio está cerca de la playa, en cuya orilla hay un gran pueblo de gentiles, bien formado de casas piramidales pajizas. Está dicho sitio en la altura del Norte de 34 grados y 13 minutos. El dia siguiente de la llegada se empleó la gente en hacer una grande cruz, una enramada que sirviese de capilla, y en componer, y adornar el altar para decir el siguiente dia la primera misa.

El dia último de marzo y primero de la alegre Pascua de la resurreccion del Señor, bendijo el venerable padre presidente el terreno y santa Cruz, y adorada la enarbolaron y fijaron, y cantó su reverencia la primera misa, en la que predicó del soberano misterio á la tropa; y se tomó posesion del sitio para la mision del seráfico doctor san Buenaventura. Los gentiles del pueblo manifestaron alegrarse con los nuevos vecinos, y oficiosos ayudaron á hacer la capilla, y continuaron gustosos, ayudando á hacer la casa para el padre, todo de madera, á la que luego dieron mano; y los soldados destinados de escolta empezaron á cortar madera para cuartel y sus casas particulares, con una estacada para la seguridad y defensa.

Asimismo se dió mano á conducir por zanja la agua de un crecido arroyo perenne, que tiene cerca del sitio, á fin de tener corriente el agua pegada á las casas, como tambien para aprovecharlas para siembras, y lograr cosechas para mantener á los que se convirtiesen. Por medio de un neófito de la mision de San Gabriel, que algo entendia la lengua, se pudo dar á entender á los gentiles el motivo á que habian venido á sus tierras, que no era otro que el dirigir sus almas para el cielo haciéndolos cristianos. Aunque en los quince dias que en dicha iniciada mision se mantuvo el venerable padre fundador no logró el ver bautizado alguno; pero sí en la visita del siguiente año ya halló su chinchorrito de cristianos, y cuando acabó la tarea de su apostólica vida, contaba ya cincuenta y tres cristianos, y cada dia se van aumentado.



CAPITULO LIII.

DASE NOTICIA DE LO SUCEDIDO EN EL RIO COLORADO, Y EFECTOS DE LA EXPEDICION. FÚNDASE EL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA, SUBE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE PARA MONTEREY.

Queda dicho en el antecedente capítulo, cómo el señor gobernador desde la primera jornada del camino para el canal se regresó para la mision de San Gabriel, á donde fué á amanecer el dia 27 de marzo, y trató con el señor teniente coronel don Pedro Fajes los asuntos y órdenes que traia del señor comandante general, y le refirió por menudo todo lo acaecido, segun las declaraciones que jurídicamente hicieron los rescatadores, que tuve la dicha de tener en mis manos, y leerlas por habérmelas prestado el dicho señor Fajes, que actualmente se halla gobernador de la provincia. Y aunque el asunto no es perteneciente á esta historia, diré solo aquello que abona lo que en estas misiones se ha practicado á direccion del venerable padre Junípero, no omitiendo cuanto sea de edificacion.

Dice que los indios yumas, que es la nacion que puebla las orillas del rio hácia al paso, aunque al principio que se fué á fundar se manifestaron de paz y no hicieron resistencia, sino al parecer se alegraban de la vecindad de los nuestros, que se fundaron dos misiones, de la Purísima Concepcion de María santísima, y de San Pedro y San Pablo, á distancia de tres leguas la una de la otra, y las dos á este lado del rio en el rumbo que mira á estos establecimientos de Monterey. Se establecieron dichas misiones en el método que queda dicho en el capítulo 51. Y como los padres misioneros no tenian con que atraerlos ni congratularlos, ni que tratar mucho con ellos, se dificultaba la reduccion; no obstante, no dejaban los gentiles de frecuentar los dichos pueblos, pero solo de paso á hacer sus tratos y cambalaches con los soldados y pobladores, como tambien por el interés de conseguir alguna ropa á trueque de maíz, de que ellos cogian alguno en las orillas del rio, aunque no es cosa mucha, pues se mantienen como los demás gentiles, de semillas silvestres. No obstante lo dicho, con esta comunicacion y ayuda de un buen intérprete, lograron el bautizar á algunos, aunque pocos; y como estos no vivian en los pueblos, sino en sus rancherías con los gentiles, con la misma libertad y costumbres de ellos, se arrimaban muy poco á la mision á rezar, viéndose precisados los misioneros de ir á buscarlos por las rancherías, y á estar con ellos algunos dias para rezar la doctrina, y enseñarlos algo, y para atraerlos á que fuesen á misa los dias festivos, costando lo dicho mucho trabajo y desazones.

A esto se agregó el sentimiento que causaba

á dichos gentiles el vér que las bestias y ganados de los soldados y pobladores se comian los zacates, quedando ellos privados de las semillas, de las que antes la mayor parte del año se mantenian: veian al mismo tiempo que los pobladores se habian apropiado los cortos pedazos de tierra que se pueden aprovechar, y que ellos ya no los podian sembrar como hacian antes, que en ellos sembraban maíz, frijol, calabazas y sandías, aunque de todo poco por la cortedad de la tierra, que solo en los derrames ó vegas que quedan con humedad, al minorar las aguas del rio en tiempo de seca, se logra. Viéndose privados de esto, que reputan por grande heredad, y que se aprovechaban los nuevos vecinos, no aprovechándose ellos siendo naturales de aquella tierra, los incitó el enemigo en la cabeza, como que conocia á que se dirigian estas poblaciones á hacerlos cristianos, y quirarlos de su tirana esclavitud y dominio, una gran ojeriza contra los españoles, y resolvieron echarlos no solo de su tierra, sino del mundo, acabando con ellos, para quedarse con la caballada, de que son muy codiciosos.

Nada de esto entendieron los soldados ni pobladores; pero segun las declaraciones, algo recelarian los padres misioneros, pues mucho tiempo antes iban disponiendo á los soldados y vecinos para que los cogiese la muerte prevenidos, y así todos los dias les predicaban, de que resultaba mucha frecuencia de sacramentos y asistir á la iglesia al rezo de la corona, y andar el viacrucis y otros ejercicios: así preparados y ejercitados, que parecian mas conventos que pueblos.

Un domingo, acabada la misa última, á un mismo tiempo cayeron en ambas poblaciones muchísimos gentiles, que quitaron la vida al comandante, al sargento y á todos los soldados y vecinos, menos unos pocos que se se pudieron esconder, y á los cuatro padres misioneros, que en cuanto vieron el estrago empezaron á ejercer su ministerio apóstolico confesando á unos, ayudando á otros á morir con fervorosas exhortaciones; quitaron con mayor crueldad la vida estando en el actual ejercicio de la caridad. Asimismo quitaron tambien la vida al capitan don Fernando Rivera y Moncada y á los soldados de Monterey, que todos ocho estaban con la caballada á la otra banda del rio, no obstante que pelearon bastante hasta morir, y se quedaron con la caballada.

Uno de los pocos soldados que se pudieron esconder, se escapó y fué á salir al primer presidio de la Sonora, y dió cuenta de lo sucedido al capitan del presidio, y este al comandante general, que mandó luego juntar la tropa que se pudo de dragones voluntarios de Cataluña y de soldados de cuera y los despachó al mando del teniente coronel don Pedro Fajes y con un segundo comandante capitan que era de tropa arreglada, con la órden de llegar al rio Colorado, y hallando ser verdad la declaracion del soldado, que quedó ínterin arrestado, procurase primero rescatar todos los cautivos, y para ello llevase ropas y otras cosas que apetecen los indios, y conseguido esto, procurase indagar por los rescatados, quiénes habian sido las cabecillas; que los asegurasen y llevasen presos para Sonora, y que a los demás se les diese el merecido castigo; y que comunicase con el gobernador de Monterey, y tratasen de ir á caerles á un mismo tiempo por ambas partes del rio, para que saliese a toda satisfaccion la empresa y quedasen los gentiles castigados y escarmentados, y no se imposibilitase el paso tan importante.

Caminó el dicho señor comandante Fajes con su expedicion para el rio Colorado, y llegados á él hallaron despobladas las orillas del rio cerca del paso, cruzaron á esta banda, llegaron á los sitios de las misiones, y lo hallaron todo quemado y reducido á cenizas; los difuntos tirados al sol y sereno, que mandó enterrar, halló los cuerpos de los venerables padres misioneros de la primera mision fray Juan Diaz, de la provincia de San Miguel de la Estremadura, y fray Matías Moreno de la provincia de Burgos, los halló tirados enteros al sol en distintos sitios el uno del otro, los que mandó poner en unos cajones para llevarlos a Sonora.

De allí pasó al sitio de la otra mision, y la halló de la misma manera incendiada, y á los difuntos tirados, y practicó lo propio que con los de la primera. Pero no hallaban los cuerpos de los misioneros, que eran los padres fray Francisco Garcés, de la provincia de Aragon, y fray Juan Barraneche, de la provincia de Santa Elena de la Florida y Habana: pensaban todos que no les habrian quitado la vida, fundados en que el dicho padre Garcés era muy querido de los indios, habia vivido mucho tiempo con ellos, sin compañero y sin soldado, sin haberle hecho lo mas mínimo, antes bien lo estiman entrañablemente, y lo mantenian con sus comidas silvestres; que comia con tanto gusto como los mismos gentiles, conocido de ellos por el viva Jesús, que era su salutacion ordinaria con los indios, y hacia que ellos así se saludasen.

Dicho padre con un solo indio de compañero habia andado muchísimas naciones no conocidas desde el rio Colorado antes que se poblase; vino á estas misiones y de aquí se fué y entró á la provincia del Moxi y de esta á Sonora, sin que los gentiles de tantas naciones como visitó le hubiesen hecho lo mas mínimo y sin entender la lengua él y su compañero el indio, y tan distintas lenguas de tantas naciones, y en todas partes les daban de comer de las comidas que usan. Por lo dicho juzgaban todos que no lo matarian ni á su compañero, sino que estarian entre los gentiles, que no podian dar con ellos para preguntarles. Pero no quiso Dios privarle del grande mérito de dar su sangre y vida en demanda de la conversion de los gentiles y quiso Dios que fuese cuando mas resguardado se hallaba de tropa, pues

le quitaron la vida con la misma crueldad que á los demás, segun la declaracion que dieron después los que quedaron con vida y cautivos.

Repararon los soldados de la expedicion que iban recogiendo á los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde entre la demás quemada, toda vestida de zacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas y las otras no: habia entre ellas la manzanilla y otras. Mandó el comandante cavar allí, y hallaron á los benditos padres, cuyos venerables cuerpos estaban juntos, y ambos ceñidos con sus cilicios, los que se mantenian sin haberse consumido; y segun consta de las declaraciones hechas, allí los enterró una india gentil vieja, que en vida queria y estimaba mucho á los padres, y viéndolos muertos hizo un hoyo y los enterró.

Mandó el comandante Fajes ponerlos en unos cajones, que después llevó consigo y los entregó personalmente al reverendo padre presidente de las misiones de la Pimería en Sonora, pertenecientes al colegio de Santa Cruz de Queretaro, junto con las declaraciones hechas sobre todo lo acaecido, y entre las cosas particulares que en ellas se contienen y he leido, es una la siguiente que no omito por mas particular; dice que:

Después de haber sucedido el incendio de las misiones, luego que entraba la noche se veia una procesion de gente vestida toda de blanco, todos con velas en las manos encendidas y delante su cruz con ciriales, y daban vueltas al rededor del recinto en donde habia estado la mision y que cantaban no saben qué; y que después de haber dado muchas vueltas desaparecian, y que esto lo vieron muchas neches no solo los cristianos, sino tambien los gentiles, y que á estos les causó tal horror é infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron como ocho leguas mas abajo, tambien á la orilla del rio; que allí llevaron los cautivos cristianos, aunque á estos no causó dicha vision ni horror ni temor, sino alegría. Esta mutacion fué la causa de no haber hallado en el sitio á la nacion Yuma. Buscáronlos rio abajo, y como ocho leguas del sitio los hallaron, pero metidos en la espesura de un bosque ó monte de arboleda pegada al rio, sin poder conseguir el sacarlos, ni poder tratar con ellos mas que fuera de tiro; pero consiguieron en buenas, así de lejos, rescatar todos los cautivos á trueque de ropas; y viendo el comandante que por entonces no podia hacer otra accion, determino volver para Sonora con todos los rescatados y con los cuerpos de los difuntos, y dar cuenta de todo al comandante general, y así lo practicó.

Enterado de todo el señor comandante general, dióle nueva órden para que se juntase la expedicion á fin de coger las cabecillas, que ya constaba por las declaraciones de los rescatados, quienes habian sido los principales motores, como tambien para escarmentar aquella atrevida y rebelde nacion Yuma. Para que se cogiese, dió órden al teniente coronel Fajes, que iba de comandante, para que llegado al Rio Colorado dejase allí al mando del capitan que iba de segundo comandante la mayor parte de la tropa, y con parte de ella cruzando el rio, llegase á estos establecimientos á tratar con el señor gobernador de la provincia sobre este asunto, á quien le enviaba la órden para que con toda la tropa que fuese posible pasase en persona á la expedicion del Colorado, para que repartida dicha tropa por ambas partes del rio, se lograse el deseado fin. A esto venia el dicho señor Fajes, y llegó á San Gabriel el mismo dia 26 de marzo que habia salido de dicha mision el señor gobernador para la fundacion de la Canal, como ya dije.

En cuanto el señor gobernador recibió los pliegos que le remitió el señor Fajes, se regresó para dicha mision; allí trataron ambos el asunto, y acordaron el dilatar la ida al Rio Colorado hasta setiembre que estaria el rio en disposicion de vadearse; y para que no estuviese la tropa de Sonora detenida tanto tiempo en dicho rio, pasó el señor Fajes al rio á darles la órden para que se retirasen á la Sonora con los pliegos para la comandancia, en que se daba cuenta de lo determinado, y el señor Fajes se regresó con su tropa á San Gabriel á esperar el tiempo señalado para la expedicion, la que se ejecutó por setiembre; pero no se consiguió la pacificacion de dicha nacion, aunque se mataron á muchos gentiles, sin muerte alguna de parte de los nuestros, solo algunos salieron heridos, aunque no de muerte; pero siempre el paso imposibilitado. Con lo dicho parece quedarian desengañados los señores comandante general y gobernador de la provincia, que el nuevo método que habian ideado para la reduccion de los indios no era tan á propósito como el que en estos establecimientos tenemos; por lo que desengañados con los gastos que se habian hecho, y tan excesivos, sin efecto alguno, parece les hizo ceder del intento y proyecto que tenian de que los establecimientos de la Canal fuesen con el ideado método de que los misioneros corriesen solo en lo espiritual, y que los gentiles que se convirtiesen viviesen y se mantuviesen como cuando gentiles y en la misma libertad.

CAPITULO LIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL ANTECEDENTE DE LA FUNDACION DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA.

En cuanto el señor gobernador se vió desocupado por lo resuelto de la suspension de la expedicion del Colorado hasta el mes de setiembre que hubo despachado al rio al señor Fajes, como queda dicho, salió de San Gabriel para dar mano á los establecimientos de la Canal. Llegó á mediados de abril á la iniciada mision de San Bue-

naventura, vió el sitio y lo mucho que se iba estableciendo con el mismo método espiritual y temporal que todas las demás, y no habló palabra, no obstante que tenia ideado é informado, como despues se supo, que fuesen estas misiones fundadas segun el nuevo método del Rio Colorado, aunque la variacien de éxitos y efectos, segun lo que habia oido al señor Fajes, puede ser le abriese los ojos y le hiciese mudar de idea é intencion, pues no habló palabra ni se quiso oponer al método que vió en la mision de San Buenaventura.

En breve habló de pasar adelante y dar mano á la fundacion del presidio de Santa Bárbara, y el venerable padre presidente trató lo mismo. Dejó de ministro interino de San Buenaventura al padre Cambon, mientras llegaban los barcos, y con ellos seis misioneros que se esperaban. Y el señor gobernador para la escolta de la mision principiada, dejó un sargento y catorce soldados, que hasta la presente no se habia fundado con tanta escolta mision alguna, y en breve se le añadieron otros diez al regreso del señor Fajes, ínterin llegaba el mes de setiembre para la expedicion del Colorado.

Toda la demás tropa siguió para la fundacion del presidio con los dos oficiales teniente y alférez, y señor gobernador con los diez soldados de Monterey. Fué tambien siguiendo la expedicion el venerable padre presidente. Caminaron por la costa ó playa de la canal mirando las islas que la forman, y habiendo andado como nueve leguas de la mision de San Buenaventura, que se juzgó como á la medianía de la canal, mandó el gobernador parar la tropa, y con el reverendo padre presidente y algunos soldados se hizo el registro de aquellas cercanías, y hallaron sitio muy al propósito para la ubicacion del presidio á la vista de la playa, que allí forma una especie de ensenada en la que podrian dar fondo los barcos, en cuya playa tiene una grande ranchería de gentiles. Mandó el señor gobernador parar el real en dicho sitio apto, y se puso mano á hacer una cruz grande y una barraca para primer capilla y la mesa para el altar. Bendijo el venerable padre presidente el terreno y la santa cruz, que adorada y enarbolada, dijo la primera misa, que oyó el señor gobernador con los oficiales y toda la tropa, y en ella hizo su reverencia una fervorosa platica. y se concluyó la funcion tomando posesion del sitio sin la menor contradiccion de los naturales de él.

El dia siguiente empezaron el corte de madera para las fabricas de capilla, casas para el padre, oficiales, cuartel, almacenes, casas para las familias particulares de los soldados casados y estacada. Mantúvose el venerable padre presidente en dicho presidio una temporada, hasta que le dijo el señor gobernador que no empezaria á fundar la mision hasta quedar concluido el presidio: oyendo esto su reverencia, dijo: Pues, señor, yo aquí no hago falta no pasando á fundar la mision, y así determino pasar á Monterey, porque ya no pueden tardar mucho los barcos; desde allí enviaré á los padres, y entre tanto, para que aquí no se quede tanta gente sin misa y quien les administre, llamaré á uno de los misioneros de San Juan Capistrano: así lo practicó, dejando primero confirmados á todos los de la tropa que no habian recibido este santo sacramento.

Salió del presidio de Santa Bárbara para Monterey lleno de gozo por ver ya fundada la mision de San Buenaventura, que tantos años habia anhelado: visitó de paso las dos misiones de San Luis y San Antonio, y en ambas hizo confirmaciones, confirmando á los que se habian bautizado desde marzo que habia hecho en ellas confirmaciones, y se retiró para su mision de San Cárlos á mediados del mes de junio. Llegó á buen tiempo, pues aquel mismo dia, poco antes de llegar á Monterey, se encontró con el correo que traia los pliegos y cartas de Méjico venidos por los barcos que habian dado fondo en este puerto el 2 de junio de dicho año de 83; y aunque la noticia de la llegada de los barcos alegró á su reverencia, pero diciéndole que no venian padres, lo entristeció, como diré en el capítulo siguiente.

CAPITULO LV.

SUSPÉNDENSE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL CON GRANDE PENA DEL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Al mismo tiempo que el señor comandante general mandó reclutar la tropa para los establecimientos de la canal, pidió el nuevo virey, el excelentísimo señor don Martin de Mayorga, al reverendo padre guardian de nuestro colegio, á peticion de dicho señor comandante, seis misioneros sacerdotes para las tres misiones, nombrándolos el venerable discretorio de los que voluntariamente se ofrecieron, y uno de ellos tuvo oportunidad de escribirlo, por cuyo medio llegó dicha noticia á estas misiones, y por esta daba por cierto el venerable padre presidente que vendrian con el barco dichos padres; pero no fué así, por lo que ya refiero.

Habiéndose nombrado los seis misioneros, ocurrieron á su excelencia pidiendo lo acostumbrado y establecido de ornamentos, utensilios de iglesia, sacristía, los sínodos para la mision y trasporte del camino, como tambien para los de casa y campo. Todo lo mandó aprontar su excelencia, menos lo perteneciente á útiles de casa y campo, excusándose con decir habian escrito los señores comandante general y gobernador de la provincia que no eran necesarios y que no se diese para ellos. Viendo los padres esta respuesta, indagaron con toda sagacidad la causa ó motivo, y supieron por cierto de que intentaban se fundasen dichas tres misiones con nuevo mé-

todo, esto es, con el que se fundaron las dos del rio Colorado, como queda expresado.

En cuanto se cercioraron de esto, se presentaron por escrito al venerable discretorio, excusándose para la venida por lo que habian sabido, y que en atencion á que con el nuevo método no habian de conseguir la conversion de los gentiles (que desea su majestad), que eran los de la canal de la misma calidad que los de la California nueva, pues están en el centro de lo conquistado, que solo se conseguia su reduccion por el interés de tener que comer y vestir, y después poco á poco se les entra el conocimiento del bien y del mal espiritual. Que mientras no tuvieren los misioneros qué darles, no les cobrarian afecto; si no vivian juntos en pueblo bajo de campana, sino en sus rancherías, de la misma manera que cuando gentiles, desnudos y hambrientos, no se podria conseguir el que dejasen las viciosas costumbres de la gentilidad, ni que se civilizasen, como tanto encarga su majestad á los misioneros dedicados á las nuevas conversiones, como consta por sus leyes de Indias; y supuesto que con el nuevo método ideado no se habia de conseguir el fin, era ocioso el que su majestad gastase en sínodos anuos y en su trasporte de mar y tierra; y que habiéndose ofrecido ellos voluntariamente, de la misma manera se excusaban.

Viendo el reverendo padre guardian y padres discretos las razones tan fundadas de los misioneros destinados, las representaron á su excelencia; pero como la determinacion no dependia de su superior gobierno, sino de la comandancia general, que dista mas de quinientas leguas de Méjico, hubo demora en la respuesta, y se suspendió la venida de dichos ministros. Y escribió el reverendo padre guardian al padre presidente lo que habia pasado, y que en atencion á ello, no pasase á fundar dichas misiones hasta nueva órden, que seria cuando no hubiera novedad en el método que hasta la presente se habia observado, y con él conseguido el principal fin.

Afligió en gran manera esta impensada noticia al fervoroso corazon del celosísimo prelado, considerando ser ardid del enemigo para impedir la conversion de aquellos gentiles; pero no por esto perdió la paz interior, sino que ofreciendo al Señor sus deseos, se conformó con su santísima voluntad y se resignó á la del prelado, pues la mas leve insinuacion la cumplia como si fuera precepto. Veia la voluntad del prelado al mismo tiempo que ya tenia fundada una de las tres misiones, porque daba por cierto vendrian los misioneros, porque viendo que no solo no venian, sino que le decia el reverendo padre guardian se suspendiesen las fundaciones, entró en la duda si debia retirar el misionero de la mision fundada de San Buenaventura, supuesto que estaba tan á los principios, y si el darla por fundada dejando en ella padres, seria faltar á la voluntad del prelado. No quiso su reverencia por sí deliberar, por no errar, llevado de la grande inclinacion que siempre tuvo de aumentar el número de misiones, que para ello jamás se le propuso dificultad alguna, confiado siempre en Dios, como dueño de esta espiritual labor, y así para no proceder con su solo parecer, quiso hacer junta de misioneros los mas inmediatos á Monterey.

Hallábase en su mision con el compañero y uno supernumerario; escribió á las cuatro misiones mas inmediatas, y concurrimos uno de cada mision: juntos todos los siete, nos leyó la carta del reverendo padre guardian, que referia todas las noticias dichas, como tambien nos refirió el cómo se habia fundado la mision de San Buenaventura en el mismo método de las demás de la conquista, como lo habia visto el señor gobernador y no habia hablado palabra, quien si en su interior tenia otra cosa, hasta ahora no lo habia expresado; que tal vez habiendo experimentado el efecto de las dos del rio Colorado con tanta pérdida de tantas vidas y excesivos gastos de la real hacienda, así por lo que allí se perdió como en lo que se gastó en las expediciones para castigar a los gentiles y sin efecto, podria ser que hubiese mudado de dictámen. Pero que no obstante esto, deseaba nuestro parecer para determinar si habia de permanecer la mision de San Buenaventura.

Enterados de todos los puntos y conferenciados los reparos que á cada uno ocurrieron, se resolvió que en atencion á lo dicho, ya que para la dicha mision de San Buenaventura se habian recibido desde el año de 69, no solo los ornamentos, vasos sagrados, utensilios de iglesia y sacristía, sino tambien los de casa y campo, y que para dicha fundacion habian estado depositados desde el año de 71, y á la presente habia dos misioneros supernumerarios que podrian estar de ministros de la iniciada mision, fueron todos de parecer subsistiese esta, dándose por fundada por haber llegado la órden del prelado verificada ya la fundacion y en el antiguo método, porque de desamparar el sitio se seguirian muy malas consecuencias y atrasos á la conquista.

Conformóse su reverencia con el parecer de todos, quedando su corazon y conciencia sosegada. Luego nombró dos ministros para ella, para que cuanto antes caminasen para su destino, quedándose por esta razon la de San Cárlos sin supernumerario, y ya imposibilitado el venerable padre presidente á salir al ministerio de confirmaciones en las demás misiones. De todo lo resuelto y practicado dió cuenta por los barcos al reverendo padre guardian del colegio y venerable discretorio, suplicando que para el siguiente año enviasen á lo menos dos religiosos para supernumerarios, porque se veia por esta falta imposibilitado de salir á visitar y confirmar, y que en caso de enfermedad ó muerte de algun misionero, no habia quien pudiese suplir, que seria de mucho desconsuelo para el que quedase solo.

Vióse el fervoroso y laborioso prelado imposibilitado de salir á sus visitas anuas hasta el siguiente año, de que hablaré en el capítulo siguiente; pero se dió con mas afan á la espiritual labor de su mision, y lo consoló el Señor enviándole muchos gentiles, hasta rancherías enteras, en cuya educacion se empleó instruyéndolos en el catequismo, é instruidos bautizaba y confirmaba, aumentando en gran manera el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. Este fruto espiritual que con abundancia cogia en su mision, por un lado lo consolaba y por otro lo afligia, acordándose de la canal, que mayor fruto se cogeria, por lo que incesantemente pedia al Señor operarios para aquella su viña, pues segun lo que habia experimentado, estaban ya de sazon.

CAPITULO LVI.

LLEGA EL SOCORRO DE DOS MISIONEROS Y SALE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE Á HACER SU ÚLTIMA VISITA Á LAS MISIONES DEL SUR.

Enterado el reverendo padre guardian por carta del padre presidente de quedar establecida la mision de San Buenaventura con el mismo método que las demás, lo que aprobó, y viendo que ya no quedaba supernumerario alguno, propuso en discretorio esta necesidad, y no obstante de hallarse el colegio con tan corto número de religiosos que siguiesen la comunidad, que apenas excedia el número de diez y ocho que estábamos en estas nueve misiones, y que no se tenia la menor noticia de la mision de España, determinaron viniesen dos para suplir en las necesidades que ocurriesen, los que luego se aprontaron y caminaron para San Blas, y habiéndose embarcado llegaron con felicidad á este puerto el 2 de junio de 1783, y habiendo descansado unos dias en esta mision y en la de Santa Clara, llegaron por tierra á la de San Cárlos de Monterey á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que hallaron malo de una fluccion que le habia caido al pecho.

Este accidente del dolor del pecho ya hacia muchos años que lo padecia desde que estuvo en el colegio, aunque jamás se quejó ni hizo la menor diligencia de ponerse en cura, haciendo tanto caso de este accidente como de la llaga é hinchazon del pié y pierna, que cuando le hablamos de aplicarle algun remedio solia responder: *dejemos esto, no lo váyamos á echar á perder: así vamos pasando;* añadiendo el dicho de santa Agueda: *Medicinam carnalem corpori meo nunquan exhibui.* Este dolor y sufocacion del pecho, aunque nunca se explicó si sentia ó no lastimado de él, yo así lo juzgué, acordándome de lo que su paternidad practicaba en muchos de los sermones de las misiones que predicó entre fieles, que ya queda dicho, á fin de mover á los del auditorio á llorar sus culpas y dolerse de sus pecados.

A mas de la cadena que ya solia sacar á imitacion de san Francisco Solano, con la que cruelmente se azotaba en el púlpito, mas de ordinario sacaba una grande piedra que solia tener prevenida en el púlpito, y al concluir el sermon con el acto de contricion, enarbolaba la imágen de Cristo crucificado con la mano izquierda, y cogia con la otra el canto ó piedra, con la que se daba en el pecho todo el tiempo del acto de contricion tan crueles golpes, que muchos del auditorio recelaban no se rompiese el pecho y se cayese muerto en el púlpito.

Usaba tambien para mas mover al auditorio, principalmente en los sermones de infierno ó de la eternidad, de otra inventiva bien pesada, lastimosa y peligrosa para lastimar el pecho; y era que solia sacar una hacha de cuatro pabillos encendida, á fin de que los oyentes viesen la alma en pecado ó condenada, y concluia abriéndose el pecho (que para el efecto tenia el hábito y túnica abiertos por delante) y á raíz de la carne apagaba la grande llama del hachon, deshaciéndose la gente en lágrimas, unos de dolor de sus pecados y otros de compasion del fervoroso predicador, juzgando que sin duda habria lastimado su pecho. Pero bajaba el celoso padre del púlpito sin la menor novedad y como si tal accion hubiera hecho, y jamás manifestó si habia quedado lastimado, aunque era natural que así sucediese, y que quedase el pecho herido y quemado, de cuyas resultas le quedaria lo que parecia cargazon en el pecho, de que solo sentia alivio descargando y deponiendo algunas flemas. Una de las ocasiones en que se sintió mas malo fué cuando llegaron los dos misioneros dichos á la mision de Monterey, los que recibió el venerable prelado con estrecho abrazo de amoroso padre, alegrándose mucho de su llegada; pero sintiendo al mismo tiempo el que no hubiesen venido mayor número para poder verificar las fundaciones de la canal. Dió á Dios las debidas gracias conformándose con su santa voluntad, repitiéndole sus súplicas para que enviase operarios para la canal.

En cuanto tuvo quien pudiese suplir su ausencia determinó dejar en su mision uno de los que acababan de llegar, que fué el padre fray Diego Noboa, de la provincia de Santiago de Galicia, y con él otro de la misma provincia llamado el padre fray Juan Riobó, bajar para San Diego este para suplir en cualquiera necesidad de las misiones del Sur, y su reverencia para hacer la última visita de aquellas misiones y confirmar los neófitos de ellas. Dilatóse la salida del barco hasta agosto, y en esta detencion se le agravó el accidente del pecho, de modo que todos juzgamos no estaba en disposicion de embarcarse, y mucho menos para poder volver por tierra con tan dilatado camino.

Lo mismo juzgaba el venerable padre presidente, pues el dia que se embarcaba me escribió la despedida, encargándome los asuntos particula-

res del oficio, y concluia su carta con mucha gracia y resignacion: *Todo esto digo porque mi vuelta puede ser en carta, pues tan agravado me hallo; encomiéndeme á Dios.* No obstante de hallarse tan malo, el celoso y fervoroso incendio que residia en su corazon le hacia posponer su salud y vida por la caridad del prójimo, no dándole lugar á privarlos de los bienes espirituales del santo sacramento de la confirmacion, y como veia que solo hasta julio del siguiente año que se cumplia el decenio de la concesion, duraba esta extraordinaria facultad, no quiso omitir el hacer la diligencia de su parte, para que lograsen este bien espiritual, esperando en que Dios nuestro Señor, por quien emprendia este viaje, le asistiria. Con esta confianza se embarcó con el padre arriba expresado, y sin la menor novedad desembarcó por el mes de setiembre en San Diego.

Aunque no llegó mejor de sus males, pero sí muy alentado en el fervor y espíritu, de modo que luego trató con los padres de la disposicion de los neófitos para confirmarlos: asi lo practicó, y dejándolos á todos con este bien espiritual, emprendió el camino por tierra de ciento setenta leguas hasta Monterey, haciendo su mansion en cada mision, procurando no dejar cristiano alguno sin confirmar, por ser la última visita con la dicha facultad. En la mision de San Gabriel, segun me escribieron los ministros, se vió apurado del accidente del pecho, que pensaban que allí se moria; pero no por esto dejaba de rezar, decir misa y confirmar, y era ya con tanta fatiga, que los indios chicos que le ayudaban á la misa, decian á sus padres ministros con mucha pena y dolor, que expresaban con lágrimas: Padres, ya el padre viejo (así lo llamaban) se quiere morir, con lo que se enternecian los padres y se les oprimia el corazon, y mas cuando tuvo á todos los neófitos confirmados, trató de ponerse en camino para la siguiente mision de San Buenaventura, recelosos no muriese en el camino, que es de mas de treinta leguas, sin mas poblacion que gentilidad.

Pero dióle Dios fuerzas para llegar á su querida mision de San Buenaventura (la última que habia fundado el año anterior), y viendo ya en ella su competente número de cristianos que el año antecedente habia visto gentiles, no cabia de alegría, dando muchas gracias á Dios; los que confirmó con extraordinario gozo y júbilo de su corazon, que al parecer le alivió sus males, pues salió de ella yá muy aliviado de la sufocacion del pecho y siguió su camino con el mismo alivio.

Cruzó por los pueblos de gentiles de las veinte leguas de la costa de la canal de Santa Bárbara, que no bajan de veinte pueblos bien formados y poblados de mucho gentío, y en cada uno de ellos se le derretia el corazon por los ojos: ya que no podia regar aquella tierra con su sangre para lograr su reduccion, porque no estaba en su mano, procuró regarla con lágrimas nacidas de sus fervorosos deseos, que le hacian prorumpir con el *Rogate Dominum messis, ut mitat operarios in messem suam:* (Matth. 9, vers. 38.) y la carencia de estos es de creer que le acortó la vida, segun las vivas ansias que tenia de la conversion de los gentiles, pues desde que recibió la noticia de no venir misioneros para las misiones de la canal, se le oprimió el corazon, ofreciéndolo á Dios nuestro Señor con sus deseos de la propagacion de la fe.

Saliendo de la canal siguió su camino, cruzando por las dos misiones de San Luis y San Antonio, en las que se detuvo á confirmar á los neófitos recien bautizados; y colmado de méritos llegó a su mision de San Cárlos por enero de 1784, con mas fuerzas y salud que cuando por agosto se embarcó, dejándo á todos admirados y llenos de gozo viéndolo otra vez en su mision cuando pensaban no volverlo á ver.

La llegada á su mision no fué para dar descanso á su cuerpo, tan fatigado de los caminos sobre la avanzada edad de setenta años ya cumplidos, sino para aplicarse con mas fervor al culto de su viña, catequizando á los gentiles, bautizando y confirmándolos, y en los demás ejercicios en que ordinariamente se empleaba, teniendo para ello distribuido el tiempo. Celebró la cuaresma y semana Santa con su acostumbrada devocion y ejercicios, y después de Pascua y haber concluido con los que habian de confesar y comulgar para el cumplimiento de la Iglesia, trató de venir á estas misiones del Norte á hacer la última visita.

CAPITULO LVII.

ULTIMA VISITA QUE HIZO EN ESTAS MISIONES DEL NORTE.

En cuanto se vió desocupado el venerable padre presidente de los precisos quehaceres de su mision, principalmente del cumplimiento de la Iglesia, salió para estas misiones á hacer las últimas confirmaciones y á bendecir la iglesia de la mision de Santa Clara, para lo que lo tenian convidado los misioneros de ella, que tenian determinado dedicarla el 16 de mayo. Salió su reverencia de su mision á últimos de abril, y no deteniéndose en Santa Clara, reservando para la vuelta el hacer confirmaciones, se vino para esta de nuestro padre San Francisco, la mas interna, adonde llegó el 4 de mayo sin novedad en la salud. Fué para mí su llegada de extraordinario gozo el ver en esta mision, la mas interna de lo conquistado, á mi amado y siempre venerado padre maestro y lector, que nueve meses antes se habia por carta despedido de mí, como si no nos volviésemos á ver: deseaba lograr la dicha de gozar su compañía tan amable por algunos dias en esta mision; pero Dios dispuso no fuese como

deseábamos, pues á los dos dias de llegados hube de salir á toda prisa para la de Santa Clara, por haber venido la noticia por posta de hallarse muy malo el principal ministro de ella el reverendo padre fray José Antonio Murguía.

En cuanto recibí la carta, tomada la bendicion del venerable prelado, que quedó para las confirmaciones, me puse en camino, y hallé al enfermo con una fuerte calentura; dispúsose con todos los santos sacramentos, y el dia 11 de dicho mes de mayo entregó su alma al Criador, de quien piamente creemos todos iria á descansar en la iglesia triunfante, y recibir del Señor el premio de su fervoroso celo de la conversion de las almas, en cuyo ejercicio se empleó treinta y seis años; los veinte en las misiones de los pames de la sierra Gorda, en las que convirtió á muchas almas, fabricó una suntuosa iglesia, que fué la primera que en aquellas conquistas se hizo de cal y canto.

Vino desde aquellas misiones para las Californias; en la antigua trabajo cinco años, y entregadas aquellas misiones á los padres domínicos, subió para esta nueva California, en la que fundó la mision de nuestra seráfica madre Santa Clara, dejando en ella bautizados cuando murió mas de seiscientos gentiles. En esta su mision acababa de fabricar una grande iglesia, que segun dijo el reverendo padre presidente, es la mejor y mas grande de todos estos establecimientos, de cuya fábrica habia sido el difunto no sólo maestro, director y sobrestante, sino tambien peon, enseñando á los indios neófitos; teniéndola concluida para celebrar la dedicacion el dia 16 de mayo, fué Dios servido de llevarlo para sí el dia 11 de dicho mes, sin duda, como piamente creemos, para que tuviese mas premio en el cielo.

El especial afecto que siempre tuve á este religioso desde el año de 50 que nos conocimos y empezamos á ser compatriotas en el ministerio, hasta su muerte, que quiso Dios fuese yo y le administrase los santos sacramentos y ayudase, y la correspondencia de su afecto, no me da lugar á omitir esta memoria. No era menor el afecto que le tenia el venerable padre Junípero, pues siempre lo tuvo por perfecto religioso y grande operario para la viña del Señor, y por esto lo solicitaba con grandes ansias para estas nuevas misiones, como se puede ver en las cartas que quedan copiadas en su lugar. No obstante el cordial afecto que le tenia, no pudo su reverencia asistir á su muerte, pues no dió lugar lo agudo de la fiebre, y lo distante de quince leguas que se hallaba confirmando en esta mision de nuestro padre. Y en cuanto concluyó, dejando confirmados á todos los neófitos, caminó para Santa Clara en compañía del gobernador, que estaba convidado para padrino de la dedicacion de la iglesia.

Llegaron á aquella mision el 15 de dicho mes por la mañana, en donde los recibimos cuasi sin podernos hablar, por la pena que nos embargó las palabras, considerando la muerte del padre, que habia trabajado tanto para fabricar la iglesia que venian á bendecir, y cinco dias antes de la dedicacion se lo habia llevado Dios para premiarlo en el cielo. Por la tarde se hizo con toda la solemnidad posible la bendicion segun el ritual romano, con asistencia de todo el pueblo de neófitos y muchos gentiles que asistieron, como tambien de la tropa y del vecindario del pueblo de San José de Guadalupe. Y el dia siguiente, que fué el domingo quinto después de Pascua, dia de la consagracion de la basílica de nuestro santísimo padre San Francisco, cantó el reverendo padre presidente la misa, en la que predicó al pueblo con aquel espíritu y fervor que acostumbraba, y concluida la misa hizo confirmaciones en los que estaban ya preparados.

Aunque pensaba retirarme á mi mision, me detuvo su paternidad diciéndome se queria disponer para morir, por si no nos viésemos mas, pues se hallaba ya postrado, y que ya no le podia quedar mucho tiempo de vida. Hizo unos dias de ejercicios espirituales y su confesion general, ó repitió la que otras veces habia hecho, derramando muchas lágrimas, no siendo menos las mias recelando no fuese esta la última vez que nos viésemos: no logrando lo que ambos deseábamos de morir juntos, ó á lo menos que el último asistiese al que se adelantase, y mirando el que su paternidad se iba para su mision y yo para la mia, distantes cuarenta y dos leguas, y todas de gentilidad, no seria muy fácil el conseguirlo; pero quiso el padre de las misericordias y Dios de toda consolacion darme este consuelo, que diré en el siguiente capítulo.

Los dias que se detuvo en Santa Clara se empleó en disponerse para morir, como tambien en el santo ejercicio de bautizar á algunos que concurrieron (de que fué siempre muy goloso y jamás se vió harto) y confirmar á los neófitos que no habian recibido este santo sacramento; y habiendo algunos que por enfermos no pudieron venir á la iglesia, fué su paternidad á su ranchería á confirmarlos en sus casas, para que no se privasen de este bien; y no dejando á cristiano alguno sin confirmar, el mismo dia que hizo las últimas confirmaciones se puso en camino para su mision de Monterey, dejándome con aquella pena que se deja considerar de un filial afecto.

En cuanto llegó á su mision, que fué á principios de junio, envió para la de Santa Clara para ministro en lugar del difunto padre Murguía, al que estaba en Monterey de supernumerario fray Diego Noboa; y su paternidad entabló de nuevo su apostólico ejercicio, instruyendo de nuevo á los que faltaba de confirmar, antes que se cumpliese el decenio de la comision y facultad, que era el 16 de julio de dicho año de 84, y para dicho dia tuvo ya confirmados á todos los de su mision, sin quedar neófito alguno por confirmar. Y al ver su paternidad espirada la facul-

tad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo dia 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes á los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo dia llegó el nuncio de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho dia 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venian de San Blas con los víveres y avíos; y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habian de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decia la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenia el colegio, por los que habian fallecido y otros que se habian regresado para España cumplido el tiempo y de la mision, que años habia esperaban de España no se tenia la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazon del venerable padre Junípero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir; y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro mas seguro conducto tuvo aviso de ella, pues segun obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba á las misiones, dando noticia á los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los mas retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supe á los quince dias de su muerte, por carta que le contestaban á esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones mas cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que estimaria viniese un padre de cada mision para los avíos que traia el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista; y á mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y segun el efecto, todo esto se dirigia á que asistiésemos á su muerte, y así habria sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

CAPITULO LVIII.

MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decia fuese para Monterey, aunque no me decia fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco á salir, me fuí por tierra. Llegué el dia 18 de agosto á su mision de San Cárlos, y hallé á su paternidad muy postrado de fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde á la iglesia á rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil á la asuncion de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oirlo cantar con la voz tan natural, dije á un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocia desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El dia siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentia muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad á cantar en el coro con los neófitos y á rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó á rezar y cantar los versos de la Vírgen, y el siguiente dia, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del via crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos á que me llamaba ínterin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenia de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera habia estado desde el dia que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo dia que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco dias de mi llegada á Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó á la mision á visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que habia caido al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hízolo así sin mas efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecia se le oyó la menor demostracion de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traido del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos á cortar y repartir á los neófitos para cubrir su desnudez.

Dia 25 de agosto me dijo que sentia no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidio, y vinieron con las cartas diciendo se habian quedado olvidadas. En cuanto ví el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaria mucho á dejarnos nuestro

amado prelado segun lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron á tiempo, porque el de la mision de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir á su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres dias después y solo pudo asistir á las honras el dia 7, como diré después.

Dia 26 se levantó mas fatigado, diciéndome habia pasado mala noche, y así que queria disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estúvose todo el dia recogido sin admitir distraccion alguna, y por la noche repitió conmigo su confesion general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el dia 27 entré á visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los maitines antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecia: preguntando cómo habia pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrase una forma y la reservase, que él avisaria: así lo hice, y acabada la misa volví á avisarle, y me dijo que queria recibir al Diviníśimo de Viático, y que para ello iria á la iglesia: diciéndole yo que no habia necesidad, que se adornaria la celdita del mejor modo que se pudiese y vendria Su Majestad á visitarlo, me respondió que no, que queria recibirlo en la iglesia supuesto podia ir por su pié, no era razon que viniese el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo á la iglesia, que dista mas de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino á la funcion con parte de tropa, que juntó con la de la mision, y todos los indios del pueblo ó mision acompañaron al devoto padre enfermo á la iglesia, todos con gran ternura y devocion.

Al llegar su paternidad á la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la funcion. Salí de la sacristía revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota funcion entonó el fervoroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum;* expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viático con todas las ceremonias del ritual, y concluida la funcion devotísima, que con tales circunstancias jamás habia visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devocion y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedóse solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así tan recogido no dí lugar entrasen á hablarlo.

Ví iba á entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venia llamado del padre para hacerle el cajon para enterrarlo, y queria preguntarle cómo lo queria. Enternecióme, y no dándole lugar á entrar á hablarle le mandé lo hiciera como el que habia hecho para el padre Crespi. Todo el dia lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el dia y sin hacer cama.

Por la noche se sintió mas agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letanía de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho á las tablas de la cama; y díjele que se podia recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentia mas alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraidos del amor grande que le tenian como á padre que los habia reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecia. Y me respondió que le parecia estar muy agravado; á mí me parece que esté bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si queria la absolucion y aplicacion de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puesto de rodillas recibió la absolucion plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la órden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el dia del doctor señor san Agustin, 28 de agosto, al parecer aliviado y sin tanta sufocacion del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arrimada á la cama. Esta consistia en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponia una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendia en el suelo la frazada y una almohada y se tendia sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogia con la frazada y almohada, y en su mision y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponia la cruz sobre la almohada; así la tenia en esta ocasion, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del dia que habia de entregar su alma al Criador.

Como á las diez de la mañana de dicho dia de san Agustin vinieron á visitarlo los señores de la fragata su capitan y comandante don José Ca-

nizares, muy conocido de su paternidad desde la primera expedicion del año de 69, y el señor capellan real don Cristóbal Diaz, que tambien lo habia tratado en este puerto el año de 79. Recibiólos con extraordinarias expresiones, mandando se diese un solemne repique de las campanas; y parado les dió un estrecho abrazo, como si estuviese sano, haciéndoles sus religiosos y acostumbrados cumplimientos, y sentados, y su paternidad en su equipal, le refirieron los viajes que habian hecho al Perú desde que no se habian visto, que era desde el dicho año de 79.

Después de haberlos oido les dijo: Pues señores, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que ha no nos vemos y que después de tanto viaje como han hecho, el que hayán venido de tan lejos á este puerto para echarme una poca de tierra encima. Al oir esto los señores y todos los demás que estaban presentes, nos quedamos sorprendidos, viéndolo sentado en la sillita de cañas y que con todos los sentidos habia contestado á todo: dijéronle, disimulando las lágrimas, que no pudieron contener: No, padre, confiamos en Dios que todavía ha de sanar y proseguir en la conquista. Respondióles el siervo de Dios, quien si no tuvo revelacion de la hora de su muerte no pudo menos que decir que la esperaba breve, y les dijo: Sí, sí, háganme esta caridad y obra de misericordia de echarme una poca de tierra encima, que mucho se los agradeceré. Y poniendo sus ojos en mí, me dijo: Deseo que me entierre en la iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespi por ahora, que cuando se haga la iglesia de piedra me tirarán donde quisieren.

Cuando las lágrimas me dieron lugar para responderle, le dije: Padre presidente, si Dios es servido de llevarlo para sí, se hará lo que vuestra paternidad desea, y en este caso pido á vuestra paternidad por el amor y cariño grande que siempre me ha tenido, que llegando á la presencia de la beatísima Trinidad, la adore en mi nombre, y que no se olvide de mí y de pedirle por todos los moradores de estos establecimientos, y principalmente por los que están aquí presentes. Prometo, dijo, que si el Señor por su infinita misericordia me concede esta eterna felicidad que desmerecen mis culpas, que así lo haré por todos, y el que se logre la reduccion de tanta gentilidad que dejo sin convertir.

No pasó mucho rato cuando me pidió rociase con agua bendita el cuartito; lo hice, y preguntándole si sentia algo, me dijo que no, sino para que no lo haya; quedóse en un profundo silencio, y de repente muy asustado me dijo: Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo; léame la Recomendacion del alma y que sea en alta voz, que yo la oiga. Así lo hice asistiendo á todo los dichos señores del barco, como tambien su paternidad compañero fray Matías Noriega, el cirujano y otros muchos, así del barco como de la mision. Y le leí la Recomendacion del alma, á la que respondia el venerable moribundo como si estuviera sano, sentadito en el equipal ó silla de cañas, enterneciéndonos á todos.

En cuanto acabé, prorumpió lleno de gozo diciendo: Gracias á Dios, gracias á Dios ya se me quitó totalmente el miedo; gracias á Dios ya no hay miedo, y así vamos afuera. Salimos todos al cuartito de afuera con su paternidad; viendo todos esta novedad quedamos al mismo tiempo admirados y gozosos; y el señor capitan del barco le dijo: Padre presidente, ¿ya ve vuestra paternidad lo que sabe hacer mi devoto san Antonio? Yo le tengo pedido que lo sane y espero que lo ha de hacer, y que todavía ha de hacer algunos viajes para el bien de los pobres indios. No le respondió el venerable padre de palabra; pero con una risita que hizo nos dió bien claro á entender que no esperaba esto ni pensaba en sanar.

Sentóse en la silla de la mesa, cogió el Diurno y se puso á rezar; en cuanto se concluyó le dije que era mas de la una de la tarde, que si queria tomar una taza de caldo, y diciendo que sí, lo tomó, y después de dado gracias, dijo: Pues vamos ahora á descansar. Fué por su pié al cuartito en donde tenia su cama ó tarima, y quitándose solo el manto, se recostó sobre las tablas cubiertas con la frazada con su santa cruz arriba dicha, para descansar. Todos pensábamos que era para dormir, supuesto que en toda la noche no habia probado el sueño. Salieron los señores á comer; pero estando con algun cuidado, al cabo de un poco rato volví á entrar, y arrimándome á la cama para ver si dormia, lo hallé como poco antes lo habiamos dejado, pero durmiendo ya en el Señor, sin haber hecho demostracion ni señal de agonías, quedando su cuerpo sin mas señal de muerto que la falta de respiracion, sino al parecer durmiendo, y piamente creemos que durmió en el Señor poco antes de las dos de la tarde el dia del señor san Agustin del año de 1784, y que iria á recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas.

Dió fin á su laboriosa vida siendo de edad de setenta años, nueve meses y cuatro dias. Vivió en el siglo diez y seis años, nueve meses y veintiun dias, y de religioso cincuenta y tres años, once meses y trece dias, y de estos en el ejercicio de misionero apostólico treinta y cinco años cuatro meses y trece dias, en cuyo tiempo obró las gloriosas acciones que ya vimos, en las que fueron mas sus méritos que sus pasos, habiendo vivido siempre en continuo movimiento, ocupado siempre en virtuosos y santos ejercicios y en singulares proezas, todas dirigidas á la gloria de Dios y salvacion de las almas. Y quien con tanto afan trabajó para ellas, ¿cuánto mas trabajaria para el logro de la suya?

Mucho podria decir, pero pide mas tiempo y mas sosiego; que si Dios me lo concede y fuere su voluntad santísima, no omitiré el trabajo de es-

cribir algo de sus heróicas virtudes para edificacion y ejemplo.

En cuanto me cercioré de haber quedado huérfanos sin la amable compañía de nuestro venerado prelado, que no dormia, sino que en realidad habia muerto, mandé á los neófitos que allí estaban hiciesen señal con las campanas; y luego que con el doble se dió el triste aviso, ocurrió todo el pueblo llorando la muerte de su amado padre, que los habia reengendrado en el Señor y estimado mas que si hubiera sido padre carnal; todos deseaban verlo para desahogar la pena que les oprimia el corazon por los ojos y llorarlo. Fué tanto el tropel de la gente, así de indios como de soldados y marineros, que fué preciso cerrar la puerta para ponerlo en el cajon que su paternidad el dia antes habia mandado hacer. Y para amortajarlo no fué menester hacer otra cosa que quitarle las sandalias (que heredaron para memoria el capitan del paquebot y el padre capellan que se hallaban presentes) y se quedó con la mortaja con que murió, esto es, con el hábito, capilla y cordon y sin túnica interior, pues las dos que tenia para los viajes, seis dias antes de morir las mandó lavar con los paños menores de muda, y no quiso usar de ellas, queriendo morir con el solo habito y capilla con la cuerda.

Puesto el venerable cadáver en el cajon y con seis velas encendidas, se abrió la puerta de la celda en la que ya estaban los tristes hijos neófitos con sus ramilletes de flores del campo de varios colores para adornar el cuerpo de su venerable padre difunto. Mantúvose en la celda hasta entrada la noche, siendo continuo el concurso que entraba y salia rezándole y tocando rosarios y medallas á sus venerables manos y rostro, llamándole á boca llena padre santo, padre bendito y con otros epítetos nacidos del amor que le tenian y del ejercicio de virtudes heróicas que en él habian experimentado en vida.

Al anochecer lo llevamos á la iglesia en procesion, que formó el pueblo de neófitos con los soldados y marineros que se quedaron; y puesto sobre una mesa con seis velas encendidas, se concluyó la funcion con un responso. Pidiéronme que quedase la iglesia abierta para velarlo y rezar á coros la corona por el alma del difunto, remudándose por cuadrillas, pasando así la noche en continuo rezo: condescendí á ello, quedando dos soldados de centinela para impedir cualquiera piedad indiscreta ó de hurto, pues todos anhelaban lograr alguna cosita que hubiese usado el difunto, principalmente la gente de mar y de la tropa, que como de mas conocimiento y que tenian al venerable padre difunto en grande opinion de virtud y santidad, por lo que los que lo habian tratado en mar y tierra me pedian alguna cosita de las que hubiese usado; y aunque les prometí que á todos consolaria después del entierro, no fué bastante para que no se propasasen cortándole pedazos del hábito del lado de abajo para que no se conociera, y parte del cabello del cerquillo sin poderlo advertir la centinela, si no es que diga que fué consentidor y participante del devoto hurto, pues todos anhelaban lograr algo del difunto para memoria, aunque era tal el concepto en que lo tenian, que llamaban reliquia, y procuré corregirlos y explicarles, etc.

CAPITULO LIX.

SOLEMNE ENTIERRO QUE SE LE HIZO AL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

La cortedad de la tierra y de la gente que la puebla no daban lugar á hacer al bendito cadáver del venerable padre Junípero aquel entierro y honras con la pompa que le merecian sus heróicas virtudes, por reducirse solo á la tropa del presidio, distante como una legua de la mision, y de la escolta de esta, como tambien de los neófitos de que se compone el pueblo de la mision, que son como seiscientas personas de todas edades. Tambien era difícil la asistencia de muchos sacerdotes, porque no habiendo en los presidios capellanes, y en las misiones solo dos misioneros en cada una y tan distantes entre sí, es natural que en el entierro de alguno de los misioneros no asista otro que el compañero que queda en vida, y que no haya mas concurso de gente que los indios neófitos y la escolta de un cabo con cinco soldados.

Pero quiso Dios honrar á su fiel siervo (que tanto habia trabajado para formar pueblos que alabasen al Señor y que igualmente habia huido de todo lo que era honra) el que muriese en ocasion que estuviese fondeado en el puerto de Monterey el barco, que solo en dicho corto tiempo que se detiene una vez al año á dejar la carga logramos concurso de gente española; con lo que se logró para el entierro el concurso de la gente de mar y del real presidio, como tambien la de cuatro sacerdotes y cinco para las honras de que hablaré después.

Fué el entierro el dia inmediato después de su muerte, que fué el dia domingo 29 de agosto. La mañana del dicho dia llegó al presidio el padre fray Buenaventura Sitjar, ministro de la mision de San Antonio, distante veinticinco leguas de Monterey, quien en cuanto recibió mi carta que queda expresada en su lugar, despachándola para San Luis, distante otras veinticinco leguas, se puso en camino sin pérdida de tiempo y no pudo alcanzarlo vivo; y sabiendo en el presidio que la tarde antecedente habia fallecido el venerable prelado, se detuvo en él á decir misa, y concluida se fué para la mision con el señor ayudante inspector de ambas Californias (ausente el señor gobernador), como tambien fué el comandante del presidio cuasi con toda la tropa, dejando la muy precisa guardia en el real presidio.

Poco después llegó el señor capitan y comandante del paquebot con el padre capellan y con los oficiales de mar y toda la tripulacion, dejando á bordo la muy precisa para custodiar el barco, como tambien para que con la artillería de abordo se le hiciese al venerable padre difunto los honores, disparando de media á media hora un cañon, al que correspondia con otro el presidio (en cuyo ejercicio estuvieron todo el dia), cuyos tiros con el funesto doble de las campanas enternecian los corazones de todos.

Junta toda la gente en la iglesia, que siendo bastante grande se llenó, cantóse una vigilia con toda la solemnidad posible, é inmediatamente canté la misa asistiendo los señores con velas encendidas, y se concluyó con un responso cantado y se dejó la funcion del entierro para la tarde, quedando el gentío en la mision empleándose en visitar al difunto, rezándole y tocándole rosarios y medallas á su bendito cadáver; continuando las campanas con el funestodoble y la artillería de mar y tierra con sus tiros como si fuera algun general.

A las cuatro de la tarde se hizo señal con las campanas y se volvió á juntar toda la gente en la iglesia; se formó la procesion con cruz y ciriales, componiéndose toda la gente de indios neófitos, marineros, soldados y oficiales, estos con velas en dos filas, y la capa con ministros los mismos de la mañana; y después de cantado un responso cargaron al venerable difunto, remudándose á tramos, porque todos los señores; así de mar como de tierra, querian lograr la dicha de haberlo cargado sobre sus hombros. Dióse vuelta por toda la plaza, que es bastante capaz; hiciéronse cuatro posas ó paradas y en cada una se cantó un responso.

Llegados á la iglesia fué colocado sobre la misma mesa al pié de las gradas del presbiterio; se pasó al entierro cantando las Laudes con toda solemnidad, segun el manual de la órden; fué sepultado en el presbiterio al lado del Evangelio, y se concluyó la funcion con un responso cantado, aunque las lágrimas, suspiros y clamores de los asistentes tapaban las voces de los cantores. Lloraban los hijos la muerte de su padre, que habiendo dejado á sus ancianos padres en su patria, habia venido de tan lejos solo con el fin de hacerlos sus hijos é hijos de Dios, por medio del santo bautismo. Lloraban las ovejas la muerte de su pastor, que habia trabajado tanto para darles el pasto espiritual y los habia libertado de las uñas del lobo infernal; y finalmente, los súbditos por la falta de su prelado, tan docto, tan prudente, afable, laborioso y ejemplar, conociendo la grande falta que hacia para el adelantamiento de estas espirituales conquistas.

Acabada la funcion, se me amontonó toda la gente pidiéndome alguna cosita de las que hubiese usado el padre, y como eran tan pocas las que el venerable padre tenia de su uso, no era fácil contentar á todos. Para evitar el tropel, de la gente que pedia, saqué la túnica interior que habia usado el padre (aunque á lo último no la usaba, pues como ya dije murió con solo el hábito) y la entregué al comandante del paquebot para que la repartiese entre la gente de mar, á fin de que hiciesen unos escapularios; que los trajesen á bendecir el dia 4 de setiembre, que para este dia, como sétimo de la muerte, se harian las honras al padre difunto, con lo que quedaron contentos; y á la tropa y á otros particulares repartí los paños menores, haciendo tiras de ellos, como tambien dos pañitos de narices.

El uno de ellos heredó el médico ó cirujano real don Juan García, así por lo que le habia asistido, como por el antiguo conocimiento y particular afecto que tenia al difunto. A los pocos dias que volvió á la mision me dió las gracias del pañito, diciéndome: Con el pañito espero hacer mas curas que con mis libros y botica: tenia en la enfermería, dijo, un marinero muy malo de unos fuertes dolores de cabeza que no le dejaban sosegar; me dejé de medicamentos y le amarré el pañito, quedóse dormido y amaneció sano y bueno. Espero, dijo, que el pañito ha de hacer mas que la botica general. Tal era el concepto que tenia hecho del venerable padre Junípero.

No era menor el que tenia de sus virtudes el padre predicador fray Antonio Paterna, que le conocia desde el año de 50 que vino de España en la misma mision, aunque en el segundo trozo: estuvo muchos años en las misiones de la Sierra-Gorda, al mismo tiempo que allí estaba el venerable padre presidente, y desde el año de 71 en estas misiones, y actualmente se halla de ministro de la mision de San Luis, á quien escribí, como ya queda dicho, el aviso de hallarse enfermo el reverendo padre presidente, que lo deseaba ver antes de morir. En cuanto recibió mi carta se puso en camino apresuradamente con los deseos de alcanzarlo vivo; pero por mucha prisa que se dió caminando todo el dia y parte de la noche, no pudo llegar á tiempo ni aun para el entierro, pues llegó á los tres dias de haber muerto, y solo pudo asistir á las honras, como diré en el capítulo siguiente.

De la fatiga del camino en un religioso de sesenta años de edad, que caminó la mayor parte malo y muy caloroso en el mes de agosto, que hacen excesivos calores en la Sierra de Santa Lucía, le resultó á los pocos dias de su llegada un grande y grave accidente que nos puso á todos en cuidado, como tambien al cirujano real, que dijo ser dolor cólico: hizo el médico su oficio, y diciendo era cosa de cuidado, se dispuso el padre para morir pensando seguir al venerable padre presidente. Viéndole fatigado de los dolores, le dije: ¿Padre, quiere ceñirse con el cilicio de cuerdas de nuestro padre presidente fray Junípero? tal vez querrá Dios aliviarlo. Sí, padre, me respondió, traigamelo: ciñóse con él y en breve sintió alivio,

de modo que ya suspendí el darle el Viático: se fué mejorando y en breve se recuperó y se puso sano y bueno, de suerte que cuando salí de aquella mision para esta ya decia misa.

El referir estos casos no es porque intente publicarlos por milagros, ni es mi ánimo que como á tales los tengan, pues puede haber sido el efecto natural ó casualidad, y á mí no me toca el indagarlo ni examinarlo, sino repetir la protesta del principio: que así en este particular como en todo lo que llevo escrito en esta relacion histórica y demás que dijere, me conformo con el breve de la santidad del señor Urbano VIII expedido en 5 de junio de 1631 y con los demás decretos pontificios. Solo he referido dichos casos en prueba de la grande opinion en que estaban las virtudes del reverendo padre Junípero, y su vida ejemplar en toda clase de gentes que lo habian tratado y comunicado de muchos años: cuya fama y pública voz de sus virtudes les hacia codiciar alguna cosita que hubiese usado el padre, como tambien los atraia á asistir á honrarlo despues de muerto, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LX.

DEVOTAS HONRAS QUE EL DIA SÉTIMO SE HICIERON AL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Deseoso de manifestarme agradecido discípulo á mi siempre amado y venerado maestro, no me contenté con las honras que se le hicieron en el entierro, sino que procuré repetirlas el dia sétimo, anhelando mas sufragios para su alma por si necesitase de algunos para recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas. En cuanto insinué mis deseos, se dieron por convidados todos los señores, así del presidio como del barco. Y así el dia 4 de setiembre concurrió á la mision igual concurso de gente (si no fué mayor) de comandantes, oficiales, soldados, marineros é indios, segun y como el dia del entierro, haciéndole los mismos honores con la artillería, que ya dije en la primera funcion, que duraron con el doble de las campanas todo el tiempo de la funcion, que fué:

Una vigilia cantada con toda la solemnidad posible, y concluida canté la misa, asistiendo de ministros los mismos que el dia del entierro, y en el coro asistieron los padres fray Antonio Paterna y fray Buenaventura Sitjar, con los indios cantores instruidos por el padre difunto, y concluyó la funcion con un solemne responso. No faltaron en esta funcion lágrimas y suspiros, así de los hijos neófitos como de los demás que asistieron, dándonos á entender con sus lágrimas lo muy querido que fué de los hombres el venerable padre Junípero, y piamente creyendo todos que por sus heróicas virtudes que en él experimentaron en su laboriosa y ejemplar vida, fué y es querido de Dios, de quien habrá recibido el premio de sus afanes apostólicos.

Concluida la funcion, me presentaron un gran número de escapularios que habian hecho de la túnica del venerable padre, que ya dije regalé al señor comandante de mar para que la repartiese; los que bendije, advirtiéndoles que la veneracion en que los habian de tener, era por ser de sayal de nuestro seráfico padre san Francisco, y con la bendicion de la iglesia; que el ser dichos escapularios de la túnica del padre Junípero, les habia de servir para que se acordasen de su reverencia para encomendarlo á Dios, que le dé el eterno descanso: dijeron todos que quedaban entendidos. Pero no quedaron todos contentos, diciéndome no habian participado de la túnica, principalmente los de tierra, y así me pidieron alguna alhajita para memoria del padre; y como no habia qué darles mas que libros, no tenia con que contentarlos; pero acordándome de una porcion de medallas que tenia el venerable padre, con que solia regalar á los devotos, las saqué y repartí, de modo que quedaron todos contentos y consolados, y con memoria para acordarse del venerable padre Junípero para encomendarlo á Dios.

Solo nosotros sus súbditos nos quedamos con la triste pena y dolor de vernos privados de tan amable padre, prudente prelado y tan docto y ejemplar maestro, que como tan cariñoso padre, era de todos sus hijos amado, pues á todos sus súbditos tenia consolados; como maestro tan docto, descansábamos en sus altos dictámenes y prudentes reflexiones; y finalmente, como tan ejemplar maestro nos animaba á todos con el ejemplo de sus apostólicos afanes, á trabajar con gusto y alegría en esta viña del Señor, que plantó su apostólico celo en esta tan interna ó inculta tierra, tan apartada de la cristiandad que se puede contar entre las remotísimas del centro de la Iglesia. Estas y demás acciones que quedan referidas en esta relacion histórica, todas de sí tan gloriosas, no nos darán lugar á que nos olvidemos del padre Junípero; y no solo perpetuará su memoria en nosotros sus súbditos, sino en todos los moradores de esta setentrional California. De modo que si no temiera la nota de apasionado discípulo, viendo á mi venerado maestro que dejó en el otro mundo todos los honores con la borla de su sabiduría y se trasplantó en este nuevo de la América, y que no tuvo sosiego hasta internarse en lo mas setentrional para vivir y morir *in terram alienarum gentium*, olvidado del mundo, solo á fin de esplayar su apostólico celo en la conversion de los miserables gentiles, me atreviera á decir de él lo que Salomon dijo de aquel sabio varon (cap. 39): *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a generatione in generationem.* No se apagará su memoria, porque las obras que hizo cuando vivia han de quedar estampadas entre los habitadores de esta nueva

California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservacion.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdiccion sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdiccion del tiempo. Acabó la vida del padre Junípero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro dias, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una mision, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razon, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedet memoria ejus.* Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediria á Dios por ella y por todos los gentiles para que se conviertan á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaria de nosotros ni de pedir á Dios por la conversion de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la mision de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que habia sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo " lo que me dice de la promesa que nos dejó nues- " tro venerable prelado fray Junípero: *Dilectus* " *deo, et hominibus;* y yo digo á vuestra reve- " rencia que demos gracias á Dios, pues ya ve- " mos en esta mision cumplida la promesa de " nuestro venerable padre presidente fray Juní- " pero, pues en estos cuatro meses últimos he- " mos bautizado mas gentiles que en los tres años " últimos, y atribuimos estas conversiones á la " intercesion de nuestro venerable padre Juní- " pero, que lo estará pidiendo á Dios como se " lo pedia incesantemente en vida, y piamente " creemos que está gozando de Dios, y que con " mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin " duda alcanzaria la conversion de los muchos " que hemos bautizado en estos cuatro meses " que se han cumplido desde su muerte; es- " tos son indios que han venido de muy le- " jos y son de distinto idioma que los naturales " de esta mision, pues ha sido preciso valernos " del intérprete de San Gabriel; y viendo que " ellos por sí solos han venido de tan lejos á pe- " dir el bautismo, piamente creemos ser movidos " de impulso interior, que les alcanzaria nuestro " venerable padre de Dios nuestro Señor, padre " de las misericordias y Dios de todo consuelo, " que en medio de la pena que nos causó la no- " ticia de su muerte, nos consuela con el creci- " do número de hijos con que se va aumentan- " do este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su mision de San Juan de Capistrano, creo podrian haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que habia en las misiones el dia que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el dia último del mismo año de 84, segun consta de los informes anuos que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habian bautizado novecientes treinta y seis, á cuyo número ningun año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguia la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesion y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversion de toda esta inmensa gentilidad, y segun fuere el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heróico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria æterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

CAPITULO ULTIMO.

EN QUE SE RECOPILAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNÍPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero, se hallará que su

laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusion de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debia hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicacion convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducian al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes é inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razon de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que viviamos, y si habia algunas temporadas de separacion por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volviamos á juntar hacer confesion general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio habia hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, sí solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que segun San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus.*

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heróicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heróico: el uno en cuanto el hombre anhela á este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Vírgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitiis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) después de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones externas y palabras, segun aquello de Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dice: *Quisquis non præcepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vitæ momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque judicio communi hominum tantam vitæ perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse præditus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virentibus acquisitis in eodem gradu.* Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione.*

Esto es, para que una virtud sea heróica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedicion, prontitud y delectacion sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegacion suya y sujecion de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustin cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junípero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta virtud de la humildad es tan necesaria y esencial en los imitadores de Cristo, que segun los dogmas enseñados por Jesucristo, creemos ser el fundamento para la formacion de todo el edificio espiritual, segun la norma del santo Evangelio. Y siendo necesarios muchos actos de virtud en grado heróico en cualquier fiel y católico para la perfecta santidad; por esto cuando se buscan razones para probar la santidad de algun siervo de Dios, lo que primero se busca es su humildad."

§ I.

PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* Esta

divina doctrina de tal manera imprimió en su corazon su humilde siervo fray Junípero, que en cuanto lo llamó el Señor por medio de su divina gracia para el apostólico instituto, que desde luego propuso en su corazon imitarlo, siguiendo su doctrina en cuanto le fuera posible, poniéndola en práctica, empezando su oficio de la predicacion descalzándose á imitacion de Jesucristo de las sandalias, como nos lo dice la venerable madre sor María de Jesús de Agreda en su Mística Ciudad (part. 2. lib. 4. cap. 28. núm. 685), contentándose con el humilde uso de las alpargatas, de que usó hasta la llegada al colegio, que para seguir ó imitar á los del colegio volvió á usar de sandalias, hasta que saliendo á las misiones de la Sierra Gorda, volvió á descalzarse de las sandalias y prosiguió con las alpargatas hasta que se consumieron.

Hablando el Sr. Benedicto XIV de los actos de la virtud de la humildad, cuenta entre ellos la sincera abnegacion de sí mismo, por la que en sus obras buenas se reputa uno siervo inútil, segun lo de san Lúcas (17. v. 10.): *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt etc.* De tal manera se reputaba por inútil entre los demás misioneros el padre Junípero, que cuando se regresaba á su mision, concluida la visita de las demás, prorumpia con estas humildes y fervorosas palabras: "Edificado vengo del fervoroso celo de " todos los padres compañeros, de lo muy ade- " lantadas que tienen sus misiones en lo tempo- " ral y espiritual, y ciertamente es esta mision " la mas atrasada," como queda dicho en el cap. 49, y no solo en el ejercicio de la mision entre infieles, sino tambien entre fieles, se reputaba por el mas inútil, edificándose cuando sabia el fruto que sacaban los otros misioneros. Y siendo mucho mayor el que su reverencia sacaba, y mayores las conversiones que de sus fervorosos sermones se seguian, lo reputaba por mucho menos que el de los demás, dando á entender ser siervo inútil y sin habilidad, sintiendo esta falta, que impedia á su parecer la mayor gloria de Dios y servicio del colegio, y puntual cumplimiento de la obediencia.

Después de haber empleado su espíritu y fervor en las conversiones de la Sierra Gorda, lo ocupó la obediencia en el de vicario de coro, en lo que se ofrece cantar; cuyo cargo admitió con toda humildad y sumision, quejándose de sí mismo como inútil, por ignorar la solfa, como queda dicho. En otra temporada que lo tuvo empleado la obediencia como maestro de novicios, se consideró inútil para ello, y por obediente lo admitió con la mira de ejercitante, no como maestro, sino como novicio, practicando lo mismo que aprendió en el noviciado recien llegado al colegio, como queda insinuado; añadiendo lo que su fervoroso espíritu le dictaba, sin ser molesto á sus novicios, de los que viven todavía algunos en el colegio, los que se tienen por felices y dichosos de haber sido hijos de tan ejemplar maestro.

Otro acto de humildad cuenta en los siervos de Dios el señor Benedicto XIV, y es sentir y huir las honras y aplausos que se le tributan, y no recibir las dignidades sino forzados de la obediencia ó de la autoridad de los superiores. Queda ya dicho cómo renunció los aplausos que tenia en su patria y amada provincia, y no se contentó con solo esto, sino que lo mismo fué poner los piés en el barco, que decirme: ya se acabó todo respeto y mayoría entre los dos, se acabó ya la maestría y reverencia: somos ya en todo y por todo iguales; y con las obras en cuanto se ofrecia, siempre se reputaba por el menos entre los dos, con harto rubor mio y admiracion de todos los que lo veian; de modo que lo mismo era poner los ojos en él, así seculares como eclesiásticos, aun de los de mas alta dignidad, y regulares, que formar un gran concepto de él de humilde, docto y santo.

En este concepto lo tuvieron todos los religiosos del convento de Málaga, que fué el primero que pisamos cuando salimos de Mallorca, y el que mas percibió su humildad y literatura fué el reverendo padre guardian, lector jubilado de aquella provincia de Granada, queriendo probar el concepto que de dicho padre Junípero tenia hecho, y en breve conoció no haber sido fallido el concepto que á primera vista habia hecho del dicho padre. Pero conociendo el humilde padre el demasiado cariño que experimentaba de aquel prelado, luego luego determinó apartarse y que nos fuésemos al barco, como se ejecutó. En este mismo concepto lo tuvo el reverendo padre comisario de la mision en cuanto llegamos al hospicio de Cádiz, y lo mismo juzgaron los padres de la mision de nuestro colegio, y los de la mision del colegio de Querétaro, que estaban en otro hospicio con su comisario, que lo era de todas las misiones y colegios.

En este mismo concepto lo tuvieron así el capitan y oficiales del navío en cuanto lo vieron subir á él, y lo mismo juzgaron la gente de la tripulacion desde el primero hasta el último, y todos los padres de la mision de los reverendos padres domínicos con su presidente, que habia sido lector en Salamanca, quien luego trabó grande amistad con el venerable padre, de quien hizo mayor concepto que todos los demás. En el mismo concepto lo tuvieron los seculares en cuantos caminos anduvo y en cuantos pueblos y haciendas paró, no solo en tiempo de misionar, sino aun yendo de paso, dejando en todas partes gran fama de humilde y santo, no olvidándolo aun después de muchos años de visto, quedándoles impresa su fisonomía; si no es que digamos que estas sus virtudes las tenia impresas en su humilde aspecto. Así parece que las leyeron en cuanto lo vieron los ilustrísimos señores obispos de la Puebla de los Angeles y de Oajaca ó Antequera, cuando fué á predicar mision en dicha ciu-

dad con otros cinco misioneros de nuestro colegio. Pasando por la ciudad de Puebla, fueron los seis á tomar la bendicion del ilustrísimo prelado, y á pedirle las licencias de confesar en los pueblos de su obispado que habian de cruzar hasta llegar al de Oajaca. En cuanto los vió el ilustrísimo prelado, les concedió á todos las licencias que le pedian, y poniendo la vista en el venerable padre Junípero, que no habia hecho la propuesta por no ir de presidente, sino otro mas antiguo, le preguntó cómo se llamaba. Y diciéndole que fray Junípero, dijo su ilustrísima á su secretario: Pues á este padre se le dan generales las licencias y perpetuas, para hombres, mujeres y monjas hasta las recoletas, y á los demás para hombres y mujeres solamente.

El ilustrísimo de Oajaca, en cuanto lo vió le concedió lo mismo, y le encomendó que habia de hacer mision á toda la clerecía á puerta cerrada, como lo practicó con edificacion de todos, con mucho fruto, y con universal concepto de muy docto é igualmente fervoroso y prudente, como queda insinuado en el capítulo 10, y por poco que lo tratasen formaban de él grande concepto de su literatura y mucha profundidad. En el mismo concepto lo tuvieron los religiosos del colegio desde el primer dia en que él puso los piés, teniéndolo por muy virtuoso; y lo que mas alababan y alabaron de él fué su humildad profundísima, viéndole hecho un novicio corista, leyendo en la mesa con mas gusto que si leyese en la cátedra de la universidad, y sirviendo en ella, como ya queda dicho, como si fuera el menor del colegio.

Recien llegado á él, viéndolo tan humilde, silencioso y recogido, quisieron probar su literatura, para cuyo fin le encomendó el prelado el sermon de san Fernando, patron del colegio, en el que expositó el salmo 44. *Eructavit core um verbum bonum: dico ego opera mea Regi;* refiriendo toda la vida y virtudes del santo, dejando no solo á todo el auditorio, sino á toda la comunidad admirada de tan peregrinas noticias y tan bien tejidas con los versos del salmo, sintiendo todos que un hombre tan docto y ejemplar se fuese á arrinconar entre los infieles, para cuyas misiones lo tenia ya nombrado la obediencia. Y para que no se fuese fueron muchos de los padres viejos y discretos á pedir al reverendo padre guardian para que no saliese del colegio. Pero conociendo el prelado el fervoroso celo del dicho padre Junípero, no quiso privarle de empleo que tanto anhelaba, de la conversion de los gentiles. Y no solo no condescendió á que se quedase en el colegio, sino que lo eligió de presidente de las santas misiones, como queda dicho. Pero viendo el título y patente de presidente, luego fué el humilde padre al prelado á renunciarla, tomando por motivo la falta de práctica por tan novísimo en el ejercicio. Y fueron tan eficaces sus súplicas, que hubo el reverendo padre guardian de admitirle la renuncia, con lo que quedó contentísimo el humilde padre.

Pero al año y medio que se celebró en dicho colegio el capítulo, en el que fué electo de guardian el que fué su maestro de novicios y gran maestro de la mística, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, le remitió este nueva patente de presidente de las misiones, mandándole por santa obediencia la admitiese. Así lo practicó, y en cuanto cumplió los tres años, no obstante que el oficio de presidente no tiene tiempo señalado, renunció con otro guardian, diciéndole que si era oficio honroso, participasen todos, y si gravoso, tambien. Con lo que se la admitió, quedando el humilde padre contentísimo sin tal carga por entonces, y mas despejado para ejercitarse en la humildad, como lo practicó, no contentándose con instruir á aquellos neófitos, y en los demás ejercicios espirituales, como queda dicho en el capítulo 7, sino tambien se ejercitó en el ejercicio temporal hasta no desdeñarse de practicar los oficios mas bajos y mas humildes, como de peon de albañil y de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia, hacer mezcla con los muchachos como si fuese uno de ellos, y con los grandes acarrear madera para la dicha fábrica, metiéndose tambien entre los albañiles á llenar los huecos entre las piedras con ripios para macizar las paredes, con un traje humildísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto en un pedazo de manto viejo, siendo así que es una tierra muy caliente, y por sandalias traia un pedazo de cuero crudo, que es el calzado de aquellos indios, que en su lengua llaman *apats nipis*, que es lo mismo que guaracha ó abarca; de modo que al verlo edificaba á todos, como edificó al que fué su maestro en la mística recien llegado al colegio el citado padre Pumeda, que viéndolo un dia metido entre una cuadrilla de indios que pasaban de veinte, que cargaban una grande viga, ayudando él á llevarla, y que por mas chico que ellos no alcanzaba, metió el pedazo de manto. Edificado de lo que veia, me llamó á toda prisa para que yo lo viera, juzgando me vendria de nuevo, me dijo: mire su lector cómo anda el via crucis y con qué traje. A lo que le respondí: eso es de todos los dias. Otros casos particulares podria referir en prueba de su humildad, lo que omito por no ser molesto.

Y si por humilde logró en la Sierra Gorda el sacudirse de la prelacía, no así en la California, que se vió precisado á cargarla diez y siete años hasta la muerte. Cuanto mayor era la honra que le seguia, tanto mayor era la repugnancia que á ella tenia, poniendo todos los medios que le dictaba su humildad y prudencia, para evitar toda ocasion. En todos los capítulos salia electo en guardian, y en uno de ellos que le aseguraban saldria confirmado, hizo cuantas diligencias pudo para no hallarse en el colegio al tiempo del capítulo, que fué en ocasion de estar en Méjico

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardianía.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándome el dolor que le causaba en su corazon, le dije: "Mi padre lector, no seria malo, " sino muy conveniente, que vuestra reverencia " escribiese al excelentísimo señor Galvez, que " actualmente se halla de ministro y puede tan- " to con el rey; que haciéndole presente el esta- " do en que nos hallamos, y que supuesto que " su excelencia fué el primer móvil de esta con- " quista, intervenga con su majestad para su " conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no " pudiese tanto como puede, le escribiera; pe- " ro como puede tanto, no quisiera supiese que " todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que to- " do lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

§ II.

VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cuatro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazonarlo todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heróica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, despues de oir sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á elegir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junípero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañería, sin altivez, sin hipocresía su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comun adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelados del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de cuantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurria al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguió con este y su industria continuos aciertos en cuantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á cuantos han visto y leido el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heróica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elías dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junípero: *Progecitque se et abdormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino cuantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificacion á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuiques suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junípero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedia los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado, por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo " su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus ór- " denes, que ni aun contestaba al bienhechor de " haber recibido su carta; pero me alegraria mucho " que supuesto tiene su reverencia informe de to- " do, el que satisfaga al bienhechor y le dé algu- " na excusa por no haberle yo escrito por muy " ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendia á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto, sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sugetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan nimio en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si seria faltar á ella si se proseguia la mision, ó si debia mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendia la mision fundada antes de recibir el órden, sí solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande pa- y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-

vando todos los dichos preceptos, para no faltar á la obediencia de Dios y conservar para sí la justicia, santificacion ó santimonia; *sibi sanctimoniam.*

Y de tal manera procuraba esta virtud en todas las acciones y obras, y al parecer pensamientos, que todo lo que en él se veia, oia y experimentaba, todo era dirigido á Dios y al bien del prójimo. Siempre sus conversaciones y pláticas eran edificantes; y si se hablaba de ausentes, que podria entibiar la caridad del prójimo, procuraba desviar la conversacion ó decir claramente: *no hablemos de esto, que me causa pena;* de modo, que podriamos decir de él lo que de la sombra del árbol de su nombre dijo Plinio, citado de Nicolás de Lyra, lib. 3, Reg. cap. 19, v. 5, que ahuyenta las serpientes y todo animal ponzoñoso: *Juniperus arbor est crescens in desertis, cujus umbram serpentes fugiunt, et ideo in umbra ejus homines secure dormiunt.* Esto mismo experimentábamos en la presencia de nuestro Junípero, pues en su presencia ni se oia ni se podia hablar palabra que no fuese edificante. Y si alguno se desmandaba, en el semblante manifestaba luego la repugnancia de tal conversacion, que servia de correccion, y se mudaba luego la plática, pasándola á tratar de lo que siempre tenia en su corazon y en la mente, que era el aumento de la conversion de los gentiles.

Otro acto de la virtud de la justicia cuenta san Anselmo, que es tener paciencia con el enemigo: *inimico patientiam.* No tuvo este siervo de Dios mas enemigo que el que conocia ó le constaba ser enemigo de Dios, ó que veia que impedia con sus hechos la propagacion de la fe y conversion del gentilismo. Portábase con los primeros con amorosas amonestaciones, con pláticas y sermones para hacerlos amigos de Dios, y con los segundos nunca daba á entender estuviese sentido de ellos, que procuraba poco á poco hacerlos ajentes y coadjutores de santa obra, con cuya paciencia solian muchos conseguir el efecto deseado, y con los otros que no coadyuvaban, no manifestaba el sentimiento, sino que desahogaba su pena con decir: *no será la voluntad de Dios todavía, no estará de sazon la mies, Dios dispondrá lo que fuere de su agrado*, procurando de su parte hacer á los tales cuantos bienes podia.

Bien lo experimentó el oficial que le ocasionó el trabajo de ida y vuelta á Méjico en solicitud de providencias favorables para la propagacion de la fe y conservacion de los nuevos establecimientos, de quien determinó la real junta se retirase del mandato. Y estando para salir de Monterey, llegado el nuevo comandante, temeroso no ser mal recibido de su excelencia, valiéndose de uno de los misioneros muy estimado del venerable padre presidente, le pidió una carta de recomendacion para el señor virey. Y respondiendo que con mucho gusto lo haria, lo practicó con tanta caridad y con tal sigilo, que no quiso que el recomendado supiese el contenido, pues la envió cerrada y por otro conducto; y en cuanto llegó á Méjico vió el efecto de la carta, pues le entregó su excelencia una compañía con el baston de capitan de ella, quedando su excelencia muy edificado de la caridad del venerable padre Junípero, viendo que olvidando que le habia hecho padecer en ida y vuelta de Méjico tantos trabajos, le correspondió cediendo para sus ascensos, así el mérito de dichos trabajos como todos los demás que habia padecido, y méritos que su reverencia habia contraido en estas conquistas. Así lo leyó en la carta respuesta de su excelencia que tengo á la vista y dice así:

"En carta de 19 de junio último expuso vues-
" tra reverencia la pena que le daba ver despoja-
" do del mando de esos establecimientos al oficial
" que antes estaba mandando, y á estímulos de
" su fervorosa piedad recomienda su mérito, apli-
" cándole los servicios que por sí propio ha con-
" traido, para dar mas valor á los suyos. Este
" oficial llegó aquí enfermo; y siempre que haya
" arbitrio conocerá en mi atencion la que me ha
" merecido una accion tan pia, honesta y religio-
" sa como la que vuestra reverencia me manifies-
" ta, deseoso de contribuir á las satisfacciones
" de este interesado.—Dios guarde á vuestra re-
" verencia muchos años. Méjico, 2 de enero de
" 1775.—El bailío frey don Antonio Bucareli y
" Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Ser-
" ra."

Otros varios casos podria referir, que omito para dar lugar á lo que falta de las demás virtudes. Y pasando al último acto que refiere de la justicia San Anselmo: *egeno operosam misericordiam:* en ambas conquistas en que tan gloriosamente trabajó este infatigable operario, así en la Sierra Gorda de la nacion pame como en la antigua y nueva California, tuvo un campo muy abierto para ejercitarse en este acto de la virtud de la justicia: *egeno operosam misericordiam;* pues los habitantes de ambas conquistas eran todos unos pobres miserables y necesitados de un todo, así para mantenerse como para cubrir su desnudez, con quienes tuvo bastante que ejercitar las obras de misericordia, así espirituales como corporales, pues no solo empleó todo su talento para su reduccion, instruccion y demás ministerios espirituales, sino que tambien todo su conato era en solicitarles para comer y que vestir, gastando todo el sínodo que da su majestad á los misioneros; y no siendo suficiente, solicitaba limosnas de bienhechores y aplicaba las misas para dicho fin. Y á fin de que los convertidos lograsen este subsidio con mas abundancia y con subsistencia, les instruyó en las siembras, para lograr cosechas de las principales semillas para mantenerse, y de fabricar alguna ropa para vestirse, como queda dicho.

La mayor pena que daba al compasivo corazon de este siervo de Dios, era el no tener que

dar á los pobres indios tan necesitados, procurando consolarlos con amorosas palabras, repartiéndoles por su propia mano la comida, aun aquella que para sí necesitaba, y lo mismo hacia de la poca ropa, por sus propias manos cortaba las camisas y enaguas, como tambien cotones y calzones para los muchachos, y por sus propias manos se amañaba á coser para instruir á los neófitos, como que en breve aprendieron. Este ejercicio le duró todo el tiempo que permaneció en el ministerio, hasta tres dias antes de morir; en mi presencia estuvo en esta faena de cortar y repartir ropa.

Y cuatro dias antes de su muerte, estando juntos, entró una india vieja de mas de ochenta años, neófita, que en cuanto nos saludó, se levantó el venerable padre, y metiéndose en el cuartito donde dormia, sacó una frazada camera y la regaló á la vieja. Sonriéndome yo, le dije: *¿qué, le va á pagar las gallinas?* me acompañó en la risa diciéndome que *sí*. El motivo de la risa de ambos era, que dicha india siendo todavía gentil, recien fundada la mision de San Cárlos, no teniendo la mision mas de una gallina con sus pollos para procrear, instruyó á un nietecito suyo á que matase los pollos con su arquito, como lo hacia, y entre ambos se los comian, y hallada en el hurto, le pusieron por distintivo la vieja de las gallinas, y esto le motivó á reir; pero él cumplió con el acto y obra de misericordia ya dicho, cuya accion tan caritativa, dió motivo á que en su muerte no se le hallase en la cama sobre las desnudas tablas mas que media frazada, como queda dicho arriba.

FORTALEZA.

Hablando de esta heróica virtud san Ambrosio, citado de mi seráfico doctor san Buenaventura (lib. 2, phca. c. 31), dice: fuerte es aquel que se consuela padeciendo algun dolor: *est fortis qui se in dolore aliquo consolatur.* Grandes fueron y continuos los dolores que padeció el siervo de Dios fray Junípero por la llaga del pié é hinchazon de la pierna, que padeció desde el año 49 hasta la muerte, como queda arriba dicho; pero nunca se quejó y solo lo manifestaba cuando le impedia sus correrías apostólicas, ó cuando le impedia el poder celebrar el santo sacrificio de la misa, como se vió á la salida de la antigua California, subiendo con la expedicion para la nueva y setentrional, que fué la única vez que solicitó algun medicamento para lograr el deseado fin de ver fijada la santa cruz en el primer puerto de San Diego, y fué el bestial medicamento que ya queda dicho, capítulo 15. En las demás ocasiones, no obstante de ser grandes los dolores, parece que en ellos tenia su consuelo, olvidando el solicitar medicamentos. Y las veces que se proporcionaba ocasion de facultativos y medicamentos, como fué á la ida de Méjico y cuando venian los barcos á aquellos nuevos establecimientos, trayendo sus cirujanos reales, que le ofrecian gustosos el sanarlo, les respondia: dejémoslo, que ya es llaga vieja y necesita de cura larga; y apurándolo uno de sus amados compañeros en una de estas ocasiones, les respondió: *medicinam carnalem nunquam exhibui corpori meo.*

Lo mismo practicaba en los graves dolores de pecho que padecia, sin duda ocasionados de los golpes de piedra que se daba en los actos de contricion con que finalizaba los sermones, como tambien de apagar en su pecho desnudo la hacha encendida, á imitacion de san Juan Capistrano, que apagándosela solia arrancar un pedazo de cuero, de lo que varias veces le resultó quedar muy mal herido; y ninguno de estos dolores le hacia abrir la boca para la menor queja ni para solicitar medicamento, pues parecia tenia en estos dolores todo su consuelo, efecto de su fortaleza: *Est fortis qui se in dolore aliquo consolatur.*

Y prosiguiendo el citado san Ambrosio, dice de esta virtud: ciertamente con razon se llama fortaleza la de aquel que se vence á sí mismo y reprime la ira: *et revera jure ea fortitudo vocatur, qua unusquisque seipsum vincit iram continet.* Vencióse el venerable padre á sí mismo, reprimiendo todo movimiento de ira, de modo que parecia nada lo inmutaba, sino el ver ofendido á Dios por los pecadores y cuando reparaba se impedia la propagacion de la fe. Aun esto que lo inmutaba, reprimia con fervorosos actos de resignacion á la voluntad de Dios, cuya conformidad solia expresar con algun suspiro con estas palabras: *Dejémoslo todo á Dios; hágase en todo su santísima voluntad;* y estos actos tan heróicos parece que contenian todo lo irascible, quedando pacífico é inmutable como si tal cosa hubiese sucedido; y en breve veia el efecto de esta resignacion, ya por la reduccion de los pecadores, amonestados del siervo de Dios, que se le rendian á sus piés pidiendo confesion, como de los gentiles que movidos de lo alto, le pedian el santo bautismo.

Prosigue el mismo san Ambrosio hablando del varon fuerte ó adornado de la virtud de la fortaleza, y dice, que con halagos ningunos se ablanda ó desvia de lo empezado: *Nullis illecebris emollitur, atque inflectitur.* Así lo dió á entender desde la vocacion con que lo movió Dios á venir á emplear su vida en la conversion de los gentiles, que en cuanto supieron los reverendos padres que entonces gobernaban esa santa provincia su vocacion y vieron tenia ya la patante, le ofrecieron no saliese de la provincia, que está en el inmediato capítulo lo haria custodio, no obstante de hallarse jóven y ocupado con la cátedra, que nada de esto se oponia ni era incompatible; pero ni estos halagos, ni otros mayores empleos que se le podian poner á la vista, ni la mucha estimacion, así dentro como fuera de la provincia,

fueron bastantes para ablandarlo ni hacerlo retroceder de la vocacion, ni menos el considerar la pena grande que causaria su salida á sus ancianos padres; sino que revestido su corazon de la fortaleza, lo dejó todo para emplearse en la conversion de las almas; por lo que podemos decir de este siervo de Dios lo de san Ambrosio, que *nullis illecebris emollitur, atque inflectitur.*

Concluye san Ambrosio lo heróico de esta virtud diciendo que el varon fuerte ni se conturba con lo adverso, ni con lo favorable se enzalza: *non adversis perturbatur, non extollitur secundis.* Era tal su fortaleza, que en cuantos casos sucedian, ya favorables, ya adversos á la conquista, siempre se manifestó como inmoble, siempre de un mismo ánimo y puesto su corazon y confianza en el Señor, quien de ordinario lo consolaba, cumpliéndole, después de haber probado su fortaleza, sus fervorosos deseos. Así se ve en lo que queda referido al principio de esta conquista en su primera mision de San Diego, capítulo 20, que aunque el comandante con todo el cuerpo de la expedicion tenia determinado el desamparar el primer puesto del puerto de San Diego y hacer la retirada para la antigua California por la falta de víveres, señalando dia para ello si no llegaba el barco para el dia de señor san José, resolvió el siervo de Dios no dejar el puesto aunque todos se retirasen, causándole grandísima pena y dolor la determinacion de la expedicion; pero siempre confiando en Dios que no se verificaria la retirada, como de facto así sucedió, pues el mismo dia del santísimo patriarca se divisó el barco, con lo que se resolvió lo contrario y siguió felizmente la conquista, debiéndose á su magnanimidad y fortaleza.

Con esta misma virtud consiguió la reedificacion de la dicha mision de San Diego después de incendiada por los bárbaros gentiles que quitaron la vida tan inhumanamente á uno de los dos misioneros, llamado fray Luis Jaime, como queda dicho con bastante extension en el capítulo 40, que hallando en el comandante una total repugnancia para la reedificacion, negando aun la escolta de los soldados de la mision, no desmayó el fervoroso padre, sino que clamando á Dios para el efecto, lo consoló el Señor el dia del príncipe san Miguel. Otros varios casos podria referir que omito, y creo bastará el decir que nunca retrocedió de aquel fervoroso celo de la propagacion de la fe, atropellando cualquiera dificultad que le pusiesen delante, facilitándoselo todo el santo fin á que se dirigia; que aunque para muchos parecia indiscreto celo, pero el efecto tan favorable que se seguia de la propagacion de la fe sin la menor desgracia, hacia ver no ser indiscreto su celo, sino muy agradable al Señor, que conoce los interiores de cada uno.

Nunca el miedo de perder la vida en manos de los bárbaros le hizo volver atrás; solo lo contenia tal cual vez la consideracion de los malos efectos que podian resultar de perder la vida en manos de aquellos á que habia venido á darles la vida espiritual; y solia muchas veces decir, que de quitar la vida á los padres, aunque quedaria regada la tierra; pero la tropa militar querria vengar la muerte, de lo que resultaria la perdicion de muchos infelices indios y la apostasía de los demás, dejando la mision despoblada, como se vió en la de San Diego.

Esta mira parece que le movió en la mision de la Sierra Gorda el huir de este peligro. Fué el caso, que estando una noche con su compañero, que entonces lo era el que actualmente es obispo de Mérida de Maracaibo, el ilustrísimo señor don fray Juan Ramos de Lora, sentados ambos en las gradas de la cruz del cementerio de su mision, Santiago de Jalpan, como á las ocho de la noche, tomando el fresco, de repente dijo al dicho padre su compañero: quitémonos de aquí; vamos adentro, que no estamos seguros. Así lo practicaron, y el siguiente dia supieron por cierto le iban á quitar la vida, de modo que si no se quitan, ambos allí habrian muerto.

En otras muchas ocasiones atropelló con todos los peligros, como se vió al tránsito de la mision de San Gabriel al sitio de San Juan Capistrano, que pasaba á su fundacion, que como queda dicho, capítulo 43, se vió en evidente peligro de la muerte, por haberse arriesgado á cruzar el tramo todo poblado de bárbaros con un solo soldado. Lo mismo practicó innumerables veces en tantos viajes como anduvo, de manera que podriamos decir de él lo que del varon fuerte dice san Agustin, que ni temerariamente acomete ni sin refleja teme: *Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet.* (Aug. Epist. 29, ad Hieroni. ante med. tom. 2.)

TEMPLANZA.

La última de las cuatro columnas del espiritual edificio es la cuarta de las virtudes cardinales, llamada templanza, que en sentir de san Agustin, lib. 1, de lib. arb. cap. 13, col. 580, es un afecto que pone modo y freno á todas las pasiones desordenadas: *Temperantia est affectio coercens, et cohibens appetitum ab iis rebus quæ turpiter appetuntur.* Y hablando san Próspero de los efectos que causa esta noble virtud en el alma adornada de ella, dice, lib. 3, de Vit. contemp. cap. 19, pag. 92, que hace templado templando los afectos del que los posee: *Temperantia temperantem facit, affectus temperant.*

Todo el afecto de este siervo de Dios al parecer se dirigia á la propagacion de la fe y aumento de misiones, para lo que ponia todos los medios posibles, ya con exhortaciones de palabra, ya con cartas edificantes, solicitando medios y auxilios para tan santo fin, y con tanta eficacia y repeticion de súplicas, que á los menos afectos pare-

cia importuno; pero sufria con mucha paciencia dicha nota, con tal que lograse el fin de aumentar dichas misiones, saliendo de su boca muy de ordinario: *gracias á Dios que hasta ahora no hay mision alguna que no tenga hijos al cielo.* Viendo en el padre Junípero tanta eficacia en pretender nuevas fundaciones, no faltaron sugetos de categoría y carácter que dijeron de él: *Es el padre Junípero un varon santo; pero en el asunto de pedir fundaciones de misiones es santo pesado;* pero en este afecto tan extraordinario se templaba atemperándose á los medios y fuerzas que se le proporcionaban, conformándose en todo á la voluntad divina y de los prelados.

Así se vió en la pretension de la fundacion de las tres misiones de la canal de Santa Bárbara, que enviando el excelentísimo señor don frey Antonio María Bucareli suficiente tropa para ella y lo demás necesario, y carta al señor gobernador de aquellos establecimientos, de que se pusiese en acuerdo con el reverendo padre Junípero para las fundaciones, recibió al mismo tiempo dicho venerable padre carta del prelado del colegio, que le decia tuviese presente la inopia de misioneros en que se hallaba el colegio, á causa de no haber llegado la mision de España. Esta leve insinuacion fué bastante para templar su afecto á dichas fundaciones, pues ya no trató de tal asunto, esperando siempre el socorro de misioneros con la llegada de la mision de España. Pero viendo que el año de 83 no habia noticia de tal mision, y lo mismo el siguiente de 84, lo mismo fué llegar los barcos con la noticia de no venir padres ni haber llegado la mision, parece que le llegó el aviso de su cercana muerte, como queda dicho, capítulo 57.

Continuando el citado san Próspero los efectos de dicha virtud, dice que hace abstinente, parco, sobrio y moderado: *abstinentem, parcum, sobrium, moderatum.* Tan abstinente era este siervo de Dios, tan parco, tan sobrio y moderado en la comida y bebida, que con poco ó casi nada se contentaba, como lo dió á entender en la carta que me escribió y queda copiada en la vida, capítulo 19, que para ponderar no padecer necesidad, me decia, que teniendo una tortillita que no pasara de dos onzas, si es que llegara, y yerbas silvestres del campo, ¿qué mas nos queremos? Carne pocas veces la probaba, contentándose con las yerbas que acompañaban la racion, y con fruta siempre que la habia, que entonces era solo la comida. Y diciéndole yo cómo no comia, me respondia: *¿pues y qué es lo que hago? Esta y el pescado es la comida que tomaba la Vírgen santísima.* Parece que esta consideracion le causaba una extraordinaria aficion á la fruta y pescado, de modo que mientras habia pescado comia como los demás; pero la carne siempre la miraba con mucha repugnancia, y solia dar por excusa á los que advertian que no la comia, el que no podia mascarla. Jamás se quejó de la comida; nunca dijo si estaba salada ó dulce, buena ó mala, que parecia á todos carecia de gusto.

Era parco en la comida: estando en el colegio, muchos dias á la mitad de la comida se levantaba del asiento y subia al púlpito á leer en la mesa. Y estando en las misiones guardaba la misma moderacion en la comida, sin comer jamás á deshora, sino en las señaladas, de modo que se le conocia estaba adornado de la virtud de la templanza por los efectos que de esta virtud se le veian practicar, que en sentir de san Pedro Celestino (Opúsc. 1, part. 5, cap. 4), son otras tantas virtudes.

De tal manera, que en todas sus acciones exteriores dió pruebas muy eficaces de ser un varon adornado de honestidad y modestia, de sobriedad y abstinencia, de pureza y castidad, recato y pudicicia. Así lo manifestó en la mortificacion de sus sentidos y potencias, en la pobreza y desnudez de hábito, en la suavidad de sus palabras tan medidas,en sus pasos graves sin afectacion, y en sus ayunos cuasi continuos y rigurosos; efectos todo de la templanza, segun san Próspero, si no es que digamos con el citado san Pedro Celestino y el angélico doctor santo Tomás (2, 2, q. 131, art. 1), que son otras tantas virtudes, piedras preciosas de que se compone la cerca del espiritual edificio.

No le faltaron á este siervo de Dios los demás efectos de la virtud de la templanza que enumera san Próspero, ni las otras partes ya integrales, ya potenciales y subjetivas, que refiere santo Tomás en el citado lugar. Fué serio desde niño, cuya seriedad conservó toda su vida, de tal modo que á la vista parecia de un genio adusto y casi intratable; pero lo mismo era comunicarlo y tratarlo, que mudar de concepto, teniéndolo ya por suave, dulce y atractivo, llevándose los corazones de todos para el afecto. Era asimismo muy vergonzoso, principalmente con todos los que no habia tratado; pero habiendo mujeres en su presencia, siempre continuaba la seriedad y modestia, así en la vista como en el habla, procurando introducir la conversacion mística y ejemplar, refiriendo algunos pasos de las vidas y hechos de ellos, con el fin sin duda de introducir en sus corazones la devocion é imitacion de los santos, pues estos eran sus fervorosos deseos, efecto de la templanza: *desideria sancta multiplicat*, que dice San Próspero. Y no se contentaba el siervo de Dios de multiplicarlos en sí, sino tambien en los prójimos que á él se le arrimaban.

Cuenta el citado san Próspero entre los efectos de la templanza la penitencia: *vitiosa castigat;* y de tal manera ejercitaba fray Junípero esta virtud, que para mortificar su cuerpo no se contentaba con los ejercicios ordinarios del colegio de disciplinas, vigilias y ayunos, sino que á solas maceraba su cuerpo con ásperos silicios, ya de cerdas, ya de tejidos de punta de alambres con que cubria su cuerpo, como con disciplinas de sangre, á lo mas

silencioso de la noche, retirándose en una de las tribunas del coro. Pero aunque lugar tan secreto y en hora tan silenciosa, no faltaban religiosos que oyesen los crueles golpes, ni menos faltó curioso que deseando saber quién era, perdió el tiempo para salir de la dificultad, quedando edificado.

No se contentaba en castigar su cuerpo por las imperfecciones y pecados propios, sino tambien por los ajenos, como lo hacia con invectivas que usaba para mover al auditorio á dolor y á penitencia de sus pecados, ya de la piedad con que se golpeaba el pecho á imitacion de san Gerónimo, ya á imitacion de su devoto san Francisco Solano de la cadena con que se azotaba, ya de la hacha encendida que apagaba en su desnudo pecho, quemando sus carnes á imitacion de san Juan Capistrano y otros varios, todo con el fin no solo de castigarse á sí mismo, sino para mover á los de su auditorio á penitencia de sus propios pecados.

No fué menor su mortificacien en la privacion del sueño por sus continuas y largas vigilias. Su descanso solia de ordinario reducirse, mientras estuve en el colegio, hasta las doce que iba á maitines, y á las doce y media, que es cuando se concluye la oracion, proseguia haciendo sus ejercicios, variando todas las noches; una noche los de la muerte, otra los de la cruz, otra la via dolorosa, otra el aposentillo y otros varios, que solia de ordinario concluir á las cuatro de la mañana, y después se recogia, no para dormir, sino continuando en oracion hasta la hora de prima ó de decir misa, la que siendo maestro de novicios, los dias que no eran de comunion decia antes de prima, y en el otro tiempo después de concluida esta.

Cuando estuvo en las misiones no eran mas cortas las vigilias, como que tenia á su arbitrio toda la noche, y segun decian los soldados de la escolta, casi toda la noche la pasaba en vigilia y oracion, pues todas las centinelas que se remudaban siempre lo estaban oyendo, y solian decir: *no sabemos cuándo duerme el padre Junípero*, pues solo en las siestas solia tomar descanso, atendiendo á que su compañero ó compañeros estaban velando y celando. Aun los ratos que descansaba y dormia, parece que velaba su corazon alabando á Dios y orando, pues no pocas veces durmiendo juntos, ó ya en tienda de campaña ó bajo de enramada, solia prorumpir con estas dulces palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto;* y despertándome con tales palabras, le preguntaba: padre, ¿tiene alguna novedad? y como nada me respondia, conocia claramente que estaba durmiendo ó enajenado, ó que era efecto del continuo rezo mental y vocal.



III.

VIRTUDES TEOLOGALES.

Habiendo visto la profundidad del cimiento del espiritual edificio que intentó fabricar el siervo de Dios fray Junípero, y las fuertes columnas que levantó de las cuatro virtudes cardinales, y la union entre estas por otras particulares virtudes y obras de misericordia, que como preciosísimas piedras forman como cerca hermosa y muy vistosa, nos queda que ver lo mas principal del templo, que es como tabernáculo para el *Sancta Sanctorum*, el que forma las virtudes principales, las teologales, que inmediatamente miran á Dios y la religion que mira al divino culto, las que practicó y tuvo este siervo de Dios en grado heróico, segun la doctrina de las dos doctísimas plumas, el cardenal Aguirre y el señor Benedicto XIV ya citados. Veamos la primera, que es la virtud de la

FE.

Esta nobilísima virtud, segun San Pablo (ad Hæb. 11, v. 1), es un solidísimo fundamento de lo que se espera y una eficaz y cierta persuasion de las cosas invisibles: *Sperandarum substantia rerum argumentum non apparentium.* A esta definicion del apóstol se reducen todas las demás que de ella dan los santos padres que tratan de esta virtud, segun dice el señor Benedicto XIV (lib. 3. de Serv. Dei beatif. Cap. 23, § I), fundado en la doctrina de santo Tomás. Sobre cuya definicion nota el insigne misionero apostólico de Italia nuestro san Bernardino de Sena (Op. tam. 1. Serm. 2 de Dom. Quinq. in princ. pag. mihi 10 col. I) que la llama el apóstol sustancia, como un pedestal sobre el que se sustenta lo principal del edificio espiritual.

Estuvo este siervo de Dios muy adornado de esta solidísima virtud desde que el Señor se la infundió en el bautismo, y empezó á lucir en él desde que le entró el uso de razon, ejercitándose desde entonces en actos heróicos de esta virtud. Fuéronsele aumentando desde novicio en los estudios; concluidos estos, ocupado en ambas cátedras, en la teología instruyendo á sus discípulos en los misterios mas inefables, arduos é imperscrutables (así los llama el apóstol, Rom. 11, v. 33, segun lee san Juan Crisóstomo, hom. 4. in Gen.) con toda la claridad que permite el entendimiento humano para la explicacion é inteligencia de ellos, como tambien en la del Espíritu Santo, explicando en los puntos de doctrina estos soberanos misterios de la fe á los mas rudos é ignorantes, con tanta claridad y expresion, que casi podiamos decir con san Gregorio, que su explicacion era conocida de los ignorantes sin ser molesta á los sabios.

En su laboriosa vida fué de dia en dia añadien-

do quilates á esta virtud, los que se ven patentes por las señales que se expresan en su vida, que si se refleja sobre sus tareas apostólicas, veremos con toda claridad que su fe fué grande, pues hallaremos las señales que refiere san Antonino de Florencia que demuestran una fe grande: *fides alicujus magna ostendi potest; primo si alta de Deo sentit* (in Sum. part. 4, tit. 8, cap. 3, § 7). Tan altamente sentia de Dios y de sus divinos atributos cuán alto era su discurso y rara memoria, de tal manera, que al oirlo hablar de la sagrada Escritura parecia que la sabia de memoria, y para explicar los puntos mas recónditos y los misterios mas imperscrutables, parece tenia especial don de Dios, valiéndose de ejemplos, símbolos y comparaciones acomodadas para los mas rústicos y de menos alcance; en cuyas explicaciones manifestaba á todos lo que altamente sentia de Dios, y lo manifestaba no solo por la alta doctrina que enseñaba, sino mas principalmente por el extraordinario gozo y afecto que de ella expresaba, de modo que en estas santas conversaciones y pláticas parecia se enajenaba, de lo que resultaba ser mas largo de lo ordinario, que á muchos, principalmente á los poco devotos de la divina palabra, parecia molesto, y que no faltaba quien dijese no se conformaba con la doctrina de nuestro seráfico padre san Francisco. Pero como este celosísimo misionero era tan docto y leido, tendria muy presente la exposicion del seráfico doctor san Buenaventura, sobre el capítulo 9 de nuestra seráfica regla: *In brevitate sermonis.* "Hæc brevi-" tas excludit verborum ambages et sententias " involutas, verba etiam ardua super capacita-" tem audientium.... Ista enim abreviatio non " excludit cum expedit, sermonis prolixitatem, " quia Dominus ipse aliquando prolixe prædica-" vit, sicut patet in Joanne (12) et Mattheo " (15)."

Del alto conocimiento que tenia de Dios, le vino el desprecio que hacia de las cosas caducas y temporales para conseguir el premio eterno en el cielo, que es la segunda señal que pone San Antonino para conocer la grandeza de la fe de algun siervo de Dios: *Secundo si caduca pro præmio æterno contemnit.* Bastante queda dicho del desprecio que hizo de todas las cosas caducas de este mundo de honras, dignidades y empleos, como tambien el continuo desprecio que hizo aun de aquellas cosas muy precisas para su uso, como libros, ropa, etc.; de modo, que cuando murió no se halló en tanto libro que llenaba el estante, ni uno siquiera que dijese fuese de su propio uso, sino que en todos ellos se halló de letra de este siervo de Dios: *Pertenece á la mision de San Cárlos de Monterey.* Lo mismo digo de la ropa de su propio uso, que poco antes de morir la mandó lavar y apartó, quedándose solo con el solo hábito, capilla, cordon y unos solos paños menores, que es lo que le sirvió de mortaja para enterrarlo, manifestando lo amante que era de la santa pobreza y el desprecio que hacia de las cosas caducas.

La tercera señal que propone el citado San Antonino para conocer la grandeza de la fe, es la confianza en Dios en todas sus adversidades: *Tertio si in adversis in Deo confidit.* Ya queda dicho arriba que el venerable padre Junípero no miraba á cosa alguna por la adversa, sino aquello que se oponia á la propagacion de la fe, conversion de gentiles y reduccion de ellos. En los mayores apuros en que se vió, fué el ver que toda la expedicion queria volver las espaldas del puerto de San Diego para la retirada á la antigua California, no dando mas tiempo para esperar sino hasta el dia de señor san José, como queda largamente dicho en la vida, y en este mayor conflicto puso toda su confianza en Dios, quien lo consoló, como queda arriba insinuado. Casi en igual conflicto se halló en la misma mision de San Diego, cuanto á la reedificacion de San Capistrano, y en otros muchos casos que podria referir en prueba de la confianza grande que tenia siempre en Dios.

Y esta grande confianza en Dios le hizo no volver la espalda atrás, sino seguir siempre en la conversion de los bárbaros, cuarta señal que da el citado san Antonino de la fortaleza de la fe: *quarto si a bono opere non desistit.* Vióse claro esta gran fortaleza, con que se resolvió con todo gusto y voluntad el pasar á la conversion de los indios apaches del rio de San Sabá; pues no obstante que veia que los tres padres que fueron para dicha conquista, á los dos quitaron alevosamente aquellos bárbaros la vida, y que al tercero hirieron gravemente, librándose solo de milagro y que podia recelar le sucediese lo mismo, no desistió, sino que poniendo toda su confianza en Dios, gustosamente admitió la propuesta del prelado y resolvió ponerse en camino para dicha conquista.

Otras señales pone el señor Bened. XIV (lib. 3, de servo Dei Beat. et Can. Cap. 23 num. 4) para conocer la heroicidad de la fe, y son, primeramente, la externa confesion de lo que interiormente se cree. Esta señal se vió clara y casi continua en la vida del siervo de Dios fray Junípero por el ejercicio de los actos exteriores que practicaba sobre todos los misterios que con viva fe creia en su interior; y si en sentir de santo Tomás (2. 2 dæ. q. 124, art. 5) cualquiera acto de virtud es una solemne protestacion de la fe: *omnium virtutum opera secundum quod referuntur in Deum sunt quædam protestationes fidei,* habiendo sido, segun se ve en la vida, casi un continuo ejercicio de actos virtuosos, hallaremos que fué una continua protestacion de la fe de este fervoroso siervo de Dios. Secundariamente dice, que se conoce por la observancia de los preceptos, de lo que queda bastante dicho de que no se vió accion alguna que no fuese muy edificante y ejemplar.

No contentándose con solo esto, sino que celaba el que todos los que estaban á su cargo y no-

vísimos en la fe, guardasen puntualmente los divinos preceptos, corrigiendo y castigando, si necesario era, cualquier desman que en ellos viese; y lo mismo en los preceptos de la santa Iglesia, quedando en todos ellos tan instruidos, que pasaban ya á escrupulosos, no admitiendo dispensa; si necesario era, ni queriendo valerse de los privilegios concedidos por la Iglesia á los neófitos, soliendo responder que eran cristianos como los españoles y asistian á la misa no solo los dias festivos para todos, sino tambien aquellos que no obligaban á los neófitos, no obstante que estaban bien instruidos, que no les obligaba á ellos la Iglesia.

Si ponemos la vista en la tercera señal que pone el señor Benedicto XVI, que es la oracion á Dios, queda bastantemente expresado, y se verá comprobado con lo que queda que decir en la virtud de la religion, que era casi continua la oracion de este siervo de Dios, por lo que se ve la heroicidad de su fe. Y no es menor prueba la otra señal que pone el citado pontífice: *Ex fidei dilatatione, aut saltem ejus desiderio.*

Tan temprano le empezaron los deseos de la propagacion de la fe, que como queda dicho, desde novicio era este su particular anhelo y el derramar su sangre, si necesario fuera, para aumentar los hijos á la santa Iglesia, rebozándosele el gozo de su corazon en la leyenda de los santos mártires que habian muerto en defensa de la fe y en la propagacion de ella. Estos mismos deseos tenia y tuvo toda la vida, y estos le hacian atropellar con cuantos peligros se vió, y al parecer le quedaba el sentimiento de no lograr lo que tanto deseaba. Así me lo dió á entender cuando me refirió lo que le habia sucedido cuando iba á la fundacion de San Juan Capistrano, que queda dicho en el capítulo 43, que me dijo: "Ciertamente que creí habia llegado la hora de conseguir lo que tanto deseaba." La misma expresion hizo cuando lo iba á matar el hereje inglés, capitan del paquebot que nos llevó desde Mallorca á Málaga que queda dicho, capítulo 2.

Y siempre que se veia en algunas de estas ocasiones y peligros de derramar la sangre en manos de infieles, parece que se llenaba su corazon de alegría, como se vió pocos dias después de lo acaecido en la mision de San Diego, que se divulgó entre toda la gente de aquellos establecimientos la noticia, y entramos todos en recelo no sucediese lo mismo en alguna de las demás misiones; y en la de San Carlos, en la que actualmente me hallaba disponiéndome para ir á fundar la de nuestro padre y la de Santa Clara con otros tres compañeros, se levantó entre los indios neófitos, de que la bárbara nacion llamada de los *Zanjones*, distante como seis leguas de la mision de San Cárlos, intentaban hacer con dicha mision lo que habian hecho los gentiles de San Diego. No obstante que á estas voces no se les daba total crédito, no dejaba de poner en cuidado la tropa, así á la de la escolta de la mision, como á la del presidio de San Cárlos.

A los pocos dias vino una india neófita, toda asustada y llena de miedo, con grande llanto, diciendo al cabo que ya venian los zanjones por la cañada, ponderando que eran muchísimos y armados, que sin duda venian á pelear. En cuanto el cabo oyó la noticia, sin hacer exámen de ello dió aviso al comandante del presidio, quien luego subió á caballo con una patrulla de soldados para ir á auxiliar á la mision. Al mismo tiempo el venerable padre Junípero nos comunicó, así á su compañero como á nosotros cuatro que estábamos para salir para las dos fundaciones dicha noticia; pero tan lleno de regocijo, que al parecer daba por cierto que aquella noche le habian de quitar la vida, por las expreciones con que nos avisó diciéndonos: "Ea, padres compañeros, ya llegó la hora, ya están ahí los zanjones segun dicen, y así no hay mas que animarse y disponerse para lo que Dios fuere servido." Así lo hicieron algunos que recibieron el aviso en la iglesia, reconciliándose unos á otros.

Al salir de ella, hallamos ya al comandante con los soldados del presidio, que se estaban disponiendo para la defensa de la mision, siendo ya entrada la noche y habiendo reconocido el peligro que amenazaba por estar los seis religiosos que estábamos allí en distintas casitas de palos ó madera, techadas algunas de tule, que brevemente arde como si fuese yesca, propuso al reverendo padre presidente que convenia que durmiesen todos juntos, para podernos defender en un solo cuartito que allí habia de adobes con azotea, que servia de fragua para el herrero; y con esto quedábamos bien resguardados de las flechas y lumbre, y que con un soldado estábamos bien escoltados, y que con los demás repartidos, se podria resguardar la mision. Convino en ello y nos metimos todos en dicho cuartito y en toda la noche no nos dejó dormir, que la abundancia del gozo no le dejaba cerrar la boca, refiriéndonos muchos casos para animarnos, y por la mañana no se halló indio alguno de los zanjones, de que inferimos, ó que la mucha agua que llovió aquella noche los hizo no llegar, ó que fué aprension de la india, por el mucho miedo que tienen á aquella belicosa nacion; pero el susto y temor fué bastante para todos, menos para el siervo de Dios, que no cabia de alegría.

Si reflejamos en este caso, en otros que quedan dichos y otros muchísimos que podria referir, y cotejamos con el sentir del piadoso autor de las antigüedades, citado de nuestro cronista Gonzalez (6 part. en la vida de san Diego, cap. 7), que dice: "El que una vez consagró la resolucion de su ánimo para tolerar para gloria de Dios todas las injurias y crueldades de los tiranos, este ya parece mártir, porque si la suerte no le concede que logre la efectiva pasion de tor-

" mentos, no puede quitarle que haya padecido " en el alma cuantos géneros de muertes traza- " das á ideas de la imaginacion habia ya abraza- " do la voluntad;" podremos piadosamente creer que si no fué martir á violencias del cuchillo, su pronta y resuelta voluntad le consiguió, segun la doctrina del célebre Antoine (de Actib. hum. cap. 3, art. 7), el mérito del martirio, que es lo que la Iglesia nuestra madre canta de san Pascual Bailon: *Martyrem non dat gladius, sed ipsum prompta voluntas.*

ESPERANZA.

Vimos ya la firmeza de la fe del siervo de Dios fray Junípero, de cuya heroicidad se puede inferir cual seria su esperanza, que siendo, en sentir de san Buenaventura (tit. 5, dict. salut. cap. 4), una fuerte columna que estriba sobre el pedestal de la fe y sustenta lo principal del espiritual edificio, ó como dicen otros, flor de la fe que nace de ella como el rayo del sol, podremos inferir con los santos Gregorio y Bernardo, que cuanto mas uno cree, tanto mayor es su esperanza: *quantum quisque credit, tantum sperat.* (Bernard. de Dom. in Pas.) Esta que segun Guillelgo Alticiodorense, es una osadia del alma concebida de la largueza de Dios para alcanzar por nuestras buenas obras la vida eterna, dilata su vista y mira con fijos ojos como á su objeto el perdon de los pecados, el premio de las buenas obras en la vida que esperamos, la gracia, la resurreccion de nuestros cuerpos, la asistencia y cuidado de la Providencia divina para favorecernos en los peligros y tropiezos que pueden estorbar su consecucion, y finalmente, todo lo que es arduo y difícil, si es para bien nuestro y gloria de Dios.

Esta nobilísima virtud que recibió con el sacro bautismo, desde el dia de su nacimiento fué creciendo en este siervo de Dios con la edad, y ên cuanto tuvo el uso de la razon, con la instruccion de sus devotos padres se ejercitó en esta virtud, como tambien en la virtud de la fe y caridad, procurando sus devotos padres que las primicias de los actos de su hijo se consagrasen á Dios como autor divino, haciendo que él se ejercitase en fervorosos actos de ellas, como lo practicaba desde niño; y como iba aumentando en edad y conocimiento, procuró ejercitarse con mas fervor, como se ha visto en el discurso de su ejemplar y dilatada vida. Como era tan alto su alcance sobre los misterios de nuestra santa fe y perfecciones divinas, tenia siempre puesta su confianza en ellas, con la esperanza cierta de que conseguiria del Señor lo que era de su mayor agrado, para mayor gloria suya, ocurriendo siempre al Señor, así en las cosas arduas, como ya queda insinuado en su vida, como en cosas aun mas leves, pues para todas Dios era su único refugio, y de ordinario conseguia feliz despacho para sus peticiones. Y si por su humildad recelaba el feliz éxito, invocaba á los santos de su especial devocion, como sucedió con el patrocinio del señor san José, que repetidas veces queda dicho, como tambien de su devoto san Bernardino de Sena, por cuyo patrocinio consiguió para un indio neófito de su mision de San Cárlos, librarlo de las fauces de la muerte, cuando los circunstantes lo tenian ya por muerto y aplastado de un grande pino que le cayó encima. Y agradecido nuestro venerable padre á su santo devoto y bienhechor, solicitó le pintaran un lienzo, el que se puso en aquella iglesia para mover la devocion en aquellos neófitos.

Otros varios casos podria referir, los que omito por no ser demasiado largo, pues basta para prueba de su esperanza en Dios lo que queda ya referido de su enfermedad y accidentes continuos del pecho, pié y pierna, en lo que podria aplicarse lo de san Agustin (Conf. lib. 10, cap. 43, tom. I): "Merito mihi spes valida in illo est, " quod sanabis omnes languores meos, per eum " qui sedet ad dexterum tuam, et te interpellat " pro nobis: alioquin desperarem. Multi etiam, " et magni sunt languores mei, sed amplior est " medicina tua." En fin, si se refleja bien y se atiende á lo que enseña san Buenaventura (in 3. Sent. dist. 26, q. 4), que todos los actos de las virtudes son otros tantos actos de la esperanza, hemos de decir que su vida fué un continuo ejercicio de esta nobilísima virtud, por lo que dijeron los auditores de la Rota en la causa de san Francisco Javier (tit. de Spe) que nada persuade con mas eficacia la esperanza de alguno, como el ejercicio de las buenas obras y acciones virtuosas: *Spei argumentum nullum validius, quam quod exercitio ducitur bonorum operum et actionibus virtutum.* Y lo mismo confirma el señor Benedicto XIV (lib 3 de Can. SS., cap. 23, § 2, núm. 16), cuyas son estas palabras: *Omnia opera bona spem arguunt, et omnia opera bona eximia et sublimia, spem demonstrant eximiam, sublimem, et heroicam.*

CARIDAD Y RELIGION.

La mayor de las virtudes llama san Pablo á la tercera de las teologales, que es la caridad: *maior autem horum est charitas.* (I. Corint. 13.) Y si en sentir de san Gregorio (in Ezequ. hom. 22) cuanto uno cree y espera tanto ama, habiendo visto la firmeza de la fe y la certeza y confianza de la esperanza del siervo de Dios, podremos inferir lo ardiente de su caridad. A esta virtud, dice san Gregerio, que con razon llama el apóstol de las gentes vínculo de la perfeccion, porque las otras virtudes engendran la perfeccion, pero la caridad las ata entre sí, de modo que ya no pueden separarse del alma del amante: *Charitatem recte prædicator egregius vinculum perfectionem vocat, quia virtutes quidem cæteræ perfectionem generant, sed tamen eas charitas ita ligat, ut*

ab amantis mente, dissolvi jam nequeant. (Greg. regist. lib. 4, ind. 1ª, cap. 95.)

Vimos ya cómo las otras dos virtudes teologales son columna y pedestal de lo principal y mas sagrado del templo. Y hablando de la caridad el célebre discípulo de san Juan Crisóstomo, san Proclo patriarca de Constantinopla, en la epístola que escribió sobre la fe á los armenios (tom. 6, op. SS. PP.), les dice que la caridad es la cumbre de lo mas santo y perfecto de nuestra católica religion: *charitas sanctæ religionis nostræ culmen est*, por lo que tenemos que esta virtud de la caridad es el remate y union que une y corona el estado perfecto del alma.

Las señales para conocer la heroicidad de esta nobilísima virtud, las propone Fortunato Schacco (de not. et sig. sanct. sec. 3, cap. 3 citado del señor Benedicto XIV). La primera es el celo del culto divino, á fin de que Dios sea amado y honrado de todos. Bastante queda dicho en el discurso de la vida de este siervo de Dios, del celo que tuvo del culto divino, ya en aquella suntuosa iglesia que fabricó en la mision de Santiago de Jalpan de la Sierra Gorda, y el adorno que solicitó para ella y para la sacristía, todo dirigido al divino culto. Lo propio practicó en las misiones que fundó en ambas Californias, encargando á todos los misioneros, que siempre en las memorias que pedian de Méjico, jamás dejasen de pedir algo para la iglesia ó sacristía. En una ocasion, estando yo presente, leyó la memoria de lo que se pedia para una de las misiones, y acabándola de leer, dijo á los padres que la habian hecho: *No me cuadra esta memoria, pues no leo en ella alhaja que pidan para adorno de la iglesia*, lo que luego enmendaron los padres añadiendo algunos renglones para el divino culto.

Este celo, que es tambien acto de la virtud de la religion, se ha expresado en su vida, cap. 7, en donde se expresa el régimen espiritual que observó en la Sierra Gorda, que él mismo en cuanto fué posible observó en las misiones de la nueva California y Monterey, así en fábricas de iglesia, segun la posibilidad de cada una, como en adorno para ellas, manifestando grande gusto cuando hallaba en sus visitas en alguna de esas misiones algunos adelantamientos en esto, y luego procuraba comunicarlo á los padres de las demás misiones para animarlos á lo mismo.

Tambien queda dicho en el citado capítulo el régimen espiritual que practicó en los sermones en las solemnidades con que celebraba los misterios y festividades del Señor, de la Vírgen santísima y de los santos, predicando en ellas para mover á los neófitos al culto y amor de Dios, siendo en esto tan grande su deseo, que lo extendia á todo el mundo. Bien lo expresó en la fundacion de la mision de San Antonio, que encendido en estos deseos y como fuera de sí, repicaba las campanas, como queda dicho, llamando á todos al divino culto y amor de Dios, deseando que aquellas campanas se oyesen por todo el mundo, señal evidente del fervoroso amor de Dios en que ardia su corazon, pues no solo lo amaba, sino que deseaba que todo el mundo lo conociese y amase.

Otra señal de fervor de la caridad y amor de Dios pone el citado autor, diciendo que se conoce por el gozo interior manifestado con señales exteriores, cuando se habla de Dios y de los santos. Bien se le conocia en sus sermones y pláticas, que parece le rebosaba el corazon de gusto y alegria. Cuando llegó á su noticia la disposicion de nuestro santísimo padre Clemente XIII, de que todos los domingos del año que no tuviesen prefacio propio se cantase ó rezase el prefacio propio de la santísima Trinidad, fué tanto su gozo, que no cabia en su corazon, y con mucha ternura decia: Bendito sea Dios, quien conserve la vida á nuestro santísimo padre que ha determinado se rece tan devoto prefacio. ¡Oh y qué buena ocasion para que nuestra seráfica religion pidiese á este santísimo padre, que parece ser devotísimo del misterio de la santísima Trinidad, el que nos concediese el rezo de este soberano misterio, con rito de doble de primera clase, con que imitariamos á nuestro seráfico padre san Francisco, de quien decimos: *Trinitatis officium, festo solemni celebrat.*

El mismo gozo expresaba en las solemnidades de la vírgen en las festividades de sus misterios, y cuando vió á sus hijos neófitos que con tanta devocion asistian y cantaban la sacratísima corona de MARIA santísima y la antiphona *Tota Pulchra*, que derramaba lágrimas de ternura y devocion. Igualmente le sucedia cuando cantaba la pasion y celebraba aquellos divinos misterios de la semana santa. Y sucedió no pocas veces, no poder proseguir el cantar en el coro el canto angélico de la gloria, el sábado santo. Eran tambien abundantes las lágrimas en las estaciones del via crucis, de cuyo ejercicio era devotísimo, y lo instituyó en todas las misiones, así de la Sierra Gorda, como de ambas Californias, la que en sentir de los auditores de la Rota en la causa de san Andrés Avelino (Tit. de Charit.) es señal clara y evidente de la perfecta caridad, y de la heroicidad de esta virtud: *hanc eximiam charitatem Andreæ erga Deum probari censuimus, ex maximo affectu ipsius, erga passionem Domini Nostri Jesu Christi.*

Otras varias señales pone el citado autor, las que omito por quedar ya comprobadas con los hechos de su vida, principalmente la caridad acerca del prójimo, de la que bastantemente queda dicho. Y como en sentir de San Gregorio la caridad acerca del prójimo, nutre y aumenta la caridad y amor á Dios *per amorem proximi, amor Dei nutritur:* (Greg. in Moral.) habiendo visto la gran caridad que tuvo este siervo de Dios con el prójimo, se infiere cuán grande seria el amor que residia en su corazon acerca de Dios, y qué admirables efectos causaria en su alma.

Estos fervorosos actos del amor de Dios y al

prójimo, junto con los demás de las otras virtudes de que he hablado y he manifestado de este mi amado maestro, puedo decir que continuaron hasta la muerte, como puede verse en el cap. 58, que es la prueba mas eficaz é infalible de haber sido su caridad y amor á Dios y al prójimo santo y verdadero, en sentir de su amartelado devoto san Bernardino de Sena, quien escribiendo de la caridad verdadera y no fingida, dice lo siguiente (tom. 2, Fer. 4, post. Ciner. Serm. 5, cap. 3, pag. 39, col. mihi 2). "Charitas ficta, sex for-" naces patitur, sed in septima alchymiæ falsitas " patet, Primus namque fornaceus ignis fit in " corde, secundus fit in ore, 3, in opere 4, in " inimicorum dilectione, 5, in eorum subventione, " 6, in recta intentione, ut scilicet propter Deum " hic omnia fiant, 7 in perseveranti continuatio-" ne. Hic sanctus probatur amor, quoniam si " verus non est, cito evanescit." Todas las otras seis señales que pone san Bernardino las hallamos muy patentes en la leyenda de su vida, y la sétima y la última señal la prueba lo que queda dicho en el capítulo citado. Y si en sentir del evangelista San Juan, las obras de cada uno siguen á la alma cuando se separa del cuerpo, *opera enim illorum sequuntur illos*, hemos de creer piamente que todas las obras que practicó en el ejercicio laborioso de su vida, acompañarian á su alma, como tambien los innumerables indios que convirtió, y que por su apostólico afan consiguieron su eterna bienaventuranza, le saldrian al encuentro para ponerlo en presencia de Dios á que recibiese el eterno premio en el cielo.

Así piamente creo habiendo experimentado su fervorosa caridad y amor divino, tendria las propiedades que dice de ella el doctísimo Rabano (in Sermon): "Amor divinus est ignis, lux, mel, " vinum, sol. Ignis in meditatione purificans men-" tem a sordibus. Lux est in oratione mentem " irradians claritate virtutum. Mel est in gra-" tiarum actione mentem dulcorans dulcedine " divinorum beneficiorum. Vinum est in con-" templatione menten inebrians suavi et jucun-" da delectatione." Todas estas propiedades parece se hallan en la laboriosa vida de este siervo de Dios, y podemos creer piamente que tambien conseguiria la última en la patria celestial: "Sol " est in æterna beatitudine mentem clarificans se-" renisimo lumine, et suavisimo calore: mentem " exhilarans ineffabili gaudio perenni jubilatio-" ne." Con que concluye las propiedades de la verdadera caridad el dicho Rabano, citado del venerable padre fray Luis de Granada (in Sylva locorum communium tom. 1, tit. *Amor Dei*). Y yo podria concluir, que su alma estará descansando, que fueron las últimas palabras que me habló antes de morir, acabando de rezar el oficio del sol de la Iglesia San Agustin, diciéndome á mí y á los circunstantes que se hallaban presentes: Vamos ahora á descansar, como queda dicho en su vida. Y piamente puedo creer que su descanso fué y es en el cielo. Pero como son los altos juicios de Dios inexcrutables y que puede necesitar de nuestra ayuda, acompáñenme en decir: *Anima ejus requiescat in pace.* Amen.

CONCLUSION DE LA ORRA.

ADVERTENCIA AL CURIOSO LECTOR Y ÚLTIMA PROTESTA.

Dije ya al principio el fin que tenia en escribir esta vida, como tambien que la escribí metido entre aquellas bárbaras naciones, con falta de libros y de padres compañeros con quien consultar; y que habiéndome resuelto á condescender á las súplicas de los devotos y apasionados del venerable padre que lo conocieron y trataron, dando lugar á que saliese á luz dicha vida é historia, supliqué á algunas personas doctas y que conocieron al siervo de Dios, la leyeran, y fueron de parecer que bien se podia imprimir y seria su leyenda no solo edificante, sino que moveria á muchos para alistarse para operarios de la viña que plantó este ejemplar misionero. Y diciéndome que echaban menos un tratadito de las virtudes, me resolví á hacerlo, animándome el que en esta ciudad no careceria de libros ni de personas doctas con quien poder comunicar las dificultades que me ocurriesen; y aunque esto no me ha faltado, pero sí me ha faltado el tiempo y sosiego que necesitaba por haberme ocupado la obediencia en la carga pesada de la guardianía de este colegio.

Esta consideracion me servirá para excusarme de cualquiera falta que los curiosos lectores notaren en el último capítulo, principalmente de la brevedad de tan principalísimo asunto. Presumo tambien que echarán menos el del don de la contemplacion del siervo de Dios, revelaciones, profecías, milagros y todo aquel aparato de las gracias gratis dadas que hacen admirable y ruidosa la santidad de algun siervo de Dios. Pero tengo muy presente que todas estas gracias, aunque son muy admirables y apreciables, no constituyen la santidad esencial, que se vincula á la gracia santificante.

No el don de contemplacion, pues este como notó San Gregorio (lib. 2, hom. 5, in Ezeq. num. 19, col. 1361. op. tom. 1.) suele concederse así á los perfectos como á los no perfectos, y á los principiantes é imperfectos. "Non enim contem-" plationis gratia summis datur, et minimis non " datur, sed sæpe hanc summi, sæpe minimi, " sæpius remoti.... percipiunt." Y muchas veces sucede que ni aun á los santos se concede, como de los ya canonizados nota nuestro eminentísimo Laurea (de Orat. opusc. 7, cap. 2). Sin duda por eso en las causas de canonizacion no se inquiere de ella sino en cuanto es una especie de hábito adquirido del acto de contemplar y orar, como enseña el señor Benedicto XIV (lib,

3, de Beat. et Can. SS. cap. 26. pag. 186.) Pero como ella segun reglas de la mística, sea un acto compuesto de fe viva y caridad encendida, quedando probadas estas dos virtudes de este siervo de Dios, debemos decir que no le faltó este don de contemplacion.

Tampoco constituyen la santidad esencial revelaciones, profecías, milagros, don de lenguas, etc., porque como estas gracias, á diferencia de la santificante, como enseña nuestro doctor irrefragable Alejandro de Ales (in 2. part. quæst. 73), se dan para utilidad de los otros, pueden hallarse juntas en un mismo sugeto con el pecado mortal como con él enseña el eximio Suarez (tomo 1 de Frat., prol. 3, cap. 4, núm. 10) y el docto Viguer (in Inst. Theol. tit. de Grat. Div. cap. 9, § 1) por estas palabras: "Gratia gratis " data differt a gratia gratum faciente, primo " quia hæc potest stare cum peccato mortali, et " sine charitate etc." Y á mas, como no son necesarias para la consecucion de la bienaventuranza, su falta no arguye imperfeccion, como enseñan los salmaticenses (tom. 3, Curs Theol. in Arb præd., § 17, núm. 164). "Sed quia ad " beatitudinem consequendam necessariæ non " sunt idcirco neque illarum defectus defectum " sanctitatis ostendit." Y por esto instando nuestro Matheuccio, como promotor que era de la fe á los postuladores de la causa de san Vicente de Paul para que propusiesen algo de dichas gracias, ellos como perspicaces, segun dice el mismo Matheuccio (en su Pract. Theolog. Canon. ad Caus. Beatif. et Canon. tit. 6, capit. 6, num. 20), respondieron que aunque no le faltaban al santo, no eran necesarias para el efecto de la canonizacion.

Los que conocieron y trataron á nuestro venerable padre, me acusarán quejosos de haber omitido muchas acciones ejemplares; y para cerrarme la puerta á toda excusa, tal vez me objetarán lo de Casiodoro, in Comp. Rhet. "Satius est nar" ratione aliquid superesse quam deesse: nam su" perflua cum tedio dicuntur; necessaria cum pe" riculo substrahuntur." Pero á esto debo decirles, que me ha sucedido lo que á los pescadores en abundantes placeres de perlas, donde la prodigiosa copia hace que se les escapen de entre las manos muchísimas. Las virtudes de los siervos de Dios salen al público medrosas, hasta que la perezosa volubilidad de los años va limpiando la idea de ciertas materiales impresiones que le ofuscan el brillante lustre; y el afecto que le profesaba como á mi venerado maestro, me ha contenido en decir otras machas cosas, no se atribuyesen á demasiada pasion, aunque siempre es disculpada con la reflexion que *parentibus et magistris nunquam satis*, que decian los filósofos. Esta máxima parece llevaba consigo san Juan Capistrano, que con tanto anhelo solicitaba los honores para su amado maestro san Bernardino de Sena, como se puede ver en la carta que escribió á los magníficos ciudadanos de Aquila, patria de su santo maestro.

Confieso con toda ingenuidad que no carezco de este afecto, y que es difícil moderarlo siendo tan debido; pero este filial afecto no me ha hecho ponderar cosa alguna de las que ví y presencié, ni menos facil en creer muchos casos particulares que omito, por no estar del todo cerciorado de ellos, aguardando que el tiempo dé mas luz, pues con bastante reserva he escrito lo que has leido. Y por si acaso en ello he errado, todo lo sujeto á los piés de la santa madre Iglesia católica romana, protestando como hijo de tan santa madre, y que en serlo tengo mi mayor dicha, que en cumplimiento de los decretos de nuestro santísimo padre Urbano VIII (de felice recordacion) en la sagrada congregacion de los ritos y general inquisicion, y demas rescritos apostólicos que prescriben el modo de escribir las vidas de los siervos de Dios que no están canonizados, no es mi intencion se dé mas crédito á lo queda referido, que el que se merece una fe puramente humana, y por consiguiente muy falible; y que los epítetos de venerable y mártir etc., que en ella se leen, no es mi ánimo que apelen sobre las personas, calificándolas por santas y bienaventuradas, sino sobre las acciones virtuosas que refiero.

Tú entre tanto ruega por mí, y si encuentras algun yerro no lo atribuyas á malicia; mas disimula la flaqueza, que estoy pronto á enmendarlo. Y para que consigas la eterna bienaventuranza, te ruego lo que a Licencio, hijo de Romaniano, discípulo de san Agustin, rogaba san Paulino:

Vive præcor, sed vive Deo; nam vivere mundo
Mortis opus, viva est vivere vita Deo.

Cui soli honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.

TANTO QUE SE SACÓ DE UNA CARTA QUE EL REVERENDO PADRE FRAY ALONSO DE BENAVIDES, CUSTODIO QUE FUÉ DEL NUEVO MÉJICO, ENVIÓ Á LOS RELIGIOSOS DE LA SANTA CUSTODIA DE LA CONVERSION DE SAN PABLO DE DICHO REINO, DESDE MADRID, EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS TREINTA Y UNO, CITADO EN EL CAPÍTULO SEGUNDO DE ESTA HISTORIA.

Carísimos y amantísimos padres custodio y demás religiosos de nuestro seráfico padre san Francisco de la custodia santa de la conversion de san Pablo de los reinos y provincias del Nuevo Méjico: Infinitas gracias doy á la divina Majestad en haberme puesto, aunque indigno, en el número de la dichosa suerte de vuestras paternidades pues merecen ser tan favorecidos del cielo, que los ángeles y nuestro padre san Francisco les asisten, y personal, verdadera y realmente llevan desde la villa de Agreda, que es raya de Castilla, á la

bendita y dichosa madre María de Jesús, de la órden de la Concepcion, franciscana dezcalza, á que nos ayude con su presencia y predicacion en todas esas provincias y bárbaras naciones. Bien se acuerdan vuestras paternidades que el año de mil seiscientos veintiocho, habiendo sido prelado de vuestras paternidades y siervo suyo, me determiné acaso, si bien debió de ser particular mocion del cielo, á pasar á la Nueva España á dar razon al señor virey y reverendos prelados de las cosas tan notables y particulares que en su santa custodia pasaban; y habiéndolo puesto por obra, después de haber llegado á Méjico, le pareció al señor virey y reverendos prelados, convenia pasar á España á dar cuenta á su majestad, como fuente de todo, y á nuestro padre general; y como tan católicos y celosos de la salvacion de las almas, me hicieron mil favores por las buenas nuevas que les dí, así por el aumento de nuestra santa fe, como del apostólico celo con que vuestras paternidades en esas conversiones trabajan, y del aumento temporal que la divina Majestad ha descubierto, en pago y premio del celo con que el rey nuestro señor nos favorece y ayuda. Con esta envio á vuestras paternidades un memorial de molde que presenté á su majestad y real conséjo de indias, y fué tan bien recibido en España, que pienso sacar segunda impresion, para consuelo de tantos como lo piden. No me juzguen vuestras paternidades de corto, que bien sé que lo está mucho el memorial para lo mucho que falta y vuestras paternidades merecen; pero hícelo así breve, aunque fuese á costa de no decir lo mucho que falta, por solo obligar á su majestad á que lo leyese; y no solo lo leyó, y los de su consejo lo leyeron todo, pero les pareció tan bien, que no solo lo han leido muchas veces y lo saben de memoria, sino que segunda vez me han pedido otros, y en estas demandas he distribuido cuatrocientos libros, y nuestro reverendísimo padre general los envió á Roma á su santidad, fuera de los que digo en el memorial de molde. Las veces que he hablado á su majestad y á su real consejo de Indias, adonde es el ordinario despacho de ellas, he dicho de palabra y por muchos memoriales de mano de mi letra, lo que por allá pasa; y habia por acá poca noticia del nuevo Méjico, como si Dios no lo hubiera criado en el mundo; y así no se agradecia, ni sabia lo que vuestras paternidades con tan apostólico celo han trabajado en esa viña del Señor; y espero en su diviua Majestad volver entre vuestras paternidades para gozar de la dichosa suerte de su compañía, aunque confieso no merecerla, y llevar á vuestras paternidades y á toda esa tierra muy grandes favores de su santidad y del rey nuestro señor, para consuelo de todos y aumento del divino nombre.

Cuando llegué á España, que fué á 1º de agosto del año de 1630, así como nuestro reverendísimo padre general fray Bernardino de Sena (ahora obispo de Viseo), que está gobernando la órden hasta el capítulo general, digo: así como supo mi relacion de la santa religiosa, que así anda predicando nuestra santa fe católica, en la forma que vuestros reverendos padres saben, me dijo luego su reverendísima, que siendo comisario de España, antes de ser general, que habia mas de ocho años tuvo noticia que la madre María de Jesús, abadesa de su convento de la villa de Agreda (raya de Aragon y Castilla), habia tenido algunos aparecimientos y relaciones de la conversion del Nuevo-Méjico, y con la relacion que le dí y la que allá nos habia enviado el señor arzobispo de Méjico D. Francisco Manso, en la misma razon, le causó á nuestro reverendísimo tanta ternura y devocion, que queria ponerse en camino para la dicha villa de Ágreda, porque lo mismo que yo dije se lo habia dicho la misma madre María de Jesús los dichos años antes, entrando personalmente á visitar su convento, porque está sujeto á la órden y provincia de Burgos, y *os ad os* se lo dijo la misma madre María de Jesús á nuestro reverendísimo, y ahora lo confirmó con lo que yo le dije; y porque sus ocupaciones no le dieron lugar, me mandó que fuese yo personalmente á ello, dándome la autoridad para obligar á la bendita madre por obediencia, que me manifestase todo lo que sabia acerca del Nuevo-Méjico, á cuya comision fuí de esta corte, y llegué á Agreda último dia de abril de 1631, y antes de decir otra cosa, digo: que dicha madre María de Jesús, abadesa que es hoy del convento de la Concepcion, etc., será de veintinueve años, que no los tiene cumplidos, de hermoso rostro, color muy blanco aunque rosado, ojos negros y grandes: la forma de su hábito y de todas las religiosas de aquel convento, que por todas son veintinueve, es solo el hábito nuestro; esto es, de sayal pardo, grueso, á raíz de las carnes, sin otra túnica, saya ni faldellin, y sobre este hábito pardo el de sayal blanco y grueso con su escapulario de lo mismo y cuerda de nuestro padre san Francisco, y sobre el escapulario su rosario, sin chapines ni otro calzado mas de unas tablas atadas á los piés ó unas abarcas de esparto: el manto es de sayal azul, grueso y velo negro. No me detengo en decir las asperezas de esta venerable madre y su convento, por decir solo lo que toca al Nuevo Méjico, que yo cuando merezca ver á vuestras paternidades, que tengo de eso gran deseo y esperanza, entonces diré cosas maravillosas que nuestro Señor obra allá. Entre otras virtudes que esta bendita madre tiene de Dios alcanzadas, es el deseo de la conversion de las almas, que desde criatura tuvo gran lástima de los que se condenaban, y mas de los infieles, que por falta de luz y predicadores no conocen á Dios nuestro Señor. Y habiéndola manifestado su Majestad todas las bárbaras naciones que en el mundo no le conocen, ella, llevada por ministerio de ángeles que tiene para su guarda, y sus alas son san Miguel y nuestro pa-

dre san Francisco, personalmente ha predicado por todas las naciones nuestra santa fe católica, particulamente en nuestro Nuevo Méjico, donde ha sido llevada de la misma suerte, y tambien los ángeles custodios de sus provincias venian por ella personalmente por mandado de Dios nuestro Señor. El hábito que ha llevado personalmente las mas veces ha sido de nuestro padre san Francisco, y las otras con el de la Concepcion y su velo; aunque siempre remangadas las mangas blancas y encogidas las faldas del blanco, y así se parece mucho el pardo. Y la primera vez que ha ido fué el año de 1620, y ha continuado tanto estas ideas, que ha habido dia de tres y cuatro en menos de veinticuatro horas, y esto se ha continuado siempre hasta el año de 1631. Padres de mi alma, no sé cómo signifique á vuestras paternidades los impulsos y fuerza grande de mi espíritu, cuando me dijo esta bendita madre que habia asistido conmigo al bautismo de los Pizos, y me conoció ser el mismo que allí vió. Asimismo asistió al padre fray Cristobal Quirós á unos bautismos, dando las señas verdaderas de su persona y rostro, hasta decir que aunque era viejo, no se le echaban de ver las canas; que era carilargo y colorado de rostro, y que una vez estando el padre bautizando en su iglesia, iban entrando muchos indios y se iban amontonando á la puerta, y que ella por sus mismas manos los estaba empujando y acomodando en sus lugares para que no le estorbasen; y que ellos veian á quien los empujaba, y se reian cuando no veian quién lo hacia, y la que á ellos los empujaba para que empujasen á los otros, etc. Tambien me dijo todo lo que sabemos ha sucedido á nuestros hermanos y padres fray Juan de Salas y fray Diego Lopez en las jornadas de los Jumanas, y que los solicitó é industrió todo este tiempo para que fueran á llamarlos, como lo hicieron. Dióme todas sus señas y que asistió con ellos. Conoce muy bien al capitan Tuerto, dando las señas individuales suyas y de todos, y ella propia envió á los embajadores de Quivira á llamar á los padres, todo lo cual dirán los mismos indios, porque personalmente les habla. Tambien me dijo la jornada del padre Ortega, que tan dichoso fué en escapar con la vida, por aquellas señales que topó, y todas me las dijo; y luego que volvió del Norte al Oriente, salió de él con gran frio, que llevó hasta topar calor y buen temple, y que por allí adelante (aunque muy lejos) está la grandeza de reinos; pero que todo lo vence nuestro padre san Francisco. Son tantas las particularidades que de esa tierra me dijo, que ni aun yo me acordaba y ella me las trajo á la memoria; y preguntándole por qué no dejaba que la viésemos cuando dejaba que los indios tuviesen esta dicha, respondió: que ellos tenian necesidad y nosotros no, y que todo lo disponian sus santos ángeles; aunque yo espero en la divina Majestad, que cuando esta llegue á manos de vuestras paternidades, alguno ó algunos la habrán merecido ver, porque yo se lo rogué encarecidamente, y ella prometió pedírselo á Dios; y que si se le concediere lo hará de muy buena gana. Dijo que saliendo de Quivira al Oriente (aunque muy lejos), se pasaria por las señales que vió el padre Ortega amenazado de muerte por los caminos para que no pasase allá nuestra santa fe, que así se lo habia enseñado el demonio, y en el discurso del camino se convertirian muchas gentes si los soldados fueran de buen ejemplo *(res valde difficilis, ced omnia Deo facilia)*; y que nuestro padre san Francisco alcanzó de Dios nuestro Señor que en solo ver los indios á nuestros frailes se convertian. Sea Dios infinitamente alabado por tantos beneficios. Bien quisiera en esta carta decir á vuestras paternidades todo lo que la venerable madre me dijo; pero no es posible, aunque muchísimo tengo escrito en un libro que llevaré conmigo para consuelo de todos. Dijo que pasados aquellos largos caminos y dificultades del Oriente, se daria en los reinos de Chillescas, Cambujos y Jumanas, y luego al reino de Titlas, y que estos nombres no son los propios, sino parecidos á ellos, porque aunque entre ellos habia su lengua, fuera de allí no sabe ni se revela.

Aquel reino de Titlas, que es muy grande y pobladísimo, es donde mas acudió, y por su intercesion llevó allí nuestro padre dos religiosos de nuestra órden y bautizaron al rey y á mucha gente, y allí los martirizaron. Dice que no eran españoles, y tambien han martirizado muchos indios cristianos, y el rey tiene los huesos en una caja de plata en una iglesia que allí se edificó, y una vez llevó de acá una custodia para consagrar, y con ella dijeron misa los frailes é hicieron procesion con el santísimo Sacramento. Todo esto se hallará allá, y muchas cruces y rosarios que ha dado allí, y á ella martirizaron y recibió muchas heridas, y sus santos ángeles la coronaron, porque alcanzó de nuestro Señor el martirio. Así me parece por mayor bastará esto, para que vuestras paternidades se consuelen con tal compañera y santa en sus trabajos, y será nuestro Señor servido de llevarme con vuestras paternidades para que sepan todas las cosas como ella me las dijo y se las mostré, para que me dijese si en algo me habia equivocado ó si era lo mismo que entre los dos habia pasado, y para ello le impuse la obediencia de nuestro reverendísimo que para ello llevaba, y se la interpuso tambien el reverendo padre provincial de aquella provincia, que allí estaba, y su confesor, y por parecerme la respuesta ha de causar á vuestras paternidades grandísimo consuelo y espíritu, como por acá lo ha causado, que toda España se quiere ir allá, pondré aquí el traslado de lo que ella por su propia mano y letra respondió, que queda en mi poder para llevarlo á vuestras paternidades, y para todas provincias, nombrando á cada uno por su nombre; y tengo el propio hábito con que ella

allá anduvo, y del velo sale tanto olor, que consuela el alma.

TRASLADO DE LAS RAZONES QUE LA BENDITA MADRE MARIA DE JESUS ESCRIBE Á LOS DICHOS PADRES DEL NUEVO MEJICO.

Obedeciendo á lo que vuestra reverendísima, y nuestro padre general, y nuestro padre fray Sebastian Marcilla, provincial de esta santa provincia de Burgos, y nuestro padre fray Francisco Andrés de la Torre, que es quien gobierna mi alma, y á vuestra paternidad mi padre custodio del Nuevo Méjico, en nombre de vuestra paternidad me manda diga lo que se contiene en estos cuadernos, y si es lo que he dicho, tratado y conferido, que he hablado á vuestra paternidad de lo que, por la misericordia de Dios y de sus justos juicios, que son inmudables, ha obrado en mi pobre alma, que tal vez elige el mas inútil sugeto, incapaz é imperfecto, para manifestar la fuerza de su poderosa mano, y que los vivientes conozcan que todas las cosas se derivan del padre de las lumbres, que habita en las alturas, en cuya fuerza y poder y con la confortacion de su alteza, todo lo podemos: y así digo, que es lo que me ha sucedido en las provincias del Nuevo Méjico, Quivira y Jumanas, y otras naciones, aunque no fueron estos los primeros reinos donde fuí llevada, por la voluntad de Dios, y por mano y asistencia de sus ángeles fuí llevada donde me sucedió, ví é hice todo lo que al padre he dicho; y otras cosas que por ser muchas no es posible referirlas, para alumbrar en nuestra santa fe católica todas aquellas naciones; y los primeros donde fuí, creo están al Oriente, y se ha de caminar á él para ir á ellos, desde el reino de Quivira; y llamo estos reinos respecto de nuestros términos de hablar, Titlas, Chillescas y Caburcos, los cuales no están descubiertos; y para ir á ellos, me parece ha de haber grandes dificultades, por los muchos reinos que hay antes de llegar á ellos, de gente muy belicosa, los cuales no dejarán pasar los indios cristianos del Nuevo Méjieo, de quien ellos recelan lo son, y mucho mas á los religiosos de nuestro seráfico padre san Francisco, porque el demonio los tiene engañados, haciéndoles creer que está el veneno donde esta la triaca, y que han de estar sujetos y esclavos, siendo cristianos, consistiendo su libertad y felicidad en esta vida. Paréceme que como lo podrán conseguir, será pasando los religiosos de nuestro padre san Francisco; y para su seguridad y guarda, se podia ordenar los acompañen soldados de buena vida y costumbres, y que con apacibilidad sufran las contumelias que se les pueden ofrecer, y con el ejemplo y paciencia todo se podrá tolerar, que el ejemplo hace mucho; y descubriendo estas provincias, se pondrá grande obra en la viña del Señor. Los sucesos que he dicho, me han sucedido desde el año de mil seiscientos y veinte, hasta este presente de mil seiscientos treinta y uno, en el reino de Quivira y Jumanas, que fueron los últimos á que fuí llevada, que dice vuestra paternidad han descubierto con su buena inteligencia, y las personas mismas de aquellos padres santos, á quienes ruego y de parte del Señor amonesto y anuncio, que trabajen en obra tan dichosa, alabando al Altísimo por su bueua suerte y dicha, que es muy grande, y que pues su Majestad los hace tesoreros y distribuidores de su preciosa sangre y les pone en las manos el precio de ella, que son las almas de tantos indios, que por falta de luz y quien se las administre andan en tinieblas y ceguedad y carecen de lo mas santo y deseable de la ley inmaculada, suave y deleitable, y del bien y gloria eterna. Mucho deben alentarse dichos padres en esta heredad del Señor, porque la mies es mucha y pocos los obreros, á dar la mayor gloria y agrado al Altísimo, y á usar de la mas perfecta caridad, que puede haber en estas criaturas del Señor, hechas á su imágen y criadas á su semejanza, con alma racional para conocerle. No permitan padres y señores mios, que los deseos del Señor y su voluntad santa se frustre y malogre, á trueque de muchas contumelias y trabajos, pues dirá su Alteza tiene sus regalos y delicias con los hijos de los hombres; y pues á estos indios los hizo Dios idóneos y capaces para servirle y reverenciarle, no es justo carezcan de lo que los demás fieles cristianos tenemos y gozamos. Alégrense vuestras paternidades, padres mios, pues el Señor les ha dado la oportunidad, ocasion y suertes de los apóstoles, no la pierdan, por entender y pensar el trabajo: acuérdense de lo que les toca obedecer al Altísimo, y dilatar y sembrar su ley santa: cuantos fueron los trabajos y persecuciones que padecieron, imitando á su Maestro.

Lo que aseguro á vuestras paternidades es, que sé con cierta luz que los bienaventurados los envidian, si es que en ellos la puede haber, que es imposible; pero lo declaro así, á nuestro modo de entender: que si pudieran, dejaran la gloria que tienen, por acompañarlos en esas conversiones, lo hicieran; y no me admira, que como ven en el Señor, que es la principal causa y el objeto de su gloria, y es espejo voluntario donde todos le conocen, y como ven la particular que los apóstoles tienen, y en lo que se señalan mas, que tienen los demás santos, por lo que padecieron por la conversion de las almas, así es cierto que dejaran de gozar de Dios por convertir una alma. Razon será, para que vuestras paternidades, pues tienen esa oportunidad, se aprovechen de ella; y confieso que así pudiera comprarla con la sangre, vida y crueles martirios, que lo hiciera, que se la envidio á vuestras paternidades, que aunque el Altísimo me concede que puede conseguir este fruto en vida, no es por camino que padezca tanto como vuestras paternidades, ni

merezca nada, porque mis imperfecciones lo impiden; pero ya que no puedo nada, ofrezco de todo mi corazon y alma ayudar con oraciones y ejercicios y los de esta santa comunidad. Suplico á mis padres carísimos merezca mi buena voluntad y deseo, y me hagan participante de alguna de las menores obras y trabajos que vuestras paternidades hacen en esas conversiones; y lo estimaré mas, que cuanto por mí hago, que recibirá el Señor mucho agrado de la conversion de las almas. Y esto mismo he visto en el Altísimo, y lo he oido de sus santos ángeles, que me han dicho que tenian envidia de los custodios de almas que se ocupaban en convertir; y como son ministros que presentan al Altísimo nuestras obras, aseguran ser las que su majestad recibe con mas agrado las que se obran con las conversiones del Nuevo-Méjico; y me dió por razon el santo ángel, que como la sangre del Cordero era suficiente á todas las almas y que padeció por una lo que padeció por todas, que sentia mas el Señor que una alma, por falta de luz de nuestra santa fe, se perdiera, que padecer tantas pasiones y muertes como ha criado almas. Esto puede alentar á tan santa ocupacion y padecer mucho por conseguirla, por ser verdadero todo lo que queda dicho de mi letra y de la de mi padre custodio del Nuevo Méjico; y por mandarlo la obediencia, lo firmé de mi nombre; y suplico á vuestras paternidades todos los que aquí he nombrado, se sirvan por el Señor mismo á quien servimos y por quien se lo manifiesto, estos secretos se oculten y guarden en custodia, pues lo pide el caso, sin que lo vea criatura. De esta casa de la Concepcion purísima de Agreda, quince de mayo de mil seiscientos treinta y uno.—*Sor María de Jesús.*

Mucho quisiera, padres y hermanos mios, poder escribir en esta, para mayor consuelo suyo, las muchas cosas que tengo escritas, así de mi letra como de esta santa madre, que nuestro Señor ha obrado por ella á nuestro favor y ayuda ee esas conversiones; pero son mas para guardarlas en el corazon que para escritas; y me parece que con las razones sobredichas, que son todas de su letra y firma, que quedan en mi poder, se consolarán vuestras paternidades, pues su estilo y pensamiento bien se ve ser evangélico. Yo le pregunté si íbamos acertados en el modo de proceder en las conversiones, así en fábricas como en las sementeras y lo demás que se hace para sustento y amparo de los indios; díjome que todo era muy grato á nuestro Señor, pues se encaminaba al fin de las conversiones, que es la mayor caridad. Ha tomado muy á su cargo encomendar á Dios á vuestras paternidades, y la paz y gobierno entre gobernadores y religiosos, y el tratar de las conversiones, y así encomienda á todos muy de veras á Dios, para que religiosos, gobernadores, españoles é indios unánimes y conformes, adoren y alaben al Señor, y sobre todo, se empleen en dar luz de nuestra santa fe católica á todas esas bárbaras naciones; y pues su divina Majestad nos tiene en esa senta obra, no nos atajemos y frustremos en no sufrir todas las cosas y ocasiones que se nos dieren de pleitos. Tambien conozco, padres mios, que en todo mi tiempo yo no merecí, por mis imperfecciones y defectos, gozar la paz, como la deseaba; pero espero en la divina majestad ir á acabar los dias que fuere servido de darme, en la compañía y servicio de vuestras paternidades. Sabe muy bien su divina Majestad cómo lo deseo. A todos esos señores españoles me encomendarán vuestras paternidades mucho; y porque siempre he conocido la voluntad que me han tenido, la pago muy bien en manifestar (como he manifestado) á su real majestad y á su real consejo de Indias, que son verdaderos soldados apostólicos, así por su valor como por el buen ejemplo con que proceden en nuestra compañía, de que su majestad se da por bien servido.

Prometió hacerme toda merced que de su parte le pidiere, y lo principal deben tenerse por dichosos de ser patrocinados de la bendita alma de María de Jesús: los ha visto y encomiéndalos á Dios, y así les doy mil gracias, y á Dios de que los hayan merecido, y lo mismo he dicho á la madre de la cristiandad y virtud; de todas estas españolas, y á la humildad y cuidado que tienen en la limpieza de los altares; y dicho todo, los encomienda á Dios nuestro Señor, y pido tambien las oraciones de todos. A to los los indios tambien doy mil parabienes, pues merecen su principal amor, y porque va tambien de estos reinos á esos tan remotos y apartados, y que como á hijos espirituales, á quienes ha predicado nuestra santa fe católica y alumbrado en las tinieblas de la idolatría, y los tiene muy en la memoria, para no olvidarlos jamás en sus oraciones. Bendita sea tal tierra y dichosos sus habitadores, pues merecen tantos favores del cielo. De vuestras paternidades humilde hijo y siervo fray Alonso de Benavides. Nuestro reverendísimo padre general desde acá echa á todos vuestras paternidades su bendicion con la de nuestro seráfico padre san Francisco, pues como tan verdaderos hijos suyos acuden á obra tan apóstolica, y así me mandó lo escribiese á vuestras paternidades.

FIN DE LA OBRA.

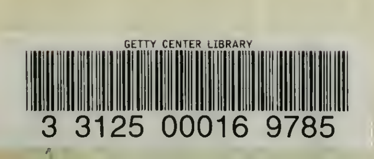
INDICE GENERAL

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

Historia de la Antigua ó Baja California.

Vida de fray Junípero Serra.




GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00016 9785

